EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Kingsley Davis

LA SOCIEDAD HUMANA

tomo I

eu de ba

Escaneado con CamScanner

MANUALES DE EUDEBA / SOCIOLOGÍA

Escaneado con CamScanner

301
D 11-1
1

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PATAGONIA SAN JUAN BOSCO
BIBLIOTECA CENTRAL

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PATAGONIA
BIBLIOTECA CENTRAL
REGISTRO Nº 18450 v1
CLASIFICACION

La sociedad humana

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PATAGONIA SAN JUAN BOSCO
BIBLIOTECA CENTRAL
REGISTRO Nº 18450 v1
CLASIFICACION

KINGSLEY DAVIS

18450V1

UNIVERSIDAD DE LA PATAGONIA
"SAN JUAN BOSCO"
BIBLIOTECA
REGISTRO
CLASIFICACION

EUDEBA EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Título de la obra original:
Human Society
The MacMillan Company, New York, 1949

Traducida de la novena reimpresión, 1957, por
Floreal Mazía

La revisión técnica de esta obra y su actualización, realizada con material aportado por el autor, estuvieron a cargo de
Mireya Reilly de Fayard
del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

© 1965
EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES - Viamonte 640
Fundada por la Universidad de Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

Escaneado con CamScanner

ÍNDICE DEL TOMO I

PREFACIO IX

PRIMERA PARTE: LA NATURALEZA DE LA SOCIEDAD HUMANA

I. El estudio de la sociedad humana 3
II. Sociedad humana *versus* sociedad animal 23
III. Normas sociales 50
IV. *Status* y papel 79
V. Los elementos de la acción social 116
VI. Formas de interacción 142

SEGUNDA PARTE: EL INDIVIDUO Y SU SOCIEDAD

VII. Celos y propiedad sexual: un ejemplo 167
VIII. Socialización 186
IX. Integración de la personalidad 223
X. Desorganización de la personalidad 243

TERCERA PARTE: GRUPOS PRINCIPALES

XI. Grupos primarios y secundarios 275
XII. Comunidades rurales y comunidades urbanas 295
XIII. La multitud y el público 338
XIV. Casta, clase y estratificación 355
XV. El matrimonio y la familia 382

ÍNDICE ABREVIADO DEL TOMO II

CUARTA PARTE: INSTITUCIONES PRINCIPALES

XVI. Ciencia, tecnología y sociedad.
XVII. Instituciones económicas.
XVIII. Instituciones políticas.
XIX. Informaciones religiosas.

QUINTA PARTE: POBLACIÓN Y SOCIEDAD

XX. La ecuación demográfica.
XXI. La población mundial en transición.

SEXTA PARTE: CAMBIO SOCIAL.

XXII. La significación del cambio social.

APÉNDICE I

El mito del análisis funcional como método especial de la Sociología y la Antropología.

APÉNDICE II

Estructura social y fertilidad: un marco de referencia analítico.

ÍNDICE DE AUTORES.

ÍNDICE ALFABÉTICO.

Escaneado con CamScanner

PREFACIO

A

mis padres

JOE Y WINIFRED

Un solo libro que pretendiera abarcar todos los aspectos de la sociedad humana sería una impertinencia. Este trabajo es más limitado, porque solo se dedica a ciertos problemas y principios teóricos. Tiene la intención de formular las cuestiones que se refieren a los sistemas sociales en su conjunto. Cuando se estudia algún aspecto especial de la sociedad, se hace desde el punto de vista de su relación con el resto de la organización social. Cuando se da algún ejemplo concreto, es con la intención de esclarecer algún punto relativo a los mecanismos de la sociedad en su totalidad o de las relaciones sociales como tales. Este enfoque limita los alcances del volumen y, por consiguiente —así lo espera el autor—, lo salva de la impertinencia. Sean cuales fueren los méritos o deméritos de la exposición, el enfoque por sí mismo tiene la máxima importancia para la ciencia social.

Los problemas planteados son de dos clases: primero, los que se preguntan acerca de las características universales de toda sociedad humana, y segundo, los que se interrogan respecto de las variaciones de una sociedad a otra. Entre los problemas más importantes de la primera clase se cuentan los siguientes: ¿En qué forma se diferencia la sociedad humana de la no humana? ¿Qué permite que los sistemas sociales humanos funcionen como empresas en marcha? Por ejemplo, ¿qué necesitan para su existencia y qué estructuras fundamentales desarrollan para permitirles hacer frente a esas exigencias? ¿Cómo se vinculan esas estructuras entre sí, en el esquema social total, y cómo se vincula la sociedad, como sistema, con la personalidad como sistema?

Entre los principales problemas del segundo tipo —sobre la variación social— están los siguientes: ¿Cuál es la gama total de variación con respecto a los grandes elementos de la sociedad? ¿Por qué esa gama está limitada; qué factores determinan los límites? ¿Cuáles son los principales tipos de sociedad humana y cuán estrictamente se adaptan las instituciones componentes al tipo particular? ¿Cómo cambian los sistemas sociales con el tiempo?

Es evidente que interrogantes como éstos no agotan en modo alguno todos los que se podrían formular sobre la sociedad y la conducta social. No necesitan una enciclopedia para ser contestados,

Escaneado con CamScanner

ni una combinación de todas las ciencias, desde la economía a la criminología. Antes bien, representan simplemente cierto enfoque de la atención. Son principalmente los más amplios interrogantes que la sociología, la antropología social y la psicología social tienen que encarar. Constituyen la base común, pero no agotan los datos de estos tres campos.

El objetivo de este libro es el de proporcionar respuestas teóricas exploratorias a esos problemas centrales, y, sobre todo, tratar de integrar las respuestas en un sistema de pensamiento respecto de la sociedad humana. Por supuesto, resulta mucho más fácil formular preguntas que contestarlas. Las respuestas dadas no son necesariamente originales, sino que han sido tomadas de la bibliografía de las ciencias sociales. Los maestros de la teoría sociológica que más responsabilidad tienen por las ideas expresadas son Emile Durkheim, Max Weber, Vilfredo Pareto, Georg Simmel, Talcott Parsons, Robert K. Merton, Charles H. Cooley, Robert E. Park y Robert M. MacIver. En antropología social, los principales autores a que se ha recurrido son A. R. Radcliffe-Brown, Bronislaw Malinowski, W. Lloyd Warner, Ralph Linton, E. E. Evans-Pritchard, Margaret Mead y Ruth Benedict. En psicología social son George H. Mead, Ellsworth Faris, Jean Piaget, Prescott Lecky, los psicoanalistas como Karen Horney y los psiquiatras como Roy R. Grinker. Otros de gran importancia son W. C. Allee, Carl J. Warden y William Morton Wheeler en sociología comparada, Thorstein Veblen en economía y Frank W. Notestein en población. Estos contribuyentes al desarrollo de las ciencias sociales constituyen, sin embargo, una pequeña parte de la cantidad total de aquellos autores con los cuales el de este libro está en deuda.

La intención principal no fue la de desarrollar nuevas teorías, sino la de sintetizar las ideas más avanzadas relacionadas con los problemas en discusión. La principal pretensión de originalidad del libro, entonces, reside en su tentativa de integración de diferentes escuelas de pensamiento, muchas de las cuales han llegado en apariencia a las mismas soluciones, pero con diferentes terminologías y con distintas series de datos. En esta tarea el autor tiene dolorosa conciencia de los aspectos inadecuados del volumen. Con tiempo y recursos suficientes, habría preferido proporcionar mayores pruebas empíricas —tomadas de las innumerables investigaciones de que se informa en la literatura especializada— para las conclusiones a que llegó. Trató, en parte, de superar la deficiencia en este sentido por medio de las bibliografías anotadas al final de cada capítulo. Además, habría sido deseable seguir las inferencias teóricas más a fondo de lo que se hizo, aunque ello habría producido un libro mucho más largo y difícil. Por último, el autor tiene conciencia de temas y puntos de vista que se omitieron y que habrían debido ser incluidos. Espera poder tratarlos en alguna futura edición.

Escaneado con CamScanner

El libro exigió varios años de trabajo. En esta prolongada y penosa tarea recibió de estudiosos y colegas invalorable estímulo y ayuda. Entre los últimos, le resulta especialmente placentero mencionar a Wilbert E. Moore, Robert K. Merton, Paul K. Hatt y Harry C. Bredemeier.

Pero resulta imposible hacer la lista de todos los que de una u otra manera han contribuido a lograr que el libro fuese mejor de lo que de otro modo habría sido. Por desgracia, la sinceridad exige que se admita que no fue posible corregir todos los defectos afectuosamente señalados por estudiosos y colegas. No porque el autor dejase de entenderlos como defectos, sino porque le pareció necesario, por lo menos por el momento, poner fin a una tarea que de otro modo habría sido interminable. Quizá más adelante sea factible aprovechar mejor las sugestiones ofrecidas. Entre tanto, si el libro contribuye en algo a la comprensión del más asombroso e inquietante de todos los fenómenos, la sociedad humana, el autor sentirá que su trabajo ha estado justificado.

Nueva York.

KINGSLEY DAVIS

Escaneado con CamScanner

...l libro exigió varios años de trabajo. En este [illegible] ...la tarea recibió de estudiosos y colegas un inestimable estímulo ...dad. Entre los últimos, le resulta especialmente grato [illegible] ...a Wilbert E. Moore, Robert K. Merton, Paul K. Hatt y Harry [illegible] ...gradecimiento.

Pero resulta imposible hacer la lista de todos los que de una ...ra manera han contribuido a lograr que el libro fuera mejor de lo ...que de otro modo habría sido. Por [illegible] ...se admite que no ha podido corregir todos los defectos [illegible] ...ente señalados por estudiosos y colegas, [illegible] ...de entenderlos como defectos, sino [illegible] ...lo menos por el momento, poner [illegible] ...do, habría sido interminable. Quizá [illegible] ...provechar mejor las [illegible] ...ntribuye en algo a la comprensión [illegible] ...te de todos los fenómenos, la sociedad humana [illegible] ...e su trabajo ha estado justificado.

Nueva York

[illegible] DAVIS

PRIMERA PARTE

LA NATURALEZA DE LA SOCIEDAD HUMANA

EL ESTUDIO DE LA SOCIEDAD HUMANA. SOCIEDAD HUMANA *VERSUS* SOCIEDAD ANIMAL. NORMAS SOCIALES. *STATUS* Y PAPEL. LOS ELEMENTOS DE LA ACCIÓN SOCIAL. FORMAS DE INTERACCIÓN.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO I

EL ESTUDIO DE LA SOCIEDAD HUMANA

Los seres humanos se han considerado siempre una especie singular. Han tenido aguda conciencia del gran abismo que los separa del resto del reino animal, abismo que no tiene igual en ninguna otra parte del mundo sensible. No solo han tenido conciencia de su singularidad, sino que, como hombres que son, trataron de explicarla. Han dicho que el hombre tiene alma, mientras que los animales no la poseen, o que el hombre tiene una clase distinta de inteligencia. Han afirmado, también, que el hombre es un animal parlante y no, por consiguiente, una bestia muda, o que es un animal social y, por lo tanto, civilizado. Tales explicaciones parecen ser místicas o superficiales; de cualquier manera, constituyen meras racionalizaciones de una intuición más profunda, y no verdaderas explicaciones. Pero todas convienen en no atribuir la singularidad del hombre solamente a sus rasgos físicos. Como ejemplar físico, es evidente que el hombre está relacionado con el mono, que es un primate en el sentido cabal de la palabra. En cierto modo, se advierte que la singularidad del hombre ha de encontrarse en otro plano. Pero, ¿en cuál? ¿En el de la inteligencia? Sí, pero el hombre aislado es un animal muy estúpido. ¿En el del lenguaje? Sí, pero ésta es solo una de entre una clase general de características. ¿En el de la sociabilidad? Sí, pero muchos otros animales son sociales. ¿Cuál es, entonces, la respuesta?

Si es que hay un factor particular que explique la singularidad del hombre, es el siguiente: él, y solo él, tiene cultura. De ésta surgen todas las otras diferencias. Su inteligencia, por ejemplo, se multiplica por mil gracias a la posesión de cultura. Su lenguaje, por importante que pueda ser, representa solo una parte de la cultura. Su vida social está gobernada por la cultura. Por consiguiente, la cultura es una profunda posesión que se ramifica a todo lo largo de la vida humana y explica todas las cualidades realmente únicas del hombre. Agrega otra dimensión a la existencia y torna humano lo que de otro modo sería simplemente animal.

Más adelante se analizará la naturaleza de la cultura. Ahora, solo diremos que ella abarca todos los modos de pensamiento y

Escaneado con CamScanner

conducta transmitidos por la interacción comunicativa, es decir, por la trasmisión simbólica, antes que por la herencia genética. Es lo que aprendemos de otros por medio de la palabra, el gesto y el ejemplo, en contraposición a lo que adquirimos por herencia. La pauta de la construcción de nidos entre los pájaros, por ejemplo, está determinada por la herencia, y la pauta de la construcción de casas entre los hombres, por la cultura.

La posesión de la cultura no solo torna singular al hombre sino, también, a su sociedad. El grupo antropoide a partir del cual evolucionó la sociedad humana no es extraordinario; solo representa una variante de la sociedad primate en general y, de modo más amplio, de la sociedad de los mamíferos. Lo que modificó en grado extremo ese tipo social básico en el tronco humanoide de los primates, fue la adición de la cultura. Esto, y solo esto, ha concedido a la sociedad humana una diferencia inconfundible y de largo alcance.

Por lo tanto, el estudio de la sociedad humana implica el estudio de la cultura. Cualquiera que sea el aspecto o parte de la sociedad que se considere, la presencia de un modo cultural de trasmisión tiene fundamental importancia.

Si se trata de la familia, por ejemplo, una interpretación puramente biológica, que omita la cultura como base para la explicación, no servirá de nada. Las pautas de la familia son pautas culturales, y sus variaciones de lugar en lugar y de época en época son variaciones culturales. La cultura es la que hace necesaria la distinción entre matrimonio y apareamiento, entre legitimidad e ilegitimidad, entre autoridad y dominación. Si la cultura es tan significativa con respecto a la familia, mucho más significativa debe serlo en lo concerniente a cosas tales como la organización económica, política y religiosa. Ningún esfuerzo de imaginación, por ejemplo, podrá explicar como diferencia biológica la que existe entre una democracia y una dictadura.

El análisis de la sociedad humana tiene que realizarse, sin duda, en el plano cultural, y una parte importante de la sociología humana es el estudio de la naturaleza, el origen y la significación de la cultura. Pero, por otro lado, la ciencia social no se ocupa, salvo en los términos más amplios, de la totalidad de la cultura. El contenido de la cultura es sumamente diverso, y comprende mucho más de lo que el estudioso de la sociedad necesita abarcar. Incluye el arte, la música, la arquitectura, la literatura, la ciencia, la tecnología, la filosofía, la religión y un millón de otras cosas. El tratamiento de la cultura en todo su infinito detalle exigiría una gigantesca enciclopedia y un ejército de especialistas.

La mayoría de las ciencias del hombre —las denominadas ciencias humanistas— son ciencias de la cultura, y tratan de las varias y numerosas ramas en que se divide la herencia cultural. Es por

Escaneado con CamScanner

eso que la cultura se usa, a veces, para referirse a las bellas artes: la Cultura con "C" mayúscula y con un sentimiento de reverente temor. Pero el interés del especialista en ciencias sociales por la cultura se ejerce solo en la medida en que ésta se relaciona con la vida social. En otras palabras, considera la cultura desde un punto de vista peculiar y selecciona solo los aspectos que arrojan luz sobre la organización y la conducta sociales. Si es un sociólogo o un antropólogo social, encuentra sumamente significativa la forma en que la cultura amplía la complejidad, profundidad y continuidad de la sociedad humana, y el modo en que las nuevas invenciones culturales en todas las esferas afectan las potencialidades de la organización social. Considera importante el hecho de que las invenciones dependan de la etapa anterior de progreso cultural, y de que su difusión esté supeditada a numerosas condiciones culturales. Quizás encuentre más fascinantes los aspectos de la cultura que definen de manera directa las pautas de una interacción social: usos sociales, costumbres, leyes e instituciones que gobiernan la conducta. Sin duda, le resultan casi igualmente excitantes las creencias e ideas que acompañan a estas pautas y que son, en verdad, parte de ellas, porque es característico de los hombres, como animales culturales, que consideren necesario no solo actuar sino, además, ofrecer razones y justificaciones para sus actos y perseguir fines socialmente definidos.

¿El especialista en ciencias sociales va más allá de la cultura? Ésta es una pregunta difícil de contestar, porque el elemento cultural impregna de tal manera la sociedad humana que ninguna conducta está libre de su influencia. Por cierto, el investigador social va más allá de los denominados aspectos formales de la organización social. Por ejemplo, el economista que estudia la conducta dinámica de las relaciones en el mercado no se preocupa por las leyes y las costumbres de la propiedad. Da por supuesto cierto marco institucional y dedica su atención al juego recíproco de la oferta y la demanda en el intercambio de bienes y servicios. Este juego dinámico recíproco es, sin duda, una fuerza creadora por derecho propio, y no solo ayuda a mantener a la población sino que, además, funciona sutilmente para cambiar el propio esquema institucional. Por lo tanto, el especialista en ciencias sociales se interesa en el contacto real y cotidiano entre los individuos. Le preocupa la acción concreta, con la satisfacción de los fines por medio de la elección discriminatoria de medios en situaciones de grupo. Le interesan, por ejemplo, no solo las *instituciones* políticas y económicas sino, también, las *actividades* políticas y económicas, y las funciones que cumplen estas actividades. Pero como en toda conducta existen elementos culturales, difícilmente puede decirse que alguna vez logre evadir la necesidad de considerar la influencia cultural. Simplemente, puede decirse que la ciencia social no se interesa principal o exclusivamente por la cultura como tal. Le interesa, primero, la sociedad, y

Escaneado con CamScanner

luego la cultura, pero solo en la medida en que ésta se halla relacionada con aquélla.

Es preciso dejar una cosa en claro. Las ciencias sociales se dedican al estudio de fenómenos mentales, antes que físicos. Sucede, como consecuencia de las ideas y técnicas de la herencia cultural, que los seres humanos crean incontables objetos físicos: hachas, ruedas, vehículos, casas, ornamentos, libros, cuadros, ropas, etcétera. Por una falacia corriente –la falacia de confundir lo abstracto con lo concreto (*misplaced concreteness*) –, aquéllos se consideran, a veces, como parte de la "cultura", y se piensa que algunas de las ciencias culturales, como por ejemplo el arte y la arqueología, son las que los estudian. Pero, desde un punto de vista sociológico, esos objetos físicos son productos posibilitados solo por la trasmisión de principios e ideas de una persona a otra. Lo esencial, pues, es la interacción significativa entre distintos individuos. Cosas tales como el *status* social, la solidaridad del grupo, el intercambio económico, la producción tecnológica, la organización política y la identificación del parentesco entrañan un conocimiento mutuo, una actividad voluntaria y una comunicación simbólica. Sin el contacto de una mente con otra, no existirían. Sean cuales fueren los índices externos con que las midamos o los instrumentos que apliquemos, los fenómenos sociales son, en primer lugar, fenómenos mentales y deben interpretarse como tales.

El punto de vista sociológico

Existen, como todos saben, varias ciencias diferentes afanosamente empeñadas en el estudio de la sociedad humana. Los límites entre ellas son vagos en la práctica así como en principio, y esta situación, lo mismo que en el caso de las naciones, ha conducido a innumerables disputas de límites. Desde un punto de vista estrictamente científico, a nadie le importa en realidad dónde se encuentran los límites, porque en las ciencias éstos no existen. Las disputas surgen porque la ciencia es encarada necesariamente por grupos e instituciones organizados, que poseen intereses creados en su labor. Ya sea que se dedique a investigaciones originales o a la difusión de conocimientos, cada grupo científico compite con otros en procura de apoyo financiero y de reconocimiento público y personal. Más aún, como la competencia técnica es necesaria para juzgar respecto de los asuntos científicos, cada grupo trata de fijar sus propias normas y resiste la intrusión exterior de los aficionados. Cuando se trata de cuestiones científicas puras, nadie se opone a esta autonomía; pero a veces resulta difícil separar las necesidades estrictamente científicas de los intereses creados ocultos.

Escaneado con CamScanner

Ni el gobierno ni la profesión médica permiten que cualquier hombre se designe a sí mismo cirujano y opere a cualquiera que se someta a su persuasión. Por lo general, nuestras instituciones educativas no contratan a físicos para que enseñen Biología, ni a biólogos para que enseñen Economía Política. Esto resulta bastante evidente, pero cuando las ramas del saber son menos claras, puede haber reclamaciones y contrarreclamaciones, como medio de que un grupo aventaje a otro. Por ejemplo, si en la misma universidad hay un departamento de biología y uno de botánica, es posible que ambos reclamen el derecho a dictar el curso de genética. Un departamento de química y uno de geología pueden exigir el derecho a dictar un curso sobre petróleo. Un departamento de psicología y uno de educación pueden pretender el derecho a una cantidad de cursos limítrofes.

En la lucha por la obtención de fondos para investigaciones, del reconocimiento público, de puestos y de tantas otras cosas, cada científico se beneficia si su grupo se amplía en lugar de contraerse. Por consiguiente, aparte de la tendencia normal a exagerar la importancia del estudio al cual dedica su vida, le agrada tener un dominio científico tan amplio como resulte posible. Por lo tanto, cuando se le pregunta qué abarca su "terreno", lo más probable es que dé una amplia definición, la cual incluye la mayor parte del conocimiento humano, o convierte su tema en el cimiento o clave de todo lo demás.

Por desgracia, los especialistas en ciencias sociales han incurrido en considerable medida en este tipo de cosas. La antropología se designa a sí misma, modestamente, como el "estudio del hombre". La psicología, con igual reticencia, se considera la "ciencia de la conducta". La economía dice que estudia "las formas con que el hombre se gana la vida", insinuando que como todo lo demás no contribuye al sostenimiento de su vida, es en gran medida superfluo. Las ciencias políticas afirman estudiar "los fenómenos del poder"; la sociología, "la sociedad y la conducta social"; la historia, "el pasado significativo". Resulta evidente que no todas pueden tener razón, o que, si la tienen, hay una deplorable superposición que haría imposible organizar un programa de estudios universitarios o establecer una serie de asociaciones profesionales. La mejor manera de entender la naturaleza de las diversas ciencias sociales consiste en prestar atención a lo que en realidad hacen, y no a lo que afirman hacer. Esto demostrará que la verdadera base de diferenciación no es una diferencia en los temas concretos, porque las disciplinas sociales estudian todos los mismos fenómenos externos: los hechos de la vida social. Se trata, más bien, de una diferencia en el punto de vista o en el foco de la atención.

Cada ciencia formula su propio tipo de preguntas y elige, de una plétora de manifestaciones sociales, los datos que proporcionan

Escaneado con CamScanner

la respuesta más satisfactoria. Necesariamente, formula suposiciones, es decir, da por sentadas las respuestas a otro tipo de preguntas, y estas suposiciones pueden ser válidas o no. Cada ciencia es, pues, abstracta; encara solo ciertos aspectos de la realidad concreta, aspectos que no son pasibles de separación física (como la rama con respecto al árbol) ni de separación analítica. De ello se infiere que, en lo que concierne a la predicción de acontecimientos reales, las distintas ciencias sociales son mutuamente interdependientes, porque solo combinando sus distintos puntos de vista se puede lograr una completa previsión de los sucesos futuros. Las suposiciones de una son los problemas en discusión para las otras. La economía, por ejemplo, supone corrientemente una conducta racional en la búsqueda de los intereses individuales. Construye su sistema teórico sobre la base de esa suposición, pero no sugiere necesariamente que la afirmación sea cierta, en todo sentido, para cualquier persona de carne y hueso o en cualquier situación total. La sociología no hace ninguna suposición por el estilo, sino que se plantea, entre otros, el problema de vincular la racionalidad económica con la irracionalidad religiosa y moral. Hace una suposición propia: la racionalidad está limitada por los controles éticos y morales. No supone que esto sea completamente cierto en los hechos, pero prefiere analizar la conducta social *como si* esa suposición fuese cierta. Es claro que sin suposiciones definidas resulta imposible construir un sistema de pensamiento, porque las relaciones de causa y efecto deben formularse siempre en términos de las *condiciones* en las cuales rigen.

Lo que se dice aquí de las ciencias sociales vale igualmente para las ciencias físicas. En realidad, vale mucho más, porque las ciencias físicas están más adelantadas y, por lo tanto, son evidentemente más sistemas de abstracciones. Resulta claro, por ejemplo, que un hueso roído por un perro es susceptible de ser analizado desde el punto de vista de su contenido *químico* (como conjunto de elementos químicos en relación recíproca), de su naturaleza *física* (como sistema de átomos, moléculas, etc.), de su significación *biológica* (como un tipo de hueso de un tipo de animal, comido por otro tipo de animal) y de su importancia *fisiológica* (como sustancia digerible o indigesta), para no hablar de su significación económica, artística, moral u otras. (Para ver si tiene significación moral o ética, basta con imaginar que el hueso es un hueso humano). El objeto o acontecimiento concreto tiene poca significación en y por sí mismo. La adquiere solo cuando se ponen en discusión sus vinculaciones con otros objetos o acontecimientos, pasados y futuros, y esas vinculaciones las proporciona solo la capacidad retentiva y lógica de la mente; en otras palabras, un proceso de abstracción.

Escaneado con CamScanner

No hace falta describir aquí las suposiciones y los puntos de vista básicos de las distintas ciencias sociales. Esta obra se interesa solo en una de tales ciencias, y, por lo tanto, describiremos únicamente el punto de vista de ella y en forma sucinta, porque todo el libro constituye la mejor demostración. En lo fundamental, nuestro interés reside en las sociedades como sistemas (es decir, como organizaciones en funcionamiento) y en las relaciones sociales, sea cual fuere su tipo. Esto no representa un enfoque enciclopédico que resuma todo lo que incluyen las otras ciencias sociales, sino más bien una disciplina especial dedicada a la forma en que las sociedades logran su unidad y continuidad, y a la forma en que cambian. Ocurre que este tipo de análisis recibe habitualmente el nombre de sociología, nombre que parece tan bueno como cualquiera, aunque a veces connota una preocupación por la anormalidad social.

¿Cuáles son, pues, los vastos problemas que se analizarán en este volumen? Los principales son los siguientes: primero, la *estructura social.* ¿Cómo pueden analizarse los sistemas sociales en sus partes o elementos esenciales? ¿Cuáles son los elementos comunes a todos los sistemas sociales? ¿Cuáles son las características variables, y cuáles los límites y causas de su variación? Segundo, las *funciones sociales.* ¿Cuáles son las necesidades peculiares de los sistemas sociales, y cómo satisface su estructura estas necesidades? ¿Existe una relación intrínseca entre organización y función en el sentido de que si la una varía, tiene que variar también la otra? ¿Cómo se vinculan las funciones sociales con los objetivos que tienen los hombres en sus mentes? ¿Cuál es la significación —si es que existe alguna— de la eficacia o ineficacia social? Tercero, la *interacción social.* ¿Qué papel representan el conflicto, la competencia y la cooperación en la vida humana? ¿Cuáles son los aspectos dinámicos de la conducta del grupo: estimulación recíproca, símbolos colectivos, ceremonia y ritual? ¿Cuál es la naturaleza del contacto humano y de la comunicación? Cuarto, *el individuo y su sociedad.* ¿De qué maneras es la personalidad humana un producto social? ¿Cómo crea y utiliza la sociedad a distintos tipos de individuos? ¿Cuáles son las reacciones subjetivas a las diferentes clases de situaciones sociales? Quinto, el *cambio social.* El cambio social, ¿se opera en ciclos o en línea recta? ¿Qué factores estimulan el cambio y cuáles son los que lo retardan? ¿Cómo se mide la velocidad del cambio social, y con cuánta rapidez cambian las distintas partes de la sociedad, las unas con respecto de las otras?

Estos son problemas fundamentales, y la tentativa de resolverlos representa una empresa fascinante. Muchos grandes espíritus los han encarado, ofreciendo soluciones de uno u otro tipo. Necesariamente, nuestras propias soluciones están lejos de ser las definitivas. No son soluciones filosóficas ni religiosas, sino meras aproximaciones científicas, y la ciencia jamás es definitiva.

Escaneado con CamScanner

Los obstáculos de las ciencias sociales

Aunque todos se dan cuenta de que hay obstáculos especiales que obstruyen el camino de las ciencias sociales, no todos tienen una idea clara de cuáles son. A veces se dice que las ciencias sociales son "jóvenes" y que, por consiguiente, no han tenido tiempo de alcanzar la madurez científica. Pero semejante explicación no hace más que formular el problema, puesto que no dice por qué el nacimiento tiene que llegar tanto más tarde o la "adolescencia" durar tanto más en este terreno que en el estudio de la química, la física o la biología. Algunos afirman que los fenómenos sociales son más complejos que otros, y que esto los hace más difíciles de entender. Pero mientras cualquier rama del conocimiento contenga fronteras desconocidas (como sucede en todos los terrenos), su grado de complejidad será infinito. Los misterios de la materia, de la vida orgánica y del universo astral son más profundos y están tan poco solucionados como los misterios de la vida social. En rigor, parecen ser más complejos. Casi todos tienen alguna noción en cuanto a los asuntos sociales, pero los no iniciados padecen una ignorancia abismal en cuanto a la naturaleza del átomo. En realidad, poseemos —en los asuntos sociales— una vía especial de conocimientos que le es negada al experto en ciencias naturales, porque las realidades sociales y psíquicas las experimentamos en el plano subjetivo y, por lo tanto, mediante un simple examen de nuestros motivos, podemos adquirir cierta intuición de por qué la gente se comporta como lo hace.

¿Cuáles pueden ser, entonces, los obstáculos de las ciencias sociales? Para entenderlos, hace falta entender la sociedad misma. En otras palabras, solo a través de la ciencia social pueden explicarse los obstáculos; y, cosa paradójica, en su tentativa de explicarlos las ciencias sociales son aherrojadas por esos mismos obstáculos. Esto parece un círculo sin esperanza, pero hagamos, de cualquier modo, la tentativa, en el entendimiento de que la explicación se hará más clara a medida que se vayan desarrollando los sucesivos capítulos.

Un sistema social es siempre normativo. Su integración se basa en el hecho de que sus miembros llevan en sus mentes, como parte de la herencia cultural, la noción de que *deben* o *no deben* hacer ciertas cosas, de que algunas acciones son *correctas* o *buenas* y otras *erróneas* o *malas.* Cada persona se juzga a sí misma y juzga a sus semejantes de acuerdo con esas reglas sutiles y ubicuas; y toda violación es castigada mediante una reacción negativa, pequeña o grande. Una actitud evaluativa, una actitud de elogio y censura, de acusación y justificación, impregna así a toda sociedad humana. Poner en tela de juicio las reglas o, peor aún, los sentimientos que las informan, equivale a incurrir en ciertas penalidades, la menor de las cuales es la controversia. La persona que trata de escapar

Escaneado con CamScanner

totalmente, en su propio pensamiento, del sistema moral a fin de estudiar la conducta de manera objetiva, que trata de analizar las normas y los valores sociales como si fuesen amebas o átomos, es rápidamente tachada de agnóstica, cínica, traidora, o de cosas peores aún. En lugar del apoyo público para su trabajo, debe contar con la hostilidad pública.

Para protegerse, el especialista en ciencias sociales acepta, por lo general, ciertos valores sociales (los comúnmente aceptados en su sociedad) y no hace más que estudiar los medios de alcanzarlos. De tal modo, elimina de su investigación los mismos fenómenos que, desde un punto de vista sociológico, son las bases más fundamentales de la existencia social. Pero su falta de adopción de una actitud científica puede ir más lejos aún. Voluntaria o involuntariamente puede enzarzarse en controversias —es decir, en disputas en las que el público ha tomado partido— y defender un conjunto de valores en contra de otro. En este caso, termina convirtiéndose frecuentemente en un defensor particular, un propagandista o un expositor de anhelos, es decir, en lo contrario de un hombre de ciencia. Nadie piensa mal de él por eso, salvo los que se encuentran en el otro bando, porque el partidismo en materia de problemas públicos es lo que se espera de él.

Este doble papel de especialista en ciencias sociales —el hecho de que, por una parte sea miembro de un grupo normativo y, por la otra, un observador del mismo grupo—, explica la principal limitación de su actividad científica. De nada sirve *censurarlo* por sus limitaciones, hacerlo responsable de sus definiciones vagas, sus métodos inexactos, conclusiones inocuas, predicciones erróneas y vocabulario pomposo. Éstos no son otra cosa que los medios inconscientes con que se protege. Se espera de él que utilice el ropaje de la ciencia, pero se le prohíbe ejecutar las funciones de ésta; entonces, no hace más que emplear un abracadabra inofensivo, a la vez que llega a las conclusiones que desean escuchar todos o casi todos los que están en su bando. Si se lo acusa de ser anticientífico, dice que las ciencias sociales se encuentran todavía en su juventud y que los fenómenos sociales son muy complejos, o bien dice que en asuntos sociales es imposible ser neutral, sin darse cuenta, en apariencia, que si semejante afirmación se toma en un sentido epistemológico, encierra una contradicción manifiesta.

En toda sociedad existen sentimientos que no es posible poner en tela de juicio. Ni siquiera se los puede estudiar con desapasionamiento, porque puede ser tabú la sola mención de su violación en cualquier tono que no sea el del horror. Más de un profesor ha sido expulsado de una universidad estadounidense, por investigar la vida sexual de los solteros, por adoptar una actitud liberal respecto del dogma religioso, por dictar un curso sobre socialismo o por adoptar una actitud poco patriótica. Si de algún modo se tocan estos temas,

Escaneado con CamScanner

siempre es preciso manejarlos con circunspección, y el profesor debe reiterar su devoción a los valores supremos. El objeto del estudio no deben ser los valores mismos, sino la violación de éstos, porque las violaciones exigen acción. Así, si el especialista en ciencias sociales estudia el divorcio, se supone que lo hace con el fin de reducir ese "mal". Si estudia el gobierno, lo hace con vistas a eliminar los obstáculos opuestos a una verdadera democracia, un verdadero fascismo o un verdadero comunismo, según donde se encuentre. Pero en toda sociedad vasta y compleja existen otros asuntos acerca de los cuales la opinión pública está reconocidamente dividida, por lo cual se los puede discutir con mayor libertad. Esta discusión libre, empero, no significa necesariamente una discusión objetiva. Toda controversia tiene dos bandos, y ambos condenan a todos los que intenten un análisis puramente desapasionado. Un antiguo principio afirma que el que no concuerda está en desacuerdo. El especialista en ciencias sociales no puede permitirse el lujo de poner al descubierto las suposiciones, intereses y valores de *ambos* bandos a la vez. Tiene que alinearse con uno u otro bando, o correr el riesgo de hacerse universalmente impopular. Si se trata de la prohibición, tiene que estar en favor o en contra de ella. Si se trata del control de la natalidad, de la socialización de la medicina, de la igualdad de los negros, de la agremiación obrera, del sufragio femenino, de la censura literaria, del juego de azar legalizado o de la elevación de los impuestos tiene que encontrar razones por las cuales estas cosas deben existir o desaparecer. Ésa es la primera pregunta que formula el público –¿de parte de quién está?–, y el público tiene una excepcional capacidad o compulsión para extraer actitudes evaluativas de las declaraciones escritas o verbales. Por cierto, el lenguaje común está tan saturado de tales actitudes que resulta virtualmente imposible usarlo sin hacerse pasible de la acusación de partidismo. Una tentativa de análisis desapasionado termina simplemente insultando a ambos bandos, o, si no trata de un tema polémico, sino tan solo de la conducta humana, aparece como una sátira.

Gran parte de lo que pasa por análisis social no es más que una tentativa de determinar la culpabilidad con respecto de algo. ¿*Quién* es responsable del delito? ¿*Quién* es responsable de la Segunda Guerra Mundial? ¿*Quién* es responsable de los altos precios? Por necesaria que pueda ser esta determinación de la responsabilidad moral para el funcionamiento de la sociedad, no es lo mismo que el análisis causal, y, en rigor, con frecuencia lo oscurece.

En ciertas formas, el sociólogo se ve frente a más obstáculos que otros especialistas en ciencias sociales, precisamente porque al tratar de ver la sociedad como un todo se ve obligado a examinar la naturaleza de los valores humanos. Debe someter las costumbres y las instituciones básicas a un análisis objetivo. Debe encarar la religión y la familia, por ejemplo, con un espíritu de investigación

Escaneado con CamScanner

secular, antes que con una actitud de respeto y tabú. El economista y el especialista en ciencias políticas, que suponen —sin cuestionarlo— el marco institucional, pueden estudiar en general la conducta racional y los temas populares y, de tal modo, eludir algunas de las dificultades del sociólogo. Pero estos especialistas tropiezan con otros engorros. La literatura de las ciencias políticas está particularmente impregnada de conceptos metafísicos y moralistas; a veces, parece ser más un ejercicio de teoría ética que de conocimientos empíricos.

En vista de los obstáculos que la ciencia social tiene ante sí, algunas personas dicen que ella no existe, que en el mejor de los casos tan solo hay "estudios sociales". Otros creen que la ciencia social existe, pero contradictoriamente adoptan el punto de vista de que quien la practica no puede ser neutral, que inevitablemente tiene que tomar partido. Si esto significa tomar partido con referencia al problema que se investiga, entonces es una negación de la ciencia. El conocimiento es imposible sin un análisis neutral. Toda ciencia es neutral en el sentido de que las emociones del investigador no influyen sobre la observación y explicación de los hechos. Es cierto que existen muchas controversias científicas. Éstas son el aliento mismo de la ciencia. Pero se trata de debates con respecto a problemas teóricos, no a problemas morales o políticos; y se los resuelve por medio de la observación y la lógica, y no por la propaganda y la ofuscación. La conducta social no representa una categoría especial de realidad intrínsecamente impermeable al estudio sistemático. Es tan pasible de investigación científica como cualquier otro fenómeno natural. Los obstáculos no provienen del tema mismo, sino de las limitaciones impuestas al investigador por su propia sociedad. Por consiguiente, podemos esperar el mayor desarrollo de la ciencia social cuando se cumplan ciertas condiciones.

La primera de ellas es que la sociedad sea tan grande, compleja y diversificada, que sus ciudadanos exijan una gran proporción de conocimientos sociales exactos a fin de mantener toda la sociedad en funcionamiento. En una sociedad así, las actividades consideradas como medios puros, que solo tienen una relación fluida con los fines últimos, son muy numerosas; y mientras se las considere como medios, ellas pueden estudiarse con impunidad. Aún más, en una sociedad de este tipo, la división del trabajo llega a límites extremos, de modo que parece factible llenar la necesidad de información social exacta por medio de un grupo especial (siempre pequeño) de personas profesionalmente dedicadas a la investigación social y a la enseñanza. Ese grupo recibe una especie de licencia para investigar objetivamente; es decir, se le concede cierta dosis de libertad académica, de seguridad con respecto a la estabilidad en su puesto y de aislamiento para sus estudios. En compensación, se supone que debe observar los cánones del método científico y la ética de la enseñanza

Escaneado con CamScanner

carente de prejuicios. Si un miembro del grupo utiliza su investidura de hombre de ciencia para conceder un aire de autoridad a la propaganda, o si convierte su aula en una plataforma política, no actúa como hombre de ciencia y no tiene derecho a exigir una inmunidad especial contra las represalias por parte de los que no concuerdan con él. Un Estado democrático, por ejemplo, no desea conceder una plataforma protegida a los que abogan por la dictadura. Pero puede respaldar una investigación objetiva sobre la naturaleza de las dictaduras. Si en el aula o en la investigación existe alguna defensa de algo, tiene que volcarse, en general, en favor de los valores establecidos; sin embargo, en ciertas circunstancias y en un sentido limitado, puede no haber defensa de nada, sino simplemente un análisis.

La sociedad industrial moderna favorece cierta proporción de ciencias sociales, la sociología incluida. Antes de la era industrial existían abundantes especulaciones sobre los problemas sociales, pero eran, sobre todo, moralistas. Confucio, Platón, Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, se preocuparon de lo que la gente debe hacer, no de lo que realmente hace [1]. En los siglos XVIII y XIX surgió algo parecido a una auténtica ciencia social. Para entonces, la revolución industrial había creado una sociedad más complicada, imponiendo a los estudiosos una nueva conciencia de los fenómenos sociales. También había conducido a una sociedad más secularizada, la cual permitía interpretaciones de los fenómenos sociales de índole menos religiosa y moralista. Por último, las consecuciones de las ciencias naturales habían popularizado el método científico y sugerido la posibilidad de que este enfoque fuese aplicado a los datos de la sociedad. Por las razones mencionadas, el éxito de la nueva ciencia social fue más bien leve. Las distintas ramas tuvieron un desarrollo lento y gradual, y siguen estando, ahora, limitadas en sus alcances y sus logros. Ello no obstante, resulta claro que en nuestro tipo de sociedad, a pesar de los obstáculos puede haber, y hay, cierta proporción de ciencias sociales.

El valor de la sociología

Podrá preguntarse: ¿qué valor tiene el estudio de la sociedad? ¿Es digno del esfuerzo que exige? La respuesta parece sencilla. No solo tal estudio tiene un valor (cualquiera que sea el patrón que se adopte), sino que, en una sociedad compleja, se torna indispensable. Posee, en primer lugar, un valor claramente instrumental, en el sentido de que una vez logrado el acuerdo en cuanto a determinadas metas, ayuda a establecer los medios más eficaces para

[1] Robert M. MacIver, "Sociology", en *Encyclopedia of the Social Sciences.*

alcanzarlas. En una sociedad complicada, las políticas sociales no pueden ponerse en práctica simplemente sobre la base de la costumbre y de los sentimientos. Exigen, además, cierta dosis de conocimientos con respecto a la sociedad en cuestión; y cuanto más grande y más diversificada es la sociedad, mayor es la cantidad de conocimientos sociales necesarios. Además, cuanto más amplia y más inclusiva es la política que se pretende adoptar, más importante resulta el conocimiento de tipo sociológico, en contraposición al tipo de conocimiento puramente político o económico. Supóngase, por ejemplo, que la mayoría de los ciudadanos de una nación consideraran deseable una política de aumento de la tasa de natalidad (como ocurre hoy día en Suecia, Francia e Inglaterra). El mejor medio para lograr este objetivo no puede determinarse en términos exclusivamente económicos o políticos, porque es preciso tener en cuenta los problemas de la organización de la familia, la dinámica de la población, las costumbres reproductivas y los valores tradicionales, cosa que exige un análisis de tipo sociológico.

La contribución de la ciencia sociológica, en segundo lugar, va aún más a fondo. En una sociedad especializada y grande, todos nos vemos limitados en cuanto a la proporción de la organización y la cultura totales que podemos experimentar en forma directa. Cada uno de nosotros posee, solamente, experiencias de primera mano respecto de una parte infinitesimal de la vida de nuestra sociedad. El agricultor de Nebraska, por ejemplo, no podrá llegar a ser en vida un empleado de archivo en Washington, un negro en Harlem, un hombre de negocios en Chicago, un ama de casa en Georgia y un obrero textil en Massachusetts. Difícilmente, podrá conocer a todas estas personas en forma íntima; sin embargo, tiene que vivir con ellas en la misma nación y, por lo tanto, apreciarlas de alguna manera. Puede obtener gran parte de sus conocimientos de oídas y gracias a cuentos y novelas realistas, pero, en algún momento, él o las personas de las cuales depende para que lo representen en los asuntos públicos necesitarán tener una comprensión más sistemática de lo que significa para él la vida de todos aquellos individuos, de lo que significan éstos el uno para el otro y de qué es lo que da unidad al conjunto. Nuestra sociedad es tan complicada, que se hacen necesarios atajos eficientes para llegar a la comprensión de las partes que no experimentamos en forma directa. Es preciso que tengamos cierta percepción y apreciación de los motivos por los cuales viven otras personas, y de las condiciones en que existen. De esta manera, se reduce la intolerancia, enemiga de una sociedad integrada de tipo moderno. De esta manera, el ciudadano común pone en práctica las decisiones referentes a la política del grupo en forma más simpática y amplia. De este modo, se alcanza la unidad dentro de la diversidad.

Escaneado con CamScanner

En tercer lugar, existe en el estudio sociológico una ventaja personal, en oposición a la ventaja puramente societaria. Uno de los signos de la persona educada es el de que posee percepción y apreciación de cosas que los individuos comunes dan por sentadas. Por consiguiente, tiene una mejor comprensión tanto de sí mismo como de los demás, y es más flexible para adaptarse a nuevas situaciones. Es capaz de pensar en términos de principios subyacentes, antes que en términos de los estereotipos populares, y, por ende, puede juzgar mejor las consecuencias de largo alcance. Por último, mediante una comprensión comparativa de sociedades y grupos distintos de los propios, está en condiciones de ver el significado que para su existencia tienen muchas cosas que, de lo contrario, escaparían de su atención. De esta manera, su vida se torna más rica y plena de lo que de otro modo sería. Sin duda, es por ello que el estudio de la psicología social, la antropología social y la sociología ocupa un lugar tan importante en el programa actual de las llamadas artes liberales.

Es evidente que el tipo de conocimiento que tiene importancia no es el simplemente descriptivo. El momento fugaz, el acontecimiento corriente, no poseen significación si no están vinculados con sucesos pasados y futuros por medio de una interpretación sistemática. Para que el conocimiento social tenga valor, debe abarcar los principios básicos de la sociedad, diferenciados de los simples fenómenos superficiales. Las decisiones tomadas sobre la base de informaciones superficiales suelen brindar resultados exactamente contrarios a los que se esperan.

Es claro que el conocimiento sistemático depende de las técnicas de investigación. Sin tales técnicas es imposible realizar predicciones exactas o confirmar las que se han hecho. En la sociedad moderna, el lento proceso de ensayo y error en la política pública, sin más pruebas de éxito que la ausencia de caos o la falta de censuras, es en conjunto demasiado lento y costoso. Quiérase o no, a fin de evitar la censura y la calamidad, los individuos y los grupos tratan de utilizar técnicas científicas para predecir los resultados por anticipado. De tal modo, todas las ciencias sociales, incluso la sociología, se tornan cada vez más técnicas a medida que avanzan. Aunque esto constituye una ventaja desde el punto de vista del progreso científico, resulta una desventaja desde el de la difusión de conocimientos, y, por lo tanto, es preciso realizar esfuerzos especiales para el proceso de difusión, desarrollando también en esa esfera técnicas especiales.

Citemos un ejemplo sencillo del valor predictivo de la ciencia social sistemática. En nuestras ciudades, la construcción de edificios para escuelas públicas representa una fuerte inversión de capitales. A fin de eludir una inversión demasiado grande o demasiado pequeña, cada ciudad tiene que conocer cuál podrá ser la futura

Escaneado con CamScanner

cantidad de escolares de distintas edades. Esto exige cierto conocimiento exacto con respecto a las tendencias de las tasas de migración rural-urbana y de nacimientos y muertes, cosa que a su vez depende de cambios sociales más vastos. El especialista en ciencias sociales (por lo general, en este caso, el experto en población) suele llegar a conclusiones que se refieren al número futuro de escolares, conclusiones que difieren bastante de las opiniones más superficiales sostenidas por la mayoría de los ciudadanos. Pero es probable que su criterio ahorre dinero a dichos ciudadanos, en tanto el de éstos, si se pusiese en práctica, les costaría dinero. Por lo tanto, son potencialmente pasibles de ser educados en este sentido, y parte de la tarea del experto no solo consiste en predecir el futuro número de escolares de la ciudad sino, también, en demostrar la validez de sus resultados, exponiendo sus técnicas.

La utilidad máxima de la ciencia social se obtiene, en apariencia, cuando se ha cumplido una doble tarea: primero, en estudio sistemático de las relaciones causales, efectuado por personas profesionalmente dedicadas al análisis social desinteresado; segundo, una difusión del conocimiento así obtenido, para ponerlo al alcance de la población en general. En este sentido, la ciencia social no se diferencia quizá de ninguna otra rama de la actividad científica. En medicina, por ejemplo, se ha hecho cada vez más claro que quien ejerce la profesión por sí solo, guardando sus conocimientos médicos como un monopolio privado y oculto, no puede asegurar la salud de un pueblo. Por el contrario, es preciso que el público en general comparta algo de sus conocimientos; hay que educarlo en las necesidades de la sanidad general, de la higiene personal, de la dieta adecuada, de la inmunización protectora, etcétera. Es posible que la tarea de difusión sea más importante y, al mismo tiempo, más difícil en el terreno social que en las ciencias físicas, pero la diferencia es solo cuestión de grado.

En nuestro tipo de sociedad, pues, el estudio científico de los mecanismos sociales aparece y se difunde de modo inevitable. Por lo tanto, el problema del "valor de la sociología" no se plantea en si debemos o no contar con esa ciencia, sino simplemente en cómo hay que usarla en la práctica. Resulta claro que posee, a la vez, ventajas sociales e individuales, y ellas explican el hecho de que se la tolere y respalde, a pesar de los obstáculos normativos que se interponen en su camino. Sin embargo, al postular la necesidad de la ciencia social hay que tener cuidado de no insinuar que todos los conocimientos son útiles o que las creencias y las prácticas carentes de bases científicas son, por necesidad, socialmente perniciosas. Ya veremos que el propio orden normativo, tan necesario para la sociedad y tan restrictivo para la sociología, contiene inevitablemente elementos ilógicos y no empíricos, y, por lo tanto, no puede basarse de modo exclusivo en la ciencia. En otras palabras, ni una mora-

Escaneado con CamScanner

lidad, ni una ética y, mucho menos, ni un sistema social pueden derivarse únicamente de la ciencia, aunque es posible que sean un objeto de la ciencia y obtengan ventajas, en cierta medida, del hecho de ser tal objeto.

Perspectiva

Hemos dicho que la sociedad humana es única porque depende de la cultura. Como la cultura es un asunto de tradición, puede variar –y varía– de un grupo o sociedad a otros. Esta eterna variedad cultural es la que complica el estudio de la asociación humana, en especial debido al elevado valor que cada grupo asigna a su propio modo de hacer las cosas y a su ignorancia o desprecio de las otras maneras.

> La mayoría de nosotros abrigamos la cómoda ilusión de que nuestra forma de hacer las cosas es la única sensata, si no la única posible. ¿Hay algo más obvio que comer tres veces por día o dormir de noche? Bien, en Bolivia existen indios que piensan de otra manera: duermen unas pocas horas, se levantan para comer un bocado, vuelven a acostarse para descansar por segunda vez, se levantan para otra colación, etcétera; y cuando tienen ganas, no sienten escrúpulo alguno en dormir durante el día. *Nosotros* conducimos nuestros autos por el costado derecho de la carretera; ¿y hay algo más lógico para personas diestras? Pero la costumbre de Inglaterra, Suecia y Austria es precisamente la inversa, aunque no haya allí más zurdos que en otras partes. Pero, sin duda, será natural entonces señalar algo con el dedo índice. No lo es. Muchos indios de América del Norte lo hacen frunciendo los labios. Por otra parte, no hay nada eternamente correcto en el hecho de destetar a un niño a los nueve meses; entre los nativos del Africa oriental y entre los navajos de Arizona, un chico de cuatro o cinco años irá corriendo a tomar el pecho de su madre.
>
> En una palabra, existe una sola manera de descubrir si determinada idea o costumbre es natural o solo convencional: la experiencia. Es decir, no nuestra limitada experiencia reunida en Ottumwa, Iowa, Estados Unidos o, incluso, en la civilización occidental en su conjunto, sino entre todos los pueblos del mundo.[2]

En innumerables ocasiones se ha supuesto, en la historia intelectual, que determinado modo de conducta era "natural" o innato en el hombre, y se han elaborado complicadas conclusiones teóricas sobre la base de esa suposición, cuando en rigor la conducta no era más que una práctica habitual del grupo particular. Para evitar semejante error, es preciso adquirir una perspectiva; y esto, como dice Lowie, solo puede obtenerse estudiando sociedades que no sean las nuestras.

La literatura de las ciencias sociales que se publica en Estados Unidos se refiere, en primer lugar, a acontecimientos que se desarrollan en ese país. Puede que la historia parezca ser una excepción,

[2] Robert H. Lowie, *Are We Civilized?*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1929, págs. 3-4. Citado con permiso del editor.

porque se dedica en tan gran medida a Europa, pero el motivo de esta dedicación es precisamente el de que nuestros antecedentes culturales son europeos. Dedicamos mucho menos atención a la historia de China y de la India, aunque cada uno de estos países contiene casi tantas personas como Europa. Por lo tanto, cuando estudiamos la historia europea nos encontramos, en último análisis, estudiando a Estados Unidos. Una excepción más auténtica del etnocentrismo en las ciencias sociales es la antropología social, que estudia a los pueblos primitivos. Pero el grueso de las investigaciones sociales está constituido por la investigación de nosotros mismos.

Resulta comprensible semejante localismo en las ciencias sociales. Como es natural, nos interesa más nuestra propia sociedad que ninguna otra, porque vivimos en ella. Pero la insularidad tiene sus inconvenientes. Nuestros propios usos sociales e instituciones, nuestras propias actitudes y sentimientos forman tan considerable parte de nosotros que, en gran medida, no tenemos conciencia de ellos. Nuestra atención solo se concentra en las crisis y las soluciones, de modo que nuestra ciencia social está excesivamente recargada de un enfoque de "problemas". El análisis solo se realiza, entonces, en la medida en que se resuelve el problema práctico y, con frecuencia, efímero. Damos por sentadas las características más constantes y fundamentales de nuestro orden social, y cuando pensamos en ellas, generalmente las consideramos universales e inevitables, en cierto modo como parte de la "naturaleza humana". Semejante actitud resulta especialmente perniciosa en sociología, que emprende la tarea de entender las normas e instituciones fundamentales. La sociología se encuentra en la incómoda posición de tratar de explicar cosas que la mayoría de la gente no considera de importancia explicar, porque esas cosas "existen" o pertenecen "a la naturaleza humana". Toneladas de material impreso han surgido en torno del problema de la medicina socializada, pero muy poco acerca del problema teórico de las clases profesionales de la sociedad o de los servicios profesionales como relación social humana. Se ha escrito mucho sobre la ilegitimidad, pero prácticamente nada sobre la legitimidad. Mucho se ha dicho sobre los impuestos, pero muy poco sobre la institución de la propiedad. Casi parece como si en las ciencias sociales los fenómenos recibieran atención en relación inversa a su importancia.

La teoría económica clásica del siglo XIX suponía implícitamente, cierto orden institucional. Sin éste, los principios de aquélla no podrían regir en la práctica, pero los teóricos que consideraban inconscientemente el orden como dado en la naturaleza de las cosas, sentían que estaban describiendo situaciones reales allí donde las encontraban. El moderno florecimiento del socialismo de Estado y de las economías totalitarias, para no mencionar el de los sindicatos, los *cartels* y otros controles monopolistas, demuestra con claridad el

Escaneado con CamScanner

grado en que un régimen de "libre empresa" depende de ciertas disposiciones institucionales que no están arraigadas en la naturaleza humana, sino simplemente en determinada sociedad y en una época determinada. En otras palabras, el peligro de *suponer implícitamente* cierto orden institucional reside en que éste no es entonces analizado o explicado, y en que las generalizaciones basadas en él reciben una aplicabilidad más amplia de la que en realidad poseen. En sociología deben efectuarse todos los esfuerzos posibles para superar la tendencia al localismo, para apreciar el hecho del relativismo cultural. De lo contrario, no se puede entender la naturaleza de la sociedad y de la cultura. Hay que utilizar los materiales relativos a otras sociedades distintas de la nuestra: las civilizaciones antiguas, las naciones extranjeras, las tribus primitivas e, incluso, las sociedades animales. Solo de este modo puede obtenerse una ciencia general de la sociedad. Solo así podemos obtener una perspectiva y eludir los grilletes de nuestra propia cultura.

Resumen

De una proposición (la singularidad del hombre reside en su posesión de la cultura) surge la mayoría de los problemas analizados en este capítulo. Por empezar, aunque las ciencias sociales son en sí mismas una parte de la cultura, la principal limitación de su desarrollo es la existencia de normas culturales que no pueden discutirse. Si se quiere que exista una ciencia general de la sociedad (tal como se concibe la sociología), ella debe estudiar, entre otras cosas, precisamente dichas normas. Sin embargo existe una tendencia a eludir esta necesidad, dando por sentadas las instituciones fundamentales y concentrando la atención en nuestras propia sociedad a fin de estudiar los problemas más efímeros y prácticos del momento. De este modo se descuidan algunos de los problemas básicos de la sociología. Además, como la cultura se trasmite por comunicación antes que por herencia, no es uniforme para la especie en su conjunto (como en el caso de las pautas sociales entre los animales), sino que varía de una a otra sociedad; de ahí que el hecho de concentrarnos en nuestra propia sociedad, con exclusión de otras, hace difícil un grado suficiente de generalización. No se puede construir una ciencia general de la sociedad por medio del estudio de una sola, sino únicamente a través del estudio de muchas sociedades distintas. Es preciso que esté en condiciones de aquilatar los límites de variación en materia de disposiciones sociales, y de tal modo encontrar lo que es característico de toda la sociedad humana, así como lo que solo es peculiar de unas pocas. Como el objetivo de este volumen es el de presentar los principios de la sociología general, se utilizan a

Escaneado con CamScanner

fondo los datos comparativos. Es de esperar que el valor de tal enfoque comparativo resulte más claro a medida que avanza el análisis.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

RUTH BENEDICT, *Patterns of Culture*, Nueva York, Penguin Books, 1946, capítulo I, "The Science of Custom", y cap. II, "The Diversity of Cultures". [Trad. esp.: *El hombre y la Cultura*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944.]

El estudio comparativo de culturas como necesario para una auténtica ciencia social. Muy interesante.

F. STUART CHAPIN, "Social Obstacles to the Acceptance of Existing Social Science Knowledge, en *Social Forces*, vol. 26, octubre de 1947, págs. 7-12.

Analiza ocho obstáculos existentes para la aceptación de la ciencia social.

EMILE DURKHEIM, *The Rules of Sociological Method*, Chicago, University of Chicago Press, 1938. Original: *Les règles de la méthode sociologique*, París, Alcan, 1895. [Trad. esp.: *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Jorro, 1912.]

Traducción de una exposición clásica.

GINO GERMANI, *La sociología científica*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional, s|f., *1ª parte.*

MORRIS GINSBERG, *Sociology*, Nueva York, Holt, 1934, cap. I, "Scope and Method of Sociology". [Trad. esp.: *Manual de Sociología*, Buenos Aires, Losada, 1942.]

Un típico análisis de gabinete, pero bastante informativo. El autor es un sociólogo británico.

E. GREENWOOD, *Experimental Sociology*, Nueva York, Columbia University Press, 1944. [Trad. esp.: *Sociología experimental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.]

Muestra los progresos realizados en el desarrollo de las técnicas experimentales.

GEORGES GURVITCH, "Objeto y método de la Sociología", en G. GURVITCH (dir.) *Tratado de Sociología*, Buenos Aires, Kapelusz, 1962 y 1963. [Trad.]

GEORGES GURVITCH y WILBERT E. MOORE (dir.), Twentieth Century Sociology, Nueva York, Philosophical Library, 1945, especialmente caps. I-III y XVIII. [Trad. esp.: *Sociología del siglo* XX, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.]

Cada capítulo describe una rama o aspecto de la sociología.

R. MACIVER y CH. PAGE, *Sociología*, Madrid, Tecnos, 1958. [Trad.] Capítulo I.

ROBERT K. MERTON, *Teoría social y estructura social*, Stgo de Chile, A. Bello, 1960. [Traducción en español de cuatro estudios incluidos en *Social Structure and Social Theory*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1958], Partes primera y segunda.

ROBERT K. MERTON, "Sociological Theory", *American Journal of Sociology*, vol. 50, mayo de 1945, págs. 462-473.

Todo este número del Journal está dedicado a la sociología contemporánea y a sus diversas ramas, junto con una historia que abarca cincuenta años. Se destaca el artículo de Merton sobre la naturaleza de la teoría y la investigación sociológicas, redactado con lucidez.

GWYNNE NETTLER, "Toward a Definition of the Sociologist", *American Sociological Review*, vol. 12, octubre de 1947, págs. 553-560.

Una concisa clarificación de la actual confusión en cuanto a la naturaleza de esa criatura que es el sociólogo.

ROBERT W. O'BRIEN, *Readings in General Sociology*, Palo Alto, Pacific Books, 1947, cap. I, "The Scientific Method".

Contiene varios buenos trabajos sobre la aplicación de los métodos cuantitativos en las ciencias sociales.

Escaneado con CamScanner

VILFREDO PARETO, *The Mind and Society,* Nueva York, Harcourt, Brace, 1935, vol. 1, cap. I, "The Scientific Approach".

Penetrante exposición del método científico en las ciencias sociales. Pareto es un maestro en la exposición de los procedimientos anticientíficos de los expertos en ciencias sociales.

TALCOTT PARSONS, *The Structure of Social Action,* Nueva York, McGraw-Hill, 1937, cap. I.

La naturaleza del método científico y la teoría científica aplicados a la acción social. Una de las mejores exposiciones de la literatura sociológica.

EDWIN R. A. SELIGMAN, "What Are the Social Sciences?", *Encyclopedia of the Social Sciences,* vol. 1, págs. 3-7.

Una buena exposición de las definiciones habituales de las distintas ciencias sociales. Véanse también los artículos sobre "Sociología", "Antropología", etc., en esta valiosa enciclopedia.

EDWARD A. SHILS, *The Present State of American Sociology,* Glencoe, Ill.: Free Press, 1948.

Una valoración crítica más bien breve de los trabajos actuales de la sociología norteamericana, por un autor cuya opinión parece un poco predispuesta, pero que está bien informado.

LOUIS WIRTH, "Responsibility of Social Science", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science,* vol. 249, enero de 1947, págs. 143-151.

Analiza la naturaleza de las investigaciones sociales y la resistencia opuesta a las mismas. Todo este volumen de los Annals está dedicado a las "Implicaciones sociales de la ciencia moderna".

FLORIAN ZNANIECKI, *The Method of Sociology,* Nueva York, Farrar & Rinehart. 1934, cap. I, "The Selection and Determination of Scientific Data"; cap. II, "The Principles of Selection of Cultural Data"; cap. III, "The Data of Sociology".

Una esclarecedora contribución a los perennes problemas de cómo se buscan hechos y se construyen teorías en la ciencia de la sociedad.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO II

SOCIEDAD HUMANA VERSUS SOCIEDAD ANIMAL

Los seres humanos no son las únicas criaturas que viven en sociedades. Las hormigas, los termes, los pájaros, los monos y muchísimos otros animales hacen lo propio. Por lo tanto, sería sorprendente que la sociedad humana careciese de relaciones con otras sociedades animales. En verdad, que el hecho mismo de que el hombre, como organismo, haya evolucionado a partir de formas inferiores sugiere que su sociedad también se ha desarrollado a partir de prototipos animales. Esta conclusión, plenamente domostrada por las pruebas científicas, no significa que la sociedad humana sea lo mismo que la sociedad animal o que el conocimiento de esta última sea un sustituto adecuado del conocimiento de la primera. Significa, sencillamente, que la sociedad humana es un fenómeno natural como cualquier otro objeto de investigación científica, y que al tratar de estudiar el conjunto de esta sociedad (como intenta hacerlo este libro) se adquiere la más amplia perspectiva si se la considera, primero, dentro de su marco evolutivo. Solo viendo qué tiene el hombre en común con otras criaturas puede verse en qué sentido es singular.

Antes de encarar los tipos de sociedades y el surgimiento del tipo humano, analicemos, primero, las características fundamentales de *toda* sociedad. En otras palabras: ¿Cuáles son las características universales de la sociedad y cuáles las condiciones fundamentales que deben cumplirse antes de que puedan aparecer tales características?

RASGOS FUNDAMENTALES DE TODA SOCIEDAD

Todas las sociedades, sean animales o humanas, tienen en común ciertas cosas que permiten clasificarlas juntas. En primer lugar, todas ellas entrañan cierto nivel de asociación, más cerrado y más complicado que el de un simple agregado, pero más flojo y menos

Escaneado con CamScanner

complejo que el de un organismo. En segundo lugar, las unidades que reúnen en ese nivel no son células u órganos, sino individuos. Por consiguiente, antes de poder entender a las sociedades es necesario conocer algo sobre los agregados, por una parte, y sobre los organismos, por la otra.

Un agregado está compuesto de individuos unidos nada más que por su sometimiento pasivo a las mismas condiciones exteriores. De tal modo, una inundación puede agrupar una colección accidental de animales o insectos. Igualmente, la temperatura, la humedad, la gravedad, la luz, o cualquier otro estímulo exterior que provoque una reacción trópica común pueden producir una concentración de criaturas que respondan a dicho estímulo, pero no las unas a las otras. Estas colecciones tienen tanto parecido con una sociedad como el que puede tener una tormenta de polvo, como le es dable verlo a cualquiera que haya observado a los insectos apiñarse en torno de una luz.

Lo mismo rige si, en lugar del tropismo, consideramos los apetitos como base de la asociación. Si el apetito es satisfecho directa e individualmente por el ambiente externo, como en el caso de los animales que acuden a beber a una fuente común, nos encontramos todavía en el nivel del agregado. La base para una verdadera sociedad solo queda sentada cuando los organismos del agregado *ayudan* a satisfacer el apetito o cuando *ellos mismos constituyen el medio de satisfacción o de respuesta.* Si una manada de lobos mata animales que no podrían ser muertos de otro modo, constituye en esa medida una sociedad. Si las larvas de avispa segregan un líquido acuoso y dulzón que es absorbido por las avispas obreras que las alimentan, esta actividad mutua, denominada trofalaxia, constituye una relación social. En una palabra, los tropismos y los apetitos constituyen una base de asociación societaria solo cuando unen a los individuos en una red de estímulos y respuestas mutuos. Sin esa condición de respuesta mutua, solo existe un agregado accidental que se disuelve en cuanto desaparece el estímulo externo. El agregado no tiene pues, la facultad de autoperpetuarse, de reconstituirse o resistir; carece de fuerza de unidad interna. Es claro que en los casos reales resulta a veces difícil trazar la divisoria exacta entre agregado y sociedad. Existen sociedades de grado sumamente bajo que se parecen a los agregados. Pueden carecer de algunos de los rasgos que comúnmente vinculamos con el término sociedad, como, por ejemplo, la "conciencia mutua". También es prudente tener en cuenta que una relación social —es decir, de mutuo estímulo— no equivale a una sociedad. Solo podemos usar adecuadamente el término cuando existe un *sistema* de tales relaciones. Como una sociedad abarca a organismos que se estimulan mutuamente, podría surgir la idea de que se la puede entender estudiando sus individuos constituyentes. Esta idea contiene un germen de verdad, pero también una falacia.

Escaneado con CamScanner

Para entender la dificultad, hace falta un breve examen de la diferencia existente entre organismos y sociedad.

El organismo es un sistema complejo de relaciones entre células. Como no es nada más que eso, depende de las células para su existencia; y, sin embargo, tiene una unidad y estructura propias que no se pueden entender solo en términos de sus células. Estas últimas viven y mueren, en tanto que el organismo continúa existiendo durante un periodo más largo. El organismo tiene una historia vital que pasa por las etapas de crecimiento, madurez, decadencia y muerte. Tiene dos necesidades primordiales: la nutrición, que le da la energía para vivir, y la protección, a fin de contar con posibilidades de vivir. Pero la resultante final en la naturaleza no es la perpetuación del organismo, que debe morir muy pronto, sino la perpetuación de la especie. Por lo tanto, el organismo tiene otra necesidad fundamental que, por así decirlo, se encuentra incorporada a su estructura. Se trata de la necesidad de reproducción. Después que ésta ha sido plenamente realizada, el organismo degenera y muere. Como parte de su nutrimento ha pasado a su progenie, es evidente que la necesidad de nutrición del organismo está subordinada, en parte, a la necesidad reproductiva. Además, como el sistema protector ayuda al organismo no solo a encontrar y conservar su alimento, sino también, a llevar a cabo su reproducción, la necesidad protectiva está igualmente sometida a esta última. En rigor, las tres necesidades –protección, nutrición y reproducción– dependen unas de otras y todas contribuyen a la perpetuación de lo que en verdad es una realidad emergente: la especie.

Al igual que un organismo, una sociedad es un sistema de relaciones, pero se trata de relaciones entre los propios organismos, y no entre células. Como el organismo, tiene una estructura determinada, cuyas partes contribuyen, cuando se encuentran en funcionamiento, a la existencia del todo, otorgándole una continuidad distinta de la que tienen los individuos constituyentes. Esta posesión de continuidad y estructura propias es lo que hace imposible reducir la sociedad a un simple estudio de sus miembros individuales. Es como una casa que, aunque está compuesta de ladrillos, clavos, argamasa y trozos de madera, no puede entenderse solamente en términos de tales materiales; tiene una forma y funciona como una casa completa.

La vida en sociedad sirve como modo de adaptación al ambiente, confiere la fuerza del número y de la especialización a los individuos asociados, y de tal modo los ayuda en lo que atañe a la protección, la nutrición y la reproducción que no solo es beneficiosa para sus miembros, sino también, para la especie. Algunos de los miembros individuales pueden ser fácilmente sacrificados para que continúe la sociedad, y por lo tanto, la especie. Su valor como modo de adaptación está confirmado por la frecuencia con que ha surgido en la

Escaneado con CamScanner

historia de la evolución. Wheeler, por ejemplo, ha descubierto que el modo societario de existencia surgió en forma independiente, no menos de treinta veces, en especies de hormigas hasta entonces solitarias.[1] Entre los mamíferos resulta virtualmente imposible encontrar especie alguna que sea en todo sentido solitaria. Por lo tanto, un modo societario de vida parece tener un considerable valor de supervivencia.

Pero la frecuente aparición de la sociedad en la historia de la evolución no debería hacernos olvidar un hecho: el organismo, por definición, es esencial para la supervivencia de cualquier especie. Por otra parte, la sociedad solo es esencial para la supervivencia de las especies que se han adaptado a un modo social de existencia. Las especies de abejas solitarias han sobrevivido tanto como las especies sociales, pero los tipos sociales no podrían existir ahora, fuera de sus colmenas comunales.[2] Del mismo modo, el *homo sapiens,* que ha sido un animal social desde que se convirtió en especie y que heredó esa característica de sus antepasados animales, no podría existir apartado de su propio tipo particular de sociedad. Una vez aparecida en una línea de descendencia, la sociedad se convierte, pues, en una necesidad biológica y afecta la dirección del cambio orgánico.

El surgimiento de la sociedad puede considerarse uno de los grandes pasos en la evolución, paso que algunas especies han dado y otras no. Tiene la misma importancia que el surgimiento de la célula, del organismo multicelular y del sistema vertebrado, como uno de los progresos fundamentales en el desarrollo de la vida. Como los otros pasos, representa una nueva síntesis de materiales antiguos y posee cualidades singulares que no se pueden encontrar en éstos si se los considera separadamente. De tal modo, es un verdadero ejemplo de lo que se denomina evolución emergente.

Para advertir que la sociedad es un verdadero emergente, no hace falta buscar su origen independiente en innumerables tipos animales. Solo es necesario entender la diferencia que existe entre ella y los organismos que la componen. Hace varias décadas estaba de moda comparar la sociedad con un organismo, con la idea de demostrar que un sistema social es, al fin de cuentas, un sistema. La analogía era útil, pero nunca fue perfecta, Las células del organismo están demasiado rígidamente fijas en sus relaciones mutuas, muy por completo subordinadas al organismo y demasiado especializadas como para ser denominadas miembros de una sociedad. No están tan separadas en el espacio ni tienen una movilidad tan independiente como estos últimos. De manera que el organismo, estric-

1 William Morton Wheeler, *Essays in Philosophical Biology,* Cambridge, Harvard University Press, 1939, pág. 155.

2 William Morton Wheeler, *The Social Insects,* Nueva York, Harcourt, Brace, 1928, págs. 81 y sig.

Escaneado con CamScanner

tamente hablando, no es una "sociedad de células". Posee sensorialidad y (por lo menos en las formas superiores) conciencia, lo cual ninguna sociedad tiene. Además, la historia más bien fija de la vida del organismo no es característica de la sociedad. Es indudable que existen etapas sociales un tanto similares al crecimiento, la madurez y la decadencia, pero, como sería de esperar, aun en el caso de la unidad menor de la sociedad, no son tan claramente definidas como las etapas orgánicas. Por último, los tipos de organismos son más claros, numerosos y fáciles de clasificar que los tipos de sociedades. Por estos motivos, la analogía entre organismo y sociedad es siempre, en el mejor de los casos, una analogía y no una identidad. Es una analogía más pobre en el caso de las sociedades de mamíferos que en el de las de insectos,[3] y por ello carece de un valor especial el estudio de la sociología de los mamíferos. En el caso de la sociedad humana, constituye una pista absolutamente falsa, a pesar de su ocasional reavivamiento por un escritor popular como Oswald Spengler. Por lo tanto, si la sociedad es distinta de los organismos que la componen, tiene que ser algo agregado a éstos. Tiene que tratarse de un nuevo emergente.

A modo de resumen podemos decir que la asociación, en el sentido de unidad espacial y temporal, se da en todo el mundo viviente. Se la encuentra en la célula, que es una organización de moléculas complejas; en el organismo, que es una organización de células, y en la sociedad, que es una organización de organismos. Lo que llamamos sociedad no es, pues, otra cosa que un nivel de asociación. Entraña un sistema de interacción más estrecho y más recíproco que el agregado accidental, pero es un sistema más flojo y menos definido que el organismo. El hecho de ser una asociación de organismos la torna cualitativamente distinta del organismo. Agrega un elemento nuevo a la especie, y de tal modo es un verdadero emergente.

Necesidades societarias

Como sistemas vivos, en funcionamiento, todas las sociedades tienen ciertas necesidades comunes que deben ser satisfechas si se quiere que continúen. En el nivel más general, esas necesidades son independientes del tipo particular de sociedad; por lo tanto, pueden considerarse como necesidades primarias. Definen las condiciones necesarias para la existencia de cualquier sociedad, no importa cuáles sean la especie o las circunstancias.

3 Wheeler ha llevado a una brillante y extrema perfección el paralelo entre una sociedad de hormigas y un organismo. Véanse sus *Essays*, *loc. cit.*, págs. 3-27.

Escaneado con CamScanner

Las necesidades societarias primarias pueden clasificarse en cuatro grandes categorías, de la siguiente manera: primero, las que se relacionan con los individuos en la sociedad, considerados como organismos físicos; segundo, las que se vinculan con la división de funciones entre los distintos individuos; tercero, las relativas a la cohesión mutua de los individuos dentro de la sociedad; y cuarto, las que hacen a la perpetuación de la sociedad a lo largo de muchas generaciones. Podemos caracterizar más brevemente estas categorías como necesidades de población, especialización, solidaridad y continuidad.

El primer tipo de necesidades surge del hecho de que una sociedad está compuesta por organismos separados. Sin esos organismos —es decir, sin una población—, no podría existir, como tampoco podría existir un organismo sin células. Por lo tanto, cualquier sociedad, ya sea de insectos, animal o humana, debe ocuparse de las tres necesidades antes mencionadas como características del organismo. Debe tomar medidas adecuadas para alimentar a su población mediante la explotación de los recursos naturales del *habitat* y la distribución de los frutos de esa explotación. Debe proteger a los miembros contra los peligros naturales y los enemigos parásitos o rapaces. Y debe ocuparse del continuo remplazo de su población, facilitando para ello el contacto entre los sexos y el cuidado de los nuevos individuos. Todas éstas son necesidades que cada criatura satisface por sí misma en las especies solitarias. Lo único que hace un sistema social es facilitar la satisfacción de ellas por algún tipo de interacción de grupo. Pero la introducción de la cooperación de grupo crea nuevas necesidades, que no se refieren a los organismos individuales, sino al mantenimiento del sistema social. Estas nuevas necesidades no existen en las especies solitarias, pero están presentes en todas las especies sociales.

Por empezar, si se quiere que haya cooperación de grupo tiene que haber alguna manera de dividir el trabajo, alguna forma de especialización entre los miembros del grupo. El grado de especialización podrá ser muy leve, como en un rebaño de ganado, o muy grande, como en una colmena. Es una importante medida de la complejidad del sistema social, pero sea como fuere si existe la sociedad tiene que existir alguna división del trabajo. Más aún; en toda sociedad tiene que haber algún modo de contacto entre los miembros y alguna motivación para dicho contacto. Por sobre todo, debe existir tolerancia mutua entre los miembros, así como alguna forma de distinguir a los miembros de quienes no lo son. De otro modo, el grupo carecería de cohesión esencial. Por último, el propio grupo, o, por lo menos, su estructura y carácter tienen que ser perpetuados. Es preciso que exista algún mecanismo por medio del cual el sistema de relaciones continúe más allá del lapso de vida de cualquier individuo o generación.

Escaneado con CamScanner

Estas necesidades universales resultan tan importantes para la sociología general, aplicables —como son— a todo tipo de sociedad, desde la del insecto hasta la del hombre, que a continuación se ofrece un breve resumen:

I. Mantenimiento de la población.
  a) Provisión de alimento.
  b) Protección contra daños.
  c) Reproducción de nuevos organismos.
II. División de funciones entre la población.
III. Solidaridad del grupo.
  a) Motivación de contactos entre los miembros.
  b) Motivación de la tolerancia mutua y de la resistencia a los extraños.
IV. Perpetuación del sistema social.

Hay que subrayar que las necesidades incluidas en la Clase I son características de las especies solitarias tanto como de las sociales. Lo único que ocurre en condiciones sociales es que las mismas necesidades —de alimentación, protección y reproducción— se satisfacen con la ayuda de un nuevo mecanismo, la organización social, que, a su vez, posee ciertas necesidades propias, si ha de ejecutar su función instrumental.

Se podría simplificar aún más la lista hablando de una sola necesidad —la de supervivencia societaria—, ya que las otras solo son instrumentos de ésa. O se podría ir más lejos y decir que la necesidad final es la supervivencia de la especie, de la cual la sociedad no es más que un instrumento. Pero nuestro interés no reside tanto en el resultado final, cuanto en los mecanismos y condiciones societarios con los que se logra ese resultado. Para que el término "necesidad" no parezca llevarnos a una evaluación o teleología, digamos que lo único que se quiere decir con él es que se trata de una condición necesaria para la existencia de la sociedad. No significa que los miembros de un grupo social entiendan esas exigencias y se esfuercen por lograrlas, o que deban hacerlo. Decimos, simplemente, que las sociedades, como todo lo demás, requieren ciertas condiciones para poder existir; y nuestro interés reside en los distintos tipos de mecanismos surgidos para llenar esas condiciones.

Sistemas biosociales

El hecho de que los diferentes géneros de sociedades exhiban medios sumamente diversos de satisfacer las necesidades societarias nos proporciona una base fundamental para clasificar los tipos de sociedades. La división más amplia, tal como se indicó en el capítulo anterior, depende de que las pautas sociales estén determinadas por

Escaneado con CamScanner

la herencia o por la cultura. Las sociedades que tienen pautas fijadas por la herencia pueden ser denominadas biosociales, en tanto que las que poseen pautas fijadas por la cultura pueden ser llamadas socioculturales. Pero la división es despareja porque todas las especies sociales, salvo el hombre, exhiben el primer tipo general (el biosocial), en tanto que solo el hombre exhibe el segundo (el sociocultural). Pero como la especie humana está tan difundida y la cultura es tan variable, hasta el punto de permitir una amplia variación *dentro* de la especie, la clasificación no es tan desequilibrada como parece a primera vista. En otras palabras, cada una de las dos clases contiene muchos subtipos; los de la clase biosocial se vinculan a diferentes especies; los de la clase sociocultural, a distintas culturas. El resto de este capítulo trata de los tipos biosociales y encara el sociocultural nada más que como una clase general, en contraste con la biosocial. El resto del libro se dedica luego, en detalle, a la sociedad sociocultural, o humana.

En el mundo no humano, todos los sistemas sociales satisfacen sus necesidades fundamentales, principalmente por mecanismos determinados por la herencia. Las respuestas sociales de cada individuo nacen de una tendencia heredada a reaccionar de manera fija a los estímulos proporcionados por otros miembros del grupo. La totalidad de estas respuestas exhibidas por todos los miembros del grupo interactuante constituye el sistema social. Pero no todos los miembros reaccionan de la misma manera, porque las características físicas de los diferentes individuos difieren en formas predeterminadas. La división del trabajo se logra por la especialización fisiológica de los miembros. Como la perpetuación del sistema social se realiza por la trasmisión de los genes, todo cambio del orden social debe provenir, en primer lugar, de un cambio del plasma germinal. Por lo tanto, la sociedad es una función de la evolución orgánica. Tiene un carácter fundamentalmente biológico y por ese motivo se aplica el nombre de biosocial.[4] Como sabemos, la evolución orgánica es una continua modificación de la estructura hereditaria del organismo. En el caso de las especies biosociales, la estructura hereditaria ha sido simplemente modificada para adaptar el organismo a la vida en sociedad. La manera principal de entender los sistemas biosociales es, pues, investigar los mecanismos hereditarios incorporados a la estructura de cada miembro individual.

El hecho de que todas las sociedades no humanas pertenezcan al tipo biosocial no significa que sean todas iguales. Es asombrosa la variedad de pautas pasibles de ser trasmitidas por la herencia genética. Por ejemplo, la evidente diferencia entre una sociedad de termes y una de pájaros es tan grande, que las dos pueden clasi-

[4] CARL J. WARDEN, *The Emergence of Human Culture,* Nueva York, Macmillan, 1936, págs. 17 y sig.

Escaneado con CamScanner

ficarse juntas basándose solamente en el principio más amplio. Los termes tienen una complicada división del trabajo, una estrecha cohesión y un ambiente socialmente construido. Los pájaros poseen un mínimo de cada uno de estos aspectos y manifiestan una mayor proporción de flexibilidad en la conducta individual. Pero, en ambos casos, las reacciones sociales son principalmente heredadas.

Aunque los sistemas biosociales exhiben asombrosas diferencias entre las especies, están bastante uniformados dentro de la misma especie. Como son hereditarios, cada género de sociedad es característico de la especie en su conjunto. Por otra parte, la sociedad humana no presenta tal uniformidad. Aunque en la actualidad todos los seres humanos son miembros de la misma especie, sus pautas sociales difieren notablemente de una época y de un lugar a otros. Esto se debe a que sus pautas no están determinadas por la herencia genética, sino por la trasmisión cultural.

LA SOCIEDAD DE LOS MAMÍFEROS

No debe inferirse que la herencia no tiene relación alguna con la sociedad humana. El hecho de que los grupos socioculturales solo aparezcan entre los seres humanos debería eliminar esa idea por sí mismo. Únicamente el tronco humanoide ha demostrado tener capacidad biológica para el desarrollo de la cultura, y los rasgos generales de dicho tronco determinan, por lo menos en parte, los límites de la variación cultural. No se trata de que en el nivel humano el sistema sociocultural haya desplazado totalmente al biosocial, sino, más bien, de que se ha agregado el elemento de la cultura. La cultura ha sido incorporada a un sistema biosocial previamente existente y lo ha modificado de modo fundamental. Por cierto, la sociedad humana, con todos sus acompañamientos culturales, se desarrolló a partir de un grupo antropoide antiquísimo, que era biosocial y que a su vez había surgido del tipo de grupo mamífero general. Por lo tanto, hablando en términos estrictos, la sociedad humana debe ser designada como biosociocultural, aunque el término sea incómodo. Sea como fuere, es preciso tener en cuenta las características de todas las sociedades de mamíferos si se quiere entender el género particular que se encuentra en los monos o en el hombre. La matriz biosocial es tan importante, para la comprensión de la sociedad humana, como la matriz cultural, aunque esta última sea el elemento que concede su singularidad a la sociedad humana.

Una característica de todos los grupos sociales de mamíferos, en tanto se los distingue de los insectos, es el grado mínimo de diferenciación corporal que existe entre sus miembros. Cualquier especialización corporal permanente que aparezca tiene lineamientos sexuales, y tampoco ella es grande. La diferencia en tamaño, fuerza

Escaneado con CamScanner

y formas entre una vaca y un toro, un gato y una gata, un chimpancé macho y uno hembra, y un hombre y una mujer, no es pronunciada. Existen muchas especies de mamíferos en las cuales resulta difícil distinguir el macho de la hembra hasta que se examinan los órganos genitales. En el caso de los seres humanos hay, de vez en cuando, ejemplos de una mujer que se ha vestido como un hombre y pasado por tal durante años sin ser descubierta. Por otra parte, las sociedades altamente desarrolladas de insectos muestran una diferenciación entre macho y hembra mayor que la observada en cualquier grupo de mamíferos. Pero no se detienen allí. Como bien se sabe, van más lejos y diferencian cada sexo en dos o más castas. Por lo general, las hembras son divididas (por mecanismos hereditarios y dietéticos) en reinas y obreras, y la diferencia entre ambas es tan grande que confiados naturalistas las han descrito a veces como especies distintas. Entre las hormigas carebara, por ejemplo, la reina es varios miles de veces más grande que las obreras. En algunas sociedades de hormigas, las propias obreras estériles se dividen todavía en otras castas. Incluso, puede haber diferentes géneros de reinas y distintos géneros de machos en la misma especie.[5] Pero entre los mamíferos no se advierte en ninguna parte ese polimorfismo dentro del mismo sexo.

La ausencia de una especialización estructural dentro del sexo femenino tiene una profunda importancia para la sociedad de los mamíferos, porque elimina la posibilidad de limitar la función de la reproducción a unas pocas hembras y de liberar a las demás para otras funciones. No puede haber entre los mamíferos una reina estructuralmente adaptada para la reproducción continua y nada más, ni obreras estériles. Por el contrario, cada hembra tiene que trabajar y reproducirse normalmente. Más tarde se verá que en una sociedad industrial humana, el centro del "problema femenino" reside precisamente en la dificultad de integrar la función reproductiva y la no reproductiva. Más aún, como cada mamífero hembra es normalmente capaz de reproducción, queda sentada la base para que el sexo desempeñe un papel más amplio en la sociedad de los mamíferos que en la de los insectos. Las hormigas, por ejemplo, han logrado relegar el sexo a la categoría de episodio de menor importancia, que precede a la fundación de una nueva colonia. Una vez producido el acoplamiento, la reina lleva en su espermateca un acopio de esperma para toda la vida; el esperma se mantiene vivo en su cuerpo y se utiliza cuando es necesario para fertilizar su tremenda producción de huevos. De este modo, los insectos sociales han eliminado virtualmente las relaciones sexuales de la vida del grupo, concediendo, así, mayor énfasis al apetito de alimentos como

5 William Morton Wheeler, *Social Life Among the Insects*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1923, págs. 136-143, 158-161.

fuerza impulsora e integradora. Es preciso agregar que, debido a la capacidad reproductiva de la reina, la mayoría de las sociedades de insectos son sencillamente una enorme familia, cuyos miembros suman a veces decenas de millares. La familia de los mamíferos es mucho más pequeña; y en comparación con el sistema de los insectos, la sociedad, por lo menos en las formas superiores, está compuesta a menudo por más de una familia.

Una segunda característica importante de los grupos de mamíferos es el grado en que las respuestas sociales son aprendidas, en lugar de ser completamente heredadas. En el caso de los tipos mamíferos subhumanos, esto parecería contradecir lo que se dijo antes, acerca de que los grupos no humanos están biológicamente determinados, pero se trata más bien de una calificación y no de una contradicción. La verdad es que los mamíferos superiores no humanos son capaces de una gran dosis de aprendizaje, y parte de lo que aprenden lo adquieren en el grupo social. Pero ese aprendizaje no es de carácter cultural. No implica comunicación simbólica, sino más bien experiencia directa; por lo tanto, tiene alcances e importancia más limitados que el aprendizaje cultural. Quizás "el chimpancé madre, aparentemente con una intención definida, estimule y en muchos sentidos ayude a su cría a [...] caminar, trepar y, eventualmente, a corretear y jugar",[6] pero no le *dice* cómo caminó ella cuando pequeña ni le dice qué tipo de chimpancé *debería* ser cuando crezca. El aprendizaje social de los animales se hace más por el ejemplo que por el precepto. No puede trasmitir el pasado ni el futuro; por lo tanto, no puede lograr una tradición acumulada de técnicas e ideas. Sin embargo, el hecho de que se produzca demuestra que en la sociedad de los mamíferos existe una base para el surgimiento de la cultura, tal como sucedió en el tronco humano, y que hay un señalado contraste entre la sociedad de los mamíferos y la de los insectos en la proporción de aprendizaje que exhiben.

La mayor flexibilidad de la conducta social de los mamíferos se debe a varios factores. Los mamíferos son organismos complejos, con una capacidad concomitante para la modificación. Tienen, hablando en términos comparativos, un período de vida largo, y por lo tanto, un amplio lapso de inmadurez durante el cual el organismo complejo puede adaptar sus respuestas innatas a las exigencias del ambiente. Como son de sangre caliente y vivíparos, necesitan un extenso contacto entre padres e hijos; la alimentación de las crías por las glándulas *mamarias* da su nombre a toda la clase de animales. Durante su lenta maduración, el organismo aprende gradual-

6 ROBERT M. YERKES y A. W. YERKES, "Social Behavior in Infrahuman Primates", en Carl Murchison (dir.), *Handbook of Social Psychology*, Worchester, Clark University, 1935, pág. 1013. El aprendizaje social en los animales es analizado en detalle en OTTO KLINEBERG, *Social Psychology*, Nueva York, Holt, 1940, cap. II.

Escaneado con CamScanner

mente, por ensayo y error, las pautas para las cuales posee la capacidad inherente. Por eso, el fenómeno del juego es tan destacado en la infancia de los mamíferos. Parte de la experiencia de cada individuo reside en sus contactos sociales con los otros, en especial con sus padres; por consiguiente, tiene una oportunidad de aprender respuestas sociales por medio de repetidos ensayos y por el ejemplo. De tal modo, el grupo social de los mamíferos no descansa sobre las pautas innatas de conducta social, estrictamente fijas, que manifiesta la sociedad de los insectos. Es más lo que se deja librado al condicionamiento. El sistema social exhibe un mayor grado de indeterminación, lo cual significa que es menos integrado. Significa, también, que toda especie de mamíferos es social en cierta medida, en tanto que muchos insectos, incluso algunas abejas y avispas (aunque no las hormigas) son solitarios. Pero el carácter laxo de la sociedad de los mamíferos permite, en muchas especies, que el animal maduro se las arregle por su cuenta; por consiguiente, los mamíferos poseen una mayor capacidad que los insectos para ser sociales una parte del tiempo y solitarios la otra parte.

Si los mamíferos tienen tal capacidad superior para aprender, podría formularse el interrogante de cuál es la ventaja compensatoria que poseen los insectos. Nadie cree que en la lucha por la supervivencia los insectos se encuentren realmente de espaldas contra la pared. La respuesta es que han tomado una dirección y los mamíferos, otra. Los insectos son criaturas pequeñas, por lo que pueden existir en grandes cantidades. Además, son de vida breve. Esto significa que procrean con rapidez. En algunas especies de termes africanas, por ejemplo, la reina puede poner huevos a razón de 30.000 por día. Necesariamente, la mortalidad de los insectos es muy elevada, y la aparición y desaparición de las generaciones se produce rápidamente; pero como la fertilidad es también enorme, el resultado es que la adaptación biológica por mutación y selección natural puede alcanzarse con suma rapidez. En este sentido, se ha hecho notar que los insectos tienden muy pronto a desarrollar cepas inmunes a ciertos insecticidas. La ventaja que tienen los insectos, entonces, es la de que sus mecanismos hereditarios pueden cambiar muy velozmente. Pueden experimentar y poner a prueba millares de mutaciones en un breve período. La herencia les ofrece un flexible instrumento para la adaptación ambiental. Por otra parte, en el caso de los mamíferos —más grandes, de vida más prolongada y procreación más lenta—, los mecanismos hereditarios fijos constituyen un obstáculo. Los mamíferos se han basado cada vez más en las reacciones aprendidas. No han ganado la batalla contra los insectos, pero se mantienen en su terreno. Han desarrollado un tipo de sociedad que pone en primer plano el aprendizaje, y, por lo menos en el caso del hombre, este modo de adaptación ha rendido suculentos dividendos.

Escaneado con CamScanner

LA SOCIEDAD DE LOS PRIMATES

Como los primates representan el orden superior de los mamíferos, todos ellos (incluso el hombre) exhiben ciertos rasgos biosociales que constituyen simplemente exageraciones de las características fundamentales de los mamíferos. Pero las exageraciones producen un tipo de sociedad más complicada y, en el caso del hombre, muy diferente. A modo de ilustración, comencemos con la función reproductiva.

Los monos y los hombres, al igual que otros mamíferos, no se separan en castas anatómicamente diferentes. No solo falta la especialización física dentro del mismo sexo, sino que los sexos no son muy diferentes entre sí. Esta ausencia de especialización orgánica entre los dos sexos y dentro de ellos, junto con una proporción de ambos aproximadamente igual en los nacimientos, concede a todos los miembros maduros de la sociedad una posibilidad de participar en la reproducción. Por consiguiente, el sexo se convierte en un importante elemento para la cohesión del grupo. Esto rige para todos los mamíferos, pero los primates han avanzado un paso más. A diferencia de otros mamíferos, no tienen una época definida de apareamiento ni un ciclo continuamente repetido de estro y de su ausencia; es decir, ningún periodo de celo en el macho ni en la hembra. Por el contrario, la hembra, lo mismo que el macho, es capaz de tener relaciones sexuales en cualquier momento; tiene un ciclo menstrual, no de estro. Es verdad que en algunas especies (por ejemplo en el mandril, el macaco, el mono aullador, el chimpancé) existe un período de deseo acentuado en la época de la ovulación, época marcada por la hinchazón y coloración de la piel sexual, que actúa como estímulo erótico en el macho; pero prácticamente en todas las especies, a pesar de esta periodicidad, tanto los machos como las hembras son capaces de responder en todas las épocas a los estímulos sexuales. Gracias a ello queda asegurada la constante asociación de los dos sexos y el sexo se convierte en una base continua y penetrante para la cohesión del grupo.[7]

Además, en comparación con los mamíferos inferiores, los primates poseen un equipo sensorial-motor más complejo. Su visión es más aguda, su cerebro más desarrollado, su conducta más flexible y complicada. Como es de suponer, su etapa de inmadurez dura más tiempo. Estas características –complejidad neural y prolongada infancia– significan que los primates tienen mayores posibilidades de ser *condicionados* dentro del ambiente del grupo. Por ejemplo, el impulso sexual continuamente presente recibe un amplio condicionamiento, por lo cual la conducta sexual entre los primates no es

7 S. Zuckerman, *The Social Life of Monkeys and Apes*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1932, caps. III, IX.

simplemente automática y refleja, sino que está vinculada a numerosos estímulos que en sí mismos no son sexuales. Un estudio del desarrollo sexual de los chimpancés revela que este animal, como los seres humanos, tiene que aprender el acto sexual.[8] Desde sus primeros días domina gradualmente todos los distintos movimientos que más tarde posibilitan el acto sexual coordinado, y al dedicarse a los juegos sexuales perfecciona dicho acto mucho antes de llegar a la madurez sexual. Los primates también aprenden a adaptar la reacción sexual a las exigencias de la vida del grupo. Se "prostituyen" introduciendo estímulos sexuales en situaciones intrínsecamente no sexuales.[9] En tales casos, sus reacciones sexuales no tienen relación con el apetito libidinoso, sino que las usa como medio para obtener ciertas ventajas.

Esto, en cuanto a la capacidad de los primates para ser *condicionados;* pero, ¿qué produce la *necesidad* de que así sea? Zuckerman señala que los monos viven en una sociedad caracterizada por un sistema de dominio.[10] Cada miembro del grupo goza de una posición precaria determinada por la interacción competitiva de sus características dominantes con las de sus congéneres. El grado de su dominio determina cómo serán satisfechos sus apetitos corporales: la cantidad de hembras que poseerá, la proporción de alimentos que ingerirá, la libertad de ataques de que gozará. Combinado con la presencia constante de la sexualidad, el sistema de dominio produce la "prostitución" mencionada más arriba. Macho o hembra, joven o viejo, cada animal se adapta parcialmente a su sistema social competitivo por medio de las reacciones sexuales. Utilizando estímulos sexuales puede obtener, a veces, una ventaja que de otro modo le sería negada por miembros más dominantes del grupo. Por ejemplo, si un mandril más débil consigue alimentos y uno más fuerte se acerca para arrebatárselos, el animal más débil puede ofrecerse sexualmente, aunque su sexo sea el mismo que el del agresor. Si de tal manera consigue distraer la atención del animal más dominante, podrá devorar sus alimentos.

La dominación caracteriza a todos los grupos sociales de los mamíferos. Los primates solo se distinguen en el grado y en la flexibilidad de dicho dominio. Todas sus actividades tienden a orientarse con respecto a él, y cuanto más grande el grupo social, más perceptible es el fenómeno. Tiene características extremas en grupos

8 HAROLD C. BINGHAM, "Sex Development in Apes", en *Comp. Psych. Monographs,* vol. V, Baltimore, 1928. Entre los hombres salvajes —es decir, entre las personas aisladas durante mucho tiempo de sus congéneres, desde niños— se ha advertido una total ausencia de interés sexual. Véase J. A. L. SINGH y ROBERT M. ZINGG, *Wolf-Children and Feral Man,* Nueva York, Harpers, 1942, págs. 187, 239.

9 ZUCKERMAN, *op. cit.,* pág. 152.

10 *Op. cit.,* págs. 312-314.

Escaneado con CamScanner

grandes como las de los mandriles, y es menos visible en los estables grupos de familia de los gibones.[11]

Dentro del grupo de familia, la dominación está estructurada en términos de edad y sexo. En consecuencia es más fijo y menos competitivo, razón por la cual el grupo de familia funciona en cierta medida para proteger a sus miembros del sistema más amplio de dominación. Pero a fin de entender cómo se mantiene unido el grupo de familia, es necesario referirse, una vez más, a la constante atracción sexual. Este factor sexual es el que ayuda a mantener unido no solo a todo el grupo de simios sino, también, al grupo "marital". En la mayoría de las especies de primates, la cantidad de hembras que corresponden a cada macho está determinada por la escala de dominación masculina. El macho y su hembra o hembras tienden a ir de un lado a otro juntos, ya sea solos o formando parte de la horda.

En los mamíferos inferiores, el vínculo entre macho y hembra es constantemente roto y reanudado, y el lazo sexual solo se torna efectivo en los periodos de estro; el tiempo entre uno y otro es ocupado por la preñez y el amamantamiento, en el caso de la hembra, y por preocupaciones que lo llevan a otras partes, en el del macho. Por lo tanto, la familia mamífera inferior está compuesta habitualmente por la madre y su cría. Pero, incluso, esto tiene corta duración, porque muy pronto las crías son capaces de bastarse a sí mismas. En los primates, el largo periodo de la infancia asegura una más prolongada relación madre-hijo, y como la hembra no tiene una camada, sino por lo general un solo hijo por vez, su grupo familiar es pequeño. Con la constante atracción sexual para mantener al macho unido a la hembra, la familia de los simios o antropoides difiere de la familia mamífera inferior: es una unidad paterno-materna más duradera, más equilibrada y menos numerosa. Por lo común, existen machos "solteros" que no han podido obtener hembra alguna. Pueden incorporarse a algún grupo familiar por su interés en las hembras, con las cuales cometen "adulterio" cuando el "amo" no mira, o pueden vivir en un grupo de solteros.

Los primates, a diferencia de los otros mamíferos, muestran un notable grado de desarrollo de los mecanismos comunicativos. Manifiestan un amplio campo de vocalización, expresión facial, postura corporal y exploración manual. Su complejo equipo sensorio-motor es el que permite esta conducta interaccional diversificada. Son capaces de *aprender* que determinados sonidos o movimientos provenientes de otros monos indican cierta conducta probable en el futuro. Cualquier mamífero puede hacer lo propio, pero los primates pueden hacerlo mejor.

11 C. R. Carpenter, "A Field Study in Siam of the Behavior and Social Relations of the Gibbon (Hylobates Lar)", en *Comp. Psych. Monographs*, vol. XVI, Baltimore, 1940, págs. 184 y sig.

Escaneado con CamScanner

Carpenter describe cómo el hijo aprende a orientarse, con respecto a su madre, por señales distantes:

La madre impide que su hijo se aferre a partes inconvenientes de su cuerpo, y lo obliga a aferrarse en una forma que resulte cómoda para ella y no impida indebidamente sus movimientos. Al cabo de un breve período de adiestramiento, el pequeño se aferra conherentemente en posiciones [...] vinculadas en forma adecuada con la conducta de la madre [...]. Durante las respuestas exploratorias de gibones muy pequeños, éstos abandonan a su madre para recorrer cortas distancias. Si la madre necesita alejarse mientras su hijo está separado de ella, lo busca, lo toma y se lo coloca sobre el vientre, y el pequeño adopta una posición adecuada para ser transportado. Gradualmente, se van reduciendo los componentes motores de la madre en estas respuestas interactivas con su hijo [...]. Cuando la primera está dispuesta a moverse, mira al hijo, adopta una posición conveniente para recibirlo, y él se acerca y trepa a su lugar. Más tarde, la postura de la madre, una rápida mirada al hijo o un movimiento limitado de la mano resultan suficientes. Con el tiempo, el control de la madre puede efectuarse por medio de pautas de sonido, que constituyen la señal del movimiento previsto [...] Éste es un ejemplo de cómo el control de contacto es remplazado, a través del aprendizaje, por un control más simbólico.[12]

Zuckerman señala que los monos "rivalizan con nosotros en el interés, por lo menos en el interés inmediato, que muestran por su ambiente. Son los únicos animales que tienen manos que, como escribió Watt, ¡al igual que el ojo estereoscópico, pueden rodear y atravesar las cosas...! Kohts descubrió que el mono Rhesius es casi igual a nosotros en la variedad de minúsculos movimientos que pueden describir sus dedos". Zuckerman agrega que, en su ambiente, lo más interesante para los monos son los otros monos, y que este interés "en el movimiento de sus congéneres es un resultado evidente de su vida social". El individuo "goza solo de las ventajas sociales y materiales que es capaz de impedir que sus congéneres le arrebaten. Por este motivo un mono reacciona, en general, a todos los movimientos de los animales vecinos".[13] No es extraño, pues, que aprenda a reaccionar en forma adecuada a las situaciones sociales, no importa que el estímulo sea vocal, gestural, postural, o los tres al mismo tiempo.

Pero es preciso destacar una peculiaridad de la "comunicación" de los primates. Los monos aprenden a responder mucho mejor de lo que aprenden a estimular a otros. Los gritos que emiten, las posturas que adoptan, las expresiones que emplean son, en su mayor parte, respuestas no aprendidas o, por lo menos, automáticas. Esto lo demuestra el hecho de que la vocalización de cada especie es particular de ella. Dentro de la misma especie, lo mismo que entre un grupo y otro, no existen diferencias en la gama o en el tipo de

[12] *Op. cit.*, pág. 166.
[13] *Op. cit.*, págs. 156, 169.

Escaneado con CamScanner

la vocalización. Los miembros de una especie no pueden adquirir el modo de vocalización usado por otra. Pueden aprender a responder a las vocalizaciones típicas de las otras especies, del mismo modo que un perro aprende a responder a las palabras humanas, pero no pueden aprender a "hablar" este nuevo "lenguaje". En resumen, la vocalización de los primates subhumanos es aparentemente heredada, no adquirida, aunque en apariencia su aplicación a situaciones específicas sea aprendida.

Otras pruebas para respaldar esta conclusión residen en el hecho de que varios investigadores han tratado —sin éxito— de enseñar a hablar a antropoides. Un grupo de animales aprendieron a "cepillarse los dientes, escupir, comer con una cuchara, acostarse y cientos de otras cosas que hacía la familia". Pero no aprendieron a hablar. En otro caso, a un orangután hembra se le empujó la lengua repetidamente hacia atrás con una espátula para ayudarlo en la articulación de los sonidos fuertes "d" o "k". "Resultaba casi patética la forma en que el animalito hacía todo lo posible por colaborar, en apariencia sin haber entendido de qué se trataba. Al cabo de un tiempo se ofreció a apretar la espátula contra la lengua con sus propias manos [...]. Pero es muy probable que jamás le entrase en la conciencia el significado de todo eso, o la posibilidad de utilizar la lección." El investigador llegó a la adecuada conclusión "de que los monos no poseen la facultad del lenguaje en el sentido correcto de la palabra". Resultados similares obtuvo otro investigador que, trabajando con el gibón, llegó a la conclusión de que los sonidos de éste, como los de otros mamíferos, no hacen más que expresar emociones, y no trasmiten un significado objetivo. "Los sonidos alivian al que los emite; no hay visos de que sean intencionales en lo que respecta a la trasmisión de informaciones". El chimpancé, en rigor, no se limita a emitir sonidos vocales; cuando está asustado golpea un cacharro de lata o aporrea la pared de su jaula. Es evidente que nos encontramos más allá de lo que puede ser provechosamente entendido como lenguaje, cuando nos vemos llevados a incluir los golpes en los cacharros.

Teniendo todo esto en cuenta, los datos de que se dispone señalan de modo unánime que la facultad del habla de los monos se encuentra sustancialmente a la altura de la de un niño humano normal de seis meses de edad; es decir, en cero. Cuando investigamos por qué esto es así, parece probable que por más que lo expresemos en términos más técnicos, sigue literalmente en pie el antiguo motivo: los animales no hablan porque no tienen nada que decir. La estructura de las partes vocales del mono es tan similar a la del hombre, que sin duda podría acercarse mucho al lenguaje humano.

Escaneado con CamScanner

"Nunca, empero, trata de hablar, ni puede en apariencia inducírselo a hacerlo, por muy íntima que sea su asociación con los humanos".[14]

Resulta claro que existen diferentes niveles de comunicación en términos del grado a que se lleva el simbolismo. Uno de los niveles implica lo que se podría denominar el símbolo anticipatorio. Por medio de la experiencia pasada, el animal aprende que una parte inicial de una acción puede representar la acción completada. El perro puede saber qué está por ocurrir cuando el amo toma el látigo o el fusil; el mono pequeño puede saber qué ha de hacer cuando la madre se pone en la posición adecuada para transportarlo. Otro nivel es el símbolo expresivo, en el cual el estado interno del animal es acompañado por un grito, un gesto o una expresión carcterísticos. Los miembros del grupo aprenden a asociar estas expresiones con los talantes y acciones de sus congéneres, y adaptan su conducta en concordancia con ello. En el caso de animales tan complejos como los monos es de esperar el uso deliberado de símbolos anticipatorios y expresivos. La madre puede mirar deliberadamente a su hijo y dirigirse a él para que se le acerque. Un animal puede simular cólera a fin de engañar a otro. Los otros animales, a su vez, advirtiendo estos símbolos, adaptan su conducta en concordancia con ello, pero lo hacen teniendo en cuenta la situación social existente. A menudo sucede, por ejemplo, que el animal no solo reacciona en simple forma automática frente al símbolo sino, además, frente a la intención que hay detrás de éste. En parte, infiere dicha intención por la situación social. De tal modo puede saber que otro animal está alardeando, y decidir hacer frente a dicho alarde. En este nivel, el grupo de los primates exhibe una gama sumamente amplia y compleja de estímulos interrelacionados que confieren su estructura al grupo. Éste, en verdad, parece casi humano.

Otro nivel de simbolismo, el tercero, es el que falta en los grupos no humanos. Se trata del nivel del que puede denominarse símbolo arbitrario. Mientras el símbolo anticipatorio está intrínsecamente ligado a su significación por la estructura del acto completado, y el expresivo lo está por su vinculación fisiológica con el estado interno, el símbolo arbitrario no tiene conexión intrínseca alguna con la cosa simbolizada. La palabra *toma,* por ejemplo, sea pronunciada, escrita o deletreada sobre los dedos, es puramente indiferente en lo que se refiere a los distintos acontecimientos y acciones que significa. Esto lo demuestra el hecho de que tiene varios significados diversos, cada uno sin vinculación con los otros, y que en otros idiomas se emplea una palabra o serie de palabras distintas para

[14] Citas y material parafraseado tomados, con autorización, de A. L. KROEBER, "Sub-Human Culture Beginnings", en *Quarterly Review of Biology,* vol. III, setiembre de 1928, págs. 328-330. En este excelente artículo se encontrarán referencias a la investigación original.

designar esos mismos significados. El único motivo de que esa palabra trasmita los significados que posee es el de que las personas que hablan en español han convenido arbitrariamente dichos significados.

La ausencia de la comunicación simbólica arbitraria en los grupos animales constituye una grave limitación. Significa que la comunicación que existe tiene que estar siempre vinculada a la situación *presente*. Los símbolos anticipatorios y expresivos, en virtud de sus conexiones intrínsecas con sus significados, no son símbolos puros. Por consiguiente, no pueden ser usados para describir situaciones que no existen como parte de la del momento. Un animal puede simular cólera a fin de engañar a su compañero, pero no puede describirle a éste otra situación en la que se hubiese producido un engaño similar. Por medio de su manifestación de miedo puede indicar a sus congéneres que se aproxima un enemigo, pero cuando no hay uno cerca no puede describir cómo es un enemigo y enseñar a sus compañeros cuál debería ser la conducta adecuada. El ambiente puede ser manipulado, en términos mentales o imaginarios, se pueden encarar las situaciones inexistentes y acopiar una masa acumulativa de conocimiento del grupo, solo por medio de un sistema de símbolos arbitrarios. En otras palabras, lo que denominamos cultura solo se torna posible con la utilización de esos símbolos.

Como son incapaces de comunicación simbólica en su sentido más puro, los monos de una generación son incapaces de trasmitir a la generación siguiente sus conocimientos y actitudes adquiridos. Por medio de su participación concreta en las experiencias, cada generación debe volver a adquirir los mismos conocimientos y actitudes. A los monos pequeños no se les puede decir que los chinos usan coletas; no pueden saber nada al respecto hasta que ven a un chino que usa una coleta, y aun así no saben de qué se trata hasta que tironean de ella. Si no ven una serpiente, no se les puede decir que las serpientes son peligrosas. No se les puede hablar sobre los dioses, los espíritus y fantasmas, o sobre el patriotismo, la verdad y la belleza.

Los grupos de simios y antropoides abrevian, en forma general, los mecanismos biosociales fundamentales de los grupos humanos, porque el *homo sapiens* no es otra cosa que un tipo de primate orgulloso. Pero su falta de cultura introduce un enorme abismo entre ellos y la sociedad humana. En realidad, el abismo es tan grande, que en el nivel humano podemos considerar que la presencia de la cultura, combinada con los rasgos típicos de la sociedad primate, crea un nuevo emergente social: un tipo de sociedad que no se encuentra en ninguna otra especie animal. Hablando en tér-

Escaneado con CamScanner

minos estrictos, este nuevo género de sociedad es biosociocultural. En interés de la brevedad lo llamaremos sociocultural o, simplemente, sociedad humana.

LA SOCIEDAD HUMANA

Los grupos humanos, como sistemas biosociales, exhiben los mismos rasgos generales que la sociedad de los primates, así como ésta, a su vez, manifiesta los mismos rasgos generales de la sociedad de los mamíferos. Pero, en tanto en los grupos de los monos la exageración, modificación y complicación de las características más generales se producen principalmente sobre una base fisiológica, en la sociedad humana se dan sobre una base cultural.

Por ejemplo, los seres humanos, como los otros primates y mamíferos, son estructuralmente homogéneos. Hay mujeres obesas y delgadas, bonitas y feas, perezosas e industriosas, pero no existen castas innatas de mujeres nacidas con características anatómicas adecuadas a sus funciones de casta. Tampoco nacen hombres con esos rasgos. Y, sin embargo, la sociedad humana, como sabemos, es una cosa compleja que exige una complicada división del trabajo. Aquí interviene la cultura. Por medio de la cultura se hace posible *adiestrar* a las personas para tareas específicas. De tal manera, la sociedad humana crea sus propias castas, mediante modificaciones culturales, no por modificaciones orgánicas. Y como estas "castas" humanas no son orgánicamente determinadas, no pueden ser castas, es decir, no pueden ser hereditarias. No pueden ser más que clases o grupos de ocupación.

Además, la sociedad humana tiene una continua sexualidad y la constante asociación de los sexos como uno de sus elementos fundamentales, porque el *homo sapiens* posee la misma fisiología reproductora que los antropoides. Pero el condicionamiento de esta sexualidad, su utilización en un sistema de dominación, va mucho más lejos que cualquier cosa que se pueda encontrar entre los monos. Los fenómenos de represión y sublimación; de matrimonio, adulterio e incesto; de prostitución comercial y religiosa, son elocuente testimonio de ello.

Por otra parte, el *homo sapiens* lleva al extremo la complejidad neural y la consiguiente capacidad para aprender, características de los primates. De resultas de ello encontramos que solo el hombre es capaz de desarrollar un sistema de comunicación simbólica arbitraria. Este sistema, que permite al hombre trasmitir actitudes y conocimientos de una generación a la siguiente, es el que hace posible el complicado condicionamiento de los rasgos biosociales de los antropoides. En los monos, todo condicionamiento debe producirse en la situación real; por lo tanto, la esfera de todo lo

Escaneado con CamScanner

que aprenden queda de tal modo grandemente limitada. Por el contrario, "los hombres, gracias a la posesión del lenguaje, pueden trasmitirse los unos a los otros una clara idea de situaciones que no se desarrollan en ese momento y de la conducta adecuada para tales situaciones".[15] Las personas que jamás han naufragado, que nunca han visto ni siquiera un barco, pueden entender qué significa naufragar y conocer la respuesta adecuada.

El aprendizaje cultural tiene la ventaja de que apresura enormemente el proceso de aprendizaje. Por ejemplo, si cada músico tuviera que aprender las técnicas musicales nada más que contemplando a otros ejecutantes, habría muy poca música. La música incluye ciertos principios que pueden ser trasmitidos oralmente o reducidos a escritura, y una comprensión de estos principios facilita el aprendizaje. Además, el músico puede tocar piezas que no conoce de memoria, nada más que con seguir la partitura escrita; de este modo, puede tocar piezas antiguas lo mismo que modernas. Tampoco necesita fabricar su propio instrumento musical; se lo fabrican de acuerdo con principios que a su vez son trasmitidos por la tradición cultural. Por cierto, el músico en cierne tiene que practicar; todavía existe un elemento de ensayo y error. Pero la adquisición de principios de los otros lo reduce al mínimo. No solo se beneficia con las técnicas que la generación anterior a él adquirió de su propia experiencia sino, también, con las adquiridas por la generación anterior a ésa, etcétera. Luego de reducir al mínimo el empleo de los instintos y de llevar al máximo la utilización del aprendizaje, los seres humanos han desarrollado un método sumamente rápido y abreviado de adquisición.

No solo el aprendizaje se torna más rápido bajo un sistema de comunicación simbólica sino que, además, el volumen total de las cosas aprendidas aumenta en muchos miles de veces. Si tenemos en cuenta las técnicas, las reglas, los rituales, las creencias, los nombres, el vocabulario, las actitudes, las anécdotas, los *status* y los hechos que aprende cada persona, vemos que el total, incluso para la sociedad más primitiva, está infinitamente más allá de lo que un antropoide —e inclusive un ser humano sin cultura— podría adquirir. En una palabra, la cultura tiene la capacidad de acumularse. Cada generación puede aumentar la herencia cultural sobre la base de su propia experiencia particular. De este modo, el grupo puede llegar a tener mayor cantidad de conocimientos, y mejores. Esta capacidad de acumulación no siempre produce un progreso continuado. Puede haber decadencia y regresión. Pero en la larga trayectoria de la evolución humana, la capacidad de perfeccionamiento cultural se ha realizado, en general, en la práctica.

[15] RALPH LINTON, *The Study of Man,* Nueva York, Appleton-Century, 1936, pág. 83. [Trad. esp.: *Estudio del hombre,* México, Fondo de Cultura Económica, 1945.]

Escaneado con CamScanner

El volumen de aprendizaje que un hombre puede adquirir en el período de vida que le está destinado es limitado, incluso en condiciones culturales. Pero una peculiaridad de la sociedad humana es la de que los miembros del grupo no necesitan aprender toda la cultura para beneficiarse de ella. Una división del trabajo socialmente determinada permite que distintas personas adquieran diferentes partes de la herencia cultural. Al utilizar en la práctica la parte que aprenden, ejecutan funciones útiles para todo el grupo sobre la base de sus conocimientos especiales. Un hombre no necesita conocer carpintería para tener una casa, ni entender de motores de combustión para conducir un coche. Como aparentemente no hay límites para el grado de especialización que se puede dar, no existen tampoco límites concebibles para la proporción de acumulación cultural que se puede producir. La cultura total es la del grupo en su conjunto, antes que la de una sola persona. De este modo, la sociedad humana elude una posible limitación para el crecimiento de la cultura: la capacidad finita de aprendizaje del individuo.

Cuando se advierte que la cultura total pertenece a la sociedad en su conjunto y no a un solo miembro, surge una importante conclusión. La supervivencia no depende tanto del talento y la fuerza de determinados individuos, cuanto de la cultura del grupo todo. Además, como los distintos grupos humanos poseen diferentes culturas, el permanente conflicto entre dichos grupos ha conducido a lo que podría denominarse una lucha por la supervivencia en el nivel cultural. El grupo más eficientemente organizado y poseedor de técnicas más avanzadas tiende a dominar a los otros, y éstos deben aceptarlo (en cuyo caso se difunde la cultura superior) o perder la lucha. Este proceso de selección natural en un nivel societario, antes que en el nivel individual, ha sido uno de los factores que impuso una especialización y acumulación cada vez mayores de la cultura en la historia humana. Existe, pues, cierto sentido en el cual podemos hablar de evolución de la cultura sin adherir al darwinismo social. Esta última teoría querría hacernos creer que el progreso social es determinado principalmente por la selección natural de rasgos físicamente heredados por parte de los individuos, y no por la selección natural de rasgos culturales heredados por parte de grupos. Pero el hecho de que los españoles pudieran conquistar e imponer el grueso de su cultura a los indios de América del Sur no se debió a la superioridad biológica de los españoles. Se debió, más bien, a la superioridad de su cultura para fines militares.

Aunque la especialización supera la limitación que la capacidad individual impondría de otro modo al progreso cultural, hay otras invenciones sociales que también ayudan. Una de ellas es la escritura. A todo lo largo de la historia humana, la trasmisión de la

Escaneado con CamScanner

herencia cultural se ha realizado por medio de la comunicación *verbal*. Pero este proceso de trasmisión por la vía oral tiene varias desventajas. Supone el máximo de tensión a la memoria humana; exige la presencia física de maestro y alumno, y hace difícil retener los puntos más destacados del esfuerzo intelectual y de inventiva. Las sociedades primitivas lo son principalmente porque no poseen un sistema de escritura, cosa que explica por qué el término "prealfabetas" ha sido tan ampliamente usado como sinónimo de esas sociedades. La escritura, en contraste con la comunicación verbal, permite que las ideas sean "acopiadas" aparte de la situación comunicativa inmediata. Esto brinda difusión a la comunicación, ya que las personas que se comunican pueden estar separadas por kilómetros o siglos, y una persona puede comunicar sus ideas a millones de otras. La fijación de las ideas por la escritura tiene otra ventaja, ya que las más altas consecuciones del pensamiento pueden ser asentadas de una vez para siempre. Todos sabemos que en ocasiones, como resultado de concentrarnos durante mucho tiempo en un problema, se nos ocurre una serie de ideas que están muy por encima del término medio y que, si no se anotan, podrían muy bien ser olvidadas y perderse para siempre. Por consiguiente, al consignar las cosas por escrito, los hombres se aseguran de que las más grandes contribuciones se incorporen a la herencia cultural. Los mejores pensadores de cada generación se comunican de manera casi directa con los mejores de las generaciones siguientes, sin que sus ideas tengan que sufrir el efecto mortífero de la trasmisión por intelectos de poco vuelo. Además, con los mejores pensamientos así capturados y fijados, los intelectos menos agudos pueden trabajar en ellos, tomándose su tiempo. Por otra parte, esa fijación colabora en el proceso de especialización antes mencionado. Pueden acumularse juntas las ideas escritas sobre el mismo tema, como ocurre en las bibliotecas. Un especialista puede aprender de esta acumulación de conocimientos, absorbiendo no solo las contribuciones de los maestros vivos sino, también, de los desaparecidos. Como tiene ante sí las más importantes contribuciones hechas hasta su época, puede investigar con tranquilidad los problemas aún no solucionados. De tal modo, le resulta posible ensanchar las fronteras del conocimiento y, dividiendo el trabajo con otros, puede convertirse en un especialista dentro de una especialidad. De esta forma, la escritura intensifica el grado de especialización.

La escritura, pues, amplía la efectividad de la comunicación simbólica en la sociedad humana. Hay muchas otras invenciones que hacen lo propio, como, por ejemplo, la imprenta, la radio y el teléfono. La civilización actual sería imposible sin estas técnicas, porque la civilización es un problema de calidad y cantidad de lo que se trasmite culturalmente.

Escaneado con CamScanner

Una de las peculiaridades destacadas que la comunicación simbólica otorga a la sociedad humana —peculiaridad desconocida para los monos— es la que podemos denominar *legitimidad,* o *lo normativo.* En toda situación humana existen dos elementos: los hechos y la actitud o sentimiento respecto de los hechos. Estos últimos son trasmitidos como parte de la herencia cultural, de modo que existen previamente a la situación. Quizá los más poderosos de estas actitudes y sentimientos sean los relacionados con lo que debe y no debe ser. La gente tiende a aprobar o desaprobar los hechos, especialmente la conducta real de los participantes, de acuerdo con juicios recibidos. De este modo, la existencia social recibe una nueva dimensión, un nuevo y penetrante instrumento de control sobre la conducta individual. Las ideas normativas existen en la mente de los miembros del grupo, y al ser comunicadas como juicios sobre la conducta influyen en el curso de los acontecimientos exteriores. Por ejemplo, los seres humanos deben distinguir entre el apareamiento, que se produce como un hecho en todas las especies de mamíferos, y el matrimonio, que es un género especial de unión, normativa pero no biológicamente definido. Del mismo modo, un hombre puede comer, dormir, caminar o hacer casi cualquier otra cosa legítima o ilegítimamente, según el tipo de situación socialmente definida en que lo haga.

Si los individuos no reaccionaran ante el juicio de los demás, no podría existir ese control normativo. Pero los seres humanos, como miembros de un grupo que depende de la comunicación simbólica, no pueden dejar de reaccionar ante tales juicios, porque su mente y su personalidad son formadas por la trasmisión de actitudes e ideas. Los juicios que los otros formulan sobre ellos y sus semejantes son por lo tanto sus propios juicios sobre sí mismos. Como lo atestiguan los fenómenos de conciencia y los sentimientos de culpabilidad, aprueban o desaprueban sus actos junto con los de sus congéneres. Además, el éxito o el fracaso del individuo en lo concerniente a la consecución de sus fines son influidos en gran medida por las opiniones que los otros tienen de él. Por lo tanto, es motivado por fuerzas objetivas y subjetivas que lo impulsan a prestar atención a los sentimientos comunicados de los otros con respecto a su propia conducta, así como es motivado para expresar sus sentimientos respecto de la conducta de los otros. En una palabra, es motivado para buscar la estima de sus congéneres. De tal modo, la sociedad humana no solo tiene un orden fáctico sino, también, un orden moral, y ambos son causalmente interdependientes.

La presencia del factor normativo complica todos los rasgos biosociales trasmitidos desde nuestros antepasados antropoides. Por ejemplo, la pauta de dominación, fundamentalmente similar a la de los monos, es grandemente modificada —en algunos sentidos,

Escaneado con CamScanner

acentuada; en otros, suavizada– por la definición cultural de la dominación legítima e ilegítima. En la sociedad humana aparece un sistema de poder normativamente sancionado que denominamos *autoridad.* Ésta se superpone a otras bases de poder, como, por ejemplo, la fuerza, la habilidad, la personalidad, y en ocasiones entra en conflicto con ellas, cosa que puede dar nacimiento al poder no sancionado. Además, las personas que gozan de autoridad pueden usar su poder legítimo en formas ilegítimas, como lo atestiguan universalmente los fenómenos del cohecho y de la corrupción. Resulta claro que el estudio de la sociedad humana no solo debe tener siempre en cuenta los hechos sino, también, las actitudes normativas hacia los hechos, porque ambas cosas son abarcadas por la realidad que denominamos sociocultural.

Necesidades societarias y mediaciones

Lo que se acaba de decir sobre la sociedad humana se entiende simplemente como una breve caracterización destinada a distinguirla de otros tipos de sociedad. Los rasgos mencionados, junto con otros, serán analizados más a fondo en los capítulos que siguen. Este capítulo ha tratado de mostrar que todas las sociedades, de cualquier especie que sean, tienen ciertas necesidades básicas que deben ser satisfechas si quieren continuar existiendo como sociedades. Pero estas necesidades pueden ser satisfechas en formas fundamentalmente diferentes, y en términos de estas distintas maneras de satisfacerlas puede distinguirse un tipo de sociedad de otro. La máxima diferenciación es la que existe entre los grupos sociales cuyas necesidades son satisfechas por mecanismos heredados y aquellos cuyas necesidades son satisfechas por la trasmisión cultural. La primera clase (biosocial) abarca todas las sociedades animales; la última (sociocultural), solo la sociedad humana. Pero dentro de cada una de estas categorías son posibles otras distinciones. Las sociedades de insectos exhiben rígidas pautas instintivas y grandes diferencias orgánicas entre sus miembros. Por otra parte, las sociedades de mamíferos manifiestan una relativa ausencia de especialización orgánica y un mayor grado de conducta aprendida. Los grupos de primates, en especial, presentan un muy alto grado de conducta aprendida, y en este tipo de grupo tuvieron su origen la cultura y, por lo tanto, la sociedad humana. Aunque la sociedad humana pertenece a un tipo general, la posesión de cultura permite una notable variación, en la conducta social, de un grupo humano a otro. Esta variación prepara el escenario para lo que equivale a una lucha por la supervivencia y a una selección natural de culturas, y proporciona un constante estímulo para la realización de la capacidad de acumulación progresiva inherente a la naturaleza de la cultura.

Escaneado con CamScanner

Debería resultar evidente que los diferentes mecanismos para satisfacer las necesidades societarias, tales como se manifiestan en los varios tipos de sociedad, contienen todos ventajas evolutivas que les son peculiares. Los insectos, de vida breve y rápida procreación, han hecho de la herencia genética un medio flexible para adaptar la sociedad al ambiente. Los mamíferos, de vida mucho más larga y lenta procreación, han utilizado la conducta aprendida como un modo más rápido de adaptación. En los seres humanos, este hecho de basarse en el aprendizaje ha conducido al surgimiento de la cultura, con la trasmisión de conocimientos y actitudes por medio de un sistema de símbolos arbitrarios. Este emergente ha profundizado y complicado enormemente la sociedad antropoide primitiva, de la cual creció la sociedad humana. Constituyó una cubierta protectora, por así decir, que separó al ser humano de su ambiente físico y creó dentro de su sociedad una interdependencia que en lo superficial tiene más semejanza con las comunidades de insectos que con los grupos mamíferos de constitución más floja. Entre las peculiaridades que ello entraña se cuentan la especialización sobre la base de la educación y el control sobre la base de la conformidad moral.

No hace falta decir que cada tipo de sociedad, una vez desarrollada una estructura para hacer frente a las necesidades societarias básicas, adquiere inevitablemente necesidades secundarias vinculadas con su género particular de estructura. Como resultado de un modo cultural de adaptación, por ejemplo, la sociedad humana ha desarrollado muchísimas necesidades que rigen para los sistemas socioculturales, pero no para otros tipos. Estas necesidades secundarias no las hemos analizado, pero, en lo que respecta a la sociedad humana, figurarán en lugar destacado en el tratamiento posterior.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

W. C. Allee, *The Social Life of Animals*, Nueva York, Norton, 1938, cap. III, "The Aggregations of Higher Animals"; cap. V, "Group Behavior"; cap. VII, "Some Human Implications", cap. VIII, "Social Transitions".

Una destacada autoridad de ecología animal trata aquí del problema de la formación de grupos y de la conducta social en el mundo animal. Legible e interesante.

C. R. Carpenter, *A Field Study in Siam of the Behavior and Social Relations of the Gibbon*, Comparative Psychology Monographs, vol. XVI, núm. 5, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1940.

Un tanto técnico y no bien escrito, pero uno de los mejores estudios de campo de cualquier especie de grandes monos.

Paul Chauchard, *Sociedades animales, Sociedad humana*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1960 (trad.)

Melville J. Herskovits, *El hombre y sus obras*, cap. I, México, Fondo de Cultura Económica, 1952 (trad).

Escaneado con CamScanner

CARL J. WARDEN, *The Emergence of Human Culture,* Nueva York, Macmillan, 1936, cap. I, "The Meaning of Culture"; cap. II, "Do Animals Possess Culture?"; cap. III, "The Emergence of Man and Culture".

Un breve y agudo tratamiento de la naturaleza de la cultura y sus relaciones con la evolución humana, por un estudioso de la conducta animal.

CARL J. WARDEN, *The Evolution of Human Behavior,* Nueva York, Macmillan, 1932, cap. I, "Some Problems of Human Evolution"; cap. II, "The Natural Kinship of Man and Animal"; cap. III, "When Anthropoid Became Human"; cap. V, "The Coming of Modern Man".

La evolución del hombre y de la sociedad humana es tratado aquí con amplitud e imaginación.

WILLIAM MORTON WHEELER, *Emergent Evolution and the Development of Societies,* Nueva York, Norton, 1928.

Una excelente y breve presentación de la aparición de nuevos niveles emergentes (incluso el societario) en la evolución.

WILLIAM MORTON WHEELER, *Essays in Philosophical Biology,* Cambridge, Harvard University Press, 1939, cap. I, "The Ant-Colony as an Organism"; cap. IV, "The Termitodoxa, or Biology and Society"; cap. VII, "Emergent Evolution and the Development of Societies", y cap. XII, "Animal Societies".

Ningún biólogo ha hecho una mayor contribución que este gran entomólogo a la comprensión de la sociedad de los insectos y de su influencia sobre la teoría de la sociedad humana. Sus obras más técnicas sobre los insectos sociales especialmente las hormigas, son de inestimable valor.

S. ZUCKERMAN, *The Social Life of Monkeys and Apes,* Nueva York, Harcourt, Brace, 1932.

Una exposición clásica de la conducta social entre los primates infrahumanos. Aunque dedicada principalmente a los mandriles en cautiverio, proporciona información sobre otras especies y sobre los escasos estudios acerca de los primates en estado de salvajismo.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO III

NORMAS SOCIALES

Según el capítulo anterior, el rasgo singular de la sociedad humana —lo que trasforma el agrupamiento de los primates en una nueva realidad emergente— es el sistema de comunicación simbólica, con el cual pueden describirse situaciones, pensar acerca de ellas y actuar en concordancia con ellas, incluso aunque no se hallen presentes. Esto permite, como se señaló, establecer una distinción entre conducta legítima y conducta ilegítima, de modo que en la sociedad humana existe siempre lo que puede denominarse una doble realidad: por una parte, un sistema normativo que encarna lo que debería ser, y por la otra, un orden fáctico que encarna lo que *es*. Por la naturaleza del caso, estos dos órdenes no pueden ser completamente idénticos, ni tampoco completamente desemejantes. El orden normativo, por ejemplo, actúa como determinante (aunque no el único determinante) del orden fáctico. Mientras para los insectos y los mamíferos subhumanos la conducta real es determinada por la interacción de los rasgos heredados y el ambiente exterior (incluidos otros miembros de la misma sociedad), la conducta humana es determinada, además, por pautas culturalmente adquiridas. Un fuerte elemento de las pautas culturalmente adquiridas es el elemento normativo, el sentimiento de que dichas pautas *deben* ser obedecidas. Por lo tanto, el orden fáctico es lo que es, en parte porque el orden normativo es lo que es. Esto se torna más claro cuando advertimos que las normas, a menudo (aunque no siempre) entran en conflicto con las inclinaciones biológicas. Son *controles*. Por medio de ellas, la sociedad humana regula la conducta de sus miembros en forma tal, que éstos ejecutan actividades que llenan necesidades societarias y aun, a veces, a expensas de las necesidades orgánicas.

A su vez, el orden fáctico ejerce una influencia sobre el sistema normativo, porque las normas tienen que referirse siempre a acontecimientos del mundo real y tener en cuenta la situación fáctica. Aunque las normas representan, en ciertos entido, un ordenamiento imaginario, aun cuando son asunto de actitudes y sentimientos, tienen que representar correctamente las relaciones entre los aconte-

Escaneado con CamScanner

cimientos reales si se quiere que tengan algún efecto. Una regla que exigiera que todos los hombres tuviesen tres esposas carecería de valor si no lo permitieran las proporciones existentes entre los sexos. Una regla para la cual no hay una verdadera sanción fracasa, a menudo, por ese mismo motivo. De igual modo, una regla que exigiera que todo el mundo se bañase en agua salada a fin de impedir la tuberculosis, carecería de valor si el baño de agua salada no tuviese nada que ver con la curación de esta enfermedad. Como el sistema normativo trata de lograr resultados en el mundo fáctico, está sometido a constante modificación por los sucesos de ese mundo.

Por consiguiente, cuando hablamos de la sociedad humana no solo nos referimos al conjunto objetivo de relaciones entre los miembros sino, también, al conjunto subjetivo de normas. Si no los conocemos a ambos, no podemos entender la sociedad, porque como no son idénticos, el orden normativo jamás puede ser deducido completamente del conocimiento del orden fáctico, o viceversa. Si no existiese un orden normativo, no podría haber sociedad humana, porque el equipamiento innato del organismo humano no es suficientemente amplio ni está lo bastante integrado para proporcionar reacciones automáticas que resulten adecuadas, en términos funcionales, para la sociedad. En rigor, el *homo sapiens* ha vivido durante tanto tiempo en condiciones de integración social, que se encuentra en la misma situación que los insectos sociales, es decir, es incapaz de existir solo. Ningún ser humano puede hallarse en soledad total desde el nacimiento y sobrevivir. Solo después de haber gozado de los frutos de la vida social, solo cuando ya se ha socializado puede, en muy raros casos, vivir aparte de su grupo social. La dependencia del hombre respecto de la sociedad, a diferencia de la de los insectos, no deriva de respuestas innatas, fijas, frente a estímulos sociales mecánicos, sino, más bien, de respuestas aprendidas frente a estímulos significativos. Por lo tanto, su dependencia respecto de la sociedad es, en última instancia, una dependencia respecto de un orden normativo. Éste hace posible el orden fáctico de la sociedad humana.

Solo imaginativamente podemos hablar de un grupo humano apartado de las normas, y semejante grupo, para decir lo menos, se caracterizaría por el hipotético estado natural de Hobbes, una guerra de todos contra todos, "solitario, pobre, malo, brutal y breve". El organismo humano se ha especializado biológicamente para la vida en un grupo en el que predomina la reglamentación normativa. El sistema nervioso central, en especial el cerebro, se ha desarrollado hasta tal punto que el individuo posee enormes poderes de aprendizaje; y a su vez, los mecanismos heredados han degenerado hasta el punto en que por sí mismos resultan inadecuados para la supervivencia. Por consiguiente, el organismo humano tiene

Escaneado con CamScanner

que participar en un sistema social normativamente regulado a fin de mantener su vida. Este hecho indicaría, por sí solo, que el elemento normativo de la sociedad humana tiene millones de años de antigüedad. Proporciona a la sociedad humana una maravillosa cohesión, pero se trata de una cohesión basada en un principio diferente del que se encuentra en cualquier otra sociedad.

Aunque tiene millones de años de antigüedad, la sociedad normativa no es aún tan antigua como para que el organismo humano se haya vuelto completamente pasivo en su adaptación. Por el contrario, continúa resistiendo al control normativo, y uno de los grandes problemas no solucionados de la vida humana es el conflicto entre la inclinación orgánica (principalmente apetitiva) y la restricción social (principalmente normativa). Éste no es, en modo alguno, el único problema que queda sin resolver, pero es un problema fundamental, inherente a la naturaleza de la sociedad cultural.

Por supuesto, la influencia del orden normativo sobre la vida social implica que los seres humanos no solo actúan sino que, además, reflexionan y teorizan acerca de sus actos y formulan juicios respecto de ellos. Es inevitable, entonces –e irónico–, que no solo reflexionen sobre sus actos sino, también, sobre el propio orden normativo que los obliga a reflexionar. Así, en todo el pensamiento humano existe una tentativa de explicar la *fuente de la autoridad* o el *poder que respalda* las normas. ¿Por qué las simples imaginaciones, los simples sentimientos de que las cosas deben ser así, tienen un efecto tan poderoso sobre la realidad? Las explicaciones han sido muchas y variadas. Los pensadores modernos han pretendido, con frecuencia, hallar las fuentes de las normas en la naturaleza biológica y tratar las normas como si fuesen instintos, pero ésta no puede ser la verdadera fuente porque, como acabamos de ver, la naturaleza orgánica del hombre es la controlada por el orden normativo, y no el orden normativo el que deriva del organismo. Se han ofrecido otras explicaciones en términos de creencias éticas o religiosas, pero las nociones éticas y religiosas forman, a su vez, parte del orden normativo; por lo tanto, exigen una explicación en lugar de proporcionarla. Las explicaciones del orden normativo han sido muy pocas veces sociológicas, pero, según nuestro punto de vista, la fuente y la naturaleza de las reglas normativas solo pueden descubrirse por el análisis sociológico. Tal análisis indicaría que el control normativo ha aparecido concomitantemente con el surgimiento de la sociedad humana. Ha sido posibilitado por la capacidad de aprender que tiene el hombre y por el desarrollo de la comunicación simbólica. Al mismo tiempo, se hizo necesario por las exigencias de la supervivencia societaria en la lucha entre grupos humanos. En último análisis, pues, el orden normativo se ha desarrollado como una parte de la sociedad humana porque ayudó a satisfacer las necesidades

Escaneado con CamScanner

societarias fundamentales permitiendo, así, sobrevivir a las sociedades, y por lo tanto, a la especie humana. Para decirlo en forma distinta, sería imposible controlar el ambiente natural por medio de la cultura sin controlar también al hombre mismo. Los grupos que no mantuvieron un control normativo sobre sus miembros no pudieron crear suficiente cooperación interna como para sobrevivir.

Las normas se han convertido en una parte tan completa del modo humano de existencia, que están internalizadas en muy alto grado. Para el individuo que crece en una sociedad, cada norma no es necesariamente una regla exterior que puede obedecer o tratar de eludir; puede ser una parte de sí mismo, no considerada de modo objetivo ni entendida y sentida como una regla, sino simplemente una parte de sí mismo que se expresa automáticamente en la conducta. Esas normas internalizadas orientan y determinan sus juicios intuitivos acerca de los otros y de sí mismo. Conducen a los fenómenos de conciencia, de los sentimientos de culpabilidad, del esfuerzo, del júbilo y la depresión. Son más personales que el hábito, más profundas que la conciencia. Por lo tanto, muchos de los problemas de la personalidad y de la sociedad pueden formularse en términos de normas y de apartamientos respecto de las mismas. Por otra parte, es cierto que muchas normas no se internalizan. Muchas de ellas ni siquiera se tornan habituales, y algunas incluso no son obedecidas.

Pero en la práctica, una norma no tiene que ser necesariamente obedecida al pie de la letra para influir sobre la conducta. El hecho de que un individuo se haya esforzado por cumplir una pauta esperada, modifica su conducta, la hace diferente de lo que habría sido si no se hubiese esforzado. Un frecuente error de los moralistas y de los teóricos sociales ha consistido en imaginar que la absoluta fidelidad al orden normativo es esencial para la sociedad. Lo necesario es, principalmente, el respeto por las pautas normativas y el esfuerzo para cumplirlas. El cumplimiento total no solo sería imposible en el caso de muchas normas sino que, además, resultaría desventajoso para la sociedad. A fin de lograr lo que necesita, la sociedad pide más de lo que espera, de manera muy semejante a como una madre exige a su hijo una mejor conducta de la que en realidad espera o desea. La relación precisa entre los niveles de cumplimiento exigido, funcionalmente ventajoso y real, depende, por supuesto, de la situación. A menudo, se exige determinada línea de actividad como un "deber" y se espera del individuo, decididamente, que "cumpla con su deber". Pero en este caso, la actividad requerida puede entrañar un nivel moderado de ejecución, y no uno máximo. Este último puede ser reconocido como más deseable, pero no estipulado como una obligación. Un excelente ejemplo de ello se ve en el ejército cuando se entregan condecoraciones por

Escaneado con CamScanner

conducta heroica, es decir, por conducta que "excede las obligaciones del deber".

Es evidentemente necesario tener en cuenta que las normas no rigen por igual para todos los miembros de una sociedad o para todas las situaciones. Se adaptan a las posiciones que la gente ocupa en el orden social, a las ocupaciones que practica, etcétera. Lo que es correcto para una mujer no lo es siempre para un hombre. De tal modo, lo que se espera y lo que se realiza siempre se califican teniendo en cuenta la situación socialmente definida en que rige la norma.

La concepción de una norma entraña, por definición, un sentido de obligatoriedad. En determinada situación, el individuo debe observar cierta conducta. Si no realiza un esfuerzo para cumplir con la pauta requerida, no se producirá la condición exigida por la norma. La idea de resistencia, de algún obstáculo interpuesto ante la norma, está claramente implícita en la definición. Si no existiera algún obstáculo que superar, no haría falta el sentimiento de obligación de hacer la cosa requerida. En verdad, la conducta se produciría sin esfuerzo, mecánicamente, y no sería necesario ofrecimiento alguno de recompensa ni amenaza de castigo. Por consiguiente, una norma admite que la pauta estipulada exige esfuerzo, y afirma que dicho esfuerzo tiene que ser realizado.

Se podrá argumentar que todas las pautas de conducta culturalmente trasmitidas contienen un sentimiento de obligación y que, por lo tanto, son normativas. Si un individuo aprende a hablar un idioma, tiene la obligación de hablarlo con corrección, y si vive entre personas que poseen ese idioma, tiene la obligación de usarlo, antes que emplear cualquier otro. Del mismo modo, si un hombre aprende la práctica de la medicina, tiene una leve obligación de dedicarse a esa práctica y una fuerte obligación –una vez dedicado a ella– de emplear los métodos más efectivos de que se disponga. De esta manera, la mayor parte de la trasmisión cultural concede al que aprende un sentimiento de obligación. Pero es indudablemente cierto que cualquier cultura permite, en algunas situaciones, modos alternativos de conducta y que, en algunos de estos casos, la dosis de aprobación vinculada con las distintas pautas posibles es aproximadamente igual. En la cultura estadounidense contemporánea, la sociedad educada espera del hombre que se afeite, y éste recibe cierta desaprobación si no lo hace así; pero que se afeite con una maquinilla de seguridad, con una navaja o una afeitadora eléctrica es en gran medida indiferente. En otras palabras, a veces existe libertad para la *elección* entre diferentes pautas. Pero con mayor frecuencia, el sistema normativo prefiere que se elija una pauta y no otra, pero sin insistir absolutamente en ello. Se da por supuesto que un hindú no debe viajar al extranjero, pero en los tiempos modernos se le permite hacerlo.

Escaneado con CamScanner

Clasificación de las normas

No se puede analizar durante mucho tiempo el tema general de las normas sin establecer una distinción entre los diferentes tipos. Y sin embargo, existen tantas distinciones entrecruzadas unas con otras que resulta difícil la clasificación sistemática. Una manera consiste en diferenciar las normas sobre la base del tipo de sanciones aplicadas. Algunas reglas son simplemente respaldadas por una leve desaprobación dirigida al violador de las mismas, en tanto que otras tienen el respaldo de la fuerza física. Esta distinción se correlaciona en cierta medida con el grado de importancia que la sociedad asigna a la regla y con la forma en que nace la regla (por legislación deliberada o por desarrollo inconsciente). Por último, existe en apariencia una leve correlación entre estos criterios y el grado de espontaneidad con que se cumple la regla, así como con la rapidez con que ésta cambia. Pero estas correlaciones son muy generales. Los sociólogos no han hecho otra cosa que agrupar las normas en varias clases amplias, admitiendo que los diversos criterios de distinción se superponen en considerable medida y que, por lo tanto, la clasificación es grosera. De este modo, por lo general distinguen lo que se denomina usos sociales, costumbres y ley, y a veces diferencian la moda, la manía, la convención, la etiqueta y el honor. Nosotros seguiremos este mismo procedimiento.

Usos sociales (folkways)

La mayoría de las pautas aplicadas en la conducta cotidiana consisten en usos sociales. Éstas son prácticas relativamente duraderas, uniformadas, que se consideran obligatorias en la situación apropiada, pero no absolutamente obligatorias, puestas en vigor por controles sociales informales (la murmuración, el ridículo, el ostracismo) antes que por la demanda o la coerción formales, y tienen su origen de una manera no planeada y oscura antes que en forma deliberada. La gramática y el vocabulario de un idioma, por ejemplo, constituyen un sistema de usos sociales verbales, de la mayoría de los cuales somos absolutamente inconscientes. Del mismo modo, cosas como la cantidad de comidas diarias, las formas de preparar los alimentos, el tipo de alimentos elegidos, el cepillado regular de los dientes, el empleo de mesas, sillas, camas, etc., son usos sociales. Gracias a éstos se hace posible vivir en un ambiente sociocultural, y su carácter irreflexivo les confiere eficiencia y deja en libertad a nuestra mente para los acontecimientos más problemáticos de la vida. Los usos sociales que se repiten con suficiente frecuencia se convierten en hábitos —hábitos de pensamiento tanto como de

Escaneado con CamScanner

acción— y llegan a formar las premisas no formuladas de nuestra vida mental. Proporcionan un alto grado de predicción, tanto de nuestra conducta como de la conducta de los demás, gracias a lo cual sentimos cierta seguridad y orden en la vida. Por lo general, es posible violar algunos de los usos sociales, pero resulta imposible violarlos todos porque, entonces, el individuo se encontraría virtualmente excluido del contacto social. En tales circunstancias, la supervivencia sería muy difícil no solo desde un punto de vista externo o físico sino, también, desde uno interno o mental. Las mismas razones de no conformidad en determinada situación suelen ser, para el individuo en cuestión, los usos sociales que predominan en la mayoría de las otras situaciones. Si el alfa y el omega de la existencia humana se encuentran en alguna parte, es en los usos sociales, porque comenzamos con ellos y siempre volvemos a ellos.

Algunos usos sociales son menos arbitrarios que otros. Los relacionados con la conducción de un auto, por ejemplo (el manejo del volante, la manipulación de las perillas del tablero de instrumentos, la utilización del embrague, el cambio de un neumático, etcétera, están determinados por la naturaleza del objeto de que se trata, son usos sociales tecnológicos. Pero hay otros, también vinculados con la conducción de un coche (mantenerse a la derecha o a la izquierda del camino, hacer señales al doblar, refrenar la tentación de dar indicaciones al conductor, ofrecerse a llevar a los vecinos de paseo y mantener limpio el vehículo), que son arbitrarios en el sentido de que entre una cantidad de alternativas, todas posibles o ajenas al problema desde el punto de vista tecnológico, algunas son elegidas y convertidas en *la* forma de conducta nada más que por mandato del uso. Algunos de los usos sociales pueden ser convertidos en leyes, como veremos en seguida. Es claro que los más arbitrarios son los que se relacionan con los símbolos puros. Así, en el lenguaje, como hemos visto, no existe vinculación intrínseca entre el sonido y el significado; por lo tanto, la conexión establecida en los usos sociales es puramente arbitraria; de entre una enorme cantidad de posibles sonidos y de sus combinaciones se seleccionan algunos y se los aplica a determinados objetos o ideas.

Las sanciones de los usos sociales son, a su vez, usos sociales. Puede decirse que a las sociedades no se las toma desprevenidas, porque para cada violación existe algún procedimiento uniformado para castigar o desalentar de cierta manera la violación. Pero las sanciones de los usos sociales son, por definición, relativamente suaves y consisten, en general, en represalias informales (habitualmente expresiones directas o indirectas de una opinión adversa). Pero es preciso hacer notar que ellas son acumulativas. Si la misma norma es violada persistentemente por la misma persona, el castigo aumenta en forma correspondiente; más aún, si la misma persona viola una

Escaneado con CamScanner

gran cantidad de normas distintas, el castigo por la violación de cada una es, en general, mayor que si hubiese violado una sola.

Tal como los usos sociales que defienden, las sanciones están limitadas a determinados grupos. De aquí se sigue que las sanciones informales pueden ser inocuas, si la persona contra la cual van dirigidas no es un miembro completo del grupo. De tal modo, el hombre de la ciudad que usa llamativas ropas deportivas en un villorrio local se expone a la crítica, pero las críticas pueden resultar ineficaces porque aquél no tiene en gran estima la buena opinión de los aldeanos. Físicamente está en el mundo local, pero mentalmente, en términos de sus sistema normativo, se halla en la ciudad.

Costumbres (Mores)

En tanto que cada uso social no se considera enormemente importante y no es respaldado por una sanción demasiado enérgica, se cree que cada costumbre (*mos*) es esencial para el bienestar social; por consiguiente, se la sanciona con más fuerza. Existe un mayor sentimiento de horror en cuanto a la violación de una costumbre, una mayor hostilidad a permitir a que se la viole. Por lo tanto, es de presumir que las costumbres se vinculan con las necesidades fundamentales de la sociedad en forma más directa que los usos sociales; o quizá fuese mejor decir que el énfasis que se concede a determinada costumbre es proporcional, en primer lugar, a la importancia de la necesidad que la conducta satisface y, en segundo lugar, a los obstáculos (ya sea orgánicos o ambientales) para la satisfacción de dicha necesidad.

Pero los usos sociales y las costumbres son similares en cuanto que tienen un origen remoto y oscuro, no son planeados ni cuestionados, y son relativamente inmutables. También resultan ser similares en el sentido de que las sanciones son informales y de naturaleza comunal, y dependen de las reacciones espontáneas del grupo, antes que de las reacciones de los funcionarios que actúan en algún cargo especial. Las costumbres representan el núcleo más sólido del sistema normativo. Los usos sociales, por así decirlo, constituyen el protoplasma de la célula, la parte más voluminosa, en tanto que las costumbres son el núcleo, la parte esencial. La gente reflexiona sobre las costumbres solo cuando éstas son puestas en duda. Por lo general, se las da por sentadas, considerándoselas como una parte sumamente importante de la naturaleza de las cosas. La creencia las racionaliza en forma de mito, el ritual las expresa en forma de símbolos y la acción las corporiza en forma de una conducta correcta. Las costumbres son moralmente correctas, su violación es moralmente incorrecta. De ahí que la más profunda vara

Escaneado con CamScanner

para medir lo correcto y lo incorrecto se encuentre precisamente en las costumbres, hecho que ha dado nacimiento a la expresión de que las costumbres pueden hacer que cualquier cosa sea correcta o errónea.[1] En la opinión pública no existe un tribunal superior al de las propias costumbres, y en muchas sociedades simples no se necesita ningún otro tipo de norma para la adecuada regulación de los miembros de las mismas. Las costumbres no necesitan justificación, porque existen por derecho propio. No están sometidas al cambio deliberado o al análisis, y si son criticadas, provocan un enérgido castigo contra el crítico. En una palabra: los miembros de la sociedad comparten sentimientos altamente favorables a las costumbres. Existe un sentido de solidaridad irreflexiva entre las personas que comparten las mismas costumbres, porque sus sentimientos son similares. Y existe un sentido de resistencia y antagonismo hacia cualquiera que tenga costumbres distintas. En tanto que los usos sociales extranjeros son simplemente desconcertantes porque trastornan viejos hábitos y rutinas familiares, las costumbres extranjeras son profundamente perturbadoras porque, además, ofenden hondos sentimientos.

Los tabúes son costumbres expresadas en foma negativa. Las reglas contra el incesto, por ejemplo, están arraigadas en las costumbres, pero no nos dicen qué relaciones deben predominar tanto entre padre e hijo, o entre hermano y hermana, como qué relación *no debe* predominar. Por otra parte, la regla vinculada con las relaciones sexuales de la esposa con el hombre que no sea su marido se formula, a la vez, positivamente (la esposa debe ser sexualmente fiel a su marido) y negativamente (no debe cometer adulterio); de tal modo abarca una exhortación y un tabú.

Algunas costumbres se refieren a una relación entre dos personas en determinada situación: por ejemplo, entre esposo y esposa, entre médico y paciente, entre sacerdote y confesante. Otras, de carácter más general, se relacionan presumiblemente con un gran número de diferentes relaciones y situaciones: por ejemplo, la admonición en el sentido de que es preciso ser honesto, o valiente, o industrioso. En algunos casos, la regla se torna tan general que hace muy poco más, aparte de expresar que es deseable la observación de las costumbres, sea cual fuere la situación: por ejemplo, cuando se le dice a la gente que debe vivir una vida buena, estar libre de pecado, no pensar en el mal u obedecer la regla áurea. De tal modo, no solo tenemos costumbres específicas que exigen un determinado género de conducta sino, también, costumbres generales que dicen que, sea cual fuere la regla específica, es preciso obedecerla. De esta manera, las costumbres tratan de garantizar su propio cumplimiento.

1 WILLIAM GRAHAM SUMMER, *Folkways,* Boston, Ginn, 1906, cap. XV. [Trad. esp.: *Los pueblos y sus costumbres,* Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1948.]

Escaneado con CamScanner

¿SON SUFICIENTES LOS USOS SOCIALES Y LAS COSTUMBRES?

Con frecuencia, se ha formulado el siguiente interrogante: ¿Los usos sociales y las costumbres son suficientes en sí mismos para proporcionar el control social a una sociedad? En el fondo, esta pregunta trata realmente de investigador la posición de la ley, y puede plantearse de otro modo: ¿Es la ley un elemento indispensable para el control social? Y por lo tanto, igual que los usos sociales y las costumbres, ¿se la encuentra de manera universal en la sociedad humana?

La respuesta depende, en cierta medida, de la definición. La ley puede definirse con tanta amplitud que incluya las costumbres. Pero tal como se la define en esta obra (véase el siguiente apartado), es distinta de las costumbres; por lo tanto, el interrogante viene al caso. Visto de esta manera, parece que existen ciertos tipos de sociedades (comunidades aisladas, primitivas y campesinas) en que los usos sociales y las costumbres son suficientes en sí mismos para regular la conducta. En tales sociedades, que con frecuencia solo abarcan unas pocas docenas o, cuando mucho, unos pocos centenares de individuos, las personas se conocen bien entre sí, y cualquier cosa que ocurra atrae la atención de toda la comunidad. Además, como no están expuestas a una cultura diferente, sino que todos crecen dentro de la misma tradición, tienden a adoptar una actitud común hacia cualquier cosa que suceda. Por último, tienen conciencia del hecho de que adoptan la misma actitud hacia cualquier suceso, y esto respalda con un sentimiento de fuerza de grupo cualquier acción que ejecuten. Pues bien, un presunto violador se encontraría, en semejante comunidad, con obstáculos formidables. Por empezar, muy probablemente fuese descubierto. Es muy difícil robar alguna propiedad y tratar de usarla o de desprenderse de ella en un grupo en que todos conocen íntimamente los sencillos objetos poseídos por cada individuo. También es difícil asesinar a un hombre sin que los motivos que se han tenido para ello sean rápidamente sospechados. Si el transgresor es descubierto, saldrá perdiendo. Vive su vida en la comunidad, y, por consiguiente, la opinión de sus congéneres tiene mucha importancia emocional para él. Además, como la comunidad es capaz de actuar espontánea y unánimemente, puede correr el riesgo de daños económicos y físicos. En consecuencia, vemos que las pequeñas sociedades aisladas no tienen, frecuentemente, nada que podamos denominar ley. Los usos sociales y las costumbres son suficientes por sí solos para proporcionar el grado necesario de control. En verdad, el control social puede ser mucho más completo que en las sociedades dotadas de un sistema legal bien desarrollado.

Escaneado con CamScanner

Unos pocos ejemplos ilustrarán la afirmación. Los indios del Labrador dependen en gran medida, para su sustento, de la caza de animales de piel.

Por lo tanto, si un trampero se apodera de los animales apresados por las trampas de otros... constituye un grave delito. No existe, sin embargo, un castigo establecido para este delito. La víctima de semejante robo utiliza sus propios medios para tratar de identificar al ladrón y cuando considera que lo ha descubierto habla libremente acerca del robo. El descubrimiento llega muy pronto a oídos del delincuente y, en adelante, las consecuencias son un problema individual; puede que solo se exhiba un resentimiento reprimido, o quizá surjan amenazas por parte del agraviado. En general, esto es suficiente para impedir nuevos latrocinios [...].

En todas las bandas existen individuos cuyo *status* entre sus congéneres es el de indeseable. El visitante, como ocurrió en mi propio caso, recibe la advertencia de que no debe depositar confianza en ellos. Los parientes de estos individuos se muestran a menudo avergonzados de ellos. Como se los elude continuamente, pierden la satisfacción que proporciona la amistad; por lo tanto, esto se convierte en su castigo. Por leve que ello pueda parecernos, es suficientemente grave en estas sociedades solitarias. Y si el resentimiento condujese al hombre sometido a ostracismo a nuevos actos que intensificaran su impopularidad, podría llegar a convertirse en un transgresor de mayor magnitud y, a la larga, en un proscripto social. Ésta es una situación más grave. Si se vuelve malhumorado, será peor para él, y en ese caso es probable que tome medidas para vengarse de sus congéneres; es posible que se vengue de la sociedad y que, finalmente, sea asesinado.[2]

Los ibanos o dayaks de Borneo violan pocas veces las costumbres de su sociedad debido al temor que cada persona siente de ser maldecida por aquel a quien ha ofendido. Este temor funciona especialmente en casos de robos, los cuales, por consiguiente, son muy infrecuentes. El mentiroso es castigado en vida, y después de la muerte, por un ingenioso método denominado *tugong bula*. Poco después de descubierta su deshonestidad, la gente comienza a acumular ramitas y ramas cerca del lugar donde ha ocurrido el delito, y en adelante todos los que pasan por allí arrojan sus contribuciones de ramas al montículo. Algunos de estos "montículos de embusteros" son muy antiguos, pero el nombre del ofensor no ha sido olvidado y pervive, en perpetuo deshonor, como el nombre de su monumento de vergüenza.[3]

Cuando aún no habían sido rozados por la civilización, los bosquimanos de África gozaban, en apariencia, de un sistema totalmente informal de control social.

¡Esta ausencia de sistemas organizados de control público no implica que los bosquimanos no posean leyes. Por el contrario, todas sus intituciones, usanzas y costumbres sirven para regular las relaciones entre los miembros de la banda y, de tal modo, para mantener la ley y el orden. Cuando nace, el niño llega a un mundo en que ya existen formas definidas de organización y conducta, de ceremonial, usanzas y modas, y a medida que crece termina por actuar y pensar, más o menos inconscientemente, como quienes lo rodean, y de tal modo se adapta a las normas sociales. Hay, además, medios más o menos deliberados de inculcar a los jóvenes los sentimientos sociales necesarios para el mantenimiento de la ley y el orden de la comunidad. La educación que reciben en los

[2] Citado en WILLIAM I. THOMAS, *Primitive Behavior*, Nueva York, McGraw-Hill, 1937, pág. 516, de FRANK G. SPECK, "Ethical Attributes of the Labrador Indians", en *American Anthropoligist*, vol. 35, 1933, págs. 578-579, 565-566.

[3] THOMAS, *op. cit.*, pág. 517, citado de un manuscrito de RAYMOND KENNEDY, *The Ethnology of the Greater Sunda Islands*, págs. 463-464.

Escaneado con CamScanner

hogares de sus padres y en las praderas, y, sobre todo, las importantísimas enseñanzas en las ceremonias de pubertad para los jóvenes, los instruyen en las costumbres y tradiciones tribales y les inculcan normas sociales, determinando de tal manera sus actividades.

Existen, además, varias sanciones por medio de las cuales se castiga el incumplimiento y la violación de cualquier costumbre reconocida... En esta categoría podemos ubicar las sanciones rituales, según las cuales toda desviación de una regla de conducta prescrita es seguida automáticamente por resultados perniciosos, sin intromisión directa por parte de la comunidad. La violación de un tabú, tomemos por caso, es considerada productora de graves consecuencias, por ejemplo la muerte, la enfermedad o la mala suerte en la caza [...]. Se cree que las muchachas que no observan las restricciones que se les impone en el momento de la pubertad se convierten en ranas, en tanto que lo hombres que son vistos por las muchachas en esa época quedan congelados para siempre en cualquier posición que ocupen en ese momento, y así consecuentemente. Y además, existen numerosas observaciones y evitaciones vinculadas con la caza que, si son pasadas por alto, provocan fracasos, pérdida de un animal herido, etcétera[...].

Pero otras violaciones de las costumbres implican la intervención directa de los miembros de la comunidad. En general, cuando surgen disputas entre los miembros de la banda [...] no se recurre a ninguna autoridad suprema, porque, como acabamos de hacer notar, tal autoridad no existe [...]. El único medio es la acción directa [...]. La venganza de sangre es, en verdad, la forma principal, si no la única reconocida, de encarar las ofensas graves cometidas contra una persona, incluso por miembros de la misma banda.[4]

En esta última cita, el autor utiliza el término "ley" queriendo, evidentemente, significar con él cualquier costumbre que tenga una sanción cualquiera. Pero es claro que la sociedad en cuestión no posee cuerpo legislativo ni cuerpo judicial ni autoridad central ni institución especial alguna para imponer el cumplimiento de las leyes. En una palabra, carece por completo de todo lo que vinculamos con la ley como cosa distinta de la simple usanza. Debemos llegar, entonces, a la conclusión de que es reglamentada por usos sociales y costumbres, y no por la ley. Si el término ley fuese usado para abarcar estos fenómenos, nos veríamos obligados a distinguir diferentes tipos de ley —como la de los usos sociales, la de las costumbres, etcétera—, cosa que constituiría un uso incómodo.

Ley consuetudinaria

No existen muchas sociedades como la de los bosquimanos del Africa, que carezcan por completo de una organización especial para imponer el cumplimiento de las reglas sociales. La mayoría de las sociedades, incluso muchas bandas primitivas y todas las comunidades campesinas, poseen algunos elementos vinculados con lo que en general se llama ley. Por lo común, el primer elemento que aparece

[4] I. Schapera, *The Khoisan Peoples of South Africa,* Londres, Routledge, 1930, págs. 151-152.

Escaneado con CamScanner

es un cuerpo judicial que juzga los casos de infracción o de conflicto. De tal modo, los hotentotes, un pueblo africano estrechamente ligado a los bosquimanos, tienen o tenían un consejo tribal. Entre los delitos juzgados por este consejo estaban el asesinato, el homicidio no premeditado, la traición, el robo , el incesto, el adulterio y la sodomía.

En cuanto se sabía o se sospechaba que un hombre había cometido alguno de esos delitos, todos los miembros del kraal consideraban su obligación arrestarlo en la primera oportunidad, a menos de que lograse escapar. Una vez capturado, se lo mantenía arrestado hasta que se reunía el consejo, cosa que sucedía lo antes posible. Los consejeros se reunían en círculo y el acusado era colocado en el centro, donde podía oir todo lo que se decía y ser escuchado, a su vez, por todos los que lo rodeaban; el acusador presentaba entonces su alegato y ofrecía todas las pruebas, respaldado por testigos. El prisionero, por su parte, aportaba todos los medios de defensa que el caso podía sugerir, presentaba todas las pruebas contradictorias de que disponía, y su respuesta era escuchada con la máxima atención. Luego, el asunto era ampliamente discutido por los consejeros, y se llegaba al veredicto por decisión de la mayoría. Si el acusado era absuelto, se le adjudicaban en compensación algunas cabezas de ganado de los rebaños de sus acusadores. Pero si se lo encontraba culpable y el jefe, en cuyas manos estaba la sentencia final, se pronunciaba en favor de la sentencia de muerte, ésta era ejecutada inmediatamente. El jefe, como principal verdugo, se precipitaba hacia el criminal y lo derribaba con un fuerte golpe del kirri; todos los otros hombres lo atacaban entonces violentamente, matándolo a golpes.[5]

Es evidente que los hotentotes no tenían policías especializados. Se entendía que todos los hombres de la comunidad debían ejercer funciones policiales. También resulta claro que no contaban con un cuerpo legislativo o una constitución; solo poseían un cuerpo judicial informal, un consejo de ancianos. Este cuerpo judicial hacía cumplir algunas de las reglas comunales, reglas que, si no fuese por esa forma específica de imponerlas, hubieran sido simples costumbres. En una palabra, el primer paso en el surgimiento de la ley es, por lo general, la aparición de algún tipo de organización para juzgar la culpabilidad y decidir el castigo. La comunidad en su conjunto puede hacer el resto. Las normas no son puestas en vigor, sino que constituyen simplemente una parte de la tradición inmemorial de la comunidad.

Cuando las costumbres llegan, de este modo, a tener una organización especial para hecerlas cumplir, podemos denominarlas leyes. Muy pocas veces se hacen cumplir de esta manera todas las costumbres, sino solo las más importantes de ellas. Pero como no existe un cuerpo legislativo para la imposición de nuevas reglas que no formen parte previamente de la herencia cultural, en este caso la ley debe denominarse "ley consuetudinaria". Esta categoría incluye entonces todo lo que va de los meros usos sociales hasta la ley plenamente desarrollada. En la medida en que las sociedades humanas han

5 SCHAPERA, *op cit.*, págs. 339-340.

Escaneado con CamScanner

poseído leyes, esto fue, en general lo que poseyeron. Solo con el desarrollo de la organización política en gran escala, de la especialización amplia y de la escritura, nació la ley completa o auténtica.

Ley promulgada

En las sociedades complejas, la opinión pública, la fuerza informal y la conciencia moral no pueden asegurar por sí solas el orden. Se torna necesaria alguna forma de organización política especial. Al principio podrá ser un jefe asistido por los ancianos del clan o de la tribu, pero esto ayuda a movilizar al grupo para la guerra y a solucionar las disputas que amenazan la unidad interna. Cuanto mayor sea su papel, más debe tal gobierno ordenar, interpretar y hacer cumplir un sistema de reglas que gobiernen las relaciones sociales. Al comienzo utiliza las normas ya existentes (las costumbres) y simplemente se dedica a interpretarlas y aplicarlas en nombre de la comunidad en general. Debe decidir cuáles son las costumbres, cuáles rigen en determinados casos y cuál será el castigo. Pero frente a una creciente complejidad social y a dimensiones cada vez mayores del grupo, esta función judicial deja de ser suficiente. No puede esperarse ya de la comunidad en general que aprehenda a los criminales y ejecute los castigos, porque es posible que los miembros estén demasiado dispersos y demasiado ocupados en otros asuntos. Es preciso crear algún órgano encargado de poner en vigor las leyes —personas autorizadas para usar la fuerza, si ello resulta necesario— que cumpla funciones policiales. Además, cuando las condiciones cambian rápidamente y la vida se torna más complicada, las antiguas costumbres no bastan ya para proporcionar una guía completa. En este caso, puede seguirse uno de dos caminos: 1) es posible que no surja un concepto de promulgación de nuevas reglas y, por lo tanto, ningún órgano legislativo, pero los tribunales pueden basarse en decisiones pasadas que encarnen nuevas aplicaciones de las antiguas costumbres. Siendo así, se supone que el precedente es el rey, pero la ley cambia, en realidad, gracias a la ficción legal y a las nuevas interpretaciones. Las leyes que no se promulgan formalmente, sino que son formalmente decididas y aplicadas, se denominan a veces leyes consuetudinarias, y en el caso de los países anglonorteamericanos, "ley común"; 2) por otra parte, el jefe, el rey, u otro funcionario gobernante, puede establecer abiertamente nuevas reglas, o es posible crear con tal fin un cuerpo especial: un consejo legislativo, parlamento o cualquier otra institución. En este caso, las antiguas costumbres no son necesariamente abolidas; pueden encarnarse en una constitución no escrita, en una escrita o en un cuerpo continuado de "leyes comunes". Se mantienen supuestamente en vigor, a menos de que sean remplazadas en forma definitiva, por

Escaneado con CamScanner

las nuevas leyes promulgadas; por lo general, estas últimas se conciben como continuadoras, en cierto modo, del espíritu de las antiguas costumbres.

La forma de decidir qué es la ley depende de cómo se la haga. Si es ley promulgada, es preciso examinar e interpretar la formulación exacta del estatuto a la luz de un caso determinado. Si no es ley promulgada, su naturaleza exacta se determina por el precedente, y las decisiones de los tribunales anteriores se toman como definitivos. En cualquiera de los dos casos, resulta casi indispensable un lenguaje escrito: en el primero, para conservar la formulación exacta del estatuto: en el segundo, para acumular las decisiones anteriores de los tribunales. Por este motivo, lo que consideramos ley plenamente desarrollada, muy pocas veces se encuentra separada del uso de la escritura.

Puede verse, entonces, que la ley es algo más deliberado, algo más claramente expresado que los usos sociales o las costumbres. Es un producto del pensamiento y la planificación conscientes, de la formulación deliberada y la aplicación voluntaria. No solo es exigido por una sociedad compleja sino que, además, torna posible tal sociedad. Como la mayoría de los aspectos conscientes y racionales de la vida social, la ley es —en cierto sentido— superficial. No determina los sentimientos fundamentales, sino que es más bien producto de ellos. Por ejemplo, las cosas que primero se convierten en ley comenzaron generalmente como costumbres; de modo que la ley se define, a veces, como costumbres que reciben la sanción específica de la aplicación gubernamental. Y las leyes que no son respaldadas por los usos sociales y las costumbres tienen, por lo común, muy pocas posibilidades de ser puestas en vigor. Y sin embargo, a pesar de los superficiales que son desde este punto de vista, las leyes cumplen una auténtica función si otorgan a las costumbres precisión, alcances y un medio de aplicación formal, en las sociedades donde la multiplicidad de grupos e intereses, la acumulación de la cultura y los medios perfeccionados de comunicación han quebrantado la solidaridad de la comunidad pequeña para sustituirla por una sociedad más vasta, más dinámica y más secularizada.

Por ser deliberada, la ley es también muy adaptable a las condiciones cambiantes; de ahí que cuanto más dinámica la sociedad, menos se recurre a las reglas tradicionales consuetudinarias, y más a las reglamentaciones últimamente promulgadas. De tal modo, con el advenimiento de los ferrocarriles y los automóviles en Estados Unidos se hizo imposible que su regulación se basase únicamente en los antiguos usos sociales y costumbres, porque si bien éstos proporcionaban las reglas generales de equidad y organización social —que podían seguir siendo las mismas—, facilitaban una aplicación específica para estos nuevos modos de transporte. Por consiguiente, surgió todo un nuevo sistema de leyes para reglamentarlos; el ejem-

Escaneado con CamScanner

plo más claro es el sistema de reglamentos de tránsito en lo referente a los automóviles. Es cierto que también surgieron un gran número de usos sociales y algunas costumbres con respecto a estos nuevos modos de comunicación, pero el caso es que la sociedad se tornó tan compleja y los vehículos eran tan nuevos que se hacía necesaria una reglamentación deliberada, en muchos casos elaborada por especialistas, promulgada por legisladores, interpretada por tribunales y vigilada en su cumplimiento por policías. Estas nuevas leyes, que siguen las necesidades de las condiciones del momento, carecen de la aureola de santidad que rodea a las costumbres o a la ley consuetudinaria. Son, en esencia, un tipo secularizado de normas.

Pero es preciso hacer notar que existen sentimientos de santidad y respeto con referencia a la ley misma como cuerpo total. Los rituales que rodean al tribunal (por ejemplo, la toga, la posición elevada del juez, el juramento, la presencia de un escribiente y las fórmulas del debate y de la presentación de pruebas) estimulan y expresan una actitud consagrada hacia la ley como tal. Al juez hay que llamarlo "vuestra señoría". El "desacato" es castigable en sí mismo. No se toleran ruidos indebidos o una conducta impropia en el tribunal. Pero existen muy pocas dudas en el sentido de que las nuevas leyes regulatorias son consideradas, en sí mismas, desde un punto de vista secular que estimula una tendencia a violarlas cada vez que se ofrece una oportunidad adecuada. Un hombre no pierde estima social porque haya violado una ley de tránsito referente a la velocidad. Cuando mucho, perderá un poco de tiempo y dinero. De tal modo, la ley puede o no dar sanción oficial a los usos sociales y costumbres. Si no lo hace, pierde cierta fuerza de sentimiento que los usos sociales y especialmente las costumbres tienen tras de sí. Pero en general, el sistema legal es apuntalado por una vinculación indirecta, cuando no directa, con las costumbres, ya que la concepción misma de la legalidad, del respeto a la autoridad de la justicia y del derecho es inherente a las costumbres. Y sin embargo, cuando las leyes se apartan un tanto de los usos sociales y las costumbres, estas mismas actitudes son usadas como justificación para la desobediencia de la ley.

Si nos preguntamos cómo llegaron a instituirse leyes contrarias a los usos sociales y a las costumbres de una sociedad, la respuesta es: "por los grupos de presión". La ley, por definición, es promulgada, o por lo menos interpretada y puesta en vigor, por órganos especiales que *representan* a la sociedad total o a la unidad política total. Allí donde existe representación, existen también posibilidades de que ciertos partidos logren mayor control que ciertos otros partidos sobre el cuerpo representativo. Por lo tanto, determinados grupos, de acuerdo con sus propios intereses, sus propios usos sociales y sus costumbres, pueden imponer, por medio de las vías oficiales, leyes que

Escaneado con CamScanner

ofendan los sentimientos del resto de la sociedad. Un buen ejemplo de ello está constituido por la enmienda dieciocho de la Constitución de Estados Unidos. El público estadounidense, para el cual la bebida está arraigada en los usos sociales, se mostró un tanto pasivo durante el proceso de promulgación de esta enmienda. Pero la camarilla prohibicionista desarrolló gran actividad. Se puede decir que la ley jamás representó a la mayor parte del sentimiento público. Pero muy pronto la mayoría sintió los efectos de la ley y comenzó a surgir una reacción, que no se detuvo hasta que la enmienda fue derogada. Es claro que el mayor grupo de presión es el propio gobierno. El grupo gobernante desea mantenerse en el poder, y de tal modo nace la tentación de utilizar la maquinaria legislativa en su propio interés. En una dictadura, el abandono a esta tentación resulta dolorosamente evidente. Pero todos los gobiernos, democráticos o dictatoriales, dependen en cierta medida del respaldo y de la colaboración, y tratan de complacer los intereses organizados en la nación, según la dosis de ayuda legítima o ilegítima que aquéllos estén en condiciones de ofrecer. Es posible que esos intereses estén, a menudo, muy lejos de representar los sentimientos del público en general.

Muchas veces se ha afirmado que en un período de cambio la legislación se retrasa respecto de otros aspectos de la sociedad. Esto no es necesariamente cierto. Frecuentemente, la ley es utilizada como un instrumento de reforma social y, si tiene éxito, de cambio social. Al fin de cuentas, la enmienda dieciocho fue considerada, cuando se adoptó, como una "mirada hacia el futuro". Por cierto, se había adelantado a las costumbres. La Ley Wagner de Relaciones Laborales se adelantó probablemente respecto de los sentimientos generales del público en la época en que se puso en vigor. En América latina se ha promulgado, en el siglo XX, mucha legislación "esclarecida", no porque la masa del pueblo insistiese en tales cambios, sino porque la *élite* gobernante e intelectual, que era la única que dirigía el gobierno, se nutría de los modelos europeos y estadounidenses. La velocidad con que avance la legislación depende de cuáles sean los grupos de presión que la empujen. Si el grupo de presión es una liga reformista, podrá hacer una tentativa de "reformar la sociedad por medio de la promulgación de leyes". En ese caso, la tentativa puede fracasar porque las costumbres están en retraso respecto de la ley. Si el grupo de presión es conservador, posiblemente se haga la tentativa de "retrasar el reloj" promulgando una legislación "reaccionaria". Si la tentativa fracasa, es porque las costumbres están avanzadas respecto de las leyes.

La única ley que, en general se encuentra siempre retrasada en relación con la época, es la ley consuetudinaria o común, precisamente porque es la más apegada a las principales costumbres de la comunidad, cuando no se identifica a ellas. Pero incluso la ley con-

Escaneado con CamScanner

suetudinaria puede sufrir cambios —a menudo mediante el proceso de la ficción legal y la reinterpretación—, que se mantienen casi a la altura del cambio social en general. Por otra parte, la ley promulgada es un medio importante por el cual una sociedad compleja y cambiante mantiene su estabilidad a pesar de rápidas alteraciones. Esta ley ayuda a la sociedad a asimilar los cambios, reajustando las ventajas y los perjuicios que para la sociedad resultan de ellos. Inaugura algunos tipos de cambios que solo pueden provenir de la acción legislativa. Por último, al afectar los marcos dentro de los cuales pueden ocurrir las relaciones sociales, la ley se convierte en un instrumento avanzado de cambio social a un nivel nacional e internacional. El dogma de que la ley siempre está atrasada respecto de la época es, como la mayoría de las otras generalizaciones desautorizadas acerca de los cambios sociales, estrictamente falso.

Instituciones

Al principio de este capítulo hablamos de un orden normativo, pero hasta ahora nuestra clasificación de las normas no ha incluido ningún análisis de las relaciones ordenadas entre las normas. Es necesario señalar ahora que la totalidad de los usos sociales, costumbres y leyes de una sociedad está vinculada en forma sistemática, y que, por consiguiente, un enfoque fructífero para la comprensión de la estructura social es el que se realiza en términos del sistema normativo.

Con demasiada frecuencia nos vemos inclinados a pensar en el orden normativo en términos de coherencia lógica. En la práctica, las formulaciones verbales de las normas pueden ser altamente incoherentes una respecto de la otra. Las admoniciones pueden ordenar al individuo que haga cosas exactamente opuestas entre sí. Por ejemplo, puede que a miembros del mismo grupo se les diga, por una parte, que los mansos heredarán la tierra, y por la otra, que solo los valientes merecen a las bellas; que el celibato es santo, pero que el matrimonio es sagrado; que un conocimiento menguado es peligroso, pero que media hogaza es mejor que nada de pan; que todos deben uncir su carro a una estrella, pero que medrosa es la cabeza que lleva la corona. Sin embargo, estas formulaciones verbales suelen ser superficiales, y sus incoherencias carecen de importancia por dos motivos: primero, la mayoría de los usos sociales y las costumbres no están formulados en términos verbales suficientemente exactos como para ser sometidos a un análisis de sus consecuencias lógicas con respecto a otras normas. Son vagos y ocultan muchas de sus suposiciones. Solo las leyes, en virtud de su carácter más deliberado, pueden ser analizadas desde el punto de vista de la coherencia lógica, y es bien sabido que los cuerpos legales aplicables a sociedades

Escaneado con CamScanner

enteras son *sistemas,* en el sentido de que permiten el análisis lógico y tienden a la compatibilidad mutua de las numerosas leyes particulares que constituyen el sistema. En segundo término, la mayoría de los usos sociales y costumbres, en contraposición a las leyes, no están sin embargo, formulados verbalmente. Lo importante no es la formulación verbal, sino más bien los sentimientos y actitudes inconscientes que subyacen en cualquier formulación verbal que pueda hacerse. De ello se sigue que la coherencia, el orden en las normas, no hay que buscarla en las expresiones verbales, sino en las aplicaciones a la conducta. Por ejemplo, podemos considerar la coherencia de las normas desde el punto de vista del sistema de posiciones que cada persona ocupa, y de la relación de estas posiciones con las que ocupan otras personas en la sociedad. Esto se hará en el capítulo siguiente. O podemos contemplar el orden normativo desde el punto de vista de los elementos de la acción –fines, medios y condiciones–, con vistas a entender cómo se encarnan las normas en la acción. Esto se hará en el capítulo posterior al siguiente. Por el momento, baste dejar sentado el principio de que en las normas, tal como se las aplica en el mundo real, existe cierta dosis de dependencia y orden mutuos, y que en el nivel puramente normativo, el concepto de *instituciones* sirve mejor que ningún otro para expresar la noción de segmentos o partes de este orden normativo.

Una institución puede definirse como un conjunto de usos sociales, costumbres y leyes entrelazados, construidos en torno de una o más funciones. Es una parte de la estructura social, que se destaca por la solidez de su organización y por la distinción de sus funciones. Por lo tanto, es incluyente, antes que excluyente, de los conceptos previamente definidos; porque sin los usos sociales y las costumbres no podrían existir instituciones. El matrimonio, por ejemplo, abarca el complejo de usos sociales que rodean la unión aprobada de hombres y mujeres, y que incluyen en nuestra cultura el compromiso y los anillos de boda, el arroz que se arroja a los recién casados, la luna de miel, la costumbre de llevar en brazos a la novia para trasponer el umbral del hogar, las despedidas de solteros, etcétera. También entraña ciertas costumbres: la castidad premarital, la fidelidad posmarital, el cumplimiento de las promesas, la obligación de manutención, etcétera. Por último, comprende ciertas leyes: la licencia matrimonial, el asentamiento del matrimonio en el acta, el derecho de divorcio por causas legítimas, la protección contra el fraude, la edad adecuada, la ausencia de lazos de parentesco prohibitivos, etcétera. Todas estas normas juntas constituyen una estructura definida –la institución del matrimonio–, que tiene un significado total y que, cuando funciona en la conducta, produce la ejecución de ciertas funciones sociales e individuales (la reproducción y la crianza de los hijos, por el lado social; la satisfacción sexual y el afecto, por el lado individual). Del mismo modo puede decirse

Escaneado con CamScanner

que las instituciones económicas, políticas, religiosas y recreativas representan, cada una, una serie distinguible de usos sociales, costumbres y leyes interrelacionados, coherentemente organizada y capaz de cumplir funciones distintas. En capítulos posteriores se analizará, teniendo en cuenta este concepto, cada uno de los tipos principales de instituciones.

La forma más rápida de encarar el orden social total de una sociedad consiste en entender sus instituciones principales y las relaciones entre dichas instituciones. De tal modo, si una persona puede comprender los complejos fundamentales económicos, políticos, religiosos, familiares y recreativos de la cultura de Estados Unidos, y ver en qué forma dependen unos de otros, habrá dominado las características más salientes de su organización social. El resto, incluso la estructura de clases y la distribución de la población, es una cuestión de detalle. Con frecuencia, el especialista encara un solo complejo institucional y hace caso omiso del resto. El historiador de la economía, por ejemplo, solo trata la parte de la historia relativa a la organización económica. Esta especialización tiene la ventaja de ser lo suficientemente amplia como para proporcionarnos una visión sustancial del orden social y, a la vez, es lo bastante estrecha como para encarar los hechos en forma realista y minuciosa. Pero no nos da el cuadro total. Este último —la visión general de toda la estructura normativa— parece en general vago y abstracto, especialmente cuando la sociedad que se considera es grande y heterogénea. Y sin embargo, la visión general es igualmente esencial, y es preciso que existan algunos sociólogos (y no sólo filósofos o literatos) dispuestos a encararla.[6] El antropólogo social que va a estudiar una pequeña sociedad primitiva y aislada tiene una tarea más fácil. Le resulta más sencillo determinar qué depende de la sociedad y qué no depende de ella, escoger las características esenciales y captar sus interrelaciones. Por otra parte, como no describe una sociedad de la cual sean miembros sus lectores, no se lo puede verificar y criticar con tanta facilidad. El sociólogo que describe su propia sociedad difícilmente podrá satisfacer a todos sus lectores, porque todos ellos tienden a contemplar el conjunto desde el punto de vista de su propia experiencia dentro de éste.

Usanza, moral y religión

En todo idioma existen palabras que definen vagamente distintos géneros de normas. Nuestra lengua tiene muchas de esas palabras, como —por ejemplo— "usanza", "convención", "etiqueta",

[6] Una de esas tentativas es la realizada por ROBERT C. ANGELL, *Social Integration in the United States,* Nueva York, McGraw-Hill, 1941.

Escaneado con CamScanner

"moral", "uso", "moda" y "manía". Los significados de estos términos se superponen, pero son lo suficientemente distintos unos de otros como para indicar que existen muchas clases de usos sociales y costumbres. Sería posible diferenciar los distintos tipos de acuerdo con el complejo institucional del cual forman parte. De tal modo, hablamos de usanzas familiares, usanzas económicas, usanzas religiosas, usanzas lingüísticas, etcétera. Esto se hace en general, y vendrá al caso más adelante, cuando consideremos las instituciones principales. Pero para nuestros fines del momento parece más adecuada otra línea de distinción: se trata de la expresada por las palabras comunes de nuestro lenguaje, ya usadas en este capítulo, que se basan en el grado de permanencia, la proporción de conciencia, la fuerza del sentimiento y el género de sanción que caracterizan a la norma.

"Usanza" es un término amplio, que abarca todas las normas clasificadas como usos sociales y costumbres. Connota un uso largamente establecido; por lo tanto, se lo opone, a menudo, con lo nuevo, como cuando hablamos de "la forma usual de hacer las cosas", o cuando decimos que determinada innovación es "contraria a la usanza". La usanza se refiere principalmente, a las prácticas que han sido repetidas muchas veces por una multitud de generaciones, prácticas que tienden a ser seguidas solo porque se las ha seguido en el pasado. Por consiguiente, el término es más cercano a los usos sociales que a las costumbres, pero tiende a expresar el carácter tradicional, automático, masivo, de ambos.

"Moral", por otra parte, acentúa el sentido interior de obligación, el sentimiento de lo bueno y lo malo. Entraña un sentimiento real que existe detrás de la observación de la regla, y cierta dosis de principios y firmeza de carácter en la propia conducta. La norma no solo se observa simplemente porque sea tradicional, o porque otros la observen, sino porque se adapta a un principio abstracto de justicia, pureza, equidad, verdad, etcétera. Es más consciente de sí misma, abstracta y coherente que la simple usanza. Por lo tanto, está más cerca de las costumbres, aunque subraya el sentimiento, la racionalización y la coherencia que existen detrás de aquéllas. En un plano sumamente intelectual o filosófico, la moral se convierte en una "ética". Esta última se relaciona, a menudo, con las normas de grupos especiales (como cuando hablamos de "ética médica"), o es reservada para los sistemas especulativos de destacados pensadores (como cuando hablamos de la ética de Aristóteles).

Todas las grandes religiones se encuentran en íntima relación con la moral del pueblo que profesa la religión. Algunos de los dogma morales se explican atribuyéndoles un origen sobrenatural; los poderes del otro mundo se conciben como elementos que respaldan y fomentan estos principios, y que están dispuestos a castigar su violación y a recompensar su acatamiento. Y la salvación y la biena-

Escaneado con CamScanner

venturanza se interpretan en términos de la relación del individuo con los ideales morales. Por lo tanto, la religión agrega algo a la moral y la fortalece vinculándola con el mundo que se encuentra más allá de los sentidos. A menudo sucede que no todas las reglas morales están encarnadas en la religión. Algunas de las reglas menores pueden concebirse en términos puramente seculares. Ello no obstante, existe por lo general un sentimiento de que el mundo sobrenatural está vinculado de alguna manera a toda la moral del grupo como sistema. En otras palabras, el sentimiento de culpabilidad por haber violado un principio moral está muy próximo al sentimiento de pecado, aunque la norma específica no sea sancionada religiosamente. Por lo tanto, cuando hablamos de moral cristiana nos referimos a algo mucho más amplio que los Diez Mandamientos.

Convención y etiqueta

La convención y la etiqueta son tipos especiales de usos sociales, distinguidos por cierta conciencia de que no poseen un significado más profundo, sino que son simplemente cuestiones de conveniencia en las relaciones sociales. En ese sentido se encuentran en el polo opuesto de la moral aunque comparten con ésta un elemento de tradicionalismo. Debido a su intrínseca carencia de significación, tanto la convención como la etiqueta adquieren frecuentemente un simbolismo discriminatorio que representa un papel en las relaciones de clase.

La convención es más cuestión de principio y menos cuestión de adorno que la etiqueta. Prescribe formas más bien rígidas a que deben ajustarse las relaciones sociales en determinada situación. De tal modo, elimina el ensayo y el error, en consecuencia, evita la confusión en la interacción humana. La regla de que los conductores de automóviles deben conducir su vehículo por el lado derecho del camino es una convención. Nadie considera que se trata de una regla sagrada o que signifique algún principio místico. Es simplemente, un procedimiento convenido, y cuando uno se encuentra en Inglaterra se adapta rápidamente a la conducción por la izquierda en lugar de la derecha. Todos reconocen que sin una regla de este tipo la carretera sería un lugar mucho más peligroso de lo que es. Lo esencial no es la regla particular, sino algún procedimiento uniformado, por el cual se regulen las actividades mutuas y se impida que interfieran unas con otras. La gente se ve continuamente obligada a adaptarse a la presencia de los otros cuando se dedica a sus asuntos cotidianos. Debe atravesar las mismas puertas, subir a los mismos vehículos de transporte público y bajar de ellos, entrar en los mismos comercios, buscar las mismas mercancías. Las convenciones establecen un *modus vivendi* para todas estas situaciones. El

Escaneado con CamScanner

hecho de que las relaciones se desarrollen tan suave y automáticamente como lo hacen, con un mínimo de confusión y fricciones, sugiere que las convenciones son en general satisfactorias. Las sutilezas mentales, lo mismo que las conveniencias físicas de la interacción social, están sujetas a convenciones. En la conversación, por ejemplo, ciertos temas se pasan por alto, por convenio tácito, porque podrían crear tensión si se los expresara abiertamente. Ciertas formas de lenguaje y conducta se utilizan para mantener una relación sobre una base superficialmente amistosa, cuando por debajo existe una verdadera antipatía o conflicto de intereses. A un hombre no se le dice a la cara lo que uno dice a sus amigos, y no se les dice a los amigos lo que se les dice a los enemigos. Existe una conspiración humana por la cual, salvo en circunstancias extraordinarias, se le permite a un hombre forjarse sus propias ilusiones acerca de sí mismo. En ficción, quizás en broma, una persona puede decir la verdad, pero solo porque se supone que no lo es. Sin estas convenciones, las relaciones humanas serían, en verdad, toscas e insoportables.

La etiqueta, o "buenos modales", se refiere a la elección de la forma adecuada de hacer algo. Ello significa que es posible una elección y que existe una jerarquía de las posibles alternativas. Por este motivo, sirve como recurso fácil —aunque superficial—, como símbolo externo por medio del cual se puede identificar el *status* de clase de una persona. Desde el punto de vista de la eficiencia y de las conveniencias sociales, importa muy poco la forma en que uno utilice el cuchillo, el tenedor y la servilleta, presente a dos desconocidos entre sí o se vista para la comida. Pero desde el punto de vista de la puntillosidad, tiene mucha importancia, porque la ubicación de uno en la jerarquía social se juzga a menudo, según una elección adecuada o inadecuada, en estas pequeñas cuestiones. De tal modo, la etiqueta es principalmente un recurso discriminatorio, aunque también sirve como manifestación exterior de buenas intenciones hacia los demás, como ocurre en el saludo, en la expresión de buenos deseos y en otras conductas clasificadas bajo el rubro de cortesía.

Moda y manía

Cuando hablamos de usos sociales y costumbres, de usanzas y moral, de convención y etiqueta, pensamos en ellos como en cosas relativamente fijas. Sabemos que cambian, pero el cambio se produce tan lentamente, que apenas resulta perceptible. Por ejemplo, no existió un momento preciso en que la pronunciación del inglés en Estados Unidos se volviese de pronto distinta de la pronunciación en Inglaterra. La divergencia evolucionó en forma gradual e incons-

Escaneado con CamScanner

ciente; sin embargo, ha llegado ahora a tal etapa, que los dos pueblos tienen dificultad para entenderse entre sí. Cuando los filólogos estudian la historia del lenguaje, descubren que tales cambios se producen persistente y regularmente. Pero dentro de la vida de un solo hombre apenas resultan discernibles. De tal modo, la masa de los usos sociales y las costumbres se mantiene relativamente permanente. Y todo intento de cambiarlos tiende a despertar resistencias emocionales en el público en general. La gente se siente insegura, confusa y colérica cuando una usanza establecida es "atacada" o "violada".

Pero el hombre no vive solamente de seguridad. Ansía algo nuevo, variedad y novedad. Al principio podría parecer que no es posible satisfacer este deseo por medio de las normas sociales, porque éstas acentúan la obligación y la conformidad. Y sin embargo, cosa curiosa, el animal humano se las arregla para ser conformista incluso cuando busca el cambio. Logra esta extraña anomalía por medio de una serie de normas que exigen una intensa conformidad mientras duran, pero que perduran solo muy breve tiempo. Estas normas reciben nombres tales como el de "moda", "manía" y "furor".

El tiempo es la verdadera esencia de la moda. Él mismo estilo de vestimenta que estuvo en boga hace tres años puede parecer ridículo hoy, así como el que hoy es tan hermoso, tan exquisitamente adecuado, parecerá inevitablemente ridículo dentro de pocos años. Las fotografías viejas siempre provocan nuestra risa. Nos preguntamos cómo es posible que hayamos usado sombreros tan tontos, pantalones tan extravagantes, vestidos tan feos, y nos felicitamos de demostrar ahora mejor gusto. Como no podemos imaginar qué cambio nos traerá el futuro, la norma actual parece perfecta y definitiva; por lo tanto, no vacilamos en plantarnos una vez más ante la cámara fotográfica.

La rapidez con que cambia la moda introduce cierta posibilidad emuladora y discriminatoria. La nueva moda no puede ser adoptada simultáneamente por todos en la sociedad. Alguien tiene que iniciarla y alguien tiene que ser el último en adoptarla. La forma en que se inicia sigue siendo un misterio que exige más investigación sociológica para desentrañarlo, de la que se le ha dedicado hasta ahora. Muchas modas parecen surgir, primero, en las clases superiores, iniciadas presumiblemente por personas que sirven de proveedoras de estas clases. Los individuos ubicados en puestos inferiores de la escala social imitan la nueva moda adquiriendo, de tal modo, una identificación transitoria con la *élite*. Es claro que estar a la moda demanda un costo considerable; al seguir la última moda se demuestra que uno es una persona rica, activa y de buen gusto. La moda parece ser más destacada en una sociedad de clases abiertas, donde los símbolos de *status* no está fijados por la usanza, sino que son cambiables y, por lo tanto, sujetos a imitación. Pero muchas

Escaneado con CamScanner

modas parecen tener poca relación con el prestigio de clase. Son lanzadas por los que tienen habilidad para captar la disposición de ánimo del momento, y son imitadas simplemente porque provocan interés o proporcionan un grado menor de distinción personal. Las nuevas canciones de éxito, por ejemplo, son adoptadas más rápidamente por los adolescentes de todas las clases, y son producidas por escritores y compositores que tienen talento y acceso a los canales de comunicación de masas. Es indudable que los individuos que aprenden una nueva melodía antes que los demás miembros de su grupo —si el grupo se interesa en estas cosas— obtienen un grado de estima personal gracias a su vivacidad; pero muchos comienzan a cantar la nueva canción nada más que porque les atrae. Otros, por supuesto, incluyendo a muchos adultos, adoptan la nueva melodía principalmente porque les es impuesta por medio de una interminable repetición. En general, la mayoría de las personas se conforman con seguir las huellas de los demás. No son los dirigentes de la moda, pero tampoco los incurables retrasados. Estar completamente fuera de la moda en muchos aspectos equivale a perder una considerable proporción de estima, y pocas personas desean correr semejante riesgo.

Aunque la moda desempeña un papel en el juego dinámico de las relaciones de clase, aunque satisface simultáneamente los deseos contrarios de novedad y conformidad, pertenece —sin embargo— a los aspectos más superficiales de la vida social. Las pautas profundas y permanentes definidas en la usanza y en la ley establecen la estructura esencial de una sociedad. Dentro de los intersticios de esta estructura, dentro de las zonas de indiferencia, rige soberana la moda. Pertenece a las cosas que pueden cambiar porque son triviales, en tanto que la usanza pertenece a las que no pueden cambiar porque son importantes. La moda subraya el cambio mismo, no lo que cambia. "Convierte el deseo de novedad en práctica social", y "hace de la novedad lo correcto y adecuado para el grupo".[7]

La moda es necesariamente más predominante en la sociedad civilizada moderna que en las tribus primitivas o en las comunidades campesinas. La sociedad moderna ha ido más lejos que ninguna otra en su valoración positiva del cambio, en su tolerancia de las diferencias y en su cultivo del gusto individual. Por lo tanto, pone muy pocas trabas al ciclo de la moda. Al mismo tiempo, su estructura móvil de clases, con numerosos estratos mal definidos, proporciona a los individuos un poderoso incentivo para "seguir la corriente". La vida urbana, con sus contactos fugaces y especializados, hace que la clasificación del individuo dependa de exterioridades fácilmente observables; de tal modo, magnifica la importancia de la moda como recurso de *status*. Se juzga a un hombre no tanto por sus

7 R. M. MacIver, *Society*, Nueva York, Rinehart, 1937, pág. 366.

Escaneado con CamScanner

ascendientes, su carácter o sus logros reales, como por su automóvil, sus ropas, su empleo del idioma y sus modales. Si puede mantenerse al día en estos asuntos, aunque no demasiado al día, se asegurará cierta notariedad. La sociedad moderna también posee un mayor excedente económico y más tiempo para el ocio que otras sociedades; en consecuencia, proporciona a sus miembros los medios y el tiempo para entretenerse con los lujos, para ocuparse de cosas superfluas. "No se nos ocurre pensar en la moda en materia de ropa de trabajo; hay más moda en la carrocería de un automóvil que en su chasis; no existen modas en lo referente a las palas neumáticas. Por consiguiente, cuanto mayor es el nivel de vida, más material existe para que la moda funcione".[8] Por último, los medios de comunicación de masas son más rápidos en la sociedad moderna. Una novedad inventada en cualquier parte, entre los millones de personas, puede ser muy pronto conocida en todas partes. Existen innumerables especialistas cuyo talento consiste precisamente en crear novedades. La usanza reina con más fuerza allí donde el aislamiento es mayor; la moda predomina donde el contacto es más fácil. El baturrillo de formas culturales de la civilización industrial, la acumulación de invenciones tecnológicas y de investigaciones ideológicas, la rápida trasmisión de "noticias", disminuyen la zona de vida controlada por la usanza y aumentan la controlada por la moda. El margen de indiferencia moral aumenta así enormemente, proporcionando gran libertad al juego de la fantasía y a los vagabundeos de las modas, manías y furores.

> En casos extremos, entre los grupos frívolos o muy refinados, la moda puede convertirse en la principal orientadora de la vida. En las civilizaciones decadentes puede usurpar el lugar de la moral. De tal modo, Tácito, al deplorar la declinación de la moral en la Roma de su época, declaraba que "corromper y ser corrompido se considera moda". Dentro de su esfera adecuada, la moda cumple una función social útil. Introduce una pauta común en la zona de indiferencia, una apariencia o sensación de similitud que permite a personas de muy diversos intereses y disposiciones encontrarse en un terreno común, y hace que les resulte más fácil mantener bajo esa superficie, en armonía mutua, sus esenciales caracteres individuales y de grupo. En este sentido tiene una significación especial en la amplia gama de la civilización democrática diversificada. Pero cuando su control va más allá de las superficialidades de la vida, ofrece un pobre sustituto para las sanciones más establecidas. Porque su regla es somera e incoherente, se preocupa de las formas y no de la sustancia de la vida, carece de convicción y estabilidad.[9]

Lo que acabamos de decir acerca de la moda rige *a fortiori* para las manías y los furores. Éstos últimos son, simplemente, casos de modas especiales, distinguidas por la velocidad con que se alternan, por la absoluta superficialidad de su contenido y por la irraciona-

[8] MacIver, *op. cit.*, pág. 367.
[9] MacIver, *op. cit.*, págs. 367-368. Citado con permiso del autor.

Escaneado con CamScanner

lidad e intensidad de la fascinación temporaria que ejercen. La famosa manía del baile de la Edad Media fue un furor. El desaparecido y no lamentado paso de danza denominado "Lindy Hop" constituyó una manía. En virtud de su carácter extremado, las manías y los furores se limitan en general a una proporción más pequeña de la población que en el caso de la moda. Cuando las faldas se alargan, casi todas las mujeres se sienten obligadas a alargar las propias; pero un nuevo acertijo, un nuevo juego, o un extravagante paso de danza que se convierten en la locura del momento, solo atraen, en general, la participación de un pequeño sector de la población. Correspondientemente, la importancia societaria de las manías y de los furores es menor que la de la moda en general. Pocas veces pensamos en ellas como normas, sino más bien como ejemplos de conducta de la multitud.[10]

La sociedad y el orden normativo

Ahora debería resultar claro que las normas sociales son sumamente variadas y está muy difundidas, que constituyen una característica peculiar de la sociedad humana y que son una parte esencial de lo que denominamos orden social. Han surgido como un rasgo de la adaptación cultural. El individuo las adquiere por un proceso de adoctrinamiento. Algunas de ellas las internaliza y se convierten en parte de su personalidad. Algunas las respeta debido a sus consecuencias. Obedezca o no las normas por completo, éstas influyen en su conducta y en su pensamiento. Su conducta es reglamentada en gran medida por medio de ellas, e integrada a la conducta de sus congéneres. Gracias a ellas, la sociedad adquiere una estructura coherente y se las arregla para que funcione la vida de grupo.

De ello se sigue que uno de los enfoques más fructíferos para el estudio de la sociedad es el análisis de las normas. Cuando entendemos el sistema normativo de una sociedad, cuando conocemos los usos sociales, las costumbres, las leyes y las instituciones, sabemos mucho con respecto a esa sociedad. Por consiguiente, el estudio de las normas sociales representa uno de los *desiderata* fundamentales de la ciencia de la sociología humana.

Pero en cualquier tribu, comunidad o nación, el número de normas específicas es tan grande que jamás se terminaría un simple catálogo de las mismas. Lo que el sociólogo busca no es tal catálogo, sino una comprensión del *sistema* de normas. Quiere conocer las reglas más fundamentales, entender las relaciones que existen entre

10 Edward A. Ross, en su *Social Psychology*, Nueva York, Macmillan, 1921, trata las manías y los furores en un capítulo denominado "Mob Mind".

Escaneado con CamScanner

ellas y buscar su vinculación con otros aspectos de la existencia del grupo. Quiere entender las tensiones y resquebraduras fundamentales, los conflictos entre las normas, y los medios por los cuales se superan tales conflictos. Por consiguiente, en general concentra su atención en las principales instituciones y considera las normas más específicas como parte integral de dichas instituciones. De este modo, consigue ver el orden normativo como un todo; los árboles no le ocultan el bosque.

En todo el resto de este volumen se empleará el "enfoque normativo" (en el sentido de analizar normas e instituciones, no en el de sentar imperativos morales), y en lo posible se lo integrará con otros enfoques fundamentales. Este capítulo debe considerarse como un análisis incompleto de los fenómenos normativos. No ha avanzado mucho en la relación existente entre la personalidad individual y el orden normativo; no ha dicho gran cosa sobre la religión y el sistema moral; no ha examinado a fondo el tema del cambio social con respecto a las reglas normativas; tampoco ha analizado las principales instituciones. Estas cosas se tratarán más adelante. En este punto, el análisis se ha ocupado de describir la naturaleza de las normas sociales y de clasificar algunos de los tipos principales. Es una mera introducción al análisis de las normas como enfoque para la comprensión sociológica.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

RUTH BENEDICT, *The Chrysanthemum and the Sword,* Nueva York, Houghton Mifflin, 1946.
Brillante análisis de la moral japonesa y su relación con la conducta de los japoneses en la Segunda Guerra Mundial.

A. RADCLIFFE BROWN, *The Andaman Islanders,* Cambridge, Cambridge University Press, 1922, Glencoe, Illinois, Free Press, 1949.
Las usanzas e instituciones sociales de una sociedad primitiva, analizados desde el punto de vista de sus interrelaciones funcionales. Notable contribución a la literatura de la antropología social.

MORRIS R. COHEN, *Law and the Social Order,* Nueva York, Harcourt, Brace, 1933, partes 2 y 3.
Ensayos escritos por un realista legal sobre varios aspectos de la ley como fenómeno social. Interesante y estimulante.

GEORGES GURVITCH, *Sociología del Derecho,* Rosario, Editorial Rosario, 1945 [Trad.]

JEROME HALL, *Thert, Law and Society,* Boston, Little, Brown, 1935.
La evolución de la ley y la práctica del robo durante el desarrollo de la sociedad moderna. Un excelente estudio.

WALTER LIPPMANN, *Public Opinion,* Nueva York, MacMillan, 1922.
Los mitos pupulares, los estereotipos y los modos de su implantación. Un libro que jamás será anticuado.

ROBERT M. MACIVER, *Society,* Nueva York, Rinehart, 1937, cap. XVIII, "The Mores and the Social Structure"; cap. XIX, "The Major Social Codes"; cap. XX, "Social Codes and the Individual Life".
Un excelente tratamiento breve del aspecto normativo de los fenómenos sociales.

Escaneado con CamScanner

Bronislaw Malinowski, *Crime and Custom in Savage Society,* Londres, Paul, Trench, Trubner, 1932. [Trad. esp.: *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje,* Barcelona, Ediciones Ariel, 1956.]

Las reglas y su violación, tales como existen en las islas Trobriand. Subraya la reciprocidad de las obligaciones sociales, la disposición a desobedecer reglas y la naturaleza espontánea del castigo.

Theodore M. Newcomb, *Social Psychology,* Nueva York, Henry Holt and Co., 1959. [Trad. en español en preparación por Editorial Universitaria de Buenos Aires.]

Karl Olivecrona, *Law as Fact,* Londres, Humphrey Milford, 1939.

Análisis brillante e incisivo de la naturaleza de la ley considerada en su contexto social.

Roscoe Pound, "*Sociology of Law*", en Georges Gurvitch y Wilbert E. Moore, *Twentieth Century Sociology,* Nueva York, Philosophical Libray, 1945. [Trad. esp. citada.]

Exposición erudita de varios escritores y sus contribuciones a la sociología del derecho, por el más destacado teórico legal contemporáneo.

Edward A. Ross, *Social Psychology,* Nueva York, Macmillan, 1921.

Exposición sumamente legible de la opinión pública, la convencionalidad, la moda, la manía, etc. En cierto sentido, este libro se anticipa a Lippmann y lo supera.

William Graham Sumner, *Folkways,* Boston, Ginn. 1906. [Trad. esp. citada.]

La exposición clásica de los usos sociales, las costumbres y la ley, desde el punto de vista de la sociología comparativa. Sigue siendo vívido e informativo.

William I. Thomas, *Primitive Behavior,* Nueva York, McGraw-Hill, 1937.

Amplio tratamiento de todos los géneros de obligaciones sociales, tales como se los encuentra en las sociedades primitivas, con abundantes citas de la literatura de campo de la antropología social.

N. S. Timasheff, *An Introduction to the Sociology of Law,* Cambridge, Harvard University Press, 1939.

Este manual es amplio y erudito, aunque no del todo eficaz, como tratado sistemático y científico. Contiene una amplia bibliografía acerca del tema.

Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization,* Nueva York, Oxford University Press, 1947, cap. I, "The Fundamental Concepts of Sociology". (Véase tomo I de *Economía y Sociedad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1944.) [Trad.]

Trata el concepto de legitimidad con respecto a la organización social, especialmente en lo concerniente a la autoridad.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO IV

"STATUS" Y PAPEL

Todos los enfoques de los fenómenos sociales pueden ser reunidos en términos de la situación de interacción en la que dos o más personas se encuentran en contacto. Por ejemplo, si el interés científico de uno se concentra en primer lugar en las normas sociales, vale la pena estudiar las situaciones en las cuales rigen dichas normas. Del mismo modo, si el interés de uno se dirige hacia el *status* y el papel, como en el caso de este capítulo, vale la pena preguntarse cómo figuran los *status* y los papeles en la situación concreta. Por lo tanto, al comenzar nuestro análisis aprovechemos la oportunida para presentar la situación de interacción como punto de encuentro de todas las abstracciones sociológicas.

La situación de interacción

La esencia de toda situación social reside en las expectativas mutuas de los participantes. Estas expectativas reposan en gran medida sobre las normas aplicables en la situación. Toda cultura desarrolla usos sociales y costumbres que abarcan situaciones típicas, proporcionando así una pauta para las expectativas mutuas de las partes en interacción. En este sentido, casi todas las situaciones están socialmente definidas. Cada actor tiene cierta concepción de lo que ellos esperan de él y de lo que esperan que él espere.

La acción de cada una de las partes, sobre la base de la definición de la situación, tiene el efecto de poner a prueba la validez de sus propias expectativas, así como de las expectativas de sus coactores. Si su conducta parece "natural" en la situación dada, es decir, si se ajusta a las expectativas de los otros, éstos responden como habían pensado responder. A su vez, si él estuvo en lo cierto al adivinar la reacción de ellos, reacciona entonces a la conducta de éstos del modo previsto por él mismo y por ellos. Si se supone que todo "va bien" de acuerdo con las expectativas mutuas, la inter-

Escaneado con CamScanner

acción llega por lo general a un fin previsto y realiza algo. Pero si la acción, en cualquier momento, resultase distinta de lo que se esperaba, es preciso *redefinir* la situación, es decir, es necesario alterar las expectativas para hacer frente al nuevo giro de los acontecimientos. Redefinida así la situación, la interacción puede marchar sin dificultades hasta llegar a una conclusión (una conclusión no prevista primitivamente, pero, de cualquier manera, establecida luego), o es posible que haya que redefinirla varias veces antes de que quede completo el encadenamiento de la interacción. Las redefiniciones de la situación pueden entrañar un creciente agrado y compatibilidad por parte de los actores, o pueden representar un creciente desagrado e irritación. Por ejemplo, si un viajante de comercio entra en una tienda y el propietario lo confunde con un cliente, el viajante tiene que redefinir la relación. Y si las mercancías recomendadas por éste son rechazadas por el propietario, habrá que establecer una redefinición desfavorable. Pero si posteriormente se descubre que el viajante concurrió a la misma universidad que el propietario, se producirá una leve y agradable redefinición nueva. Puede surgir una cantidad de incidentes de este tipo antes de que se cierre el trato y termine la acción recíproca. En algunos casos, la situación puede redefinirse progresivamente en dirección de lo desagradable. En verdad, la conducta de un participante puede ser tal que exija una redefinición en términos de castigo; la reacción de los otros adquiere entonces la forma de una represalia.

De tal modo, la conducta real desempeña un papel dinámico en la situación social. El proceso de intercambio avanza por medio de una cadena de respuestas abiertas (simbólicas o literales), y cada acto pone a prueba las distintas expectativas mutuas e impone una constante redefinición. La conducta abierta comienza siempre con respecto a una situación definida. Ninguna de las circunstancias en las que distintas personas se encuentran es totalmente indefinida. En el peor de los casos, existen reglas generales pasibles de aplicarse a tales situaciones, como en el caso en que se encuentran dos personas desconocidas entre sí. Es cierto que con frecuencia los detalles de la acción no están definidos con claridad, de modo que el contacto está rodeado por una atmósfera de exploración. Cuando un estudiante concurre por primera vez a la universidad, experimenta cierto grado de desorientación porque no sabe exactamente cómo comportarse con respecto a todas las personas con las cuales tiene que entrar en contacto de una u otra manera. Es claro que, por supuesto, ninguna situación está totalmente definida en el sentido de que toda la interacción sea completamente predecible. Lo más cercano a la predictibilidad total se encuentra en las ocasiones formales, en que la conducta está minuciosamente reglamentada, de acuerdo con las convenciones, y cuando se elude con cuidado toda

Escaneado con CamScanner

desviación de la pauta prescrita. Si bien esas situaciones son totalmente definidas en el plano ideológico, la acción concreta puede introducir elementos inesperados en cualquier punto. Las expectativas incluidas en una situación se basan, en parte, en las normas que rigen para ella. En la medida en que esto es así, el razonamiento se desarrolla como sigue: "Si ocurre tal o cual acto, entonces *deberá (o tendría que)* producirse tal y cual respuesta". Esto es similar a la inferencia científica, pero la diferencia reside en el término "deberá" o "tendría que". En la ciencia, el resultado se produce porque sería imposible que dejara de producirse. En el pensamiento normativo, el resultado se produce solamente *si el actor trata de lograrlo.* El resultado exigido por una regla normativa es, por lo tanto, una cuestión de intención y esfuerzo. Las leyes de tránsito establecen la necesidad de obedecer a ciertas señales. Cuando el policía hace una señal, el coche de uno tiene que comportarse de cierta manera, no porque la señal afecte automáticamente al coche de la misma manera que el viento hace girar las aspas de un molino, sino porque el conductor, una vez advertida la señal, sabe qué se espera de él y siente la necesidad de actuar en concordancia con ello. El actor sabe que si defrauda las expectativas del policía, éste redefinirá la situación en términos adecuadamente desagradables.

Pero no todas las expectativas son de carácter normativo. Existe cierto elemento concreto que ayuda a definir lo que ha de suceder. Por ejemplo, se sabe que un niño de dos años no puede hacer las cosas que hace un adulto de treinta. Se sabe que las personas tienen motivos para actuar en forma distinta de lo que exigen las normas, y que es preciso tener en cuenta estos motivos al predecir la conducta de los propios coactores. El policía que trata de aprehender a un hombre al que se cree criminal, tiene que estar dispuesto a una resistencia del hombre. El padre debe admitir la posibilidad de una mala conducta por parte del niño. Por definición, la situación concreta es aquella en que se reúnen todos los factores que determinan la conducta. El elemento normativo es solo uno de dichos factores. Pero incluso este elemento depende de otro –el *status* de las personas incluidas en la situación–, cosa que nos lleva al tema del *status* social, la posición y el papel.

Identidad dentro de la situación

Lo esencial en la situación de interacción es la identidad de cada participante, porque no se supone que todos esperan lo mismo. Un marido espera una respuesta sexual de su esposa, pero no todos los hombres tienen derecho a esperar de ésta tal respuesta. Un presidente espera cierto asesoramiento y ayuda de los ministros de

Escaneado con CamScanner

su gabinete, pero no todo el mundo puede esperar estas cosas de ellos. Por lo tanto, una persona entra en una situación social con una identidad ya establecida. Su identidad se refiere a su *posición* o *status* dentro de la estructura social aplicable a la situación dada, y establece sus derechos y obligaciones con referencia a los otros que ocupan posiciones dentro de la misma estructura. Su posición y, por consiguiente, su identidad en la situación particular resultan de todas las demás posiciones que ocupa en las otras principales estructuras sociales, especialmente en las otras estructuras que tienen una vinculación más estrecha con aquella en la cual actúa en el momento.

Para ayudar a establecer la identidad de la persona se utilizan con frecuencia símbolos externos. Un indicador común, por ejemplo, es el estilo de la vestimenta. Cuando por casualidad se encuentran distintos miembros de los servicios armados, sus relaciones están reglamentadas de antemano por el código militar. Los individuos podrán desconocerse en absoluto; sin embargo, gracias al uniforme y a las insignias que usan, pueden decir, de una sola ojeada, cuáles son sus posiciones respectivas, y actuar en forma concordante. Del mismo modo, los hombres y mujeres usan vestimentas distintas, y en muchas sociedades ocurre lo mismo con los casados y los solteros, los ancianos y los jóvenes, los comerciantes y los artesanos. Si toda la vestimenta no es distinta, puede ser que un distintivo o emblema, el estilo del corte del cabello, la calidad o el color de la tela, o algún otro recurso menor, sirvan para identificar la posición social del individuo.

Es indudable que muchos errores y muchos fraudes son posibles en este asunto de la identificación, como en el caso en que una persona no autorizada usa el traje o la insignia a que no tiene derecho. Un hombre casado puede fingir ser soltero; un civil, personificar a un militar. Un lego puede practicar la medicina sin poseer títulos para ello. Las costumbres y las leyes de la sociedad condenan, por lo general, estas prácticas fraudulentas y castigan al impostor cuando se lo atrapa.

En el transcurso de su vida, un individuo adquiere en primer lugar, posiciones muy amplias. El individuo comienza por una identidad general —como, por ejemplo, la de clase, sexo y familia—, que más tarde gobernará su posición en muchas situaciones particulares. A medida que avanza por la vida adquiere posiciones más específicas, y su conducta concreta, en las distintas situaciones en las que rigen estas posiciones, sirve para refinar y modificar la identidad inicialmente asignada. De tal modo, a medida que pasa el tiempo tiene, para cada nueva situación, una identidad más completa y única. Este refinamiento progresivo concede un carácter dinámico, en desarrollo, a su historia posicional. Por ejemplo, un varón adquiere ciertos amplios derechos y obligaciones por su sim-

Escaneado con CamScanner

ple cualidad de varón, y dichos derechos y obligaciones integran, en cierta medida, casi todas las situaciones en las cuales participa. Pero su posterior historia personal en la interacción cotidiana contribuye cada vez más a su identidad social y lo diferencia en muchos sentidos de los demás hombres.

El sistema normativo establece los derechos y las obligaciones formales vinculados con una posición. Si bien permite cierta dosis de variación legítima dentro de los límites impuestos, también fija reglas que deben seguirse en caso de que el individuo trasponga los límites. Un derecho es una expectativa legítima abrigada por una persona que ocupa una posición, respecto de la conducta de una persona que ocupa otra posición. Desde el punto de vista de la otra persona, esta exigencia representa una obligación. Por lo tanto, "derecho" y "obligación" son simplemente distintas definiciones de la misma relación.

Si bien muchas normas se expresan con independencia de posiciones y situaciones determinadas —como la simple exhortación a la honestidad—, cuando se las aplica en la conducta deben variar de acuerdo con el *status* del actor y la situación en que éste se encuentra. La absoluta honestidad, en el sentido de decir la verdad en todas las ocasiones, es un ideal imposible; existen muchas ocasiones en que las personas no desean oír la verdad, especialmente acerca de sí mismas, y castigan a la persona que se las dice. Lo mismo rige en cuanto a otras normas absolutas o abstractas. Todas las normas, no importa cómo se expresen, son relativas a la situación particular. La norma que rija en determinado caso depende de las relaciones entre los *status* de las personas que interactúan.

La organización de los "status"

Un individuo lleva su posición social en la cabeza, por así decirlo, y la pone en acción cuando surge la ocasión adecuada. No solo la lleva él en su cabeza sino que los otros también la llevan en las suyas, porque las posiciones sociales son cuestiones de expectativa recíproca y deben ser pública y comúnmente concebidas por todos los integrantes del grupo. Un individuo que tiene una concepción puramente privada de su *status* es un loco y resulta socialmente inútil.

Cada persona ocupa muchos *status* diferentes. A veces, hablamos del *status* o de la posición social de un individuo determinado, y con ello nos referimos a la suma total de sus *status* y papeles específicos, especialmente en la medida en que tienen relación con su "posición social" general. Pero, más frecuentemente especificamos nuestra afirmación dándole, al mismo tiempo, el contexto en el cual rige. Así decimos, por ejemplo, que el doctor Jones goza

Escaneado con CamScanner

de una alta posición *en su profesión,* o que la señora de Jones es muy conocida como *miembro de un club.* En otras palabras, calificamos la conducta de la persona según las normas que rigen para un *status* específico. Reconocemos implícitamente que tiene muchos *status,* y escogemos uno para mencionarlo en especial.

Todas las posiciones que ocupa un individuo particular constituyen, cuando se las toma juntas, un importante elemento de su personalidad. Como cada una de las personas tiene determinada cantidad de tiempo, energía y capacidad, y como su actividad debe alcanzar resultados y satisfacer necesidades, su sistema de *status* debe estar integrado en cierta medida. Su eficiencia personal, su estabilidad mental y su satisfacción dependen en alto grado de la integración de sus distintas posiciones sociales.

Del mismo modo, el sistema total de posiciones de toda la sociedad o del grupo tiene que estar razonablemente bien integrado. De lo contrario, la sociedad o el grupo no podrían continuar existiendo. Por lo común, los distintos *status* –de ocupación, de familia, político, religioso– están unidos de tal manera entre sí, en términos de derechos y obligaciones entrelazados, que sus manifestaciones en la conducta logran que las cosas se hagan y que la colectividad se perpetúe. Es claro que una de las cosas que se perpetúa es el propio sistema de posiciones. En lo fundamental, las posiciones tienden a seguir siendo las mismas; los que cambian son principalmente los ocupantes de las posiciones.

"STATUS" Y CARGO

Con fines de claridad es preciso reconocer que algunas posiciones sociales se encuentran, por así decirlo, en los usos sociales y costumbres, en tanto que otras se encuentran simplemente en los estatutos y reglas de organizaciones específicas. Algunas están generalizadas y son conocidas de todo el mundo; otras son limitadas y solo las conocen unos pocos. Quizá se facilite la comprensión si asignamos un nombre a cada mitad de este continuo, deminando *status* a una y *cargo* a la otra. El término *status* designaría entonces una posición en el sistema institucional general, reconocida y respaldada por toda la sociedad, desarrollada en forma espontánea antes que creada de modo deliberado, arraigada en los usos sociales y las costumbres. El cargo, por otra parte, designaría una posición en una organización deliberadamente creada, gobernada por reglas específicas y limitadas en un grupo limitado, y por lo general más adquirida que adscrita. Un ejemplo de un *status* en nuestra sociedad sería "trabajador especializado"; de un cargo, "carpintero en jefe de la compañía de construcciones Equis". Otro ejemplo de

Escaneado con CamScanner

status sería "profesor"; el del cargo correspondiente, "profesor de Gobierno en la Universidad de Arizona".

Se advierte así que la ocupación de un cargo puede, al mismo tiempo, concederle a uno un *status*. El tipo de *status* que concede depende de la importancia, los alcances y la función de la organización de la cual forma parte el cargo así como de la importancia de este cargo particular dentro de la organización. Un general y un soldado ocupan ambos un lugar en el ejército, pero, debido a la gran diferencia de rango, sus posiciones respectivas les conceden un *status* completamente distinto ante el público en general. Más aún; en tiempos de guerra, cuando la función del ejército tiene una importancia suprema, el prestigio vinculado a todas las posiciones del ejército tiende a elevarse, en tanto que en épocas de paz por lo general vuelve a descender.

A la inversa, la posesión de un determinado *status* puede ayudar a uno a adquirir ciertos cargos. Las estadísticas de Estados Unidos muestran en forma definida que los hijos de los profesionales y comerciantes adinerados tienen mejores posibilidades de adquirir posiciones elevadas que los hijos de otros tipos de hombres. Un estudio descubrió, por ejemplo, que "el 52 por ciento de los hijos de profesionales concurren a la universidad, en contraste con solo el 6 por ciento de los hijos de trabajadores no especializados".[1] Las dificultades con que tropiezan los negros de Estados Unidos para obtener empleos especializados y bien pagados son conocidísimas.[2] En incontables formas, los *status* más generalizados de un hombre determinan sus cargos específicos, y estos últimos, a su vez, afectan sus *status*. Entre estas dos clases de posición social existe, necesariamente, una estrecha interdependencia. La posición ocupacional, por ejemplo, es con frecuencia un *status* y un cargo a la vez: el primero, cuando se lo ve desde el punto de vista del público en general; el segundo, cuando se lo considera desde el punto de vista de la actividad o institución determinada. Lo mismo rige para muchas otras posiciones sociales concretas.

POSICIÓN Y PAPEL

Una posición, ya sea *status* o cargo, define un mínimo de conducta obligatoria para el que la ocupa, pero no puede asegurar que el ocupante desarrolle esta conducta a la perfección. Si se trata de

1 Works Progress Administration, Division of Social Research, *Urban Youth, Their Characteristics and Prospects,* Publicaciones, Serie 1, núm. 24. Citado en William F. Ogburn y Meyer F. Nimkoff, *Sociology,* Nueva York, Houghton Mifflin, 1940, pág. 314. [Trad. esp.: *Sociología,* Madrid, Aguilar, 1955.]

2 Véase Gunnar Myrdal, *An American Dilemma,* Nueva York, Harpers, 1942, parte IV.

Escaneado con CamScanner

una posición en un equipo de béisbol, exige ciertas respuestas cuando la pelota se encuentra al alcance del jugador, pero éste puede jugar en forma mediocre o con habilidad. Si se trata de una posición en una oficina comercial, exige reacciones inteligentes cuando surgen ciertos problemas, pero la persona que ocupa la posición puede responder en forma prudente o desacertada: con tanta prudencia que se la ascienda, o con tanto desacierto que se la despida. La forma en que un individuo se comporta realmente en determinada posición, como cosa distinta de la forma en que se supone que debe comportarse, la denominamos su papel. El papel es, pues, la manera en que una persona pone en práctica en la realidad las exigencias de su posición. Es el aspecto dinámico del *status* o el cargo, y, como tal, se encuentra siempre influido por factores distintos de las estipulaciones de la propia posición. Esto significa que, desde el punto de vista de la estructura social, contiene siempre cierta novedad e impredecibilidad.[3] Cuando elegimos al intendente de una ciudad, tenemos una idea aproximada de lo que se supone debe hacer en el cargo, pero jamás podemos estar seguros de lo que hará. Si se aleja demasiado de la conducta que esperamos de él, podemos entablarle juicio político, o simplemente dejar de reelegirlo. Si hace algo más de lo que el cargo exige, lo elogiamos, y quizá lo elegimos para que ocupe un puesto más elevado.

¿Qué es lo que lleva a un individuo a hacer menos o más de lo que constituye su deber en una posición? Una de las consideraciones se refiere a la intensidad con que *se esfuerza* por cumplir. Suponemos que por lo menos tratará de cumplir con las exigencias mínimas. Si no lo intenta, o por algún otro motivo no llega a cumplir, no ocupa en absoluto la posición en el sentido funcional (aunque quizá la ocupe en un sentido puramente formal). El hecho de que se esfuerce se debe al elemento normativo de la posición. Sin cierto *sentimiento* de obligación, sin algún deseo de intentar, carecerían de efectividad los llamados derechos y obligaciones. La devoción de la persona a las normas dadas de su posición y, por lo tanto, la intensidad con que se esfuerce por cumplir dependen, por supuesto, de las demás exigencias que se hagan a su tiempo y su lealtad. Como ocupa otras posiciones vinculadas a derechos y obligaciones, se ve constantemente obligada a dejar de dar todo lo que posee a uno de los *status* o cargos considerados. En cierto modo, tiene que llevar una vida equilibrada, dando al mismo tiempo a César y a Dios. El trabajador puede deliberadamente hacer

[3] Cf. G. H. Mead, *Mind, Self and Society,* Chicago, University of Chicago Press, 1934, págs. 173-178. [Trad. esp.: *Espíritu, persona y sociedad,* Buenos Aires, Paidós, 1953.] Lo que Mead denomina el "mí" es la posición percibida interiormente, en tanto que el "yo" es la conducta real en la posición. "La reacción a esa situación, tal como aparece en su experiencia inmediata, es incierta, y ello es lo que constituye el "yo", pág. 175 (pág. 203 de la edición castellana).

Escaneado con CamScanner

menos de lo que le es dable realizar, porque su trabajo y su satisfacción consigo mismo no solo dependen de lo bien que actúe sino, también, de las buenas relaciones que tenga con su sindicato, y éste puede postular una política de trabajo a desgano y de prolongación del tiempo de producción. Es probable que el hombre de negocios entregue menos que el valor justo recibido, porque se identifica más con la ganancia de su compañía que con el beneficio de la comunidad en general. El padre puede descuidar a su esposa y a sus hijos porque desea dedicar la mayor parte de su tiempo a su progreso profesional.

Pero el hecho de que incluso cuando se esfuerza el individuo manifieste siempre variaciones respecto de las normas esperadas, demuestra que un factor que no es el esfuerzo influye sobre el desempeño. Se trata del factor de la capacidad, determinado a la vez por la experiencia y por la herencia. La experiencia comprende el aprendizaje acumulativo en situaciones previas; forja en el individuo los sistemas integrados de hábitos que influyen sobre la capacidad para desempeñarse en un momento determinado. La herencia influye sobre el efecto que esa experiencia ejerce. Un imbécil no puede ejecutar en forma correcta, por lo general, los deberes de esposo, maestro o dirigente, en tanto que una persona bien dotada puede desempeñarlos mucho mejor que el término medio. Algunos tipos de *status* y cargos exigen talentos especiales, en tanto que otros solo requieren la expresión de la actitud y una conformidad a vagas reglas de conducta. El *status* de "abuela" exige relativamente poca capacidad, en tanto que el de concertista de piano la exige en alto grado. La importancia del papel que desempeña la capacidad hereditaria o adquirida varía, pues, considerablemente entre una posición y otra de la estructura social.

Tomados en su conjunto, los *status* y cargos de una sociedad representan un sistema distributivo en el cual los talentos y hábitos de la población se asignan a distintos géneros de funciones. Gracias a ellos se cumple la división del trabajo en la sociedad humana. Una sociedad eficiente adiestra y distribuye a sus individuos de tal manera que las recompensas presentadas como derechos son suficientes para inducirlos a cumplir con las obligaciones de sus posiciones; las obligaciones son proporcionales a las capacidades individuales, y las expectativas de distintas posiciones ocupadas por el mismo individuo no se contradicen entre sí.

CONDICIÓN Y ESTRATO

Como un individuo cualquiera no ocupa uno, sino muchos *status* y cargos y como para su eficiencia personal y social tiene que encontrar cierta coherencia en las distintas posiciones que ocupa,

Escaneado con CamScanner

cabría esperar que en toda sociedad ciertas posiciones tendiesen a reunirse en diferentes individuos. Así sucede en la práctica; por lo tanto, podemos hablar de una *condición,* término con el cual nos referimos a un grupo de *status* y cargos que tienden a combinarse en una persona como sede, combinación que en muchísimos casos se reconoce públicamente. En tanto que un *status* o cargo define la posición de uno con referencia a un sector limitado de la interacción social, una condición encarna el *status* generalizado (la suma total de las principales posiciones que uno ocupa) en la estructura social general. Una condición es, por lo tanto, una combinación repetida de *status* que poseen cierto grado de fijeza.

El nombre que se da a una condición determinada proviene con frecuencia de uno de los principales *status* que la constituyen. Por ejemplo, a veces hablamos de la "clase terrateniente", con lo cual queremos decir algo más que la simple posesión de tierras. Nos referimos a todo un grupo de derechos y privilegios vinculados con la posesión de tierras, pero que no forman necesariamente parte de ella. Es posible que un hombre no posea tierras y sea, sin embargo, miembro de la clase terrateniente, porque ocupa todas las otras posiciones que en general poseen los terratenientes de la sociedad en cuestión. Al contrario, un hombre puede ser dueño de tierras sin ser miembro de la clase terrateniente. Además, la posición determinada que da su nombre a la condición total puede no ser uniforme en sí misma. Puede ser, en realidad, un nombre para una clase de posiciones aproximadamente similares y que tienden a tener las mismas posiciones asociadas. De tal modo, médico, abogado y profesor son, cada una, diferentes posiciones ocupacionales, pero se encuentran más o menos en el mismo nivel de evaluación y van acompañadas de posiciones vinculadas similares. Por eso se otorga a los ocupantes un nombre común, "profesionales", que designa una condición. Para designar a una masa de personas de una sociedad determinada, que gozan más o menos de la misma condición, podemos usar la palabra *estrato.* Toda población está, por lo general, dividida en estratos. En rigor, la especificación de los estratos es una de las formas más convenientes y usadas con más frecuencia para brindar una descripción abreviada de una estructura social. Tal procedimiento supone la existencia de rangos relativos. Existe la sensación de que las diferentes condiciones son desiguales en la estima del público; por lo tanto, se reconoce una jerarquía de estratos. También se sabe que los individuos que ocupan una misma condición y que por eso se ubican en el mismo estrato, tienden a contemplar el mundo desde el mismo punto de vista. Poseen intereses semejantes y problemas comunes. A veces, aunque no siempre, se apoyan los unos a los otros, presentando un frente sólido con respecto a las personas de otros estratos. Podemos referirnos a este frente colectivo, cuando aparece, con el nombre de

Escaneado con CamScanner

solidaridad del estrato. Pueden distinguirse varios tipos de organización estratificada según las clases de posiciones que constituyen la condición, el grado de solidaridad del estrato, los métodos por medio de los cuales las personas llegan a la condición y la abandonan, etcétera. Los tipos mejor conocidos son el sistema de castas en un extremo y el sistema de clases abierto en el otro. Pero el análisis de estos tipos debe postergarse hasta que lleguemos al capítulo que se ocupa de la estratificación social.

Prestigio, estima y rango

Un ingrediente esencial de las normas sociales, como se recordará, es la aprobación y desaprobación selectiva de los modos de conducta, de acuerdo con lo que se espera de un individuo que ocupa una posición social, cuando ella se aplica a una situación particular de interacción. Pero ahora hay que advertir que existe también otro plano de distinción discriminatoria. Una persona podrá ejecutar todas las obligaciones de su posición, e incluso ser alabada por hacerlo, y ser tenida, sin embargo, en poca estima. Un esclavo, por ejemplo, podrá obedecer bien a su amo, y a pesar de ello, no obstante su excelente conducta, ocupará una posición inferior. Una mujer encargada de la limpieza puede realizar sus tareas extraordinariamente bien y recibir las alabanzas de su empleador, pero casi nadie envidiará su *status*. Un escritor anónimo podrá hacer todo el trabajo de un libro que se publica bajo el nombre de otra persona, pero no recibirá los aplausos de la multitud. En verdad, existe un doble sentido en cuanto a la forma en que se considera a la gente, y una comprensión clara exige que se separen los dos aspectos del problema de la valoración.

El secreto del asunto es el siguiente: asignamos un valor discriminatorio al *status* o cargo como tal, independientemente de quien lo ocupe o de cómo se lleven a la práctica sus exigencias. Al mismo tiempo, asignamos otro género de valor al individuo según lo bien o mal que cumpla con las obligaciones de cualquier *status* en que se encuentre. Al primer género de valor discriminatorio —el género asignado al *status* o cargo, o a la combinación de ambos— lo denominamos *prestigio*. La opinión pública tiende siempre a escalonar las posiciones, a referirse a ellas considerándolas elevadas o bajas, buenas o malas, superiores o inferiores. Se habla de un trabajo, por ejemplo, como de algo que concede elevado prestigio a quien lo realiza. Se dice que los *status* del doctor en medicina, del funcionario federal, del estudioso y del hombre de ciencia, son elevados. Se habla de una clase denominándola "baja" o "media"; se designa a una casta como "paria" o "brahmín", con obvias implicaciones. Se insulta a un individuo si se lo identifica con lo que él considera

Escaneado con CamScanner

una condición inferior, como ocurre por ejemplo cuando se confunde a un doctor en medicina con un dentista o un "quiropráctico". Tal evaluación solo se refiere a la estructura social, es decir, se vincula con el *status,* la condición o el estrato, haciendo abstracción del individuo. Todos los que ocupan la posición gozan del prestigio que le es inherente.

Pero ya se ha señalado que diferentes ocupantes del mismo *status* o cargo no cumplen con sus obligaciones igualmente bien y que, por ende, no son igualmente aclamados por sus asociados. Como su prestigio es el mismo en virtud de que ocupan posiciones similares, debemos denominar con algún otro nombre la evaluación de su papel (su conducta real en la situación). Denominamos *estima* a esta evaluación. Se refiere al valor discriminatorio asignado a cualquier papel o combinación de papeles dados. Una persona puede ocupar una posición de alto prestigio y, sin embargo, en virtud de su conducta en tal posición, gozar de poca estima. Si en distintas posiciones se comporta en forma que no concuerda con las expectativas, entonces se granjea la reputación de bufón, de inútil, de lunático, de tonto, de pillastre, etcétera. De tal modo, la estima está siempre vinculada con las expectativas de una posición; sin embargo, no se asigna a la posición misma, sino al éxito o al fracaso en el cumplimiento de las estipulaciones de la posición.

Todas las posiciones entrañan cierta dosis de prestigio, ya sea elevado o bajo, pero de ello no se sigue que entre dos posiciones cualesquiera exista una distinción discriminatoria; ambas pueden tener la misma cantidad de prestigio. A veces, se menciona la escala de prestigio como si fuera una escala de diferenciación *vertical* (según lo indican términos tales como "clase alta", "baja", "media", "superior", "inferior"). Por lo tanto, con respecto a dos posiciones cualesquiera que posean un rango distinto, se considera a veces, en la literatura sociológica, que ellas están separadas por una *distancia social vertical,* y de la persona que se traslada de una a la otra se dice que ha puesto de manifiesto una *movilidad vertical.* A la inversa, se dice que dos posiciones distintas dotadas del mismo prestigio solo están separadas por una *distancia social horizontal.* Aun cuando a menudo resulte conveniente, este tratamiento técnico no debe considerarse sino como una analogía ilustrativa. Hablar de "espacio social" es lo mismo que llamar caballo mecánico a un automóvil. La analogía destaca ciertas verdades, pero si se la toma literalmente lo lleva a uno por mal camino.

Poder y posición

Por *poder,* tal como rige para los asuntos sociales, se entiende por lo general la determinación de la conducta de los demás de

Escaneado con CamScanner

acuerdo con los propios fines. La distribución del poder está íntimamente relacionada con la distribución de los *status* y cargos; por ende, con la configuración de las condiciones y los estratos. En general, por ejemplo, la línea del poder corresponde a la jerarquía del prestigio. De tal modo, toda la estructura social, todo el sistema de posiciones, puede ser considerado un legítimo sistema de poder.

Pero en la realidad, el poder no solo se asigna al *status* o al cargo sino, también, al individuo, en forma independiente de su posición. En otras palabras, un individuo adquiere poder gracias a su papel, así como a su posición. Esto puede ser convenientemente ilustrado con las numerosas situaciones en que se produce una inversión de las supuestas relaciones de poder, por ejemplo, en las relaciones de familia. De tal manera, si bien el *status* del *pater familias* en la sociedad romana le confería ciertos derechos y, por lo tanto, poder sobre su esposa, si la inteligencia y energía de ésta eran superiores a las de él podía, de hecho, invertir la situación y obligarlo a desempeñar un papel subordinado. Del mismo modo, en nuestra propia sociedad, donde se supone que los padres tienen autoridad sobre sus hijos, descubrimos que estos últimos tiranizan con frecuencia a sus crédulos padres.

Se hace necesario, pues, distinguir entre lo que puede denominarse poder estructural o posicional y todos los otros tipos de poder. La primera variedad puede designarse con su nombre habitual, autoridad, y la otra simplemente como poder desnudo o no autorizado. El poder que acompaña a la autoridad se manifiesta con más claridad cuando la conducta está determinada únicamente por el propio *status* o cargo; por ejemplo, en las relaciones legales formales, en contraste con las relaciones inmediatas e informales. En verdad, la distancia social (en especial la de tipo vertical) fortalece la autoridad estructural a expensas del poder personal; la intimidad, por otra parte, fortalece el poder personal a expensas del poder estructural, como lo indica el dicho de que la familiaridad engendra el desprecio.

Por lo tanto, si nos preguntamos cuál es la fuente del poder de un hombre en un caso determinado, la respuesta es que parte del mismo proviene de sus *status* y cargos, y otra parte de sus papeles en dichos *status* y cargos. Sin embargo, el problema de la fuente del poder no termina aquí. Puede ser llevado a un plano más fundamental formulando dos interrogantes de suma significación. Primero, ¿en qué forma un individuo determinado llega a ocupar una posición dada y de tal modo goza de la autoridad y el poder que la misma confiere? Segundo, ¿por qué la posición entraña el poder que confiere? Esta última pregunta no será tratada a fondo hasta que lleguemos a los capítulos sobre estratificación e instituciones políticas, pero la primera recibirá su tratamiento más importante en los parágrafos que siguen.

Escaneado con CamScanner

Cómo se ocupan las posiciones: adscripción y adquisición

El proceso por medio del cual los *status* son constantemente ocupados en una sociedad por la infiltración de nuevo personal, que ocupa el lugar del antiguo, se denomina a veces, por analogía orgánica, metabolismo social. Este metabolismo es en todo sentido tan importante para una sociedad como la digestión lo es para un organismo. En ambos casos, se absorben las materias primas y se las hace proporcionar la energía que da vida a toda la estructura. En el caso del organismo, lo que se ingiere son las sustancias alimenticias, en tanto que en el caso de la sociedad se trata de nuevos individuos.

Frente al constante torrente de materias primas, en forma de nuevos niños, que debe elaborar y distribuir de tal modo que el compacto sistema de *status* adultos entrelazados sea llenado y se cumpla el proceso de la vida en grupo, toda sociedad se ve atrapada por lo que Linton considera los cuernos de un dilema.[4] Por un lado, como sabemos, la formación de los hábitos y actitudes del individuo comienza en el nacimiento; por consiguiente, cuando más temprana sea su educación para determinados *status*, más completa será su adaptación final. Por este motivo, surge una tendencia a adscribir el *status* del individuo desde el nacimiento y a comenzar a adaptarlo en seguida para los deberes que posteriormente tendrá que cumplir. Por otra parte, sabemos que no existen dos individuos (ni siquiera los mellizos idénticos) que sean iguales desde el nacimiento. Sus capacidades difieren de uno a otro, y todavía no hay manera de decir, por falta de una experiencia subsiguiente, cuáles son sus capacidades peculiares. Por esta causa, surge una tendencia a postergar la determinación de los *status* adultos hasta que cada individuo haya mostrado para qué *status* está particularmente adaptado.

He aquí, pues, dos posibilidades opuestas –la adscripción de *status* independientemente de las cualidades individuales, o la adquisición de *status* en concordancia con las realizaciones individuales–, cada una de las cuales posee ventajas y desventajas societarias. Cada sociedad se ve frente a la necesidad de realizar una elección inconsciente pero difícil entre ambas. Es posible imaginar un tipo de sociedad en la cual el *status* fuera exclusivamente adscripto, y deducir las cualidades que la caracterizarían. En rigor, existen algunas sociedades que van muy lejos en este sentido. Resulta igualmente posible imaginar otro tipo de sociedad en la cual el *status* fuera exclusivamente adquirido y deducir las cualidades que ella tendría.

4 Ralph Linton, *The Study of Man*, Nueva York, Appleton Century, 1936, pág. 115. [Trad. esp. citada.]

Escaneado con CamScanner

Pero la verdad es que ninguna sociedad humana toma por entero ninguno de los cuernos del dilema. Todas las sociedades conocidas utilizan, en cierta medida, ambos principios. El problema se reduce realmente, entonces, a cuál es el grado de adscripción y de adquisición en cualquier caso dado, y también qué tipos de *status* se prestan a uno u otro género de reclutamiento.

STATUS ADSCRITO [5]

La formación del infante para futuras posiciones debe comenzar tan pronto como sea factible. La socialización es, en el mejor de los casos, un proceso largo y tedioso que jamás se completa a la perfección. Es conveniente comenzar la educación lo antes posible, cuando el niño se encuentra en su etapa más plástica. Además, no se lo puede dejar culturalmente vacante durante un período prolongado. Salvo en casos de total aislamiento, adquirirá cultura de una o de otra manera, se lo eduque deliberadamente o no. Tampoco se lo puede adiestrar para sus *status* iniciales más generales, sin cierta consideración por los *status* más limitados que eventualmente tendrá que ocupar. El proceso de socialización tiene que empezar inmediatamente.

Pero, cosa paradójica, la formación del niño para los futuros *status* no puede comenzar hasta que ya posea un *status*. Ello se debe al hecho de que la labor de socialización, si ha de cumplirse, debe ser asignada a determinadas personas cuyas responsabilidades y derechos con respecto al niño están claramente definidas, y que están motivadas por distintos mecanismos sociales para la ejecución de las tareas apropiadas. Esta asignación, esta arbitraria vinculación del niño con personas que ya poseen un *status* en la estructura social, concede inmediatamente al niño un carácter de miembro de la sociedad y un lugar específico en el sistema de *status*. Los *status* que recibe en esta época, algunos temporarios y otros permanentes, son *status* adscritos, porque el niño no los ha logrado por sí mismo, como es evidente.

Estos *status* iniciales, por ser adscritos en el nacimiento, se confieren, por supuesto, precisamente en el momento en que la sociedad sabe menos acerca de las potencialidades del individuo en cuestión. En verdad, la materia prima humana parece desalentadoramente homogénea, en tanto que los *status* que constituyen la estructura social están altamente diferenciados. Si bien existen, indudablemente, diferencias de capacidad entre los niños, dichas diferen-

[5] Partes de este apartado han sido tomadas casi literalmente de KINGSLEY DAVIS, "The Child and the Social Structure", *Journal of Educational Sociology*, vol. XIV, diciembre de 1940, págs. 217-229.

Escaneado con CamScanner

cias se mantienen ocultas y solo las revela el proceso subsiguiente de socialización que, a su vez, exige que primero el niño sea ubicado. De ello se sigue que la ubicación del niño es arbitraria, que no depende por cierto de un puro accidente, pero sí por lo menos, de una regla social ciega. Y no atenúa en nada este hecho la comprensión de que los *status* así adscritos, precisamente porque son los primeros, tienden a ser los más importantes en la vida del individuo. Ellos determinan y limitan el alcance de los *status* que posteriormente puede lograr o tratar de lograr.

Por ciega y arbitraria que pueda ser la adscripción de *status* desde el punto de vista de la capacidad innata, ello no obstante, se la ejecuta de acuerdo con cierto orden inconsciente, un orden que varía de una sociedad a otra y que, sin embargo, tiene en todas una uniformidad subyacente. El fundamento racional del proceso puede advertirse formulando esta pregunta: ¿Qué hay en el niño que una sociedad *pueda* utilizar como base para la asignación arbitraria de *status*? El niño recién nacido es tan indiferenciado, tan inescrutable, en cuanto a sus futuras capacidades, que uno se pregunta qué toma o *puede* tomar una sociedad como base para una inmediata adscripción de *status*. La respuesta es que en verdad existe muy poco que sirva para tal fin. Lo poco que hay puede reducirse a cuatro categorías: sexo, edad, relación de edades y parentesco. Analicemos cada una de ellas.

SEXO

El sexo del niño es un hecho fisiológico definido, altamente visible, que aparece en el nacimiento y se mantiene constante durante toda la vida. Proporciona una dicotomía universalmente aplicada para dividir a todos los individuos en dos clases permanentes: varón y mujer. Denota también, por parte de cada clase, un sistema diferencial pero complementario de características y procesos biológicos que durante un largo período de la vida de la persona se vincularán con las funciones reproductoras. El sistema biológico, además, se caracteriza por la peculiar fisiología reproductiva de los primates, antes mencionada, que conduce a un continuo interés sexual y a complicados condicionamientos sexuales, y que alberga un impulso libidinoso de tremenda significación en las motivaciones humanas. La diferencia de sexos es, por consiguiente, una base muy conveniente, no del todo fortuita, para la adscripción de *status* para toda la vida. Es por ello que en toda sociedad no solo se la utiliza para asignar *status* definidos sino, también, para conceder monopolios sobre los *status* adquiridos, lo cual significa, en efecto, que muchas posiciones en otro sentido adquiridas son al mismo tiempo adscritas según el sexo.

Escaneado con CamScanner

Dada esta adscripción funcional sobre la base del sexo, parece inevitable que se realice también una adscripción evaluativa, en la que un sexo reciba más prestigio que el otro. La posición social, como hemos visto, solo muy pocas veces es mero asunto de actividades prescritas. Por lo general, se trata también de una cuestión de juicio discriminatorio.

El gran error que se comete en la interpretación de la adscripción de *status* sobre la base del sexo (como en otros casos de adscripción) consiste en suponer que la conducta adscrita surge de las cualidades biológicas de los grupos en cuestión. En muchas sociedades, la división masculino-femenina de los *status* se racionaliza en términos de los supuestos rasgos inherentes de hombres y mujeres. En la cultura occidental, por ejemplo, las mujeres fueron consideradas durante mucho tiempo como naturalmente más estúpidas, delicadas, emocionales, intuitivas, religiosas y monógamas que los hombres. Esta noción justificaba la exclusión de las mujeres de la educación superior y de las ocupaciones mejores, su exclusión de ciertos derechos de propiedad, su sometimiento a la doble norma de moralidad y su subordinación a los hombres en general. La psicología habló otrora de "instintos" masculinos y femeninos.

Estas ideas contienen una pizca de verdad, ya que la división de *status* está relacionada con las diferentes funciones de los dos sexos en la reproducción. Pero van demasiado lejos cuando suponen que cada sexo posee atributos biológicos que explican directamente la conducta adscrita a ellos. El error de semejante suposición puede demostrarse con dos hechos: primero, que las diferencias genéticas entre hombres y mujeres no son tan grandes como para explicar las diferencias sociales que existen entre ellos; segundo, que las propias diferencias sociales no son fijas, sino que cambian de sociedad en sociedad, y de una época a otra. Cuando se entienden estos hechos resulta evidente que el sexo, en muchos sentidos, no es otra cosa que un recurso arbitrario, un pretexto conveniente para la adscripción de *status*, y que se lo utiliza en la organización social simplemente porque es evidente en el momento de nacer y se mantiene constante durante toda la vida.

A pesar de las evidentes diferencias fisiológicas resulta fácil exagerar la disparidad hereditaria entre hombres y mujeres. La herencia de la mujer, en fin de cuentas, es igual a la del hombre en 46 de los 48 cromosomas, y es motivo de discusiones el efecto que puede producir el cromosoma "X" de más que tiene la mujer.[6] Por sobre todo, resulta fácil exagerar la cantidad de diferencias físicas que existen entre ambos y que podrían determinar de alguna manera la conducta social. Solo parece haber dos: la menor fuerza física

[6] Para un excelente resumen popular de los conocimientos recientes sobre las diferencias sexuales, véase AMRAM SCHEINFELD, *Women and Men*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1943.

Escaneado con CamScanner

de la mujer y su especialización corporal para la reproducción. En materia de fuerza física existen considerables superposiciones, pero el hombre medio puede vencer en ese sentido a la mujer media; quizás sea éste un factor integrante de la preponderancia general del dominio masculino en las sociedades humanas y antropoides. Y sin embargo, la sociedad humana ha sido institucionalizada desde hace mucho tiempo hasta un punto en que los individuos no obtienen su *status* simplemente en virtud de la fuerza física. El presidente de Estados Unidos no es invariablemente un campeón de pugilismo. Además, la subordinación institucional de las mujeres parece en algunos casos más completa de lo que podría resultar por el puro dominio físico. El vendaje de los pies de las mujeres en la antigua China o la reclusión de las mujeres en la India se hacían de acuerdo con prescripciones morales, y no por coerción física. Aún más, las partes interesadas no consideraban que estas prácticas constituyesen una "subordinación". Ellas no entrañaban, necesariamente, un conflicto de voluntades como el que presupone el combate físico. Lo demuestra el hecho de que las mujeres son, con frecuencia, las más firmes defensoras de las mismas costumbres que los "liberales" consideran "esclavizadoras" para ellas. Es un error, pues, pensar que la persona dependiente siempre se resiente ante una posición de dependencia. Las mujeres a las cuales se les vendaban los pies en la China o se las encerraba en la *zenana* en la India, no se sentían "esclavizadas". Por el contrario, se sentían orgullosas de su situación porque tanto el vendaje de los pies como el *purdah* se consideraban señales de una posición de clase superior.

También hay que recordar que la autoridad formal no siempre significa dominio real. En la medida en que las mujeres poseen cualidades que los hombres desean y por las cuales compiten, dichas cualidades pueden procurarles ventajas a pesar de su posición social. En verdad, resulta sorprendente advertir lo mucho que pueden lograr frente al dominio físico e institucional de los hombres. Lo consiguen gracias a una astuta manipulación de los hombres, a través de los cuales controlan a menudo la organización que se supone controlada por ellos. Catalina la Grande no fue la única amante que dirigió un imperio, ni Helena la única mujer que provocó una guerra.

El secreto de la debilidad física de la mujer y de su asignación habitual de *status* estriba en su función de dar hijos a luz. Obligada a llevar el embrión parásito en su cuerpo durante un tiempo prolongado y a alimentar a los niños indefensos durante un período posterior, se ve limitada en cuanto a lo que puede hacer. Como en la mayoría de las especies de mamíferos, su cuerpo está especializado en cierta medida para la reproducción, en tanto que el hombre, con su fuerza más rápidamente utilizable pero con un lapso de vida más reducido, se especializa en la lucha. No es de extrañar,

Escaneado con CamScanner

pues, que las tareas comúnmente relacionadas con la femineidad sean las más compatibles con la reproducción. El cuidado de la casa, la cocina, la huerta, la costura, la alfarería, etc., concuerdan con las funciones de dar a luz y criar a los hijos. La caza, la pesca, el combate, el cuidado del ganado —en especial si exigen largos viajes y un gran esfuerzo físico—, no son tan compatibles y tienden a ser asignados a los hombres.

Para explicar una división del trabajo tan reiterada, pero en modo alguno universal, no es necesario suponer que los hombres y las mujeres poseen características hereditarias que se expresan directamente en la conducta social. Es posible que existan diferencias sexuales en la personalidad y la mentalidad; ello es asunto de discusión y de investigación. Pero si existen, ellas son tan leves que la organización social no tiene por qué adaptarse a ellas, y en rigor su importancia para la organización social es de todos modos cuestionable. El hecho de que las ocupaciones de las mujeres sean con más frecuencia aquellas que pueden efectuarse en el hogar o en sus proximidades no significa que las mujeres tengan un "instinto hogareño". Significa, simplemente, que se favorece la eficiencia social asignando a las mujeres ocupaciones que no obstaculicen su función de dar a luz. Nadie hereda biológicamente una posición social. Parece plausible, entonces, considerar la función reproductora de la mujer, antes que sus supuestos rasgos de personalidad, como la clave de su asignación de *status*. Se le confieren los tipos de tareas que concuerdan con esa función, y no los que concuerdan con su "personalidad femenina". La femineidad se define por el *status* adscrito, y no a la inversa. Muy pocas veces se llevará a las mujeres a los ejércitos, como personal regular de combate; muy pocas veces se les darán ocupaciones que las alejen de su hogar durante períodos prolongados; muy pocas veces se les encargarán tareas violentas que exijan esfuerzos físicos, el riesgo de daños corporales y pura fuerza física. Más bien se les asignarán tareas que les permitan permanecer cerca del hogar, que no obstaculicen seriamente el embarazo, que exijan una resistencia rutinaria antes que un esfuerzo repentino, y que se relacionen más estrechamente con el cuidado de los niños. (En la actualidad, en Estados Unidos, algunas mujeres ejercen la medicina, pero en general se especializan en obstetricia o en enfermedades infantiles.) Por este motivo, el trabajo femenino es más uniforme y más circunscrito, en una sociedad y otra, que el de los hombres.

Pero en la práctica, la división del trabajo no es nunca exactamente igual en dos culturas cualesquiera. En algunas culturas, los hombres construyen las casas; en otras, lo hacen las mujeres. En algunos casos, los hombres cocinan los animales muertos; en otros, los cocinan las mujeres. En algunas tribus, los hombres sirven como

Escaneado con CamScanner

magos; en otras, las mujeres. El único hecho universal es que en todas partes existe la especialización sobre la base del sexo, y que esta especialización tiende a ser compatible con la función de dar a luz y con el cuidado de los niños por parte de las mujeres. La siguiente descripción del pueblo de los lesu, en los mares del Sur, es bastante típica:

> Los hombres tienen un tipo de trabajo y las mujeres otro, y una tercera clase de tareas puede ser realizada por cualquiera de ellos o en forma conjunta [...]. Los hombres son los que cumplen la extenuante labor de desmontar el denso terreno de la selva, y las mujeres vienen luego y plantan en dicho terreno. Las mujeres cocinan, en tanto que los hombres traen la leña y encienden el fuego. Incluso en la función de cocinar existe una división, porque los hombres preparan los animales que serán horneados, en tanto que la cocina de las mujeres se limita a las partes vegetales de las comidas: taro y ñame. Los hombres se internan en el mar con las redes y lanzas para pescar, en tanto que las mujeres se conforman con recoger cangrejos en el arrecife. Las mujeres alimentan a los cerdos, acarrean el agua y mantienen limpia la casa, mientras que los hombres se internan en el monte y cazan cerdos salvajes. Los hombres construyen las casas y las mantienen en buen estado, pero las mujeres acarrean los bultos pesados sobre sus espaldas. Existen ocupaciones conjuntas, tales como el cuidado de los hijos, la magia y pequeñas tareas de detalle, como el tejido de cestas. La talla y la mayoría de los objetos de la cultura material son realizados por los hombres [...].
>
> En las ocupaciones principales, esta demarcación es rígida. Ninguna mujer sale jamás a pescar, ni hombre alguno jamás recoge el taro. Pero en algunas de las tareas menos importantes puede haber excepciones. Si una mujer está muy fatigada, es posible que su esposo baje hasta la playa y llene de agua, en lugar de ella, los tallos huecos de bambú. Esto se daba por sentado, y cuando en varias oportunidades lo presencié, no hubo ridículo.[7]

En nuestra propia cultura, los *status* particulares asignados a las mujeres han cambiado en gran medida, pero el hecho de la división del trabajo entre los sexos sigue existiendo entre nosotros. En la actualidad, en la esfera de las ocupaciones, lo que ocurre no es tanto que las mujeres estén categóricamente excluidas (aunque así sucede en las minas de carbón, en las obras de estructuras de acero, en la excavación de túneles submarinos, etc.), como que se encuentran en inferioridad de condiciones para la competición (por ejemplo, en medicina, abogacía, enseñanza universitaria) y deben aceptar salarios más bajos y menos prestigio por la misma proporción de trabajo. En otras palabras, los *status* que se les adscriben limitan su consecución de *status* adquiridos. Parece dudoso que la adscripción de *status* de acuerdo con el sexo desaparezca alguna vez de la sociedad, o que algún género particular de división por sexos persista eternamente.

[7] Tomado de *Life in Lesu*, por HORTENSE POWDERMAKER, por autorización de W. W. Norton & Company, Inc.

Escaneado con CamScanner

EDAD

Entre las diversas bases para la adscripción de *status,* la edad ocupa un lugar especial. Como el sexo, constituye un hecho fisiológico definido, altamente visible, evidente desde el nacimiento. La edad cero del niño no lo distingue de otros infantes, pero lo separa de las personas de mayor edad. Mas a diferencia del sexo, la edad es una condición en continuo cambio; por lo tanto, no puede producir *status* permanente que dure toda la vida. Cada individuo, si se conserva con vida, debe eventualmente abandonar toda categoría dada. La única forma en que la edad puede conceder un *status* permanente es la que se manifiesta en términos de una *relación de edades* entre personas determinadas (por ejemplo, entre padre e hijo, entre hermano mayor y hermano menor, entre miembro más antiguo y miembro más reciente), en cuyo caso lo que permanece fijo es el intervalo de tiempo entre las partes y no la edad misma. La característica de la variabilidad hace que la edad sea totalmente impráctica como base para la casta y, en contraste con la diferenciación de raza o sexo, reduce al mínimo el desarrollo de una personalidad característica en cada peldaño de la escala.

Además, a no ser en términos de una relación de edades, la edad no es una dicotomía, sino un continuo que puede proporcionar una base para distintos *status,* antes que para dos *status* generales. Se trata de un continuo con gradaciones infinitamente pequeñas, pero si se establecen demasiadas distinciones dentro del mismo, la edad pierde su carácter de alta visibilidad (ya que las pequeñas diferencias de edad cronológica son difíciles de descubrir) y su carácter de significación social intrínseca (porque solo en términos de amplias escalas de edad puede existir una conexión intrínseca entre la condición física y la condición social relacionada con la edad). Por lo tanto, en general solo existen unos pocos *status* de edad —fijos en la cultura, pero no permanentes para la persona— por los cuales, si continúa con vida, pasa todo individuo. Habitualmente, estas etapas tienen que ser caracterizadas por manifestaciones definidas tales como las de infancia, niñez, pubertad, madurez y ancianidad. Pero por más ampliamente que se las conciba, las etapas se superponen y la clasificación se torna arbitraria. La mayoría de los *status* de edad que pretenden basarse en la fisiología dependen, en realidad —en grado igual o mayor—, de acontecimientos y actitudes sociales que, en el mejor de los casos, solo tienen una correlación aproximada con la edad real.

Existen con frecuencia varias series especializadas de posiciones que se asignan en cierta medida sobre la base de la edad, pero que solo entrañan la participación de grupos limitados. Algunas de ellas, incluso muchas carreras ocupacionales de la sociedad moderna, conducen, a través de escalas de edad bien establecidas, hacia cierta

Escaneado con CamScanner

dirección determinada, como por ejemplo, un salario mayor y una mayor responsabilidad. Más abundantes en las sociedades complejas, en estas secuencias la edad no tiene tanta importancia como en los casos de *status* de edad más generalizados, porque la adquisición desempeña un papel mayor en el logro de cada uno de los rangos. En una empresa comercial burocratizada, por ejemplo, se asciende generalmente a un hombre de acuerdo con su antigüedad; pero una persona que está muy por debajo del promedio en materia de capacidad puede no recibir ascenso alguno, en tanto que la que está muy por encima del promedio puede avanzar con rapidez mucho mayor que la habitual. Del mismo modo, las universidades eligen como presidente, por lo general, a un hombre que tiene tras de sí una larga y distinguida carrera, pero a veces eligen a una persona más joven y de talento extraordinario con la esperanza de que su ímpetu juvenil compense con creces los errores de juicio que pueda cometer.

La mención de estas series especializadas de edades nos vuelve a llevar a nuestro problema primitivo, porque al comienzo de la vida de un individuo no existen pruebas intrínsecas con respecto de la series que deberá atravesar. Los *status* iniciales que se le adscriben se basan todos en características tales como el sexo, la relación de edades y el parentesco, que son arbitrarios en lo que respecta a las potencialidades reales del individuo en cuestión. El tipo de *status* de edad comprendido en el principio de la antigüedad, tal como se lo advierte en el trabajo organizado, en los establecimientos comerciales y en las instituciones gubernamentales, significa que el individuo ya ha elegido un tipo de lineamiento para su carrera y que, al permanecer en el puesto, ha adquirido por lo menos una aptitud mínima. Pero los *status* asignados en el momento del nacimiento son puramente adscritos; el elemento de elección y el elemento de experiencia no intervienen para nada. La edad cero del niño se toma como punto de referencia, simplemente porque se trata de un hecho físico evidente, de gran significación social. En edades posteriores, al igual que otros *status* adscritos asignados en épocas posteriores de la vida, los *status* de edad comienzan a tener un contenido más definido y una mayor diversificación. En otras palabras, los *status* adscritos al individuo desarrollado tienen en sí, inevitablemente, un elemento de experiencia y quizás de adquisición que no pueden poseer los *status* adscritos en el momento del nacimiento.

Todas las sociedades reconocen la edad como una base para el *status,* pero algunas de ellas la acentúan más que otras. Es bien sabido, por ejemplo, que en las antigua cultura de la China y el Japón muchas cosas dependían de la edad de la persona, en tanto que en la moderna sociedad de Occidente son muchas menos las que dependen de ella.

Escaneado con CamScanner

Muchas generaciones de niños chinos fueron educadas sobre la base de *Los veinticuatro ejemplos de piedad filial.* Wu Mang, que se dejó devorar por los mosquitos a fin de alejarlos de sus padres; Lao Laitze, que a la edad de sesenta años se vistió con las ropas de vivos colores de su infancia y jugó con juguetes para alegrar a sus padres; Wang Hsiang, que durante el verano abanicaba la cama de su padre y en el invierno la calentaba con su cuerpo, y veintiún otros personajes igualmente filiales aparecen en este libro como modelos dignos de ser imitados.[8]

Compárese la siguiente actitud de las mujeres japonesas a fines del siglo XIX con la que es dable hallar en las mujeres estadounidenses de la actualidad:

Ninguna mujer japonesa se avergüenza de mostrar que está envejeciendo, pero todas se esfuerzan por lograr que hasta el último detalle de la vestimenta y el peinado exhiba la edad de la que los usa. La niña es ataviada con los colores más vivos y los dibujos más amplios, y tiene el aspecto de una alegre mariposa o de un ave tropical. A medida que crece, los colores se tornan más sosegados, los dibujos más pequeños, los rayas más delgadas, hasta que en la vejez se convierte en una mariposita gris o en un gorrión de colores apagados. Para el ojo del conocedor, la edad de la mujer puede adivinarse con considerable exactitud gracias a los distintos pequeños detalles de su atavío, y a ninguna mujer le interesa parecer más joven de lo que en realidad es, ni vacila en decir, con absoluta franqueza, el número de años que han pasado por sobre su cabeza.[9]

El *status* de edad se exhibiría en su forma más pura si no estuviese limitado por ninguna otra base de *status.* Pero en realidad, está siempre limitado por el *status* sexual, ya que en todas las culturas conocidas los hombres y las mujeres de la misma edad son tratados en forma distinta. Tiende, también, a ser limitado por el *status* de parentesco. En los casos chino y japonés estaba claramente relacionado con el parentesco porque se acentuaba en la piedad filial, en especial en el vínculo padre-hijo. En algunas tribus primitivas, sin embargo, todos los que tienen más o menos la misma edad y sexo se consideran como pertenecientes a cierto grupo social organizado, fenómeno que los antropólogos sociales denominan clasificación por edades.

Entre los masai (pueblo africano), por ejemplo, todo varón pasaba a través de tres etapas reconocidas: muchacho, guerrero y anciano. El *status* de muchacho se perdía al pasar por el rito de pubertad (circuncisión). Durante su iniciación mientras se curaba la herida se lo consideraba como un neófito ("recluso"), y en los dos años posteriores, como aprendiz ("afeitado"). Luego, hasta la edad de 28 ó 30 años, figuraba como guerrero hecho y derecho, el

8 Olga Lang, *Chinese Family and Society,* New Haven, Yale University Press, 1946, págs. 24-25.

9 Alice Mabel Bacon, *Japanese Girls and Women,* Boston, Houghton Mifflin, 1891, págs. 119-120.

Escaneado con CamScanner

status más codiciado en la tribu. Durante la etapa de soltero-guerrero, los jóvenes vivían juntos en un *Kraal* separado con lo cual quedaban espacialmente apartados del resto de la comunidad. Pero con ellos vivían sus mancebas, las muchachas inmaduras. Cada guerrero tenía su amante favorita que cuidaba de su ganado y le hacía sus adornos personales, pero que jamás era la muchacha que le había sido prometida en su infancia. Por último, aproximadamente a los treinta años, cada uno de los hombres se establecía en una habitación separada, tomando a su novia como esposa, siempre que ésta, entre tanto, no hubiese sufrido la desgracia del embarazo. Entonces, adquiria el *status* de anciano, hasta su muerte.

Las mujeres masai pasaban por una serie de *status* de edad aproximadamente correspondientes. Como equivalente de la circuncisión de los jóvenes, sufrían la clitoridectomía después de la primera menstruación, y se las consideraba como novicias hasta que la herida curaba. Después de ello adquirían un nuevo *status* que incluía el matrimonio y que duraba hasta la menopausia. Con la menopausia se entraba en otro *status* de edad, que duraba hasta que el cabello de la mujer encanecía. Los diferentes *status* de edad se vinculaban con costumbres distintivas. Las personas no relacionadas entre sí se dirigían la una a la otra por medio de términos que significaban sus respectivos *status* de edad. Las mujeres casadas se distinguían gracias a collares de hierro, aretes de hierro y vestiduras largas. Los guerreros solteros llevaban la espada, la lanza, la porrra y un escudo distintivo de su rango, usaban una vestimenta especial, se mantenían con una dieta de carne, leche y sangre, se abstenían de la ingestión de bebidas embriagantes y vivían en una unión especial. Entre los ancianos, los de edad suficiente como para tener hijos circuncisos gozaban del privilegio de usar un tipo especial de arete.

La utilización de la edad como principio organizador no se detenía allí, sin embargo, porque los masai poseían algo que correspondía en mayor o menor medida al fenómeno del "espíritu de clase" que existe en las universidades estadounidenses privadas. Las circuncisiones no se llevaban a cabo con regularidad, sino que ocurrían solo durante cuatrienios alternados. Los individuos circuncidados durante un cuatrienio eran considerados de circuncisión "diestra", en tanto que los circuncidados durante el cuatrienio subsiguiente (más o menos ocho años después), pertenecían a la clasificación "siniestra". Una clase de edades diestra y la siniestra inmediatamente posterior constituían, juntas, "una generación". En cuanto un grupo circunciso se había recobrado de la experiencia, trataba de obtener un nombre propio, un diseño distintivo para sus escudos y un *Kraal* separado. Pero en cuanto los novicios intentaban tal cosa, los guerreros más antiguos caían sobre ellos. Entonces, se producía una lucha, y si los guerreros de más edad obtenían la victoria, el establecimiento del nuevo grupo llevaba más tiempo.

Escaneado con CamScanner

Cuando todos los miembros de la clase de mayor edad se habían casado y abandonado el *Kraal* de los solteros, adoptaban colectivamente el rango de anciano, dejando a sus sucesores en posesión exclusiva del *status* de guerrero. A todo lo largo de su vida posterior se mantenían estrechamente juntos. Las costumbres de los masai acentuaban la solidaridad de la clase de edades. Por ejemplo. las muchachas inciadas durante determinado cuatrienio eran consideradas pertenecientes a la clase de edad de los jóvenes circuncidados durante ese periodo; por consiguiente, los jóvenes de esa clase podían tener relaciones sexuales libres con ellas, en tanto que les estaba prohibido mantenerlas con una mujer de la clase del padre. Un visitante de otro distrito entraba inmediatamente en el *Kraal* de un coetáneo, quien se retiraba de la choza dejando que su invitado durmiese con su mujer; no existía alternativa en ese sentido, porque un anfitrión que no cumplía con esta costumbre era objeto de la maldición de sus coetáneos. Una esposa maltratada por su marido podía buscar refugio junto a alguno de los coetáneos de éste. Una viuda o divorciada podía alternar con los compañeros de clase de su esposo, pero con ningún otro.[10]

En general, una sociedad reconoce por lo menos cuatro periodos de edades: infancia, niñez, madurez y vejez. Muchas sociedades tienen, además, dos periodos peculiares de edades, a los cuales asignan importancia: los que aún no han nacido y los muertos. Es posible creer que quienes aún no han nacido sean espíritus de los antepasados fallecidos. Los australianos primitivos, por ejemplo, consideraban que estos espíritus moraban en el pozo de agua totémico del clan y que si uno de ellos penetraba en las entrañas de una mujer nacía más tarde como miembro del clan. Los hindúes piensan de modo vago, que los aún no nacidos son los espíritus de animales o personas que vivieron en encarnaciones anteriores. A veces, los niños no nacidos son prometidos a otros niños no nacidos, de acuerdo con alguna pauta que se sigue para concertar los matrimonios.

La transición del *status* del no nacido al de persona viva está señalada por las ceremonias y tabúes que rodean el acto del nacimiento. Entre los chinos y los griegos, así como en muchos otros pueblos, no se consideraba al niño como miembro de la sociedad hasta que el padre lo hubiera reconocido ceremonialmente. Antes de ese momento podía ser muerto (infanticidio), con muy pocos escrúpulos de conciencia, si las circunstancias así lo exigían.

10 Este relato del sistema de clasificación por edades de los masai ha sido tomado de ROBERT H. LOWIE, *Primitive Society,* Nueva York, Liveright, 1920, págs. 50-51, 270-275. LOWIE tomó su material de las obras de HOLLIS y MERKER, a las cuales se refiere. La clasificación por edades tiene un uso destacado en las sociedades africanas y ha figurado en los asuntos militares tribales. CF. I. SCHAPERA, *A Handbook of Tswana Law and Custom,* Londres, Oxford University Press, 1938, págs. 28-30, 185-187.

Escaneado con CamScanner

La transición de la infancia a la niñez es suave y pocas veces se la subraya en términos sociales, pero el cambio de la niñez a la edad adulta está señalado por modificaciones fisiológicas bastante rápidas y evidentes, y por un cambio de una actitud de absorción de cultura a una de participación activa en ella. Por lo tanto, este cambio se reconoce de manera amplia en las ceremonias, las costumbres y las leyes. Un reconocimiento extremo está representado por los llamados ritos de pubertad (como se ha visto en el caso de los masai), por medio de los cuales todo el *status* de la persona se modifica durante un periodo relativamente breve pero dramático de observaciones rituales. En muchos casos, el matrimonio sigue casi inmediatamente después de este cambio, con lo que aumenta la importancia social de la transición. En otros casos, como ocurre entre los masai y en la mayoría de las sociedades civilizadas, el casamiento viene más tarde, cosa que engendra un periodo breve y a menudo lleno de conflictos, de celibato en la edad adulta. La sociedad moderna impone una gran tensión a la transición de la niñez a la edad aulta, y ello por cuatro motivos. Primero, la cultura es tan compleja que el periodo de aprendizaje y dependencia se prolonga mucho más allá del de maduración fisiológica, a menudo hasta llegar hasta la edad mediana. En segundo término, el reconocimiento de la competencia social no llega de golpe en todas las esferas de la actividad, sino que aparece en forma inconexa y parcial. La edad en que una persona joven puede casarse, por ejemplo, es por lo general anterior a la edad en que puede votar; la edad en que puede celebrar contratos legales es a menudo diferente de la edad en que puede ocupar un empleo o terminar su educación. En tercer lugar, la emancipación con respecto de la autoridad paterna no está señalada por una serie de etapas universalmente reconocidas y públicamente expresada, sino que es una cuestión de definición privada en cada familia. A causa de ello existe con frecuencia competición y conflicto; los padres tratan de aferrarse a su autoridad en bien de los hijos, y éstos intentan liberarse del dominio paterno aferrándose, sin embargo, a las ventajas —financieras y de otro género— que los padres todavía pueden ofrecerles. En cuarto término, el intervalo entre la madurez sexual y el matrimonio es prolongado, pero se hacen tentativas para impedir las relaciones sexuales premaritales. En Irlanda, Suecia e Inglaterra, por ejemplo, la edad promedio para el matrimonio se ubica alrededor de los treinta años, es decir unos quince años después de la pubertad. La prolongación del estado de soltería y la desaprobación de las relaciones premaritales introducen un elemento de tensión sexual que complica una situación en otro sentido difícil. En conjunto, entonces, el denominado periodo de adolescencia en nuestra sociedad se define como un problema impor-

Escaneado con CamScanner

tante, en tanto que en otras sociedades no constituye problema alguno.[11]

El paso de la edad adulta a la vejez es tan imperceptible y tan variable de un individuo a otro, que pocas veces recibe un reconocimiento social explícito. Las menopausia en las mujeres y la potencia sexual —gradualmente decreciente en los hombres— llegan por lo general varios años o aun décadas antes de que se pierda el vigor físico. Ello no obstante, hay sociedades en las cuales la transición al *status* de la ancianidad es definida y el *status* mismo se distingue socialmente. En Japón, la costumbre exigía que el padre entregara sus poderes formalmente a su hijo y después de ello entrase en un periodo de retiro voluntario. Muchas universidades estadounidenses han adoptado la costumbre del retiro obligatorio a una edad determinada. La arbitrariedad de estas definiciones sociales puede advertirse por el hecho de que algunos hombres son seniles mucho antes de su retiro, y otros siguen siendo mentalmente vigorosos mucho después. En algunos pueblos, los ancianos son obligados a trabajar con intensidad, se los deja de estimar y se los descuida. En casos extremos son sencillamente abandonados y, por lo tanto, mueren (aunque, como ocurre entre los esquimales, esto no es necesariamente un signo de irrespetuosidad). En los casos ubicados en el extremo opuesto, como ocurre en la China, los ancianos son objeto de una veneración y una deferencia que los coloca en una posición muy elevada.

En culturas establecidas en las cuales se llevan a cabo actividades sedentarias, antes que guerreras o de rapiña, existe la tendencia a que el poder y el prestigio del individuo aumenten con la edad. El joven, a pesar de su mayor capacidad mental y física, se ve obligado a someterse a personas cuyas capacidades orgánicas son menores que las suyas. En virtud de haber ocupado una posición en un periodo temprano de su vida, estas últimas pueden continuar reteniéndolas más tarde, y gracias a ello adquirir otras posiciones de mayor influencia. Más aún, debido al carácter ininterrumpido del proceso educativo en una cultura compleja, están en cierto sentido mejor calificados para ocupar posiciones de responsabilidad. Pero su calificación se adquiere socialmente y no corresponde a una maduración biológica. Se basa en el conocimiento y en la experiencia, ambos necesarios para acertadas decisiones políticas y administrativas. De tal modo, en cierto sentido (en el sentido físico) la

11 Para mayor análisis del *status* del adolescente en nuestra sociedad, véase KINGSLEY DAVIS, "The Sociology of Parent-Youth Conflict", en *American Sociological Review,* vol. 5, agosto de 1940, págs. 523-525; y "Adolescence and the Social Structure", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science,* vol. CCXXX, noviembre de 1944, págs. 8-16. En estos artículos se encontrarán citas referentes a otros trabajos. Véase también el capítulo VIII de este volumen.

Escaneado con CamScanner

comunidad no utiliza a sus grandes hombres hasta que han pasado ya la flor de su edad; pero en otro sentido (el sentido social) los utiliza en el apogeo de su grandeza, en lo que se podría denominar su madurez administrativa o sociológica. Por lo tanto, el principio de la antigüedad no es un accidente. Frecuentemente, se afirma que los ancianos se aferran a sus posiciones como a otros tantos intereses creados y que ello explica la subordinación de los jóvenes a los de mayor edad. El hecho de que las personas maduras tratan de aferrarse a su poder es en general cierto, pero la circunstancia de que deseen hacerlo no explica que *puedan hacerlo.* Se encuentran en condiciones de aferrarse a su poder porque tienen cierto tipo de superioridad, una superioridad desarrollada y fortalecida por la adscripción del *status* sobre la base de la edad en una sociedad organizada, pero superioridad al fin.

Como los vivos descienden física y socialmente de los muertos, y como también ellos se encontrarán muy pronto entre los muertos, existe una tendencia inevitable a conceder a estos últimos un *status* en la sociedad. En la sociedad occidental, los muertos son recordados principalmente con respecto a las consecuciones que lograron mientras vivían. Por lo tanto, su *status* es, en gran medida, adquirido. Pero en otras sociedades se les concede en la muerte un *status* que depende simplemente del hecho de estar muertos. Esto rige en las civilizaciones en donde se practica el culto a los antepasados y donde se cree que los muertos revolotean por las cercanías y tienen un interés permanente en los asuntos humanos.

> De tal modo, un clan tanala tiene dos secciones igualmente reales para sus miembros: los vivos y los muertos. A pesar de las tentativas más bien tibias, por parte de los vivos, de explicar a los muertos que ya están muertos y de impedir que regresen, ellos siguen siendo parte integral del clan. Es preciso informarles de todos los acontecimientos importantes, invitarlos a todas las ceremonias del clan y recordarlos en todas las comidas. En compensación, ellos permiten que se les consulte, toman un interés activo y beneficioso en los asuntos de la comunidad y actúan como guardianes altamente eficaces de las costumbres del grupo. Llevan a su nuevo *status* el conservadorismo característico de los ancianos, y su presencia invisible y su constante vigilancia son más importantes que ninguna otra cosa para asegurar la buena conducta de los vivos y para desalentar las innovaciones.[12]

PARENTESCO

Además del sexo y de la edad, existe otra característica del niño pequeño que puede utilizarse para concederle un *status* inicial: es el parentesco, la relación con sus padres y hermanos. La forma más sencilla de adscripción sobre esta base es la identificación del

12 LINTON, *op. cit.*, págs. 121-122.

Escaneado con CamScanner

status del infante en la comunidad con el de sus padres. Aún más que en los casos antes mencionados, esta adscripción es altamente arbitraria. No existe una relación necesaria entre la capacidad de los padres y la de los hijos. Padres brillantes pueden tener hijos estúpidos, y viceversa. La identidad socialmente adscrita entre padre e hijo es, por lo tanto, más completa de lo que justificaría la genética de la herencia. Por consiguiente, la tendencia universal a adscribir el *status* sobre la base de esta identidad no puede explicarse en términos del hecho biológico, como a veces han tratado de hacerlo los apologistas de la rigidez de clases. Es preciso explicarla en términos de principios sociológicos, y el primero de ellos es que se trata de algo socialmente conveniente. La familia aparece como una institución social universal en la que el niño está vinculado de manera íntima con los padres y es inicialmente socializado por ellos. En vista de esta estrecha asociación y del hecho de que los padres son responsables de sus hijos, es una cuestión de pura economía identificar el *status* del niño con ellos antes que con ningún otro. Esto es lo que se quiso significar antes, cuando se dijo que la crianza del niño exige que se le asigne un *status* desde el comienzo mismo; alguien tiene que hacerse responsable por él y, por lo tanto, es preciso que se confiera un *status* referido a él. La primera responsabilidad, y por ende la primera vinculación de *status,* se encuentra en manos de los padres.

El niño puede adquirir el *status* de los padres inmediatamente, como sucede en un sistema de castas, o más tarde, pero iniciando su adiestramiento para aquél en seguida (como en el caso de la sucesión o la herencia). Con referencia a esto último, podemos hablar del proceso denominándolo "adscripción diferida". Finalmente, el niño puede buscar posiciones adquiridas diferentes de las de los padres, pero con una ventaja o desventaja competitivas proporcionadas por sus padres (como ocurre en la ubicación ocupacional de clase abierta). Esto podemos denominarlo "adscripción fluida", entendiendo que en este caso el elemento de la adquisición ha llegado a una proporción más bien grande, pero sin desplazar por completo el elemento de la adscripción. Sea como fuere, por medio de la identificación con los padres el niño se vincula automáticamente con el resto de la sociedad y es educado de acuerdo con ello. Tan importante, en verdad, es este principio del *jus sanguinis,* que un vasto número de importantes *status* dependen de él. La adscripción de la ciudadanía, de la afiliación religiosa y de la pertenencia a la comunidad, por ejemplo, es, en muchos casos, un problema de identificación con padres que ya son ciudadanos, comulgantes y miembros. Desde un punto de vista ético, el tipo de *status* más discutido trasmitido de padres a hijos es el de la posición de clase. Es inevitable que el niño obtenga una ventaja o desventaja

Escaneado con CamScanner

según el rango de sus padres en la escala social, y en algunas sociedades su posición queda fijada para toda la vida. Este aspecto del *status* adscrito será tratado más adelante en el capítulo sobre clase y casta.

En el momento de nacer, el niño no solo adquiere algunos elementos del *status* de los padres en la sociedad más amplia, sino que adopta, también, una posición en la familia misma. Obtiene un *status* individual como hijo o hija. Como sus padres son parientes de otros individuos, su relación con los primeros define su relación con esos parientes más lejanos. De tal modo, no solo es hijo, sino también nieto, sobrino, hermano, primo, etcétera. Las sociedades humanas reconocen universalmente derechos y obligaciones concordantes con estas vinculaciones de parentesco. En algunos casos, gran parte de la vida social es gobernada por ellas. En otros, como en nuestra propia sociedad, los vínculos de parentesco extendidos han retrocedido a un segundo plano, pero las relaciones familiares inmediatas siguen teniendo importancia social. Aunque existe una gran variación en los tipos precisos de derechos y obligaciones relacionados con los *status* de parentescos, el hecho de tal vinculación es universal.

OTRAS BASES DE ADSCRIPCIÓN

El sexo, la edad y el parentesco no agotan todas las bases para la adscripción de *status.* El niño recién nacido, por ejemplo, manifiesta los estigmas físicos de su raza. Por lo tanto, es posible asignarle un *status* sobre la base de sus rasgos raciales y, de tal modo, crear en la sociedad un sistema de castas raciales. Pero como los rasgos raciales son hereditarios, esta base de adscripción es muy similar a la adscripción según el *status* de los padres. En rigor, incluso aunque se suponga una base racial, existe la tendencia a asignar la posición del niño sobre la base de la posición de sus padres. En Estados Unidos, un niño de padres "negros" suele ser definido como "negro", sin tener en cuenta el hecho de que pueda ser casi totalmente blanco en el sentido físico. Algunos de los estados del Sur definen como negra a toda persona que tenga una gota de sangre negra en sus venas. Resulta evidente que semejante definición es más sociológica que racial.

Existen, además, otras circunstancias que afectan el *status* del niño. La ilegitimidad, por ejemplo, impide la plena identificación con los padres. En algunas sociedades, los nacimientos plurales conceden a los niños así nacidos un *status* peculiar que, a veces, culmina en su muerte. La cantidad total de niños nacidos en la familia, el hecho de la adopción, el de la muerte de uno de los padres,

Escaneado con CamScanner

el divorcio: todo esto puede afectar el *status* del niño, independientemente de su voluntad. Vemos, entonces, que el llamado "accidente del nacimiento" es ubicuo y de suma importancia en la sociedad.

La adquisición del "status"

En toda sociedad, por rígida que sea, existe el conocimiento de los logros individuales y los fracasos individuales. El toma y daca de la vida cotidiana, el juego íntimo de personalidades en la situación de interacción, proporcionan un marco para la expresión irreprimible de las diferencias naturales. Las personas se valoran unas a otras con mirada aguda y experimentada, y conceden su fidelidad privada a quienes son bondadosos, capaces, talentosos y originales. El papel y la personalidad correspondiente nunca son gobernados únicamente por el *status* y la personalidad de *status,* sino que están determinados por diferencias individuales de muchas clases. De ello se sigue que la estima y el prestigio no son necesariamente sinónimos, que un sistema de *status* adscrito jamás puede mantener a todos los individuos en una situación totalmente fija. Existen siempre hombres tan astutos, tan dotados, tan enérgicos y tan arrolladoramente ambiciosos que se convierten en dirigentes a pesar de todos los obstáculos conocidos. La historia de todos los países y de todos los tiempos está salpicada de sus nombres, porque ellos son quienes hacen la historia. Son los que pueden utilizar la maquinaria institucional, sea cual fuere su forma, para controlar a otras personas, y pueden cambiar sutilmente el sistema a fin de concederse a sí mismos un lugar en él.

Pero nuestro interés no reside en el individuo excepcional, sino en el propio orden institucional. Si bien sabemos que los logros personales desempeñan siempre un papel en la interacción, no obstante debemos preguntarnos: ¿En qué medida el sistema social institucionaliza el reconocimiento del logro? ¿En qué medida proporciona un cambio ordenado y legítimo del *status,* de acuerdo con las manifestaciones de talento y esfuerzo del individuo? Si el sistema social estimula a sus miembros de esta manera, no impulsará a la persona excepcional hacia vías de acción ilegítima, sino que utilizará sus capacidades para fines sociales comunes. También utilizará a las personas que no poseen el genio necesario para superar grandes obstáculos, pero que, si se las estimula, pueden poner en práctica capacidades muy útiles que de otro modo quedarían eliminadas. Por último, al proporcionar la posibilidad de un cambio ordenado de *status,* el sistema social puede impedir la ocupación de posiciones elevadas por incompetentes que se convertirían en simples instrumentos en manos de hombres de agudo talento, pero inescrupulosos e irresponsables. No es fácil decir por qué algunas sociedades insti-

Escaneado con CamScanner

tucionalizan el *status* adquirido y otras no, pero es posible citar algunas interesantes correlaciones entre estos factores y otras características societarias. En la sociedad primitiva, el énfasis puesto sobre el *status* adquirido va acompañado en apariencia por la guerra y las ocupaciones peligrosas tales como la caza, las incursiones y la pesca en alta mar. El siguiente relato sobre la cuenta de los golpes por parte de los belicosos indios de la llanura ilustrará el punto:

> Después de la subsistencia, la guerra es la ocupación más importante de ciertas tribus de la llanura. Entre las costumbres bélicas, una de las más conocidas era la cuenta de los golpes. El hecho de entrar en contacto real con el enemigo tocándolo con algo sostenido en la mano, o con una parte de la persona, era el acto más valeroso que podía ejecutarse. Constituía una prueba de valentía, una hazaña que daba derecho, al hombre o al muchacho que la realizara, al mayor crédito.
>
> Cuando salían de caza, no era nada fuera de lo común que si los jóvenes o muchachos mataban a un animal, especialmente cuando se trataba de uno considerado peligroso, corriesen hacia él para ver quién sería el primero en tocarlo.
>
> Los cheyenne contaban tres veces los golpes contra el enemigo; es decir, tres hombres podían tocar el cuerpo y recibir el crédito correspondiente, de acuerdo con el orden en que lo hicieran. Es evidente que en la confusión de una gran lucha, como a menudo sucedía, podían producirse muchos errores, y ciertos hombres podían creerse con derecho a honores que otros consideraban propios. Por lo tanto, cuando terminaba la lucha, el grupo victorioso se reunía en círculo y encendía un fuego con boñiga de búfalo. En el suelo, junto al fuego, se colocaba una pipa y un fusil. Los distintos hombres interesados se acercaban a la fogata, y tocando primero la pipa, hablaban de sus proezas, diciendo "yo soy el primero", "el segundo" o "el tercero", según fuese el caso. Un hombre podía disputar con otro y decir: "No, yo lo golpeé primero", y entonces se discutía el asunto y se zanjaba la diferencia en ese momento.
>
> Era muy común que un grupo que volviese de la guerra entregara uno o más cueros cabelludos a un grupo de ancianos y ancianas, quienes se pintaban la cara de negro y llevaban el cuero cabelludo por toda la aldea, bailando a ratos, entonando las alabanzas de los guerreros triunfantes, haciendo discursos en su honor y regocijándose en general.[13]

En la sociedad civilizada, la tendencia al comercio, a la división extrema del trabajo, a las condiciones de vida urbana y al rápido cambio social parece correlacionarse con un énfasis sobre el *status* adquirido. Si tales características son el resultado o la causa de la prominencia del *status* adquirido, es virtualmente imposible y quizá poco importante decidirlo; pero las relaciones funcionales son fáciles de distinguir. La actividad comercial significa que la conducta económica ha conquistado cierta independencia respecto de los controles no económicos, y como se ocupa de bienes escasos nada más que como medio para obtener mayores ganancias, ofrece al individuo una oportunidad de primer orden para progresar por medio de la utilización de su capacidad innata. Una división extrema del

13 Condensado de G. Bird Grinnell, "Coup and Scalp Among the Plains Indians", en *American Anthropologist,* vol. XII, 1910, págs. 296-310.

Escaneado con CamScanner

trabajo concede una ventaja competitiva a la persona que tiene talento para su trabajo, pero es posible exagerar la importancia de este punto porque una persona adiestrada desde la infancia para cumplir las obligaciones de un *status* adscrito puede desarrollar una habilidad superior, a pesar de poseer un talento meramente común. Al concentrar una vasta población en un territorio pequeño y al mantenerse por medio de variadas empresas, la ciudad permite que los individuos sean fácilmente elegibles para determinadas posiciones, de acuerdo con sus logros manifiestos. Por último, un rápido cambio social proporciona de continuo nuevos *status* que, precisamente porque son nuevos, no pueden cubrirse por adscripción.

Es interesante no solo preguntar qué tipos de sociedades acentúan en el *status* adquirido sino, también, qué tipos de *status* son en general pasibles de estar abiertos a la adquisición. Evidentemente, no cabe esperar que los *status* que exigen la posesión de un talento extraordinario sean los primeros en quedar abiertos. Toda la educación del mundo no bastaría para convertir a una persona mediocre en un gran violinista o un gran matemático, en un gran actor o un gran escritor, en un gran pugilista o un gran corredor. Luego, cabría esperar que los *status* que dependen de la aprobación informal y espontánea del pueblo fueran predominantemente adquiridos. Por este motivo, el teatro y el campo de deportes, la tribuna y la página impresa han sido desde hace mucho tiempo los canales por medio de los cuales las personas de cuna humilde han podido ascender socialmente. Por último, se supone que quedan abiertos a la adquisición los *status* que requieren una educación prolongada y costosa, que no pueden ofrecer los recursos privados, y que, por lo tanto, necesitan de la enseñanza pública. La educación del médico o del abogado en la sociedad moderna no puede lograrse dentro de la familia. Exige grandes escuelas, con complicados recursos y cuerpos docentes formados por profesionales. Cualquiera que pueda ingresar en estas escuelas y mostrar suficientes esfuerzos y capacidad como para pasar por ellas, está en buen camino de convertirse en médico o abogado. Por lo tanto, las escuelas son vías de movilidad vertical.

La relación del status adscrito con el adquirido

Tanto la adscripción como la adquisición se encuentran en todas las culturas. Ambas, aunque opuestas en principio, tienen una función complementaria y son, por lo tanto, esenciales para la sociedad. A fin de que el niño pueda ser preparado para ocupar *status* especializados, su socialización debe iniciarse lo más temprano posible. Para ello, es preciso ubicarlo inicialmente en la estructura social. Y sin embargo, precisamente en este punto es cuando menos

se sabe a su respecto. La ubicación inicial es, pues —a pesar de su enorme importancia posterior—, una cuestión de reglas sociales arbitrarias basadas en las pocas características externas de que se dispone. Más tarde, tiene que reconocerse también las consecuciones del individuo, y no mucho después del nacimiento los logros de cada niño comienzan a distinguirlo de los demás. Estos logros, sin embargo, ya son productos parciales de los *status* que se le han adscrito al nacer, de modo que las diferencias de adquisición jamás pueden interpretarse como diferencias de capacidad inherente. Los *status* adscritos, que son los primeros que aparecen en la vida, establecen el marco dentro del cual habrá de realizarse la trasmisión de la herencia cultural. Ellos determinan los objetivos generales (por ejemplo, los *status* adultos) hacia las cuales se dirigirán la educación y las primeras personas que la llevarán a cabo. Por lo tanto, cuando conocemos el sexo, la edad, las relaciones de edad, y la clase, religión, región, comunidad y nacionalidad de los padres del niño, podemos saber bastante bien cuál será su socialización y, sin duda, cuál será su vida.

Los *status* adscritos proporcionan también un sentimiento de seguridad que jamás pueden conceder las posiciones puramente adquiridas. No toda la vida puede quedar abierta a la competencia. No es posible sentir que todas las personas son competidoras de cualquier *status* que uno ocupe. Por sobre todo, no es posible sentir que no existen límites para la pura manipulación de los medios, ni reglas y principios fijos que se encuentren más allá del poder de los ambiciosos para cambiarlos. Por lo tanto, los trabajadores, los burócratas y los profesionales se reúnen entre sí para aminorar su competición mutua. Los hombres de negocios entran en acuerdos colusorios para mantener elevados los precios. Los productores abogan por impuestos aduaneros para protegerse de la competencia extranjera. La comunidad contempla ceñudamente el divorcio fácil, los repetidos cambios de creencias religiosas, los rápidos cambios de ciudadanía, o el oportunismo franco y abierto en todas las cosas.

Por otra parte, dentro del marco de la autoridad y la seguridad establecidas por un sistema de *status* adscritos tiene que existir necesariamente cierta adquisición. El valor del *status* adquirido no solo estriba en que ubica a las personas adecuadas en el lugar adecuado, sino en que, además, estimula el esfuerzo. Las obligaciones vinculadas con los *status* son a menudo onerosas y exigentes y no pueden cumplirse si no se cuenta con un duro adiestramiento. Si no hubiese competición, existiría una inevitable tendencia a exigir las compensaciones del *status* sin un adecuado cumplimiento de sus obligaciones. La lasitud del monopolio y el estímulo de la competición son demasiados conocidos como para exigir que se los documente.

Escaneado con CamScanner

La condición habitual en la sociedad consiste, pues, en que los lineamientos más amplios del *status* se establecen por adscripción, en tanto que muchos *status* específicos quedan abiertos a la adquisición. Incluso, un *status* adscrito exige cierto grado de educación, a menos de que sea puramente pasivo. Un rey que gobierna por derecho divino debe conocer algo, sin embargo, acerca de la conducta exigida a un rey. Aun un *status* adquirido está limitado por lo general en una u otra forma, por la adscripción. El modo habitual de limitar el *status* adquirido consiste en limitar la cantidad de competidores. En cierto sentido, la presidencia de Estados Unidos constituye un cargo adquirido, ya que nadie puede llegar a ella sin pasar por el proceso competitivo de vencer en una elección. Pero la Constitución prohíbe que nadie compita para este puesto si no es un ciudadano nativo, si no tiene treinta y cinco o más años de edad, y si no ha residido por lo menos durante catorce años en el país. Además, sabemos que existen ciertas limitaciones dictadas por la costumbre, tan eficaces como si figurasen en la Constitución. Jamás ninguna mujer, ningún negro, ningún oriental, ningún judío, han sido presidentes. Es posible concebir que cualquiera de ellos pueda llegar alguna vez a ocupar el cargo, pero solo lo logrará superando grandes obstáculos. De tal modo, una abrumadora proporción de personas en Estados Unidos quedan efectivamente excluidas de la posibilidad de llegar a ser presidentes del país. Casi siempre existen tales limitaciones con respecto al *status* adquirido, de modo que puede decirse que cualquier posición social concreta es en parte adscrita y en parte adquirida. En este sentido, la adscripción y la adquisición constituyen abstracciones, pero ello no obstante son reales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

KINGSLEY DAVIS, "The Forms of Illegitimacy", *Social Forces*, vol. XVIII, octubre de 1939, págs. 77-89; "Illegitimacy and the Social Structure", en *American Journal of Sociology*, vol. 45, setiembre de 1939, págs. 215-233.

Estos artículos tratan la ilegitimidad como un STATUS *social adscrito. Delinean los tipos de ilegitimidad e intentan explicar por qué el niño ilegítimo recibe el tratamiento que se le da en la sociedad.*

JOHN F. EMBREE, *Suye Mura*, Chicago, University of Chicago Press, 1939, cap. V, "Social Classes and Associations"; cap. VI, "The Life History of the Individual".

Descripción de la estructura social en una aldea japonesa. Se describen con claridad los distintos STATUS.

GINO GERMANI, *Estudios de Psicología Social*, cap. I, México, Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Sociales.

ISACQUE GRAEBER y STEUART H. BRITT (dir.), *Jews in a Gentile World*, Nueva York, Macmillan, 1942.

La pertenencia a un grupo étnico o religioso minoritario es uno de los principales problemas del mundo moderno. Aquí, el STATUS *del judío se considera desde muchos ángulos, por expertos en distintas ramas.*

Escaneado con CamScanner

E. T. Hiller, *Social Relations and Structures,* Nueva York, Harper, 1947, parte 6, "The Structure of Society: Statuses".

Dedica 220 páginas a un análisis del status *en general y de las distintas bases del* status. *Contiene capítulos separados sobre la infancia, la juventud, la vejez, el sexo, la vocación, la profesión, el cargo y la clase como bases o tipos de* status.

Everett C. Hughes, "Dilemmas and Contradictions of Status", en American *Journal of Sociology,* vol. 50, marzo de 1945, págs. 353-359.

Un análisis bien escrito sobre situaciones que encierran status *incompatibles; por ejemplo, el médico negro frente a pacientes blancos, o la mujer ingeniera. Los matices y las sutilezas de las contradicciones de* status *se analizan con pulcritud.*

Viola Klein, *El carácter femenino,* Buenos Aires, Paidós, 1951. [Trad.]. En especial caps. I y II.

Ralph Linton, *Cultura y Personalidad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1945. [Trad.]

Ralph Linton, *The Study of Man,* Nueva York, Appleton-Century, 1936, cap. VIII, "Status and Role". [Trad. esp. citada.]

Un excelente presentación que ha tenido amplia influencia. Este capítulo debe muchísimo al análisis precursor de Linton.

Robert H. Lowie, *Primitive Society,* Nueva York, Liveright, 1920, cap. IV, "The Family"; cap. V, "Kinship Usages"; cap. VIII, "The Position of Woman"; cap. XI, "Theory of Associations"; cap. XII, "Rank".

Descripción condensada de las variedades de pautas en la sociedad primitiva, que describe tipos de posiciones determinadas por el parentesco, sexo, edad y clase. El mejor libro de Lowie, recientemente reeditado.

Margaret Mead, *Adolescencia y cultura en Samoa,* Buenos Aires, abril de 1945. [Trad.]

Margaret Mead, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies,* Nueva York, Morrow, 1935. [Trad. esp.: *Sexo y temperamento,* Buenos Aires, abril, 1947.]

Se estudiaron tres distintas comunidades primitivas para descubrir en qué forma asignan posiciones a hombres y mujeres e interpretan sus temperamentos. La doctora Mead escribe acerca de los resultados en una bella prosa y con penetrante claridad. ¿Otro observador habría visto las mismas cosas que vio ella? Una de los que lo dudan es Jessie Bernard, cuyo artículo, "Observation and Generalization in Cultural Anthropology", American Journal of Sociology, *vol. 50, enero de 1945, ataca el libro de manera implacable, pero con eficacia.*

Theodore M. Newcomb, *Social Psychology,* Nueva York, Henry Holt and Co., 1959. [Trad. en preparación citada]. Cap. IX.

J. J. Nieboer, *Slavery as an Industrial System,* La Haya, 1900.

Un estudio clásico de la institución de la esclavitud. Una buena descripción de la naturaleza y variedad de determinado tipo de status.

Amram Scheinfeld, *Women and Men,* Nueva York, Harcourt, Brace, 1943.

Un resumen popular pero exacto de lo que se conoce con respecto a las diferencias de sexo, tanto sociales como biológicas.

Georg Simmel, "Superiority and Subordination as Subject-Matter of Sociology", *American Journal of Sociology,* vol II, (1896-97), págs. 167-189, 392-415.

Probablemente, el ensayo más penetrante sobre este tema que jamás se haya escrito. Traducido del alemán.

Everett V. Stonequist, *The Marginal Man,* Nueva York, Scribners, 1937.

En el caso de grupos raciales o religiosos minoritarios existen personas —emancipadas de la religión minoritaria, o mezcladas con otras razas— que tienen un status *marginal. No son miembros completos ni de la comunidad minoritaria ni de la comunidad mayor. El libro del profesor Stonequist analiza agudamente esa situación a la luz de casos históricos; ha hecho mucho para popularizar el concepto de "hombre marginal".*

Escaneado con CamScanner

MAX WEBER, *The Theory of Social and Economic Organization,* Nueva York, Oxford University Press, 1947, cap. III, "Types of Authority"; cap. IV, "Social Stratification and Class Structure".

Análisis conceptual de tipos de autoridad, relaciones de clases, estructuras tradicionales y cambios sociales. Traducido del alemán, conserva su densidad.

LOGAN WILSON, *The Academic Man,* Nueva York, Oxford University Press, 1942.

La sociología de la profesión académica, escrita en forma interesante pero sistemática por un ex profesor de sociología y ahora decano. Excelente ejemplo de análisis del STATUS, *con observaciones sobre el prestigio, la competencia y la definición de la situación.*

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO V

LOS ELEMENTOS DE LA ACCIÓN SOCIAL

El análisis de los fenómenos sociales efectuado puramente en términos de normas y *status* deja algo que desear. Corre el peligro de tratar al individuo como a un autómata de palo, cuando sabemos que cosas tales como la elección, el pensamiento, la emoción y la percepción están inextricablemente complicadas en todo lo que pueda llamarse social. El procedimiento habitual de las ciencias sociales consiste en suponer la existencia de una mentalidad subjetiva, suponer que posee ciertas características y centrar la atención principal en los índices objetivos de conducta social y en las relaciones causales de los mismos. Así, cuando el especialista en ciencias políticas analiza las *formas* de gobierno, lo hace en términos de las constituciones y las leyes en que dichas formas se encarnan objetivamente (si bien simbólicamente); cuando estudia la *conducta* política, lo hace en términos de los resultados de las elecciones, de las nuevas leyes, de las decisiones judiciales y de los actos administrativos, y cuando estudia las *causas* de los sucesos políticos, por lo común lo hace relacionando esos fenómenos con otros que se encuentran más o menos en el mismo nivel. Por ejemplo: con tendencias económicas, religiosas, militares y tecnológicas, tal como se corporizan en los resultados externos. La atención del especialista en ciencias políticas se centra, pues, en el gobierno como objeto de estudio, y no en las personas; y es justo que así sea, ya que alguien tiene que concentrar su atención en el gobierno. Pero como cualquier otro investigador social, el de las ciencias políticas efectúa inevitablemente algunas suposiciones en cuanto al funcionamiento interno de la mente humana con respecto a los asuntos políticos. En virtud de que todas las manifestaciones políticas (los votos, promulgación de leyes, debates, designaciones, etcétera) incluyen símbolos, ellas tienen que ser relacionadas con determinado tipo de actividad mental. Además, como las predicciones de la futura conducta política se basan con frecuencia en la estimación de cómo "piensan" determinadas clases o qué "hará" alguna figura dirigente como Khrushchev, Kennedy o Franco, sabemos que resultan inevitables las suposiciones acerca de la forma en que trabaja la mente

Escaneado con CamScanner

humana en las situaciones políticas. Con esto no se sugiere que el especialista en ciencias políticas deba convertirse en un psicoanalista y tomar la personalidad como objeto de su estudio, sino que simplemente debería sacar a la luz las suposiciones que se hagan, a fin de poder integrarlas en forma sistemática al cuerpo general de la teoría política. Lo que se dice para las ciencias políticas rige también para otros especialistas en ciencias sociales. De éstos, el sociólogo —más que ningún otro— debe conceder necesariamente su atención a la conducta de la persona, porque le interesa la naturaleza de la acción social como tal y, por lo tanto, la motivación humana en su nivel más profundo.

Nuestra opinión es que *toda* teoría de la conducta social, en la medida en que tenga en cuenta la existencia de los fenómenos subjetivos, debe tener también en cuenta los componentes irreductibles de la acción humana; y que, al proceder así, se hace capaz de ser más flexible y sistemática que si no lo hiciera. El presente capítulo se dedica a defender ese punto de vista, y para ello describe y analiza los componentes de la acción.

Definición de los elementos

La forma más sencilla de exponer nuestra tarea consiste en decir que debemos adoptar el punto de vista del actor. Tenemos que preguntar cómo considera éste las relaciones sociales en las cuales participa, cómo son sus motivaciones sociales, cómo funciona su mente. En cierto sentido, ya hicimos todo esto cuando analizamos el sentimiento de obligación y la necesidad del esfuerzo con respecto a la observancia de normas, y cuando estudiamos el prestigio y la estima relacionados con el *status* y el papel. Pero allí solo llegamos tan lejos como fue necesario desde el punto de vista de las propias normas y *status,* y no desde el punto de vista del actor. Ahora, tenemos que contemplar las relaciones sociales con los ojos del participante. Comencemos con el acto particular en que está incluido el actor.

Un acto particular, desde el punto de vista subjetivo o voluntarista, puede ser analizado como sigue en términos de cuatro factores inseparables e indispensables:[1] 1) Un *actor;* 2) Un *fin,* un futuro estado de cosas hacia el cual, en la mente del actor, tiende el proceso de la acción; 3) Una serie de *condiciones,* aspectos de la situación sobre los cuales el actor no tiene dominio; 4) Una serie de *medios,* aspectos de la situación sobre los cuales el actor tiene dominio. (La existencia del propio actor como factor indispen-

[1] La concepción de la acción y de sus elementos que aquí ofrecemos se deriva, con algunas modificaciones, de Talcott Parsons, *The Structure of Social Action,* Nueva York, McGraw-Hill, 1937, en especial págs. 43 y sigs.

Escaneado con CamScanner

sable podría darse por sentada y reducirse así la lista a tres, pero a los efectos de una mayor claridad parece mejor conservar al actor como uno de los elementos.)

Al analizar la conducta social, ya sea como hombres de ciencia o como observadores casuales, empleamos ineludiblemente esos conceptos. Es inevitable que la introspección nos revele los cuatro elementos y las relaciones problemáticas entre ellos. Nuestra propia conducta la analizamos en tales términos, y suponemos que la misma consideración rige para la conducta de los demás, en especial porque las cosas que ellos nos dicen indican que es así. Como especialistas en ciencias políticas, economistas, sociólogos o antropólogos sociales, utilizamos la misma serie de conceptos, ya sea en forma implícita o explícita, sistemática o asistemática. Cada uno de los cuatro es indispensable, en el sentido de que no puede ser derivado de otro: los fines no pueden ser derivados de los medios, o éstos de las condiciones. Son analíticamente distintos y nadie puede analizar con sensatez la acción sin usar los cuatro conceptos.

EL ACTOR

Cuando hablamos del agente de la acción, no pensamos en el cuerpo del actor, sino en el "ego" o "persona".* Se trata del "yo" o del "mí", antes del "lo". El ego, entonces, es la entidad subjetiva que posee *conciencia* y tiene *experiencia,* que toma decisiones y luego reflexiona sobre las decisiones que ha tomado, que reúne los acontecimientos pasados e imagina los futuros. Es posible perder partes del cuerpo (un brazo o un riñón) sin perder una parte del ego; algunas cualidades del cuerpo pueden cambiar (su color o su peso) sin que cambie el ego. Para la persona, el cuerpo es una parte de la situación, un medio o una condición para alcanzar fines (como puede entenderlo cualquiera que contemple a una muchacha emperifollándose). El cuerpo, aunque condición necesaria para la existencia de la persona, no es una condición suficiente. Sin duda, existen organismos sin conciencia de sí mismos, pero no existen personas sin organismo. El ego es una cualidad emergente, característica de organismos altamente integrados, una cualidad desarrollada en la forma más completa en el hombre debido a la capacidad de éste para la comunicación simbólica y, por lo tanto, debido a su capacidad para juzgarse como los demás lo juzgan.[2]

El verdadero observador de la vida humana no puede conformarse con el mero registro de la conducta externa de un individuo.

* La palabra inglesa *self* se traduce por *persona,* siguiendo el criterio adoptado en la traducción en español de la obra de G. H. Mead. *(N. del T.)*

2 George H. Mead, *Mind, Self and Society,* University of Chicago Press, 1934, tercera parte. [Trad. esp. ya citada.]

Escaneado con CamScanner

Debe ir más allá de eso, hasta la experiencia subjetiva interna que acompaña a la conducta. No puede detenerse en la simple observación del impacto de los acontecimientos exteriores sobre su cuerpo, sino que tiene que descubrir también cómo los *percibe* el individuo. La forma en que una persona advierte su mundo —la manera en que siente y piensa— constituye una clave indispensable para su conducta. Por cierto, el organismo es el que se comporta, pero el ego es el que actúa.

EL FIN

El fin que la persona conjetura es el factor "x" en la ecuación algebraica de la acción social. Se relaciona con el futuro, con un estado de cosas que no existe ahora. Por lo tanto, su representación exige el empleo de la imaginación, y su realización requiere el uso de esfuerzo y voluntad. Existe por sobre el mundo inmediato de los hechos, y, por lo tanto, se parece al orden normativo —que también es mental—, y es adicional al mundo de los hechos exteriores. En rigor, entre el sistema de fines y el sistema de normas subsiste una relación íntima y multidimensional muy importante, como lo veremos en seguida.

Cuando se ha alcanzado el fin, el acto queda terminado porque, por definición, el acto gira en torno del fin. Una vez alcanzado un fin, éste es desplazado por otro que inicia una nueva línea de acción. De tal modo, desde el punto de vista subjetivo, la conducta de cada persona consiste en una serie de actos interrelacionados. Aunque el fin es por definición subjetivo, puede ser consciente o inconsciente. El último es, por lo menos, capaz de volverse consciente, y tiene a la persona como punto de referencia. Los psicoanalistas, entre otros, han logrado demostrar que los fines inconscientes son importantes para la determinación de la conducta. Si agregamos que los especialistas en ciencias sociales también demostraron la importancia de los fines conscientes, resulta claro que el elemento fin no puede ser pasado por alto en la interpretación de la conducta. En verdad, las teorías que intentaron hacer caso omiso de él (como, por ejemplo, la psicología *behaviorista* y el darwinismo social) han quedado muy atrás del buen sentido en el esfuerzo por alcanzar la verdad.[3] Es evidente que no toda la actividad del organismo humano es motivada, en el sentido de tener en vista un fin, pero sí lo es gran parte de ella, en especial la que tiene carácter social. Por lo tanto, un recurso útil consiste en analizar la conducta *como si* estuviese motivada y, sobre esa base, formular un sistema teórico advirtiendo por supuesto que, en consonancia con

3 PARSONS, *op. cit.*, págs. 110-121.

Escaneado con CamScanner

toda teoría científica, dicho recurso representa una abstracción de la realidad concreta y, por consiguiente, tomado por sí solo no es adecuado para una explicación completa.

Un fin debe distinguirse de un puro resultado. Si un futuro estado de cosas tiene que producirse de cualquier manera, prescindiendo de la intervención del actor, entonces no es un fin. Éste, definido en términos estrictos, es la parte del futuro estado de cosas que no sucede si el actor no lo quiere y no se esfuerza por lograrlo. Un agricultor podrá querer que llueva la semana próxima, pero que ello se produzca está fuera de su control. Por lo tanto, la lluvia de la semana que viene no es uno de sus fines. Pero si planta maíz en la suposición de que éste crecerá si llueve, el futuro crecimiento del cereal es para él un fin. Y si las cosas salen bien en la realidad y el maíz crece, ello será en parte porque ha actuado para alcanzar su fin.

A su debido tiempo analizaremos las fuentes de los fines, pero por el momento baste hacer notar que éstos son *elegidos*. En primer lugar, son elegidos con referencia a los *valores*. Un valor es lo que se considera deseable, lo que se tiene por digno de ser buscado, no importa si se lo busca o no en la realidad. En una situación dada, influye sobre lo que se ha elegido como fin. La fuente del valor reside a su vez, principalmente, en los *sentimientos*, amplios transfondos emocionales que hacen que algunas cosas parezcan valiosas y otras no. Estos sentimientos nacen, en parte, de impulsos orgánicos y, en parte, de normas internalizadas. La transición del sentimiento al valor y al fin es una transición de especificidad cada vez mayor. En cierto sentido, el fin es la aplicación particular de un sentimiento o un valor a una determinada situación, tal como la percibe el actor.

Es preciso recordar que tanto el fin como el valor tienen que ser cuidadosamente distinguidos de la función. Esta última ha sido definida como una contribución a la existencia de una determinada estructura, se trate de una personalidad, una institución o una sociedad. Ahora debe resultar claro por qué los dos (fin y función) no se corresponden necesariamente. La percepción que el actor tiene del mundo está tan limitada, de incontables maneras, que no puede conocer todas las consecuencias de su conducta. Por consiguiente, esta última puede tener funciones que él no ve en la búsqueda de su fin. Además, como el actor inicia su conducta con un fin en vista, y como siempre justifica un fin por medio de un valor o de otro fin, es posible controlar su conducta por el control de sus fines. Y en ciertos casos, ese control puede ser más eficaz si solo abarca el fin y no también la función. Incluso, cuando la estructura en cuestión es la persona o el *ego*, puede que el fin no corresponda a la función. De tal modo, un hombre que racionaliza su fracaso en su profesión atribuyéndolo al extravagante deseo de

Escaneado con CamScanner

diversiones de su esposa, puede salvar su *ego* con más eficacia si no advierte que la función de su racionalización es precisamente la de ocultarse a sí mismo su propia debilidad. Si conociera con claridad la función de su explicación, ésta le sería inútil. Cuando la estructura en cuestión es un sistema social, la ventaja de que el actor no entienda la función (suponiendo que pudiese entenderla) es, a menudo, aún mayor. Es dudoso que un hombre que hace un sacrificio a su dios lo hiciera también si conociese la función social de su acto, porque la situación hacia la cual se orienta su fin quedaría alterada y el fin mismo desaparecería. Algunos de los fines más alejados de todo conocimiento de que se está ejecutando una función social son de máxima importancia funcional.

LAS CONDICIONES

Un fin no solo entraña esfuerzo y voluntad sino, también, obstáculos en el camino. Si éstos no existiesen, el estado de cosas deseado llegaría sin ayuda alguna del actor y, por lo tanto, no habría necesidad de un fin o una acción. Por otra parte, el concepto de acción lleva implícito claramente que los obstáculos pueden superarse. Si éstos fuesen insuperables, fracasarían todos los esfuerzos por alcanzar el fin, y el actor dejaría muy pronto de intentar (actuar). A los obstáculos que son insuperables los denominamos condiciones. Preparan el escenario en el cual debe desarrollarse la acción. Si un viajero desea llegar a una ciudad distante, no puede, con solo agitar la mano, reducir la distancia hasta que ésta sea igual a cero. Tiene que tomar la distancia como una condición dada y compensarla lo mejor que pueda con otros medios.

Es posible que las condiciones impuestas al actor no sean todas externas. Puede que algunas de ellas residan en su propio organismo. Muchos de los que aspiran a ser grandes violinistas fracasan porque carecen del talento necesario. Incluso, es posible que algunas de las condiciones estén más cerca aún de la personalidad, como en el caso de un hombre que pierde una gran oportunidad porque es tímido. Otras condiciones son sociales, pero no internalizadas, como, por ejemplo, las leyes que obedecemos solo porque llevan añeja una penalidad más grande que el fin deseado. En resumen, las condiciones que limitan nuestra consecución de los fines nacen de tres fuentes generales: ambiente físico, capacidad innata y sociedad. Pero ellas representan también las únicas fuentes de medios. Por lo tanto, que algo sea una condición o un medio depende de la situación.

Los seres humanos no persiguen fines que consideren imposibles. Con frecuencia, aprecian valores que no es posible realizar y profesan sentimientos que rayan en lo inalcanzable. Pero los fines espe-

Escaneado con CamScanner

cíficos que persiguen en situaciones concretas se sienten como logrables. Si la acción fracasara siempre o, lo que da lo mismo, si triunfase siempre, la personalidad se desintegraría. El destino del hombre consiste en esforzarse eternamente, porque los hombres son animales que persiguen fines. Se puede considerar con seguridad a la ameba como libre de esfuerzos, no porque esté libre de la necesidad de obtener alimentos para vivir, sino porque no tiene conciencia de ese proceso. A falta de dicha conciencia, no puede imaginar el fin ni sufrir el tormento del fracaso o la alegría del éxito. Los seres humanos son más complejos que la ameba, pero menos dichosos que los dioses. Sus vuelos de imaginación, no importa qué los sostenga, son abatidos y vueltos a la tierra por la fría realidad. Tienen la necesidad de una perpetua transacción. No se atreven a desear demasiado, y no deben desear demasiado poco.

LOS MEDIOS

Para llegar a cualquier fin, es preciso emplear medios. En algunas situaciones, los medios pueden ser sencillos, como el lenguaje; en otras, podrá tratarse de un complicado aparato, como, por ejemplo, una fábrica. Con frecuencia, el mismo fin es lograble por más de un medio, cosa que concede al actor considerable amplitud de elección en cuanto a los que utilizará. Esto posibilita un tipo de error, porque el medio elegido puede no ser el más eficiente. Este y otros errores potenciales producen un elemento de incertidumbre en la acción. Pocas veces el actor puede tener la absoluta seguridad de llegar a su meta.

Lo que para un actor es un medio, puede ser una condición para otro. Por ejemplo, en la misma situación un hombre puede sentirse obligado a decir la verdad, en tanto que otro se considerará con derecho a decir una mentira. O bien, para un hombre que sabe cómo manejar una máquina, ésta puede constituir una herramienta útil, en tanto que para el que no sabe manejarla será un obstáculo insuperable. Que determinada parte de una situación sea o no un medio o una condición depende no tanto de la parte misma, como del actor. Éste lleva a la situación no solo un fin, sino, también, sus capacidades naturales y adquiridas. Por supuesto, el fin mismo no depende de la situación objetiva, ya que es introducido en la situación por el actor y puede ser completamente distinto según quién sea el que se encuentra en la situación objetiva dada. Así, la presencia de un abstemio en una taberna tiene un significado muy distinto de la presencia de un borrachín habitual en el mismo lugar.

Además, lo que es un medio en una situación, puede ser una meta en otra. Si un hombre quiere ser dueño de una casa, puede

Escaneado con CamScanner

utilizar el medio de ahorrar una parte de su salario, en cuyo caso el ahorro del dinero se convierte en una meta inmediata, y el cálculo del presupuesto o algún otro expediente en el medio de llegar a ella. De tal modo, la conducta total del actor es una complicada red de medios y fines relacionados entre sí, de cadenas de acción entrelazadas. En el fondo de la red hay cosas muy pocas veces consideradas como fines en sí mismas, sino siempre, principalmente, como medios (como, por ejemplo, tomar una medicina desagradable), en tanto que en la parte superior hay cosas que muy pocas veces son vistas como medios, sino principalmente como fines (por ejemplo, el arte). Entre los dos extremos se encuentra el grueso de las actividades consideradas como medios dentro de un contexto y como fines dentro de otro. Dada la limitada inteligencia del hombre, éste no puede imaginar con facilidad todos los pasos necesarios para llegar a una meta muy distante, y debido a su limitado poder de voluntad no le resulta fácil obligarse a perseguir semejante meta. Por el contrario, solo imagina la meta distante en forma vaga —más bien como un sentimiento o un valor, que como una meta específica— y entre tanto, considera cada paso como un fin en sí mismo, que puede ser alcanzado inmediatamente. De este modo, el poco inteligente *homo sapiens,* de voluntad débil, logra realizar grandes cosas. Lo hace mucho mejor cuando se le planifican con claridad los pasos, cuando las recompensas se adaptan cuidadosamente a las dificultades del camino. En gran parte de su vida social se lo estimula a perseguir fines temporarios, creados con ese propósito, con el objeto de que a la larga pueda llegar a fines más lejanos e importantes. En el sistema de grados de las escuelas estadounidenses, por ejemplo, las calificaciones se convierten para los estudiantes en fines en sí mismos. Y tan débil es la meta del triunfo en los estudios, que las notas se convierten también en medios para el logro de muchas cosas que en realidad no tiene relación alguna con aquéllas, como, por ejemplo, la pertenencia a una fraternidad estudiantil, el privilegio de volver a hora tardía al dormitorio universitario, el privilegio de faltar a clase, etcétera.

RESUMEN

El universo subjetivo es de suma importancia en la conducta humana. El centro de ese universo es la persona o *ego,* y la dirección de la actividad está determinada por el fin que el *ego* introduce en la situación. Los aspectos de la situación que el actor puede dominar son sus medios, y los que no puede dominar son sus condiciones. Pero cuáles aspectos puede dominar y cuáles no, son cosas que en parte determina él mismo. Por consiguiente, los

Escaneado con CamScanner

elementos de la acción son distintos entre sí, pero dependen los unos de los otros, y si se quiere analizar la conducta desde el punto de vista subjetivo, no se puede hacer caso omiso de ninguno de ellos.

La relación de los medios con los fines: el problema de la racionalidad

Como la consecución de un fin exige que los medios estén adaptados de algún modo a él, en toda acción humana existe un elemento de racionalidad o de tentativa de racionalidad. También hay, como hemos dicho, un elemento de error potencial, porque los medios adoptados tienen con frecuencia consecuencias no previstas, consecuencias que sorprenden agradable o desagradablemente al actor. En una "especie competitiva" es natural que el tipo ideal de acción sea racional y que las causas de error constituyan uno de los problemas más persistentes en la historia del pensamiento. Si analizamos algunas de dichas causas, entenderemos mejor no solo por qué ocurre el error sino, también, cómo contribuye a él la vida social.

FINES SUPEREMPÍRICOS

La primera fuente de problemas reside en los fines mismos. Es peculiar; los fines por los cuales se esfuerzan los hombres son, a menudo, imaginarios en un doble sentido: no son sencillamente estados futuros que no existen ahora, sino que son estados futuros que jamás existirán en este mundo. De tal modo, para innumerables individuos una meta de importancia es algo así como una "salvación", un fin que solo se realizará en la "vida futura" y que, por lo tanto, es trascendental.

Como tales fines representan un futuro estado de cosas en el mundo superempírico, es imposible demostrar o refutar en términos lógico-empíricos (científicos) que *cualquier* medio elegido sea adecuado. Por lo tanto, no existe una base racional de elección entre distintos medios posibles —en verdad, no hay forma alguna de decidir qué es un medio o qué una condición—, a causa de lo cual la racionalidad se torna impertinente y la acción adquiere un carácter no racional. El indio que adopta a un niño varón porque quiere un hijo que lleve a cabo la ceremonia del *sraddha* y de tal modo lo empuje más rápidamente al cielo, después de su muerte, a través de sucesivas encarnaciones, está adoptando, claro está, un medio para su fin. Pero su elección de medios no ha surgido de conocimiento alguno de causa y efecto, sino más bien de una tradición arbitraria. Sin duda, *cree* que existe una relación intrínseca

Escaneado con CamScanner

de causa y efecto, pero la fuerza y necesidad mismas de esa creencia indican que la vinculación entre medio y fin no es tal que pueda ser advertida en forma racional. No hace más que aceptar esa vinculación como un acto de fe, en lugar de basarse en pruebas.

Un análisis posterior demostrará que estos fines trascendentales o superempíricos no son un accidente en la sociedad humana. Son, por el contrario, una característica permanente, porque impulsan a la gente a comportarse en una forma útil para la supervivencia de la sociedad. Representan una fuente constante de conducta no racional. En cierto sentido, el problema del error no es pertinente a dicha conducta. Como el medio solo está relacionado con la meta por el *fiat* tradicional, como la prueba y la refutación quedan eliminadas, no puede existir un error demostrado, salvo el de confundir semejante acción con una acción racional (cosa que el actor hace en general). El único otro tipo de error consiste en emplear los *medios socialmente erróneos.* Un sacerdote metodista que asperjara de agua a los novios, como parte de la ceremonia matrimonial, sería censurado por haber utilizado los medios incorrectos para el fin correcto. Pero en lo que se refiere a la causa y el efecto, la conexión existente entre casar a una pareja y poner la mano de la novia en la del novio es puramente arbitraria y no tiene más carácter intrínseco que el que podría tener el rociarles la cabeza con agua. En este caso, el error no es una equivocación en cuanto a la causa y el efecto, sino una equivocación en cuanto a la forma social correcta.

VAGUEDAD DEL FIN

Una segunda fuente de falta de racionalidad deriva del carácter frecuentemente vago y nebuloso del fin. Con esto no se quiere decir que no se tenga en vista fin alguno, como en la conducta puramente refleja o instintiva (semejante conducta queda fuera de nuestro examen y excluye el problema de la racionalidad). Nos referimos a un fin como el que Thomas y Znaniecki llaman el "deseo de nuevas experiencias", en el cual "las consecuencias imprevistas constituyen en realidad el propósito de la acción", con la suposición tácita de que dichas consecuencias serán apetecibles [4]. El niño que pega fuego a la alfombra de la sala "nada más que para ver qué pasa" es un ejemplo de ello. En casos aún más comunes hay cierta borrosidad en cuanto al fin, es decir, el hecho de no distinguir cuidadosamente entre el futuro estado de cosas tal como sería con o sin esfuerzos, una falta de diferenciación entre los distintos fines incluidos en la misma acción, etcétera. Esa borrosidad hace que al actor le

4 ROBERT K. MERTON, "The Unanticipated Consequences of Purposive Social Action", *American Sociological Review, t. I,* diciembre de 1936, pág. 899.

Escaneado con CamScanner

resulte difícil aquilatar con exactitud el efecto de los medios que utiliza. Puede triunfar o fracasar sin saber por qué.

IGNORANCIA

Una tercera fuente de desviación de la conducta racional es la falta de conocimientos. El actor solo puede utilizar lo que conoce, y jamás conoce todos los medios posibles en su situación. Puede percibir erróneamente algo que podría serle útil, como cuando un viajero se equivoca al leer un horario de ferrocarriles y pierde su tren. O si no, puede desconocer algo que habría *podido* conocer, porque está dentro de su cultura, pero que nunca aprendió o que ha olvidado, como cuando un hombre es mordido por una víbora o se corta una arteria pero no recuerda ninguna técnica de primeros auxilios aplicable a la situación. Estos errores son considerados con frecuencia como censurables, porque "se espera que el individuo sepa". Pero si la persona desconoce algo que *no* habría podido saber porque no forma parte de su cultura (como cuando un hombre primitivo no puede predecir un eclipse), o no integra sus conocimientos especializados (como cuando un médico no está enterado de las últimas novedades en materia de crítica literaria), entonces no se la censura. La distribución de los conocimientos y la ignorancia de acuerdo con la posición en el sistema social es una parte definida del propio sistema social, de manera que muchas formas de ignorancia son toleradas o alabadas antes que censuradas. Pero en cualquier posición se exige cierta cantidad de conocimientos, y si una persona no los posee, o si comete un error que revela ignorancia, se la juzga perezosa, negligente o estúpida.

RESTRICCIONES NORMATIVAS

Una cuarta fuente es causa no tanto de error como de fracaso. El error implica que la persona ha elegido los medios incorrectos entre aquellos que se encontraba en libertad de escoger, en tanto que el fracaso puede significar simplemente que no pudo elegir con libertad un medio que resultase eficaz. Por ejemplo, los usos sociales y las costumbres no solo ejercen necesariamente un control sobre los fines que se perseguirán sino, también, sobre los medios que se emplearán para alcanzar los que se persigan. Al actor le está prohibido usar ciertos medios que lograrían el fin, pero que son tabú para él como miembro de la sociedad o como ocupante de determinada posición. Ello lo obliga a escoger sus medios de entre una gama de posibilidades bastante estrecha. Por ejemplo, un católico que no quiera tener más hijos únicamente puede elegir dos de entre cientos

de métodos posibles de evitar la concepción. El tabú puede, con frecuencia, extenderse al conocimiento como también al empleo de un medio determinado, y a menudo así sucede. Se supone que el católico ni siquiera tiene que conocer los métodos anticonceptivos "artificiales". Estas restricciones normativas impuestas a la utilización de medios tienden a la ignorancia y se funden con ella, pero no descansan necesariamente en ella. Se supone que el católico no utilizará los métodos "artificiales", aunque los conozca. En lo fundamental, trátese de la utilización o del simple conocimiento, se supone que tiene que evitar los anticonceptivos mecánicos por un sentimiento de obligación. Se trata de una limitación básicamente normativa.

¿Por qué las normas limitan de tal manera los medios de que dispone el actor? En respuesta, señalemos primero que incluso sin normas el actor se vería obligado a limitar sus medios en la persecución de un fin cualquiera. Tiene una multiplicidad de fines y, por consiguiente, debe cuidar que los medios que utilice para lograr uno de ellos no perjudiquen sus posibilidades de alcanzar los otros. Tiene que equilibrar sus medios en beneficio de su sistema total de fines. Un hombre con ingresos limitados desea comprar muchísimas cosas. Pero como no puede comprarlas todas, tiene que decidir en qué gastará su dinero y en qué no. Del mismo modo, pero con carácter más decisivo, en una sociedad es preciso equilibrar y mantener de alguna manera el sistema total de fines de todos los individuos. Los medios son escasos y los fines ilimitados. El orden normativo funciona de tal manera que la persecución de sus fines, por parte de cada individuo, no puede obstaculizar ilimitadamente a los demás individuos en la procura de los suyos. Tomemos un ejemplo extremo: en general, el asesinato está excluido como medio para alcanzar fines legítimos, lo mismo que la violencia y el fraude. Cualquier miembro de una familia sabe hasta qué punto el logro de sus fines tiene que ser modificado a la luz del de los fines de los otros miembros.

Además de limitar los medios de que se dispone, el sistema normativo también los *aumenta*. Multiplica las exigencias para alcanzar los fines. Por ejemplo, si un hombre tiene hambre no puede tomar simplemente los alimentos que aparezcan dentro de su campo de visión. Debe recorrer un complicado proceso: obtener algún dinero trabajando, mendigándolo o pidiéndolo prestado; ir a algún lugar donde sepa que se sirve comida; ordenar la comida; comerla con determinados instrumentos; pagarla, y utilizar las adecuadas expresiones verbales. En este sentido, el orden normativo, expresado en la conducta de individuos que ocupan el sistema de posiciones, constituye un complicado ambiente para el individuo, un ambiente que no solo restringe los medios sino que, también, define los propios

Escaneado con CamScanner

fines y crea medios artificiales —pero socialmente necesarios— para alcanzarlos.

El orden normativo fiscaliza la conducta por la restricción de los medios y la creación de medios artificiales. En cualquiera de los dos casos, la fiscalización puede ser de tipo internalizado o externalizado: lo primero, si se la considera correcta en sí misma; lo segundo, si se la trata como una simple necesidad. La sociedad está organizada de tal manera que a menos que el individuo elija sus medios de entre los normativamente disponibles, se perjudicará para llegar a algunos de sus otros fines (por ejemplo: por una multa, la censura pública o cosas por el estilo). El individuo puede advertir esto en forma perfectamente racional. Pero, además, por lo general también internaliza muchas de las normas o, por lo menos, tiene sentimientos y valores que las respaldan. En esta medida, la reglamentación normativa y la racionalidad se oponen entre sí. Por ejemplo: a un observador ajeno a la sociedad le parece que los actores caminan casi a ciegas, o como aturdidos, porque no ven las posibilidades que tienen al alcance de la mano para la realización de sus deseos; o bien le parece que hacen cosas que dan la impresión de ser complicadamente innecesarias para dicha realización. Además, no conformes con observar simplemente las normas que limitan los medios, los seres humanos también ofrecen razones para la existencia de las normas. Estas razones muy pocas veces explican de veras la función de las normas; por lo tanto, son falaces como explicaciones de por qué los medios son limitados.

CONCLUSIÓN SOBRE LA RACIONALIDAD

En un sentido, toda acción humana tiene por lo menos un elemento racional. El actor trata de escoger, entre los medios de que dispone, el más adecuado para su fin. Pero, lo advierta o no, la gama de medios que tiene a su disposición es con frecuencia bastante limitada, en comparación con lo que *podría* ser. Existen muchas formas en las cuales los que de otro modo serían medios pasan a la categoría de condiciones en la situación del actor. Las que hemos mencionado son las siguientes: primero, el actor adquiere medios superempíricos, a consecuencia de lo cual su única fuente de evidencia en cuanto a lo adecuado de los medios es la tradición social, que especifica uno o dos recursos de entre una infinidad de posibles medios simbólicos; segundo, la concepción que el actor tiene de sus fines es, a veces, vaga y confusa y le dificulta relacionar los medios con ellos, en términos estrictos de causa y efecto; tercero, el actor desconoce medios que conocería si fuese más cuidadoso, más ilustrado o más afortunadamente ubicado en cuanto a posición o cultura; cuarto, el actor es controlado por reglas normativas que limitan

Escaneado con CamScanner

los medios que puede usar para alcanzar sus fines y que crean medios adicionales que debe usar.

A pesar de estas cuatro prolíficas fuentes de conducta no racional, el actor tiene por lo general la ilusión de racionalidad. Ello se debe a que su atención está concentrada en los medios de que dispone, no en los que podría usar. El hindú que, rodeado de vacas, muere de hambre antes que probar carne, podrá pensar que actúa con suma racionalidad. El comer carne de vaca no es para él un medio posible. Pero el observador desinteresado; libre, por definición, de prejuicios culturales y dueño de los últimos conocimientos científicos, ve que los medios en los cuales se concentra el actor no agotan las posibilidades. Puede señalar que en la práctica podría funcionar mejor un medio del cual el actor hace caso omiso porque lo desconoce o porque lo acepta inconscientemente como prohibido. Indudablemente, la ilusión de racionalidad que tiene el actor es una protección para su *ego* y su sociedad. Ningún orden social podría estar compuesto de personas dispuestas a utilizar cualquier medio para alcanzar sus fines. Esta proposición sugiere que ningún orden social podría estar totalmente compuesto de conducta racional, ni ser tan racional como les parece a los miembros de la sociedad. En rigor, la ilusión de racionalidad es tan penetrante que se difunde a través de las ciencias sociales e impide que éstas tengan una visión del todo clara en cuanto a su propio medio. Gran parte de las ciencias sociales analizan la conducta humana solo en la medida en que dicha conducta puede suponerse racional. Por ejemplo, se han cometido muchos errores respecto de las relaciones industriales porque se suponía que los trabajadores solo buscan ventajas económicas y que, para alcanzar esa meta, solo emplean medios racionales.

Por supuesto, una acción no necesita ser racional para tener éxito. Puede triunfar sin que el actor sepa por qué, como en el caso de las "corazonadas", los "golpes de buena suerte", la "intuición", etcétera.[5] Sin embargo, existe cierta correlación entre la racionalidad y el éxito, y esa correlación sería perfecta si el actor fuese omnisciente y omnipotente. El hecho de que en la práctica la correlación no sea perfecta se debe a la circunstancia de que en la conducta de todo hombre la racionalidad no es más que un elemento. Siempre existen otras variables que influyen sobre el resultado.

Los elementos de la acción y el sistema de posiciones

La acción, tal como hemos venido pensando en ella, es una abstracción. Es la conducta que se inicia con un fin en vista, pero no toda conducta se inicia de esa manera. Gran proporción de la

[5] Robert K. Merton, *op. cit.*, pág. 896.

Escaneado con CamScanner

conducta humana, y en especial la de la parte autónoma del organismo, es *causada,* por supuesto, pero no motivada. El proceso de la digestión, de la circulación sanguínea, de la dilatación pupilar, no es comúnmente acción en el sentido de que exija pensamiento y ejerza esfuerzo. Ocurre que la conducta en la cual están incluidos fines es de suma importancia para la comprensión de la sociedad, en tanto que la conducta puramente refleja o instintiva no lo es, porque los seres humanos son socialmente influidos a través de la comunicación simbólica y los procesos mentales vinculados: a través de los fines y de la percepción de los medios. Una forma de entender la importancia de la acción, como la hemos definido, es considerar su relación con el sistema de posiciones sociales.

Los deberes de un *status* no serán cumplidos a menos que se conviertan en fines para su ocupante. La forma en que se convierten en fines para él es sencilla. El adoctrinamiento puede llevarlo a considerar los deberes como una obligación sagrada o como una justa compensación por los "derechos" de la posición. La experiencia puede enseñarle a considerarlos medios necesarios para fines exigidos en otros *status.* Sea como fuere, es preciso recordar que la comunidad distribuye su estima de acuerdo con la forma en que se ejecutan los mandatos de la posición. Como se encuentra *públicamente* identificado con una posición, el individuo termina identificándose también subjetivamente con ella. Entonces, el estado de su *ego* depende de lo bien que cumpla con las exigencias del *status,* en su propia opinión y la de su prójimo, pero su opinión refleja la de éste.

El ocupante de un *status* se ve limitado en la ejecución de sus deberes por la presencia de obstáculos. Para superar tales obstáculos se espera de él que use solamente los medios que la sociedad ofrece y permite. Aunque se le impide que ejerza demasiado ingenio, por lo general tiene cierta elección entre los medios disponibles. Los factores ajenos a la posición influyen en sus logros y, por lo tanto, afectan su estima por medio de la determinación de esa elección. Obtiene estima en proporción a lo bien que manipule los medios que se le ofrecen en su posición.

Planos de integración de los fines

Hasta ahora, el análisis ha tratado principalmente los elementos de un acto aislado (la persecución de un solo fin). Consideremos ahora de qué modo están relacionados entre sí distintos actos y, por lo tanto, distintos fines. Esto exige que separemos diferentes planos de integración, según se trate de los fines del individuo o de la sociedad, de los fines que hacen el papel de instrumentos o de los fines últimos.

Escaneado con CamScanner

INTEGRACIÓN TECNOLÓGICA

La conducta de toda persona abarca miles de actos distintos, unidos entre sí como los hilos de una red. Por consiguiente, lo que es fin en un contexto puede ser medio en otro. Un peluquero afila su navaja para poder afeitar a su parroquiano con eficiencia. Lo afeita por dinero. Con el dinero compra ropa. Con la ropa se abriga y cuida su aspecto. Al abrigarse se siente cómodo, y al cuidar su aspecto recibe la aprobación de los demás.

Algunos fines no son nunca últimos, sino siempre intermedios. Por ejemplo, la meta de tener una navaja afilada no es un fin en sí misma, sino nada más que un medio necesario para obtener una cara bien afeitada. Cuando el actor considera sus fines solo como instrumentos y no plantea el problema de equilibrar entre sí distintos fines independientes, está pensando en términos tecnológicos. En este plano, los fines carecen de atractivo emocional y los medios son juzgados en forma práctica, de acuerdo con los cánones de eficiencia. Si toda la cadena medios-fines se ve coronada en la cima por valores últimos, entonces el sector tecnológico se encuentra en la base. Lo tecnológico es, por definición, puro instrumento. Entraña el empleo de recursos escasos para lograr un fin inmediato en la forma más eficiente que resulte posible. No significa distribución alguna de recursos entre distintos fines.

INTEGRACIÓN ECONÓMICA (INDIVIDUAL)

Muchas acciones no solo son instrumentos para el fin siguiente de la cadena medios-fines sino, también, para varios fines distintos al mismo tiempo. De tal modo, el dinero que el peluquero recibe por afeitar a un hombre no solo es un instrumento para comprar ropa sino, también, para adquirir cientos de otras cosas. En esta situación, el individuo no puede adoptar una actitud tecnológica pura, porque tiene que equilibrar un fin con el otro y distribuir entre ellos sus escasos recursos, de acuerdo con determinado orden de preferencia. El orden de distribución está dado por la importancia relativa que le *parezcan* tener los fines.

A este proceso de asignar medios escasos a distintos fines lo denominamos *economizar,* y a la motivación la llamamos *económica.* En el plano tecnológico no se plantea el problema de balancear varios fines independientemente valiosos; en el plano económico, sí. Pero una vez que el individuo ha tomado una decisión en cuanto a la importancia relativa de sus fines encontrados, puede proceder con bastante racionalidad a asignarles productos tecnológicos escasos. La acción económica, como la tecnológica, es entonces funda-

Escaneado con CamScanner

mentalmente racional. Trata de hacer que los bienes escasos sirvan para tantos objetivos distintos como sea posible.

Nuestro hipotético peluquero, digamos, recibe un ingreso mensual promedio por afeitar a sus parroquianos. Con esa suma debe comprar toda clase de cosas. Además de la ropa, tiene que pagar distintas sumas por el alquiler, la luz, el lavado, la comida, las diversiones, los cigarrillos, el transporte y todas las otras partidas normales del presupuesto. La mayoría de estos fines son, en parte, intrínsecamente valiosos en sí mismos y, en parte, no son más que medios paar otros fines. Casi ninguno de ellos puede ser satisfecho, en forma tan completa como le agradaría, con sus ingresos mensuales. El alquiler, por ejemplo, le proporciona un departamento o una casa, y con ello satisface sus necesidades de comodidad, descanso y abrigo. Pero no puede pagar bastante alquiler como para obtener el tipo de vivienda que le agradaría. Le gustaría tener una que fuese *más* cómoda y conveniente, y también una que tuviese mejor *aspecto* y le proporcionara mayor prestigio. Si pagara todos sus ingresos mensuales podría tener una casa mucho mejor, pero en ese caso no le quedaría dinero para nada más. Hay otras cosas que no solo necesita sino que, también, desea. Por lo tanto, tiene que hacer que sus ingresos "alcancen" todo lo posible, tiene que "economizar". En esa economía se orienta por su sentimiento respecto a la importancia relativa de los distintos fines, por su concepción de la intensidad con que desea cada una de las cosas. Su sentimiento subjetivo al respecto no es caprichoso; por el contrario, se basa en conocimientos realistas de lo que le hace sentir su cuerpo cuando no se llenan sus necesidades, de lo que le hacen sentir otros cuando no satisface las esperanzas o las normas de ellos, y de cómo se perjudican los aspectos intrínsecos de sus fines si hace caso omiso del aspecto de instrumento de los mismos (por ejemplo, si se concentra en la satisfacción que le proporciona la comida, sin pensar en cómo se sentirá y en qué aspecto tendrá más tarde). Años y años de vivir le enseñaron, como enseñan a todas las personas, que ningún acto, ningún momento, carece de consecuencias para los actos y los momentos futuros. Las consecuencias de sus actos están relacionadas en forma de causa y efecto. Los fines por los cuales se esfuerza deben tener cierta relación sistemática entre sí, y la tienen. Debe fortalecerse entre sí, en lugar de debilitarse.

El acopio subjetivo de conocimientos, sentimientos, valores y fines del individuo refleja las necesidades sistemáticas de los dos planos de su naturaleza: el orgánico, por un lado, y el social, por el otro. Y cuando utiliza sus escasos recursos para sus distintos fines en conflicto, su sentido del equilibrio, de la importancia relativa de sus fines, no es cosa de capricho. En una palabra, el concepto mismo de acción económica significa que los distintos fines del actor están

Escaneado con CamScanner

sistemáticamente interrelacionados. En potencia son ilimitados, pero en rigor están constreñidos por la reciprocidad de las relaciones y la escasez de medios.

INTEGRACIÓN DE LOS FINES DENTRO DE LA SOCIEDAD

El problema de la integración de los fines, bastante complejo cuando hay un solo actor, se torna mucho más complicado cuando está referido a una multiplicidad de actores. Así como los fines del actor único deben organizarse de cierta manera, así los fines de una pluralidad de individuos tienen que ser equilibrados entre sí y dispuestos según cierto tipo de orden. La comunidad, lo mismo que el individuo aislado, se ve frente a la necesidad de asignar bienes y servicios escasos para los distintos fines representados. La única diferencia consiste en que esta vez los fines en conflicto son los de distintos individuos y no los de uno solo.

A primera vista, esto podrá parecer una pequeña diferencia, pero en realidad tiene una importancia esencial. Para entenderlo así no hay más que reflexionar que, en la asignación de sus escasos medios a sus distintos fines, el individuo cuenta con una guía. Esa guía es su propia impresión subjetiva de la importancia relativa de sus fines. En fin de cuentas son sus propios fines y solo él sabe con cuánta energía se aferra a cada uno de ellos. Por otra parte, una sociedad no tiene semejante guía. La sociedad, como entidad, no tiene en vista fin alguno. Los fines por definición, son subjetivos, y por lo tanto privados. Por consiguiente solo los individuos tienen fines y no existe una base independiente para juzgar, con respecto a los fines de uno u otro individuo, cuáles serán los que prevalezcan. Cada persona siente la validez de sus propios fines, no la de los de otras personas. El solo hecho de que los otros persigan sus fines con energía puede llevarlo a redoblar sus esfuerzos para apoderarse de los escasos medios y satisfacer primero sus propios fines.

Esta ausencia de toda base inherente para distribuir bienes escasos entre los diferentes miembros de la comunidad constituye el atolladero fundamental de la sociedad humana. Y sin embargo, muchas persona se niegan a reconocerlo como un hecho. Tratan de encontrar alguna base absoluta, o de depositar su fe en ella, para comparar y juzgar los fines de distintas personas. Pero, ¿cuál puede ser esa base absoluta? ¿Dónde está la entidad que puede comparar los fines de diferentes individuos y juzgar si algunos deben recibir cierta proporción de medios escasos y otros una proporción distinta, o si todos tienen que recibir la misma cantidad? Un objeto inanimado no podría hacerlo, porque los objetos inanimados no comparan ni juzgan. Otro individuo no podría hacerlo, porque

Escaneado con CamScanner

simplemente se dejaría influir por sus propios sentimientos subjetivos, nada distintos de los sentimientos competitivos de los demás. No podría hacerlo el instinto biológico, porque los fines determinados por tales instintos se cuentan entre los más ferozmente competitivos que conozcamos, como lo indica la frase "la naturaleza de uñas y dientes ensangrentados". No podría hacerlo la sociedad, porque la sociedad no es una persona, sino más bien una organización de personas. Pensar que la sociedad tenga fines o que pueda comparar y juzgar, es pensar en términos antropomórficos. Semejante idea supone que la sociedad es una criatura sensible, dueña de una mente y, por lo tanto, se hace culpable de cometer la falacia de la mentalidad de grupo. Quizá Dios pueda proporcionar una base absoluta para comparar los fines de distintos individuos, pero ésta es una explicación mística que la ciencia no puede utilizar. Además, surgiría en seguida la pregunta de quién es el que conoce las leyes de Dios. Si distintas personas creyeran que las conocen, pero tuviesen diferentes concepciones de tales leyes, nos encontraríamos otra vez en el mismo problema sin haber mejorado en mucho nuestra situación.

La verdad es que en la práctica, tal como lo sabemos por la observación real de la vida social, hay en cada sociedad un orden distributivo. Algunas personas reciben más y otras menos, y en conjunto todo eso funciona como un sistema. En el capítulo sobre la posición y el papel vimos que en la sociedad hay un orden que solo funciona a través de la mente de los miembros constituyentes. Y así no cabe duda de que a pesar de la ausencia de una mente societaria, toda estructura social logra –y si no la lograse no podría sobrevivir– una integración de los fines de sus miembros. Entonces, nuestro problema se refiere en realidad a la forma en que se cumple dicha integración. Si no podemos descubrir la manera en que ella se realiza, no podremos descubrir el secreto del tipo humano de sociedad. Tratemos de desentrañar ese secreto analizando el problema en distintos planos: económico, político y moral.

INTEGRACIÓN ECONÓMICA DE LOS FINES (SOCIETARIA)

Cuando un grupo de personas tienen fines en conflicto, como es inevitable que suceda, en teoría no existen límites para los medios que pueden utilizar. Por ejemplo, el control sobre los demás constituye una ayuda particularmente valiosa para la satisfacción de los propios fines. Por lo tanto, en la persecución en forma racional y vigorosa de los propios fines existe la posibilidad de tratar a los otros nada más que como medios, y de emplear contra ellos la fuerza y el engaño. Los otros también tienen la posibilidad de desquitarse en la misma forma. Esto conduciría a cualquier cosa,

Escaneado con CamScanner

menos a una distribución ordenada de bienes. Conduciría a un estado de conflicto total —a una guerra de todos contra todos—, en el cual los más fuertes obtendrían la satisfacción de sus necesidades y los más débiles perecerían. Pero ningún grupo podría mantenerse intacto de esa manera. Eso representaría un estado de caos social muy distinto de las sociedades que observamos en la realidad.

En cambio, encontramos que existe sin duda competencia, pero que hay límites para los medios que pueden utilizarse. En este sentido, comúnmente pensamos en términos de un intercambio económico dentro del cual cada persona entrega algo que otro quiere y obtiene algo en compensación. Esto funciona muy bien mientras el poder de los dos individuos sea más o menos igual, pero muy pocas veces lo es. Cuando surgen diferencias de poder, un individuo puede forzar el pacto ofreciendo a la otra persona la alternativa entre entregar algo o sufrir la coerción lisa y llana. Esto es lo que las reglas que gobiernan el intercambio económico están destinadas a evitar. Nuestro peluquero de ficción, por ejemplo, puede hacer publicidad para su peluquería, jactarse de su habilidad, comprar muchos periódicos y revistas para sus parroquianos, y hacer otras mil cosas para atraerlos. Pero al mismo tiempo hay muchos recursos que no puede emplear. Por ejemplo, no puede recorrer todas las otras peluquerías de la ciudad y cortarles la cabeza a los peluqueros competidores. Es posible que sueñe con hacerlo, porque se trata de un método sencillo y efectivo de eliminar la competición, pero no puede hacerlo en la práctica ni amenazar seriamente con hacerlo. Tampoco puede arrojar piedras a los vidrios de las demás peluquerías, ofrecer a sus parroquianos opio para fumar o afirmar que sus competidores untan sus navajas con veneno. Por lo tanto, muchos de los medios para satisfacer diferentes fines son distribuidos por medio del intercambio competitivo de servicios y bienes, pero ese intercambio es siempre regulado por un sistema de reglas o normas. ¿Quién hace cumplir esas reglas, y con qué derecho? ¿De dónde provienen las reglas mismas? Estas preguntas nos llevan al plano político y moral, porque no se las puede contestar en términos económicos. A pesar de la afirmación contraria de Adam Smith, no existe magia alguna por la cual las reglas que limitan la persecución económica del interés personal puedan derivarse de la persecución misma.

INTEGRACIÓN POLÍTICA DE LOS FINES

Quienes hacen cumplir las reglas de la competición, lo mismo que otros tipos de reglas, son las autoridades políticas. ¿En qué forma se distingue a estos individuos del resto del grupo? Por cierto,

Escaneado con CamScanner

no son distintos en un sentido biológico. Son especímenes comunes de *homo sapiens,* como los demás. La única diferencia es que son ocupantes de posiciones socialmente definidas. En sus acciones representan o afirman representar al grupo en su conjunto. Por lo tanto, se les concede —o se arrogan— el derecho de usar la fuerza y el fraude (armas de fuego, cárcel, propaganda, censura, etcétera) a fin de que se observen las reglas del grupo. Pero la gran dificultad consiste en que una vez que llegan a esa posición tienen la posibilidad de emplear su dominio de todos los medios (incluso de los que están prohibidos para el ciudadano común) no solo para hacer cumplir las reglas del grupo, sino también para satisfacer sus propios fines. De ahí el peculado, la corrupción, el nepotismo y la hipocresía que comúnmente vinculamos con la función política. Los beneficios pueden ser tan grandes que otros hombres quieran llegar a la función política a fin de participar del botín, y esto explica en parte los intensos esfuerzos para llegar a los cargos públicos, por cualquier medio que fuere, incluso una revolución. Quien controla un monopilio de fuerza controla la sociedad, y se convierte *ipso facto* en jefe político.

En vista del peligro de la existencia de un jefe político, en vista de la corrupción y el abuso, cualquiera creería que las sociedades querrían prescindir por completo del gobierno. En rigor, algunos utopistas sugirieron precisamente eso. Pero no es una proposición realista, porque pasa por alto el problema que tratamos de resolver. Si una sociedad quiere tener algún grado de integración de sus fines, *debe* poner en vigor ciertas reglas, porque los fines de distintos individuos no armonizan en forma mecánica. Como hemos visto, cuando existe cierto grado de complejidad social las reglas tienen que hacerlas cumplir personas especializadas para tal fin, porque una comunidad heterogénea no puede hacerlo de manera espontánea. Entonces, *tiene* que haber una organización política y *tiene* que haber personas con autoridad. Una sociedad puede existir con un tirano, un rey, un presidente electo o un pistolero en la cima, pero no puede existir sin nadie en la cúspide (a menos que se trate de una aldea primitiva aislada). En caso de disputa en cuanto a los fines, la autoridad política se encuentra en situación de decir arbitrariamente quién tiene razón y quién no la tiene. Puede hacer e interpretar las reglas. De tal modo, realiza una integración de los fines de distintos individuos por el *fiat,* y tras de sí tiene la fuerza para hacer que el *fiat* resulte aceptable. El hecho de que realice esta integración de fines explica la necesidad funcional del gobierno.[6]

[6] Las instituciones políticas serán analizadas más a fondo en un capítulo posterior. Esta referencia al papel de la autoridad política en la integración de los fines tiene que ser necesariamente breve.

Escaneado con CamScanner

Pero es dudoso que exista alguna sociedad cuyos miembros obedezcan las reglas solo porque temen el brazo de la ley. Como se sugirió en el capítulo sobre las normas sociales, muchos de los usos sociales y costumbres están internalizados, arraigados en el sentimiento y la emoción. Incluso, la autoridad política tiende a ser emocionalmente concebida y obedecida porque lleva adherido un valor. Con frecuencia, las propias autoridades se orientan por una fuerte adhesión a los usos sociales y costumbres. La estructura misma del gobierno puede ser una institución altamente valorada, como sucede, por ejemplo, con la Constitución de Estados Unidos. Estos hechos sugieren que no hemos llegado aún a una plena solución de nuestro problema.

INTEGRACIÓN RELIGIOSO-MORAL DE LOS FINES

La verdad es que hasta ahora hemos trabajado con la suposición implícita de que los fines de distintos individuos son competitivos entre sí. Así es en cierto sentido y en la medida en que surgen de impulsos puramente biológicos, es decir, en la medida en que su origen es puramente individual. Pero el problema real se relaciona con otro origen posible de los fines. En rigor, sabemos que la gente adquiere sus fines por medio de la interacción comunicativa con otros miembros de su sociedad. De esto se sigue que pueden adquirir una serie de fines *comunes;* comunes en el sentido de que son compartidos por toda la comunidad y de que se sabe que son compartidos. Más aún: estos fines pueden referirse no tanto a un futuro estado del propio individuo, como al futuro estado de otros individuos y, en último análisis, al grupo mismo. Los fines comunes orientados con referencia a la acción de los demás son virtualmente idénticos a las costumbres. No son otra cosa que la manifestación de éstas en la esfera subjetiva de la acción individual. La conducta exigida por las costumbres y la puesta en vigor de éstas por los miembros de la comunidad en general no se producirían si las costumbres no se destacaran en los pensamientos de la gente como fines que deben ser alcanzados. Los fines comunes orientados con referencia a un futuro estado de un grupo en su conjunto no hacen más que expresar cómo piensa la gente que debería organizarse en ese grupo, y qué resultados tendría que producir como entidad colectiva. Es claro que tales fines pueden ser altamente competitivos cuando no son sustentados en común. Algunas de las luchas más enconadas de la humanidad se han relacionado con ideales de conducta y de organización social que diferían de un grupo a otro. Pero mientras una comunidad sustente tales fines en común, éstos no son competitivos porque no se refieren

Escaneado con CamScanner

al futuro estado del individuo tomado por separado, sino a la conducta o al estado futuro del grupo tomado colectivamente.

En efecto, las costumbres requieren que las personas que ocupan tal y cual *status,* tal y cual situación, actúen de cierta manera porque tal acción es "buena", "correcta" y "esencial para el bienestar social". Resulta claro que entrañan un juicio en cuanto a la acción de los demás. Así, una persona que cree que está mal que una madre se case con su hijo no se conforma con evitar ese casamiento en su propio caso. Puede que su madre esté muerta. Concibe la regla como de aplicación general, y su fin consiste en cuidar que nadie la viole. Su medio de llegar a ese fin consiste en ejercer el dominio que pueda sobre la conducta de los demás para impedirles establecer esa relación, y castigarlos si la establecen. Considera este fin más importante que muchos otros, ya que él mismo preferiría pasar hambre, no tener ropa abrigada y trabajar intensamente antes que casarse con su madre, y ya que no podría tolerar que otras personas se casaran con sus respectivas madres por dinero o por algún otro fin especial que pudiera ocurrírseles. Está dispuesto a pagar dinero a personas especiales que ocupan la posición de policías para que, entre otras cosas, vigilen que la gente no se case con su madre; y está personalmente dispuesto a expresar su opinión acerca de cualquiera que lo haga y a poner así todo su peso de parte de lo correcto. Está también dispuesto a trasmitir a sus hijos la opinión de que una cosa así es horrible.

Las ideas en cuanto a la organización y el funcionamiento adecuados de la sociedad en su conjunto son con frecuencia menos claras, pero sin embargo existen. Los ciudadanos de una nación pueden sostener, virtualmente por unanimidad, que la nación debería conquistarse un lugar bajo el sol, aunque ello signifique adquirir más territorio por medio de la conquista armada. Pueden estar dispuestos a sacrificarse por ese ideal, a subordinarle casi todo lo demás. Pueden estar dispuestos a reprimir y perseguir a todos los que no concuerden con esa política o no colaboren con ella.

Resulta claro que estos fines no solo no son competitivos cuando el grupo los sustenta en común sino que, además, son fines últimos. No hay otros por encima de ellos. Simplemente, se los considera buenos en sí mismos, y por ningún otro motivo ulterior. Otros fines, en primer lugar los que se relacionan con las satisfacciones del propio individuo tomadas distributivamente, se les subordinan. Por tal motivo, a los fines que hemos venido describiendo los llamaremos fines *comunes-últimos* poseídos por los miembros de la sociedad.

Nos acercamos ahora, al final de nuestra búsqueda. La posesión de los fines comunes-últimos es la que proporciona la clave para la integración de fines en las sociedades humanas. Aquéllos se encuentran en la cima de la jerarquía de fines y, por lo tanto,

Escaneado con CamScanner

controlan y regulan a los demás. En términos de ellos se sanciona y mantiene un orden distributivo. Sobre la base de ellos se edifica una norma para juzgar los méritos relativos de fines menores sustentados por diferentes individuos. Entre dos distintos grupos que poseen una serie totalmente diferente de fines comunes-últimos no hay avenimiento posible. Pero dentro de la misma comunidad, este tipo de fines constituye la característica integradora. En rigor, tendemos a definir una sociedad, o por lo menos una comunidad, como una reunión de personas que adhieren a la misma serie de valores últimos y que persiguen la misma serie de fines comunes.

Pero queda en pie otra duda. ¿Cuál es la fuente de estos fines comunes-últimos?

Si se pregunta por ellos a la persona corriente, lo más probable es que diga que se trata simplemente de una parte da la "naturaleza humana", que son "trasmitidos desde el pasado" o que han sido "impuestos por Dios". Ninguna de estas respuestas es satisfactoria desde un punto de vista científico. La respuesta de la naturaleza humana es ambigua, pero por lo general entraña un punto de vista biológico que no concuerda con la variabilidad de los fines de una a otra sociedad. La segunda respuesta está bien dentro de sus límites porque sabemos que los fines comunes-últimos son trasmitidos por comunicación, pero no explica cómo las generaciones "del pasado" llegaron a compartir esos fines. La tercera respuesta es religiosa y va más allá del conocimiento empírico; sin embargo, vale la pena hacer notar con cuánta frecuencia los valores comunes se vinculan en la sociedad con la creencia religiosa.

Nuestra respuesta puede ser breve. Será más ampliada en capítulos posteriores. Sostenemos que la posesión de valores comunes-últimos por los miembros de las diferentes sociedades nació en el proceso de evolución de la sociedad. Surgió del proceso de selección natural sobre una base societaria. En la lucha contra la naturaleza y en la lucha entre una y otra sociedad humana, solo sobrevivieron y perpetuaron su cultura los grupos que habían desarrollado y sustentaban en común, entre sus miembros, una serie de fines últimos. Lo importante no era tanto el contenido especial de los fines, sino más bien el hecho de contar con fines comunes. Vista a esta luz, la posesión de fines comunes tiene que ser virtualmente tan antigua como la propia sociedad humana. Esa posesión es necesaria para la cohesión y la cooperación del grupo en todo sistema socio-cultural.

En cierto sentido, esos fines son ficciones de la imaginación. Controlan la conducta y con frecuencia sirven para imponer una severa limitación a las satisfacciones biológicas por parte de los individuos que los sustentan. Y sin embargo, nadie, salvo los propios individuos, sustenta, perpetúa y hace cumplir esos fines. Más aún, éstos se refieren al futuro y nunca concuerdan perfectamente con las

Escaneado con CamScanner

condiciones del mundo real. De esto se sigue que la energía con que se los sustenta tiene que derivar, de alguna manera, de la influencia de la interacción de grupo. Aquí es donde la religión aparece en el cuadro. Por lo general, parece cierto que la creencia religiosa explica y torna reales los fines comunes últimos y que el ritual religioso robustece y renueva dichos fines en la mente de los participantes. Por eso, el hombre corriente se refiere inmediatamente a la religión cuando se lo apremia en procura de una explicación de sus valores últimos. El sentimiento mismo de profunda convicción que rodea a dichos valores es de calidad religiosa.

Conclusión

Ahora tendría que resultar evidente que se puede establecer una diferenciación sistemática de algunas de las más grandes instituciones, en términos de la integración de actos unitarios y de sus elementos. La acción tecnológica es aquella en la cual los medios son nada más que el instrumento de fines inmediatos; de ahí que la elección de los medios se efectúe solo por motivos utilitarios.

Cuando surge el problema de la asignación de medios escasos para distintos fines, se ha llegado al plano económico. El individuo adapta los medios a sus diferentes fines sobre la base de sus evaluaciones subjetivas, pero entre distintos miembros de la sociedad la asignación debe hacerse en términos de intercambio basado en la libre elección racional entre individuos. Pero ese intercambio está reglamentado por costumbres y leyes que limitan los medios que cada individuo puede usar para lograr sus propios fines a expensas de los otros. Las costumbres y las leyes son efectivas, en parte porque son puestos en vigor por la autoridad política, que puede comparar en forma arbitraria los fines de los individuos, y también porque han sido internalizados y, de tal modo, transformados en fines, valores y sentimientos en la mente de la gente. Esos fines y valores son comunes en el sentido de que no son competitivos, y últimos en el sentido de que no hay otros por encima de ellos. Un individuo no pierde nada por el hecho de que otro observe las costumbres y las leyes. Por el contrario, gana; es de su interés cuidar que los demás obedezcan. Por lo tanto, detrás de la autoridad política están los sentimientos del pueblo, que justifican la autoridad en nombre de los fines comunes-últimos. Y a su vez, la creencia y la práctica religiosas justifican los fines comunes-últimos. En sí mismos, los fines no son racionales. Por eso, el reino religioso-moral se encuentra en el extremo opuesto del tecnológico. En el reino religioso-moral hay que encontrar originariamente la unidad de la sociedad.

Escaneado con CamScanner

Una parte posterior del libro está dedicada a las grandes instituciones de la sociedad: tecnológicas, económicas, políticas y religiosas. El lector debería tener en cuenta este análisis cuando llegue a esa parte. Los elementos de la acción son esenciales para una comprensión de dichas instituciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

IVES HENDRICK, *Facts and Theories of Psychoanalysis,* Nueva York, Knopf, 1939.

El psicoanálisis se ocupa del sistema de medios y fines contenido en la mente individual. El libro de Hendrick es uno de los varios buenos resúmenes sobre la teoría psicoanalítica. Véase también la Segunda Parte de este volumen.

ROBERT M. MACIVER, *Social Causation,* Boston, Ginn, 1942, cap. VII, "Cause as Incentive"; cap. VIII, "Cause as a Responsible Agent". [Trad. esp.: *Causación Social;* México.], Fondo de Cultura Económica, 1949.

El papel de los factores subjetivos en la causación de los acontecimientos, y cómo observamos esos factores.

ROBERT K. MERTON, "Social Structure and Anomie", en RUTH NANDA ANSHEN (dir.), *The Family: Its Function and Destiny,* Nueva York, Harper, 1949. (Incluido en *Teoría social y estructura social* —4 estudios— Stgo. de Chile, A. Bello, 1960.)

En este análisis teórico de la desorganización social —revisión y ampliación de un artículo anterior—, el esquema medios-fines ocupa un lugar importantísimo.

TALCOTT PARSONS, *The Structure of Social Action,* Nueva York, McGraw-Hill, 1937, en especial caps. II y III.

De lectura muy difícil, pero excepcionalmente compensatoria cuando se domina el material. Este capítulo ha tomado mucho en préstamo de esta gran obra.

T. PARSONS, E. A. SHILS, G. W. ALLPORT, C. KLUCKHOHN, H. A. MURRAY, R. R. SEARS, R. C. SHELDON, S. A. STOUFFER, E. C. TOLMAN, "Some fundamental categories of the Theory of Action: a General Statement", publicado en T. PARSONS y E. A. SHILS (dir.), *Toward a General Theory of Action,* Cambridge, Harvard University Press, 1952. [Trad. esp. de la *Declaración General,* Cuaderno 1, Tomo X del Boletín del Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1957.]

MAX WEBER, *Economía y Sociedad* (Trad. ya citada), tomo I, cap. I

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO VI

FORMAS DE INTERACCIÓN

Gran parte del pensamiento acerca de la sociedad se desarrolla en términos de relaciones sociales. Se piensa en la relación entre padre e hijo, entre empleador y empleado, entre *líder* y seguidor, entre comerciante y cliente; o en la relación entre amigos, entre enemigos, entre niños, etcétera. Estas relaciones se cuentan entre los rasgos más evidentes de la sociedad; por consiguiente, un estudio de su naturaleza parecería constituir una elaboración de lo evidente. Pero la sociología debe analizar y clasificar las relaciones sociales, porque ellas no solo representan una forma común sino, también, una forma fundamental de organizar los datos sociales. En una palabra: la sociedad puede verse, si así se quiere, como un sistema de relaciones.

Al analizar las relaciones sociales se las descubre, muy pronto, más complicadas de lo que parecen a primera vista. Se descubre, en realidad, que para entenderlas hacen falta las herramientas conceptuales establecidas en los capítulos anteriores, por cuanto es evidente que tales relaciones comprenden normas, *status* y fines. Significan *obligaciones recíprocas, status recíprocos y fines y medios recíprocos* entre dos o más actores en contacto mutuo. Se refieren a una forma o pauta de interacción entre estos individuos, y es por ello que la escuela de sociología que ha tratado de sistematizar su pensamiento en términos de relaciones (Simmel, von Wiese, Park, Burgess, Becker) ha recibido el nombre de "escuela formalista".

Al utilizar una suerte de descripción abreviada, se habla con frecuencia de las relaciones sociales como si ellas subsistieran no solo entre dos o más individuos sino, también, entre dos o más grupos. De tal modo, se oye decir que dos naciones están "en guerra", que dos clases sociales son "antagónicas" o que dos firmas comerciales son "competidoras". ¿Qué significa el empleo de esos términos? Puede significar, simplemente, que cada vez que los miembros de dos grupos entran en contacto surge cierto modo de interacción, como cuando se dice que las familias Dinwoodie y Rutledge "no se hablan entre sí". Pero puede querer decir que los grupos, como unidades corporativas, mantienen cierto tipo de relaciones recíprocas,

en cuyo caso los que crean la relación no son todos los miembros, sino los representantes debidamente constituidos del grupo en su conjunto. No cualquier ciudadano puede declarar la guerra de su nación con otra; solo pueden hacerlo los ciudadanos autorizados a hablar en nombre de la nación en su conjunto. En realidad, los ciudadanos de dos naciones pueden luchar entre sí sin que las naciones estén en guerra. Los miembros más importantes de un grupo, en lo que respecta a las relaciones intergrupales, son aquellos dotados de poderes específicos para representar al grupo en general. La interacción entre ellos debe ser menos personal de lo que de otra manera sería, porque no representan sus "propios" intereses, sino los del grupo. Por este motivo, los contactos entre diplomáticos están gobernados por el protocolo en mucho mayor medida que los contactos entre los ciudadanos privados. Es preciso tener en cuenta esta distinción entre dos tipos de relaciones de grupos; el no hacerlo conduce a un pensamiento demasiado generalizado en cuanto a los asuntos humanos. Es evidente que toda sociedad contiene cientos y quizá millares de relaciones socialmente definidas. La familia inmediata puede contener ella sola hasta quince[1]. La cantidad de relaciones que una sociedad utiliza es simplemente un asunto de la cantidad de criterios que tiene en cuenta para definir la conducta entre los individuos. Las quince relaciones de la familia inmediata solo reposan sobre tres criterios: edad, sexo y generación. Fuera de la familia puede usarse una cantidad infinita de criterios, de modo que no existen límites para la cantidad de relaciones posibles.

De ello se sigue que catalogar todas las relaciones significativas que pueden establecerse entre los seres humanos representaría una tarea interminable. Por el contrario, es preciso clasificarlas y encararlas como tipos generales. Pero toda clasificación debe tener cierto sentido. En la ciencia social, como en todas las ciencias, la clasificación carece de utilidad a menos que emplee rasgos significativos, rasgos que faciliten el análisis causal. Por este motivo, las relaciones sociales han sido clasificadas y analizadas en términos del *género de interacción* que manifiestan. Los géneros más importantes de interacción elegidos para su consideración han sido el conflicto, la competencia y la cooperación. Cada uno de ellos tiene varios subtipos, pero la mención de los principales es por sí sola suficiente para demostrar que una adecuada comprensión de las formas de inter-

1 Padre—hijo mayor	Esposo-esposa
„ —hijo menor	hermano mayor—hermano menor
„ —hija mayor	„ „ —hermana mayor
„ —hija menor	„ „ —hermana menor
Madre—hijo mayor	hermano menor—hermana mayor
„ —hijo menor	„ „ —hermana menor
„ —hija mayor	hermana mayor—hermana menor
„ —hija menor	

Escaneado con CamScanner

acción resulta esencial para la comprensión de la sociedad. El resto de este capítulo estará dedicado a los tipos principales de interacción. Comenzará con una breve reconsideración de la naturaleza de la interacción misma; luego, por medio de un proceso de razonamiento a partir de contrarios, analizará el aislamiento (la ausencia de relaciones sociales); por último, considerará el conflicto, la competencia, la cooperación y sus relaciones recíprocas.

CONTACTO SOCIAL

Por definición, la interacción social significa contacto y el contacto requiere necesariamente un intermediario material o sensorial. Por supuesto, no tiene por qué requerir el impacto de un cuerpo directamente sobre otro, pero sí exige la existencia de un estímulo sensorial directo o indirecto entre las partes que interactúan. Pero el medio material es solo una base necesaria, no una base suficiente de contacto. Los individuos pueden estar en contacto material sin encontrarse en contacto social. Por ejemplo, dos tribus que viven en lados opuestos de un pantano, y que nada tienen que ver entre sí, pueden ser picadas, no obstante, por mosquitos que transportan continuamente la malaria de una tribu a la otra. Lo que importa no es el mero contacto físico, sino el contacto significativo o simbólico. La buena voluntad puede expresarse por medio de un apretón de manos o de una frase hablada, una carta o una sonrisa. Al estímulo sensorial se agrega un estímulo significativo. El testamento de un muerto es un vínculo material indirecto y tenue con sus herederos, pero su carácter físico es mucho menos importante que su significación. Mientras el contacto material o sensorial no adquiera significación para los yo subjetivos de las personas en cuestión, no es social en el sentido humano. La conducta social de los seres humanos está compuesta de respuestas adquiridas con respecto a las respuestas significativas de los otros. En otras palabras, la interacción humana es una interacción comunicativa.

La característica esencial de la comunicación estriba en que una persona infiere de la conducta de otra (ya sea de la palabra, el gesto o la postura) la idea o el sentimiento que esa otra persona trata de trasmitir. Entonces reacciona a la idea o sentimiento inferidos, no a la conducta como tal. La otra persona reacciona a su vez, ante esa respuesta, en términos de la idea o del sentimiento —el significado— que hay detrás de ella. Cuando una muchacha recibe flores, las mira y las huele, pero su interés principal reside en *quién* las envió y *por qué*. ¿Fueron enviadas para terminar con una pendencia, para celebrar un aniversario, para consolidar una promesa, para expresar una despedida, para alegrar una enfermedad? A menos de

Escaneado con CamScanner

que pueda responder a tales preguntas, se sentirá desconcertada, sin saber qué hacer. En el sistema de expectativas mutuas, cuya presencia en la situación de interacción se describió previamente, están incluidos los significados que hay detrás de la conducta.

Debería resultar claro ahora que una clasificación significativa de los tipos de interacción debe tener en cuenta el carácter significante del contacto social. Una clasificación de todas las relaciones sociales en dos tipos, uno que entrañe la aproximación física de los individuos entre sí y el otro que abarque el apartamiento físico de los individuos entre sí, carecería de significación sociológica. Un procedimiento tan tosco agruparía, por su semejanza, a dos hombres entregados a una pelea a puñetazos y a dos enamorados que se estrechan en un abrazo, lo cual no tendría sentido alguno.

Aislamiento

La manera más rápida de advertir la significación y la naturaleza del contacto social consiste en considerar la ausencia de tal contacto. El aislamiento absoluto, en el sentido de que un individuo no tenga contacto alguno con otros individuos en ningún momento, es, por supuesto, puramente hipotético. El estrecho cuidado paternal que el niño necesita durante cinco o seis años a fin de sobrevivir, no es simplemente automático e innato por parte de los padres sino que posee significado, es decir, está definido normativamente. De tal modo, el niño es un objeto social para los padres; si no lo fuese, no recibiría los cuidados físicos necesarios para vivir. La respuesta del niño a la situación social en la cual se encuentra ubicado se lleva a cabo al comienzo mediante la tensión física y la satisfacción. A medida que responde socialmente, adquiere conciencia de la significación simbólica de los acontecimientos que lo rodean, adopta ciertos valores y fines que le son trasmitidos, y por medio de ellos llega a controlar su conducta en conformidad con ciertas pautas normativas. A través de este proceso de socialización llega a ser una personalidad social, una unidad que responde y es modificable dentro de una maraña de relaciones sociales. Aun en el caso de que el niño sea un débil mental, adquiere cierto vislumbre de los significados comunicados, cierto grado de socialización. Solo si es un simple manojo insensible de células con forma humana se mantendrá inmune al contacto comunicativo, y aun entonces será un objeto de actitudes y de contactos significativos por parte de los otros, y únicamente en tal condición sobrevivirá.

Lo más aproximado al aislamiento absoluto de un individuo es el caso de los denominados niños salvajes, que a edad temprana son separados de la compañía humana y consiguen sobrevivir por sí solos. Estos niños —existen informes acerca de muchos— demues-

Escaneado con CamScanner

tran la enorme medida en que los rasgos de los seres humanos se adquieren socialmente [2] y, por lo tanto, la necesidad del contacto significativo para el desarrollo de la naturaleza humana tal como la entendemos. Pero su aislamiento está tan próximo al tipo hipotéticamente absoluto, que no forma parte del orden social. El tipo de aislamiento que nos interesa es aquel del cual tienen conciencia los participantes, el tipo integrado con otras relaciones sociales.

Algunos ejemplos de aislamiento significativo son los siguientes: confinamiento solitario en una celda carcelaria, dedicación solitaria a una ocupación (por ejemplo, pastor), anonimato y carencia de amistades en una ciudad, retiro voluntario de la compañía humana, etcétera. Parece difícil decir algo acerca de tales casos considerándolos como una clase de fenómenos, porque difieren en tan gran medida entre sí, de acuerdo con el contexto social en el cual se ubican. De tal modo, hay muy poca similitud entre el confinamiento solitario en una celda carcelaria y el retiro voluntario en una torre de marfil; las diferencias parecen más importantes que las semejanzas. Pero podemos decir lo siguiente: sin importar cuál sea la significación que se le asigne en la situación dada, el aislamiento del individuo siempre se considera como un valor negativo que puede tener ventajas compensatorias o carecer de éstas. Incluso, el retiro voluntario del anacoreta es considerado por este mismo, y sin duda por las personas menos devotas, como un terrible precio que se paga por la virtud; si así no fuera, difícilmente se lo consideraría digno de llevar a cabo, porque posee la naturaleza de un sacrificio. El retiro voluntario de un erudito constituye difícilmente un caso de fe guardada, porque en realidad éste se retira de la multitud de persona vivientes a fin de estar libre para el contacto comunicativo indirecto con pensadores distantes o desaparecidos, por intermedio de los libros; por lo tanto, no hace otra cosa que mostrarse selectivo en su elección de compañía.

Nuestro problema es saber por qué la persona aislada considera el aislamiento individual prolongado, y relativamente completo, como un valor negativo. En primer lugar, las otras personas constituyen y proporcionan los medios para la mayoría de los propios fines. Los miembros de la sociedad humana dependen tanto unos de otros, que sus apetitos innatos, incluso después del período de la infancia, son difíciles de satisfacer sin compañía humana; y existe una amplia gama de gustos y objetivos adquiridos que dependen de los demás para su satisfacción: por ejemplo, el gusto por el teatro, por las canciones, por una variedad de alimentos, por las noticias del mundo exterior, etcétera. Además, la estructura de la personalidad humana constituye en tan gran medida un producto de la interacción social, que tiende a decaer cuando esta interacción cesa. Es conocido el efecto pernicioso del confinamiento solitario sobre el equilibrio men-

[2] Véase cap. VIII.

Escaneado con CamScanner

tal, y representa uno de los motivos por los cuales se ha abandonado este tipo de tratamiento, salvo como castigo extremo. El individuo protege su personalidad, como mejor puede, por medio de relaciones sociales imaginarias: conversa, juega, lucha consigo mismo. Pero como en su imaginación las respuestas de los demás son siempre las que él espera, falta el elemento de novedad, de sorpresa y desafío y, por lo tanto, de estímulo real. Por último, aparte de todo el valor de mediación que puedan tener, las relaciones sociales se convierten en fines en sí mismas. No todas las relaciones sociales están dotadas de esta manera, pero muchas sí lo están, de modo que el individuo aislado llega a experimentar casi un ansia de compañía humana. Este hecho ha dado nacimiento a la creencia popular de que existe una tendencia social innata, un "instinto gregario" en los seres humanos, pero no necesitamos esta entidad misteriosa para explicar lo que se explica de manera más fácil en términos del sistema social. Una sociedad que no enseñase a sus miembros el valor de las relaciones sociales que constituyen su estructura, carecería de una ayuda necesaria para la cohesión social. En verdad, como las formas principales de la interacción en una sociedad están establecidas en las costumbres, aquéllas son valoradas *ipso facto* por los miembros de la sociedad como fines en sí mismos.

Es evidente que los motivos para la evaluación negativa del aislamiento prolongado y total son profundos. La mayoría de los individuos que tienen una concepción poética de la soledad no podrían soportar el aislamiento completo durante un día, y mucho menos durante una semana. Harían muy bien en leer los siguientes versos de Cowper:

> Alabo al francés; su observación fue sagaz:
> ¡Cuán dulce, cuán dulcísima es la soledad!
> Pero dadme no obstante un amigo en mi retiro
> a quien pueda susurrar: la Soledad es dulce.

El tipo de aislamiento que se considera deseable es siempre temporario y parcial, como, por ejemplo, el alejarse de una multitud o el encontrarse a solas durante una hora. Entonces, se denomina "vida solitaria". Pero cuando comienza a hartar se llama "soledad".

El hecho de que el aislamiento total constituya un valor negativo, junto con el motivo de este valor negativo, explica el uso que de él se hace en la organización social. Su empleo ocasional como un severo castigo significa que, por el momento, la persona está fuera de los límites de la sociedad y no es objeto de deseo para nadie; solo se le permite vivir en un sentido físico. Su esfera de medios para la satisfacción de sus fines se reduce, por fuerza, casi a cero, y ello quiere decir que sus fines carecen de importancia, es decir, que no son fines para ningún otro. El aislamiento voluntario es pocas veces completo, si lo es en alguna ocasión. Los casos extre-

Escaneado con CamScanner

mos tienen una similitud subyacente con los casos involuntarios, en el sentido de que suponen una falta de fines comunes con los otros miembros de la sociedad. Es de suponer que el anacoreta aprecia valores trascendentales, valores que el rebaño común solo respeta de labios para afuera, valores para los cuales el aislamiento constituye una condición necesaria. Su separación puede ser altamente elogiada por sus contemporáneos como un ejemplo de devoción extrema a valores trascendentales, pero si está realmente aislado no escuchará estos elogios. Solo pueden sostenerlo en su esfuerzo los valores que absorbió previamente en una relación social, pero con respecto a los cuales cree ahora que la relación social es un obstáculo. En cualquier caso, ya sea voluntario o involuntario, el aislamiento de un individuo como parte de la organización social es solo temporario y parcial. Cuanto más prolongado el aislamiento, más significa un profundo hiato entre los fines de este individuo y los del grupo. La eliminación del contacto social impide que se compartan los fines con otros.

AISLAMIENTO PARCIAL Y DISTANCIA SOCIAL

En las sociedades simples, una forma extrema de castigo por los crímenes públicos está representada con frecuencia por la expulsión de su tribu. El culpable no es necesariamente aislado de toda la humanidad, sino solo de la sociedad de la cual ha formado parte. A tal punto depende de sus parientes y conciudadanos, tan dura es la suerte del extranjero en otras regiones, que semejante expulsión equivale a menudo a una sentencia de muerte. Entre los griegos primitivos, por ejemplo, el más severo castigo por un delito cometido contra el propio grupo era la expulsión con respecto al grupo de parentesco. Al culpable se le quitaban las ropas y una multitud airada lo seguía hasta los límites del territorio del clan; en las épocas más primitivas era cuestión de suerte el que fuese muerto o no por la multitud, antes de poder huir. Tales individuos, denominados "lobos", vivían una existencia precaria en las nuevas tierras cuando escapaban con vida.[3]

Si las proscripción separa al individuo de una determinada sociedad, la excomunión lo separa de la comunidad religiosa. En las sociedades más simples, la proscripción y la excomunión son prácticamente sinónimas y se practican con amplitud. En sistemas sociales un tanto más complejos, el aspecto religioso de la vida se diferencia de los otros aspectos, de modo que un individuo puede permanecer en contacto con sus congéneres y, al mismo tiempo, estar excomulgado, es decir, excluido de los rituales sagrados que cons-

[3] GUSTAVE GLOTZ, *La solidarité de la famille dans le droit criminel en Grèce*, París, 1904, págs. 22-25.

Escaneado con CamScanner

tituyen las expresiones más elevadas de devoción a los dioses del grupo. En la medida en que la religión tenga importancia primordial, este castigo resultará severo. "La excomunión fue el primer castigo infligido por la iglesia cristiana a sus miembros y, aunque con el transcurso del tiempo se modificó su carácter primitivo, ha seguido siendo la base de la ley criminal de la iglesia."[4] Hoy, por supuesto, la excomunión tiene menos importancia que en la Edad Media, pero para el devoto católico la posee en sumo grado. En los primeros tiempos de una religión proselitista, cuando la autoridad civil no refuerza a la autoridad religiosa, la excomunión es uno de los pocos arbitrios que los fieles pueden emplear para castigar a uno de sus miembros. La excomunión, a diferencia de la proscripción, permite por lo general la readmisión del culpable después de haber hecho penitencia. Hay solo un breve paso de la excomunión al ostracismo, con el cual un grupo secular se niega simplemente a relacionarse con un individuo, ya sea por algo que éste ha hecho, o por la posición que ocupa. Con referencia a ese determinado grupo, queda alejado de toda asociación satisfactoria, aun cuando pueda conservar su posición en otros grupos.

La excomunión y el ostracismo, como opuestos al aislamiento total y a la proscripción, rigen principalmente para determinados sectores de asociación. Un joven a quien se moteja de "afeminado" puede ser condenado al ostracismo por la pandilla del barrio, pero sus relaciones con sus padres, sus maestros, su clase de la escuela dominical, pueden seguir siendo completamente normales. De tal modo, el ostracismo está estrechamente ligado con el sentido de solidaridad de determinados grupos o clases, antes que con toda la comunidad. En una u otra forma constituye, por lo tanto, un elemento penetrante y afectivo para el mantenimiento de la conformidad con las normas y la organización del grupo.

La exclusión deliberada de un individuo con respecto a un tipo de asociación puede surgir, sin embargo, no como una represalia por una conducta no ortodoxa, sino simplemente como un tabú que no entraña falta alguna de ninguna de las dos partes. Esto podría denominarse evitación mutua. Un ejemplo bien conocido lo ofrece el caso de las evitaciones entre parientes, impuestas por la costumbre, en especial entre parientes por casamiento. En gran número de sociedades primitivas, el esposo y, con menos frecuencia, la esposa adoptan una actitud de distanciamiento respecto de los parientes políticos, o no se permiten relaciones directas entre el hombre y sus parientes políticos, o bien se las rodea de numerosas restricciones. Se puede prohibir al yerno y a la suegra que se vean, que se hablen directamente, que usen los respectivos nombres, que se desnuden el uno en presencia del otro, etcétera. "Hay una anécdota de una

4 H. D. Hazeltine, "Excommunication", en *Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, MacMillan, 1937, pág. 671.

Escaneado con CamScanner

mujer kirgiz a quien se le prohibió emplear las habituales palabras denominativas del cordero, el lobo, el agua y los juncos, porque éstos constituían parte de los nombres de sus parientes por matrimonio. Por lo tanto, para hablar a su esposo de un lobo que se había llevado a un cordero por entre los juncos hacia el otro lado del agua, se vio obligada a emplear la siguiente paráfrasis: «¡Mira hacia allá; el que aúlla se lleva al que bala por entre los que susurran al otro lado de la que brilla!».”[5]

Otra forma de evitación mutua es la que existe entre hombres y mujeres. Como hemos visto al analizar la adscripción de *status* sobre la base del sexo, se estimula a los hombres y a las mujeres a vincularse en ciertos sentidos, y se los disuade de hacerlo en otros sentidos. Nuestro tabú más completo es, por ejemplo, la separación de los sexos para los fines de la excreción. Otro es el tabú sobre el incesto. Las relaciones sexuales se limitan, en general, a situaciones bien definidas. Otro tipo de evitación mutua es la que existe entre miembros de distintas clases sociales o de diferentes castas. La intocabilidad en la India significa que cuando se trata del matrimonio, de la comida, de la bebida, del fumar y del contacto físico en general, es preciso eludir a ciertas castas bajas.

Cuando el aislamiento respecto del contacto mutuo se convierte en una regla prescrita, que solo afecta a ciertos sectores de relaciones, vemos que forma entonces un principio básico de la organización social. La distancia social y la proximidad social son, por lo tanto, un principio estructural de la sociedad. La distribución sistemática de la evitación es tan necesaria como la distribución sistemática de los contactos. Pero tales evitaciones son muy distintas del aislamiento absoluto.

AISLAMIENTO DE SOCIEDADES Y GRUPOS

Pocas sociedades han estado jamás totalmente separadas de todas las otras durante un largo período de tiempo. El contacto humano, por lo menos en los milenios recientes, ha abarcado todo el globo. Y sin embargo, existen ciertos casos que impresionan a los modernos, en tanto son representativos de un grado extremo de aislamiento societario. Los habitantes más septentrionales de la Tierra, los esquimales del Polo, por ejemplo, “ocupan una estrecha franja costera [...] en Groenlandia del Norte [...]. Situada a menos de 1.600 kilómetros del Polo mismo, esta remota tribu compuesta por 271 personas [en 1926] está separada por cientos de kilómetros de sus vecinos más cercanos, los esquimales de Groenlandia occidental y

[5] Robert H. Lowie, *Primitive Society,* Nueva York, Horace Liveright, 1920, págs. 84-85.

Escaneado con CamScanner

los de la tierra de Baffin septentrional.[6] No obstante, estos esquimales no pueden haber estado completamente aislados durante ningún periodo prolongado de tiempo, porque su dialecto es tan similar a los otros dialectos esquimales, que pueden hacerse entender incluso en Alaska. Encontramos ejemplos de barreras lingüísticas harto mayores entre pueblos que viven mucho más próximos. En la isla de Nueva Guinea, por ejemplo, los aborígenes estaban divididos en grupos que hablaban veinte o más lenguas completamente distintas. En América del Norte y del Sur había, de acuerdo con la clasificación lingüística científica tradicional, 150 lenguas distintas[7]. Semejantes diferencias lingüísticas constituyen barreras efectivas para el contacto social entre pueblos geográficamente cercanos, así como entre los que están alejados unos de otros.

Si los demás elementos son iguales, cuanto más aislada una sociedad, más lentamente cambia. Se mantiene dependiente de la tradición, del *status* adscrito antes que del adquirido, de los valores sagrados y de los fines trascendentales. Le falta el efecto estimulante de la hibridación cultural. Incluso, nuestras propias comunidades montañesas, excluidas del contacto por barreras físicas, muestran el efecto de semejante aislamiento.[8]

A pesar de lo embrutecedor que pueda parecer, el aislamiento societario constituye una ayuda para la solidaridad social y, en ocasiones, se convierte en un importante anexo de la actitud etnocéntrica. El hecho de evitar al extranjero va de la mano con el amor a las propias formas de vida. Del mismo modo, dentro de la sociedad la integridad de los grupos particulares es reforzada por el mantenimiento de la distancia social (evitación) con respecto a otros grupos. Por este camino volvemos a la afirmación de que el aislamiento parcial constituye un elemento significativo de la organización social. Una forma importante en que se manifiesta la evitación de grupo es la de la *segregación residencial.* Tal segregación puede surgir de una competencia incontrolada por la vivienda en un mercado libre (separando de tal manera a la gente según su riqueza), del funcionamiento no dirigido de la actitud etnocéntrica (congregando de tal manera a las personas de determinada nacionalidad, religión u ocupación), o de la segregación deliberada de las personas según la ley como ocurre con los ghettos de la Europa fascista o medieval, la separación de los adultos casados de los no

6 G. Peter Murdock, *Our Primitive Contemporaries*, Nueva York, Macmillan, 1936, pág. 192. [Trad. esp.: *Nuestros contemporáneos primitivos,* México, Fondo de Cultura Económica, 1945.]

7 A. L. Kroeber, *Anthropology*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1923, páginas 98-100. [Trad. esp.: *Antropología General,* México, Fondo de Cultura Económica, 1945.]

8 Mandel Sherman y C. B. Key, "The Intelligence of Isolated Mountain Children", *Child Development*, vol. 3, 1932, págs. 279-290.

Escaneado con CamScanner

casados en muchas tribus primitivas, la segregación de los estudiantes universitarios masculinos y femeninos en pabellones separados.

El aislamiento parcial, sea cual fuere su forma específica, tiende a vincularse con las posiciones sociales del individuo y a expresarse en los derechos y deberes de esas posiciones. Significa que entre los individuos que ocupan distintos *status* existe una diferencia de fines. Por lo tanto, es uno de los medios por los cuales se organizan las sociedades. Parecen inevitables cierta evitación mutua, cierta distancia social, cierto etnocentrismo.

Conflicto

El conflicto es un proceso eternamente presente en las relaciones humanas. Puede resolverse en un plano, como cuando existe acuerdo respecto de los fines, y volver a estallar en lo referente a la cuestión de los medios. Pero este conflicto parcial es muy distinto del conflicto total. Este último lleva implícito la carencia de plano alguno de acuerdo y de que, por consiguiente, el método para resolver la disparidad de intereses consiste en recurrir a la fuerza física.

Se puede plantear un interrogante profundo preguntando por qué razón el conflicto, tanto en su forma parcial como en la total, es una característica constante de la sociedad humana, aunque sea desaprobado en todas partes. La respuesta se remonta a cuestiones ya analizadas. La sociedad humana no es un todo fuertemente compacto sino que tiene una integración floja. La integración no se realiza en un plano biológico, sino en un plano mental. Es preciso crearla de continuo y mantenerla en forma constante por medio de procesos psíquicos tales como el adoctrinamiento, la inspiración y la repetición. En cierto modo, debe basarse en la posesión de fines comunes y extrapersonales por parte de sus miembros. Estos fines no pueden provenir de la naturaleza biológica del hombre, sino solo del contacto comunicativo con sus congéneres; aquéllos difieren, pues, grandemente de sociedad en sociedad porque son relativos a la diferencia de cultura. Esto, pues, proporciona la primera gran base del conflicto —el etnocentrismo—, la hostilidad hacia personas con culturas diferentes y fines últimos distintos de los propios. Aquellos que poseen el mismo conjunto de fines últimos se unen y se identifican entre sí, en tanto que los que tienen un conjunto distinto hacen lo propio. Además, un grupo social tiene un carácter corporativo: un nombre, un liderazgo común, una determinada estructura, un sentimiento de familiaridad. Los individuos se identifican con esta entidad corporativa y consideran que su deber último es la lealtad a ella, trátese de un clan, una tribu, una ciudad-estado, una secta religiosa o una nación.

Escaneado con CamScanner

El tipo de conflicto entre grupos con el cual estamos más familiarizados es la guerra entre naciones, y reconocemos que el nacionalismo constituye una base esencial de tal conflicto. Ejemplifiquémoslo con el caso del Japón. Como bien se sabe, los japoneses han expresado su nacionalismo en la forma de culto al emperador. Éste se ha considerado como un ser divino, jefe supremo del Estado, sacerdote supremo de la religión estatal (sintoísmo) y símbolo de la nación. El respeto hacia él ha constituido el más profundo sentimiento, y la devoción hacia él es el deber supremo de cada japonés. El pasaje siguiente, que describe la reacción producida cuando el emperador Mutsuhito murió al término de un reinado de 45 años, ilustra perfectamente la profundidad del sentimiento.

Los médicos publicaban boletines varias veces por día, y el pueblo esperaba ansiosamente noticias alentadoras. Pero éstas eran cada vez peores. Todos los ciudadanos de Tokio estaban afligidos, porque su gran padre sufría. Los tranvías avanzaban con lentitud tratando de no hacer ruido. El populacho se reunía en torno de los fosos del palacio, bajo los verdes sauces, o en los enormes terrenos ubicados en el frente del edificio. Durante los diez días en que Su Majestad estuvo enfermo, más de diez mil hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, se reunían diariamente mirando con ansiedad hacia el palacio, más allá de los blancos muros del antiguo castillo de Yedo [...]. Nosotros, los hijos de Su Majestad —de esta manera nos denominábamos— orábamos a los dioses, los antepasados del Japón, para que devolviesen la salud al emperador. Día y noche sus súbditos permanecían en torno del palacio rezando en silencio. Diez mil personas se congregaban sin hacer un solo ruido. Las masas a las que ni siquiera millares de policías podían mantener en silencio cuando no querían hacerlo, se encontraban allí bajo el caluroso sol de julio, silenciosas, unánimes, sumidas en verdadera oración. ¡Los periódicos informaron que muchos hombres se habían suicidado en la esperanza de que sus antepasados aceptasen la ofrenda de una vida privada en remplazo de la de Su Majestad, el emperador Mutsuhito!

Al cabo, el gran espíritu del emperador Meiji ascendió al cielo, y la oscuridad cayó sobre la nación. El duelo imperial duró todo un año, dividido en tres períodos [...]; durante este lapso nos movimos en silencio, en la escuela, en la calle, aun en el hogar. No reíamos, no tocábamos música. Incluso, se postergaron los matrimonios hasta que terminó el año.

Nada habría podido ser más impresionante que el funeral del emperador [...]. Se lo ejecutó estrictamente según las costumbres de hace dos mil años, solo que en escala más vasta, debido al mayor esplendor de la nación moderna [...]. Nos vimos trasportados, en sentimiento y ambiente, al antiguo Japón [...]. Todas las calles por las que debía pasar el cortejo fúnebre fueron limpiadas de antemano y mantenidas en la máxima pulcritud y silencio. Se apagaron las luces eléctricas y se encendieron antorchas de pino [...]. Los altos funcionarios, a quienes se concedió el honor de seguir el féretro imperial, ensayaron la marcha mucho antes, con sus antiguas túnicas, llevando coronas y calzados de laca [...]. Los espectadores nos inclinamos en profunda reverencia ante el ataúd, murmurando la eterna despedida a nuestro amado Mikado en el corazón, no con la voz, aunque aquí y allá se escuchaban sollozos ahogados. Así, continuamos nuestra silenciosa oración hasta que el segundo gong nos indicó que el hijo del extinto Mikado —el nuevo emperador del Japón, que ya se encontraba en el altar temporario construido en un campo de las afueras de la ciudad para

Escaneado con CamScanner

ese fin— había recibido el féretro e iba a leer sus palabras de pesar en presencia del espíritu de su padre.[9]

Esta noble y sincera descripción nos conmueve como siempre lo hace cualquier devoción a fines ajenos a nosotros. Parece no tener nada que ver con el conflicto, y en verdad ayuda en gran medida a impedir el conflicto *dentro* de la nación. Sin embargo, puede verse que personas tan consagradas a la idea nacional están dispuestas a luchar por esta idea si de alguna manera la consideran en peligro o deshonrada. El mundo parece demasiado pequeño para contener distintos pueblos que sientan de este modo en cuanto a las entidades nacionales a las cuales pertenecen. Es muy difícil que los absolutos moren juntos en paz. La gloria de Japón, de Alemania, de Rusia, de Francia, de Estados Unidos: estas glorias no pueden perseguirse indefinidamente sin interponerse las unas en el camino de las otras. La nación es una entidad organizada, definida, capaz de ser simbolizada y convertida en el centro de la atención. Desde la infancia se enseñaba a los niños japoneses a reverenciar al emperador, a creer en los mitos en cuanto a su ascendencia divina, a adorar su retrato y a estar dispuestos al sacrificio y a la muerte por él, si era necesario. Otras naciones se glorifican a sí mismas con medios aproximadamente similares. Cada una de las naciones adquiere cohesión y fortaleza al acentuar su propio destino, en contra del de las otras naciones. Sufre menos conflictos internos, precisamente cuando está dedicada a conflictos exteriores con un enemigo. La armonía interna y el conflicto externo son, pues, caras opuestas de la misma moneda. Es por eso que la guerra se considera inevitable en un mundo de naciones soberanas. Hasta ahora, el mundo en su conjunto no está organizado como una entidad social y, por ese motivo, no puede convertirse en objeto de sentimientos, del mismo modo que se hace con una nación.

En cuanto al conflicto interno, todos los grupos organizados se esfuerzan por eliminarlo tanto como sea posible, porque el conflicto elimina el grado de cooperación necesario para la eficiencia societaria. La eliminación se logra por medio de la posesión de fines comunes por parte de los miembros. Pero no es posible eliminar todos los conflictos porque, a pesar de la presencia de valores comunes, existen también fines que se vinculan con la persona misma. Solo los individuos tienen fines, y algunos de éstos se relacionan con la satisfacción de necesidades personales: alimento, sexo, comodidad, recreación, posición social, etcétera. Tales fines son insistentes; de una u otra manera, el individuo tiende, entonces, a racionalizar su satisfacción. Como los medios son escasos, un hombre logra su fines a expensas de otro, y el conflicto surge fácilmente

[9] Baronesa SHIDZUE ISHEMOTO, *Facing Two Ways*, Nueva York, Rinehart, 1935, págs. 68-69.

Escaneado con CamScanner

a menos de que se lo controle de alguna manera. Esto se logra, en parte, proscribiendo el conflicto físico directo y la guerra intestina. El grupo organizado se reserva para sí la utilización de la fuerza y prohíbe su uso para fines puramente privados. Toda utilización permisiva de la fuerza, como ocurre en el duelo legal, tiende a ser altamente ritualizada y muy pocas veces culmina en una muerte. Pero a menudo se producen estallidos esporádicos de conflicto abierto, y en las sociedades débiles ellos ocurren con frecuencia. El esfuerzo para eliminarlos nunca obiene un éxito completo.

La supresión del conflicto abierto dentro del grupo no significa la eliminación de formas parciales de conflicto. Quiere decir, simplemente, que el conflicto no pertenece a la variedad absoluta. Existen muchas formas de vencer a un enemigo sin inferirle daños corporales. Se lo puede expulsar de su puesto, ponerlo en su lugar, darle una sensación de inseguridad. Los conflictos parciales ocurren continuamente, ya sea en la familia, en la escuela, en la fábrica o en el barrio. Son parte inevitable de la vida social.

Sea del tipo total o parcial, el conflicto atrae la atención. Es la materia con la cual se alimenta el drama. Supone que entre las dos partes no existe un terreno común, un fin superior a los intereses que las dividen, y que la única solución es la eliminación de una u otra por muerte, destierro, evitación o alguna victoria económica o social concluyente. El esfuerzo de un sistema social se dirige siempre hacia el control de la violencia en interés de los fines comunes; sin embargo, en rigor, la sociedad misma engendra situaciones de conflicto y no puede dejar de hacerlo. Al asignar distintos *status* a diferentes personas, sienta las bases para la envidia y el resentimiento. Al conceder autoridad a una persona sobre otra, prepara la escena para el abuso de autoridad y para la represalia por la fuerza. Al inculcar fines competitivos, permite que la competencia se desborde en violencia.

Por supuesto, existen mecanismos sociales que mitigan el conflicto. Uno de ellos es el humor, que alivia la tensión que de otro modo podría convertirse en violencia física. Otro, mencionado más arriba, es la distancia social o evitación. Un tercero es la formación de sentimientos, que supera el conflicto de intereses haciendo que la armonía parezca una meta más valiosa que los intereses separados de las partes antagónicas. Un cuarto es la variedad y el cambio, porque una situación existente se hace más tolerable si se sabe que no durará mucho tiempo. Un quinto es la rivalidad organizada, que proporciona una oportunidad para batallas simuladas, para una intensa lealtad de grupo, para la exhibición de valentía en la victoria sobre otros; sin embargo, como la interacción tiene una forma establecida y una conclusión definida, permite que las energías se gasten o bien en forma inofensiva o bien para ventaja de la sociedad.

Escaneado con CamScanner

Pero resulta claro que tales mecanismos no son universalmente acertados. El humor, la distancia social, los sentimientos nobles, el cambio social, la rivalidad organizada, pueden, en ciertas ocasiones, provocar el conflicto en lugar de impedirlo. La verdad es que existen elementos de conflicto en todas las situaciones, porque los fines de los distintos individuos son siempre, en cierta medida, mutuamente excluyentes. El conflicto es parte de la sociedad humana, debido a la índole propia de ésta. No existe una mente social, sino solo las mentes de individuos particulares; ni fines sociales, sino los fines de personas concretas. Si de algún modo se logra la armonía, es por medio del acuerdo de las mentes individuales, y este acuerdo se desarrolla mejor cuando existe un peligro exterior, cuando los fines comunes del grupo se enfrentan (y por lo tanto están en conflicto) con los fines comunes de otro grupo. De tal modo, la armonía interna depende en cierta medida del conflicto externo (guerra). Al mismo tiempo, el acuerdo respecto de los fines, dentro de la sociedad, no puede abarcar nunca todos los fines. Los individuos, como organismos y *egos* separados, poseen inevitablemente fines que se excluyen los unos a los otro. Buscan la consecución de sus propios fines frente a los de otros individuos, utilizando a veces medios ilegítimos y decididamente hostiles para obtener el éxito. Como los grupos humanos son unidades de textura floja en comparación con la célula, el cuerpo o, incluso, las colonias de insectos, el tipo humano de adaptación cultural depende del juego recíproco de diversos intereses dentro del grupo. Este juego recíproco no puede eludir todos los conflictos. Lo milagroso no es que existan muchos conflictos, sino que existan tan pocos.

Competencia

En contraste con el conflicto, que tiende a destruir o a desterrar al rival, la competencia simplemente trata de superar al competidor en el logro de algún objetivo mutuamente deseable. De tal modo, es una forma modificada de la lucha. Significa que existen reglas del juego a las cuales los competidores deben adaptarse, y que detrás de dichas reglas, justificándolas y sustentándolas, hay una serie de valores comunes y superiores al interés competitivo. También entraña una ausencia de coerción. Las reglas están dispuestas de tal manera que los fines deben obtenerse por métodos que no sean el fraude o la fuerza física. Si las cadenas de tiendas quitan parroquianos a los comerciantes locales ofreciendo mejores mercancías a precios más baratos, esto es competencia. Por otra parte, si los pequeños comerciantes inducen al gobierno a cobrar impuestos a las cadenas de tiendas en tal proporción que las elimine, esto no

Escaneado con CamScanner

es competencia porque el Estado posee el poder de coerción. Si un periódico metropolitano emplea a pistoleros para que destruyan los puestos de diarios que venden un periódico competidor, tampoco hay competencia. Las reglas de la competencia limitan los medios que pueden utilizarse para obtener el fin competitivo; tienden especialmente a eliminar la fuerza y el fraude. Cuando la competencia va más allá de las reglas, se trasforma en conflicto.

De ello se sigue que no existe la "competencia sin restricciones". Esta frase encierra una contradicción intrínseca. Tal como se la usa en general, significa una cantidad máxima de bienes abiertos a la competencia y una restricción mínima en cuanto a los medios que pueden usarse. Pero en ninguna sociedad se distribuyen todos los bienes sobre una base de competencia. En la actualidad, en Estados Unidos, por ejemplo, las utilidades son distribuidas por casi monopolios controlados por el gobierno; la pertenencia al ejército en tiempos de guerra no está determinada por una puja competitiva, sino por la conscripción militar; y el capitolio de Washington no se halla venta. Todas las sociedades limitan los bienes por los que se puede competir y los medios que es posible usar. La competencia nunca es enteramente "ilimitada".

Pero tampoco se la elimina jamás por completo. Como lo demuestran con claridad los mercados negros durante un período de racionamiento tienen tendencia a surgir y flotar en torno de las barreras erigidas contra ella. Siempre aparece en una u otra forma, cualquiera sea el orden institucional.

Por lo tanto, la competencia no puede identificarse con el *laissez-faire*, la libre empresa, etcétera. Éstos son, simplemente, tipos de sistemas económicos que proporcionan una amplia esfera a la competencia; no son idénticos a ésta, pero encarnan una serie de instituciones obligatorias que la facilitan. La competencia no es más que un elemento de tales sistemas. Por otra parte, un llamado sistema no competitivo no es aquel en el cual no existe la competencia, sino más bien el que la limita en medida mucho mayor que un sistema de dejar hacer. Parte esencial de cualquier sistema social, la competencia varía en cuanto a sus alcances, intensidad y tipo, de un sistema a otro. La Rusia soviética posee competición en abundancia. Lo mismo sucede en Estados Unidos, pero en forma distinta. La variedad norteamericana está modelada por las instituciones económicas de la propiedad privada, el contrato y el mercado abierto, y por la institución política del gobierno representativo. Éstos no solo definen el tipo de competencia sino que, además, le brindan un amplio horizonte. Abren las puertas a la persecución de la riqueza por medio de la habilidad empresaria y a la obtención de cargos mediante la habilidad oratoria. Se puede ir más lejos, y decir que incluso nuestras instituciones del galanteo son competi-

Escaneado con CamScanner

tivas, para no mencionar nuestra ciencia, nuestra educación y nuestros deportes.

La competencia es sumamente dinámica. Estimula el logro elevando el nivel de aspiración, amenazando con el fracaso y prometiendo el éxito, y agregando un elemento de rivalidad. Por este motivo, se torna particularmente enérgica en las sociedades complejas y cambiantes. En realidad, su vinculación evidente con lo que se denomina progreso ha conducido, en ciertos círculos, a su entronización como característica esencial de la civilización moderna. La exposición más completa de este punto de vista aparece en la teoría económica clásica, sucinta aunque irónicamente parafraseada en el siguiente pasaje:

> Los actores son seres humanos impelidos por las utilidades que brindan los artículos de consumo para vencer la inconveniencia del esfuerzo personal. Cada uno debe llevar al mercado su pizca de servicios o su propiedad, y sacar de allí lo necesario para vivir. En el mercado, los bienes y los servicios están todos rotulados con sus precios, y la riqueza personal nace de cálculos cuidadosos y astutos. Al disponer de bienes y servicios, cada uno tiene que competir con otros que poseen bienes y servicios semejantes para vender. Al buscar lo que cada uno necesita, tiene que pujar contra otro que quiere arrebatárselo. A causa de ello, el valor es soberano en la gran economía competitiva; un ascenso o una caída del precio permite comprar a los que están dispuestos a pagar más, ofrece un mercado a los que venden por menos y realiza un ajuste preciso entre la oferta y la demanda. Bajo el doble proceso competitivo de vendedor contra vendedor y comprador contra comprador, no puede suceder de otra manera. Porque si llega a ocurrir que el precio es demasiado bajo como para imponer el equilibrio, un aflujo de pedidos lo lleva rápidamente al nivel adecuado; y si es demasiado elevado, una multitud de ofertas lo hace descender. El dominio de la competencia es casi universal. El avance de las invenciones opone nuevas mercancías a las antiguas: los ómnibus a los tranvías, las refrigeradoras eléctricas al hielo, los aparatos de radio a los fonógrafos. Las necesidades, incluso, rivalizan entre sí para crear una competencia entre bienes disímiles: un automóvil moderno y un coche antiguo, una velada en el centro de la ciudad y un domingo en el campo [...]. Con los precios como guía, la competencia acomoda continuamente la producción de bienes a la cambiante demanda con respecto de ellos. Una delicada estructura de precios sensibles debe actuar continuamente como la mejor mediación que pueda existir entre las necesidades de la gente y la capacidad productiva de la industria...
>
> El sistema industrial es un mecanismo automático, autorregulador, que continuamente debe arrancar a una naturaleza avara los bienes necesarios como para producir la mayor proporción posible de placeres y la menor cantidad posible de sufrimientos. Se trata de un sistema económico newtoniano, en el cual la materia es remplazada por la riqueza, la atracción y la repulsión ceden su lugar a la utilidad y a la inconveniencia, se confiere un equilibrio a los fenómenos del mercado, como a los de los cielos, un sistema de frenos y compensaciones mantiene la máquina en orden, y la teoría de la conservación de la energía encuentra un paralelo en la ley del máximo económico.[10]

Los teóricos clásicos no solo llegaron a considerar el sistema competitivo como automático y autorregulador sino que pensaron

10 WALTON H. HAMILTON, "Competition", en *Encyclopedia of the Social Sciences,* págs. 143-144.

Escaneado con CamScanner

que explicaba todo el orden social. "El hombre individual, al buscar su propio beneficio, tratará necesariamente de producir y vender lo que tiene más valor para la comunidad; por lo tanto, «en este como en muchos otros casos —según lo afirma Adam Smith—, es llevado por una mano invisible a promover un fin que no formaba parte de su intención»." [11]

En su entusiasmo por la competencia, estos hombres pasaron por alto ciertas cosas que son fáciles de ver. Pasaron por alto las únicas instituciones y reglas que permiten el funcionamiento de la competencia: la protección de la propiedad, la puesta en vigor de los contratos, la prevención del fraude. Pasaron por alto los fines y valores comunes que no son competitivos, pero que tienen superioridad sobre aquellos que lo son. Pasaron por alto las limitaciones de los medios. Olvidaron que la competencia puede ser tan perniciosa como beneficiosa, que puede conducir al hambre en medio de la abundancia,[12] al miedo y la inseguridad, a la inestabilidad y el pánico. Olvidaron que la competencia trata a los demás como simples medios y carece en sí misma de sentimiento. Olvidaron que la competencia ilimitada conduce inevitablemente al monopolio, que el éxito mismo del fuerte conduce a un poderío gigantesco sobre el débil y crea tal desigualdad que el contrato libre se convierte en una burla. Sobre todo, olvidaron que pocos están dispuestos a pagar el precio total de la competencia, y que la seguridad es un motivo humano tan universal como la oportunidad.

En ninguna parte encontramos a personas que se sometan a una competencia total, si pueden evitarla. Los hombre de negocios tratan de erigir barreras aduaneras contra la competencia extranjera: la psicología de la línea Maginot en los asuntos económicos. Buscan ponerse de acuerdo sobre los precios y, de tal modo, impedir la competencia "degolladora", a la vez que se esfuerzan por excluir a los recién llegados e impedirles que entren en el círculo encantado y compartan con ellos el aumento de las ganancias. Tratan de comprar a sus competidores y de expandir y consolidar sus *holdings*, hasta que se hacen dueños de un imperio económico inexpugnable. Los sindicatos se declaran en huelga y forman piquetes en procura de mayores salarios, limitan el número de afiliados cobrando exorbitantes cuotas de ingreso, defienden un salario mínimo garantizado, exigen la exclusión de los trabajadores extranjeros, piden aranceles aduaneros para la protección de los productos fabricados por los

11 ROBERT E. PARK y ERNEST W. BURGESS, *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago, University of Chicago Press, 1924, pág. 504.

12 El hambre de 1943 en Bengala, por ejemplo, fue inflacionaria. Había alimentos suficientes para sobrevivir, pero el aumento de los precios provocó el atesoramiento, éste provocó la escasez, la escasez produjo mayor atesoramiento y el aumento de la escasez engendró el hambre. El remedio no estaba en una mayor competencia, sino en un sistema eficiente de racionamiento. Pero no se llegó a él porque el gobierno era débil.

Escaneado con CamScanner

obreros sindicados, abogan por el sistema de talleres que solo empleen a obreros afiliados a sindicatos, se oponen a los progresos tecnológicos que remplazan el potencial humano, utilizan la violencia para impedir que trabajen los obreros no agremiados y se aferran al principio de la antigüedad. Los burócratas tratan de protegerse por medio de los reglamentos del servicio civil, por la atención al protocolo y por la subordinación a los superiores. Las esposas y los maridos quieren tener seguridad frente a posibles rivales. Los blancos procuran limitar la competencia imponiendo a los negros una posición inferior fija.

En todas partes hay un esfuerzo por obtener seguridad erigiendo una barrera. En todas partes hay esfuerzos por aferrarse a una oportunidad violando la barrera. De tal modo, un sistema social es un equilibrio evidente entre fuerzas competitivas y no competitivas. El interludio capitalista entre la Revolución Industrial y la Segunda Guerra Mudial fue extraordinariamente competitivo. No podía durar. La demanda de estabilidad y seguridad vuelve a llevarlo a la condicción más habitual de fijeza y autoridad. Vista de cierta manera, la competencia no es otra cosa que nuestro viejo amigo, el *status* adquirido. Su opuesto es el *status* adscrito. Ya hemos visto que ninguna sociedad puede basarse exclusivamente en el uno o en el otro, pero puede acentuar al uno contra el otro. Muchos de los que hoy atacan la competencia, no están todavía dispuestos a admitir que al mismo tiempo piden la fijación de los *status*.

Cooperación

La cooperación se considera en general como lo opuesto de la competencia. Esto no es cierto, si quiere decir que en determinada situación la una excluye a la otra. Un grupo que coopera es el que trabaja unido para lograr una meta que todos desean. En muchos casos, se advierte que la competencia ayudará a la consecución de la meta, y de tal modo se permite o se instituye deliberadamente un sistema de competencia. El gobierno soviético aprendió, en los primeros tiempos de su historia, que la competencia por un salario elevado tiene un efecto estimulante sobre la productividad. Como la gran necesidad de Rusia era la de aumentar la producción con brincos y saltos desarolló un ingenioso sistema de "competencia socialista".

Si la competencia no realza los objetivos generales de la sociedad, encontrará innumerables críticos. Mientras es controlada e institucionalizada, constituye presumiblemente un medio por el cual se cumple la cooperación de todos. En realidad, lo opuesto de la cooperación es el conflicto, y no la competencia. Y sin embargo, la cooperación puede producirse sin hacer uso interno de la compe-

Escaneado con CamScanner

tencia, y entre dos competidores puede perderse de vista el lejano elemento de la cooperación. En realidad, cada uno de dos competidores que tratan de superarse mutuamente puede considerar que su propia organización es cooperativa dentro de sí misma, pero no con respecto de la otra organización. Por lo tanto, con frecuencia el efecto cooperativo último de la competencia escapa de la conciencia; el centro de la atención es la cooperación más estrecha y más íntima del grupo organizado. Eso es lo que produce la ilusión de que la competencia y la cooperación se oponen necesariamente.

La interrelación de las formas de interacción

Debería resultar claro que las formas de interacción aquí analizadas —conflicto, competencia y cooperación— dependen unas de otras. Son aspectos eternamente presentes de la sociedad humana. Todo sistema social, en realidad toda situación concreta, manifestará las tres formas de manera compleja y entrelazada. No existe grupo cooperativo, por armonioso que fuere, que no contenga la simiente del conflicto contenido. No existe conflicto, por enconado que sea, que no tenga alguna base oculta de avenencia. No hay competencia, por impersonal y despiadada que sea, que no pueda pretender haber hecho alguna contribución a una causa cooperativa más pródiga. También debería resultar claro que un análisis de la conducta social, en términos de las formas de interacción, constituye un modo indispensable de enfoque de los fenómenos sociales. Como es el último de los enfoques fundamentales que hemos de considerar, queda ahora abierto el camino para un resumen de los cuatro modos de análisis tratados.

Los cuatro enfoques fundamentales: resumen

Si los últimos cuatro capítulos tienen alguna validez, ellos indican que el estudio sociológico abarca varios puntos de vista diferentes pero mutuamente suplementarios. Aquí se han analizado, capítulo por capítulo, cuatro de esos puntos de vista. El primero y más amplio de los cuatro se concentra en las normas sociales: los usos sociales, las costumbres, las leyes y las instituciones de diferentes sociedades. El segundo, que analiza la aplicación de estas normas en *status* y situaciones particulares, considera una sociedad como un sistema de posiciones sociales ocupadas por sus miembros.

Estos dos modos de estudio se relacionan principalmente con la estructura social. Pero el tercer enfoque concentra su atención en los elementos de la acción: los fines, los medios y las condiciones en función de los cuales las normas y los *status* intervienen en la moti-

Escaneado con CamScanner

vación de cada individuo. Proporciona una visión más dinámica de los fenómenos sociales. El cuarto enfoque también es dinámico, porque estudia los procesos de interacción —conflicto, competencia y cooperación— que se producen dentro del marco social.

Estos puntos de vista no representan toda la gama de enfoques posibles en la sociología. No incluyen, por ejemplo, el punto de vista funcional * (enfoque general e inclusivo de este volumen), los enfoques evolucionista y determinista, con su énfasis en el cambio social (que se considerará más tarde) o el denominado "enfoque de problemas". Pero la combinación de los cuatro enfoques fundamentales aquí analizados proporciona una base bastante completa para el análisis de los sistemas sociales dentro de lo que puede considerarse un marco funcional. Cada una de las distintas escuelas de pensamiento, en sociología, ha tendido a subrayar una u otra de las cuatro orientaciones. El enfoque de William Graham Sumner representó esencialmente una preocupación respecto de las normas sociales [13]. El enfoque de Marx y, en una forma distinta, el de Linton representaron principalmente un interés por el *status* [14]. La obra de Talcott Parsons, que se apoyó en Max Weber y en la teoría económica, concentró su interés en los elementos de la acción [15]. Y la orientación de Robert E. Park y de la llamada "escuela de Chicago", dirigieron su atención principal a los procesos de la interacción [16]. Las obras de todos estos hombres (algunos de los cuales todavía viven) se han hecho clásicas de este terreno, y sus autores han inspirado a muchos discípulos. Además, cada uno de los cuatro puntos de vista, tomado como punto central de partida, es pasible de una muy vasta aplicación y puede tener en cuenta casi todo lo que ha sido subrayado por los otros enfoques. Los conceptos de un enfoque pueden traducirse a los conceptos de otro. Por este motivo, a muchos de los autores mencionados no les agradaría verse tan estrechamente clasificados como lo han sido aquí. Ellos mismos consideran que han abarcado todo el campo. Pero cuando generalizan cada punto de vista, a fin de representar toda la gama de los fenómenos sociales, estos hombres tienden a basarse en suposiciones y en categorías residuales para abarcar lo que su punto central de partida no cubre

* Véase Apéndice I.

13 WILLIAM GRAHAM SUMNER, *Folkways: A Study of the Sociological Importance of Usages, Manners, Customs, Mores, and Morals,* Boston, Ginn, 1906. [Trad. esp. citada.]

14 KARL MARX, *El Capital, crítica de la economía política,* publicado por primera vez en Alemania (sin ser completado), en tres volúmenes, entre los años 1867 y 1894. RALPH LINTON, *The Study of Man,* Nueva York, Appleton - Century, 1936. [Trad. esp. ya citada.]

15 TALCOTT PARSONS, *The Structure of Social Action,* Nueva York, McGraw-Hill, 1937.

16 ROBERT E. PARK y ERNEST W. BURGESS, *Introduction to the Science of Sociology,* Chicago, University of Chicago Press, 1921.

Escaneado con CamScanner

fácilmente. Por este motivo, es mejor exponer explícitamente los distintos modos de análisis y combinarlos luego en un sistema de pensamiento más completo.

Si esta obra tiene alguna originalidad, ella reside sobre todo en el esfuerzo por combinar estos modos de análisis explícitamente expresados en un enfoque funcional general. Al realizar esta tarea, la obra se expone quizá a ser acusada de eclecticismo; pero la respuesta a tal acusación es pragmática: si la combinación de enfoques conduce a una visión más perfeccionada y más flexible del sistema social, ello es prueba suficiente de su aceptabilidad. Si todos los enfoques son puestos en funcionamiento y si las relaciones entre ellos se tienen sistemáticamente en cuenta, se evitará la superficialidad del eclecticismo. El resto del libro constituye en esencia un esfuerzo para aplicar estos cuatro enfoques a los fenómenos sociales. La parte analítica principal está contenida en los capítulos anteriores. Los capítulos futuros representan un esfuerzo por aplicar estas herramientas analíticas a la relación de la sociedad con la persona, al análisis de grupos, al estudio de las instituciones fundamentales y a la comprensión del cambio social. El éxito o el fracaso de la empresa podrá juzgarlo el propio lector.

Antes de enfocar los problemas más vastos que se acaban de mencionar, parece prudente dar al lector un breve ejemplo, a modo de ilustración, de cómo puede resultar esclarecedor el análisis sociológico de un fenómeno específico. Para este fin se ha elegido un asunto que, por lo general, no se consideraría apto para prestarse a un estudio de la ciencia social. El tema lo constituyen los celos; su análisis se presenta en el capítulo siguiente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CHESTER ALEXANDER, "Antipathy and Social Behavior", en *American Journal of Sociology,* 51, enero de 1946, págs. 288-292.
Un análisis breve pero significativo de la antipatía en la conducta interpersonal.

CRANE BRINTON, *The Anatomy of Revolution,* Nueva York, Norton, 1938. [Trad. esp.: *Anatomía de la revolución,* Madrid, Aguilar, 1958.]
La tentativa de un historiador de exponer las uniformidades, las etapas y los elementos típicos del conflicto revolucionario. Basado en el estudio de cuatro revoluciones populares: la francesa, la norteamercana, la inglesa y la rusa.

ARTHUR R. BURNS, *The Decline of Competition,* Nueva York, McGraw-Hill, 1936.
Un destacado análisis de las formas en que la competencia se debilita en la vida económica y en la teoría económica.

LYFORD P. EDWARDS, *The Natural History of Revolution,* Chicago, University of Chicago Press, 1927.
"Nada pretencioso, sugestivo, exploratorio. Una de las mejores introducciones al tema de que se dispone en inglés. El señor Edwards no

Escaneado con CamScanner

intenta hacer más que un esbozo de los problemas esenciales e indicar posibles trabajos futuros. Admirablemente libre de alegatos especiales": comentario de Crane Brinton.

MARGARET MEAD (dir.), *Cooperation and Competition in Primitive Societies,* Nueva York, McGraw-Hill, 1936.

Un análisis, realizado por antropólogos, de la cooperación y la competencia en varias sociedades primitivas. Promete más de lo que da, pero reúne algunos materiales comparativos sobre este tema.

WILBERT E. MOORE, *Industrial Relations and the Social Order,* Nueva York, MacMillan, 1946, cap. XVII, "Labor Organization"; cap. XVIII, *"Collective* Bargaining"; cap. XIX-XX, "Industrial Conflict". [Trad. esp.: *Las relaciones industriales y el orden social,* México, Fondo de Cultura Económica, 1954.]

Análisis sociológico de las relaciones laborales. Cada capítulo tiene una extensa bibliografía.

WILLIAM F. OGBURN y MEYER F. NIMKOFF, *Sociología,* Madrid, Aguilar, 1955 [Trad.], cap. IX y X.

GEORG SIMMEL, "The Sociology of Conflict", en *American Journal of Sociology,* vol. 9, (1904-05), págs. 490-525, 672-689, 798-811. [Véase cap. IV, "La Lucha", en la trad. esp.: *Sociología,* Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1939.]

Una obra maestra de formulación teórica. Traducido de partes del gran tratado alemán del autor sobre sociología.

HANS SPEIER y A. KÄHLER (dir.), *War in Our Time,* Nueva York, Norton, 1941.

Un simposio sobre los aspectos sociales de la guerra. El compilador principal es una destacada autoridad en sociología de la guerra.

EDGAR T. THOMPSON (dir.), *Race Relations and the Race Problem,* Durbam, N. C., Duke University Press, 1939.

Todo el volumen enfoca las relaciones raciales desde el punto de vista de la interacción, pero dos artículos, los de E. B. Reuter y Guy B. Johnson, encaran especialmente la competencia y el conflicto en las relaciones de razas.

W. LLOYD WARNER y J. O. LOW, *The Social System of the Modern Factory; The strike: A Social Analysis,* New Haven, Yale University Press, 1947, cap. I, "The Strike-Why Did It Happen"; cap. II, "Prelude to Conflict"; cap. III, "The Natural History of a Strike".

Un análisis sociológico de una huelga que arroja luz sobre la naturaleza de la interacción social y, en especial, sobre el desarrollo del conflicto. Véase también el artículo de Scott y Homans, cap. XI.

KIMBALL YOUNG, *Sociology,* Nueva York, American Book, 1942, cap. XXIV, "Competition"; cap. XXV, "Conflict"; cap. XXVI, "War as Conflict and Institution"; cap. XXVII, "Cooperation".

Presentación de manual. Cada capítulo tiene una bibliografía clasificada.

Escaneado con CamScanner

SEGUNDA PARTE

EL INDIVIDUO Y SU SOCIEDAD

CELOS Y PROPIEDAD SEXUAL: UN EJEMPLO.
SOCIALIZACIÓN. INTEGRACIÓN DE LA PERSONALIDAD.
DESORGANIZACIÓN DE LA PERSONALIDAD.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO VII

CELOS Y PROPIEDAD SEXUAL: UN EJEMPLO

A primera vista, los celos pueden parecer un tema extraño para ejemplificar el valor de un enfoque sociológico. Por lo general, se los considera como una emoción, como un fenómeno individual o psicológico que tiene muy poco que ver con la cultura y la organización social. Pero esta misma concepción de los celos los convierte en un ejemplo útil. Si puede mostrarse que un modo sociológico de análisis arroja nueva luz sobre el asunto, quedará evidenciado el valor de tal análisis.

En realidad, todos los tipos de análisis sociológico presentados en los capítulos anteriores parecen aplicables a los celos. En primer lugar, resulta razonable suponer que los celos tienen una función atinente al equilibrio emocional del individuo y también con referencia a la organización social. En segundo lugar, parece que las manifestaciones de celos están determinadas por la estructura normativa e institucional de la sociedad dada. Esta estructura define las situaciones en las cuales aparecen los celos y reglamenta la forma de su expresión. De ello se deduce lo siguiente: salvo que la conducta celosa se observe en distintas culturas o a menos de que se adopte un punto de vista comparativo, no es posible concebirla en forma inteligente como un fenómeno humano. En tercer término, las situaciones en que se producen los celos abarcan los *status* y papeles de diversas personas en su recíproca referencia. Por medio de la definición de estos *status* y papeles el marco institucional gobierna las manifestaciones de la emoción de los celos. En cuarto lugar, como los distintos participantes en el enredo amoroso (y solo estamos considerando los celos sexuales) persiguen fines con distintos medios, la comprensión de su conducta exige el análisis en términos de medios, fines y condiciones. Por último, los celos entrañan cierto proceso de interacción: competencia, rivalidad y transgresión. También estos procesos deben entenderse en su contexto social, porque están institucionalmente reglamentados y son culturalmente variables. En conjunto, parecería claro que un enfoque sociológico posee posibilidades definidas de contribuir a un conocimiento de este género particular de emoción.

Escaneado con CamScanner

La propiedad sexual como institución [1]

Descartes definió los celos como "un tipo de miedo relacionado con el deseo de conservar una posesión". Si se refería a lo que se acostumbra llamar conducta celosa, estaba muy en lo cierto. En todos los casos se trata claramente de una reacción temerosa o colérica ante la amenaza de una apropiación de lo que es de uno o de lo que se desea tener como propiedad. Más adelante, en el capítulo XVII, nos ocuparemos de la propiedad económica como institución social. La propiedad sexual difiere de la económica en muchos sentidos, pero, ello no obstante, tiene algunas semejanzas con esta última. Entre otras cosas, la propiedad sexual está institucionalmente definida y reglamentada. Comencemos, entonces, por considerar los celos con respecto a la propiedad sexual.

Los conflictos relacionados con la propiedad abarcan cuatro elementos: Propietario, Objeto, Público y Rival o Transgresor. Si la índole de los conflictos corresponde a la competencia antes que a la transgresión, el sujeto es un presunto propietario y su enemigo es un rival, no un transgresor. Una falacia popular ha sido la de concebir la situación de celos como un "triángulo". En realidad, se trata de un cuadrángulo, porque el público, o la comunidad, siempre representa un elemento interesado en la situación, y el hecho de no haber sido nunca incluido ha llevado a no entender el carácter social de los celos. Las relaciones entre los cuatro elementos están reglamentadas culturalmente. Son corrientes en la sociedad dada y constituyen la constelación tradicional establecida de derechos, obligaciones y neutralidades que puede denominarse propiedad sexual. Están sustentadas y expresadas por las actitudes recíprocas de las partes que interactúan.

Pero como el objeto no se encuentra siempre realmente en manos de su propietario, es preciso distinguir la propiedad, de la posesión, ya que la una es cuestión de leyes y costumbres y la otra es cuestión de hecho. La posesión por una persona que no sea propietaria puede ser lícita o ilícita. La posesión ilícita atestigua que las reglas de propiedad son susceptibles de evasión. La posesión lícita por una persona que no sea el propietario, como en el caso de una propiedad prestada o alquilada, subraya la fuerza de estas reglas.

La adquisición de propiedad se realiza por lo general de acuerdo con normas socialmente establecidas de competencia, y en muchos casos por etapas. En la etapa inicial, el campo es por lo general accesible para una clase de personas, y cualquier miembro de esta clase es libre de presentar sus pretensiones al respecto. Las series

[1] Este y los apartados subsiguientes del capítulo aparecieron primero en *Social Forces,* vol. XIV, marzo de 1936, págs. 395-405, bajo el título "Jealousy and Sexual Property". En la presente versión el artículo ha sufrido solo modificaciones leves.

Escaneado con CamScanner

de clasificación en un torneo de golf o la repentina aparición de una joven desconocida pero atrayente son ejemplos que vienen al caso. Unos pocos competidores toman gradualmente la delantera. El orden social exige entonces que los demás reconozcan la superioridad de aquéllos, abandonen la lucha y dediquen su atención a otra cosa. Por último, después de una continuada competencia entre los pocos favorecidos, vence un competidor. Ésta es la señal para que todos los que al principio estaban interesados abandonen toda pretensión de derechos y acepten la derrota con buen ánimo. El fin ha dejado de ser legítimo para ellos, porque la competencia por esa determinada propiedad está ahora, por edicto social, temporaria o permanentemente terminada. Es propiedad de un solo hombre, detrás de cuyo título se halla la autoridad de la comunidad.

Pero los valores no cambian invariablemente de mano en forma tan ordenada. Los inescrupulosos se muestran siempre dispuestos a tomar posesión desafiando las reglas, a remplazar el orden de la rivalidad por el desorden de la transgresión. En cualquier etapa, aun con riesgo de la represalia organizada, pueden trastornar el procedimiento y tomar posesión física del objeto.

Existen, pues, dos peligros que acosan a cualquier persona en lo que a propiedad se refiere. El primero es que alguien la venza en competencia legítima. Éste es el peligro de la rivalidad superior. El segundo es el de que alguien le arrebate ilegítimamente la propiedad ya adquirida. Éste es el peligro de la transgresión.

La mayoría de las emociones virulentas están ligadas a estos dos peligros; se dirigen a un rival o transgresor, o bien a alguien que ayuda a un rival o transgresor. Ellas pueden ser reprimidas por la cultura del grupo, o utilizadas para mantener la distribución organizada de la propiedad. En general, el miedo y el odio hacia los rivales son institucionalmente reprimidos, y el miedo y el odio hacia los transgresores, estimulados.

En las etapas iniciales de la adquisición, el temor a los rivales es con frecuencia fundamental. Este temor no es más que el reverso de un enérgico deseo de vencer. En la medida en que la sociedad estimula el deseo de vencer y desarrolla en el individuo un impulso emocional con tal fin, incita inevitablemente el miedo a perder. Por lo mismo, cuando la derrota se produce en la realidad trae como consecuencia la frustración de un fuerte deseo y, por lo tanto, provoca una emoción inevitable. Esta emoción ocurre a menudo, ya que la mayoría de los competidores no pueden vencer. Sin embargo, una vez que la propiedad se encuentra en manos del vencedor, la organización social exige que tales emociones sean contenidas. La sociedad tiende necesariamente a reprimirlas y a estimular a los rivales de otrora a ser "buenos perdedores", "buenos deportistas".

Pero el rival triunfante no tiene por qué suprimir estas emociones. Una vez establecido como propietario, la cultura lo incita

Escaneado con CamScanner

a expresarlas con respecto de cualquier transgresor. La libre expresión de las emociones malévolas contra un transgresor protege la distribución establecida de la propiedad y mantiene las reglas fijas para su adquisición competitiva.

Tipos de actitudes con respecto a la propiedad

La relación afectiva entre dos personas, ¿puede ser concebida como una relación de propiedad? Ésta es una pregunta que no puede contestarse con apresuramiento. La relación sentimental no es por cierto idéntica a la propiedad *económica,* aun cuando la pura satisfacción sexual (como ocurre en el caso de la prostitución) pueda serlo. El afecto supone que el objeto es deseado en y por sí mismo. Por lo tanto, no se lo puede comprar y vender; no es un medio para obtener alguna otra cosa, no es una cosa económica. Pero la relación sentimental tiene los rasgos característicos de la propiedad en general. Está, por encima de todo, altamente institucionalizada; entraña cierto tipo de exclusividad institucionalizada, rodeada de derechos y obligaciones. Hay competencia por la posesión, un sentimiento de propiedad por parte del competidor triunfante, una actitud de "fuera las manos" por parte del público, y un resentimiento general contra cualquiera que trate, como transgresor, de romper la relación "robando" el objeto. En vista de estas consideraciones, parece posible aplicar el término propiedad a la posesión institucionalizada del afecto. En apariencia, no existe otro término que describa los tipos de posesión sancionada que no son económicos. Ello no obstante, es preciso aclarar la distinción entre propiedad económica y no económica. Esto puede lograrse por medio de una consideración más detallada de los tipos y subtipos de propiedad, principalmente en términos del esquema medios-fin.

La propiedad económica es aquel tipo en el cual el objeto poseído es un medio para un fin ulterior. La propiedad no económica es aquel tipo en el cual el objeto constituye un fin en sí mismo. Se pueden distinguir varios subtipos bajo cada denominación, pero nos conformaremos con distinguir tres clases de propiedad económica y una de propiedad no económica, denominándola según la actitud que el *yo* adopte en cada caso hacia el objeto. Respectivamente: *necesidad, vanidad, orgullo* y *amor.*

1. *Necesidad.* Algunos objetos de propiedad satisfacen necesidades orgánicas. Los alimentos, el albergue, una prostituta o un criado pueden ubicarse dentro de esta categoría. El objeto no es valorado en sí, sino simplemente como un medio de satisfacer la necesidad; puede ser comprado, vendido y sustituido. La actitud del público es subsidiaria. La persona desea que el público considere el objeto como de su propiedad, pero solo porque lo necesita.

Escaneado con CamScanner

2. *Vanidad.* Cuando un objeto es valorado no por la satisfacción de una necesidad, sino por la reacción que provoca en los vecinos, y cuando la única vinculación entre el dueño y el objeto es la simple posesión, resulta evidente una nueva situación de propiedad. La actitud del público ya no es subsidiaria, sino fundamental. Un diamante costoso, un sombrero de copa, un automóvil largo, son inútiles, salvo como símbolos e instrumentos del *status* social del dueño. El fin ulterior es la aprobación envidiosa de la comunidad.

En tanto que en la situación de necesidad un rival o transgresor solo podría actuar logrando la posesión del objeto concreto, en la situación de vanidad puede emplear un procedimiento adicional. Puede lograr el fin ulterior por la posesión de un objeto diferente pero superior.

La vanidad es con frecuencia condenada por motivos morales, porque no existe una relación necesaria entre el mérito y la posición de un objeto envidiable. Un tonto puede heredar una corona, un campesino ignorante adquiere riquezas petroleras; una muchacha tonta posee una belleza incomparable. Cuando semejantes personas se atribuyen el mérito de tales posesiones, son vanas, y esta vanidad es, en opinión del público, fútil y desagradable.

3. *Orgullo.* Este tipo se caracteriza por una relación intrínseca entre dueño y objeto. El objeto representa ciertas formas de consecución y refleja la habilidad profesional del dueño. Por lo tanto existe una conexión necesaria, reconocida por el público, entre las cualidades del dueño y la naturaleza de su posesión. La propiedad es, en verdad, más una cuestión de consecución que de tecnicismo legal. Lo único que la ley y el público pueden hacer es reconocerla y protegerla cuando aparece en forma de derechos de propiedad literaria, patente y otras reglas; no la pueden crear.

4. *Amor.* En los tres casos anteriores, el objeto, si bien no es necesariamente inanimado o totalmente pasivo, no tiene un papel dinámico en el equilibrio. Pero en el caso actual el fin deseado consiste en una actitud personal, en una actitud de afecto. Como el afecto es un fenómeno de la voluntad, el problema de la posesión es puesto con ello, en gran medida, en manos del objeto que uno desea poseer.

De esta peculiaridad surgen las otras idiosincrasias del amor-propiedad. Descubrimos, por ejemplo, que un amante celoso (suponiendo, a los fines del ejemplo, que es masculino) ataca con frecuencia al objeto amoroso, tratando de impedir que dirija su afecto hacia otras personas o vengándose de él por haberlo hecho ya. Como domina el elemento vital de la situación —el objetivo que la otra parte busca—, el objeto se encuentra en situación de decidir el problema. Puede conceder su afecto ya sea al Yo o a su rival, según se le ocurra. Un hombre puede destruir sus alimentos a fin de impedir que otros los obtengan; puede destruir sus joyas u otros elementos

Escaneado con CamScanner

de prestigio; incluso puede renunciar a su profesión y abandonarla; pero a menos que se lance a un acceso de cólera antropomórfico, no puede destruir de esa manera su posesión por resentimiento contra la posesión misma. Un hombre que rompe su palo de golf después de un tiro errado, sabe perfectamente bien que el palo no tenía voluntad alguna en el asunto; sin embargo, en el caso de los celos sexuales, el resentimiento puede dirigirse más contra el objeto del amor que contra el rival. Todos conocen las distintas formas de agresión practicadas, unos contra otros, por los enamorados, que varían desde el asesinato directo hasta la crueldad mental.

En las situaciones de vanidad y orgullo hemos hecho notar que la cosa realmente deseada era la envidia o la admiración del público: en otras palabras, una actitud. El objeto realmente poseído era un medio para ese fin. Lo mismo rige para la situación de amor, donde se desea una actitud de afecto. En esta medida las tres situaciones de propiedad –vanidad, orgullo y amor– son similares y vemos que el término "celos" ha sido aplicado en una u otra oportunidad a todas ellas, especialmente a la situación de orgullo, como cuando hablamos de "celos profesionales". Solo a la situación de necesidad parece totalmente inaplicable el término celos.

Pero como se ha hecho notar, la situación de amor-propiedad se destaca de las otras en el sentido de que la actitud deseada es una actitud del objeto mismo y no del público en general. Esto tiene un profundo efecto sobre las actitudes incluidas. El objeto no solo se convierte en sujeto de agresión celosa porque es un objeto humano, sino que existe además en las relaciones una reciprocidad que falta en las otras formas de propiedad.

La relación de afecto implica un intercambio recíproco, mutuo, entre dueño y objeto, que no rige para las otras formas. En verdad, ambos son dueños y ambos son objetos al mismo tiempo. La relación de amor, a diferencia de las otras relaciones de propiedad, es un fin en sí misma. El objeto del afecto desempeña un papel dinámico en lo referente a determinar la dirección de la situación del conflicto por su capacidad para decidir el carácter de esa relación. Esto explica, sin duda, por qué los conflictos que giran en torno del amor engendran más emoción que los otros tipos y exhiben una cualidad más dramática. Cuando el objeto poseído es otra persona, la tendencia universal del posesor a identificarse con la cosa poseída (convirtiendo "mío" en "yo") recibe la máxima oportunidad para expresarse. El enamorado siente que su amor forma parte de él y que su existencia carecería de sentido sin ella. Aun así, simplemente porque el objeto del amor no es inerte sino poseído de voluntad, esta identificación personal es quizá la más tenue de todas en la situación de amor. El objeto poseído tiene poderes para anular la posesión. Esto significa que la relación amorosa es a la vez extraor-

Escaneado con CamScanner

dinariamente íntima y extraordinariamente inestable o tenue. A raíz de ello es doblemente intensa y tiene una gran carga de emoción.

Cada tipo de situación de propiedad descrito aquí es, por supuesto, una abstracción, un tipo ideal. Los motivos y las actitudes están casi siempre mezclados en las situaciones de la vida real. La necesidad, la vanidad, el orgullo y el amor estarán presentes en casi todas las situaciones concretas. Muy pocas veces, por ejemplo en la situación de vanidad, la posesión pura es la razón para la envidia y el respeto del público. Por lo general el secreto de tal envidia y respeto es el de que la posesión implica poder. Este poder puede ser valorado simplemente por la envidia que provoca, en cuyo caso la relación se mantiene dentro del tipo de vanidad. Puede ser valorado porque le permite a uno satisfacer necesidades, triunfar en el amor o adquirir habilidades, en cuyo caso se ubica, por inferencia, en uno u otro de los tres tipos de no vanidad. En la vida real varias de estas actitudes, o todas, se encuentran presentes en la misma situación. En la relación del hombre y la mujer puede muy bien haber —y por lo general hay— una actitud de necesidad, de vanidad y de orgullo (o de sus opuestos), así como una actitud de amor.

La secuencia dinámica

Al describir los cuatro tipos de relación de propiedad hemos detenido cuatro procesos en el aire. No son estáticos sino dinámicos; son situaciones de conflicto inestables que tienden inevitablemente a su propia solución. La fidelidad a los hechos exigiría que se diese alguna idea en cuanto a la secuencia del proceso desde el *début* al *dénouement*.

Una secuencia completa, en un conflicto de propiedad amorosa, comenzaría con la fase de la rivalidad. Describiría las cambiantes actitudes de los rivales, y del objeto del afecto y el público, a medida que algunos de los competidores son eliminados y uno triunfa finalmente. La fase siguiente mostraría al triunfador en la segura posesión, en ciertos planos de propiedad, tales como el plano de la "amante", la "novia" o la "esposa". Ya no se siente celoso, porque la rivalidad ha terminado, no existe ningún transgresor a la vista y el público tiene una actitud de "no molestar". La tercera fase, la transgresión, describiría la actitud de Yo en el momento en que tiene conciencia de la existencia de un enemigo: sus sentimientos hacia el transgresor, el objeto del amor y el público. Describiría también las actitudes del transgresor, y como la dirección de la secuencia gira en gran medida en torno a la mujer (por lo menos en nuestra cultura), describiría las actitudes de ésta hacia el enamorado, el rival y el público. Si está de parte del transgresor y se halla dispuesta a correr el riesgo de la cólera del Yo y de la comunidad,

Escaneado con CamScanner

puede que el Yo salga perdiendo. Por otra parte, si no está de parte del transgresor, si éste mismo no se encuentra dispuesto a correr el riesgo, o si el Yo o el público utilizan una fuerza irresistible, puede vencer el Yo. La multiplicidad de actitudes entre las cuatro partes en interacción recíproca se torna sorprendentemente compleja. Son posibles innumerables combinaciones. Describirlas todas resultaría una fascinante aventura de exploración de la anatomía de la realidad dramática, pero exigiría también todo un volumen.

Una actitud que parece depender de la etapa del conflicto es la envidia. La envidia es la actitud no del dueño, sino de un observador o un rival en potencia. Implica que a una persona le gustaría tener lo que tiene otra, pero que en ese momento no hace esfuerzo alguno para arrancárselo. Difícilmente puede estar presente en el espíritu de uno al mismo tiempo que los celos, porque estos últimos implican cierto derecho a la posesión o por lo menos un derecho a la competencia. La envidia es en cierto sentido inevitable. En la medida en que el deseo de ciertos valores es infiltrado en la mente, la persona que no posee dichos valores deseará inevitablemente encontrarse en el lugar de la que sí los posee, y a veces, en secreto deseará que la otra no exista. Pero como la envidia es por lo general contraria a la distribución establecida de los valores del mundo, el grupo en su conjunto la contempla con ceño.

Celos e intimidad

Como en la propiedad del amor el objeto de la posesión es la devoción de otra persona, podemos suponer que los celos tienen una relación directa con la sociología de la intimidad. La naturaleza de las relaciones íntimas o *primarias* se encara en el capítulo XI. No anticiparemos aquí ese capítulo, sino que plantearemos simplemente la cuestión de la forma en que los celos se relacionan con el tipo íntimo de vínculo social.

Aunque los celos pueden aparecer solo cuando existe una presuposición de asociación *primaria* en el pasado, presente o futuro, habría que destacar el hecho de que ellos indican también, por lo menos, una negación parcial de esa relación entre personas a las que comúnmente adscribimos la intimidad. Admiten que el afecto se ha extraviado o puede extraviarse en la dirección de un rival o transgresor. Incluso, cuando ello no ha sucedido en la realidad, los celos demuestran, por parte del enamorado, una desconfianza contraria a la armonía de la perfecta intimidad.

¿Cuál es, pues, la función de los celos en la asociación íntima? Como reacción de temor en las etapas iniciales de la rivalidad es, simplemente, el reverso del deseo de conquistar el objeto. Como el deseo de conquistar ha sido institucionalmente cultivado, es inevi-

Escaneado con CamScanner

table que el temor de perder sea estimulado también, aunque su expresión resulte públicamente desaprobada. Pero una vez lograda la propiedad, los celos constituyen una reacción de temor y cólera destinada a proteger, mantener y prolongar la asociación íntima del amor. Ellos protegen a esta relación personal de las intrusiones exteriores. Esto no significa que jamás frustren sus propios objetivos por un exceso. Tan profundamente emocionales son los celos, que su aparición en medio de las modernas relaciones sociales (que son más ventajosamente manipuladas por una astucia serena) se asemeja a la de un toro en una tienda de porcelanas. Ello no obstante, su intención es protectora. Solo constituye una negación de la armonía de la intimidad, en la medida en que su presencia admite una ruptura; y solo la destruye en la medida en que frustra sus propios fines.

Los celos subrayan dos características de las relaciones primarias: sus cualidades últimas y personales. La relación, para la persona celosa, es un fin último en sí mismo, y todas las otras consideraciones resultan secundarias. Esto explica los extravagantes crímenes tan a menudo vinculados con los celos, crímenes solo comprensibles sobre la base de la suposición de que para el criminal el afecto de una determinada persona representa el valor supremo en la vida. También explica la concomitancia entre los celos extremos y el amor romántico. La cualidad "personal" de la relación se manifiesta por la renuncia de la persona celosa a concebir sustituto alguno para la "única". El celoso insiste en el carácter único de la personalidad. Si se suprimiera la persona particular, desaparecerían toda la relación y su emoción de celos concomitante.

Un antiguo debate plantea el interrogante de si el afecto es divisible o no. ¿Es posible amar sinceramente a dos personas al mismo tiempo? La mayoría de las autoridades en materia de relaciones sexuales responden que es posible, y citan casos que lo prueban. Iwan Bloch, por ejemplo, afirma que la pasión simultánea por varias personas se produce repetidamente[2]. Agrega que la amplia diferenciación psíquica entre los individuos, en la sociedad moderna, aumenta la posibilidad de esos amores simultáneos, porque es difícil encontrar en una sola persona el propio complemento total. Bloch proporciona numerosos ejemplos de la historia y de la literatura, en especial de casos en que un aspecto de la naturaleza de una persona (por lo general, el intelectual) es satisfecho por un amante, y otro aspecto (por lo general, el sensual) por otro.

2 Iwan Bloch, *Sexual Life of Our Time,* Nueva York, Allied Book, 1926, págs. 206-207. Havelock Ellis, *Studies in the Psychology of Sex, VI,* Filadelfia, F. A. Davis Co., 1914, págs 568-569, [Trad. esp.: *Estudios de psicología sexual,* Madrid, Reus, 1912-1913.], está de acuerdo con ello. También lo está Joseph K. Folsom, *en su Social Psychology,* Nueva York, Harper, 1931.

Escaneado con CamScanner

La conclusión que invariablemente se deduce de esto es la de que los celos son dañinos e injustificados. Pero terminar el análisis con este argumento ético es no comprender el verdadero sentido del asunto. Aunque el amor sea divisible como cualquier otro valor distributivo, las instituciones dictan el modo y la amplitud de la división. Allí donde la posesión exclusiva de todo el amor de un individuo es la costumbre, los celos exigirán esa exclusividad. Allí donde el amor está dividido, lo estará con arreglo a cierto esquema y los celos reforzarán la división.

Rivalidad, transgresión y clase social

En tanto que la situación de propiedad del amor contiene una relación de intimidad y, por ende, se ve esclarecida por la sociología de la asociación primaria, contiene también un género de relación diametralmente opuesto —la de poder—, que incumbe a la sociología del dominio y la subordinación. Esta relación que prevalece entre el amante y su rival o transgresor no es un valor en sí misma, sino un medio para un fin ulterior; y connota una absoluta oposición de resultados, en el sentido de que si uno triunfa, el otro fracasa. El rival o transgresor puede ser un extraño o un amigo íntimo; en cualquiera de los dos casos, en cuanto atañe al objeto común es un enemigo.

Aquí, como en otros puntos del análisis, tiene importancia saber si el enemigo es un transgresor o un rival. La rivalidad es más aguda en las primeras etapas de la adquisición, y los celos, en ese momento, constituyen un temor de no conquistar el objeto deseado. Se supone que es preciso mostrar hacia el rival cortesía y espíritu deportivo, lo cual significa que la sociedad exige, en este contexto, la represión de la animosidad celosa. La competencia reglamentada constituye el *sine qua non* de la distribución de la propiedad y, por lo tanto, de la organización social estable. Pero cuando una persona gana la delantera y demuestra tener títulos superiores, sus rivales, ocultando sus sentimientos de desilusión celosa, tienen que renunciar. Si un rival insiste después que el vencedor ha consolidado su pretensión con el adecuado ritual institucional, deja de ser un rival para convertirse en un transgresor.

Los celos hacia el transgresor son estimulados, antes que suprimidos, porque tienden a conservar las instituciones fundamentales de la propiedad. En nuestra sociedad, los tíos nunca experimentan celos por el afecto que los sobrinos tienen a su padre. Pero los tíos de las sociedades matrilineales los experimentan con frecuencia, porque en ellas existe un estrecho vínculo, socialmente prescrito, entre tío y sobrino. El respeto del sobrino es propiedad del tío; si aquél se lo concede al padre (como a menudo sucede, debido al íntimo

Escaneado con CamScanner

lazo entre padre e hijo), el tío se muestra celoso.[3] Los celos no se producen en las situaciones naturales. Y las "situaciones naturales" son sencillamente las que se definen en términos de las instituciones establecidas. Nuestras emociones nocivas –el miedo, la cólera, el odio y los celos– surgen ante cualquier tentativa ilícita por obtener las propiedades que poseemos. No las manifestamos cuando se realiza una tentativa legítima, en parte porque en tal caso no tenemos la sensación subjetiva de "ser agraviados", y en parte porque su expresión recibiría la desaprobación de la comunidad. La función social de los celos contra un transgresor estriba, pues, en extirpar cualquier obstáculo para el funcionamiento correcto de la maquinaria institucional.

Los análisis de los celos pasan por alto, en general, la diferencia existente entre rivalidad y transgresión. Un ejemplo que viene al caso es el antiguo problema de si se puede sentir celos de una persona que no es la igual de uno. Si esa persona es un transgresor, la respuesta es que puede encontrarse a cualquier distancia en la escala social; pero si es un rival, no puede estar muy lejos.

La rivalidad entraña, por empezar, cierto grado de igualdad. Cada sociedad indica cuáles de sus miembros son candidatos a competir por ciertas propiedades. Si bien existen algunas propiedades por las que pueden competir integrantes de distintas clases, hay otras por las cuales no pueden hacerlo. En tales casos, resulta inconcebible la sola idea de la competencia, las emociones reservadas para el rival no aparecen y el acto no se considera como rivalidad, sino como un detestable ataque contra la estructura de clases. De tal modo sucede que, en el caso de un determinado amante, algunas personas no pueden despertar los celos que despertaría un rival. Si el objeto del amor se entrega a un miembro de una clase social claramente inferior, los celos se convierten en ofensa moral, aunque el propio enamorado no tenga derechos sobre el objeto de su amor. Por ese motivo, es inconcebible en EE. UU. que un negro pueda convertirse en rival de un blanco sureño por la mano de una muchacha blanca. El blanco lo haría linchar. La sociedad sureña no permite que los negros, como clase, compitan por el afecto de las jóvenes blancas. Es casi igualmente inconcebible que un hombre blanco pueda ser el rival de un negro por la mano de una muchacha de color. El negro tiene demasiadas ventajas, ya que existe la posibilidad del ostracismo social para el blanco o –por el contrario– muy pocas, puesto que el hombre blanco, si es inmune al ostracismo, puede arrebatar la propiedad empleando el peso de su posición de casta.

Pero los celos contra un transgresor son una cosa distinta. Como el transgresor es por definición un violador de reglas consuetudina-

3 BRONISLAW MALINOWSKI, *Crime and Custom in Savage Society*, Londres, Paul, Trench, Trubner, 1932, págs. 100-101. [Trad. esp. citada.]

Escaneado con CamScanner

rias, cuantas más viola, incluyendo las reglas de la estructura de clase, más transgresor es. Un violador de los derechos de propiedad puede, por este motivo, ocupar cualquier posición en la escala social.

El hecho de que los hombres de las razas nativas prostituyan a veces a sus esposas entregándolas a los hombres civilizados sin experimentar sentimiento alguno de celos, a la vez que se muestran sumamente celosos respecto de los hombres de su propia raza,[4] se señala a menudo como demostración de que los hombres solo tienen celos de sus iguales. Esto rige únicamente en la medida en que se refiere a los celos de rivales. Los nativos no conciben al hombre civilizado como un rival ni como un transgresor. *Pueden* concebirlo como un transgresor, por ejemplo, si trata de quedarse con la esposa sin pagar nada. En el caso mencionado no es un transgresor, sino tan solo una persona que ha pagado legítimamente por la utilización temporaria de una propiedad. Su pago mismo reconoce los derechos de propiedad del esposo. El caso siguiente es mucho más ilustrativo: "Un francés de posición elige como amante a una muchacha que no es de su misma índole social. Puede usted ver por sí mismo que su esposa no siente celos. Pero que elija a una mujer de su propio rango social... y entonces verá qué alboroto se arma...".[5] En ciertas esferas sociales de Francia, si hemos de dar crédito a lo que se dice, las mujeres de distintas clases ejercen por lo general derechos de propiedad sobre el mismo hombre sin sentir celos unas de las otras. Pro como no es habitual que las mujeres de la misma categoría compartan un hombre, esta situación sería rivalidad o transgresión, y despertaría intensos celos.

Puede argumentarse que cuanto más cerca están dos personas en todos los planos, más intensos serán los celos de rivalidad; en tanto que cuanto más apartadas se encuentren, mayores serán los celos por la transgresión.

Pero entre el enamorado y el objeto de su amor la relación no es de poder. Si una mujer se considera simplemente como una prenda a ganar en un juego de prestigio, la pauta corresponde al número dos de nuestra tipología, y no al número cuatro. Es una cuestión de vanidad, no de celos. En la situación de amor, la persona celosa valora el afecto por sí mismo. Lo que la paraliza es su miedo a perder ese afecto intrínsecamente valioso a manos de un rival o transgresor, y no su miedo a perder prestigio ante su público y su rival.

4 Bronislaw Malinowski, *The Sexual Life of Savages*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1929, pág. 271. [Trad. esp.: *La vida sexual de los salvajes*, Madrid, J. Morata, 1932.]

5 Benjamín B. Lindsey y Wainwright Evans, *The Companionate Marriage*, Nueva York, Boni & Liveright, 1927, pág. 88. [Trad. esp.: *El matrimonio de compañía*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1937.]

Escaneado con CamScanner

La función social de los celos

En todos los asuntos del amor y en todas las luchas por el poder interviene la sociedad. La comunidad tiene un interés intrínseco en el amor, no solo porque las futuras generaciones dependen de él sino, también, porque la cohesión social reposa sobre la distribución pacífica de los valores más importantes.

Un problema que todas las autoridades se sienten obligadas a resolver concierne al carácter social o antisocial de los celos. Forel declara que los celos "son solo la estupidez brutal de una herencia atávica o un síntoma patológico",[6] en tanto que Havelock Ellis los denomina "una emoción antisocial".[7] Los principales argumentos son los de que se trata de una herencia de los antepasados animales, una traba para la emancipación de las mujeres y un obstáculo para las relaciones sociales racionales.

La apresurada disposición a elogiar o condenar impide una clara comprensión de las relaciones de los celos con la estructura social. Un cuidadoso análisis es interrumpido por la rápida conclusión de que los celos son instintivos La suposición es la de que ciertos estímulos provocan una reacción estereotipada, biológicamente arraigada. Por lo tanto, los celos se consideran un impulso animal y se los denuncia como antisociales. Esta condenación, que sustituye a la comprensión, ilustra una vez más la tendencia de los prejuicios moralistas a tomar precedencia sobre la actitud científica en el manejo de los fenómenos sociales.[8]

El punto de vista institntivo no analiza la conducta celosa en sus distintos componentes, no distingue entre el estímulo (situación social que solo tiene significado dentro de la cultura en la cual se encuentra) y el mecanismo social incluido en la respuesta total. Ubica todos los constituyentes en la categoría indiferenciada del

6 August Forel, *The sexual Question,* traducido por C. F. Marshall, Nueva York, Rebman, sin fecha, págs. 118-119.

7 Havelock Ellis, *op. cit.,* vol. VI, pág. 564.

8 La lógica de los éticos sociales se embrolla, a veces, terriblemente. Con frecuencia, resulta claro que lo que ellos denominan "instintivo" son simplemente las instituciones a las cuales están habituados y a las que conceden su aprobación. De tal modo, se da por supuesta la base biológica de las instituciones para justificarlas, porque si una cosa es instintiva, como el amor, debe de ser buena y no hay que reprimirla, sino permitirle su plena expresión. Por otra parte, la inveterada propensión a hacer derivar todos los fenómenos sociales de las cualidades genéticas del individuo lleva a los éticos a inferir que cierta conducta desaprobada, como la criminalidad, la guerra o los celos, es también instintiva. En este caso, la suposición de que es biológica no se convierte en una justificación, sino en una razón para la condena. Es "atávica", "bárbara", "animal". La interpretación biologista trata así, de quedarse con su pastel y de comerlo al mismo tiempo. Es como el llamado a la "naturaleza humana". Puede servir como apoyo para cualquier actitud que se desee tomar, ya sea de elogio o de condenación.

Escaneado con CamScanner

instinto. Es indudable que el mecanismo fisiológico que actúa en la persona en la cual se han despertado los celos, es heredado. Pero lo notable de este mecanismo es que no es específico de los celos, sino que parece ser exactamente el mismo en otras emociones violentas, como el miedo y la cólera. El sistema nervioso simpático desempeña en apariencia el papel habitual: una mayor actividad suprarrenal que acelera el ritmo cardíaco, aumenta el contenido de azúcar en la sangre, incrementa el tono de los músculos estriados y frena la actividad de los músculos lisos

Si queremos diferenciar los celos de otras emociones fuertes, no debemos hablar en términos de fisiología heredada, sino en términos del tipo de situación que los provoca. La situación de conflicto posee siempre un contenido particular que varía de una cultura a otra. El error habitual que se comete al concebir los celos es el de erigir una situación concreta, hallada en alguna parte (a menudo en la cultura del autor) en el estímulo universal e inherente de esa emoción. Esto omite hecho de que cada cultura distribuye la propiedad sexual de la sociedad y define las situaciones de conflicto a su manera, y que, por lo tanto, el contenido concreto no puede considerarse como un estímulo heredado de una respuesta heredada.

Creemos que este error lo cometen los teóricos que tratan de explicar ciertas instituciones humanas sobre la base de las emociones instintivas. En el terreno de las instituciones sexuales, Westermarck es el teórico más destacado que se ha basado en este tipo de explicación. Refuta la hipótesis de la promiscuidad primitiva y demuestra la primacía del matrimonio por parejas, en primer lugar, sobre la base de los celos que se suponen innatos.[9] Interpreta, por cierto, que todos los tipos de relaciones sexuales que no sean la monogamia (tal como la conoce en su propia cultura) constituyen estímulos naturales para la represalia celosa instintiva.

Pero en cuanto admitimos que existen otras formas de propiedad sexual que no despiertan celos, sino que, por el contrario, son protegidas por éstos, la explicación de la monogamia se derrumba. Ya sea como reverso del deseo de obtener propiedad sexual por competencia legítima, o como cólera por la violación de la propiedad legítima, los celos parecerían fortalecer las instituciones en las que se los encuentra. Si estas instituciones son de carácter opuesto a la monogamia, de cualquier manera la fortalecen. Si Westermarck diría que el adulterio despierta celos y que, por lo tanto, los celos provocan la monogamia, se podría sostener que nuestra institución de la monogamia hace que el adulterio sea visto con hostilidad y que, por consiguiente, crea celos.

[9] EDWARD WESTERMARCK, *The History of Human Marriage,* Nueva York, Allerton, 1922, vol. I, cap. IX. [Trad. esp.: *Historia del matrimonio en la especie humana,* Madrid, La España Moderna, s|f.]

Escaneado con CamScanner

Si se hubiese limitado a refutar la promiscuidad en lugar de pasar a demostrar la monogamia, Westermarck se habría mantenido sobre terreno más seguro. La promiscuidad entraña la ausencia de toda pauta de propiedad sexual. Pero el afecto sexual es, a diferencia de la gracia divina, un valor distributivo. Dejarlo sin distribuir introduciría la anarquía en el grupo y destruiría el sistema social. La promiscuidad solò puede darse en la medida en que la sociedad se ha derrumbado, llegando a un estado de anomia.

Más aún, el estímulo de los celos no es tanto una situación física como una situación significativa. El mismo acto físico denotará en un lugar propiedad y en el otro, robo. Westermarck parece creer que el acto físico de las relaciones sexuales entre un hombre y la propia esposa de otro es lo que instintivamente despierta los celos. Pero existen culturas en las que tales relaciones sexuales no hacen más que subrayar el *status* del esposo como propietario, así como el hecho de prestar un automóvil presume y subraya la propiedad de uno sobre él.

Podemos citar, por ejemplo, toda al gama de instituciones por medio de las cuales, de alguna manera, la esposa es entregada a un hombre que no es su esposo. Ellas van desde los actos particulares altamente ritualizados en los cuales un sacerdote o pariente desflora a la esposa (el denominado *jus prima noctis*) hasta llegar a los actos repetidos y más promiscuos de hospitalidad sexual y a los acuerdos más permanentes y completos de intercambio de esposas; ello, para no mencionar la división fija de las funciones sexuales representada por el matrimonio poliándrico. En las sociedades en que predomina alguna institución de esta gama, la conducta respectiva no despierta el sentimiento de celos que despertaría una conducta similar en nuestra cultura. Los celos no responden en forma inherente a ninguna situación física determinada; responden a todas las situaciones, por diversas que fueren, cuando significan una violación de los derechos sexuales habituales.

La manifestación interna contra la manifestación abierta

La posesión de una cosa de valor sin derecho alguno a ella es una situación predominante en la conducta sexual; el afecto es evidentemente difícil de gobernar. Lo inverso —propiedad sin posesión— es igualmente predominante. Por lo menos en nuestra cultura, son innumerables los casos en que no existe transgresión abierta de la convención; sin embargo, el afecto se ha descarriado. Abundan las esposas y maridos que tienen poco o ningún afecto entre sí, pero que no mancillarían en la práctica el vínculo matrimonial. Su afecto es propiedad de sus cónyuges, pero éstos no lo poseen.

Escaneado con CamScanner

Nuestro análisis parece haber relacionado los celos exclusivamente con la propiedad, con la conformidad externa antes que con la posesión real. Ello no es debido a la ignorancia de una posible discrepancia entre ambas o a la ignorancia del hecho de que muchos amantes, en especial los de la variedad romántica, afirman desear solo la posesión del afecto y en modo alguno la conformidad a tradiciones sin sentido. Nuestro centro de atención se ha debido más bien a una convicción de que la denominada conformidad externa, ya sea por medio del lenguaje o de la conducta abierta, debe considerarse siempre como el símbolo del estado interior. Si una mujer no deja suponer, ni de palabra ni en los hechos, que no ama a su esposo, éste jamás tendrá causas para sentirse celoso. La primera tendrá que hacer o decir algo contrario al papel institucionalmente sancionado de la esposa, antes que los celos se justifiquen. Si dice que ama a su esposo y, sin embargo, hace cosas contrarias a las costumbres –como, por ejemplo, salir con un hombre prohibido–, se supondrá que las acciones hablan con más energía que las palabras, y los celos estarán justificados.

A los que se adaptan exteriormente a muchas convenciones carentes de sentido y secretamente detestadas, y ejecutan un número aún mayor de actos tecnológicos rutinarios que ponen a prueba su paciencia, les parece dudosa una estrecha correspondencia entre los sentimientos internos y los actos exteriores. Sin embargo, si analizamos los aspectos de la conducta que, por ser menos concientes, son menos evidentes, encontramos que la correspondencia es a menudo bastante íntima. En situaciones en que se supone que las personas deben sentirse avergonzadas, tienden en realidad a sentirse avergonzadas y a demostrarlo con sus manifestaciones exteriores de turbación. En situaciones en que se supone que deben mostrar respeto, por lo general sienten respeto. Solo en pocas civilizaciones se advierte con claridad la distinción entre el acto externo y el sentimiento interno, e incluso entonces las dos esferas no están muy separadas entre sí. Sea como fuere, la acción que se adapta a las instituciones de propiedad es el símbolo de auténtica posesión, y la acción contraria el símbolo de la falta de posesión.

Es cierto que la conformidad puede ser un engaño en cualquier momento, pero el engaño casi no tiene importancia, a menos de que se manifieste, en algún momento, en una conducta no conformista. El hecho de que se trate de un engaño o no depende, por supuesto, del estado interno, que es el factor motivante. Por lo tanto, el objetivo del enamorado es siempre el de controlar el estado interno de afecto, y no simplemente el de observar una conformidad exterior presente que no garantiza nada en lo relativo a la conducta futura. Esto, a pesar del hecho de que su única clave para los verdaderos sentimientos es la conformidad exterior de la amada o su no conformidad.

Escaneado con CamScanner

Salvo que a través de cada etapa de propiedad progresiva también progrese la posesión real, se producirán inconvenientes. Una muchacha que se promete a un hombre sin amarlo y sin tener la intención de casarse con él, se encuentra en una situación incómoda. No puede quejarse si los celos legítimos de su novio y el interés público por la moralidad restringen sus acciones. Sabe que cuando rompe su compromiso debe tener una buena excusa para evitar la censura social. En todo momento se ve obligada a fingir un afecto que no siente. En general, la inconveniencia de un hiato entre los sentimientos reales y el *status* institucional es en este caso mayor que la ventaja. Más aún, a la mayoría de las muchachas se las educa de modo que piensen que semejante hiato no solo es imprudente, sino también injusto e inmoral. De esta manera, la propiedad tiende a aproximarse a la auténtica posesión.

Celos y anomia social

Por desgracia, nuestro tratamiento ha sido expresado exclusivamente en términos de la cultura estable e integrada; no hay espacio aquí para tratar las complicaciones que surgen cuando la sociedad ha llegado a un estado de desintegración o *anomia*. Cuando las instituciones de la propiedad en general se desintegran, la propiedad sexual también lo hace. En casos extremos, la propiedad puede en apariencia desaparecer y ser remplazada totalmente por la custodia, como en el caso en que reina la anarquía. La yuxtaposición de costumbres contrarias y el cambio rápido han otorgado a nuestra cultura cierto grado de anomia, que se refleja en las emociones que rodean la distribución de los favores sexuales. Ninguna de nuestras instituciones sexuales es sancionada por todos los grupos. Por consiguiente, no importa cuán habitual sea la conducta sexual: siempre puede encontrarse a alguien que sienta celos a causa de ella. Por ejemplo, los que no están acostumbrados a bailar y desaprueban el baile, tienen tendencia a mostrarse sumamente celosos si una esposa o novia se dedica a él. Esto, unido a otras características tales como nuestro individualismo y romanticismo, ha tendido, en opinión de nuestra intelectualidad, a conceder a los celos un valor negativo. Y sin embargo, entre los jurados del país la llamada "ley no escrita" sigue siendo una realidad sancionada.

Conclusión

Debería resultar claro ahora que una auténtica comprensión de los celos exige que se los estudie y analice desde el punto de vista de la sociología comparada. Difícilmente puede ser satisfactoria la

Escaneado con CamScanner

teoría de los celos que solo obtiene sus hechos empíricos en las manifestaciones de celos en nuestra propia cultura, por plausible que pueda parecer a las personas que viven en nuestra cultura. Cuando se adopta un punto de vista comparativo, se advierte que las situaciones que provocan una reacción celosa varían enormemente de una a otra cultura. Los celos son una emoción que posee una función como parte de una estructura institucional. No solo están normativamente controlados sino que, además, dan fuerza a las normas sociales. Para entender la función social de los celos, para advertir la importancia de su aparición variable pero inevitable en las distintas sociedades, es preciso tener a mano un aparato conceptual. Es preciso, por ejemplo, contar con cierta concepción de la definición cultural de las situaciones sociales en términos de los *status* y papeles de los participantes; alguna noción acerca de medios, fines y condiciones; y alguna idea de los procesos de interacción, tales como la rivalidad, la competencia y la transgresión. De este modo se pueden formular, de manera bastante breve y definida, las principales conclusiones en cuanto a los celos, tales como se los observa empíricamente en distintas culturas. De lo contrario se poseerán hechos, pero muy poco más. No se afirma aquí que el enfoque sociológico de los celos sea el único necesario. Los celos tienen que estudiarse también desde el punto de vista de la personalidad como unidad. Pero sí se afirma que para una plena comprensión de los celos, el enfoque sociológico es indispensable porque se dirige a un aspecto real e importante de la conducta celosa: el aspecto social. Para poner a prueba esta afirmación se invita al lector a comparar el habitual tratamiento de los celos con el que ha leído en este capítulo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANATOLE FRANCE, *The Red Lily (Le Lys Rouge,* 1894). [Trad. esp.: *La azucena roja,* Madrid, Sociedad General Española de Librería.]

Los celos han sido siempre un importante tema en la novela. Ésta, la de tipo más moderno que escribió Anatole France, es un estudio extraordinariamente penetrante y mordaz de las complicaciones de los celos.

DAVID G. MANDELBAUM, "Polyandry in Kota Society", en *American Anthropologist,* vol. XL, octubre-diciembre de 1938, págs. 574-583.

Una descripción sumamente lúcida de un sistema social en el cual unos hermanos tienen acceso a las esposas de los otros. La expresión de los celos entre hermanos es un tabú social, pero no lo es la expresión de los mismos con referencia a hombres que no son hermanos. Estos celos fortalecen la institución marital dada, aunque las disposiciones sean muy distintas de las nuestras.

BORIS SOKOLOFF, *Jealousy; A Psychiatric Study,* Nueva York, Howell, Soskin, 1947.

Trata los celos como una emoción atávica, un tanto neurótica, que debe superarse si ello es posible. Analiza las reacciones celosas desde un punto de vista psicoanalítico. Presenta numerosas historias de casos, con considerable detalle. Buen ejemplo de un enfoque no sociológico.

Escaneado con CamScanner

RUPERT B. VANCE y WALLER WYNÑE (h.), "Folk Rationalizations in the Unwritten Law", en *Aimerican Journal of Sociology*, vol. 39, enero de 1934, págs. 483-492.

En Estados Unidos el sistema legal no autoriza en general el asesinato del amante de la esposa. Defiende la santidad de la vida humana. Pero la denominada "ley no escrita" orienta en la práctica muchas decisiones de jurados y tribunales, y esa "ley" sostiene que la vida humana es secundaria ante la santidad del hogar y el derecho de propiedad del esposo sobre su esposa. Un excelente artículo.

WILLARD WALLER, *The Family: A Dinamic Interpretation*, Nueva York, Cordon, 1938, segunda parte, "Courtship Interaction".

Salvo un pasaje breve pero esclarecedor (pág. 268), este tratamiento del galanteo como relación personal no se concentra en los celos; sin embargo, el tratamiento sumamente perceptivo del autor en cuanto a los aspectos competitivos y emocionales de esta relación, en tanto reciben la influencia de las instituciones sociales y la definición cultural, complementa el análisis ofrecido en este capítulo.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO VIII

SOCIALIZACIÓN

La paradoja de la sociedad humana –el hecho de que posee unidad y continuidad propias, y, sin embargo, existe únicamente en las mentes y en las acciones de sus miembros– solo puede resolverse si se entiende de qué manera el individuo recién nacido es modelado y convertido en un ser social. Sin este proceso de modelado, que denominamos "socialización", la sociedad no podría perpetuarse más allá de una sola generación y la cultura no podría existir. Tampoco podría el individuo convertirse en una persona porque, sin la renovación eternamente repetida de la cultura, dentro de él no podrían existir la mentalidad humana ni la personalidad humana. Tanto la persona como la sociedad dependen por igual de este proceso singular de amalgama psíquica por medio del cual los sentimientos e ideas de la cultura se incorporan de cierto modo a las capacidades y necesidades del organismo.

Nadie entiende el proceso a fondo. Sigue siendo tan misterioso como la fotosíntesis o el envejecimiento orgánico; sin embargo, es un terreno de encuentro de todas las ciencias que se ocupan del hombre, porque aquí, en el problema de la socialización, se reúnen la biología y la sociología, la psiquiatría y la antropología. Cada una de las ciencias humanas tiene algo que desea aprender con respecto al proceso, y cada una tiene algo con qué contribuir. Si una ciencia se interesa de algún modo en el hombre, se interesa en realidad en la sutil alquimia por medio de la cual el animal humano se trasmuta en ser humano. Si el misterio esencial no ha sido develado aún, esto no significa que no se conozca nada acerca del proceso; se conoce mucho, y aquí solo puede sugerirse una fracción de lo que se conoce.

Las raíces de la personalidad

Además de la socialización, existen otros factores que afectan al individuo, y es preciso considerar la relación de éstos con nuestro tema. Pero en este asunto existe mucha confusión debido al eterno

Escaneado con CamScanner

fracaso en lo que se refiere a distinguir entre una abstracción y una entidad concreta. De esta confusión surgen frases tan vagas como "el individuo y su ambiente", e interrogantes tan infructíferos como "¿qué es más importante: la herencia o el ambiente?". Tanto daría analizar un libro en términos de ideas contra tinta, o de argumento contra tamaño.

El individuo de carne y hueso es único, porque no existe otro exactamente igual a él. Explicarlo en toda su particularidad sería una tarea interminable, que no intentaría nadie que trabajase con métodos científicos. En cambio, pueden elegirse algunas de sus características, que comparte con algunas otras personas, y utilizarlas como base para la comprensión. De tal modo, si una mujer tiene una nariz de determinada forma, puede encontrarse la explicación de ello en el hecho de que algunos de sus antepasados exhiben una nariz de forma similar. Pero adviértase que uno ya se encuentra, en este caso, en el reino de la abstracción. Los antepasados de la mujer no pueden tener una nariz idéntica, porque la nariz de ella es única; simplemente, tienen narices *similares*. Hemos elegido como foco de nuestra atención la forma de la nariz, y hecho caso omiso de las dimensiones absolutas, de la tez, de los polvos, etcétera. Además, ella y sus antepasados tienen muchas otras cosas en común, aparte de la forma de la nariz y de la relación genética. Si se ha elegido la relación genética para explicar la forma de la nariz, el motivo de ello reside en cierta extensión de conceptos (el aparato conceptual de la genética) que ubica en un sistema lógico las proposiciones empíricas relativas a este tipo de causación. La suposición es, o debiera ser, que la relación genética puede explicar la forma de la nariz, y no que explica todo el órgano de carne y hueso. Términos tales como "herencia" o "ambiente" no se refieren a nada tangible, sino a una abstracción. Tratarlos como si estuviesen en el mismo plano que el individuo concreto, por ejemplo en frases tales como "el individuo y su ambiente", es provocar una confusión total. Por supuesto, "el individuo" puede considerarse como una abstracción, pero en ese caso es necesario ser muy claro en cuanto al nivel de abstracción y al sistema de raciocinio que se está empleando.

Todo individuo dado es, en parte, un producto de dos modos distintos de trasmisión: uno hereditario y el otro social. El primero funciona por intermedio del mecanismo de los genes, los cromosomas y la reproducción humana; se vincula con el plano general de realidad designado como biológico y lo estudia una rama especial de la ciencia biológica denominada "genética". El segundo funciona a través del mecanismo del acostumbramiento, el aprendizaje y la comunicación simbólica. Se relaciona con el plano general de la realidad designado como socio-cultural, y lo estudia una rama de la ciencia social, que puede llamarse "el estudio de la socialización", o a veces "psicología social" o "psicosociología". El diagrama que

Escaneado con CamScanner

sigue trata de ofrecer una imagen simplificada de la situación. Es evidente que ningún individuo concreto es el producto de ninguno de estos modos de trasmisión por sí solo. Es siempre un producto de los dos, y ello significa que ambos modos de trasmisión dependen mutuamente el uno del otro, y que cada uno es una condición necesaria del otro.

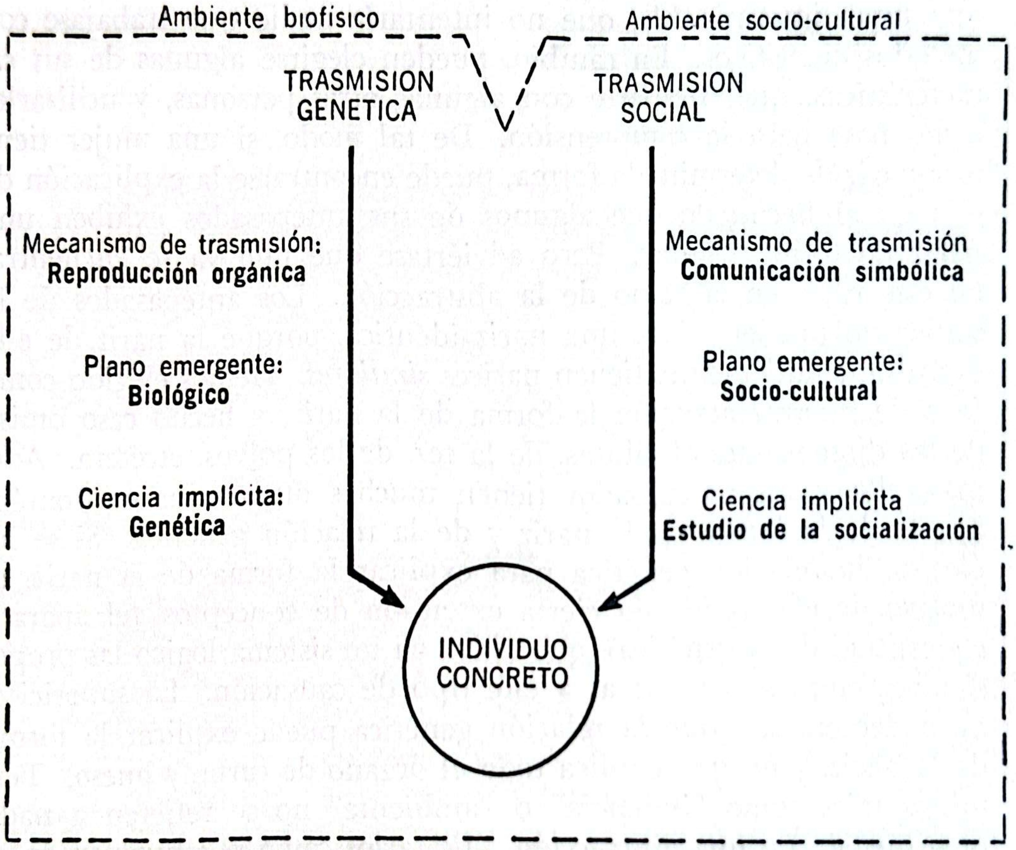

DIAGRAMA DE LOS FACTORES QUE AFECTAN AL INDIVIDUO CONCRETO

La complejidad, sin embargo, va aún más lejos. No solo el individuo es un producto de estos dos procesos dinámicos de trasmisión sino que, también, es un producto de varios tipos distintos de ambiente. Ni la trasmisión genética ni la comunicativa pueden producirse en el hombre sin un ambiente geográfico, biológico, cultural e interpersonal. Por este motivo, el individuo es tanto un producto de los ambientes como un resultado de los dos tipos de trasmisión dinámica.

Es evidente que si se quiere dar una explicación completa del individuo concreto, hay que tener en cuenta todos los elementos de los ambientes, así como los mecanismos de los dos tipos de trasmisión. Pero ésta sería una tarea hercúlea e inútil. La ciencia no se interesa tanto por una explicación total de la entidad concreta, sino

Escaneado con CamScanner

por el análisis de los tipos de factores incluidos. Divide el trabajo; elabora sistemas conceptuales capaces de manejar distintos tipos o niveles de causación. Elige para su explicación solo ciertos aspectos de las entidades concretas. Solo por medio de tales métodos de abstracción lógico-empírica puede cumplirse la tarea de la comprensión científica. Solo de este modo puede predecirse estadísticamente la conducta de los individuos.

El peligro de las abstracciones no reside en las abstracciones mismas, sino en el hecho de no reconocerlas como tales. Ellas representan simplemente aspectos de la realidad; en el plano concreto se encuentran en relación de interdependencia mutua, y solo son independientes como abstracciones. Cada ciencia elabora su esquema de explicaciones suponiendo los otros aspectos y concentrándose en el aspecto en el cual está interesada. De tal modo, solo suponiendo constante la influencia de los factores genéticos y geográficos puede el sociólogo deducir consecuencias de las variaciones en los factores socio-culturales. Y a la inversa, solo suponiendo constante la influencia de los factores socio-culturales puede el biólogo deducir consecuencias de las variaciones en los factores genéticos. En otras palabras, cada ciencia del hombre, como cualquier otra ciencia, encara su tarea con una actitud de "como si", razona como si cierto tipo de factor fuese el único que funcionara. En realidad, esto nunca sucede así, pero el establecimiento de la suposición hipotética apresura enormemente el progreso científico. El peligro principal reside en el hecho de que el lego olvida a menudo, como lo hace de vez en cuando el hombre de ciencia, que el razonamiento es hipotético. Tiende a suponer que determinado sistema conceptual describe la realidad concreta *in toto,* y de tal modo cae en una especie de determinismo excesivamente simplificado y ajeno a la verdad. Se dedica, luego, a inútiles discusiones con personas que explican el determinismo de otros factores. De tal modo surge la guerra de los determinismos, una guerra de palabras vagas y lógica errónea.

LA CONTROVERSIA HERENCIA-AMBIENTE

La pregunta "¿qué es más importante: la herencia o el ambiente?" ilustra las posibles trampas. En primer lugar, no existe lo que se llama "el" ambiente. Existen muchos ambientes distintos, y lo que es ambiental en un sentido puede no serlo en otro. De tal modo, desde el punto de vista de la genética el cuerpo es un ambiente en el que las células reproductoras se multiplican y reciben alimento; en tanto que desde el punto de vista de la ecología el cuerpo es lo

Escaneado con CamScanner

que el ambiente rodea. En segundo lugar, el problema supone erróneamente qué ambiente y trasmisión se oponen en cierta manera, de modo que si el uno es importante el otro no puede serlo. Pero como los organismos se perpetúan por medio de células germinales y se nutren en un ambiente, es evidente que dependen de ambos factores. En tercer lugar, la pregunta hace una comparación sin establecer los términos de referencia. Utiliza el término "importante", pero no dice para qué. Por último, la pregunta confunde condiciones necesarias con condiciones suficientes. Una condición necesaria es la que debe existir si se quiere que otro factor funcione. Desde el punto de vista de un biólogo, una mujer habla porque tiene la capacidad orgánica para ello (se supone que alguien le ha enseñado a hablar). Pero si el problema es el de por qué habla en chino antes que en otro idioma, ésta no es una explicación suficiente. Hablar en chino es un dato cultural; y solo una explicación cultural —en este caso el hecho de que aquélla se crió en una sociedad china— puede proporcionar una respuesta suficiente.

Al tratar de explicar características particulares, los observadores cometen con frecuencia lo que podría denominarse "la falacia de la historia de familia". Si los antepasados exhiben la misma característica que el descendiente, se dice que esa característica "está en la familia". Pero las características son trasmitidas de padres a hijos en dos formas distintas: una, por trasmisión genética; la otra, por trasmisión comunicativa. Si un niño tiene una cabeza extraordinariamente chata y sus antepasados tenían el mismo tipo de cabeza, la conclusión probable es que se trata de una característica genética "que está en la sangre". Si fuese un niño inglés, la conclusión sería probablemente correcta. Pero si se tratase de un niño hopi, no sería correcta, porque los indios hopis achataban la cabeza de sus niños amarrándolos fuertemente a la cuna. Los samoanos, a su vez, achataban deliberadamente el cráneo por medio de la aplicación de piedras.

Si las mujeres en varias generaciones de la misma familia han sido prostitutas, es probable que el hecho sea asignado a una "corrupción hereditaria", aunque parecería más fácil y menos místico recordar que las madres pueden enseñar a sus hijas a ser prostitutas. En rigor, las ocupaciones se trasmiten con frecuencia de padres a hijos, pero nunca a través de los genes.

La falacia de la historia de familia surge del hecho de que la trasmisión genética solo se produce a través de la vía padres-hijos y de que la trasmisión comunicativa se realiza, en gran medida, a través de esa vía. Por este motivo, es preciso preguntar siempre si la característica en cuestión pertenece al tipo que *podría* ser heredado físicamente. Si es principalmente simbólico, como el lenguaje, es posible inferir que la causa suficiente reside en la esfera social. El hecho de que sucesivas generaciones de una determinada familia

Escaneado con CamScanner

hablen todas en inglés no tiene por qué llevar a inferir que se trata de una característica biológica. Si el rasgo es principalmente físico, como la forma de la cabeza, se puede formular la hipótesis de que tiene causas genéticas (siempre que esto no haga cerrar los ojos a la posibilidad de la causación social). Pero más importante es la necesidad de preguntar si la característica se adapta o no a las reglas conocidas de la trasmisión genética o cultural. ¿Aparece, por ejemplo, en sucesivas generaciones, de tal modo que se adapta a los principios mendelianos? ¿O aparece de tal forma que indica la trasmisión social (por ejemplo, con respecto a la posición social y las normas sociales)?

Desde el punto de vista de la investigación, una gran ayuda para superar la falacia de la historia de familia es el hecho de que la trasmisión social no se limita a la relación padres-hijos. Esto permite separar los dos tipos de trasmisión. Se puede investigar a los hijos adoptivos para ver en qué forma se parecen a sus padres adoptivos más que a sus padres biológicos; y pueden estudiarse los gemelos para ver en qué forma se parecen más entre sí, cuando se los cría juntos que cuando se los cría separados.

Otra gran ayuda reside en el relativismo cultural. Como los seres humanos pertenecen todos a una especie, toda característica que varíe de una cultura a otra no es pasible de explicación adecuada en términos biológicos.[1]

El principio fundamental que subyace en todos estos métodos es el de mantener constante un tipo de factor permitiendo, a la vez, variar el otro tipo. Esto equivale simplemente a aplicar en forma experimental o estadística la abstracción practicada en teoría.

El organismo no socializado

La dependencia de un ser humano respecto del ambiente social comienza mucho antes de su nacimiento: con los usos sociales y las costumbres que gobiernan el galanteo y la selección marital de sus padres, con las usanzas relativas al embarazo, con todo el sistema de prácticas culturales que rodean a la familia. Sus padres, criaturas socializadas cuando lo concibieron, tuvieron que aprender previamente el acto sexual. La concepción se llevó a cabo en una situación socialmente definida, importante para el posterior *status* del niño. Las técnicas de cuidado prenatal vigentes en la comunidad afectaron sus posibilidades de nacer y de ser sano. En resumen, las

[1] Lo inverso, que afirma que toda característica que aparece en todas las culturas puede ser explicada en términos biológicos, no es necesariamente cierto, porque pueden existir rasgos puramente culturales trasmitidos por socialización, esenciales para la supervivencia humana y societaria, y que, por lo tanto, se encuentran en todas las culturas.

Escaneado con CamScanner

circunstancias sociales precedentes a su nacimiento no solo posibilitaron su vida sino que, también, determinaron en gran medida el tipo de vida que haría en adelante. Pero la socialización directa solo comienza después del nacimiento. Por lo tanto, vale la pena investigar qué tiene el individuo, como organismo, en el momento del nacimiento, que resulte pertinente para el proceso de la socialización. Las cosas que posee pueden dividirse en cuatro categorías, las cuales hay que admitir que se superponen entre sí: reflejos, "instintos", tendencias y capacidades.

1. *Reflejos.* Es evidente que la orientación más severa de la socialización la proporcionan las respuestas automáticas y rígidas del organismo. Tales respuestas, o reflejos, se vinculan a un estímulo dado y, si se aprende, son adquiridas con un mínimo de experiencia orgánica con respecto al ambiente físico. La pupila del ojo se contrae automáticamente ante una luz fuerte, las glándulas de la boca salivan ante el gusto del azúcar, los músculos del brazo se contraen con el pinchazo de un alfiler, la micción se produce cuando la vejiga está henchida, etcétera. Es imposible hacer un catálogo de todos los reflejos. Todo el sistema nervioso autónomo tiene un carácter reflejo, incluyendo la respiración, las palpitaciones del corazón, los movimientos peristálticos y la digestión. Sin sus reflejos, el organismo no podría vivir. Pero como los reflejos son automáticos y rígidos, no son aprendidos y en muchos casos son inmodificables. Fijan límites a lo que el organismo puede hacer y hace, pero difícilmente representen las bases de las cuales surge la socialización.

2. *Instintos.* Muchas discusiones han acompañado siempre la utilización del término "instinto", especialmente cuando se lo aplica a la conducta humana. Los biólogos definen como instintiva toda conducta que se origina en un impulso o apetito, que entraña cierto género de percepción del mundo externo, que es particularmente fija y mecánica, que depende de una estructura heredada y por lo tanto es característica de la especie, y que, si bien resulta necesaria u obligatoria, es al mismo tiempo altamente adaptable o funcional (sin que el organismo tenga conciencia de su significación última).[2] Está claro el motivo de que el concepto se haya visto rodeado de tantos debates, porque es prácticamente sinónimo del proceso vital mismo. Amplio y complejo, abarca elementos que no tienen por qué darse juntos o que parecen incompatibles.

Es probable que en el momento del nacimiento, el ser humano no tenga un instinto completo, sino solo algunos elementos de él, como, por ejemplo, reflejos e impulsos. Dados éstos, más sus capacidades, toda su conducta posterior es aprendida en parte; por lo

[2] WILLIAM MORTON WHEELER, *Essays in Human Biology,* Cambridge, Harvard University Press, 1939, págs. 38-39.

Escaneado con CamScanner

tanto, no es instintiva. En consecuencia, la explicación de la conducta humana en términos del instinto es engañosa.

Hubo una época en la cual prácticamente todas las formas de conducta se imputaban a algún instinto. Si un joven y una muchacha se enamoraban, ello se debía al "instinto de reproducción de la raza". Si reñían, era a causa del instinto de pugnacidad; si la disputa terminaba en una reconciliación, la causa residía en el instinto gregario; o si el joven huía era por el instinto de autoconservación. En una palabra, tratábase de un género de explicación que lo explicaba todo (demasiadas cosas y con demasiada facilidad). Era puramente *post hoc;* aparentemente, podía explicar por qué una cosa había sucedido, pero no proporcionaba base alguna para predecir lo que aún no había sucedido. En el peor de los casos constituía una explicación redundante, similar a la brillante conclusión de que el opio provoca el sueño debido a su poder adormecedor o de que la savia asciende en los árboles porque tal es la naturaleza de la savia. En el mejor de los casos, era una explicación *obscurum per obscurius* (explicación de una cosa desconocida por algo más desconocido aún). Explicar la guerra, por ejemplo, como resultado del "instinto combativo", no hace más que dificultar el problema. Sabemos muy poco acerca de todas las formas que ha adoptado la guerra humana, pero menos aún sabemos acerca de este misterioso instinto. Tenemos una idea aproximada, en términos sociales e históricos, de por qué la guerra llegó a Estados Unidos en 1917 y en 1941, y no en otros años, pero no tenemos idea alguna acerca de por qué un instinto tuvo que haber surgido de pronto en esas épocas. Semejante explicación, pues, puede resultar satisfactoria en el plano emocional debido a que lo desconocido es misterioso y, por lo tanto, mágicamente superior, pero no resulta aceptable desde el punto de vista científico.

3. *Tendencias.* Lo que lleva las distintas denominaciones de impulso, urgencia, tensión, tendencia o apetito proporciona un terreno más firme para el análisis de la conducta humana. Como se ha hecho notar anteriormente, el organismo tiene ciertas necesidades que es preciso satisfacer. Si no se las satisface, desarrolla una creciente tensión e inquietud hasta que encuentra un estímulo capaz de aliviar la tensión. De tal modo, las tendencias representan una fuerza dinámica que se encuentra detrás de la conducta. En tanto que en la conducta instintiva de los animales la satisfacción del apetito está vinculada solo a un estímulo o a unos pocos, en el hombre tiende (salvo en el plano de los reflejos) a no estar rígidamente vinculada a ninguno. Una muy amplia gama de estímulos puede satisfacer las distintas tendencias. Es una cuestión de estudio la de averiguar cuáles son los estímulos que las satisfacen. Las tendencias, no los

Escaneado con CamScanner

reflejos, proporcionan una cabecera de puente orgánica, un punto de partida, para el proceso de socialización.

4. *Capacidades.* La inteligencia se considera como el atributo más importante del hombre porque le permite compensar las limitaciones de su cuerpo. Solamente puede correr con determinada velocidad, levantar determinados pesos, luchar hasta cierto punto. Por lo tanto, tiene que basarse en técnicas que amplían o extienden las capacidades que posee. Aunque su capacidad de aprendizaje supera la de cualquier otro animal, no obstante es limitada. Sin embargo, lo curioso es que aun esta limitación puede ser superada por el desarrollo de la cultura. Su capacidad intelectual innata puede ser aumentada, presumiblemente, por un programa eugenético (en sí mismo, un fenómeno cultural), pero aun excluyendo esto, la utilización de su capacidad, en el sentido de aprender cada vez más, puede ser aumentada con el desarrollo de nuevas técnicas de instrucción y de estímulos. La mentalidad humana es como una caja: la forma de que en ella quepan más cosas consiste en ubicarlas sistemáticamente. No es posible predecir límite alguno para el aumento de la eficiencia intelectual por nuevas técnicas de socialización.

En la actualidad, ningún ser humano aprende todo lo que podría aprender en circunstancias más favorables, porque su capacidad de aprendizaje jamás es utilizada al máximo. Todas las sociedades usan técnicas de instrucción defectuosas, recurren en ocasión a motivos erróneos, prohíben ciertos tipos de conocimientos y poseen una cultura limitada. Este último factor —la cultura limitada— podría parecer la causa más importante de que no se enseñe a los individuos todo cuanto pueden absorber, hasta tanto se recuerda que ninguna sociedad trasmite jamás toda su cultura a una persona. La dosis que determinados individuos absorben es más una función de las técnicas e incentivos utilizados que de las dimensiones de la cultura. En la práctica, la principal consideración societaria no es la utilización máxima de la capacidad del individuo, en el sentido del mero aprendizaje, sino la incorporación máxima de su esfuerzo productivo al de los otros. Si las actividades colectivas están bien organizadas, una contribución pequeña pero especializada por parte de cada persona tendrá más efecto que una contribución individual mucho mayor en un sistema mal integrado. Por este motivo, mucho depende de la medida en que se utilicen las diferencias individuales, en cantidad y tipo de capacidad. Teniéndolo todo en cuenta, las sociedades varían enormemente en su desperdicio de la capacidad humana de aprender, pero todas la desperdician. Puesto que los hombres de ciencia modernos tienen tantas dificultades para perfeccionar las técnicas de enseñanza, para medir capacidades y talentos,

Escaneado con CamScanner

y para motivar a las personas a aprender, no es de extrañar que las sociedades hayan hecho un trabajo chapucero en ese sentido.

Lo que demuestran los niños aislados

Los niños sumamente aislados brindan una serie de pruebas que señalan el papel de la socialización en la mentalidad y en la conducta humanas, y muestran cuán totalmente limitados son los recursos del organismo librado a sí mismo. Como en el caso de estos individuos el desarrollo físico ha llegado a un punto avanzado, prácticamente sin ninguna influencia social concomitante, revelan en qué medida las etapas de las socialización están necesariamente correlacionadas con las etapas del crecimiento orgánico. Nos permiten ver cómo es una mente no socializada (y un cuerpo no socializado) después de desarrollarse más allá del punto en el que las mentes normales han sido socialmente modeladas.

El autor de este libro ha conocido dos de estos casos.[3] El primero fue el de una niña ilegítima llamada Ana cuyo abuelo desaprobaba enérgicamente la indiscreción de la madre, razón por la cual la niña vivía encerrada en una habitación del piso superior. A causa de ello, la niña recibía apenas los cuidados suficientes para mantenerse con vida. Pocas veces se la cambiaba de posición. Su vestimenta y su ropa de cama estaban sucias. En apariencia no tenía instrucción alguna, no recibía ninguna atención amistosa.

Cuando finalmente se la descubrió y se la sacó de la habitación, a la edad de casi seis años, Ana no podía hablar, caminar o hacer algo que demostrase inteligencia. Se encontraba en un estado de extrema delgadez y desnutrición, tenía piernas esqueléticas y un abdomen hinchado. Se mostraba completamente apática, yacía en posición supina, flácida, y se mantenía inmóvil, inexpresiva e indiferente a todo. Se la creyó sorda y posiblemente ciega. Por supuesto, no podía alimentarse ni hacer movimiento alguno por su propia iniciativa. He aquí, pues, un organismo humano que había perdido casi seis años de socialización. Su situación demuestra cuán poco podían contribuir sus recursos puramente biológicos, cuando actuaban solos, en la tarea de convertirla en una persona completa.

3 El material que sigue fue condensado, con autorización del editor, de dos trabajos del autor: "Extreme Social Isolation of a Child", en *American Journal of Sociology,* vol. 45, enero de 1940, págs. 554-564; y "Final Note on a Case of Extreme Isolation", *ibid.*, vol. 50, marzo de 1947, págs. 432-437. La literatura sobre niños salvajes y sumamente descuidados ha sido resumida por J. A. L. Singh y Robert M. Zingg, *Wolf-Children and Feral Man,* Nueva York, Harper, 1942. Esta fuente contiene una bibliografía completa, hasta la fecha de la publicación. Desde entonces han aparecido varios artículos, principalmente dedicados al problema de si en realidad han existido o no los llamados "niños-lobos". Este aspecto del tema, en opinión del autor, ha sido magnificado mucho más allá de su verdadera importancia.

Escaneado con CamScanner

Para cuando Ana murió de ictericia hemorrágica, aproximadamente cuatro años y medio más tarde, había hecho considerables progresos en comparación con el estado en que se encontraba cuando se la halló. Podía obedecer órdenes, unir cuentas de collar, identificar unos pocos colores, construir con bloques de madera y diferenciar entre grabados atrayentes y desagradables. Tenía un buen sentido del ritmo y quería a una muñeca. Hablaba principalmente en frases sueltas, pero podía repetir palabras y tratar de sostener una conversación. Era limpia en su vestimenta, habitualmente se lavaba las manos y se cepillaba los dientes, trataba de ayudar a otros niños, caminaba bien y podía correr bastante bien, aunque con torpeza. A pesar de que se excitaba con facilidad, tenía un talante agradable. Sus avances demostraron que la socialización, aun cuando había comenzado a la edad tardía de seis años, podía hacer mucho aún para convertirla en una persona. Aunque su desarrollo no era mayor que el de un niño normal de dos o tres años, había realizado notables progresos.

La correcta interpretación de este caso es obstaculizada por la muerte prematura de Ana. No sabemos hasta qué punto habría podido llevarla a la postre, el tardío proceso de socialización. Es inevitable que surja la hipótesis de que era una débil mental desde el comienzo. Pero no interesa lo que se piense en este sentido; la verdad es que hizo considerables progresos, y que jamás los habría hecho si se hubiese mantenido en aislamiento. Es claro que no se encontraba completamente aislada. Si lo hubiese estado habría muerto en la infancia. Pero su contacto con los demás era de tipo casi puramente físico, que no permitía una interacción comunicativa. El caso ilustra el hecho de que el contacto comunicativo es el núcleo de la socialización. Es digno de señalarse que la niña no había contado, ni siquiera después de su descubrimiento, con la mejor atención especializada. Le llevó mucho tiempo aprender a hablar, y es posible que una vez que hubiese aprendido a hacerlo bien se hubiera apresurado el proceso de socialización. En el caso de los niños normales, se sabe que el dominio de la palabra es la clave para el aprendizaje.

El otro caso de extremo aislamiento, el de Isabel, ayuda a interpretar el de Ana. Esta niña fue hallada aproximadamente en la misma época que Ana, en condiciones notablemente similares, cuando tenía más o menos seis años y medio de edad. Como Ana, era una niña ilegítima y se la había mantenido recluida por ese motivo. Su madre era sordomuda y parece que ella e Isabel pasaban la mayor parte del tiempo juntas en una habitación a oscuras. A causa de ello, Isabel no tuvo ocasión de desarrollar el lenguaje; cuando se comunicaba con su madre, lo hacía por medio de gestos. La falta de sol y lo inadecuado de su alimentación la habían enfermado de raquitismo. Sus piernas fueron especialmente afectadas; estaban

Escaneado con CamScanner

"tan combadas, que cuando se mantenía erguida las suelas de sus zapatos casi se juntaban la una con la otra, y caminaba a sacudidas".[4] Su conducta hacia los extraños, en especial hacia los hombres, era casi la de un animal salvaje, y manifestaba sumo temor y hostilidad. En lugar de hablar, solo emitía un extraño sonido semejante a un graznido. En muchos sentidos se comportaba como una niña de muy corta edad. "En apariencia, desconocía en absoluto las relaciones, de cualquier tipo que fueren. Cuando le ofrecí una pelota por primera vez, la sostuvo en la palma de la mano, luego la extendió y me acarició la cara con ella. Esta conducta es comparable a la de un niño de seis meses".[5] Al principio resultó incluso difícil afirmar si podía oír, tan poco usados estaban sus sentidos. Muchas de sus acciones se parecían a las de los niños sordos.

Una vez que se estableció que podía oír, los especialistas que trabajaban con ella dictaminaron que era una débil mental. Incluso en los tests no verbales, los resultados fueron tan bajos que prometían muy poco para el futuro. "La impresión general era que se trataba de una niña totalmente ineducable, y que toda tentativa de enseñarle a hablar, después de un período tan prolongado de silencio, culminaría en un fracaso" [6]. Y sin embargo, las personas que se ocupaban de ella iniciaron un programa de educación sistemático y hábil. La tarea parecía desesperada al principio, pero gradualmente la niña comenzó a reaccionar. Después de superar los primeros obstáculos sucedió una cosa curiosa. Pasó por las habituales etapas de aprendizaje, características de las edades de uno a seis años, no solo en adecuada sucesión, sino mucho más rápidamente de lo normal. En poco más de dos meses, después de su primera vocalización, ya formulaba frases enteras. Nueve meses después podía identificar palabras y frases en una página impresa, escribir bien, sumar hasta diez y volver a contar una narración después de escucharla. Siete meses más tarde tenía un vocabulario de 1.500 a 2.000 palabras y formulaba preguntas complicadas. A partir de un nivel educativo de entre uno y tres años (según el aspecto que se considere), había llegado a un nivel normal para cuando tenía ocho años y medio de edad. En una palabra, cubrió en dos años las etapas de aprendizaje que por lo general exigen seis.[7] O para decirlo de otra manera, su cociente de inteligencia se triplicó en un año y medio.[8] La velocidad con que llegó al límite normal de desarrollo mental parece análoga a la recuperación del peso físico en un niño que crece después de una enfermedad,

4 FRANCIS N. MAXFIELD, *What Happens When the Social Environment of a Child Approaches Zero,* manuscrito inédito.

5 MARIE K. MASON, "Learning to Speak after Six and One-Half Years of Silence", *Journal of Speech Disorders,* vol. VII, 1942, pág. 299.

6 *Ibíd.*

7 *Ibíd.*, págs. 300-304.

8 MAXFIELD, *op. cit.*

Escaneado con CamScanner

en el cual la recuperación se logra por un crecimiento rapidísimo hasta llegar al restablecimiento del peso normal para la edad en cuestión. Por último, ingresó en la escuela, en la que participó en todas las actividades escolares con la misma normalidad que los demás niños.

Es evidente que la historia del desarrollo de Isabel resulta distinta de la de Ana. En ambos casos hubo, desde el comienzo, un nivel intelectual muy bajo, o más bien inexistente. En ambos casos parecía que la niña podía ser una débil mental congénita. En ambos casos se alcanzó más tarde un nivel considerablemente superior. Pero Isabel alcanzó una mentalidad normal en el término de dos años, en tanto que Ana seguía siendo notablemente inadecuada al cabo de cuatro años y medio. ¿Cuál es la explicación de la diferencia?

Quizás Ana tuviese menos capacidad innata. Pero es probable que Isabel hubiese tenido un contacto más amistoso con su madre en los primeros períodos de su vida, y también que hubiese contado con una educación más hábil y persistente después que se la encontró. El resultado de esa atención fue que Isabel pudo hablar en una etapa muy temprana, y su rápido desarrollo posterior parece haber sido una consecuencia de ello. Si Ana, que se parecía mucho a esta niña en el comienzo, hubiese recibido una educación intensiva y, por lo tanto, hubiera dominado el lenguaje en un punto anterior, su posterior desarrollo habría sido mucho más rápido.

El caso de Isabel sirve para demostrar, como no lo demuestra con claridad el de Ana, que el aislamiento hasta la edad de seis años, con la falta de adquisición de alguna forma de lenguaje y, por ende, careciendo de todo el mundo de la significación cultural, no impide la posterior adquisición de éstos. Por cierto, parece existir un proceso de recuperación acelerado. Resulta difícil decir cuál sería la edad máxima en que una persona podría mantenerse aislada y conservar la capacidad para la plena adquisición cultural. Casi con seguridad que no llegaría a la edad de quince años. Es posible que su límite máximo sea el de diez años. No cabe duda de que distintos individuos diferirían considerablemente en lo relativo a la edad exacta.

Ambos casos, y otros como ellos, revelan en una forma singularísima el papel de la socialización en el desarrollo de la personalidad. La mayor parte de la conducta humana que consideramos como algo dado en la especie, no se produce al margen de la educación y del ejemplo de los demás. La mayoría de los rasgos mentales que consideramos constituyentes de la mente humana no se encuentran presentes, a menos de que sean colocados allí por el contacto comunicativo con los demás. Ningún otro tipo de testimonio destaca este hecho con tanta claridad como estos raros casos de aislamiento extremo. Gracias a ellos es posible "observar, *concretamente sepa-*

Escaneado con CamScanner

rados, dos factores del desarrollo de la personalidad humana que, de otro modo, solo son separados en el análisis: los factores biogénicos y los sociogénicos".[9]

El desarrollo de la persona

El núcleo de la socialización es el surgimiento y el gradual desarrollo de la persona o *ego*. En función de ella, la personalidad adquiere forma y la mente entra en funciones.

La persona se desarrolla a partir del contacto comunicativo del niño con otros. El contacto se establece al principio en un plano físico, y en esta fase la estabilidad y continuidad del infante provienen en apariencia de varias fuentes: de su cuerpo, que proporciona un constante flujo de estímulos internos y que tiene necesidades repetidas con regularidad; de su ambiente externo, el cual bombardea constantemente sus sentidos que despiertan, y que tiene cierta estabilidad; de quienes lo rodean, que observan cierta regularidad en los cuidados que le brindan. Por consiguiente, la posibilidad de formar hábitos existe desde el comienzo. Actividades tales como la de succión del pulgar y la de hacer balancear juguetes suspendidos tienden a realizarse repetidamente de la misma manera, y más tarde el niño muestra una fuerte tendencia a la conformidad "ritualista" frente a pautas de conducta ya establecidas, como lo saben todos los padres. De tal modo, el elemento de persistencia, de conservación, tan esencial para la noción de persona, está presente desde el comienzo.[10]

Sin embargo, la persona tiene un carácter distinto y separado del que corresponde al organismo fisiológico propiamente dicho, un desarrollo y una estructura propios. No existe desde el nacimiento, sino que surge en el juego recíproco de la experiencia social. Partes del cuerpo —los dedos de los pies, los dientes, las amígdalas— pueden perderse sin ninguna pérdida correspondiente para la persona. Solo cuando la pérdida tiene una verdadera significación social (como cuando una joven pierde una pierna o sufre una desfiguración del rostro; o cuando afecta la capacidad del organismo para el pensamiento y el sentimiento, como en el caso en que el cerebro es lesionado o una glándula tiene un tumor), el cambio tiene importancia para la persona. En estos casos, el efecto del cambio corporal ilustra con claridad el carácter separado de la persona. Esta última es una entidad psíquica, no física.

[9] Kingsley Davis, en un prefacio de Singh y Zingg, *op. cit.*, págs. XXI-XXII.

[10] Cf. Jean Piaget, "Principal Factors Determining Intellectual Evolution from Childhood to Adult Life", en *Factors Determining Human Behavior*, Cambridge, Harvard University Press, 1937, págs. 35-36.

George H. Mead ha señalado que una característica esencial de la persona es su carácter reflexivo.[11] Con esto quiere decir que la persona puede ser a la vez sujeto y objeto para sí misma; puede reflexionar acerca de sí misma, o, como con frecuencia lo decimos, puede tener conciencia de sí misma. Mead dice luego que el problema esencial de la personalidad consciente o de la conciencia de sí mismo es éste: "¿Cómo puede un individuo salir fuera de sí de modo de convertirse en un objeto para sí?" Solo puede hacerlo a través de los demás, asumiendo temporariamente el papel de otras personas y mirándose, por así decir, a través de los ojos de ellas. Aprende a imaginar la forma en que se aparece para los demás, a imaginar cómo los otros juzgan esta apariencia, y a reaccionar luego ante este juicio tal como lo imagina. Si las actitudes no existen en su mente, no pueden afectar a la persona; y si no son atribuibles a otros, no pueden ser adquiridas. De tal modo, al adoptar con respecto a sí mismo las actitudes que otros adoptan hacia él, llega a tratarse como un objeto, a la vez que como un sujeto.

Al adquirir las actitudes de los otros hacia sí, el individuo no es simplemente pasivo. Explora y descubre por qué la satisfacción de sus necesidades depende en gran medida de las actitudes de los otros hacia él. En rigor, la expresión de actitudes por sus congéneres se convierte muy pronto en algo tan importante para él, que necesita y exige atención. Tiene un poderoso incentivo para entender las actitudes de ellos, porque de lo contrario no podría predecir o controlar lo que le sucede a él. El niño aprende desde muy temprano que una de las formas más importantes de controlar su destino consiste en influir los sentimientos de los otros hacia él. Como las actitudes son cuestión de significado, solo se las puede conocer por medio del mecanismo de la comunicación simbólica. Por lo tanto, el niño debe aprender a utilizar los símbolos por medio de los cuales se comunican las actitudes, a fin de poder evocar las actitudes de los otros en su propia imaginación y a su vez comunicar sus propias reacciones a los otros, a la luz de lo que imagina que son los juicios de ellos. A fin de comunicarse con los otros, debe estar en condiciones de reaccionar ante lo que comunica, porque de lo contrario no tendrá noción alguna de la significación de lo que dice y hace. Una vez que ha adquirido las actitudes de los otros como parte de sí mismo, puede juzgar de qué manera reaccionará otra persona, por la forma en que él mismo reacciona a las palabras que pronuncia. No solo se escucha a sí mismo sino que se responde; habla y se contesta con tanta veracidad como la otra persona le habla y le contesta.

"La persona, en cuanto puede ser un objeto para sí, es esencialmente una estructura social y surge en la experiencia social". No

[11] *Mind, Self, and Society,* Chicago, University of Chicago Press, 1934, 3ª parte. Gran parte de este apartado está parafraseada del brillante análisis de Mead. [Trad. esp. citada.]

Escaneado con CamScanner

podría surgir fuera de la experiencia social. Después que ha surgido, contiene el sistema social activamente dentro de sí, y de tal modo, en cierta manera, puede proporcionar su propia interacción social. La persona puede llevar a cabo una conversación consigo. Lo que dice o piensa que podría decir provoca cierta respuesta en sí mismo (cuando adopta el papel del otro). Esta respuesta lo lleva a decir algo más, y así sucesivamente. De tal modo, una persona, una vez socializada, puede mantenerse en soledad durante largo tiempo sin dejar de gozar de cierto tipo de interacción social. Pero con el tiempo necesita tener un oyente. De lo contrario, no puede confirmar la exactitud de sus propias respuestas; su imaginación se torna estéril, repetitiva y divorciada de la realidad.[12] Pero el proceso mismo del pensamiento es sencillamente una conversación interior, en la cual el individuo responde a lo que él mismo dice y a su vez replica a su propia respuesta.

Resulta sorprendente lo temprano que el niño aprende a adoptar el papel del otro. A la edad de dos años juega a ser madre, niño o hermana. Al hacerlo, contempla la situación desde el punto de vista de la persona en cuestión, y actúa de acuerdo con ello. Las actitudes así imitadas son con frecuencia las que se adoptan hacia el propio niño. De tal modo, un niño de dos años puede examinar el vestido de una muñeca, fingir que lo encuentra húmedo, reprochar a la muñeca y llevarla al cuarto de baño. Ese niño ya ha internalizado las actitudes de los otros. Al colocarse en el papel del otro, puede entonces responder a sus propias palabras y actos en función del significado que éstos tendrían para la otra persona. Así se desarrolla y crece la persona.

En un juego organizado —por ejemplo, el béisbol—, el niño debe estar dispuesto a adoptar el papel de todos los otros que participan en el juego. "Debe tener las respuestas de cada posición incluidas en su propia posición. Debe saber lo que todos los demás van a hacer, a fin de desarrollar su propio juego".[13] La organización de reacciones recíprocas está contenida en las reglas del juego. En la medida en que el niño ha captado las reglas del juego y de tal manera puede participar en las reacciones mutuas que constituyen el juego real, ha adquirido dentro de sí un sistema organizado de papeles. Su respuesta específica es controlada por su sentido de todo el sistema de respuestas. Éstas no son tanto las respuestas de determinadas personas, como de las posiciones.

La comunidad o grupo social, lo mismo que el béisbol, tiene un carácter organizado. Y a medida que va tomando forma en la organización de la persona, se produce un proceso de generalización. Las que antes eran para el niño las actitudes de otras personas particulares, ahora se convierten en las actitudes de cualquier persona en

12 Mead, *op. cit.*, págs. 140-141.
13 *Ibid.*

Escaneado con CamScanner

las situaciones dadas. Esto justifica el término de Mead, "el otro generalizado". A medida que el individuo incorpora el sistema de actitudes mutuamente relacionadas de la comunidad, con referencia a las actividades y objetivos comunes del grupo en su conjunto, se convierte en una persona completa, en un producto social en el pleno sentido de la palabra.

La adopción de la actitud del otro generalizado es simplemente, en el plano intelectual, el proceso de pensamiento abstracto, en tanto que en el plano emocional es el proceso del razonamiento moral. Las reglas de la lógica son universales y rigen para todos los que deseen razonar con exactitud. Los principios de moralidad son igualmente universales y rigen para todos los que deseen vivir en forma correcta. Es claro que no todas las actitudes adquiridas por el individuo son igualmente generales. Muchas de ellas rigen para determinadas clases y grupos, pero incluso ellas están integralmente relacionadas con las actitudes más generales de toda la comunidad. Cuando una persona se pone en el lugar del otro generalizado y, de tal modo, juzga su propia conducta, refleja en sí mismo la organización de la comunidad en general. La persona, entonces, es una estructura de actitudes, y no un grupo de hábitos. Existen algunos hábitos que no tienen nada que ver con el sistema de actitudes, y éstas, aunque puedan ser habituales, se distinguen por el hecho de que se adquieren por medio de la interacción comunicativa con otros. No es posible trazar una clara línea divisoria entre nuestra propia persona y la de los demás, ya que nuestra propia persona funciona, en nuestra experiencia, solo en la medida en que las personas de los otros también funcionan en nuestra experiencia.

El carácter reflexivo de la persona puede ser formulado en términos del "yo" y el "mí". "El «yo» es la reacción del individuo a las actitudes de los otros; el «mí» es la serie de actitudes organizadas de los otros que adopta uno mismo", y a las cuales responde el "yo". El "mí" es lo que se recuerda y acerca de lo cual se reflexiona; el "yo" es lo que recuerda y reflexiona.[14] El "mí" es la persona de la cual uno tiene conciencia; el "yo" es la reacción impredecible. Un jugador puede arrojar la pelota a otro porque sabe qué esperan los demás de él. Las expectativas de ellos son su "mí". Pero ni él ni ningún otro saben con exactitud cómo responderá, si hará una jugada brillante o cometerá un error. La respuesta, en el momento de la acción, es el "yo"; es el aspecto dinámico e impredecible de la persona. Pero en cuanto el "yo" ha actuado, puede ser recordado y es posible reflexionar al respecto; entonces se convierte en parte del "mí". El jugador tiene en sí todas las actitudes de los otros que exigen una determinada respuesta, y esto es el "mí"

14 MEAD, *op. cit.*, pág. 175. *Cf.* la sección sobre "Posición y papel", del cap. 4.

Escaneado con CamScanner

de la situación; su respuesta, en el momento en que se produce, es el "yo". El "yo", pues, actúa siempre en ese momento infinitamente pequeño en que el futuro se convierte en presente. Contiene siempre un elemento de novedad. Resuelve, en forma parcialmente inesperada, los elementos en conflicto de la situación. Es lo que concede a la persona el sentimiento de libertad e iniciativa. El "mí" exige una respuesta en una situación determinada, pero el carácter exacto de la respuesta no está del todo determinado, ya que es moral y no mecánicamente necesaria. Es evidente que el "yo" y el "mí" constituyen aspectos separados de la misma cosa. Juntos constituyen la personalidad tal como aparece en la experiencia social. Si la persona no poseyera estos dos aspectos, no podrían existir la responsabilidad consciente ni la novedad.

"La persona no es algo que existe primero y luego entra en relación con otros". Es algo que se desarrolla a partir de la interacción social y cambia de continuo, se adapta de continuo, a medida que surgen nuevas situaciones y conflictos. Supone la existencia previa de un orden social, y, sin embargo, es el vaso en el cual y por medio del cual continúa el orden.

EL DESEO, LA CONCIENCIA Y LA PERSONA

La energía, para la persona, proviene del organismo, pero la utilización de esta energía solo en parte es orgánica. Los deseos y necesidades orgánicos deben ser satisfechos, al menos lo suficiente como para mantener el organismo en funcionamiento, y se los satisface en gran medida gracias a la ayuda de los otros. La persona, al adoptar las actitudes de los otros, actúa por lo tanto parcialmente como instrumento del organismo. Sin embargo también actúa, al mismo tiempo, como instrumento para el control del organismo. Como se forma a partir de las actitudes de los otros, la persona no puede por menos de asignar un valor a estas actitudes, aparte de la satisfacción orgánica o a pesar de ella. Esto rige en especial para un género de actitudes: las actitudes de aprobación y desaprobación, porque ello ofrece la clave de muchas otras cosas. Solo mediante la aprobación de los otros puede la persona tolerar a la persona.

Por cierto, existe una selección, entre los posibles otros, de aquellos cuyas opiniones tienen más peso. No todos tienen el mismo peso, y el grado en que una actitud tenga importancia depende del grado de identificación entre uno mismo y la persona que expresa la actitud.

Sea como fuere, los otros jamás conceden su aprobación para la satisfacción total y libre de los deseos orgánicos. Se permite cierta satisfacción, por supuesto, pero por otra parte también se exige mucha abnegación. A causa de ello surge inevitablemente un conflicto

Escaneado con CamScanner

entre los deseos físicos del individuo, tal como actúan sobre la persona, y las actitudes de los otros hacia la persona en relación con esos deseos. Es claro que los demás no aprueban la búsqueda de su aprobación por cualquier medio que fuere. La búsqueda de una buena posición por parte de un individuo debe realizarse de acuerdo con ciertas normas. Se ve tentado a buscarla por medio de recursos engañosos que, si llegan a conocimiento de los demás, conducen al resultado opuesto, de la misma manera que se siente tentado a satisfacer por medios secretos los deseos orgánicos prohibidos. Sin embargo, lo contienen, con éxito o sin él, no solo el miedo de ser descubierto sino, también, el temor de lo que él mismo pensará a su propio respecto.

Todo esto significa que la persona se encuentra en un perpetuo estado de inquieto equilibrio. Se esfuerza por lograr superioridad (aprobación de los otros), pero teme la inferioridad (desaprobación de los otros). Busca las satisfacciones orgánicas que puede y, sin embargo, reacciona ante estas satisfacciones con las actitudes morales adquiridas de los otros. El conflicto entre lo que debe hacer y lo que quiere hacer actúa como un constante estímulo para unir las partes en conflicto, para elaborar una adaptación. La persona es, por lo tanto, un sistema dinámico cuyas partes se encuentran relacionadas funcionalmente pero jamás se integran del todo. Continuamente se esfuerza y busca.

El conflicto se manifiesta en la primera etapa de la infancia, cuando la frustración aparece por primera vez. El infante comienza con una reacción completamente egocéntrica hacia el mundo: la exigencia de que sus deseos sean satisfechos. Pero gradualmente, a medida que comienza el lento y difícil proceso de adquirir las actitudes de los otros, descubre que la cólera provoca la cólera, la agresión encuentra la agresión. Las actitudes de los otros son parte de una situación restrictiva que no se puede echar a un lado. Por lo tanto, el infante debe tener en cuenta esas actitudes y tratar de manipularlas, incluso antes de entenderlas. Las conoce al principio en forma absoluta, como puros imperativos, porque no puede analizar el papel del adulto que lo dirige y que las produce. Esto es lo que Piaget ha denominado la etapa del "realismo moral".[15]

Pero a medida que transcurre el tiempo, a medida que el niño adopta cada vez más las actitudes de los otros hacia sí, se torna menos egocéntrico. Aprende a comunicarse con los otros, a identificarse con ellos y a participar en empresas cooperativas. En lugar de ser controlado por medio de la coerción exterior, es controlado cada vez más por nociones de lo que es correcto o incorrecto, justo o injusto, que se aplica a sí mismo. Desarrolla una conciencia que

[15] JEAN PIAGET, *The Moral Judgment of the Child,* Nueva York, Harcourt, Brace, 1932, cap. II. [Trad. esp.: *El juicio moral en el niño,* Madrid, Francisco Beltrán, 1935.]

Escaneado con CamScanner

no solo refleja las opiniones de los que lo rodean de modo inmediato sino, también, las actitudes del otro generalizado, la voz moral de la comunidad en su conjunto. En lugar de una lucha externa, se desarrolla una lucha interior. La parte consciente y reflexiva de la persona debe equilibrar y reconciliar de alguna manera tres grupos de fuerzas que se contrarrestan entre sí: las actitudes y objetivos adquiridos, las tendencias orgánicas y los hechos de la situación en un momento dado. Los conflictos solo pueden resolverse con ayuda de la represión. A veces se reprimen los hechos desagradables de la situación, a veces los imperativos morales, a veces los deseos orgánicos. Pero aunque se los reprima en el plano consciente, estos elementos siguen siendo parte de la personalidad e influyendo en la conducta. Se manifiestan de distintas maneras que el observador adiestrado puede percibir. Por este motivo, la persona no puede ser entendida simplemente como aquello que aparece en la conciencia sino también como algo que abarca mucho de lo que, por lo menos en un momento dado, no aparece en la conciencia.

Los psicoanalistas han dividido la parte inconsciente de la personalidad en dos: el "Id" (quiere) y el "Superego" (no debes). El uno es en parte un reflejo de las tendencias y de los deseos orgánicos, y en parte un reflejo de los objetivos adquiridos que, en una determinada situación, pueden ser ilegítimos o buscados por medios ilegítimos. El segundo es un reflejo de los imperativos morales de la comunidad, del otro generalizado. Conceptualizada de esta manera, gran parte de la conducta del individuo se torna comprensible y en cierto grado predecible. A medida que el individuo normal va madurando, se elabora un *modus vivendi* por el cual se concede cierta satisfacción a todas las partes de la persona, pero no se permite a parte alguna arrebatar algo a las demás y divorciar de tal modo a la persona de su realidad social.

El individuo anormal es aquel que no logra elaborar ese *modus vivendi* a medida que llega a la edad adulta y que, por lo tanto, parece extraño a sus congéneres.

¿Quién socializa al niño? [16]

La naturaleza de la socialización es evidentemente de un carácter tal que resulta afectada en gran medida por el tipo de personas que la realizan. Además, es de tal importancia para la sociedad, que ha sido institucionalizada y regulada en cuanto se refiere a su forma y a las personas que la llevan a cabo. En realidad, desde el punto de vista de la sociedad, el niño es valorado más por lo que

[16] Gran parte de esta sección ha sido tomada del trabajo del autor: "The Child and the Social Structure", *Journal of Educational Sociology*, vol. 14, diciembre de 1940, págs. 217-229.

Escaneado con CamScanner

será que por lo que es. Su valor es semejante al de una cuenta de ahorros, en gran medida anticipatorio. Toda doctrina que considere fundamentales las necesidades del niño y secundarias las de la sociedad organizada, constituye una anomalía sociológica. Como la socialización es la que convierte al niño en un miembro útil de la sociedad y le concede madurez social, es natural que la socialización del niño no haya sido abandonada al simple accidente, sino que se haya realizado siempre dentro de un marco institucional y controlada a través de vías institucionales.

Existen dos categorías perfectamente distinguibles de personas de las cuales el niño adquiere los sentimientos, creencias y conocimiento de su cultura. La primera abarca a aquellas que tienen autoridad sobre él; la segunda, a las que tienen igualdad con él. Su aprendizaje varía en contenido y significación según sea adquirido de una u otra. En realidad, los dos tipos generales de moralidad que distingue Piaget —el de la coerción y el de la cooperación— son principalmente, como él indica, el producto respectivo de estos dos tipos de relación. La moralidad de la coerción es la moralidad de un deber objetivo basado en el respeto unilateral por las personas dotadas de autoridad, y sus reglas se consideran superiores, externas, absolutas y situadas más allá de la comprensión. La moral de la cooperación se basa en la comprensión mutua entre iguales, y las reglas no tienen superioridad mística o carácter absoluto en sí mismas, sino que son simplemente los principios fundamentales de la asociación, pasibles de modificarse según las consideraciones racionales y necesidades de los participantes.[17]

Nos interesa el hecho de que estos dos tipos de relación sociopsíquica, ambos sumamente importantes en la socialización del niño, descansan sobre las bases de la adscripción de *status* antes analizada.[18] Las personas que tienen autoridad sobre el niño son por lo general mayores que él, y las que tienen autoridad inmediata y primaria están también por lo común emparentadas con él. Las personas que comparten la igualdad con él, estén emparentadas o no, suelen ser de edad similar.

Parece fácil explicar el hecho de que deba existir un elemento autoritario en la socialización. Las pautas de conducta que se esperan en la cultura no son innatas, sino en muchos casos, contrarias a la inclinación biológica. Por lo tanto, la personas encargadas de socializar al joven no solo deben tener algo que trasmitir y la responsabilidad de trasmitirlo sino, también, el poder para imponer la obediencia. La razón por la cual se concede ese poder a las personas mayores es obvia, porque cuando comienza el proceso de socialización el infante no cuenta con ninguna persona menor que él, ni con la capacidad para asociarse con sus iguales. Además, la socialización

17 Piaget, *Moral Judgment of the Child.* [Trad. esp. citada.]
18 Capítulo IV.

Escaneado con CamScanner

debe obrar, naturalmente, desde los que tienen más elementos de cultura hacia los que tienen menos; debe avanzar del maduro al inmaturo. El hecho de que los determinados adultos a quienes se encomienda primero la tarea sean por lo general parientes (por ejemplo los padres) surge de la estrecha vinculación primitiva del niño con ellos, en el sistema de la familia.[19] Es conveniente, aunque no necesario, hacer que las personas responsables de la reproducción y el mantenimiento de los niños, sean, también, responsables de su socialización. Dada la amplia brecha de edad y experiencia que separa al niño de sus socializadores, aquél no puede "entender" plenamente la lógica y naturaleza de todo lo que ellos le trasmiten, ni lograr una penetración inmediata en sus mentes. Tiene que aceptar algunas reglas sencillamente porque sus superiores las estipulan. En el caso de que no entienda o de que, entendiendo, no desee obedecer, es posible obligarlo, porque desde el punto de vista de la sociedad lo esencial no es que el niño quede "liberado del tabú" a fin de "expresar su personalidad", sino que se le enseñen los usos sociales y las costumbres, se lo prepare para su *status* de adulto y se lo proteja de sí mismo durante su período de infancia y dependencia. Por lo tanto, lo que el niño absorbe al principio es, en gran parte, una moralidad de coerción. De esta manera la sociedad, para no correr riesgos, trasmite las partes más valiosas y esenciales de su herencia. A la postre, como ya hemos dicho, la moral de la sociedad no es una cuestión de comprensión racional, sino una cuestión de obligación sentida. El socializador oficial —sea el padre, el educador o el maestro— es el representante de la mayor autoridad de la sociedad.

El elemento igualitario de la socialización, aunque ubicuo, es quizás un tanto más difícil de explicar que el elemento autoritario, porque no es en tan gran medida el resultado de una política deliberada o el foco de la atención oficial. Comencemos preguntando qué similitud de edad, sexo y rango debería ser la base de las relaciones igualitarias, fuentes —éstas— de la moralidad de cooperación. La respuesta es que las personas relacionadas por una similitud de *status* se encuentran en la misma relación con las personas dotadas de autoridad. Siendo esto así, se encuentran en situación de protegerse antes que de ejercer coerción las unas sobre las otras. Toda regla que gobierne su interacción mutua, en la medida en que es formulada por ellos mismos, no tiene otra razón de ser que la conciencia espontánea de que la regla es necesaria para la continuidad de la interacción. Los compañeros de la misma edad, por ejemplo, como se encuentran en la misma etapa de socialización, pueden participar en las actitudes subjetivas mutuas, porque contemplan el mundo con los mismos ojos. Esto les permite entender por qué cada uno de ellos espera determinado tipo de respuesta, y de tal modo

19 Véase capítulo XV.

Escaneado con CamScanner

sentar las bases para la reciprocidad. Lo mismo rige en cierta medida con respecto a los compañeros de sexo y casta.

De estos iguales se adquieren algunas cosas que no pueden adquirirse de las personas dotadas de autoridad. Entre esas cosas no solo se cuentan la moralidad cooperativa ya analizada sino, también, algunos de los aspectos más informales de la cultura: menudos usos sociales, matices de significación, manías y modas, formas secretas de satisfacción de los deseos y conocimientos prohibidos. Con frecuencia, estas cosas son socialmente necesarias y, sin embargo, están socialmente prohibidas. Un ejemplo, en nuestra sociedad, es el conocimiento de las relaciones sexuales, que, de acuerdo con una doctrina estricta, se supone debe mantenerse como libro cerrado hasta el momento del matrimonio. Si la doctrina fuese cumplida al pie de la letra, la ejecución de numerosas funciones sería mucho más difícil; por lo tanto, el conocimiento sexual no está excluido por completo, sino que es trasmitido como parte del saber que pasa de niño a niño, como parte de la denominada "cultura infantil". El hecho de dejar estas cosas en manos de las relaciones igualitarias, para su trasmisión, tiene el efecto de controlarlas debido a que las personas de la misma edad, al ser casi igualmente ignorantes, pueden trasmitirse relativamente poca información real unas a otras. La cantidad total de conocimientos trasmitidos de niño a niño no puede ser tan grande, en potencia, como la cantidad total que puede trasmitirse del adulto al niño. Sin embargo, en la medida en que el niño aprende, en el grupo igualitario, a entender las reglas como parte de un esfuerzo cooperativo, en la medida en que aprende a campear por sus derechos sin la protección de la autoridad o la abyección de la dependencia, adquiere algo que es muy difícil, si no imposible, de obtener en el tipo autoritario de relación.

En una palabra, tanto las relaciones autoritarias como las igualitarias contribuyen a la socialización del niño, y ambas tienden a ser adscritas (por lo menos en la etapa inicial) en función de sexo, edad y parentesco. Aquellas cosas que entrañan disciplina y responsabilidad para su trasmisión se ponen por lo general en manos de las relaciones autoritarias, y las otras en las de las relaciones igualitarias. Así, advertimos la forma en que los *status* adscritos figuran en la dinámica de la socialización.

La educación y la teoría educativa en la sociedad moderna

Hasta ahora hemos analizado la socialización como si fuese igual en todas las culturas. Esto es cierto solo en el sentido más general. Nos toca ahora considerar las formas en que la infancia varía en distintas culturas, y examinar ciertos problemas planteados por nuestra propia sociedad.

Escaneado con CamScanner

Una sociedad pequeña y estable, que utiliza el *status* adscrito mucho más de lo que lo hace una sociedad vasta y cambiante, tiene una forma sencilla de socialización. La educación respecto de los rasgos universales de la cultura se realiza en la asociación cotidiana con los adultos. La educación para los *status* especializados se lleva a cabo por medio de la instrucción informal brindada por personas que ya ocupan dichos *status,* con frecuencia miembros de la familia. Ciertos rituales, fetiches y emblemas ayudan a subrayar los cambios de *status,* y la pauta de vida para cada individuo queda bastante bien definida desde el comienzo. La cultura cambia con tanta lentitud, que toda la antigua generación constituye un organismo adecuado para la socialización de los jóvenes.

Por otra parte, una sociedad vasta y cambiante no puede trasmitir su gigantesca herencia cultural solo sobre la base de la socialización informal y características superficiales. Tampoco puede adaptar a las personas a sus *status* complejos y altamente especializados nada más que sobre la base de sexo, edad y parentesco. El sexo y la edad son tan amplios, que proporcionan muy pocas clases, y la herencia del *status* es demasiado estática como para adaptarse a un medio rápidamente cambiante en el cual, en cada generación, aparecen centenares de nuevos *status.* La herencia de la posición paterna funciona mejor cuando los padres socializan al niño. Con una creciente especialización, la educación paternal se torna cada vez menos adecuada, hasta que finalmente es preciso confiar en la socialización fuera de la familia. Esto conduce a la aparición de las escuelas, organismos especiales de la sociedad destinados a realizar la función de la educación. Las escuelas cuentan con maestros profesionales, un lugar físico, una gran instalación y un conjunto de alumnos. Pueden ejecutar las complejas tareas de la educación en una forma en que no podrían hacerlo los padres. Al igual que los padres, se encuentran en posición autoritaria con respecto al niño, pero, debido a su interés profesional en la educación como tal y a sus mayores recursos, pueden ser más flexibles en el tipo de educación que proporcionan y en la novedad del conocimiento que trasmiten. No solo están organizadas para la trasmisión de los conocimientos existentes sino también para el descubrimiento de nuevos conocimientos. Inculcan como ideales el descubrimiento y el progreso científicos, y, por lo tanto, el cambio.

No es de extrañar que en una sociedad grande y cambiante de esta índole la adquisición del *status* invada la adscripción, y que el sexo, la edad y el parentesco representen simplemente el papel de factores limitadores o fluidos en la competencia por los *status* adquiridos, en lugar de actuar como fuentes directas de *status* específicos. Mediante el ejercicio de una capacidad y fortaleza extraordinarias, una mujer puede llegar a ocupar el puesto de un hombre, un joven elevarse al rango profesional de un anciano o una persona pobre

Escaneado con CamScanner

ascender a una posición de riqueza. De esta manera, en complejas condiciones sociales, los individuos de distintos sexos, edad y origen compiten por los mismos *status*. Esto significa que el propio proceso de socialización, especialmente tal como se lo encuentra en el sistema educativo, es el que sirve como terreno de prueba para las capacidades y, por lo tanto, como organismo selectivo para la ubicación de las personas en distintos *status*, según su capacidad. De tal modo, la intensa competencia proporciona un incentivo para un denodado esfuerzo en el aprendizaje y, por si esto no fuese suficiente, el esfuerzo es artificialmente estimulado de distintas maneras. Además, la existencia de maestros profesionales interesados en la técnica de la instrucción y con un elevado grado de especialización en sus limitados campos de interés, mejora enormemente la efectividad de la instrucción. Se indagan los principios, los elementos, los mojones generales de orientación de los distintos temas, se los reduce a un orden racional y se los enseña en un breve espacio de tiempo. Las bibliotecas acumulan conocimientos en compartimientos especializados para el fácil y rápido acceso a los mismos. La discusión mutua entre los estudiantes ayuda a reforzar lo que se aprende. De tal modo, la segregación de la función educativa en una institución separada (la escuela) es necesaria a fin de adaptar el proceso de socialización a las necesidades de una sociedad en la cual se subraya antes que la adscripción, la adquisición, del *status*, y en la cual la complejidad y el cambio son fundamentales.

Cada tipo de sociedad –la simple y estable y la compleja e inestable– tiene sus problemas particulares. El problema de la sociedad simple, con sus *status* adscritos y sus rígidas pautas institucionales, reside en su falta de adaptabilidad a las condiciones cambiantes. Podrá seguir con sus antiguas costumbres hasta el punto del anquilosamiento y el desastre. Por otra parte, la sociedad compleja y especializada corre el riesgo de caer en un individualismo incontrolado, con la consiguiente pérdida de cohesión social. La intensa especialización hace que los miembros de la sociedad no logren entenderse entre sí. Un antídoto parcial para esta tendencia es el hecho de que cada individuo tiene muchos *status*, de modo que su fidelidad va mucho más allá de cualquier grupo especializado. Pero dentro de cada individuo, y entre él y los demás, debe existir presumiblemente cierta integración de los distintos *status;* de lo contrario, desaparecerían el orden personal y el de la sociedad. La integración debe realizarse en el nivel evaluativo, así como en el de los hechos. Cuanto más depende una sociedad de la especialización y cuanto más accesibles se tornan sus *status* al logro individual, más tenue se torna el principio de integración... a menos de que (y ésta es la parte difícil) el reino de los valores comunes sagrados siga siendo superior al mundo cotidiano del interés competitivo.

Escaneado con CamScanner

Los *status* adquiridos especializados requieren, por lo general, que el individuo domine ciertas técnicas racionales. Debe adoptar algo así como una actitud científica con respecto a su trabajo y a su carrera, y el más elevado prestigio acompaña, por lo común, a aquellos que tienen más habilidad en este sentido. Por lo tanto, las normas obligatorias que limitan arbitrariamente los medios de adquirir una posición son sometidas a crítica por las personas que compiten por las posiciones. Las creencias y prácticas no racionales vinculadas a las normas obligatorias suelen ser objeto de burla. En tales circunstancias, frente a la motivación individualista y a la crítica científica, los valores centrales y los fines comunes de la sociedad tienden a desmoronarse.

La educación organizada no puede eludir este problema de la sociedad especializada. Estados Unidos, país liberal y democrático, ha intensificado el problema de dos maneras: tratando de negar y reducir al mínimo el *status* adscrito, e intentando eludir el adoctrinamiento normativo. En ninguna de las tentativas obtuvo un éxito total, o fue totalmente coherente, pero en el plano filosófico, ya que no siempre en la práctica, ha acentuado el *status* adquirido y condenado el *status* adscrito, valorando la verdad científica por encima de la doctrina. En concordancia con esto, ha declarado que su objetivo es el estudio científico y la satisfacción eficiente de las necesidades del niño, ha reducido a un mínimo el ritual y ha eludido aquellas normas no racionales que no podían racionalizarse de alguna manera como "ciencia". Ha sido individualista en el sentido de preocuparse por las "necesidades individuales", positivista en el sentido de recurrir a la ciencia para llegar a conclusiones éticas, y racionalista en el sentido de suponer que la única orientación significativa con respecto al mundo es la del conocimiento.[20]

Sin embargo, podrá ponerse en duda el punto en que una sociedad puede hacer caso omiso del *status* adscrito y de la creencia no racional, y a pesar de ello sobrevivir. Por empezar, ya hemos visto que los niños deben ser "ubicados" en la estructura social antes de que pueda comenzar el proceso de absorción en esa estructura. Y como el objetivo es la eventual ubicación en los *status* adultos altamente especializados, resulta difícil de entender en qué forma podría darse a todos los niños, sin tener en cuenta el sexo, las relaciones de edad y el parentesco, la misma ubicación inicial, especialmente mientras se mantenga el modo familiar de reproducción. Más aún, toda sociedad persistente es un ejemplo de cambio dentro de la

20 Se advierte, por supuesto, que no todo el pensamiento de los círculos educativos puede ubicarse bajo una misma designación. Lo que aquí se trata de llevar a cabo es la descripción de una tendencia general. Resulta sorprendente la medida en que las escuelas de filosofía educativa, aun aquellas violentamente opuestas entre sí, dan por sentadas las mismas cosas, y sus diferencias son más superficiales que las similitudes fundamentales que les confiere la misma interpretación general de la vida social.

Escaneado con CamScanner

constancia. En ella, el *status* adscrito ayuda a proporcionar la constancia; el *status* adquirido, el cambio, y ambos resultan indispensables. Tampoco es un accidente el hecho de que un régimen en el cual la adscripción es pronunciada, sea también aquel en que son pronunciadas las creencias y normas no racionales. Para fijar a las personas un *status,* independientemente de sus cualidades personales, hace falta un firme sistema de controles institucionales. Los *status* adscritos son por lo general amplios, y en ellos el aspecto técnico no es complicado; las cosas importantes son el sentimiento, la costumbre y el ritual antes que la habilidad racional. Renunciar totalmente a los *status* adscritos derribaría un poderoso puntal de los valores y fines comunes que proporcionan su cohesión a la sociedad, especialmente si dichos valores y fines fuesen destruidos aún más por la crítica científica y la motivación individualista. Además, como lo demostró nuestro análisis anterior, los *status* adscritos están vinculados con la socialización en las relaciones autoritarias, y éstas lo están con la trasmisión de valores y costumbres culturales, por lo que un régimen de *status* puramente adquiridos constituiría una amenaza para la autoridad y para sus funciones. Por último, existen todos los motivos para creer que el individuo no podría soportar la inseguridad, el conflicto y la baraúnda que produciría una sociedad de tal modo cambiante y desemejante. La integración de la personalidad refleja la integración de la sociedad, y un régimen de pura competencia no produciría ni la una ni la otra. En una palabra, parece que una sociedad no puede avanzar siempre en dirección de la especialización y el *status* adquirido, y que a la postre su pérdida de solidaridad llegaría al punto en que una revolución interna organizada por una minoría militante y coherente, o una conquista externa por parte de un rival militante y coherente, la volverían en dirección de la rigidez institucional.

Lo que aquí se dice no pretende censurar la filosofía educativa reciente, sino señalar ciertas características de la relación niño-sociedad que los educadores liberales y democráticos tienen tendencia a pasar por alto. El análisis ha tratado de demostrar que la adscripción de *status,* lejos de no ser más que un anacronismo tomado de una era predemocrática, es una parte universal y sistemática de la sociedad de la cual dependen el proceso de socialización y el mantenimiento de la solidaridad. En el manejo del torrente de materia prima con el cual debe formar el personal para su estructura social diferenciada, una sociedad tiene muy poco en qué basarse para adscribir los *status* iniciales que debe adscribir; pero aprovecha este poco al máximo y, utilizándolo como base para las relaciones autoritarias e igualitarias en las cuales se produce la socialización, trasmite los aspectos formales e informales de la cultura de un modo que conduce a la integración estructural. Si no se entienden estas cosas, parecería que la filosofía educativa se concentra demasiado

Escaneado con CamScanner

estrechamente en las denominadas necesidades del niño, y no lo bastante en las necesidades igualmente reales de la sociedad, de modo que parecerían anómalas y pocos dignas de aprecio muchas costumbres fundamentales que, si fuesen eliminadas, dejarían a la sociedad extrañamente incapaz de mantenerse.

La socialización y el adolescente [21]

La consideración de la educación formal y sus problemas nos conduce al último periodo de socialización intensa: al de la adolescencia. Trátase de un período peculiar en muchos sentidos que, por lo tanto, requiere una atención aparte.

Ya sea que se lo reconozca o no públicamente como *status* separado, el periodo adolescente tiene en apariencia una peculiaridad destacada: es la época en que el individuo alcanza la madurez física sin lograr necesariamente la madurez social. En términos de crecimiento, fuerza, fecundidad y capacidad mental, la madurez total tiende a lograrse poco después de la pubertad; pero en términos sociales, el adolescente tiene todavía mucho camino que recorrer antes de llegar a un *status* pleno.

Esta tendencia del adolescente a ser más maduro física que socialmente, es más pronunciada en las sociedades arraigadas que conceden privilegios a la edad, pero es una condición en cierta medida inherente a la naturaleza de toda la sociedad humana. La cultura, evolucionando a lo largo de incontables milenios, ha desarrollado una complejidad de principios y una plenitud de contenido que requieren un largo tiempo para que el individuo las domine. Al mismo tiempo, ha posibilitado un tipo de organización social en la cual el poder y las ventajas dependen del conocimiento, la experiencia, la reputación y la posición social, antes que de la fuerza bruta o de la astucia innata. En la medida en que estas cosas tienen algo que ver con la edad, es más probable que lleguen con la edad madura o con la vejez, y no con la adolescencia. Incluso un ejército, que presumiblemente depende por excelencia de la habilidad y fuerza física, es dirigido por generales y coroneles de edad madura. El adolescente, a pesar de sus proezas en las batallas, en los deportes, en las pruebas, se ha visto obligado durante mucho tiempo a ceder el lugar a personas de más edad, cuyas capacidades biológicas son menores que las suyas. Estas últimas, en virtud de haber ocupado una posición en momentos tempranos de la vida, se encuentran en condiciones (en una sociedad estable) de continuar ocupándola en etapas posteriores de la vida, y de adquirir, en virtud de ello, otras posiciones

[21] Gran parte de esta sección está tomada del trabajo del autor: "Adolescence and the Social Structure", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. CCXXXVI, noviembre de 1944, págs. 8-16.

Escaneado con CamScanner

de influencia aún mayor. Además, debido a lo interminable del proceso educativo, están en cierto sentido mejor calificadas para ocupar posiciones responsables. Su calificación, sin embargo, es socialmente adquirida y no producto de la maduración biológica. Se basa en el conocimiento y la experiencia, ambos necesarios para fructuosas decisiones políticas y administrativas.

En un sentido (el sentido físico), la comunidad no utiliza a sus grandes hombres hasta que ya han pasado la flor de su edad. Pero en otro sentido (el sentido social), los utiliza en el momento culminante de su grandeza, en lo que se podría llamar su madurez administrativa o sociológica. Por lo tanto, el principio de la antigüedad no es un accidente ni una forma vacía. Con frecuencia se afirma que los ancianos se aferran a sus posiciones, como intereses creados, y que ello explica la subordinación de los jóvenes a los de mayor edad. El hecho de que las personas de edad tratan de mantener el poder que poseen es cierto en general,[22] pero su deseo no explica la circunstancia de que *puedan* hacerlo. Pueden mantener su poder porque tienen cierto tipo de superioridad; una superioridad desarrollada y fortalecida por una sociedad organizada, pero superioridad al fin.

Por consiguiente, se ha desarrollado una situación en la cual el adolescente, a pesar de su igualdad física o incluso su superioridad con respecto a la persona mayor, se encuentra ubicado en una posición socialmente subordinada. El resultado es una especie de desarmonía que en épocas de desorganización social se expresa a veces en un conflicto entre generaciones.

Si la madurez mental y física se produjese entre los treinta y treinta y cinco años de edad, y no entre los quince y los veinte, habría un período más prolongado de plasticidad juvenil, durante el cual se podría absorber una cantidad de cultura enormemente mayor. Siendo las cosas como son, especialmente en la sociedad moderna, el individuo debe seguir aprendiendo después que su capacidad de hacerlo ya ha comenzado a declinar. Aun cuando su pura capacidad haya llegado a su culminación durante la adolescencia, sus conocimientos adquiridos, su juicio, su penetración y su confianza en sí mismo están en general muy lejos de haber llegado a su apogeo.

La gran extensión del promedio de duración de la vida en los tiempos modernos, aunque ha permitido más alcance y fundamento racional a la educación posterior a la adolescencia, no ha prolongado el periodo adolescente. Por el contrario, ha prolongado la du-

22 Véase la descripción de los arapesh en MARGARET MEAD, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, Nueva York, Morrow, 1935. [Trad. esp. citada], págs. 77-78, para una aparente excepción. También el jefe de familia japonés entraba en retiro cuando su hijo mayor llegaba a la mayoría de edad. Véase LAFCADIO HEARN, *Japan*, Nueva York: Macmillan, 1928, pág. 73.

Escaneado con CamScanner

ración de la edad adulta, convirtiendo por consiguiente a la adolescencia en una fracción menor en la duración media de la vida.

La especialización también contribuye a hacer posible la compleja herencia de la cultura moderna. A cada individuo no se le exige que aprenda toda la cultura, sino la parte de ella que le concierne. Pero este mecanismo, como la extensión de la duración de vida, tiene sus limitaciones, como puede entenderse con facilidad si se imagina una sociedad que no posea un lenguaje general, sino simplemente un lenguaje separado para cada grupo de ocupaciones.

Es claro que las sociedades difieren en la medida en que permiten a los jóvenes acumular libremente conocimientos y experiencias. Con frecuencia, a fin de trasmitir primero los elementos ideales de la cultura, las personas mayores, tal como se ha mencionado antes, eligen el contenido cultural que se ofrece a los niños y los protegen de experiencias contrarias. En la medida en que esto suceda, se posterga la madurez social hasta cierta etapa que se encuentra más allá de la adolescencia. En la sociedad moderna, debido a esta protección, así como a otros factores, incluso las personas de edad madura son comúnmente acusadas de inmadurez emocional.

La adolescencia, pues, es por lo general la época en que se torna más pronunciado el retraso del desarrollo social respecto del desarrollo físico. A medida que la sociedad se hace más compleja, el retraso va en aumento, y la adolescencia, tal como se la define socialmente, se extiende mucho más allá en la edad adulta física.

UBICACIÓN OCUPACIONAL

Si para la ocupación hace falta preparación, su elección debería hacerse a más tardar en la época de la adolescencia, porque este periodo representa la última etapa de aprendizaje realmente rápido. Sin embargo, en una sociedad compleja y cambiante, la decisión con respecto a la ocupación tiende a postergarse hasta el último periodo de la adolescencia o hasta el primero de la edad adulta, debido a que las posibilidades de ocupación se modifican con tanta velocidad, que las decisiones tomadas con anterioridad pueden ser luego desaconsejables. Pero precisamente en una sociedad de este tipo es donde resultan más esenciales una preparación elaborada y, por lo tanto, una decisión temprana.

Si en una sociedad simple y estable la ocupación se adscribe o se elige en un momento temprano de la vida, si la preparación se extiende a través de la infancia o tiene un carácter relativamente sencillo, la adolescencia no se destaca en el plano ocupacional como un periodo de una importancia particular. Para cuando llega la adolescencia, el individuo puede estar ya practicando su ocupación y, en ese sentido, ser considerado un adulto. Por otra parte, si la

Escaneado con CamScanner

sociedad es compleja y cambiante, la adolescencia tiende a convertirse en una época de difícil elección y de preparación intensiva; por lo tanto, adquiere una pronunciada importancia como periodo de la vida socialmente reconocido y lleno de acontecimientos. Si existe una gradación dentro de cada ocupación, el adolescente comienza por lo general en el primer peldaño de la escala. Esto tiende a concederle un *status* claramente subordinado. Si se introduce el elemento de la competencia, actúa como una fuerza individualizante que hace de la adolescencia un período de tensiones y quizá de privaciones, al mismo tiempo que eleva el nivel de las consecuciones generales.

CONTROL DE LA REPRODUCCIÓN

En su tratamiento del adolescente, toda sociedad debe reconocer en cierto modo el hecho de que la capacidad reproductiva aparece al comienzo de la adolescencia. Un problema de importancia fundamental es el de si se permitirá al adolescente satisfacer sus deseos sexuales a través de relaciones heterosexuales normales, o si tal satisfacción tendrá que ser postergada. Un segundo problema es el de si la satisfacción, cuando se la permita, deberá realizarse en el matrimonio o en las relaciones premaritales; y, en este último caso, si los hijos ilegítimos serán matados, entregados a los parientes o mantenidos por la mujer. Por último, está el problema de si la elección marital es libre o debe ser fiscalizada por los otros, y de si el matrimonio establece un hogar separado o simplemente una extensión del hogar paterno.

En la mayoría de los pueblos del mundo, por lo menos hasta hace muy poco, existían variaciones en torno de una pauta repetida. O bien el matrimonio se producía poco después de la pubertad, o bien predominaban las relaciones sexuales premaritales. La elección del cónyuge estaba por lo general en manos de los padres o los parientes, aunque se suponía, por lo menos en la teoría, que las partes interesadas en el matrimonio tenían derecho de veto. El casamiento no entrañaba, por lo general, un hogar separado y no producía la plena emancipación respecto de los padres. Aunque existían incontables variaciones de esta pauta generalizada, el tema subyacente se hallaba en extremo extendido. Su principal característica era que otorgaba una función sexual y reproductiva al adolescente, pero controlaba cuidadosamente el ejercicio de dicha función.

A modo de contraste, la sociedad estadounidense es extraordinaria, aunque no totalmente singular, en los siguientes aspectos: mantiene el ideal de la castidad premarital, frente a un largo periodo de postergación del matrimonio después de la pubertad. Con respecto a ello, defiende la libertad de la elección marital y estimula

Escaneado con CamScanner

la competencia y la doctrina del *caveat emptor* en el galanteo. Por último, subraya la independencia y la separación de la pareja de casados. Como consecuencia de ello, el periodo de la adolescencia se convierte en un período de considerables tensiones. Se permite al joven vincularse estrechamente con el sexo opuesto, pero se apela a su honor para que se mantenga virtuoso; se supone que puede elegir a su compañero en forma independiente, pero en muchos sentidos sigue estando bajo la autoridad de los padres, y se le obliga a competir por el amor en un sistema de apreciaciones y citas que obstaculiza y complica su suerte en el otro sistema competitivo, el de la esfera ocupacional. Estas tensiones son un tanto distintas para los jóvenes y las muchachas,[23] pero solo como aspectos diferentes de la misma situación.

ADQUISICIÓN CULTURAL

Solo las sociedades altamente civilizadas, como ya se ha mencionado, poseen un sistema educativo especializado que constituye una fase separada de la vida. Tal sistema es necesario para inculcar la moderna cultura. Su plan de estudios concentrado y abstracto, su personal profesional, su separación física y su organización interna proporcionan una absorción rápida y sistemática de los principios de la civilización. Pero en virtud de las cualidades mismas que lo hacen eficiente para la enseñanza de abstracciones, tiende a divorciarse de los hechos y de las experiencias de la vida cotidiana. Durante años se educa al alumno en una serie de principios, en la suposición de que posteriormente los aplicará en la vida real. Su infancia se trata de tal modo como una preparación para la vida, y no como la vida real misma.

La dificultad, por supuesto, estriba en el hecho de que no todo puede enseñarse en la escuela. La persona sale de ella a menudo con una provisión de conocimientos abstractos, pero con muy poco conocimiento de las situaciones concretas que debe encarar a fin de seguir avanzando. Cuanto más estudia, tanto más poco apta se torna para la existencia común cotidiana. Sobre todo, existe un intervalo tan largo entre la enseñanza y la aplicación, que el incentivo de aprender se debilita a menudo y debe ser fortalecido por un sorprendente sistema de competencia planificada y de recompensas artificiales.

Por aburrimiento y por necesidad práctica, el alumno medio termina finalmente por participar en un mundo más vívido, el mundo de la cultura juvenil. Éste, en su fase adolescente, se carac-

23 Véase Talcott Parsons, "Age and Sex in the Social Structure of the United States", en *American Sociological Review*, vol. VII, octubre de 1942, págs. 604-616.

Escaneado con CamScanner

teriza por la irresponsabilidad, por la diversión, los deportes, la atracción sexual y el repudio del control de los adultos.[24] Uno de los motivos de que adquiera esta forma es el hecho de que "la sociedad en general le niega su reconocimiento y lo considera principalmente como destructivo e indeseable, expresión tonta y excéntrica de los impulsos de los jóvenes".[25] En otras palabras, no adquiere una función reconocida en la estructura institucional, sino que es intersticial, oficialmente carente de sentido,[26] fenómeno que pocas veces se encuentra en otras sociedades.

No es extraño se lance la acusación de irrealidad contra el sistema escolar y que se propongan reformas que tienen en cuenta la reintegración de la educación y la vida. Pero algunas de las reformas no han entendido el problema. Han pasado por alto la eficiencia de la instrucción sistemática, tratando de hacer que la educación "surja de las situaciones de la vida real",[27] sin advertir que, como la cultura moderna reposa sobre el conocimiento abstracto, limitar toda la instrucción a lo aplicado y concreto produciría muy pronto el estancamiento.

La raíz de la dificultad reside, aparentemente, en el hecho de que mientras la persona joven concurre a la escuela, no hace casi ninguna otra cosa de naturaleza responsable y productiva. Por lo tanto, el remedio consiste quizás en asignarle una función esencial en el mundo exterior a la escuela, es decir, permitirle trabajar y vincular su educación con esta función. Entonces, no solo podría recibir su recompensa en términos de grados o diplomas, premios y títulos sino también en términos de salarios y de cosas realizadas. De tal modo, el aprendizaje de los principios estaría vinculado a situaciones reales, y no por el método radical de reducir toda la enseñanza a un tosco empirismo, cosa que provoca la quiebra de la cultura, o haciendo de la persona joven un ciudadano que produce hasta el límite de sus capacidades naturales y adquiridas.

Es válida la objeción de que una absoluta fundamentación en los principios básicos deja muy poco tiempo para la participación en la actividad económica y política. Pero existen tres direcciones en las cuales puede superarse este obstáculo: primero, la invención de una nueva tecnología educativa; segundo, la eliminación de elementos que están fuera de lugar en el plan de estudios; y tercero, la modificación total del mecanismo de incentivos. La nueva tecnología educativa (por ejemplo, los recientes métodos para mejorar los hábitos de lectura), puede posibilitar la absorción de la misma

24 Parsons, *op. cit.*, págs. 606-608.

25 Peter Blos, *The Adolescent Personality*, Nueva York, Appleton-Century, 1941, pág. 254.

26 Véase Frederic M. Thrasher, *The Gang*, Chicago, University of Chicago Press, 1927.

27 Véase I. B. Berkson, *Education Faces the Future*, Nueva York, Harper, 1943, cap. VIII.

Escaneado con CamScanner

cantidad de conocimiento en un tiempo mucho más breve. En cuanto a los elementos que están fuera de lugar en el plan de estudios, parece evidente que figuran en él porque no resulta clara la finalidad de la educación, tanto para la sociedad como para el individuo. Una forma de eliminar tales elementos consistiría en definir con más claridad los fundamentos de nuestra cultura y de tal modo reducir el número y la variedad de las materias de las "artes liberales". Otra forma consistiría en eliminar materias aplicadas, tales como el aprendizaje manual y la taquigrafía, salvo en la medida en que se vinculen con la vocación conocida del alumno. Esto exigiría una especialización en la carrera escolar, más temprana de la que ahora existe, y tendría la desventaja de exigir la elección de una ocupación cuando el individuo es todavía demasiado joven y, por lo tanto, incapaz de escoger con cordura; pero en una economía planificada, la orientación vocacional por parte de expertos sería necesaria en cualquier caso. Una especialización prematura permitiría que la labor escolar se vinculase a la vida real, porque el niño entraría en las primeras etapas de su ocupación mientras todavía concurriese a la escuela. Esto, a su vez, ayudaría a resolver el problema del incentivo. Si un niño ya estuviera lanzado en las primeras etapas de su ocupación y sus materias escolares tuviesen aplicación específica a su trabajo, de modo que su salario, sus ascensos, etc., dependieran de ellas, se mostraría más dispuesto a estudiar.

LA JUVENTUD Y LA EDUCACIÓN EN RUSIA

De todos los países que han realizado experimentos con la política educativa, Rusia ha sido el más severo y, aparentemente, el que más éxito ha tenido en la solución de algunos de los problemas básicos de la adolescencia.[28] En primer lugar, ha hecho que la educación, lo mismo que la economía, sea el monopolio de un Estado totalmente dictatorial, dejando aclarados de tal modo los objetivos de la educación (una mayor producción y una fidelidad más total) y facilitando la integración planificada de la educación con la organización política y económica.

En el plano político, las asociaciones partidarias oficiales —juveniles pioneros y komsomoles (que constituyen un claro paralelo de las etapas del sistema escolar)— conceden una función oficial a la cultura juvenil, al asignar a los estudiantes una parte activa y

28 A. Steinberg, en Margaret Cole. (*Dir.*) *Our Soviet Ally*, Londres, G. Routledge, 1943, págs. 149-172; Samuel Northrup Harper, *Civic Training in Soviet Russia*, Chicago, University of Chicago Press, 1929, cap. XII; y *Making Bolsheviks*, Chicago, University of Chicago Press, 1931, caps. I y II; W. Thacher *Winslow. Youth a World Problem*, Washington, D. C., Government Printing Office, 1937, págs. 126-138.

Escaneado con CamScanner

responsable en la administración escolar y en la vida política de la nación, y al servir como fuente principal de reclutas para la *élite* gobernante, el partido comunista.

En el plano económico, la escuela está sincronizada con la vida productiva por medio de la "politecnización". No solo cada escuela está vinculada a una unidad productora sino que, por lo menos en el plano de la escuela secundaria, cuenta con una elevada especialización. En verdad, los institutos técnicos son administrados y financiados por los *trusts* fabriles, y otras formas de enseñanza especializada están controladas por los comisariados destinados a emplear a los estudiantes cuando terminan sus cursos. Con frecuencia, el estudiante ingresa en un empleo parcial de su especialidad mientras concurre todavía a la escuela, y sigue siendo, en parte, estudiante después de ocupar un puesto regular. Sus gastos son generalmente sufragados por el comisariado correspondiente.

Por último, los soviets se basan lo menos posible en la familia para la educación. No solo alivian a la familia del costo de la educación sino que toman al niño a edad muy temprana, para la "educación preescolar", en guarderías y jardines de infantes comunales. Por lo tanto, en el momento de la adolescencia, resulta al niño muy fácil quitarse de encima la autoridad paternal, ya desalojada por una autoridad estatal de la que no debe librarse.

El sistema soviético sugiere que para convertir la escuela en parte integral de la estructura política y económica, y para conceder a la juventud un papel productor, es necesaria la planificación central de toda la economía. Que un estado democrático pueda lograr o no tal planificación, constituye un profundo interrogante. Pero, en apariencia, tiene que lograrlo o dejar de existir. Los problemas de los adolescentes de Estados Unidos han sido un precio —elevado y posiblemente innecesario— pagado por un orden social sumamente individualista y dinámico. En el futuro, el crecimiento de la cultura industrial y la competencia de Estados gigantescos, ajustadamente organizados, pueden obligarnos a utilizar con más eficiencia el breve periodo de la inmadurez humana.

Resumen

Los procesos aún misteriosos por medio de los cuales el organismo humano juvenil adquiere la cultura e ingresa en la estructura de la sociedad, pueden ser esclarecidos por varios enfoques distintos. Uno de ellos se relaciona con el papel de la socialización en su conjunto con respecto de los otros determinantes de la personalidad. Vista de esta manera, la socialización tiene una naturaleza peculiar, caracterizada en primer lugar por la interacción comunicativa. Concretamente, jamás es posible separarla por completo como factor,

y por este motivo debe tenerse presente la lógica de la abstracción científica. El mayor grado de aproximación de un observador a la separación concreta de la socialización respecto de los factores genéticos, se da en los casos de niños extremadamente aislados. Estos casos demuestran que sin trasmisión cultural no puede existir mentalidad humana.

Un segundo enfoque del problema de la socialización se refiere al desarrollo de la persona. Parece que la cultura se apodera realmente del individuo gracias a su asunción de las actitudes de los otros. Merced a ello se desarrolla gradualmente la persona. Las actitudes de los otros no solo penetran en la conciencia del individuo sino que, también, forman parte del inconsciente. La psiquis del individuo es, en gran medida, un reflejo del sistema de actitudes, y, por lo tanto, de la organización social de la comunidad en la cual vive. Por cierto, el individuo no es un receptáculo pasivo de la influencia cultural. Por el contrario, tiene que combinar de algún modo las capacidades y tendencias del organismo con los impulsos adquiridos y las restricciones normativas de su sociedad. Por este motivo, la persona, en el mejor de los casos, se encuentra siempre en un equilibrio inestable.

Un tercer enfoque se refiere a los agentes de la socialización. ¿Quién efectúa la socialización, y por qué? Parece que la tarea es llevada a cabo en relaciones sociales autoritarias e igualitarias, y cada tipo de relación ofrece una contribución singular. En las sociedades cambiantes y complejas, gran parte de la socialización autoritaria, en especial en los dos últimos tercios de la carrera del niño, es realizada por una organización educativa separada. En este caso, uno de los problemas es precisamente el exceso de separación respecto del resto de la vida. El adolescente tiene que reconciliar, en cierta manera, su madurez física con su inmadurez social, su capacidad reproductiva con sus necesidades educativas y vocacionales.

La sociedad moderna tiene todavía que resolver algunos problemas fundamentales de la socialización en todas las etapas de la infancia y de la juventud. En verdad, no puede decirse que ninguna sociedad utilice a fondo las capacidades del individuo. El mejoramiento de la socialización ofrece una de las mayores posibilidades para la alteración futura de la naturaleza humana y de la sociedad humana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

PETER BLOS, *The Adolescent Personality*, Nueva York, Appleton-Century, 1941. *Uno de los mejores libros generales, si no el mejor, sobre la personalidad adolescente en nuestra cultura.*

Escaneado con CamScanner

JAMES H. S. BOSSARD, *The Sociology of Child Development*, Nueva York, Harper, 1948.

Tratado general sobre el status del niño en las distintas sociedades, sobre los tipos de situaciones sociales en que se produce la socialización y sobre los factores sociales que determinan el desarrollo de la personalidad. Contiene una bibliografía muy amplia y muchas referencias a la literatura, en notas al pie de página.

MIKEL DUFRENNE, *La personalidad básica; un concepto sociológico*, Buenos Aires, Paidós, 1959. [Trad.]

ABRAM KARDINER y RALPH LINTON, *The individual and His Society*, Nueva York, Columbia University Press, 1939. [Trad. esp.: *El individuo y su sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.]

Interpretación psicoanalítica de materiales comparativos procedentes de sociedades primitivas Linton, el antropólogo, proporciona datos de las culturas de las islas Marquesas y Tanala. Kardiner, el psicoanalista, proporciona la interpretación y elabora una teoría sobre la "estructura de la personalidad básica". Interesante, aunque no del todo convincente.

SUSAN ISAACS, *Social Development in Young Children*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1933.

Una descripción esclarecedora de la conducta social de los niños pequeños, tal como se observó en una escuela inglesa para niños menores. La primera parte, que proporciona las observaciones, parece mejor que la segunda, que ofrece la interpretación en términos psicoanalíticos.

G. H. MEAD, *Mind, Self and Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1934. Parte III, "The Self". [Trad. esp. citada.]

Una complicada y sistemática interpretación de la persona como producto social. Mead, un gran filósofo, fue un precursor en el desarrollo de la nueva actitud hacia el crecimiento del espíritu individual en la sociedad, actitud compartida por Dewey, Cooley, Faris y muchos otros. Preparado en forma póstuma (en gran medida sobre la base de notas tomadas por alumnos), el libro es una de las mejores expresiones de esa actitud. Es un clásico perdurable, difícil de leer, pero esencial.

MARGARET MEAD, *Adolescencia y cultura en Samoa*, Bs. Aires, Abril, 1945 (Trad.).
Educación y cultura, Buenos Aires, Paidós, 1952. [Trad.]

GARDNER MURPHY, LOIS B. MURPHY y THEODORE M. NEWCOMB, *Experimental Social Psychology*, Nueva York, Harper, 1937, Parte 2, "Interpretation of the Process of Socialization"; Parte 3, "A Genetic Study of Social Behavior".

Resume y valora los resultados de gran número de estudios del desarrollo del niño. El lector se pierde en los detalles de esta obra enciclopédica, pero ella constituye un medio de consulta inestimable.

JEAN PIAGET, *The Moral Judgment of the Child*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1932. [Trad. esp. citada.]

Todos los estudios empíricos de niños realizados por Piaget son importantes para la comprensión de la socialización. Éste se refiere, de manera en extremo convincente, a las etapas y condiciones a través de las cuales se desarrollan los juicios morales. Algunas de las interpretaciones de Piaget son discutibles, pero los hechos, presentados en forma lúcida, son siempre valiosos y pertinentes.

J. A. L. SINGH y ROBERT M. ZINGG, *Wolf-Children and Feral Man*, Nueva York, Harper, 1939.

Contiene el diario del Rev. J. A. L. Singh, que describe a los llamados niños-lobos de Midnapore, India, junto con un análisis, por el profesor Zingg y otros, de la literatura acerca de los niños salvajes y aislados. Una gran discusión científica se ha concentrado en torno de este tema, principalmente alrededor del desdichado término "niños-lobos".

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO IX

INTEGRACIÓN DE LA PERSONALIDAD

Cuando, en 1524, Francisco Pizarro zarpó de Panamá hacia un destino desconocido, rumbo al Sur, inició una empresa que tenía significado en dos contextos distintos. Por una parte, como ahora lo demuestra la historia, expandía el imperio español sobre una gran región nueva: el magnífico reino de los Incas, y de tal modo difundía la civilización y ensanchaba la sociedad europea. Éste era el contexto sociológico (que incluía el político, el económico y el religioso). Por otra parte, en su calidad de capitán experimentado pero todavía oscuro que acababa de pasar la cincuentena adquiría fama y fortuna superando los sueños de la mayoría de los hombres. Hijo ilegítimo, porquerizo en su pueblo natal, hombre analfabeto y carente de educación alguna, consideraba su aventura como un camino hacia la máxima gloria de su vida, un triunfo potencial del género más satisfactorio. Éste era el contexto personal.

Necesariamente, los dos contextos están relacionados. Si la aventura de Pizarro no hubiese sido significativa para los otros en un sentido social, él no la hubiera considerado importante en un sentido personal y no la habría emprendido. Sin embargo, a pesar de su interrelación, los dos contextos son muy distintos. El historiador político analiza la acción en términos del primer contexto, relacionándolo con otros acontecimientos en el mundo de la empresa nacional, acontecimientos que no tienen nada que ver con Pizarro como persona. Sabe que si Pizarro no hubiese descubierto y conquistado el Perú, lo habría hecho algún otro hombre, probablemente un español. El biógrafo analiza la acción en función del segundo contexto, relacionándolo con los pensamientos, las aspiraciones y otras actividades de la vida del gran conquistador. Es claro que en ambos casos el acontecimiento concreto es el mismo; solo difieren las formas de estudiarlo.

Cuando se contempla la conducta desde el punto de vista del biógrafo o del psicólogo, el problema más profundo se vincula con la unidad total de la personalidad; así como, cuando se contempla la conducta desde el punto de vista del sociólogo, el problema más profundo se refiere a la unidad total de la sociedad o del grupo.

Escaneado con CamScanner

Tanto la personalidad como la sociedad son modos de abstracción, maneras de organizar impresiones sensoriales y de vincular los acontecimientos con otros acontecimientos. Cada modo de interpretación conduce, a la postre, al problema de la estructura y funciones del sistema como un todo. ¿Qué es lo que concede a la personalidad, por ejemplo, su coherencia y continuidad? ¿Qué es lo que nos permite ubicarla en cierta categoría y darle un nombre tal como "personalidad" o "persona"?

Las personas ingenuas dicen a menudo que no pueden existir principios generales relativos a la personalidad, porque "cada persona es distinta". Pero esta afirmación misma es un principio general que, presumiblemente, rige para "todas las personas". Es una falacia pensar que constituye el único principio universal sobre la personalidad, porque la utilización misma de la palabra "persona" significa que existen cosas que toda la gente tiene en común. Proposiciones tan ingenuas, que matan la investigación en lugar de estimularla, nacen (como se mencionó antes) de una confusión entre lo concreto y lo abstracto. Por cierto, todas las personas son distintas; pero es igualmente cierto que son todas semejantes. Depende de la forma en que se las considere. Cada manzana es distinta de las otras, pero esto no impide que formulemos afirmaciones válidas en cuanto a las manzanas en general. Es indudable que hacemos afirmaciones válidas en cuanto a la *fruta* en general y las reducimos a una ciencia denominada *pomología*. Francisco Pizarro era distinto de todos los demás seres humanos, pero en muchas formas se parecía a todos los otros españoles y en algunas formas a todas las demás personas.

Nuestro primer interés en el presente capítulo reside en esbozar la naturaleza y estructura de la personalidad humana, y en mostrar el papel que en ella representa la interacción social. Nuestro segundo interés estriba en describir las formas en que las personas difieren entre sí y en demostrar el papel de la cultura y la experiencia social como causas de las diferencias. Puesto que la socialización es responsable en gran medida del desarrollo de la personalidad, nuestro análisis de aquel tema ya ha cumplido gran parte de la tarea. Por lo tanto, el tratamiento presente puede ser breve.

Es característico de los seres humanos que les resulte casi imposible estudiarse a sí mismos en forma científica. En el caso de la personalidad, como en el de otros temas humanos, lo primero que atrae la atención no es la conducta normal (que se da por sentada), sino la anormal. Por lo tanto, sabemos más acerca de la desintegración que de la integración de la personalidad. En realidad, tendemos a definir a la persona integrada o normal como aquella que no posee ninguna de las características de la persona desintegrada o anormal. Por consiguiente, la integración se convierte en una categoría residual en la que colocamos todo lo que no es desintegración.

Escaneado con CamScanner

Pero desde un punto de vista científico, no debería permitirse que estas categorías residuales se mantengan incólumes.

Los psicólogos académicos han hecho muy poco para esclarecer el problema de la integración de la personalidad. Han interpretado mal su tarea, creyendo que ella consiste en explicar la conducta concreta desde todos los puntos de vista —orgánico, psíquico y social—, cosa que los ha vuelto enciclopédicos en su enfoque y confusos en su metodología. Además, se han mostrado más interesados en analizar las diferencias individuales que en formular una teoría general de la personalidad. A causa de ello se han concentrado en los rasgos de la personalidad, antes que en toda la persona.[1] Los psicoanalistas y otras ramas de la psicología "dinámica" o "profunda" han hecho más que los psicólogos académicos para ofrecernos una teoría viable de la organización de la personalidad.

El término *personalidad,* tal como lo usamos, se refiere a un fenómeno psíquico. No es orgánico ni social, sino que emerge de una combinación de ambos. Como a la gente le resulta difícil representarse lo psíquico o mental, porque es subjetivo, existe una constante tendencia a tratar de reducirlo a alguna otra cosa. Nuestra prueba de su existencia proviene de dos géneros de conducta, ambos indicativos de procesos mentales, pero que no deben confundirse con ellos. La primera evidencia es la que ofrece la conducta no simbólica, como en el caso de la acción de comer; la segunda es la de la conducta simbólica, como ocurre en la palabra y el gesto. Con estos índices a nuestra disposición, estamos en condiciones de conocer muchas cosas sobre los procesos mentales de los demás; y como experimentamos directamente nuestros propios procesos mentales, podemos colocarnos en el lugar de los otros y predecir, sobre la base de un conocimiento de la situación, qué harán. Podemos hacerlo con particular facilidad, especialmente con respecto a personas que pertenecen a la misma cultura que nosotros, porque nuestra propia persona se ha formado adoptando las actitudes de los otros por medio de la comunicación. La interacción social, como hemos visto, se basa siempre en la predicción mutua de la conducta de los demás y supone siempre el funcionamiento de procesos mentales subjetivos.

El foco central de los procesos mentales subjetivos —por lo tanto, aquellos con lo cual puede relacionarse toda conducta en términos de un sistema—, es la persona o *ego.* Ya hemos tratado de mostrar cómo se forma y de indicar que tiene dos aspectos polares: uno de origen orgánico y otro de origen social. Ejemplifiquemos estos aspectos en términos de dos percepciones: "dulzura" y "malo". Dado un organismo normal, el caramelo tendrá por lo general un sabor "dulce". La dulzura no es una cualidad del caramelo como tal, porque éste no tiene mente; tampoco es una cualidad del orga-

1 Gardner Murphy, Lois B. Murphy y Theodore M. Newcomb, *Experimental Social Psychology,* Nueva York, Harper, 1937, cap. VII.

Escaneado con CamScanner

nismo por sí solo, porque sin algo dulce no puede surgir el sabor. La dulzura es una sensación, un emergente psíquico, que aparece cuando el caramelo y la lengua se unen en condiciones adecuadas. Aparece en la conciencia y, por lo tanto, puede relacionarse con otras cosas que también lo hacen: por ejemplo, el color y la forma del caramelo, el nombre del mismo, la caja que lo contiene, el precio y la oportunidad de su presencia. La sensación se conecta, pues, mentalmente con otras sensaciones, con el conocimiento fáctico y con evaluaciones morales. Supongamos, por ejemplo, que el individuo que prueba el caramelo es un mahometano ortodoxo, que lo saborea durante un día en que, de acuerdo con su religión, no debe ingerir ninguna clase de alimento. En este caso, junto con el gusto dulce, existe otro estado subjetivo de un carácter muy distinto: la sensación de hacer algo "malo". Ahora bien, la sensación de "malo" se parece a la sensación de dulzura en que no es función del mundo exterior ni de la estructura orgánica por sí solos; pero, a diferencia de la dulzura, no surge de la combinación de estímulo externo y receptor neural. Por el contrario, depende completamente de significaciones derivadas de otras personas y entraña *una actitud adoptada hacia* ciertos factores o ciertas sensaciones. De manera idéntica, la misma dulzura puede considerarse buena o mala, según cómo se defina la situación.

Es característico de los estados subjetivos, de cualquier tipo que fueren, que pueden ser agradables o desagradables. Si son lo segundo, es preciso hacer algo para modificar la experiencia. Si ha comido demasiados caramelos y la dulzura se torna empalagosa, el individuo se libra por lo general de la sensación dejando de comer. Por otra parte, puede correr el riesgo de ofender al anfitrión y, en consecuencia, es posible que siga comiendo más allá del punto de saciedad. Si está haciendo algo "malo", puede detenerse o buscar alguna expiación. Pero en el caso del "mal", lo desagradable no deriva inicialmente del propio organismo, sino más bien de las respuestas puestas en movimiento por la concepción que el individuo tiene de sí mismo ante la opinión de los demás. El *ego*, pues, se encuentra en la posición de tener que controlar y reconciliar los placeres provenientes de distintas fuentes; este proceso de controlar y reconciliar constituye la clave de la estructura de la personalidad.

La búsqueda de la unidad

La unidad de la persona no se obtiene con facilidad. Desde todos los ángulos la amenazan elementos nuevos y, a menudo, hostiles que deben ser rechazados o asimilados. El individuo ha de estar en condiciones de prever y predecir lo que suceda, de entender el mundo en que vive y, de tal modo, impedir la aparición de perturba-

Escaneado con CamScanner

ciones repentinas. A fin de experimentar confianza y seguridad, tiene que sentir que vive en un mundo estable e inteligible. Su seguridad no se ve amenazada tanto por el daño físico como por la imposibiladad de predecir y por la incomprensión especialmente en sus relaciones sociales. Las experiencias desagradables o imprevistas son ensayadas una y otra vez en la imaginación, en un esfuerzo por entenderlas y asimilarlas.

La asimilación del mundo exterior depende de una interpretación constante, pero puramente subjetiva, que crea un mundo interior.

> Inmerso en un ambiente que no entiende, ni puede entender, el individuo se ve obligado a crear un mundo sustituto que puede entender, y en el cual deposita su fe. Actúa en concordancia con esa concepción, extrae de ella sus normas de valor y solo se dedica a modificarla cuando nuevas experiencias le demuestran que no es útil para el objetivo de la unidad. Como este esquema de vida por él mismo fabricado es su única garantía de seguridad, su preservación se convierte muy pronto en un objetivo en sí mismo. Busca el tipo de experiencia que confirme y respalde la actitud unificada, y rechaza experiencias que parecen prometer una perturbación de esta actitud.
>
> La aparente estabilidad del sistema de hábitos no debe interpretarse, pues, como si se debiera a la fijación de sendas en el sistema nervioso, sino más bien como un reflejo de un sistema estable de valores.[2]

Cuando la persona se ve frente a una situación social que no guarda coherencia con su concepción de sí misma, debe asimilarla incorporándola de cierta manera a su sistema de valores, o bien rechazarla. De tal modo, el conflicto es un factor necesario en el desarrollo de la personalidad, y la asimilación progresiva de nuevas situaciones constituye el único medio por el cual puede lograrse una organización estable. Si el nuevo elemento es demasiado extraño al sistema establecido, podrá ser rechazado. En cualquier caso, ya sea por asimilación o por rechazo, la explicación de la elección reside en la organización de valores con que ya cuenta el individuo. El *ego* no es influido mecánicamente por cada uno de los estímulos externos, como una marioneta, sino que experimenta y reinterpreta el estímulo a la luz de los significados ya establecidos; y el esfuerzo se realiza siempre con vistas a mantener la unidad subjetiva, única que posibilita la vida. La asimilación o el rechazo de nuevos elementos van con frecuencia acompañados por la emoción, un producto colateral de la readaptación dolorosa o excitante respecto de los nuevos valores. La atención principal de la mente consciente se dirige siempre hacia el problema inquietante del momento, en

2 PRESCOTT LECKY, *Self-Consistency: A Theory of Personality*, Nueva York, Island Press, 1945, pág. 50. Este librito es altamente recomendable, como exposición compacta e inusitada de la teoría estructural-funcional de la personalidad. En los parágrafos que siguen, el autor de este libro se ha basado en gran medida en dicho trabajo.

Escaneado con CamScanner

tanto que las soluciones anteriores de otros problemas constituyen la base inconsciente para la solución de aquél.

> Todos los valores del individuo se organizan en un solo sistema, en el que es esencial la preservación de su integridad. El núcleo del sistema en torno del cual gira el resto de este último, es la valoración que el individuo hace de sí mismo. El individuo ve el mundo desde su propio punto de vista, consigo mismo como centro. Todo valor que integre el sistema y sea incoherente con respecto a la valoración que el individuo hace de sí mismo no puede ser asimilado; encuentra resistencias y es probable que sea rechazado, a menos de que se produzca una reorganización general. (Esta resistencia constituye un fenómeno natural; es esencial para el mantenimiento de la individualidad.[3]

Toda la conducta humana puede interpretarse como motivada por la necesidad de unidad. Los motivos particulares son simplemente expresiones de este motivo principal. Los objetivos que persigue el individuo no son más que medios para ese resultado más general. Pero como la necesidad de unidad jamás aparece en forma directa como objetivo, el individuo no tiene por lo general conciencia de ella. Solo tiene conciencia de los fines específicos que busca. La tendencia general a mantener la unidad es, por lo tanto, una abstracción del observador, una manera de entender la conducta específica de la persona observada. Tal abstracción es necesaria si se desea obtener una explicación científica de la conducta de la persona. Uno de los errores de los psicólogos mecanicistas consiste en suponer que el estímulo externo, aparte de su significación subjetiva para la persona, es un determinante de la conducta. Uno de los errores de los psicólogos dinámicos consiste en suponer que en el organismo existen objetivos particulares, fijos, que determinan la conducta. Los freudianos, por ejemplo, proponían la satisfacción sexual como meta fija, pero se vieron obligados a admitir que otros objetivos tales como el "instinto de muerte" podían, en ciertas ocasiones, adquirir primacía sobre aquélla. De tal modo, terminaron postulando una serie de "instintos" u objetivos mutuamente opuestos, sin advertir que esta situación es comprensible en términos de un principio más general de equilibrio y adaptación entre los supuestos instintos. Este principio general es la necesidad de integración o unidad; solo ella puede explicar las adaptaciones mutuas de los fines más específicos.

El esquema de Freud padece de un bajo orden de generalización. Confundió lo específico con lo general. Interpretó así el fenómeno de la represión como una tentativa, por parte del *ego,* de impedir que los deseos sexuales ofendan los principios morales adquiridos de la sociedad, o viceversa. Pero todo este proceso carece de significación si se lo separa de una tendencia a mantener un sistema de evaluación subjetiva construido en torno de la concepción de la perso-

[3] LECKY, *op. cit.,* pág. 82.

Escaneado con CamScanner

na. Cualquier cosa —no solo los deseos sexuales— puede ser reprimida. Lo reprimido es todo aquello que podría amenazar la unidad de la persona si fuese admitido por la conciencia. La represión es uno de los medios por los cuales el *ego* se protege de los elementos perturbadores y mantiene su integración. Del mismo modo, las emociones pueden interpretarse en términos de la autointegración.

> El amor es la emoción subjetivamente experimentada con respecto de una persona u objeto ya asimilado, y que sirve como fuerte respaldo para la idea de persona. El dolor se experimenta cuando la personalidad debe ser reorganizada debido a la pérdida de sus apoyos. El odio y la cólera son impulsos de rechazo y destrucción experimentados hacia objetos no asimilables. La emoción del horror aparece cuando surge de pronto una situación que no estamos en condiciones de asimilar, como —por ejemplo— la visión de un accidente espantoso.[4]

De tal modo, el análisis científico de la personalidad como sistema de valores, fines y actitudes, construido en torno de la concepción que el individuo posee de sí mismo y cuya primera necesidad es el establecimiento y la preservación de su unidad, brinda el grado máximo de generalización. Por lo tanto, constituye el mejor enfoque para la comprensión de la personalidad. Todos los demás enfoques, en la medida en que sus observaciones son correctas, pueden reinterpretarse como subsistemas especiales de la teoría más general.[5]

Las fuentes de la unidad personal

Algunas de las principales fuentes de la unidad de la persona parecen ser las siguientes: 1) continuidad física; 2) memoria; 3) fines; 4) normas, y 5) *status*. La significación de todas ellas resultará clara cuando se las analice.

CONTINUIDAD FÍSICA

El cuerpo no solo brinda la capacidad para la complejidad psíquica y la energía para la satisfacción del *ego* sino que también proporciona el lugar o punto de referencia al cual está unida la personalidad. Si se dice que Fulano "es una persona distinta desde que se volvió religioso", Fulano sigue estando, sin embargo, vinculado al mismo cuerpo. En opinión de los otros, y de sí mismo, está situado allí. Cuando muere su cuerpo, también muere él. Es cierto que su recuerdo persiste y que su "estatura" como persona puede,

[4] Lecky, *op. cit.*, pág. 94.

[5] Para una lúcida exposición de la naturaleza del progreso científico como asunto de generalización progresiva, véase Alfred N. Whitehead, *An Introduction to Mathematics*, Londres, Oxford University Press, 1911, en especial págs. 81-83.

Escaneado con CamScanner

incluso, crecer, pero los recuerdos se refieren a una época en la cual poseía un cuerpo.

El propio organismo posee un alto grado de unidad estructural y funcional. Sería extraño que esta unidad no explicase, por lo menos en parte, la unidad de la persona. La constancia de las necesidades orgánicas proporciona cierta coherencia, un hilo en torno del cual se entretejen los hábitos de acción. Las capacidades proporcionan límites automáticos para las variedades de la conducta. La persistencia de hábitos establecidos concede un carácter acumulativo al desarrollo personal. El ritmo del organismo ayuda a determinar los cambios regulares de humor.

Más aún, los demás y, por lo tanto, la propia persona tienden a otorgar determinada significación a las características del cuerpo. Sexo, edad y raza se utiliza para la adscripción de *status.* Belleza, estatura, robustez, fuerza, salud y vivacidad afectan las relaciones sociales y, por intermedio de ellas, la personalidad. La mayor parte de estos rasgos socialmente advertidos se modifican con lentitud o no se modifican en modo alguno; por lo tanto, conceden cierta estabilidad a la concepción que el individuo tiene de sí mismo.

MEMORIA

La selectividad y el alcance de la memoria humana contribuyen en gran medida a la integración personal. Por intermedio de la memoria, los acontecimientos se vinculan entre sí en orden cronológico, y el pasado vive en el presente. Lo que se recuerda depende principalmente de su significación para la persona, con el resultado de que la memoria ayuda a producir el orden en medio del caos de la experiencia.

Ciertos principios de la memoria no varían mucho en las distintas culturas. Las curvas de aprendizaje y olvido, los mecanismos de primacía, de proximidad en el tiempo, de intensidad, etc., son más o menos uniformes. Pero el contenido de la memoria es principalmente social. Recordamos las cosas que son importantes en el contexto social, y olvidamos aquellas que carecen de importancia. En general, recordamos lo que se supone que debemos recordar y olvidamos lo que se supone que debemos olvidar; recordamos las cosas favorables para la persona y olvidamos las desfavorables para ella (por supuesto, con notables excepciones). En muchos casos, el acto del olvido es el resultado de un esfuerzo deliberado por parte de la persona; semejante supresión no significa que el acontecimiento olvidado deje de afectar la personalidad, sino más bien que el *ego* trata de mantener su integración frente a los elementos perturbadores. Tanto el recuerdo como el olvido sirven para proteger a la

Escaneado con CamScanner

persona en su aspecto más vital: la concepción de su posición relativa con referencia a los patrones normativos.

Los sucesos son más fáciles de recordar cuando contienen elementos familiares. Una frase con una sola palabra nueva es más fácil de recordar, si las demás cosas son iguales, que una con tres palabras nuevas. Bartlett relata los resultados de una visita hecha a Inglaterra por un jefe swazi y su séquito, que provenían de África del Sur. Cuando se les preguntó qué era lo que mejor recordaban entre sus impresiones de Inglaterra, recordaron en forma más vívida al policía londinense que dirigía el tránsito con la mano en alto. El motivo de ello era que los swazi saludan a sus compatriotas de un modo más o menos similar, y los visitantes se sintieron impresionados ante una utilización tan eficaz de este gesto en un país extranjero. Como era una de las pocas cosas que encajaban dentro del marco de referencia social de los swazi, la recordaban.[6]

Resulta fácil demostrar la significación social de la memoria; los swazi, por ejemplo, recordaban muy bien las características de su ganado, presumiblemente debido a la importancia que éste tiene en sus vidas, pero su retentiva, en otros aspectos, estaba por debajo de la de los blancos. "Incluso la forma de recordar puede estar determinada socialmente, en considerable medida. Bartlett informa que cuando habló con un zulú acerca de las pasadas hazañas militares de su pueblo, el zulú revivió sus recuerdos con la máxima vivacidad y excitación emocional. Un swazi hubiera relatado incidentes similares con estolidez y sin conmoverse. No se trataba de una cuestión de diferencia de temperamento, ya que los swazi también podrían ser llevados a un violento interés por otras cuestiones, en especial las relacionadas con el ganado, las mujeres, el matrimonio y los hijos."[7]

Por medio de la memoria selectiva y el olvido, el *ego* organiza su experiencia y construye una concepción de sí mismo a través del tiempo. Dicha selectividad ayuda a impedir que la formación de hábitos sea un proceso puramente mecánico. El pasado no determina el presente en forma automática, sino solo cuando es tamizado y asimilado por la mente subjetiva.

LA JERARQUÍA DE LOS FINES

La concepción que el individuo tiene de sí mismo no solo se refiere al pasado sino también al futuro. Considera ciertos fines como valiosos, y se esfuerza por realizarlos. Sus esfuerzos están socialmente determinados, por lo menos en dos sentidos. Primero, los

[6] OTTO KLINEBERG, *Social Psychology*, Nueva York, 1940, pág. 217, citando a F. C. BARTLETT, *Remembering*, Cambridge, Cambridge University Press, 1932.
[7] BARTLETT, *op. cit.*, pág. 241.

Escaneado con CamScanner

propios fines son adquiridos de otras personas. (Las necesidades orgánicas desempeñan un papel, pero el carácter específico de los fines está definido socialmente; por ejemplo, no se come cualquier cosa que resulte alimenticia, sino los alimentos acostumbrados.) Segundo, y más importante para nosotros en este momento, la integración de los fines también deriva del medio social. Hemos visto que cada persona posee una multiplicidad de objetivos, pero medios escasos, y que, por consiguiente, tiene que distribuir sus escasos recursos de acuerdo con la deseabilidad relativa de los distintos objetivos. ¿Cómo llega a sentir que algunos objetivos son más deseables que otros? ¿Cómo y por qué adquiere su jerarquía de fines?

Si la supervivencia de una sociedad exige que ciertos valores últimos sean sustentados en común, cada individuo debe ubicar estos valores compartidos en la cima de su propia escala privada, por lo menos en la medida en que juzga la conducta de los otros. Eso no significa que los fines que busca para sí se adapten necesariamente a estos valores, sino simplemente que juzgará a los demás, y será juzgado a su vez por ellos, de acuerdo con los valores comunes. Todo fin competitivo que pueda perseguir tendrá que estar, por lo tanto, limitado por los objetivos más finales o cooperativos del grupo en su conjunto. Su concepción de sí mismo se construye sobre la base de la concepción que otras personas tienen de los fines que él debería perseguir, dados su *status* y su situación. Por ende, su jerarquía de los fines está individualizada, y, sin embargo, se encuentra subordinada a los valores últimos comunes.

Decir que los distintos fines de las personas deben ser compatibles es postular un ideal imposible. Los distintos fines son incompatibles dada la naturaleza del caso, ya que su obtención exige la utilización de medios escasos (tiempo y energía). Lo que hace falta para la unidad personal es una *organización* de los fines, de tal modo que el grado de preferencia entre dos fines cualesquiera se experimente con claridad. Necesariamente, esta subordinación de un fin al otro debe tener un punto superior (los valores últimos), que es como la cúspide de una pirámide, y uno inferior (los fines puramente instrumentales), que es como la base de una pirámide. En cualquier caso, es preciso que exista una escala de evaluación y, por lo tanto, una base de elección si ha de existir una integración psíquica.

Un indicio, de la desorganización de la personalidad es la incapacidad crónica para tomar una decisión, porque ella demuestra que no existe una relación ordenada entre los fines (el tipo de adaptación doctor Jekyll y Mr. Hyde, o personalidad dividida). Si los fines son dispuestos sistemáticamente en una jerarquía las exigencias de todos y cada uno de ellos se reconocen, en lugar de ignorárselas, y se torna posible la elección.

La subordinación de un fin a otro no significa que el fin subordinado no tenga exigencias por derecho propio, sino simplemente

Escaneado con CamScanner

que las exigencias de los distintos fines no son todas iguales. Es imposible que un ser humano trate todos los fines, salvo uno, como si no tuviesen exigencias propias. Los diversos fines están vinculados con diferentes necesidades y funciones que no pueden pasarse por alto si se quiere que la vida continúe. La necesidad de cada uno depende de la situación particular, de modo que la jerarquía de los fines refleja, en cierto sentido, el equilibrio total de situaciones en el cual se encuentra normalmente el individuo. También existen diferentes vías para la realización de cualquier fin determinado. Supongamos, por ejemplo, que el objetivo del individuo es el de tener hijos; ese objetivo puede satisfacerse en cualquiera de varias formas: por adopción, por secuestro, por inseminación artifical, por adulterio o por relaciones dentro del matrimonio. El método que se elija no depende del objetivo mismo, sino de las exigencias de otros objetivos implícitos en la situación. En nuestra cultura, el deseo de parecer respetables hace que el adulterio y el secuestro resulten insatisfactorios como medios de adquirir un hijo y el énfasis que ponemos en la paternidad biológica hace que la adopción resulte más bien insatisfactoria. De tal modo, en cada fase de la vida encontramos que otros fines limitan los medios que pueden utilizarse en la persecución de cualquier fin particular. Por lo tanto, el sistema de valores de la persona es una red de objetivos soberanos, pero mutuamente dependientes. Ella debe saber cómo conceder a cada objetivo lo que le corresponde, lo cual significa que debe poseer una escala de preferencias; y ésta proviene de la interacción social y es constantemente modificada por ella. En una palabra, no solo obtiene de otras personas sus valores y fines sino también sus preferencias o *escala* de valores y fines.

Pero esta adquisición de una escala de valores no es mecánica. Las otras personas consideran las acciones del individuo desde el punto de vista de sus propios valores, y no desde el punto de vista de los de aquél. De este modo, un hombre puede actuar en forma tal que obtenga éxito. Lo logra haciendo algo que los otros consideran digno de esfuerzo porque contribuye a satisfacer sus propios fines. No les interesa el éxito de aquél; en rigor, pueden llegar a envidiarlo, pero les interesa lo que hace ese hombre. Desde el punto de vista de ellos, el éxito puede ser acordado como una recompensa concedida a regañadientes; pero desde el punto de vista de él, es considerado como la consecución de un objetivo importante.

Para un observador, el esfuerzo del individuo es siempre el esfuerzo para lograr integración, una integración construida en torno de la concepción de la persona tal como se deriva de los otros. Pero el actor pocas veces —o nunca— se considera a sí mismo como esforzándose por lograr la integración como tal. No hace más que esforzarse por obtener ciertos fines, de los cuales el más general es la

Escaneado con CamScanner

buena opinión de los otros o la conformidad con las normas del otro generalizado. La integración proviene del equilibrio, en gran medida inconsciente, de los distintos fines. El sistema de preferencias es una cosa subjetiva. En cierto sentido es elaborado por cada individuo. Sin embargo, para ayudarle a elaborarlo, posee: 1) modelos en quienes lo rodean, especialmente en aquellos con los cuales se identifica; 2) pautas culturales de preferencia; 3) el hecho de la compulsión social. Es claro que lo que hace la compulsión es castigar o recompensar la conducta en función de los propios objetivos del individuo. Si el actor considera satisfactorio el robo como medio de adquirir propiedades, la sociedad puede convertirlo en un medio insatisfactorio, despojándolo de la propiedad legítima o ilegítima ya adquirida o privando al ladrón de su libertad. Precisamente debido a que sus semejantes le imponen tantas exigencias, precisamente debido a que su organismo exige a cada rato satisfacciones, precisamente debido a que sus situaciones son tantas y tan diferentes, el individuo se ve en aprietos para lograr una integración funcional de sus fines. Su integración no solo puede establecerse dentro de sí mismo, sino que tiene que existir también entre él y los otros, porque los otros son los instrumentos para la realización de sus propios fines.

INTEGRACIÓN NORMATIVA

Los imperativos morales le parecen al individuo fines deseables en sí mismos u obstáculos necesarios para la consecución de otros fines. En el primer caso, la persona debe reconciliar los objetivos morales con sus otros objetivos, a fin de conceder a cada tipo de fin algún grado de consecución. En el segundo caso, debe observar o parecer observar el código moral lo suficiente como para impedir que las represalias de los otros eviten la realización de sus fines privados. Ningún individuo adopta exclusivamente una u otra actitud. Todos nosotros estamos normativamente motivados en gran medida, pero todos nosotros somos también escépticamente oportunistas en muchos sentidos. Ninguna de las dos actitudes, por supuesto, conduce a la total observancia de las normas sociales ni a su total inobservancia. No importa cuán grandes sean las inclinaciones morales de una persona; siempre le resultará necesario encontrar alguna salida para los deseos no morales. Algunos de los más grandes pecadores han sido al mismo tiempo los más grandes creyentes. Si la tentación no fuese inherente a la situación, la regla no tendría sentido. Por otra parte, no importa hasta qué punto sea moralmente escéptica una persona; su concepción de sí misma la

Escaneado con CamScanner

obtiene siempre de los demás y, por lo tanto, tiene determinadas convicciones con respecto a lo que debe y no debe hacerse. En realidad, el escepticismo es por lo común superficial. El individuo necesita, y busca, convicciones profundas debido a que ellas le conceden una base para construir su imagen de sí mismo. Sin embargo, también necesita una cierta dosis de escepticismo, porque ningún sistema de normas es totalmente coherente consigo mismo o del todo adecuado para todas las emergencias; tampoco es lo bastante tolerante con respecto a los fines no morales del individuo. Las normas han evolucionado a lo largo de milenios de imperfecta obediencia y, por consiguiente, se adaptan a fin de compensar la tendencia a la no conformidad. Una sociedad en la que de pronto todos se adaptasen estrictamente a las normas, no solo sería en extremo estática e incapaz de adaptarse a las circunstancias cambiantes sino que haría imposibles las exigencias a los individuos que la compusieran. Las normas son formuladas de modo de ofrecer cierta tensión o tirantez que crearía incompatibilidades y deformaciones si se las ejecutase al pie de la letra. La situación es como la representación de objetos en un espacio bidimensional, en cuyo caso es preciso introducir ciertas deformaciones sobre la tela a fin de lograr un verdadero efecto. Tienen que existir determinadas deformaciones en el sistema normativo, a fin de lograr una conducta funcionalmente adecuada por parte de los miembros. Por ejemplo, las normas ponen un gran énfasis en la necesidad del trabajo, y relativamente poco en la necesidad del juego; ello, evidentemente, porque el trabajo es por definición fastidioso. Del mismo modo, estimulan la crianza de los hijos, pero no estimulan en especial –y a veces las prohíben en forma activa– las relaciones sexuales; ello, basándose presumiblemente, en la suposición, de que estas últimas serán llevadas a cabo de cualquier modo.

Por lo tanto, el sistema particular de normas trasmitidas al individuo que ocupa una determinada serie de posiciones es nada más que un elemento de su personalidad, pero un elemento importante. En cierta manera, aquél debe asimilar los imperativos morales a su estructura total de fines y de pautas de conducta. Debe evitar tanto el error de la conformidad compulsiva (que determinaría la atrofia de los demás aspectos de su personalidad) como el error de la violación compulsiva (que causaría la degeneración de sus relaciones con los demás). Elude estos peligros principalmente teniendo en cuenta los principios u objetivos generales que informan las reglas normativas específicas; concibiéndose correctamente a sí mismo y concibiendo su situación en opinión de los demás, en lo que respecta a la observancia de las reglas, y reuniendo todos los elementos de su personalidad –sus objetivos, su conducta, sus posiciones y sus conocimientos– en una sola imagen central de sí mismo.

Escaneado con CamScanner

POSICIONES Y PAPELES

A menudo se ha hecho notar que la personalidad de uno cambia con la posición social. Un hombre considerado tímido y sumiso resulta ser a menudo agresivo y decidido cuando se lo ubica en una posición de autoridad. Un hombre que se convierte en decano de una universidad no ha tenido una personalidad de decano durante toda su vida; la adquiere con el cargo. Una muchacha que se convierte en esposa cambia con frecuencia su conducta y sus actitudes con sorpredente rapidez. Lo mismo rige para el delincuente y el criminal.

Si un cambio en una determinada posición puede tener un efecto tan palpable, entonces el sistema total de posiciones del individuo debe de representar un gran papel en la determinación de su personalidad. En rigor, podemos considerar la personalidad como un producto de todas las posiciones que uno ocupa. Con un simple conocimiento de los *status* y cargos, sin haber visto jamás a la persona de carne y hueso que los ocupa, es posible construir la personalidad posicional. Ella no sería personalidad total, porque esta última es también una función de otros factores, pero constituiría un aspecto importante de la personalidad. Resulta fácil entender por qué esto es así. Un *status* o un cargo se define precisamente por las expectativas de los otros en una situación determinada. Fija y organiza las expectativas con respecto a otras obligaciones, representando, por consiguiente, el punto exacto en el cual se unen la organización social y la conducta individual.

Hacia el individuo particular se dirigen expectativas que no se dirigen hacia todos los otros individuos de la sociedad, sino solo hacia aquellos que, como él, ocupan la misma posición. Ésta lo ubica en el contexto social total. Además, como no ocupa una, sino varias posiciones, y como pocas personas de la sociedad ocupan en forma idéntica la misma combinación de posiciones, su sistema posicional total le concede una identidad individual; especifica su integración única, individual, de elementos societarios. De esta manera puede construir una concepción de sí mismo en forma organizada, sin ser simplemente una réplica de todos los otros miembros de la sociedad. La determinación sociológica de la personalidad no entraña, por lo tanto, una falta de individualidad.

Es claro que el sistema de posiciones es de suma importancia como fuente de integración personal. En general, un sistema social está dispuesto de tal manera que el individuo no ocupa posiciones que le impongan exigencias incongruentes. Por cierto, concede al mismo individuo varias posiciones en competencia, en el sentido de que su tiempo y su energía no pueden concederse a ninguna de ellas tan plenamente como sus exigencias parecen requerirlo. Nuestra cultura, en especial, obliga al individuo a esforzarse y multiplicarse

Escaneado con CamScanner

al máximo. De tal modo, el progreso ocupacional de un hombre requiere con frecuencia una proporción de trabajo que inevitablemente le arrebata el tiempo que puede pasar con su familia; su deber para con su país como soldado obstaculiza a menudo su progreso en su ocupación; sus relaciones amorosas obstaculizan su educación, etcétera. Pero los *status* en competencia son distintos de los incompatibles. Los *status* pueden ser incompatibles porque las respectivas obligaciones se oponen. De tal modo, un sacerdote protestante difícilmente podría ser el propietario de un teatro de variedades. En uno de los papeles se espera de él que defienda las costumbres; en el otro, que ofrezca alivio con respecto de ellas; y difícilmente resultaría creíble que pudiese ser igualmente sincero en ambos papeles. Otros *status* son incompatibles debido a que, por definición social, no pueden ser ocupados por la misma persona al mismo tiempo. Esto rige en especial en cuanto se refiere a posiciones que se encuentran en relación de subordinación y de superordinación. De tal modo, un oficial del ejército no puede ser al mismo tiempo un soldado raso, ni un rey, un súbdito, ni un paria, un brahmín. Es claro que la misma persona puede encontrarse subordinada en un contexto y ser superior en otro, pero por lo general con respecto a distintas personas. Uno es padre de sus propios hijos, pero hijo de sus propios padres. Un hombre de ciencia es un experto en su terreno, pero lego en otro. Un capitán es superior al sargento, pero inferior al general.

El individuo exhibe gran flexibilidad para adaptarse a distintas exigencias en diferentes *status,* pero existe un límite a la medida en que puede avanzar en ese terreno. Generalmente, el sistema social lo ayuda en virtud de su tendencia a conceder cierta coherencia a los *status* que un individuo pueda ocupar en forma simultánea. También concede coherencia y un desarrollo ordenado a los *status* que el mismo individuo puede ocupar sucesivamente. De tal modo, la persona ya encuentra preparada su integración psíquica, por lo menos en parte. Su esfuerzo se ejerce simplemente para mantenerse a la altura de las expectativas, en lugar de elegir las expectativas que deberá tener como norma. Cuanto más adscrito, cuando menos adquirido su *status,* más fácil se hace su tarea.

Diferencias individuales

Los especialistas en ciencias sociales (antropólogos y sociólogos, en especial) han sido acusados a menudo por los psicólogos de pasar por alto las diferencias individuales. Esto se debe a que el foco de la atención del experto en ciencias sociales se encuentra en la estructura social como sistema, y no en la persona como sistema. Pero si, como sucede frecuentemente, el psicólogo piensa que la "persona-

Escaneado con CamScanner

lidad" es el individuo concreto, es probable que su noción de "diferencias individuales" sea fuertemente biológica. El especialista en ciencias sociales solo se interesa en las diferencias biológicas entre los individuos en la medida en que se encuentran en cierto modo implícitas en la organización social, como en el caso de la adscripción del *status* sobre la base del sexo, la edad, etcétera. Pero el hecho principal es que las personas difieren unas de otras no solo debido a la variación biológica sino también a causa de la variación sociológica. La primera gran fuente de variaciones individuales es la diferencia cultural. Un individuo puede diferenciarse de otro porque tiene una cultura diferente; debido en gran medida a esto, por ejemplo, un chino es distinto de un europeo. Cada cultura tiende a conceder un sello característico a la personalidad de los que participan de ella; este sello diferirá de una a otra cultura.[8] Pero dentro de una cultura particular se advierte que los individuos no difieren entre sí principalmente por sus diferencias orgánicas, sino por sus diferencias de *status*. Difieren en lo que se refieren a ocupación, relaciones de familia, clase, educación, etcétera. No existen dos individuos que tengan exactamente la misma combinación de posiciones sociales y experiencia social. Por ese motivo, una de las principales contribuciones de los especialistas en ciencias sociales es una descripción y explicación de las diferencias individuales. Sin un conocimiento del sistema social y de los lugares que ocupan los individuos dentro de este sistema, el psicólogo no puede explicar las diferencias principales existentes entre un individuo y otro. Sus principios explicatorios deben provenir de las ciencias sociales, por una parte, y de la biología, por la otra.[9] Esto significa que el psicólogo tiene relativamente muy poco que contribuir al respecto, salvo ciertas técnicas de medición y descripción.

Supongamos que en una esquina de la ciudad de Nueva York entrevistamos al azar a cien personas. ¿Cómo podríamos explicar las diferencias de personalidad que existen entre ellas? Supongamos

8 Abram Kardiner y Ralph Linton, *The Individual and His Society*, Nueva York, Columbia, 1939, especialmente cap. IV. [Trad. esp. ya citada.]

9 Es extraña la suposición de que existe una rama especial de la psicología dedicada al estudio de las "diferencias individuales" Es de presumir que toda ciencia que trata de los seres humanos, desde la genética hasta la sociología, se dedica a tal estudio. Si se intenta abarcar todo el tema de cómo difieren los individuos uno del otro, se termina en un enciclopedismo total e incurable. Esto queda ilustrado, por ejemplo, por Frank S. Freeman, *Individual Differences*, Nueva York, Holt, 1934. El libro no se plantea problema alguno, pero presumiblemente representa un tratado sobre las diferencias individuales en general. Por lo tanto, es más interesante por lo que omite que por lo que incluye. No contiene tratamiento alguno de las diferencias culturales, de clase y de ocupación, sino que dedica casi toda su atención a las diferencias de inteligencia. Con respecto a este tema, es un excelente libro, pero, ¿por qué suponer que está dedicado a un asunto tan amplio e interminable como el de las "diferencias individuales"?

Escaneado con CamScanner

que la primera es un japonés recién llegado. Sería distinto en incontables sentidos respecto de un estadounidense, simplemente porque creció en el seno de otra cultura y en otro tipo de sistema social. Algunas de las diferencias serían fundamentales. La forma en que ha sido socializado, los sentimientos y actitudes particulares que ha adquirido, el tipo de organización familiar y de clase a que se ha acostumbrado: todo esto le habrá concedido un tipo particular de carácter, similar —en forma general— al de todos los demás japoneses.[10] En este sentido podemos hablar de "carácter nacional", teniendo cuidado siempre de evitar toda implicación racial o toda suposición de que no existen variaciones ulteriores.

Supongamos que las dos personas siguientes son un negro nativo y un blanco nativo. Criados en la misma cultura, tendrán mucho en común; pero si no recordásemos al japonés como contraste, tendríamos tendencias, en nuestra fascinación a olvidar sus rasgos comunes por sus diferencias. El negro revelaría inevitablemente, ya sea en una protesta exagerada o en una exagerada humildad, su concepción de sí mismo como miembro de una casta inferior. El blanco difícilmente tendría conciencia de su propio *status* de casta blanca, salvo en la medida en que pensara en su conducta con respecto a los negros. Esta libertad le concedería una seguridad no meditada y un grado de confianza en sí mismo que el negro no podría gozar con respecto al *status* de raza. En otros sentidos, por supuesto, el grado de confianza en sí mismo podría invertirse.

Supongamos que las dos personas siguientes fueran un físico investigador y un político rural. En este caso, los hábitos mentales engendrados por la práctica de dos ocupaciones diversas, por distintos tipos y grados de educación, por tipos opuestos de rutina cotidiana y por formas divergentes de contacto con los demás tendrían un poderoso efecto sobre la personalidad total y harían que los dos hombres fueran inconfundiblemente distintos. Y sin embargo, tomando como base otras influencias sociales sobre la personalidad, podrían ser en cierto modo semejantes. De ello no se sigue que *dos* físicos investigadores o *dos* políticos rurales sean exactamente iguales.

Supongamos, luego, que encontramos dos personas, una de las cuales ha sido educada como hijo único por una madre rica, indulgente, dominadora y excesivamente protectora, en tanto que la otra ha sido educada en una familia grande, por padres frugales, eficientes y equilibrados. Por cierto, existirá una diferencia de la organización de la personalidad entre estas dos personas. Una de ellas podría muy bien exhibir un tipo de personalidad encerrada en sí misma, con una historia de conducta neurótica o psicótica, en tanto que la otra podría ser abierta, con inclinaciones sociales, sin historia de aberración mental alguna.

10 RUTH BENEDICT, *The Chrysanthemum and the Sword,* Nueva York, Houghton Mifflin, 1946, caps. III, V y XII.

Escaneado con CamScanner

De este modo podríamos analizar a las cien personas, y encontrar significativas diferencias de personalidad entre cada pareja. En una medida sorprendente, estas diferencias se deberían a distintos niveles de cultura, de *status*, de ocupación, de educación, o de otros factores de la historia social de los individuos. Además, como solo hemos analizado una de las fuentes principales de la diferencia en cada pareja, resulta bastante obvio que muchos tipos distintos de diferencia podrían funcionar al mismo tiempo. El negro podría ser el químico investigador, el blanco el político rural; el negro podría ser también el hijo de una madre excesivamente protectora y el blanco el hijo de padres equilibrados. La personalidad total de cada una de las cien personas, pues, incluso en su aspecto social solamente, sería un producto de una gran cantidad de factores. Ningún par de personas, en las cien, sería completamente igual. Es por ello que la descripción de las peculiaridades individuales en un sentido completamente concreto supondría una tarea enciclopédica interminable. En el plano científico es inevitable que, en cierta medida encaremos abstracciones. Nuestro interés por las diferencias y similitudes tiene que limitarse a ciertos aspectos; no puede abarcarlo todo. El psiquiatra que trata de restablecer el equilibrio mental de una determinada persona es el que debe tener en cuenta la mayor cantidad de factores, pero aun él debe basarse en principios establecidos por el análisis abstracto y la verificación estadística.

Conclusión

La persona o *ego* puede considerarse como un sistema psíquico cuyas partes están relacionadas funcionalmente entre sí y con el sistema en su conjunto. Es un sistema subjetivo que abarca valores, fines, sentimientos y creencias. Toda teoría de la integración de la personalidad que trate de pasar por alto el aspecto subjetivo resultará un fracaso. El motivo más general y universal, el motivo que se encuentra detrás de todos los otros, es la necesidad de mantener la unidad del sistema. Si el individuo no puede unir de cierta manera su vida mental, no puede mantener la continuidad y eficiencia necesarias para la existencia ordenada. El hilo en torno del cual se integran las partes es la concepción de la persona, que deriva del contexto social y es mantenida por éste. En la tarea de alcanzar la unidad le ayudan la continuidad de su organismo, la selectividad de su memoria y la unidad de la organización social de la cual provienen sus fines, normas y *status*. De esta manera, y con estas fuentes, construye una personalidad o carácter que es única en su totalidad, pero similar a otras en sus partes.

Un individuo difiere de otro en su grado de integración. También difiere, aparte de la integración, en el género de rasgos incor-

Escaneado con CamScanner

porados a su sistema psíquico. En ambos casos, la diferencia está determinada en gran medida por el contexto social y la experiencia social en los cuales ha sido criado y a los cuales debe continuar respondiendo. Por este motivo, el estudio de la organización e interacción social es un adjunto necesario para la comprensión de la personalidad. La unidad y el carácter del sistema psíquico dependen de la unidad y el carácter del sistema social, pero no son idénticos a ellos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GREGORY BATESON y MARGARET MEAD, *The Balinese Character*, Nueva York, Nueva York Academy of Science, 1942.

Interesante estudio de la relación entre la personalidad y la cultura a través del medio de la representación pictórica.

CHARLES H. COOLEY, *Human Nature and the Social Order*, Nueva York, Scribner's, 1902, caps. V y VI sobre "The Social Self, the Meaning and Various Phases of 'I' "; cap. I, "Society and the Individual"; cap. X, "The Social Aspect of Conscience".

Un clásico sociológico, todavía interesante.

JOHN DEWEY, *Human Nature and Conduct*, Nueva York, Modern Library, 1922.

Interpretación de la conducta individual por un filósofo, en términos de las costumbres adquiridas en el medio social.

ELLIS FREEMAN, *Social Psychology*, Nueva York, Holt, 1936.

Primitivamente escrito como tratado sobre los valores, este libro fue publicado como texto. El capítulo III encara la experiencia individual como función del organismo y el estímulo, y la diferencia entre los planos físico y mental; el capítulo IV, la construcción de su universo por parte del individuo normal. Segunda parte, "Individual and Cultural Determination of Values"; Tercera parte, "The Psychology of Some Fundamental Social Values".

ERICH FROMM, *Ética y Psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953. [Trad.]

KAREN HORNEY, *The Neurotic Personality of Our Time*, Nueva York, Norton, 1937. [Trad. esp.: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Paidós, 1946.]

La integración de la persona tiende a convertirse en un problema solo cuando no existe. Por consiguiente, la literatura pertinente al presente capítulo es escasa, salvo en los aspectos en que encara la neurosis, la psicosis, etc. El libro de Horney es un buen ejemplo de la nueva tendencia del psicoanálisis a tomar más en cuenta los factores sociales en las perturbaciones de la personalidad.

EVERETT C. HUGHES, "Personality Types and the Division of Labor", en *American Journal of Sociology*, vol. XXXIII (1928), págs. 754-768.

Sigue siendo uno de los artículos más sugestivos sobre la personalidad, en relación con la competencia por las posiciones ocupacionales.

CLYDE KLUCKHOHN, *Antropología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949. [Trad.]. Capítulo VIII.

CLYDE KLUCKHOHN y HENRY A. MURRAY, *Personality in Nature, Society, and Culture*, Nueva York, Knopf, 1948.

Una colección bien elegida de estudios. Trata de abarcar todos los distintos determinantes de la personalidad, pero dedica la mayor parte de su espacio a los determinantes sociales.

Escaneado con CamScanner

Clyde Kluckhohn y O. H. Mowrer, "'Culture and Personality': A Conceptual Scheme", American Anthropologist, vol. XLVI, enero-marzo de 1944, págs. 1-29.

Buena exposición de los problemas teóricos incluidos en el estudio de la personalidad. Afirma que ningún aspecto de la personalidad puede estudiarse en forma adecuada sin un marco de referencia conceptual que reconozca explícitamente *el alcance de los determinantes y la variabilidad de los componentes de la personalidad.*

Prescott Lecky, *Self-Consistency: A Theory of Personality,* Nueva York, Island Press, 1945.

Un libro excelente y estimulante. Publicado póstumamente, es uno de los pocos libros que enfoca en forma directa y convincente el problema que trata este capítulo.

Ralph Linton, *Cultura y Personalidad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1945. [Trad.]

Gardner Murphy, *Personalidad; una investigación biosocial de sus orígenes y estructura,* Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957. [Trad.]

Henry A. Murray, *Explorations in Personality,* Nueva York, Oxford University Press, 1938, cap. II "Proposals for a Theory of Personality".

Técnico y difícil de leer, pero encara algunos de los principales problemas para la conceptualización y el estudio de lo que las técnicas científicas denominan personalidad.

Leo W. Simmons, *Sun Chief, The Autobiography of a Hopi Indian,* New Haven, Yale University Press, 1942.

Una de las pocas historias biográficas completas de un individuo en contacto con dos culturas. El relato tiene orientación social y cultural, aunque la interpretación, en términos del desarrollo de la personalidad, sigue siendo incompleta.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PATAGONIA SAN JUAN BOSCO
BIBLIOTECA
CENTRAL

CAPÍTULO X

DESORGANIZACIÓN DE LA PERSONALIDAD

Si la integración de la personalidad es, en parte, una función de factores sociales, lo mismo sucede con la *des*integración de la personalidad. Es cierto que el organismo es en ambos casos una condición necesaria, pero las variables o determinantes residen a menudo en la esfera socio-cultural. Así como una persona puede estar físicamente enferma sin que la causa resida en su constitución psíquica (por ejemplo, la malaria), del mismo modo puede estar mentalmente enferma sin que la causa resida en ninguna enfermedad física (por ejemplo, la histeria). Es claro que la enfermedad física puede afectar la adaptación socio-psíquica (como en el caso en que el enfermo de malaria se torna ineficiente, pierde su trabajo y se deprime), y la enfermedad mental puede afectar el equilibrio físico (como cuando la ansiedad aguda produce diarrea). Pero en ninguno de los dos casos hay que confundir el resultado con la causa.

La comprensión fructífera de la dinámica de la mentalidad humana proviene del estudio de las perturbaciones psíquicas, porque en tales perturbaciones las exigencias de la personalidad común se destacan por su ausencia. Pero nuestro interés del momento se vincula solo con los aspectos sociales; por lo tanto, con las causas sociales de la perturbación mental. Para tratar de valorarlas, seguiremos las tres líneas siguientes de razonamiento: primero, la definición de perturbación mental se formula en términos sociales; segundo, el funcionamiento de las mentes perturbadas se refiere a la experiencia social y, en muchos casos, surge de ella; y tercero, la influencia de ciertas perturbaciones mentales indica una causación socio-cultural.

El concepto de perturbación mental

La mayoría de las personas creen que pueden decir cuándo una persona es insana o neurótica, pero pocas veces pueden proporcionar una definición clara de la perturbación mental. Sus relaciones frente a una persona trastornada son espontáneas; no se basan en una

Escaneado con CamScanner

clasificación lógica, sino en una rápida respuesta ante la conducta del individuo en la situación social. Por lo tanto, su definición es implícita, y a fin de entenderla no solo tenemos que analizar los procesos mentales de la persona perturbada sino también los de quienes la juzgan.

En último análisis, el criterio subyacente respecto de la perturbación mental, la sustancia de toda definición, es la anormalidad. Pero, ¿en qué sentido hay que entender esa "anormalidad"? ¿Se refiere a acciones distintas del promedio estadístico? Decididamente, no. Por ejemplo, hay muy pocos tallistas de diamantes en nuestra sociedad, muchos menos que esquizofrénicos o paranoicos; sin embargo, no consideramos que los tallistas de diamantes sean insanos y que los esquizofrénicos sean normales. Un tallista de diamantes podría considerarse insano si su conducta fuese distinta de la de otros tallistas de diamantes; por ejemplo, si tratase de cortar los diamantes con los dientes o con una escopeta. Esto se acerca más a la verdad, porque sugiere que la gente juzga la normalidad y la anormalidad con referencia a una posición y a una situación social, y no simplemente con referencia a la población en general. Pero debemos tener cuidado. Un tallista de diamantes que inventa y mejora una técnica de corte puede desviarse de la práctica habitual de sus colegas de oficio, pero en lugar de llamárselo loco, es probable que se lo considere racional e inteligente. No es la anormalidad en un sentido estadístico lo que constituye la perturbación mental, aunque la desviación se relacione con un *status* determinado. Ni el genio ni el débil mental son *ipso facto* dementes, lo mismo que no lo son el rey, el explorador o el oboísta.

¿Se refiere entonces la normalidad a la desviación de lo normativamente esperado, no del promedio estadístico? En ese caso, estamos todos mentalmente perturbados, porque cada uno de nosotros deja de observar la conducta ideal que se espera de nosotros. Los criminales no se consideran necesariamente insanos; en realidad, según la definición legal del crimen, ningún criminal podría ser demente en el momento en que comete su crimen. Además, muchos delitos se cometen en nombre del derecho y del bien sin tener en cuenta la circunstancia de que violan la ley. Durante siglos, los ingleses persiguieron a los disidentes de todo tipo; sin embargo, los "delitos" de estos creyentes eran religiosos y, por lo tanto, altamente normativos en su motivación. Solo podemos llegar a la conclusión de que el simple acto de la desviación respecto de una regla normativa no es en sí mismo el criterio ordinariamente utilizado para la definición de la perturbación mental.

¿Es posible hacer caso omiso en absoluto del elemento de anormalidad? ¿Puede decirse, por ejemplo, que la perturbación mental consiste en abrigar creencias erróneas? Es evidente que no, porque el concepto de error, tan destacado en algunos casos de perturbación,

Escaneado con CamScanner

no "se refiere simplemente a una falsa creencia, sino a una falsa creencia que una persona razonable no sustentaría". Hay muchas falsas creencias sustentadas por grupos de personas normales que no han tenido la oportunidad de corregirlas y que siguen, en cambio, a una autoridad tradicional y religiosa.[1] Una falsa creencia comprensible en la cultura y en la situación, no es un error en el sentido psiquiátrico.

Lo que realmente destaca a los mentalmente perturbados, como género, es su impredictibilidad. Ya se hizo notar que la vida social se basa en la predecibilidad mutua de la conducta de unos con respecto de otros. No se quiere decir con esto que se trate de la predecibilidad en el tosco sentido de una simple exposición exacta de lo que hará el organismo como objeto físico, sino en el sentido de que los motivos son entendidos por los propios congéneres y las acciones resultantes se conocen de antemano. La expectativa, en este sentido refinado, se basa en la comunicación, ya que por medio del contacto simbólico la gente comparte lo que existe en las respectivas mentes. Incluso, aunque una persona no se adapte a las normas obligatorias, esperamos de ella, por lo menos, que sea influida por un conocimiento de dichas normas. Esperamos que advierta, emocional e intelectualmente, que ciertas normas rigen para ella, en su situación. Por sobre todo, esperamos que admita las normas como premisas de su pensamiento, como fines, medios y condiciones para la acción. Si no lo hace, su conducta tiende a tornarse impredecible (en el sentido refinado), la comunicación se desmorona y la juzgamos mentalmente desequilibrada. El camino más sencillo para ser considerado insano, entonces, consiste en diferir en forma tan sistemática y persistente de las suposiciones normativas y los hábitos mentales de los demás, que éstos ya no puedan entender la motivación y, por lo tanto, ya no sepan qué esperar. En tales circunstancias, la comunicación se torna imposible. Lo que conduce al diagnóstico de perturbación mental no es tanto la desviación, sino la incapacidad para explicar satisfactoriamente la desviación a los demás (en términos que concuerden con sus suposiciones). La persona perturbada no es capaz de ser influida por las comunicaciones de los otros. No es "razonable".

La conducta de una persona puede ser impredecible debido a que su cultura o su situación nos son desconocidas. "Muchas acciones de los nativos en las sociedades prealfabetas, normales en sus propias culturas, serían consideradas como pruebas de locura en nuestra sociedad. Las acciones normales en una cultura son anormales en otras. Esta generalización rige incluso para variaciones de Por ejemplo, ciertos tipos de fanatismo religioso son normales en la cultura tales como las que se advierten dentro de una gran nación.

1 Robert E. L. Faris y H. Warren Dunham, *Mental Disorders in Urban Areas,* Chicago, University of Chicago Press, 1939, pág. 156.

Escaneado con CamScanner

partes de los sectores rurales de los estados del Sur de Norteamérica, en tanto que la misma conducta en una ciudad del Norte puede dar lugar a que se lo interne a uno en un hospital [...]. Una conducta excéntrica, como la de tratar de empujar un maní por el suelo con la nariz, puede parecer insana hasta que se descubre que el que la ejecuta es un universitario que ha sido puesto a prueba o que ha perdido una apuesta.[2]".

La impredictibilidad se vuelve síntoma de perturbación mental, pues, cuando ocurre a pesar de un conocimiento de la cultura de la persona y de su situación social, y cuando los motivos de la conducta no pueden ser satisfactoriamente comunicados a las personas comunes dentro del grupo.

Si una persona viola una norma —por ejemplo, si comete un crimen—, ello no significa que sea mentalmente desequilibrada. Puede ser que sus razones resulten comprensibles para otros, incluso aunque los otros se hubiesen comportado en forma distinta en la misma situación. Solo si el crimen es tal que el motivo sigue siendo incomprensible, solo entonces se pondrá en duda la cordura del criminal. Si un individuo mata a su mejor amigo porque cree que éste trata de envenenarlo (cuando, en realidad, el amigo no le era en modo alguno hostil), o si mata a la gente en forma indiscriminada y sin ninguna razón evidente, sospechamos un motivo oculto y, por consiguiente, no comunicable. El psiquiatra puede estar en condiciones de entender su motivación, pero no así el lego.

Para la gente común, por lo tanto, la clase de las "personas locas" es una clase residual. En ella se ubica a todos los individuos cuya conducta, en términos de motivos, es completamente impredecible. En general, la impredictibilidad deriva del hecho de no "ver" las cosas tal como son vistas por lo común en el grupo, o del hecho de no poder comunicar el proceso de raciocinio por medio del cual lo que se ve se vincula con los resultados que emergen en la conducta. Si el individuo cree que es un personaje famoso cuando en realidad es un ciudadano común, sus acciones pueden derivar lógicamente de esa suposición, y es posible que se encuentre en condiciones de comunicar sus motivos basándose en aquella suposición; pero si ninguna dosis de explicaciones ofrecidas por los otros modifica su concepción de su propia identidad, si construye otras falsas creencias y peculiaridades de conducta para proteger su concepción, entonces se lo considera loco. Existe un momento en que la comunicación ya no penetra en su mente. De tal modo, se mantiene socialmente aislado en un sentido importante. En otros casos, ninguna comunicación es posible en la práctica, de manera que resulta imposible determinar cuáles son las suposiciones, ya que el individuo es incoherente y no responde.

2 FARIS y DUNHAM, *op. cit.*, págs. 155-156.

Escaneado con CamScanner

Esta peculiaridad de la concepción de la perturbación mental —vale decir, que se trata de una categoría residual que abarca todos los casos en los cuales existe una ruptura extrema en la comprensión comunicativa— explica dos hechos ampliamente conocidos. Primero, el estudio de las causas de perturbación mental, en la medida en que éstas son socio-psíquicas antes que fisiológicas, encuentra un gran obstáculo en las dificultades de la comunicación. El psiquiatra tiene que comunicarse con el paciente a fin de entender la perturbación; sin embargo, debido a la existencia de ésta, le resulta difícil comunicarse con él. Las técnicas del psiquiatra están destinadas a superar este obstáculo, pero hasta ahora son escasas y abarcan cosas tales como la hipnosis, la narcosis, la asociación libre, la sugestión, el análisis de los sueños, la conquista del afecto y la estimulación experimental de las respuestas interpretativas (tocando discos fonográficos carentes de sentido, mostrando manchas de tinta carentes de significado o tomando nota del bloqueo o hipertensión producidos por un surtido de palabras). El segundo hecho bien conocido es la aureola de terror que rodea a la idea de la locura. Casi ninguna otra cosa es más terrible para la persona común, educada y creada como lo es por el medio social, que el espectáculo de la total impredictibilidad basada en la incapacidad para la comunicación. Revela al observador un organismo humano que al mismo tiempo no es humano, y le sugiere un abismo insondable de misteriosas profundidades, un abismo en el cual las realidades según las cuales vive quedan reducidas a sombras, a extrañas parodias. Su seguridad, su aplomo, su sentido de su propia realidad, son amenazados por este espectáculo anómalo.

La persona neurótica, en oposición a la psicótica, es aquella cuyo sistema motivacional se encuentra alejado solo en parte de la comprensión de sus congéneres, y cuya impredictibilidad es, por lo tanto, limitada. Por este motivo, se han hecho más progresos en el estudio de la neurosis (en el plano psico-social) que en el de la psicosis. En realidad, a medida que se elaboran técnicas psicosociales para el tratamiento de los pacientes psicóticos, ellas derivan en general del trabajo más fácil con los neuróticos, que son más accesibles.

La dinámica de la perturbación mental

Aunque resulta útil, no es suficiente conocer el criterio por medio del cual se pone aparte a las personas mentalmente perturbadas. Un paso hacia adelante consiste en examinar el contenido de la mente perturbada, los procesos dinámicos por medio de los cuales se deforma la realidad social y se producen reacciones extrañas. Estos procesos se han descrito en detalle y bajo muchos nombres en la literatura psiquiátrica que se ocupa de la neurosis y las psi-

Escaneado con CamScanner

cosis. En general, los análisis de éstas han sido más descritivos que analíticos, y con frecuencia las interpretaciones, como ocurrió en las primeras etapas del psicoanálisis freudiano, han sido de carácter biológico. En este contexto describiremos brevemente algunos de los principales procesos de inadaptación, pero daremos principal preponderancia a la demostración de cómo surgen estos procesos del sistema socio-cultural del cual forma parte el individuo, y cómo se relacionan con él.

CONFLICTO

En todas las teorías científicas de la perturbación mental, la noción de conflicto psíquico es fundamental, pero la naturaleza y la fuente del conflicto no siempre se entienden. Creemos que todas las formas de conflicto mental pueden exponerse en términos del esquema medios-fin, cuyas posibilidades lógicas son las que siguen:

1) *Los fines pueden ser incompatibles porque son de carácter opuesto.* Un hombre que desea ser una persona de dignidad y cultura, y al mismo tiempo, un payaso popular, persigue dos fines mutuamente opuestos. Un soldado que desea eludir los peligros del combate y, al mismo tiempo parecer valiente a sus compañeros, está haciendo lo mismo. En tales casos es preciso suprimir uno u otro fin; el *ego* debe crear una jerarquía antes que una igualdad de fines antitéticos. Pero si los fines son fuertemente sustentados, es posible que fracase el esfuerzo por controlar al uno o al otro, dando con ello nacimiento a los síntomas neuróticos o psicóticos.

2) *Los distintos fines pueden competir en la obtención de medios escasos.* La mujer que ama a su esposo y a sus hijos, y al mismo tiempo ama su carrera, descubrirá que cada uno de ellos impone exigencias sobre una mercancía escasa: su tiempo y energía. Debe estar dispuesta a sacrificar a uno en favor del otro, o aceptar una realización incompleta de ambos. Si no puede establecer tal modificación, entonces permite que el conflicto continúe, y en esa medida se convierte en una persona desorganizada. Como se ha mencionado previamente, todos los fines son competitivos, pero el auténtico conflicto surge solamente cuando no hay un orden distributivo, una jerarquía de fines en la mente del individuo. Como rasero para la distribución de sus medios escasos entre sus distintos fines, el individuo dispone de su sentimiento de preferencia. Lo que la conduce a preferir algunos fines antes que otros es la fuerza de sus tendencias orgánicas, por una parte, y la fuerza de sus deseos socialmente adquiridos, por la otra. El esfuerzo en procura de un fin exige presumiblemente una tensión orgánica, y la satisfacción del fin entraña el alivio de la tensión. Pero las tensiones que tienen un origen orgá-

Escaneado con CamScanner

nico, si bien son socialmente aprendidas en su expresión, son distintas de las que tienen un origen social, porque la consecución del fin provoca generalmente una saciedad temporaria y la degradación momentánea de dicho fin a una situación inferior. De tal modo, la satisfacción sexual causa un alivio temporario en el deseo sexual, de modo que el individuo puede dedicar su atención a otros asuntos. Las tensiones que tienen un origen social carecen a menudo de un alivio completo. La rivalidad por el prestigio y la estima, por ejemplo, es interminable. Es posible alcanzar determinadas metas subsidiarias, con cierto alivio de la tensión; pero siempre existe la conciencia de que el propio prestigio y estima son eclipsados por otros. Más aún, las tensiones socialmente adquiridas tienen precedencia sobre las orgánicamente estimuladas e incluyen cierto control y supresión de estas últimas. Los objetivos socialmente adquiridos crean de tal modo tensión en un doble sentido: por derecho propio y en virtud de la tensión creada por la represión y la limitación de los esfuerzos orgánicos. El medio social está organizado de tal manera que utiliza al máximo el poder impulsor de las tendencias orgánicas reprimidas y controladas.

La organización de los fines del individuo depende principalmente del medio social en el cual aprende sus fines. Si no se le ha trasmitido una jerarquía coherente, no tendrá medios para adaptar las exigencias de los distintos fines, y surgirá el conflicto. Muchos psiquiatras creen que durante el principal periodo de socialización (durante la niñez) y en los principales grupos socializadores (familia, grupo de juegos y escuela) se sienta la base para la desintegración de la personalidad posteriormente manifestada por los neuróticos y psicóticos. Por sobre todo, la disciplina incoherente por parte de personas desintegradas tiende a producir casos mentales. Un investigador resume el trasfondo de los niños-problema de la siguiente manera:

> No hay una adhesión coherente a regla alguna. El niño puede dedicarse con frecuencia a una conducta desaprobada o reprobable, sin tentativa alguna de corrección. Por otra parte, puede ser castigado con frecuencia por una conducta insignificante o aprobable en otras ocasiones.
>
> El criterio de la corrección parece residir en el estado emocional del adulto antes que en la conducta del niño o en una consecuencia social de su conducta.
>
> La disciplina por una conducta similar puede variar de cero hasta el más severo castigo físico, y el castigo en cualquier grado o severidad puede seguir en rápida sucesión al castigo en cualquier otro grado.
>
> Cuando se inflige, el castigo tiende a ser excesivamente severo.
>
> En otras palabras, el esquema disciplinario es totalmente errático e incoherente, carece de una pauta y tiende a hacerse severo, en contraste con el castigo estricto.[3]

[3] L. F. Woolley, "The Effect of Erratic Discipline in Childhood on Emotional Tensions", en *Psychiatric Quarterly*, XI, abril de 1937, 237-252. Citado por Roy M. Dorcus y G. Wilson Shaffer, *Textbook of Abnormal Psychology*, Baltimore, Williams & Wilkins, Co., 1939, segunda edición, pág. 334.

Escaneado con CamScanner

En semejante situación, el niño no solo no tiene solución para sus problemas sino que tampoco la tiene nadie. El niño no puede formarse hábitos que lo protejan uniformemente del castigo o le garanticen una recompensa. Debe encarar cada situación nueva con aprensión, y encontrar sumamente difícil toda decisión. No adquiere principios de preferencia por medio de los cuales pueda distribuir su energía entre los distintos fines que posee. Para cuando llega a ser un adulto, puede confundirse fácilmente frente a problemas que otra persona resolvería con facilidad.

3) *El conflicto puede surgir de una disparidad demasiado grande entre fines y medios.* Si la meta es fuertemente deseada y, sin embargo, imposible de lograr, surge necesariamente la frustración. Una frustración repetida tiende a producir una falta generalizada de confianza en la propia capacidad para lograr *cualquier* fin y una concepción generalizada de uno mismo como menos eficiente y menos digno que los demás. La meta principal, la aprobación de los otros, depende del cumplimiento de una amplia variedad de fines subordinados. La frustración repetida significa entonces una quiebra con referencia a las normas por medio de las cuales uno se valora a sí mismo. Por fortuna, la aprobación por los demás no descansa del todo sobre un elevado orden de consecución, pero en muchos casos se basa en una consecución mucho más elevada de lo que la persona puede lograr. Lo que se espera está limitado también por la posición que uno ocupa, de modo que uno no tiene por lo general que comparar su propia falta de consecuciones con las de todos los demás en la sociedad. Una ventaja de la certidumbre en cuanto a la propia posición es la de saber entonces exactamente lo que se espera de uno y no sufrir remordimientos por no hacer lo que no se espera.

El conflicto, visto en términos del esquema medio-fin, se reduce en la práctica a dos posibilidades: la falta de un orden de preferencia coherente y seguro entre los distintos fines de un individuo y el fracaso en cuanto al logro de los fines deseados debido a que se carece de los medios para ello. No son posibilidades mutuamente excluyentes, sino que tienden más bien a reforzarse entre sí. Karen Horney ha señalado que la persona neurótica se interpone continuamente en su propio camino.[4] La falta de orden en sus fines hace que le resulte difícil lograr ningún fin particular. Los métodos por los cuales elude el conflicto de fines y el sentimiento de frustración le hacen aún más difícil lograr algo.

Como los derechos y deberes vinculados con las posiciones sociales son traducibles al esquema medios-fin, el conflicto hasta ahora

[4] *The Neurotic Personality of Our Time,* Nueva York, Norton, 1937, pags. 25-26. (Trad. esp. citada.)

Escaneado con CamScanner

descrito es al mismo tiempo un conflicto en el sistema de *status* y papeles de uno. Presumiblemente, el sistema de posiciones que ocupa un individuo dado debe estar integrado, si se quiere que su personalidad también lo esté. Sin embargo, es preciso tener cuidado, y asegurarse de que lo que es exteriormente caótico no oculta una personalidad interiormente bien organizada. El ocupante de un determinado *status* puede ejercer los prerrequisitos de dicho *status* sin haberlos adoptado en su complejo emocional. De tal modo, un sacerdote puede simplemente predicar para ganarse la vida; puede no creer en todo lo que predica, y si su conducta en otra posición es incompatible con las actitudes adecuadas de un sacerdote, ello puede representar simplemente una falta de integración de la organización social exterior, y no una falta similar en su propia personalidad. La divergencia entre el papel exterior y la actitud interna está habitualmente presente en una leve medida. Resulta menos desorganizadora para la persona cuando la divergencia es tácitamente aceptada y practicada por el grupo social en general: la denominada evasión institucionalizada de las prescripciones institucionales. En teoría, un individuo puede ocupar todas sus posiciones en forma desinteresada, representando solo los papeles exigidos como medios para fines puramente privados.

Una sociedad no investiga demasiado de cerca las actitudes privadas, mientras la conducta abierta resulte satisfactoria. Si las respuestas de una persona son siempre satisfactorias, se supone que sus actitudes también son correctas. Pero semejante adaptación, en todo sentido maquiavélica, es lógicamente imposible, debido a que para utilizar la posición de uno nada más que como medio es preciso tener un fin. La fuente de este fin solo puede ser el sistema sociocultural del cual forma parte la persona. De tal manera, en cierto momento el individuo adopta con sinceridad las prescripciones de su sociedad. Quiere ciertas cosas que se le ha enseñado a querer en su posición. Además, el precio de la insinceridad es la eterna vigilancia. Representar un falso papel, incluso en una parte sustancial de la propia conducta, resulta sumamente tedioso. Es claro que existen papeles convencionalmente falsos, representados por todos y que se tornan habituales, pero éstos, en último análisis, solo son parte de las expectativas sociales y entrañan una sinceridad más profunda, que subyace a la insinceridad aparente. El caso fundamental es la representación de un falso papel para obtener fines privados que si fuesen conocidos, no serían sancionados por la sociedad. Los individuos pueden representar y representan determinados papeles de esta manera, pero resulta inconcebible que logren desempeñar una gran cantidad de papeles de ese modo. Los fines parecerían con frecuencia no justificar la tarea abrumadora de mantener el engaño. Además, el constante engaño es imposible de mantener por sí mismo, debido a que nuestro control deliberado sobre nuestra conducta se extiende

Escaneado con CamScanner

muy pocas veces a todas las fases de ésta. Nos traicionamos en algún detalle demasiado elocuente, y el engaño queda al descubierto. Además, la consecución real de un fin no sancionado es difícil de ocultar. En cuanto se descubre el engaño, las sanciones que recaen sobre la persona, por su insinceridad, son tales que tornan desaconsejable el riesgo de incurrir en ellas. En el fondo, entonces, existe una estrecha relación entre el sistema de papeles que la persona representa y los fines privados que persigue. Si lo uno no está integrado, tampoco lo está lo otro. El principal peligro de la interpretación reside en adoptar una opinión demasiado simple de la organización social, en confundir la norma moral reconocida con la norma real.

Aunque no todos los fines son de carácter normativo, casi todos ellos son significativos para las normas. Uno de los mayores conflictos es el que se produce entre fines prohibidos o con respecto a los cuales casi todos los medios convenientes han sido prohibidos, y los normativamente exigidos. Incluso, los fines prohibidos son de origen social y los medios prohibidos son socialmente aprendidos (además de formar parte de la estructura social real). El que un fin sea prohibido significa que en cierta manera, si no lo fuese, tendría fuerza por derecho propio. Su fuente debe ser entonces algo distinto que el orden normativo. Por cierto, puede ser aprendido, pero una vez aprendido es enérgicamente motivado, de un modo en que no lo sería un fin puramente obligatorio. Para explicar este hecho, debemos suponer que la fuente del fin prohibido es una tendencia orgánica inherente, incorporada genéticamente al organismo, o una relación de ese fin determinado con el sistema total de fines. Un buen ejemplo de un fin que obtiene su fuerza de la fuente orgánica es el logro de la satisfacción sexual. Este fin es permitido, pero solo cuando se utilizan ciertos medios. En cuanto un niño ha aprendido a satisfacer este impulso por medio de la masturbación, está fuertemente motivado para utilizar ese medio, aunque sea ilegítimo. Su ilegitimidad entra en conflicto con la norma contraria que le ha sido minuciosamente imbuida y que ha adquirido su propia fuerza sobre el organismo. En consecuencia, puede desarrollarse el sentimiento de culpabilidad como resultado del conflicto, y producir un estado de aguda incomodidad.

Un ejemplo de la segunda fuente de energía que existe detrás de un fin prohibido es el sentimiento que una persona puede tener con respecto a su suegra. Normativamente, en nuestra cultura se supone que una persona debe mostrar respeto por su suegra; sin embargo, ésta no posee por lo general grandes atractivos en sí misma, y, debido a su autoridad anterior sobre el cónyuge, se convierte en un constante obstáculo para la consecución de los fines deseados. Se desarrolla fácilmente, entonces, una actitud de antagonismo hacia la suegra, un deseo de apartarla del camino de alguna manera. Pero los medios más fácilmente disponibles para este fin está prohibidos.

Escaneado con CamScanner

No es posible envenenarla, expulsarla de la casa, insultarla, sobornarla o ignorarla. Con frecuencia se ve uno obligado a soportarla. En tales casos no existe una tendencia innata a librarse de la suegra, pero observando la configuración total de posiciones y papeles, la suegra es una persona que constituye un obstáculo casi a pesar de sí misma. En una sociedad perfectamente organizada, por supuesto, la posición de la suegra estaría integrada con todas las otras posiciones, de modo que las actitudes exigibles surgirían con naturalidad de las actitudes implícitamente encarnadas en las relaciones del individuo con las otras personas de su universo social. Pero ninguna sociedad está jamás tan bien integrada. Existen siempre numerosos fines socialmente determinados y, sin embargo, prohibidos. Los conflictos a los cuales dan nacimiento en la mente subjetiva del actor, son tan reales y poderosos como los conflictos creados por los deseos orgánicos prohibidos.

REPRESIÓN

Como el núcleo de la perturbación mental es el conflicto, queda por ver cuáles son las defensas que erige la personalidad para protegerse de él.

Una solución evidente consiste en reprimir uno de los elementos del conflicto. Tal represión elimina de la conciencia el fin o el recuerdo de un acto. Si el fin o el recuerdo se encuentran en conflicto con otro fin —por ejemplo, una norma moral—, su represión permitirá que uno mantenga el sentimiento de autoaprobación, tan esencial para una existencia satisfecha. Es preciso admitir que la represión es un acompañamiento normal de la vida cotidiana, una de las características necesarias del control social, porque si actuásemos sobre la base de todo impulso o idea que se nos ocurriese, si diésemos expresión a toda inclinación en conflicto con las demás, seríamos incapaces de adaptarnos a las expectativas sociales. Nuestra mente ejerce una censura perpetua, de modo que pocos observadores sospechan —y nosotros mismos apenas nos damos cuenta— de lo variadas y extravagantes que son las cosas que nos saltan a la mente. Por medio de la represión, la personalidad elige sus fines y sus acciones, logra la coherencia y la integración. Pero si no existiese una serie de normas obligatorias socialmente derivadas, no habría necesidad de represión. Lo que los psicoanalistas han denominado el "superego" es la parte autoritaria y moral de la personalidad, que hace que el individuo se sienta culpable cuando ha hecho algo malo, es el sistema socio-cultural de normas tal como se internaliza en la personalidad particular. Además, si no existiesen impulsos y actos que no se adaptasen a las normas, no habría necesidad de represión.

Escaneado con CamScanner

El fenómeno de la represión es, entonces, una manifestación normal del género de criaturas socio-culturales que son los seres humanos.

Pero la dificultad estriba en que la represión no es un instrumento perfecto. Si los pensamientos reprimidos pudiesen ser completamente eliminados, el conflicto terminaría allí. Pero en muchos casos existe una fuerte motivación detrás de las ideas reprimidas. El hecho de expulsarlas de la conciencia no las expulsa de la mente ni les impide que influyan sobre la conducta. El individuo puede revelar la presencia continuada del material en los sueños, en los deslices del lenguaje, en las ansiedades inmotivadas, en la exagerada bondad o modestia, en la agresividad injustificada, en la censura irrazonable, en la racionalización evidente o en cualquier otra forma. Puede, en realidad, ejecutar la conducta prohibida en forma disimulada, o con una excusa complicada pero falsa. Si ejecuta la conducta prohibida a despecho de disfraces y excusas, es probable que se sienta doblemente culpable y que necesite defensas más complejas aún contra el recuerdo o la repetición del acto. El siguiente caso, de una mujer de 35 años de edad, es un ejemplo de la represión de ideas prohibidas por medio de la amnesia.

> La paciente había experimentado varios períodos, de media hora a varias horas de duración, de los cuales no conservaba recuerdo alguno. Se dirigía al centro de la ciudad, por ejemplo, y luego, más tarde, volvía de pronto en sí en algún punto distante, sin recuerdo alguno de los acontecimientos que se habían producido en el intervalo [...]. Se decidió hipnotizarla. En veinte minutos bajo hipnosis se recuperaron suficientes materiales como para reconstruir casi por completo varios de los episodios amnésicos, todos los cuales habían ocurrido en relación con una fantasía amorosa con un hombre que no era su esposo. Se sugirió, durante el estado hipnótico, que esos recuerdos se conservasen después del mismo. Luego se la despertó, y toda la producción fue analizada con ella. En esa ocasión reconoció la necesidad de olvidar dichos episodios y todo lo vinculado con ellos, porque la idea de infidelidad para con su esposo le resultaba intolerable, incluso en la imaginación. En este caso, no hubo repeticiones durante varios años.[5]

Si en lugar de vivir en un tipo de cultura europea occidental (en Estados Unidos), esta mujer hubiese sido educada en un campamento chukchee de Siberia, semejante conflicto no hubiera ocurrido, porque entre los chukchee las relaciones sexuales con hombres que no sean el esposo se consideran correctas y adecuadas.[6]

El contenido del conflicto —las fuerzas que se oponen entre sí— varía, pues, considerablemente de una cultura a otra. Pero una vez iniciado el conflicto, los mecanismos psíquicos son presumiblemente universales, ya que están vinculados con la estructura fisiológica universal y con la estructura sociológica universal de la especie humana.

[5] DORCUS y SHAFFER, *op. cit.*, págs. 414-415.

[6] M. A. CZAPLICKA, *Aboriginal Siberia*, Oxford University Press, 1914, págs. 78-80.

Escaneado con CamScanner

RACIONALIZACIÓN

Es probable que la forma más sencilla de expresar deseos inaceptables y de tratar de evitar sentimientos de culpabilidad sea la de pensar en una buena razón (es decir, una sancionada en el grupo social por una evaluación moral superior a la que prohíbe el típico tabú). De tal modo, puede decirse que un estudiante que debería estudiar para un examen pero no se siente con deseos de hacerlo, necesita ejercicio porque éste es esencial para su salud, y la salud es más importante que pasar un determinado examen. Entonces, puede salir y pasarse la tarde jugando al golf y gozando inmensamente sin sufrir remordimiento alguno hasta después de haber hecho un mal examen escrito al día siguiente. Aun entonces podrá seguir ocultándose a sí mismo el hecho de que habría podido dedicarse a su ejercicio *después* del examen, y no antes, con igual beneficio para su salud.

Como arbitrio para conservar la autoestima, semejante justificación de los propios deseos desaprobados, por medio de supuestas buenas razones, es un aspecto normal y necesario de la conducta. El individuo tiene que protegerse contra los sentimientos de culpabilidad profundamente incrustados en su yo inconsciente, así como contra los deseos reprimidos cuya expresión da nacimiento a dichos sentimientos de culpabilidad. De lo contrario, corre el riesgo de volverse excesivamente reprimido, un conformista más estricto de lo que la opinión real exige, y en desventaja en comparación con aquellos que tienen internalizadas las normas de manera menos severa.

Pero si el conflicto es grave, la racionalización puede fundirse gradualmente en algo mucho más alejado de la normalidad, como, por ejemplo, la proyección y la ansiedad.

PROYECCIÓN

No hay más que un paso de la simple racionalización a una forma especial y más compleja de la misma: desplazar la culpabilidad por pensamientos o acciones enfadosos hacia algo que no sea uno mismo. La madre puede ocultar su incapacidad para gobernar a su hijo afirmando que las inclinaciones perversas de éste han sido heredadas del padre. De esta manera, echa la culpa en primer término al hijo mismo (cosa que ayuda a satisfacer su resentimiento contra el niño) y secundariamente al padre (cosa que ayuda a satisfacer su resentimiento contra él). En verdad, sin embargo, les ha hecho a ambos un agravio con respecto al cual, si lo admitiese, se sentiría culpable. Su culpabilidad reprimida puede conducirla a suponer que el hijo y el esposo están resentidos contra ella, de modo que, por medio de un complicado proceso, ha llegado a proyectar

Escaneado con CamScanner

su propia hostilidad hacia ellos, en sus mentes, como hostilidad con respecto a ella. Puede verse hasta qué punto la proyección es un asunto de juego recíproco de concepciones acerca de las actitudes de los otros, y de qué manera, por medio de un proceso acumulativo, tiende a alejar a una persona de una noción exacta de la situación real.

Por muchos motivos, las otras personas son los medios para nuestros fines, y, sin embargo, nos vemos limitados en cuanto a la medida en que podemos utilizarlas simplemente como medios. El panadero tiene pan que podría agradar al hambriento; un hombre posee afecto que podría agradar a una mujer; el político dispone de poder que podría gustarle a un ciudadano; etcétera. Los seres humanos son siempre instrumentos necesarios para la consecución de nuestros deseos; y ellos y las reglas que ellos obedecen se interponen también en el camino de semejante consecución. Por lo tanto, todos nosotros tenemos motivos para sentir hostilidades hacia ciertas personas y desearíamos poder hacer cosas que realmente no podemos. Si surgen tales pensamientos, ofenden nuestro sentido de lo correcto. Por consiguiente, los reprimimos y la hostilidad aparece en formas que no reconocemos. Podemos expresar el resentimiento culpando a dichas personas. Como ello significa inferirles un agravio, podemos abrigar la idea de que se vengarán. Semejante proyección de nuestros sentimientos en la mente de ellos puede sentar la base para una reacción paranoica hacia los demás, y si se la lleva demasiado lejos, puede culminar en una psicosis lisa y llana. La hostilidad engendra hostilidad, incluso cuando se la reprime. "Una persona que quiere hacer daño, engañar, trampear a otros, tiene también el temor de que ellos le hagan lo mismo",[7] porque sabe que si los demás se enterasen de esos pensamientos, tomarían represalias, y porque sabe que se interpone en el camino de ellos así como ellos se interponen en el suyo. Su sentimiento de culpabilidad no solo la obliga a proyectar en los otros los pensamientos hostiles que ella misma siente en verdad, sino que la castiga haciéndole temer las consecuencias de dichos pensamientos en términos de lo que los otros podrían hacerle. Dorcus y Shaffer[8] describen el desarrollo típico de la paranoia en la siguiente forma:

> La verdadera dificultad puede comenzar cuando el individuo se culpa o se condena por un acto o idea que entra en conflicto con sus ideales; por consiguiente, puede perseguirse a sí mismo debido a que su sentimiento de autorrespeto lo exige. Ahora, solo queda, un paso más para proyectar esta persecución en los demás [...]. De tal modo, su represión de los actos o ideas inaceptables le deja un sentimiento de autocondenación que, a su vez, proyecta en los otros, a quienes ahora considera como sus perseguidores. Las actividades y afirmaciones de quienes lo rodean las interpreta ahora en función de su sentimiento

7 HORNEY, *op. cit.*, pág. 71.

8 *Op. cit.*, pág. 304.

[...], como dirigidos contra él. Constantemente, busca significaciones escondidas [...], y como su deseo de condena y persecución es tan fuerte, tiene muy poca dificultad en encontrarlas. Gradualmente puede llegar a creer que las grandes organizaciones tratan de arruinarlo y que aun quienes afirman ser sus amigos más íntimos planean en secreto su caída. Pero es posible que se le ocurra que un individuo a quien se concede tanta atención y se persigue en tal medida debe ser un individuo sumamente importante. Puede así desarrollar delirios de grandeza. Si tropieza por casualidad con el nombre de algún gran individuo, no es improbable que dicho nombre se asocie a su propio contenido ilusorio, y como interpreta erróneamente la mayoría de las cosas entendiendo que se refieren a él mismo, es posible que gradualmente desarrolle la creencia de que él es esa gran persona.

Tan ubicua es la proyección que su presencia no es anormal, salvo en el caso de sus manifestaciones extremas.

ANSIEDAD

Una vez dicho que este temor hacia los otros, basado en una noción inconsciente de la represalia, es en realidad una forma de ansiedad, analicemos otros estados y síntomas de la ansiedad.

El hecho de que los fines siempre se relacionen con el futuro, pero que las circunstancias jamás están del todo bajo control, introduce la incertidumbre en la vida humana. Esto, más la circunstancia de que la persona se juzga a sí misma en términos de éxitos y fracasos anteriores, crea una perpetua aprensión acerca de lo que puede suceder en adelante. Cuando la aprensión es normal —es decir, cuando corresponde a la actitud que se espera de uno en una situación determinada—, lleva el nombre común de temor. Pero cuando el objeto temido aparece demasiado trivial o demasiado imaginario a los ojos de los demás, cuando la intensidad del temor es desproporcionada en relación con el significado de la situación, se denomina ansiedad. Es indudable que el temor y la ansiedad están presentes en todos los casos de perturbaciones mentales, pero ahora nos referimos a aquellos casos en que existe una comprensión consciente de una fobia o compulsión infundadas. Como en tales casos la explicación no reside en los términos motivacionales comunes de la sociedad, es preciso realizar un examen del contenido mental oculto y deformado.

La base aparente de la ansiedad puede ser un temor infundado (fobia), una idea fija (obsesión) o un acto involuntario y repetido con frecuencia (compulsión). Sea como fuere, el objeto de la fobia, la obsesión o la compulsión no es el que parece ser. Por el contrario, no es más que un símbolo o diversión de la fuente real de la ansiedad, que en el fondo entraña un conflicto. La fuente real ha sido reprimida porque de algún modo resulta humillante, y el objeto manifiesto no hace más que representarla o servir como defensa sim-

Escaneado con CamScanner

bólica contra ella. Es posible que el individuo tenga completa conciencia de su futilidad y no sea capaz de explicarla, y, sin embargo, no se encuentre en condiciones de remediarlo.

Además, es preciso hacer notar que la ansiedad acompaña a una huida (por medio de la represión) del conflicto de fines. Cuando el material reprimido amenaza con influir sobre la conducta de uno, surge la ansiedad. El objeto específico de la ansiedad no puede ser admitido conscientemente, porque ha sido reprimido. Por lo tanto, el objeto consciente de la ansiedad debe aparecer como otra cosa, presumiblemente como algo que encierra un menor sentimiento de culpabilidad. El propósito común en todos los casos es la evitación de la ansiedad provocada por la culpabilidad. Por ejemplo, el síntoma más frecuente de la neurosis compulsiva es el impulso constante a lavarse las manos. El recuerdo de algún acto o deseo pasados —como, por ejemplo la masturbación— ha sido reprimido, pero los sentimientos inconscientes de culpabilidad continúan creando ansiedad. Puede que nuestras manos hayan estado incluidas en el acto o deseo prohibidos. El lavado de las manos es un acto perfectamente permisible, y en nuestra cultura la vinculación del pecado con la suciedad y de la salvación con la limpieza proporciona al acto una eficacia simbólica, en lo que se refiere a aliviar la ansiedad. La cosa temida, la culpa, se encuentra dentro de uno. No puede evitarse por la huida (aunque la huida real se adopta en ocasiones), pero puede ser ayudada por medio de tales prácticas simbólicas, esencialmente mágicas. Si la práctica logra disminuir la ansiedad y mantener alejados de la conciencia los recuerdos angustiosos, podrá llevársela a cabo en forma repetida y obsesiva. El poderoso impulso que existe detrás de la compulsión o la obsesión está provisto por la atormentadora ansiedad. La ansiedad intensa es una de las emociones más torturantes del hombre. "Los pacientes que han atravesado por un intenso acceso de ansiedad afirman que prefieren morir antes que pasar por una repetición de dicha experiencia.[9]".

La impotencia de la persona que la sufre contribuye al terror.

La ansiedad también se encuentra en la base de la histeria, que en cierto sentido es la más racional de las psiconeurosis. El síntoma o enfermedad se convierte en un medio para huir de algo que de otro modo sería necesario enfrentar. Casi todos los síntomas pueden utilizarse de esta manera, desde la ceguera funcional, la parálisis, el vómito, la amnesia y la sordera hasta los accesos epileptoides y los episodios de sonambulismo. Sin embargo, la huida no puede adoptarse en forma consciente, porque entonces el individuo padecería sentimientos de culpabilidad. Tiene que ser real para el propio actor así como para los demás, y parece existir poca duda en el sentido de que los histéricos sufren realmente de los síntomas que manifiestan.

9 Horney, *op. cit.*, pág. 46.

Escaneado con CamScanner

Dorcus y Shaffer[10] relatan el caso de una muchacha negra que durante un periodo de años había sufrido ataques convulsivos. Estos ataques empeoraban gradualmente y se hacían cada vez más frecuentes, presentándose "toda vez que tenía una obligación desagradable que ejecutar". Se curó muy pronto del síntoma por medio del siguiente método: "se le dijo que su situación se debía a sus nervios y se le dio un frasco de asafétida, que fue descrito como un poderoso tónico para los nervios, que fortalecería muy rápidamente su sistema nervioso. Debía tomar una cucharadita del mismo tres veces por día, durante una semana, y en ese lapso dejaría de sufrir los ataques [...]. Si en cualquier momento sentía que estaba por producírsele un ataque, debía tomar otra cucharadita de la medicina [...]. Si dejaba de hacerlo y se producía el ataque, entonces le sería necesario tomarla tres veces por día durante una semana, como al comienzo". Este tratamiento espectacular y desagradable impresionó de tal modo a la paciente, que sus accesos se interrumpieron al cabo de tres días, sin repetición posterior del síntoma.

No todas las histerias se curan con tanta facilidad, porque los conflictos son más profundos, y si se elimina un síntoma lo remplaza otro. Lo que hace falta es establecer la comunicación con el paciente, llevar a la conciencia la fuente de la ansiedad básica, establecer nuevas actitudes y nuevas situaciones sociales y, así, reorientar el sistema de fines de modo de lograr la integración. Esto no es fácil, pero el caso mencionado previamente, de la mujer que sufría de amnesia, demuestra que puede hacerse.

RESUMEN

La enfermedad mental, en la medida en que es un resultado de fuerzas que actúan en el plano psicosocial, puede analizarse siempre como un conflicto de fines, en el sentido de un fracaso en cuanto a lograr una jerarquía distributiva entre los distintos fines y un fracaso o frustración en la persecución de los fines. Este conflicto no es, como se ha afirmado con frecuencia, un conflicto entre impulsos biológicos, por una parte, y normas sociales, por la otra, o entre el individuo y la sociedad. Es más bien un conflicto entre los fines, sea cual fuere su fuente. Las normas societarias serían impotentes para influir sobre la conducta a menos de que se convirtieran en fines; y en la medida en que así lo hacen, arrastran tras de sí cierta cantidad de energía orgánica. Los impulsos orgánicos no tendrían influencia sobre la acción a menos de que ellos también se convirtiesen en fines, y como fines son siempre canalizados y dirigidos; es decir, en un sentido muy real, siempre son adquiridos. Los fines que representan la internalización de normas obligatorias (tales como

10 *Op. cit.*, págs. 408-409.

Escaneado con CamScanner

los tabúes), así como los que representan la internalización de objetivos competitivos socialmente adquiridos (tales como la ambición), se incrustan en las capas inconscientes de la mente; y su frustración por otros fines puede crear tanta tensión, tanta ansiedad, como la frustración de fines vinculados en forma más directa con tendencias orgánicas de estructuración innata.

Existen varias formas normales por medio de las cuales los individuos resuelven sus conflictos; ellas son por lo general, la deliberación consciente, el franco análisis con alguna otra persona, la racionalización y la represión. Pero si el conflicto es fuerte, los métodos más suaves resultan inadecuados. La represión se redobla, solo para hacer que el conflicto vuelva a manifestarse en formas indirectas y perjudiciales. En tales casos, la racionalización, la proyección y la ansiedad se desarrollan en tal medida que la conducta del individuo se aleja cada vez más de la realidad (es decir, se aleja cada vez más de las suposiciones y hábitos motivacionales de sus congéneres). Cuanto más se aparta de la realidad, peor es su adaptación y mayores son el conflicto y la frustración de los fines, hasta que a la postre se desarrolla una crisis que lo lanza de vuelta a alguna reorganización de sí mismo o lo empuja a una neurosis o psicosis totales.

Por lo tanto, todo depende del tipo de socialización que el individuo recibió y del tipo de situación social en que vive. La integración de los fines depende estrecha, aunque no rígidamente, de la integración de los *status* y papeles y de la coherencia de las normas que se le han dado al individuo. Hará frente bien o mal a la crisis del momento, según el tipo de personalidad que haya desarrollado en las interacciones anteriores. Algunas de las interpretaciones psicosociales de tipos específicos de síntomas anormales pueden ser erróneas, pero la teoría general de la dinámica de la perturbación mental parece estar ya establecida. Esta teoría es claramente sociológica porque solo gracias al contacto comunicativo con otros, en su sociedad, puede la persona adquirir fines y, por lo tanto, experimentar conflictos. Por consiguiente, es posible decir, respecto de la perturbación mental, que su contenido es siempre social, y su causa a menudo social.

La influencia social de la perturbación mental

La consideración de la dinámica de la neurosis y de la psicosis nos ha conducido naturalmente al tercer punto de nuestro análisis: la influencia de los casos mentales con respecto a la organización social. Si la desintegración de la personalidad se engendra socialmente, su proporción variará de acuerdo con el tipo de sociedad en que vive la gente, la posición que ocupa en la sociedad y la serie

Escaneado con CamScanner

determinada de experiencias por las que pasa. Así sucede en la realidad. Tanto la proporción como el género de perturbación mental varían en la forma en que varía el tipo de medio social.

TIPO DE SOCIEDAD Y PERTURBACIÓN MENTAL

Bronislaw Malinowski, en sus observaciones de tres sociedades primitivas diferentes, llegó a la conclusión de que el tipo de cultura determina la cantidad y el género de las neurosis.[11] Sus isleños trobriandeses, debido a su organización familiar, tenían pocas neurosis del género que podría rastrearse hasta los conflictos de la infancia, en tanto que los habitantes de las islas Amphlett, situadas a unos 50 kilómetros hacia el Sur, "esencialmente similares en raza, costumbres y lenguaje", pero diferentes en organización social (con una moral sexual más estricta, con tabúes sobre las relaciones sexuales prenupciales, carentes de periodos de licencia sexual y con una unidad familiar más estrecha), exhibían considerables neurosis.

> "En las Trobriand, aunque conocí en forma íntima a veintenas de nativos y en forma general a muchos más, no podría nombrar a un solo hombre o mujer que fuese histérico o siquiera neurasténico. No era posible encontrar entre ellos tics nerviosos, acciones compulsivas, o ideas obsesivas [...]. Los nativos de las Trobriand saben bien y reconocen que en las islas vecinas de Amphlett y d'Entrecasteaux existen otros tipos de magia negra que pueden producir sobre la mente efectos distintos de los que ellos mismos conocen, y cuyos síntomas son, según sus relatos, acciones compulsivas, tics nerviosos y varias formas de obsesión. Durante mis pocos meses de estada en las Amphlett, mi primera y más fuerte impresión fue la de que se trataba de una comunidad de neurasténicos. Después de haber vivido entre los francos, alegres, cordiales y accesibles trobriandeses, resultaba sorprendente encontrarse en el seno de una comunidad de personas desconfiadas para con el recién llegado, impacientes en el trabajo, arrogantes en sus exigencias, aunque fácilmente amedrentables y sumamente nerviosos cuando se los encaraba con más energía... En seguida encontré a una cantidad de personas afectadas de nerviosidad, a las que no podía utilizar como informantes, porque o bien hubieran mentido por cierto tipo de temor o bien se hubieran excitado y ofendido frente a un interrogatorio más detallado."[12]

En la costa meridional de Nueva Guinea, Malinowski observó a otra tribu, los mailu, que también diferían de los trobriandeses en que poseían una estructura social autoritaria y represiva y una mayor proporción de neurosis.

Ellsworth Faris descubrió que los bantúes congoleños de la selva de lluvias ecuatoriales exhibían pocas psicosis o ninguna, hecho que atribuyó a su organización social sencilla e integrada.[13] Ruth

[11] *Sex and Repression in Savage Society,* Londres, Kegan Paul, 1927, págs. 85-90.

[12] *Ibid.,* págs. 87-88.

[13] *The Nature of Human Nature,* Nueva York, McGraw Hill, 1937, capítulo XXIV.

Escaneado con CamScanner

Benedict llegó a la conclusión de que las emociones, en lo que respecta a su violencia y dirección, están determinadas por el tipo de sistema socio-cultural. Los celos, la envidia y la hostilidad, el amor y la dependencia, y —por consiguiente— la neurosis y la psicosis diferían en forma y en proporciones según el tipo de sociedad.[14]

Siguiendo estas orientaciones, Abram Kardiner y Ralph Linton hicieron una tentativa de comparar las sociedades primitivas en relación con el tipo de personalidad que ellas tendían a engendrar.[15] Se compararon varias sociedades, pero dos —la de los polinesios de las islas Marquesas y los tanala de Madagascar— recibieron especial atención, ya que el objetivo era demostrar la vinculación entre las coacciones de la estructura sociológica y las tensiones en la estructura de la personalidad. Aunque no tuvo un éxito total, principalmente debido a las insuficiencias del psicoanálisis y a la poca familiaridad del principal autor (Kardiner) con la sociología y la antropología, la tentativa muestra sin embargo la medida en que la dinámica interna de la personalidad es producida por la cultura de la cual surge la personalidad.

De esos estudios comparativos puede extraerse la conclusión de que las sociedades difieren en el grado en que sus miembros se ven obligados a representar papeles incompatibles, a dedicarse a escenas inquietantes y a someterse a normas incoherentes; en una palabra, difieren con respecto al conflicto de los fines que sus miembros adquieren de acuerdo con sus *status* y situaciones. Por consiguiente, las sociedades difieren en cuanto al número, predominio y tipo de neurosis que sus miembros desarrollan. Esto no significa que una vez dado el conflicto los mecanismos mentales no sean similares a los que se producirían en cualquier otra cultura. Ya hemos visto que la estructura de la personalidad, como rasgo universal de la especie, es la resultante de constantes biosociológicas. Los tipos de neurosis y psicosis, los síntomas externos y los dinamismos internos son probablemente los mismos en todas partes.[16] Pero el *contenido* del conflicto varía tal como varía la estructura, y dicho contenido es sumamente importante en la causación y el tratamiento. Se ha

[14] *Patterns of Culture*, Boston, Houghton Mifflin, 1934. [Trad. esp. citada.] Véase también A. I. Hallowell, "The Social Function of Anxiety in a Primitive Society", en *American Sociological Review*, vol. VI, diciembre de 1941, págs. 869-881.

[15] *The Individual and His Society*, Nueva York, Columbia University Press, 1939. [Trad. esp. citada.]

[16] "Mental Breakdowns Occur on the African Veld, Too", en *Science News Letter*, 11 de febrero de 1939. Se tomaron películas de pacientes negros que ingresaban en un hospital africano. Dichas películas mostraron una sorprendente similitud con los casos de hospitales norteamericanos. Según el doctor Winfred Overholser, superintendente del hospital St. Elizabeth de Washington, D. C., se advierte una sorprendente similitud de síntomas cuando se compara a los pacientes africanos, caso por caso, con los pacientes del hospital de Washington.

Escaneado con CamScanner

afirmado que existen psicosis específicas según las culturas, como en el siguiente relato de los cree orientales:

> Son un pueblo particularmente amable y pacífico. Entre ellos, el derramamiento de sangre es severamente juzgado y el asesinato, del todo desconocido. Pero llevan una existencia precaria. Cuando se ven atacados por el hambre, como sucede a menudo, se vuelven caníbales. Debido a los fuertes tabúes que rigen respecto de la carne humana y a la esencial dulzura de la cultura en general, no resulta sorprendente que de esta situación nazcan conflictos mentales. La principal perturbación de los cree es la psicosis del Wihtiko, en la cual existe un ansia psicopática de carne humana, acompañada por la ilusión de que uno se ha trasformado en un Wihtiko, un ser muy temido de su folklore, que también es caníbal [...]. Esta perturbación no se conoce en ninguna otra parte.[17]

Pero tales casos se definen por su contenido y por la situación que los provoca, y no por los mecanismos mentales, que son los mismos en todas partes.

La posición de clase y las perturbaciones mentales

Dentro de la misma sociedad, sería de esperar que la perturbación mental variase en proporción y tipo de acuerdo con el lugar del individuo en la estructura social. Debería variar, por ejemplo, de acuerdo con el *status* de clase. Sin embargo, es preciso tener sumo cuidado cuando se practican tales deducciones. En una sociedad integrada, la motivación de un estrato es entendida por los miembros de los otros estratos porque todas las personas, al adaptarse a sus normas de clase o de casta, se adaptan en realidad a las normas generales de la sociedad. Por lo tanto, la ideología de un estrato no es más que una parte especializada de la ideología central. Por este motivo, no es necesariamente cierto que cuanto más se desvíe una ideología de clase respecto del promedio en una cultura, mayor será la influencia de la perturbación mental en dicha clase. Las peculiaridades ideológicas de una determinada clase pueden ser adecuadamente tenidas en cuenta en la ideología central e incorporadas a ella.

Más aún, desde el punto de vista de la salud mental tiene muy poca importancia que el sistema de estratificación sea de clases o de castas. Ninguno de los dos tipos es inherentemente destructivo de la cordura. Pero sí tiene importancia que el sistema, sea cual fuere, esté unificado o no por un núcleo de valores comunes. Solo un tipo particular de desviación —una desviación con respecto a las normas que gobiernan a toda la sociedad— introduce la desorganización en una clase determinada. En este caso, los miembros de la clase des-

17 William F. Ogburn y Meyer F. Nimkoff, *Sociology*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1940, pág. 223. [Trad. esp. cit.]

Escaneado con CamScanner

viada encuentran difícil organizar sus vidas y lograr una integración de la persona. Pero si la clase tiene una fuerte organización dentro de sí misma y un sistema protegido de contactos con otras clases, esta tendencia puede ser frenada. El índice de desorganización mental es más elevado cuando una clase queda colocada en la posición de desear ciertos fines que la sociedad en general considera posibles y deseables para todos, aunque la organización de la sociedad le impide realizar dichos fines.[18] En Estados Unidos, por ejemplo, el negro participa de la reconocida creencia en la igualdad de oportunidades para todos; sin embargo, en la práctica se le niega tal oportunidad. En la India, la supremacía social de los brahmines, todavía satisfactoria para los ortodoxos, es puesta en duda por la importación de ideologías políticas de Occidente. La conducta de los individuos atrapados en esta situación frustradora exhibe frecuentes tentativas de escapar de una realidad insoportable. La realidad parece insoportable solo cuando existe otra realidad como alternativa concebible; y otra alternativa es concebible cuando forma parte de la ideología cultural. El conflicto mental es engendrado, entonces, no tanto por la estructura vertical misma como por la incoherencia existente dentro de la estructura.

Podría parecer que una organización de clases abiertas afectaría la salud mental en forma adversa, debido a las constantes readaptaciones que exige de los individuos que circulan en ella. Pero el sistema de clases abiertas es protegido contra este resultado adverso por el hecho de que, al contrario de la sociedad de castas, las diferencias entre las costumbres de los distintos estratos son pequeñas. Si fuesen amplias, la movilidad vertical que entrañase un desplazamiento de un grupo de costumbres a otro grupo radicalmente distinto provocaría, por cierto, profundos efectos sobre la persona que de tal modo se desplazase. Pero en un sistema de clases abiertas, las diferencias entre las clases adoptan la forma de un número infinito de pequeñas gradaciones y se reducen a exterioridades superficiales, de tal modo que si bien la movilidad vertical impone al individuo la tensión de rápidos cambios y adaptaciones, lo compensa por ello con la pulverización y la exteriorización de las diferencias. Más aún: incluso en un sistema móvil, la mayoría de las personas no se mueven; si lo hacen, no llegan muy lejos en la escala de clases.

Es probable que la carcterística de un sistema de clases abiertas que más a menudo se sugiere como causa de la enfermedad mental, sea la competencia. Donde existe competencia, existe inseguridad,

18 Cf. Robert K. Merton, "Social Structure and Anomie", *American Sociological Review*, vol. III, 1938, págs. 672-682. Revisado como capítulo en Ruth Nanda Anshen, ed., *The Family: Its Function and Destiny*, Nueva York, Harper, 1949. [Incluido en *Teoría Social y Estructura Social*, 4 estudios, Santiago de Chile, A. Bello, 1960.]

Escaneado con CamScanner

con su acompañamiento de temor y ansiedad. Si un sistema social es lo bastante competitivo para tener un sistema de clases abiertas, es también competitivo en otras relaciones: en el galanteo, en la escuela, en los deportes. La amenaza de la competencia, por lo tanto, rodea al individuo, y casi todo lo que le es caro está sometido a una posible pérdida a manos de otros. No es extraño que el "complejo de inferioridad" sea un síntoma normal en semejante sociedad. No es extraño que ningún sistema social pueda permitirse ser absolutamente competitivo o tener un sistema de clases totalmente abiertas. En la realidad, el individuo no solo es protegido por sus *status* adscritos, sino también por racionalizaciones para los fracasos y por distintos tipos de ayuda que le ofrecen los amigos, los parientes y la comunidad en general. En una palabra, un sistema competitivo posee su propio sistema integrado de valores, que ayuda a evitar las consecuencias fatales de su propia competencia.

LA ECOLOGÍA URBANA Y LA PERTURBACIÓN MENTAL

En los estudios urbanos pueden obtenerse pruebas acerca de la relación entre la posición de clase y la perturbación mental. Se ha descubierto que en las ciudades de Estados Unidos, algunos distritos tienen índices mucho más elevados de insania que otros, y que los distintos tipos de perturbación ofrecen diferentes esquemas de distribución. Faris y Dunham descubrieron que en Chicago las tasas más elevadas de esquizofrenia (demencia precoz) se dan en los distritos de concentración de vagabundos, de casas de pensión, de extranjeros, de negros, y en los distritos comerciales centrales, en tanto que las tasas inferiores se dan en los distritos residenciales, de nativos y de casas de departamentos con elevados alquileres. En general, las tasas elevadas de esta enfermedad se producen en el centro de la ciudad y cerca de él, y las tasas más bajas en la periferia de la ciudad. Los extranjeros que viven alejados de su propio grupo exhiben tasas muy elevadas, y los que viven en zonas habitadas por negros muestran tasas superiores a las de los que viven en zonas de blancos. Las diversas zonas de negros exhiben distintas tasas de acuerdo con el tipo de vecindario. Estas pruebas sugieren que la esquizofrenia depende de la situación social antes que de la raza o del lugar de nacimiento como tal, y que el factor principal es la proporción de desorganización social que existe en la zona.[19]

No solo la esquizofrenia en su conjunto muestra una pauta coherente de distribución sino que los distintos subtipos —paranoico, catatónico y hebefrénico— exhiben distribuciones peculiares dentro de las zonas esquizofrénicas. El tipo paranoico predomina en las

19 Faris y Dunham, *op. cit.*, págs. 38-57.

Escaneado con CamScanner

zonas de casas de pensión, el catatónico en las zonas de extranjeros y negros, y el hebefrénico se clasifica entre ambas.[20]

En contraste con la esquizofrenia, no se pudo descubrir ninguna pauta notable de distribución para la psicosis maníaco-depresiva. Esta enfermedad tiende a aparecer con mayor frecuencia en zonas con un nivel cultural y económico más elevado, pero no hay correlación con los agrupamientos de raza y nacionalidad.[21] Las psicosis alcohólicas, por otra parte, muestran una distribución similar a la de la esquizofrenia, pero diferente de la que corresponde a la psicosis maníaco-depresiva. Las tasas son más elevadas en o cerca del centro de la ciudad, especialmente en las zonas menos organizadas, y de modo particular entre los grupos raciales y extranjeros que no viven en zonas pobladas por sus congéneres. La propensión a las drogas muestra una pauta un tanto comparable, aunque la concentración es más grande en las zonas de hoteles-departamentos y hoteles.[22]

Estos descubrimientos ayudan a corroborar el punto de vista de que los factores sociales están incluidos en muchas de las psicosis. El método ecológico no puede revelar todas las formas en que operan los factores sociales; es muy posible, por ejemplo, que estén comprendidos en la psicosis maníaco-depresiva así como en la esquizofrenia, pero que su naturaleza no sea revelada por la distribución ecológica. En el caso de la esquizofrenia, la más común de todas las enfermedades mentales (que representa la tercera parte o más de toda la población de enfermos en los hospitales estatales), el método ecológico indica fuertemente cierta influencia del medio social. El tipo de persona más apta para enfermar de esquizofrenia es la que posee una personalidad retraída o encerrada en sí misma. Las zonas en que las tasas de esquizofrenia resultan elevadas son precisamente aquellas en las cuales es menos probable que el individuo se forme una concepción ordenada y coherente de sí mismo en relación con el mundo. Son zonas en las cuales se dan con frecuencia culturas en conflicto, una elevada movilidad, una gran pobreza, la desorganización familiar y la inseguridad personal. Tales zonas pueden tender a producir personalidades confusas, frustradas y caóticas, algunas de las cuales podrían protegerse a sí mismas retirándose de la realidad y culminando en una conducta tan extravagante y tan ajena a las normas sociales comunes que las vuelva impotentes y conduzca a su hospitalización en calidad de insanas. Por otra parte, las zonas desorganizadas pueden tener una elevada proporción de esquizofrénicos porque atraen a las personas irremisiblemente vencidas. Los estudios ecológicos no son concluyentes en cuanto a la causación.

20 *Ibid.*, cap. V.
21 *Ibid*, cap. IV.
22 *Ibid.*, cap. VI.

Escaneado con CamScanner

La guerra y la perturbación mental

Las dos guerras mundiales demuestran de otra manera el papel de los factores sociales en la perturbación mental. El índice de perturbaciones en las poblaciones civiles declina con frecuencia durante los tiempos de guerra, debido en apariencia a la movilización de la ciudadanía detrás de un solo objetivo, cosa que concede nueva significación y vitalidad al hombre común.[23] En los servicios armados, sin embargo, el índice de perturbaciones mentales llega a proporciones descomunales. A pesar de la vigorosa tentativa realizada en la Segunda Guerra Mundial, de rechazar a los reclutas que mostraban síntomas neuróticos, la clase más numerosa de licencias por incapacidad fue la neuropsiquiátrica. La proporción de todas las licencias clasificadas en esta categoría iba del 20 al 50 por ciento, según el período particular de la guerra y el teatro de la acción.[24] La mayoría de estas licencias se debieron a neurosis, no a psicosis, pero las neurosis eran a menudo profundas y sumamente incapacitantes, y afectaron a gran cantidad de individuos mucho después de su vuelta a la vida civil.

La explicación de la alta influencia de la neurosis entre las tropas de combate es casi puramente funcional, en términos de un conflicto entre el deseo de seguir con vida y el deseo de ser un buen soldado. Los hombres se encuentran lejos de su hogar, lejos de los carriles acostumbrados y de las satisfacciones usuales de la vida civil. Se los ubica en nuevos grupos de hombres que tienen aproximadamente su propia edad, viven estrecha y constantemente con ellos y dependen de ellos para obtener compañía y seguridad, en un ambiente nuevo y peligroso. Estos grupos están organizados con vistas a producir una elevada moral, una intensa dedicación a una causa común por medio de un esfuerzo cooperativo y mutuamente beneficioso. El individuo se vuelve de tal modo altamente sensible a las opiniones de los que lo rodean, con respecto a su propia conducta en situaciones peligrosas. La seguridad de cada persona depende de la organización del grupo, de la eficiencia y valentía de cada miembro en condiciones adversas. El individuo desarrolla una concepción de sí mismo en términos de tales expectativas. Quiere ser un buen soldado, valiente, justo, exacto, frío, dispuesto y leal. Sin embargo, por otra parte también quiere seguir con vida, y los dos deseos se encuentran a menudo en absoluto conflicto. Ve la muerte y la destrucción en su derredor, cosas que en la vida civil se le ha enseñado a evitar. Ve morir a sus camaradas, a menudo en circunstancias horribles. Sabe que sus propias posibilidades son escasas, y esto se lo confirman algunas escapadas milagrosas. El miedo lo enferma, pero trata de reprimir

23 Edward A. Strecker y Kenneth E. Appel, *Psychiatry in Modern Warfare*, Nueva York, Macmillan, 1945, págs. 8-11.

24 *Ibid.*, pág. 12.

Escaneado con CamScanner

el temor porque éste entra en conflicto con su concepción de sí mismo como buen miembro del grupo. Pero el temor reprimido puede ser exacerbado por numerosas escapadas milagrosas, por una repetida pérdida de amigos leales y queridos, por la evidente astucia y fuerza del enemigo, por el aumento de la fatiga y la soledad, por el sentimiento de culpabilidad en cuanto al hecho de que no representa el papel que corresponde, de que siente temor. Gradualmente, el intenso temor, a pesar de la fuerte tentativa de dominarlo, puede manifestarse en la ansiedad y la tensión; éstas se tornan tan grandes, que tienden a perjudicar la acción y las relaciones personales del soldado. Puede formarse un círculo vicioso por medio del cual el individuo trata de ignorar y suprimir su miedo, cosa que aumenta su inexplicable ansiedad (inexplicable para él), ésta aumenta su ineficiencia, ésta a su vez acrecienta su temor y su insatisfacción consigo mismo, cosa que redobla su esfuerzo por dominarse y, por lo tanto, aumenta su ansiedad, etcétera. Por último, pueden aparecer varios síntomas de su conflicto interno. Por ejemplo: una fobia contra el tipo de avión que habitualmente pilotea, una falta de agudeza visual en el momento del combate o un grave desorden estomacal o intestinal que lo incapacita para luchar. El efecto del síntoma es el de salvarlo de un combate peligroso, pero él no puede admitirlo para sus adentros porque violaría la concepción que tiene de sí como miembro valiente y leal de su unidad de combate. Si su síntoma le parece una enfermedad real, esto, en cierto sentido, resuelve su conflicto, pero desde el punto de vista del esfuerzo bélico lo convierte en una pérdida, y el objetivo del tratamiento psiquiátrico consiste en devolverlo al combate activo, por lo general ofreciéndole una visión clara de su conflicto interior, señalándole que el temor y la ansiedad son muy comunes y comprensibles, concediéndole descanso y recreación durante algún tiempo y demostrándole que sus compañeros tienen una comprensión simpática de sus dificultades. El siguiente caso de conversión histérica ilustra alguno de los mecanismos.

Un piloto de veintitrés años, popular y competente como aviador de combate, miembro de un escuadrón de cazas-bombarderos que sufrió fuertes pérdidas debido a una intensa acción enemiga, tuvo la desgracia de ver, en su vigesimoquinta misión, cómo su mejor amigo era derribado. Entristecido por esta pérdida, resolvió hacer lo posible por vengarse de ella en el enemigo. Pero después de su trigésima misión comenzó a advertir una disminución de la capacidad visual durante los vuelos. No podía ver los objetos con claridad, especialmente cuando picaba hacia su blanco y cuando arrojaba sus bombas. Además, advirtió que comenzaba a sentirse nervioso y que tenía vagos e inexplicables sentimientos de aprensión. Cuando sus colegas le dijeron que su bombardeo era poco preciso, fue a ver a su médico de la aviación. Luego de someterlo a pruebas, se advirtió que se había desarrollado en él un defecto en la percepción de la profundidad, pero la causa parecía ser mental más bien que orgánica. Por lo tanto, fue enviado a una consulta neuropsiquiátrica.

En la entrevista se mostró tranquilo, dueño de sí y con espíritu de colaboración. Describió la inquietud que sentía en las misiones, pero no pudo explicar

Escaneado con CamScanner

sus aprensiones. No quería admitir que tenía miedo de la acción enemiga o que había sido indebidamente afectado por la muerte de sus amigos. Su conversación se tornó mucho más detallada y vivaz cuando se la enfocó en su perturbación visual. Dijo que poco después de penetrar en territorio enemigo, en misiones de bombardeo, su visión se tornaba borrosa. Este defecto desaparecía cuando parpadeaba activamente, pero luego notaba que tenía los párpados pesados, como si estuviese soñoliento. En ocasiones, dicha sensación se tornaba tan pronunciada que llegaba a alarmarlo la posibilidad de que sus ojos se cerrasen por completo y no pudiese abrirlos.

Se le dio al paciente una droga (pentotal) a fin de obtener información acerca de sus pensamientos y emociones reprimidos. Durante el tratamiento sufrió una vívida reacción emocional, y expresó activamente la ansiedad que era su reacción real a la situación de combate. Habló de sus amigos que habían sido derribados en vuelo y de su sentimiento de que si esto les sucedía a ellos, le ocurriría sin duda alguna a él también. Se quejó de todas las cosas que tenía que vigilar en territorio enemigo. Había tantos peligros, tantas cosas respecto de las cuales mantenerse alerta para evitar ser atacado por sorpresa. Cuando se encontraba en territorio enemigo, buscando soldados y posiciones artilleras alemanas, tenía que usar los ojos en un grado excesivo.

A medida que los efectos de la narcosis se disipaban y que se iba orientando de nuevo hacia el presente, expresó considerable vergüenza por el hecho de haber revelado tan fuerte ansiedad. Pensaba que su reacción era pueril y débil, y preguntó qué podía hacer al respecto. Se le dijo que la mitad de la batalla consistía en entenderla y que, ahora que tenía el conocimiento de la forma en que realmente sentía, él mismo decidiría si podía dominar su ansiedad lo bastante como para continuar en el combate. Desde ese momento hizo rápidos progresos. Fue enviado a un campamento de descanso, durante una semana, y a su regreso mostró una renovada animación y un aumento de su confianza en sí mismo. Mejoró su percepción de la profundidad. Por lo tanto, se lo envió nuevamente a su unidad, en la que reanudó el vuelo de combate y completó sus obligaciones.[25]

No todos los casos son tan sencillos o tienen un resultado tan feliz. Muchos se complican por sentimientos de culpabilidad surgidos de problemas familiares, de cuestiones sexuales u otras experiencias relacionadas solamente en forma indirecta con la guerra. Ello no obstante, la situación bélica no solo tiende a crear un vívido conflicto centrado en el temor a la muerte o a los daños físicos –y por lo tanto, a producir neurosis en las cuales el conflicto sexual de la teoría freudiana desaparece por completo del cuadro–, sino que también trae a la superficie muchos otros conflictos potenciales. El efecto total consiste en aumentar enormemente el índice de neurosis entre el personal militar de las zonas de combate. En otras palabras, el actual punto de vista científico no es el de que algunas personas pueden desarrollar una neurosis y otras no, sino el de que todas tienen su punto de ruptura. Existen tensiones que nadie puede soportar, por equilibrado que sea. La acción militar, con sus peligros, su incertidumbre, su horror y su fatiga, aumenta grandemente la tensión

25 Adaptado de Roy R. Grinker y John P. Spiegel, *Men Under Stress*, Filadelfia, Blakiston, 1945, págs. 105-106. Véase también el excelente trabajo de estos autores, capítulo VI, para la teoría de la neurosis de combate.

Escaneado con CamScanner

y produce, por lo tanto, neurosis en una elevada proporción de individuos en otro sentido sanos. Pero la tensión es principalmente una tensión mental, un conflicto entre lo que el individuo cree que debe hacer y el deseo reprimido de escapar de terribles peligros. La causación de las neurosis militares, como ocurre con todas las otras neurosis, reside principalmente en la situación tal como se refleja en la mente del individuo antes que en el organismo. En una palabra, la etiología de la neurosis es en gran medida social, como lo demuestran los cambios en el índice de neurosis cuando se produce un cambio de las circunstancias sociales.

Conclusión

Nuestro interés en las perturbaciones mentales es sociológico, y se extiende solamente en la medida en que se puede demostrar que tales perturbaciones tienen un contenido social y son causadas socialmente. Por fuerza, esto no es todo, porque es evidente que existen, además, factores orgánicos; sin embargo, las anteriores teorías sobre la aberración mental han subrayado hasta tal punto los factores orgánicos, instintivos, puramente individuales, que es prudente insistir también en las determinantes sociológicas.[26] Hemos encarado esta tarea de varias maneras distintas: primero, demostrando que la definición de la perturbación mental es en sí misma de carácter social; segundo, demostrando que los mecanismos dinámicos de la perturbación (el conflicto, la represión, la proyección, la ansiedad, etcétera) surgen de relaciones sociales culturalmente definidas, las reflejan y se relacionan con ellas; tercero, demostrando que la influencia de la perturbación mental varía de acuerdo con el tipo de medio social (la clase social, el distrito urbano, la experiencia bélica) a que están sometidas las personas. Los individuos varían en el grado de tensión y esfuerzo social que pueden soportar sin desmoronarse, pero todos tienen algún punto de ruptura. Lo que define el punto de ruptura no es la situación objetiva, sino la situación tal como se aparece al actor. La forma en que se le aparezca es en gran medida una función de su concepción de sí mismo mientras se desarrollan los acontecimientos y la acción. En último análisis, la persona socialmente formada es la que se desintegra y cae en lo que denominamos perturbación mental; por lo tanto, el proceso de la enfermedad solo puede ser entendido cuando se reconoce la persona como entidad y la experiencia social a partir de la cual se construye la persona.

[26] Una obra que subraya los factores hereditarios en la perturbacin mental es Carney Landis y James D. Page, *Modern Society and Mental Disease*, Nueva York, Farrar and Rinehart, 1938.

Escaneado con CamScanner

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

EGON BERGEL, *Sociología Urbana*, Buenos Aires, Editorial Bibliográfica Argentina, 1959, caps. XVIII y XIX. [Trad.]

NORMAN CAMERON, "The Paranoid Pseudo-Community", *American Journal of Sociology*, vol. XLXIX, julio de 1943, págs. 32-38.

El paranoico, debido a su creciente incapacidad para comunicarse con sus congéneres, construye una comunidad imaginaria ante la cual reacciona. Las respuestas de la comunidad real a sus acciones solo sirven para reforzar su creencia en la hostilidad de la comunidad imaginaria. El autor ha trabajado mucho en el sentido de reinterpretar la mentalidad perturbada en términos sociológicos antes que en términos biológicos o puramente psicológicos. Sus otras contribuciones se citan en este artículo.

ROBERT E. CLARK, "The Relationship of Schizophrenia to Occupational Income and Occupational Prestige", *American Sociological Review*, vol. XIII, junio de 1948, págs. 325-330.

Descubre que las tasas de esquizofrenia de Chicago (y presumiblemente la influencia de la esquizofrenia) están correlacionadas negativamente con los ingresos y el prestigio ocupacionales.

JONHN A. CLAUSEN, *Mental Disorders*, en ROBERT K. MERTON y ROBERT A. NISBET, *Contemporary Social Problems*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1961.

B. DAI, "Personality Problems in Chinese Culture", en *American Sociological Review*, vol. VI, octubre de 1941, págs. 688-696.

Demuestra que los chinos, en fin de cuentas, no están tan bien adaptados. Da una interpretación de las perturbaciones mentales en un marco cultural chino.

KINGSLEY DAVIS, "Mental Hygiene and the Class Structure", en *Psychiatry*, vol. I, febrero de 1938, págs. 55-65.

La teoría de la relación entre un sistema de clases abiertas y el movimiento de higiene mental, basado en un examen de la literatura sobre la higiene mental.

ALBERT DEUTSCH, *The Mentally Ill in America*, segunda ed., Nueva York, Columbia University Press, 1949.

Esta exposición del asombroso tratamiento de los insanos en Estados Unidos, desde la época colonial hasta el presente, proporciona un valioso conocimiento de la forma en que los seres llamados normales consideran la perturbación mental. Las teorías médicas son tan sorprendentes como las populares.

H. WARREN DUNHAM, "Social Psychiatry", en *American Sociological Review*, vol. 13, abril de 1948, págs. 183-197.

Describe las interrelaciones entre la sociología y la psiquiatría, y cita una muy amplia gama de literatura de investigación y teórica acerca de los aspectos sociales de la perturbación mental.

EMILE DURKHEIM, *El Suicidio: Estudio de Sociología*, Madrid, Biblioteca Jurídica, 1928. [Trad.]

ROBERT E. L. FARIS y H. WARREN DUNHAM, *Mental Disorders in Urban Areas*, Chicago, University of Chicago Press, 1939.

Un estudio ecológico de la distribución espacial de las perturbaciones mentales en Chicago y Providence.

GINO GERMANI, *Estudios de Psicología Social*, México, Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Sociales, s./f. Capítulo I, "Anomia y Desintegración Social".

Escaneado con CamScanner

HARRISON G. GOUGH, "A Sociological Theory of Psychopathy", en *American Journal of Sociology,* vol. LIII, marzo de 1948, págs. 359-366.

Una nueva exposición del concepto de psicopatía en términos de la teoría sociológica de la representación de papeles.

ARNOLD W. GREEN, "The Middle Class Male Child and Neurosis", en *American Sociological Review,* vol. II, febrero de 1946, págs. 31-42.

Basado en conocimientos de primera mano, este artículo afirma que la familia industrial de la clase baja es, en muchos sentidos, la antítesis de la familia de clase media en la educación del niño. Se supone que lo hace todo mal; sin embargo, la neurosis parece ser mucho menor que en la clase media.

ARNOLD W. GREEN, "Social Values and Psychoterapy, en *Journal of Personality,* vol. XIV, marzo de 1946, págs. 199-228.

Evaluación crítica de varias escuelas de psicoterapia sobre la base de que, sin advertirlo, suponen implícitamente ciertos valores sociales en su labor. La salud mental depende de un orden social estable e integrado; en la medida en que nuestro orden social no es estable o integrado, constituye una causa principal de neurosis, pero una causa que la psicoterapia es impotente para eliminar.

ROY R. GRINKER y JOHN P. SPIEGEL, *Men Under Stress,* Filadelfia, Blakiston, 1945.

Probablemente, la mejor obra particular sobre problemas mentales tal como se advierten en el personal combatiente de la Segunda Guerra Mundial. Los autores son distinguidos psiquiatras que sirvieron como médicos en el Cuerpo de Aviación.

NORMAN S. HAYNER, "Hotel Life and Personality", en *American Journal of Sociology,* vol. XXXIII, marzo de 1928, págs. 784-795.

Este artículo es interesante por los conocimientos que ofrece acerca de la relación de la personalidad y la situación social.

KAREN HORNEY, *New Ways in Psychoanalysis,* Nueva York, Norton, 1939. [Trad. esp.: *El Nuevo Psicoanálisis,* México, Fondo de Cultura Económica, 1943.]

"Insatisfecha con los resultados terapéuticos y con ciertas fases de la teoría psicoanalítica, trata de ubicar al psicoanálisis en relación con las nuevas concepciones de la sociología y la antropología, y de sustituir una (orientación anatómico-fisiológica) por una (orientación sociológica)." (Dunham).

CLYDE V. KLUCKHOHN, "The Influence of Psychiatry on Anthropology", en *One Hundred Years of American Psychiatry,* 1844-1944, Nueva York, Columbia University Press, págs. 589-617.

"Un relato competente y detallado de la influencia recíproca de la antropología y la psiquiatría en Estados Unidos." (Dunham).

PAUL V. LEMKAU, *Higiene Mental,* México, Fondo de Cultura Económica, 1956. [Trad.]

WILLIAM F. OGBURN y MEYER F. NIMKOFF, *Sociología,* Madrid, Aguilar, 1955, capítulo XIV. [Trad.]

Escaneado con CamScanner

TERCERA PARTE

GRUPOS PRINCIPALES

GRUPOS PRIMARIOS Y SECUNDARIOS. COMUNIDADES RURALES Y COMUNIDADES URBANAS. LA MULTITUD Y EL PÚBLICO. CASTA, CLASE Y ESTRATIFICACIÓN. EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA.

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO XI

GRUPOS PRIMARIOS Y SECUNDARIOS

En la clasificación de los grupos humanos, una de las distinciones más amplias y fundamentales es la que existe entre los grupos pequeños e íntimos, por una parte, y los grupos grandes e impersonales, por la otra. En su formulación de esta dicotomía, la teoría sociológica estadounidense ha seguido en general la distinción entre grupos primarios y secundarios, tal como Charles H. Cooley la estableció en 1909 en su libro *Social Organization*.[1] La teoría europea ha seguido una distinción un tanto similar, formulada en 1887 por Ferdinand Tönnies entre *Gemeinschaft* (estrecha relación comunal) y *Gesellschaft* (relación impersonal organizada).[2] Otros autores han formulado la misma dicotomía en una u otra forma, no solo porque es un hecho evidente sino porque se trata de un hecho fundamental.

La clásica definición de Cooley dice lo siguiente:

> "Al decir grupos primarios me refiero a los caracterizados por la asociación y la cooperación cara a cara. Son primarios en varios sentidos, pero principalmente porque son fundamentales para la formación de la naturaleza social y los ideales del individuo. El resultado de la asociación íntima [...] es cierta fusión de individualidades en un todo común, de modo que la propia persona de uno, por lo menos para muchos fines, es la vida y el propósito comunes del grupo. Quizá la forma más sencilla de describir esta totalidad sería decir que se trata de un «nosotros»; entraña el tipo de simpatía e identificación mutua para las cuales «nosotros» es la expresión natural."[3]

En esta cita hay dos cosas dignas de mención: primero, que el autor quiere designar una clase de grupos *concretos* (en la cual ubica a familias, grupos de juego, grupos de vecindario y otros); segundo, que usa la frase "asociación cara a cara", pero acentúa determinadas

[1] Nueva York, Charles Scribner's Sons. COOLEY no empleó el término *secundarios,* pero éste se ha convertido en un nombre conveniente y ampliamente utilizado para lo que él quería decir.

[2] *Gemeinschaft und Gesellschaft,* Leipzig: Fues's Verlag. Ahora existe una traducción inglesa por CHARLES P. LOOMIS, *Fundamental Concepts of Sociology,* Nueva York, American Book, 1940. [Trad. esp.: *Comunidad y Sociedad,* Buenos Aires, Losada, 1947.]

[3] *Op. cit.,* pág. 23.

Escaneado con CamScanner

cualidades de la relación, tales como la "simpatía e identificación mutuas". Estos puntos han engendrado cierta confusión. En general, se admite que *todos* los grupos tienden en alguna medida a poseer un consenso, a engendrar un sentimiento de "nosotros" en sus miembros. Esto fue sugerido por el propio Cooley en su posterior análisis de la necesaria extensión de los "ideales primarios" a grupos mayores. Sin el sentimiento de "nosotros", los grupos grandes no pueden mantener su cohesión.[4] Si la asociación primaria se concibe así como una cualidad de todos los grupos, no constituye un medio para separar los grupos concretos en dos tipos denominados primario y secundario. Además, no puede decirse de esta cualidad particular que esté limitada a los grupos "cara a cara". Existen relaciones que son amistosas e íntimas, pero entrañan contactos indirectos (tales como la amistad de dos estudiosos distantes entre sí, o las relaciones amorosas de soldados y muchachas iniciadas por medio de correspondencia epistolar), y luego están las relaciones que son formales e impersonales, pero incluyen contactos cara a cara (tales como el saludo militar o el acto de la prostitución).[5] Por lo tanto, un estrecho análisis de la formulación de Cooley parece revelar cierta ambigüedad.

A fin de aclarar la naturaleza de los grupos primarios, nuestro análisis subrayará los siguientes puntos: 1) Existe un tipo de relación primaria, o *gemeinschaftliche*. 2) Este tipo de relación está caracterizado por una cantidad de cualidades interrelacionadas. 3) El mismo, con sus cualidades distintivas, se encuentra con más abundancia en algunos grupos concretos que en otros. 4) Los grupos particulares en los cuales se encuentra con más abundancia son aquellos que tienen más propensión a basarse en ciertas condiciones físicas. Comencemos con el último punto y volvamos luego hacia atrás.

Las condiciones físicas de los grupos primarios

La idea de Cooley, del contacto "cara a cara", expresaba un hecho importante, pero no lo analizaba lo suficiente para ver su inferencia más amplia y su limitación más estrecha. Tenía que haber advertido que no existe una, sino tres condiciones esenciales que, cuando están presentes, tienden a engendrar grupos primarios. La primera de ellas es la proximidad física cercana (cara a cara) de los miembros del grupo; la segunda es la pequeñez del grupo; la tercera, la durabilidad de la vinculación. Estas tres condiciones —la cercanía, la pequeñez y la continuación— parecen ser igualmente esenciales y están mutuamente relacionadas. Pero adviértase que son condi-

[4] *Ibid.*, caps. IV y V.

[5] Ellsworth Faris, *The Nature of Human Nature*, Nueva York, McGraw-Hill, 1937, cap. IV.

Escaneado con CamScanner

ciones *físicas*. Constituyen simplemente el marco exterior en el cual es muy probable que surja cierto tipo de medio social. De ello no se sigue que este medio surja de modo inevitable en tales condiciones, o que no pueda surgir en otras.

Sucede a menudo que una relación primaria aparece cuando solo una o dos de las condiciones están presentes. De tal modo, "las amistades históricas como las de Emerson y Carlyle no se basaban en la presencia física",[6] sino en la poca cantidad de las personas incluidas y en la larga duración de la relación. Lo esencial no son tanto las condiciones físicas como los valores, la consideración mutua, que atrajo a estas personas la una hacia la otra a pesar de la separación física. En el análisis es necesario mantener las condiciones temporales y espaciales de la asociación primaria separadas de su naturaleza social. El motivo de que cada condición esté tan estrechamente relacionada con las características sociales solo quedará claro después del análisis de dichas características, pero por el momento es preciso decir algo más acerca de cada una de las condiciones.

PROXIMIDAD FÍSICA

A fin de que surja la intimidad, es necesario que las personas tengan un contacto más bien estrecho, y nada mejor para tal contacto que una asociación cara a cara. El verse y el hablarse mutuamente facilitan el sutil intercambio de ideas, opiniones y sentimientos. Permiten la "conversación de gestos" de que habla Mead. Tan cierto es esto, que el contacto estrecho ha llegado a simbolizar los buenos sentimientos y la identidad entre las personas. Las caricias, los besos y las relaciones sexuales; el comer y el vivir juntos; los juegos, los viajes, los estudios conjuntos: todo esto tiende a considerarse como símbolo externo de una estrecha solidaridad. Es cierto que estos símbolos pueden formalizarse, como en el caso del apretón de manos de un extraño o el beso de un general francés, pero incluso estos usos formales entrañan cierto elemento de consideración mutua que en última instancia surge del papel del contacto cara a cara en los grupos primarios. Parte de nuestro horror ante la prostitución deriva en apariencia de nuestra habitual vinculación del contacto sexual con el afecto, y el significado del "beso de Judas" sería absolutamente nulo sin una similar asociación del beso con el afecto.

De tal modo, la proximidad física proporciona una oportunidad para el desarrollo de grupos primarios, pero el hecho de que esa oportunidad sea o no utilizada depende de la situación tal como se define en la cultura. En primer lugar, el orden normativo regula las condiciones en las cuales puede darse el contacto físico. Entre

6 Faris, *op. cit.*, pág. 38.

Escaneado con CamScanner

individuos de distintos *status* existen, por lo general, barreras: por ejemplo, entre miembros de diferentes clases y castas, diferentes religiones y ocupaciones, diferentes edades y sexos. Estas barreras impiden que la proximidad física proporcione una oportunidad para el desarrollo de la intimidad; de tal modo, mantienen separados los distintas estratos y los diferentes grupos. La existencia de tales barreras sirve, en segundo lugar, para subrayar el hecho de que la intimidad física está normativamente prescrita en otras relaciones. Por ejemplo: la acostumbrada prohibición sobre el contacto físico estrecho entre los sexos sirve para subrayar la necesidad e importancia de tal contacto en el matrimonio. De estas dos maneras –*pros*cribiéndola y *pres*cribiéndola–, el sistema social controla la proximidad física en interés de la organización social existente. En algunos casos en que el contacto físico es necesario pero no está prescrito socialmente se lo trata en forma tolerante pero no alentadora. La proximidad física en un subterráneo atestado, en un restaurante repleto o en un lavatorio público puede ser mucho mayor de lo que los participantes considerarían correcto en situaciones normales, pero se reconoce que las circunstancias la tornan necesaria. Esta proximidad física tolerada se convierte a veces en una relación social, pero ello no ocurre a menudo. El efecto de la estrecha proximidad física sobre la relación social depende, en último análisis, de la definición cultural de la situación.

PEQUEÑEZ DEL GRUPO

Un grupo cara a cara debe ser también un grupo pequeño, porque es imposible mantenerse en contacto sensorial con muchas personas al mismo tiempo. Un orador puede dirigirse a un auditorio formado por millares de personas, pero esto sucede en condiciones especiales, y ejemplifica perfectamente la necesidad de la pequeñez, además de la proximidad, como condición favorable para el desarrollo de la intimidad. Si los demás factores son iguales (como, por ejemplo, la naturaleza de la ocasión: se trate de un espectáculo, una conferencia o un funeral), cuanto más pequeño el grupo, tanto más íntimo.

Es indudable que el carácter del grupo tiende a cambiar con su tamaño, y se han hecho interesantes tentativas por demostrar las relaciones existentes entre ambos.[7] A medida que el grupo se torna más grande, cada persona tiene menos importancia como personalidad

[7] Véase Georg Simmel, "The Number of Members as Determining the Sociological Form of the Group", en *American Journal of Sociology*, VIII, julio de 1902, págs. 1-46, 158-196; Howard Becker y Ruth Hill Useem, "Sociological Analysis of the Dyad", en *American Sociological Review*, VII, febrero de 1942, págs. 13-26.

Escaneado con CamScanner

singular, pero más como una pura cifra o unidad; el grupo tiende a adquirir una organización más compleja y formal; las instituciones representativas y sustitutivas surgen en mayor abundancia, las reglas de asociación se tornan más explícitas y los medios del control más oficiales; y el grupo adquiere cada vez más un carácter propio, aparte del de sus miembros específicos. En los grupos muy pequeños, incluso la adición de un miembro más establece una diferencia importante. De tal modo, un grupo de tres es notablemente distinto de un grupo de dos, y uno de cuatro diferente de uno de tres. Pero cuando el grupo tiene cinco o seis miembros, la adición de uno más no cambia necesariamente su carácter, aunque sí lo cambia el agregado de varios miembros más. Es claro que en el caso de los grupos muy grandes se necesita una adición considerable para modificar el carácter del grupo. No existe mucha diferencia entre una ciudad de 100.000 habitantes y una de 125.000, pero existe una gran diferencia entre cualquiera de estas dos y una ciudad de 500.000 habitantes.

En un grupo pequeño, los miembros pueden conocerse personalmente y participar en forma directa en las decisiones del grupo. Además, pueden desarrollar con cierta rapidez un carácter de grupo y una intimidad de grupo (por ejemplo, en un barco pequeño). Si el grupo es mayor, se necesita más tiempo para establecer una plena vinculación mutua entre los miembros. Pero cuando la gente vive junta toda su vida, como por ejemplo en una aldea rural, es posible que doscientas o más personas se conozcan íntimamente entre sí. Esto nos lleva al factor tiempo como condición para la asociación del grupo primario.

DURACIÓN DE LA RELACIÓN

La intimidad es, en gran medida, una cuestión de frecuencia e intensidad de la asociación. Si las demás cosas son iguales, cuanto más tiempo se mantiene unido el grupo, más numerosos y profundos son los contactos entre sus miembros. Los vínculos sociales se ahondan con el tiempo gracias al desarrollo gradual de hábitos de entrelazamiento. Una asociación repetida con frecuencia, como cualquier otra experiencia, se convierte en parte del modo de vida de uno. Aunque un marido y su mujer hayan reñido durante diez años, el solo hecho de haber vivido juntos durante ese tiempo hace que les resulte difícil arreglárselas el uno sin el otro. Una nación es una entidad duradera, pero no pequeña o íntima.

De tal modo, resulta claro que la proximidad física, el tamaño pequeño y la larga duración son las condiciones más favorables para el desarrollo de vínculos íntimos. Es posible que una de estas condiciones esté presente sin las otras dos, pero la situación más favorable

Escaneado con CamScanner

para el desarrollo de un grupo primario ocurre cuando están presentes las tres, en un grado elevado. Examinemos ahora más de cerca las cualidades de la asociación que tienden a desarrollar estas condiciones.

El carácter de las relaciones primarias

Una relación primaria entraña, ante todo, una identidad de fines entre las partes. Entre los fines idénticos está, por supuesto, la relación misma, que los participantes no consideran como un medio para un fin, sino como un bien por derecho propio. Esto significa que la relación es no contractual, no económica, no política y no especializada. Por el contrario, es personal, espontánea, sentimental e inclusiva. Un breve análisis de cada una de estas características principales indicará su importancia.

IDENTIDAD DE FINES

En una relación primaria perfecta existe una interpenetración de los fines, en dos sentidos distintos. Primero, las partes tienen deseos y actitudes similares, de modo que se esfuerzan por lograr cosas similares y pueden estar juntas sin desacuerdos. Contemplan el mundo con los mismos ojos. Dos amigos unidos por un interés intelectual común proporcionan un ejemplo de ello. Segundo, existe una interpenetración en un sentido más profundo: cada parte persigue, como uno de sus fines, el bienestar de la otra. Puede definir, superficialmente y en determinado contexto, el bienestar del otro en forma distinta de la manera en que lo ve la otra parte, pero en último análisis tiene que aceptar los deseos fundamentales, los fines de la otra parte, como sus propios fines. De tal modo, el hombre que trata de disuadir a su amigo de seguir una determinada línea de conducta, lo hace solo porque lo que el amigo parece querer ahora no es lo que querrá después. Podrá explicarle, por ejemplo, que abandonar su trabajo ahora, por una rencilla con su patrono, no hará más que obligarlo a lamentar más tarde dicha acción. Esta función —la de ayudar a un individuo a interpretar y entender su propio bienestar— es uno de los grandes valores de la amistad y significa, en el fondo, que los fines de uno se convierten, por ese mismo hecho, en los del otro. Otro ejemplo es la conducta de una madre que perjudica su propia salud cuidando la de su hijo. No solo el bienestar del hijo es un fin supremo para ella, sino que las alegrías y penas del niño son también sus alegrías y sus penas, porque posee una intensa comprensión simpática con respecto al niño.

Escaneado con CamScanner

Muy pocas veces la identidad de los fines es completa. Un hombre puede desconfiar en cierta medida de su amigo y sentir resentimiento hacia él; un niño puede resistirse a los deseos de sus padres. Además, la relación es pocas veces totalmente recíproca; por lo general es un tanto unilateral, y una de las partes entra más que la otra en el espirítu de dicha relación. Pero, por lo menos, podemos imaginar una asíntota teórica —una total y mutua identidad de fines— a la cual se acercan las relaciones primarias sin alcanzarla del todo.

La identificación de los fines está vinculada con cierta fusión de las personalidades dentro del grupo, de modo que lo que uno experimenta también tiende a experimentarlo el otro. Esta fusión puede ser observada, por ejemplo, en el caso del pánico escénico por parte de personas que no aparecen en el escenario, pero que son parientes cercanos de alguien que lo hace. Con frecuencia experimentan la prueba tan vívidamente como si ellas mismas estuviesen en el escenario, o más aún. Está el caso de la madre de una estudiante que participaba como actriz en una obra, en una universidad. Cuando se le preguntó si había gozado con la obra, dijo que no le había prestado atención, tan preocupada se sentía por su hija que se encontraba en escena. Esta fusión de personalidades constituye una importante parte del sentimiento del "nosotros" acerca del cual escribió Cooley. Proporciona a la relación un carácter altruista, por lo menos en un sentido de la palabra. No significa que una parte sacrifique sus intereses en beneficio de la otra, sino simplemente que los intereses de la otra son también los propios. Si una madre perjudica su salud cuidando de sus hijos, no está contrariando sus propios fines; más bien, se evita el dolor de presenciar el sufrimiento de su hijo. Las necesidades del niño se convierten en sus fines.

LA RELACIÓN ES UN FIN EN SÍ MISMA

Una relación primaria, considerada idealmente, no es vista por los participantes como simple medio para un fin, sino más bien como un valor o fin en sí misma. A sus ojos, es la propia excusa de su existencia. Si una amistad se forma con un fin —por ejemplo, para efectuar una venta—, no la consideramos como una amistad auténtica. Si un matrimonio se realiza puramente con vistas a una ventaja económica, carece de cierta cualidad que en nuestra opinión debe intervenir en él.

El valor intrínseco asignado a la relación primaria ayuda a explicar el sentimiento de espontaneidad y de libertad experimentado por las partes. La relación no es compulsiva, no es un medio para un fin superior, sino que es intrínsecamente agradable. Desde un punto de vista objetivo, semejante relación parecería constituir una sutil

Escaneado con CamScanner

prisión para las partes. Decimos que una pareja está tan unida que olvida todo lo demás; hablamos de "fascinación", "apasionamiento", "enredo", etcétera. Sin embargo, en el plano subjetivo la relación parece espontánea porque es puramente voluntaria. Únicamente cuando a alguien se le impone una relación estrecha, o cuando se la simula para un fin ulterior, solo entonces se vuelve fatigosa; y en este caso nada puede ser más aprisionador. Una relación amorosa en la que uno ya no siente ningún amor, pero que no puede ser disuelta, resulta sumamente penosa.

LA RELACIÓN ES PERSONAL

En el grupo primario, el interés de cada uno está centrado en los otros *como personas,* es decir, como objetos de valor. La relación desaparece si desaparece de ella la persona particular.

> Ninguna ofensa es mayor, en un amante, que ésta: que trate a su amor en forma "impersonal"...
>
> La distinción entre relaciones personales e impersonales es vital en los asuntos humanos. Las relaciones personales, sean las de amigo con amigo, o las de marido y mujer, estén motivadas por el amor o por el odio, sean transitorias o permanentes, se clasifican aparte, solas en una clase.
>
> La cualidad más evidente e inevitable de una relación personal es la de que *no puede ser transferida.* Se vincula a determinados individuos, que no pueden ser repetidos ni remplazados. Puede establecerse una nueva relación personal, o abandonarse una antigua; quizá la fuerza impulsora que inició la relación podrá ceder paso a otra, pero no es posible sustituir a un individuo con otro en la misma relación. Si Helena abandona a Menelao y huye con Paris, es absurdo escribir la nueva situación como una continuación del vínculo personal entre Menelao y Helena, con Paris en el papel de sustituto. La relación personal entre Helena y Menelao continúa, y el amor se ha convertido en temor y resentimiento. La vinculación de Helena con Paris es una nueva entidad, una nueva relación.
>
> Por otra parte, toda relación que pueda ser transferida de un individuo a otro es, en esa medida, impersonal. Cuando los ciudadanos ofrecen y abandonan su fidelidad a un Estado, cuando los trabajadores entran a trabajar en una fábrica y la abandonan, cuando los hombres se suplen entre sí en todas las diversas funciones de la sociedad organizada, su personalidad es solo incidental con respecto a la vinculación política, económica o social que asumen o evitan. Consideramos que estas relaciones por sí mismas existen constantemente, sean cuales fueren las personas vinculadas en ellas.[8]

La relación primaria es una cuestión de personas; existe por la persona, y no a despecho de ella. Los cigarrillos pueden comprarse a cualquiera. Nuestra atención se concentra en conseguirlos, no en la persona que nos los vende. Cuanto menos inmiscuya el vendedor su personalidad, tanto mejor. Una máquina vendedora lo haría

8 Robert C. Binkley y Frances W. Binkley, *What Is Right with Marriage?,* Nueva York, Appleton, 1929, págs. 31-32.

Escaneado con CamScanner

igualmente bien, salvo de que no podría rebajar los precios. Si un hombre o una máquina no nos venden cigarrillos, lo harán otros; y no tiene mayor importancia cuál sea el que lo haga.

La naturaleza personal de la relación primaria tiene otra consecuencia: que las cosas triviales en otros contextos pueden ser importantes en éste. "Como lo sabe todo amante que no sea un chapucero, en asuntos de amor no existe una distinción externa entre grandes cosas y cosas triviales".[9] Esto se debe a que, como la relación es personal, lo que cualquiera de las dos partes prefiere considerar como importante se torna necesariamente importante. Lo esencial es la actitud de cada persona hacia la otra; y todo lo que revele esta actitud, sea pequeño o grande, tiene una gran importancia. Un gesto descuidado, una observación ociosa, pueden ser suficientes para iniciar una pendencia. Los acontecimientos no son importantes en sí, sino más bien como símbolos de las actitudes subjetivas que cada uno adopta respecto del otro.

LA RELACIÓN ES INCLUSIVA

La persona, en una relación personal, no es una abstracción. No es simplemente una entidad legal, una cifra económica o un engranaje tecnológico. Es todo ello en uno. Es la persona concreta y completa, y la relación la comprende en su totalidad, extendiéndose a todo su ser. Su valor no se vincula con un aspecto o actividad particular de ella, sino con todo su yo. Es por ello que una larga relación y un estrecho contacto son tan esenciales para una relación primaria. Cada persona llega a conocer a la otra en todos los detalles de su vida. De esta manera, la relación primaria difiere de todas las demás relaciones sociales porque las demás no incluyen personalidades completas.

LA RELACIÓN ES ESPONTÁNEA

Una relación puramente primaria es voluntaria. En ese sentido no difiere de una relación puramente contractual, pero en un contrato las condiciones se establecen explícitamente, y la otra persona se ve obligada a cumplir dichas condiciones. Además, el contrato existe para un propósito ulterior; no es un fin en sí mismo. Como consecuencia de ello, la relación personal, que depende siempre de la voluntad de cada una de las partes en cualquier otro punto de la interacción, es voluntaria en un sentido más completo; y tal como se mencionó antes significa, en consecuencia, la máxima espontaneidad de los participantes.

9 Binkley y Binkley, *op. cit.*, pág. 34.

Escaneado con CamScanner

Es claro que en los grupos reales la inclusividad y la intimidad mismas de la asociación primaria significan que se ejerce un gran control sobre la persona. El control del vecindario y de la familia es muy completo, y el individuo desea, a menudo, escapar de él hundiéndose en la vida anónima y más impersonal de un marco más amplio, como el de una gran ciudad. La verdad es que tales grupos reales encarnan imperfectamente la relación primaria. Exigen un alto grado de lealtad y poseen un elemento de *status*, de institucionalización, que los hace algo menos que espontáneos y libres. Aun así, el control es voluntariamente aceptado en general por los miembros del grupo. Uno no considera que la relación matrimonial sea gravosa, incluso aunque le imponga muchas limitaciones. Si la siente como algo gravoso, ello es indicio de que la relación es involuntaria y, por lo tanto, no completamente primaria.

Grupos concretos y relaciones primarias

Hemos descrito algunas de las cualidades esenciales de las relaciones primarias: la identidad de fines, el valor intrínseco, el carácter personal, inclusivo y espontáneo que poseen. Hemos dado también las condiciones físicas que favorecen el surgimiento de tales relaciones. Pero ha resultado cada vez más claro que las relaciones primarias, tales como las hemos descrito, no existen en forma concreta.

No son más que el polo extremo, la asíntota hacia la cual tienden a aproximarse algunas formas reales de interacción, sin alcanzarla nunca. También se ha hecho claro, como lo sugiere el parágrafo precedente, que en grupos reales del género estrecho e íntimo pueden encontrarse ciertas características de tipo opuesto a las que hemos descrito. De tal modo, el grupo pequeño y duradero puede caracterizarse por el odio y el conflicto, antes que por el amor y la armonía. Es evidente, entonces, que quedan en pie algunos problemas teóricos que exigen aclaraciones.

Los grupos que encarnan en forma más completa las características de la relación primaria son los más libres de conexión alguna con la organización social. No entrañan una obligación mayor, un *status* fijo, un elemento involuntario. Tal, por ejemplo, la relación de dos amigos que se unen simplemente porque quieren hacerlo y que no tienen obligación alguna de continuar la vinculación si alguno de los dos pierde el interés en ella. Incluso en este caso, se cae inevitablemente en cierto sentido rudimentario de obligación, y existe alguna uniformación cultural de la relación. En las sociedades primitivas, las amistades se sellan a menudo con una ceremonia, y se espera que continúen de por vida. En nuestra sociedad son notablemente libres. Si el número de amistades aumenta, el elemento de

obligación y control se torna mayor; sin embargo, las pandillas de jóvenes, basadas en intereses y edades similares, encarnan relaciones primarias en un grado elevado. Como la amistad, la relación amorosa de un hombre y una mujer aparte de toda vinculación marital o paternal tiene un fuerte carácter primario, pero, en este caso, el hecho de la vinculación potencial con el sistema familiar de la sociedad ubica la relación sobre una base precaria.

La verdad es que toda sociedad es por necesidad enemiga de la plena expresión de la asociación primaria. Si quiere controlar a los individuos, tiene que controlar sus relaciones. Incluso en los asuntos más personales debe definir las obligaciones mutuas. Debe aprovechar el afecto personal, el sentido de espontaneidad, de identidad de fines, con el objeto de proporcionar una organización para la ejecución de las funciones societarias. No puede permitir que los individuos se asocien simplemente sobre la base de la atracción personal o sobre una base puramente voluntaria. Por el contrario, tiene que utilizar el poder impulsor inherente a todos aquellos elementos, y al utilizarlo debe destruirlos inevitablemente en parte. Así, de infinitas maneras, limita los contactos, de modo tal que la amistad se desarrolle según líneas funcionales que encajen en la organización total. Trata de limitar, o por lo menos de controlar, la pandilla juvenil, porque reconoce en ese grupo una fuerza anárquica. Del mismo modo, limita y controla el amor sexual entre hombre y mujer en interés de la reproducción, de la crianza de los hijos y de la continuidad del sistema de estratificación. En la vinculación voluntaria y no reglamentada reconoce una fuerza anárquica.

Pero si la sociedad organizada es enemiga de la plena expresión de las relaciones primarias, es también amiga de su expresión parcial. En el fondo de la sociedad humana está el hecho del contacto comunicativo entre una persona y otra. La persona no puede desarrollarse sobre la base de contactos secundarios; exige contactos estrechos, íntimos, personales. Exige la seguridad de un grupo estable y familiar, el sentimiento de identidad con otros, el interés simpático y la evaluación personal que los otros exhiben. El complicado proceso de socialización se maneja, pues, en los grupos concretos —principalmente en familia y el grupo de juegos— en que se acentúan las condiciones y las cualidades de la asociación primaria. Tales grupos están institucionalizados y organizados, conceden a sus miembros derechos y obligaciones mutuos definidos en la cultura, y como tales no son puramente espontáneos y voluntarios. Sin embargo, en la medida de lo posible, se hace una tentativa de conferirles una identidad de fines, una evaluación intrínseca del grupo como tal, un sentido de intimidad personal y una falta de conciencia del impacto de los controles sociales.

En último análisis, la sociedad se basa enormemente en las condiciones físicas de la formación del grupo primario —proximidad,

Escaneado con CamScanner

pequeñez y larga duración— para otorgarles algunas de las cualidades de la asociación primaria, a pesar de su carácter socialmente organizado. De este modo, la familia y el vecindario (el grupo territorial local) proporcionan los arquetipos de lo que podría denominarse grupos primarios organizados.[10] Sucede que los seres humanos, a lo largo de la mayor parte de su historia, han vivido principalmente en grupos caracterizados por la proximidad, la pequeñez, y la durabilidad. Pero precisamente debido a que tan enorme parte de su vida trascurría en dichos grupos, éstos estaban organizados en todo sentido desde un punto de vista social. Por este motivo, las relaciones familiares y, en rigor, todas las relaciones personales parecen más formalizadas en los grupos primitivos que entre nosotros. Solo en la sociedad moderna los contactos secundarios han llegado a representar un papel importante, y, por consiguiente, parte de la carga de la organización social le ha sido quitada a los pequeños grupos primarios, que así conquistaron mayor espontaneidad e informalidad.

Grupos secundarios

Los grupos secundarios pueden definirse aproximadamente como lo contrario de todo lo que ya se dijo acerca de los primarios. En primer lugar, las condiciones para su existencia son de carácter principalmente opuesto. El grupo secundario abarca una zona tan vasta, que no hay dos de sus miembros que necesiten vivir en proximidad estrecha. Y es tan amplio, que todos sus miembros no podrían conocerse en persona. Aunque puede tener una duración muy prolongada, las relaciones personales de sus miembros pueden ser breves. En segundo lugar, sus características aparecen en general en el extremo opuesto de las del grupo primario. Encierra relaciones que no son fines en sí mismas, ni son personales, ni incluyentes. Pero esta forma de definir los grupos secundarios no es del todo satisfactoria. Para existir, un grupo organizado tiene que poseer algunos de los elementos que hemos citado en el caso del grupo primario. Debe tener cierto grado de identidad de fines por parte de sus miembros; éstos tienen que concebirlo como un valor, un fin en sí mismo; y debe poseer una larga duración. La nación moderna, con millones de ciudadanos, muestra la necesidad de estas características del grupo primario; sin embargo, la consideramos un grupo secundario. Lo mismo rige para un gran sindicato obrero, un ejército o una asociación científica, y para cualquier otro grupo, no importa cuáles sean

[10] La naturaleza de la familia humana se analiza en forma más completa en el capítulo XV, más adelante. Ralph Linton, *The Study of Man,* Nueva York, Appleton-Century, 1937, págs. 210-228 [Trad. esp. citada], ofrece un excelente análisis de la banda primitiva, que destaca con claridad los elementos de grupo primario presentes en ella.

Escaneado con CamScanner

sus dimensiones. Esto rige en menor medida en lo que se refiere a una ciudad porque, en las condiciones modernas, la población de una ciudad solo constituye un grupo en un sentido muy general. En la medida en que un grupo secundario es un grupo organizado real, y no simplemente una categoría estadística, tiene algunos de los elementos que ya hemos designado como propios del grupo primario.

¿Existe, entonces, una distinción sin una diferencia? No, porque la verdadera diferencia entre la asociación primaria y secundaria no se vincula con los grupos como tales, sino con los tipos de relaciones que constituyen la estructura del grupo. La nación es denominada grupo secundario porque sus miembros, como tales, no tienen relaciones estrechas, personales, cálidas. Tienen estas relaciones en otros contextos —como miembros de familias, de aldeas, de fraternidades, etcétera—, pero no simplemente como ciudadanos de la misma nación. Solo cuando dos personas se encuentran en un país extranjero, y a menudo ni siquiera entonces, se considera la ciudadanía común un motivo suficiente para una asociación íntima. En cierta medida, empero, una nación debe ser personalizada, simbolizada, representada y dirigida si se quiere que funcione como grupo. Debe contar con la lealtad de sus ciudadanos, y esto significa que tiene que haber un vínculo común, aunque sea impersonal, entre aquellos que deben sentirse miembros del grupo mayor y estar dispuestos a hacer sacrificios por su bienestar. En el centro nervioso de este grupo, por supuesto, tiene que existir una pequeña unidad de dirigentes y funcionarios políticos que se reconozcan personalmente por razones de su posición en la estructura del grupo. Pero entre la gran masa de ciudadanos, la expresión del vínculo común no reside en la estrecha interacción personal, sino más bien en una comunicación impersonal e indirecta por medio de los periódicos y la radio, la representación formal a través del voto y la devoción a dirigentes que solo se conocen de lejos. El crecimiento de grupos tan grandes e impersonales es uno de los capítulos más fascinantes de la historia de la sociedad humana. En muchos sentidos éste es un capítulo nuevo, porque el grado en que la vida actual es controlada por el grupo impersonal jamás ha tenido su paralelo.

La naturaleza de los contactos secundarios es evidente. Pueden ser cara a cara, pero en este caso son de la variedad transitoria. El contacto con el conductor de un tranvía, con el dependiente de una tienda o con el cajero del banco constituye un ejemplo perfecto en ese sentido. Muchos contactos son enteramente indirectos, ya que se manejan a través de la comunicación a larga distancia, y las dos personas jamás se ven entre sí. De tal modo, un corredor de seguros puede llamar por teléfono a un presunto cliente y dirigir toda la transacción por telegrama, por correo y por cheque. O un estudioso, a miles de kilómetros de distancia, puede escribir solicitando el envío

Escaneado con CamScanner

de la separata de un artículo científico acerca del cual ha encontrado una referencia. En realidad, gran parte de los asuntos esenciales en el mundo moderno se dirigen por intermedio de contactos impersonales, ya sean de la variedad cara a cara o de la indirecta. Tales contactos no entrañan necesariamente una identidad de fines entre las partes interesadas, ni interés alguno en la otra parte como fin en sí misma, ni concepción alguna de la relación como fin en sí, ni sentimiento alguno vinculado con el contacto. No exigen que las partes se conozcan entre sí en un sentido inclusivo, sino solo en un contexto muy especial, y cuando este contexto cambia, la relación carece de significado. Una parte puede ser sustituida por otra sin afectar la relación. El contacto es visto puramente como fin para un medio, y se lo abandona en cuanto cambia el fin. Dicho contacto, junto con la otra parte, es tratado dentro de un contexto racional. En otras palabras, se entra en el contacto secundario en el espíritu de un cálculo racional; en el espíritu de una manipulación tecnológica, económica y política.

Uno de los ejemplos más claros de la relación secundaria es la del contrato. (En rigor, todos los contactos secundarios podrían ser considerados como de naturaleza contractual, y algunos de ellos solo son altamente informales y efímeros.) Cada una de las partes contratantes entra en el convenio con un fin definido, y este fin puede tener poca relación con el de la otra parte. Trata de obtener todo lo que puede por medio del contrato, y en él solo pone la parte de su propio interés que se ve obligado a poner; su responsabilidad es limitada. Todo está explícitamente formulado: la contribución de cada una de las partes, lo que recibe, durante cuánto tiempo y en qué circunstancias. En caso de una disputa con respecto al contrato, la ley solo hace cumplir los términos del mismo. Todo lo que no esté estipulado no forma parte del contrato. Los sentimientos y los motivos no tienen nada que ver. Las partes pueden amarse u odiarse; pueden conocerse o no, pueden compartir o no la misma religión o la misma posición de clase. En una palabra, la relación contractual es un instrumento racional. Ni ella ni la otra parte tienen el menor interés intrínseco para el individuo que entra en el contrato; el interés reside más bien en el objetivo para el cual aquéllos son los medios.

Es evidente que ningún grupo organizado puede depender de manera exclusiva de las actitudes secundarias o contractuales entre sus miembros. Se trate de un sindicato obrero o de un ejército, de un clero o de una universidad, tiene que recibir de sus miembros cierta lealtad o devoción al grupo como un todo y cierta adhesión a las pautas institucionales que componen su estructura. Incluso una empresa comercial, estructurada de tal modo que virtualmente todas las relaciones pueden suponerse contractuales, no puede funcionar sin cierta identificación de sus miembros con la organización en su conjunto. Sea cual fuere el grupo, tiene que poseer cierta base de

Escaneado con CamScanner

fidelidad e identidad para respaldar las reglas que posibilitan las relaciones secundarias y contractuales. Si los contratos no pueden hacerse cumplir, carecen de valor; y solo pueden hacerse cumplir por medio de la voluntad de las personas expresada en sus tribunales. Si los contactos cotidianos de los desconocidos en una ciudad no pudieran ser sometidos en cierto modo a una regla, si no pudiesen ser orientados por consideraciones de honestidad, justicia, cortesía y conveniencia, surgiría el caos; y estas reglas son respaldadas en nombre de la colectividad y sobre la base del sentimiento.

Las actitudes de lealtad e identificación no se desarrollan en forma mecánica. Nacen como resultado de la comunicación de un individuo con otro, y especialmente el tipo de comunicación que ocurre en las relaciones personales íntimas. Por este motivo, los grupos primarios son esenciales para la existencia de los grandes grupos secundarios. En el grupo primario, el individuo se identifica con los otros en sus etapas formativas, y adopta las actitudes de ellos. Allí adquiere los sentimientos de amor, libertad, justicia y propiedad que más tarde se vinculan al grupo secundario; allí, en relaciones personales cara a cara y duraderas, estos sentimientos se renuevan y se refuerzan constantemente; y allí se logra la expresión de la persona en el "nosotros" del todo. Este hecho explica por qué se dice con frecuencia que la familia es el cimiento de la sociedad y el grupo de juegos la mejor escuela para el futuro ciudadano.[11] Sin estos grupos primarios, el gran grupo secundario sería como un árbol sin raíces; caería por su propio peso.

Por este motivo, el grupo secundario, no importa cuán grande e impersonal, debe articularse con los grupos primarios. Sus miembros no solo deben estar asociados en contextos secundarios sino también en contextos primarios, y ambos tienen que estar estructuralmente integrados. Por lo tanto, vemos que todo grupo primario contiene elementos de organización social formal, así como todo grupo secundario (por lo menos en lo que respecta a actitudes y sentimientos), contiene elementos de asociación primaria. Los dos tipos de grupos son simbióticos y están interpenetrados.

Pero el grupo grande no depende en forma exclusiva de los contactos primarios para mantener la fidelidad y proporcionar cohesión. Utiliza los controles impersonales, la comunicación indirecta y la organización burocrática. Mientras que en el grupo primario el individuo está controlado en gran medida por las expresiones informales de las actitudes de los otros —por la murmuración, el ostracismo, el retiro del afecto, la discusión franca, etcétera—, en el grupo más vasto es controlado en parte por la ley y la competencia económica. Se encuentra atrapado en una red cuyo funcionamiento es en gran medida impersonal, que lo roza solo en los contextos espe-

11 Cf. Cooley, op. cit., págs. 32-50.

Escaneado con CamScanner

RELACIONES PRIMARIAS Y SECUNDARIAS

	Condiciones físicas	*Características sociales*	*Ejemplos de relaciones*	*Ejemplos de grupos*
PRIMARIAS	Proximidad espacial Pequeña cantidad de miembros Larga duración	Identificación de fines Valuación intrínseca de la relación Valuación intrínseca de la otra persona Conocimiento inclusivo de la otra persona Sentimiento de libertad y espontaneidad Funcionamiento de controles informales	Amigo-amiga Esposo-esposa Padre-hijo Maestro-alumno	Grupo de juego Familia Aldea o vecindario Equipo de trabajo
SECUNDARIAS	Distancia espacial Gran cantidad de miembros Breve duración	Disparidad de fines Valuación extrínseca de la relación Valuación extrínseca de la otra persona Conocimiento especializado y limitado de la otra persona Sentimiento de coerción externa Funcionamiento de controles formales	Empleado-parroquiano Anunciante-oyente Ejecutante-espectador Funcionario-subordinado Autor-lector	Nación Jerarquía clerical Asociación profesional Corporación

Escaneado con CamScanner

cializados, pero en formas explícitamente establecidas y cuantitativamente mensurables. Las reglas rigen para todos los integrantes del grupo, y como rigen para grandes cantidades, no pueden tener en cuenta al hombre total. Tratan al hombre como a una cifra, como a una entidad estadística y legal, pero no como a una entidad humana. El hombre recibe de fuentes impersonales su información sobre el grupo en su conjunto: el periódico, la radio, la conferencia, el rumor despersonalizado. Por cierto, esta información se refiere a menudo a personas específicas, a los funcionarios o a la *élite* del grupo. A menudo se realiza un esfuerzo para personalizar todo lo posible los medios de comunicación de masas por medio de disertaciones radiofónicas, columnas de chismorreo, giras de conferencias y de apretones de manos, etcétera. Los símbolos del grupo se hacen tan concretos y coloridos como resulte posible, y se manipulan en una forma destinada a complacer los sentimientos de las masas. Pero aun así, en último análisis, la comunicación se dirige a tantas personas, que difícilmente puede dejar de ser impersonal. Aunque la voz y el rostro del dirigente lleguen al hogar por la radio, la televisión y el rotograbado, aunque las columnas de chismorreos relaten sus actividades cotidianas, sigue siendo una persona remota; no conocería a su admirador si lo encontrase en la calle, y por cierto que no podría intimar con él y con otros como él. El grupo secundario trata de superar con todos los recursos el sentido de impersonalidad, a la vez que mantiene la eficiencia que concede la organización impersonal. Los éxitos alcanzados pueden medirse por la vitalidad de los grupos secundarios en el mundo moderno. Aunque ocasionalmente fracasen, representan, como forma de organización social, una notable consecución de los tiempos modernos.

Conclusión

La distinción entre grupos primarios y secundarios corre peligro de la codificación. Un "grupo" en un sentido literal designa un agregado físico de personas, como, por ejemplo, una multitud que presencia un partido de fútbol. Por otra parte, el término se utiliza con frecuencia en el sentido de una cantidad de personas incluidas en uno o más tipos de interacción pautada; por lo tanto, los miembros de una asociación estatal de abogados constituyen un grupo. La dificultad reside en que en este sentido el mismo individuo puede ser miembro de varios grupos distintos; por consiguiente, tenemos que dejar de pensar en los grupos como entidades físicas. En el análisis precedente hemos visto que ni siquiera los grupos en este sentido no físico pueden clasificarse como totalmente primarios o totalmente secundarios. Es más fácil clasificar contactos y relaciones específicas como ubicados en una u otra de estas dos categorías, y

Escaneado con CamScanner

esto es en gran medida lo que hemos hecho. Pero en última instancia hemos descubierto que las condiciones y características de las llamadas asociaciones primarias y secundarias son en cierta medida independientemente variables. La relación totalmente primaria es la que combina todas las condiciones y características que se ubican en el extremo primario de la escala. Tal relación es un tipo ideal que no existe en la realidad.

Lo mismo rige para la relación totalmente secundaria. Por lo tanto, los grupos que llamamos primarios son simplemente aquellos unidos por relaciones en las que preponderan las condiciones y características primarias; y los grupos que denominamos secundarios son los unidos por relaciones en las que preponderan las condiciones y características secundarias.

Para conveniencia del lector, al resumir los puntos abarcados por el capítulo se agrega una tabla que ofrece las principales condiciones y características de los dos tipos de asociación, junto con ejemplos de grupos que se ubican en uno u otro lado de la dicotomía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

R. C. ANGELL, *The Integration of American Society,* Nueva York, MacGraw Hill, 1941.

Es un estudio sobre los efectos de la multiplicación y la creciente diferenciación de los grupos en la sociedad norteamericana. Como tal, tiene relación con cualquier análisis de los grupos secundarios.

L. L. BERNARD, *Psicología Social,* México, Fondo de Cultura Económica, 1946. [Trad.]

ALBERT BLUMENTHAL, *Small Town Stuff,* Chicago, University of Chicago Press, 1933.

En el caso de la mayoría de los norteamericanos que ahora viven en lugares urbanos, el pequeño pueblo norteamericano, tan característico del pasado, corre el peligro de ser olvidado. La exposición de Blumenthal acerca de uno de tales pueblos es al mismo tiempo sociológica e impresionista. Percibe delicadamente el sabor de la pequeña comunidad como grupo primario.

CHARLEY H. COOLEY, *Social Organization,* Nueva York, Scribners, 1920, Primera Parte, "Primary Aspects of Organization"; capítulo XXX, "Formalism and Disorganization".

La exposición clásica acerca de la naturaleza de los grupos primarios.

EARLE, E. EUBANK, *The Concepts of Sociology,* Nueva York, Heath, 1932, especialmente páginas 135-156.

La naturaleza de los grupos ("plurales humanos") y los problemas de su clasificación.

ELLSWORTH FARIS, *The Nature of Human Nature,* Nueva York, McGraw-Hill, 1937, cap. IV, "The Primary Group: Essence or Accident".

Ya citado en el texto, este ensayo, muy bien escrito, afirma que un grupo es primario debido a la relación de sus miembros y no a la contigüidad espacial o la prioridad temporal.

Escaneado con CamScanner

GEORGE GURVITCH, *La vocación actual de la Sociología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953. [Trad.] Capítulo V, "Tipología diferencial de las agrupaciones".

GEORGE C. HOMANS, *The Human Group*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1951. [Trad. esp. *El grupo humano*, Eudeba, Bs. Aires, 1963:]

JOSEPHINE KLEIN, *Estudio de los grupos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961. [Trad.]

RICHARD T. LAPIERE, *Collective Behavior*, Nueva York, McGraw-Hill, 1938, cap. V. "Conventional Behavior"; cap. VI, "Regimental Behavior"; cap. VII, "Formal Behavior"; cap. VIII, 'Congenial Behavior".

Interesantes observaciones sobre tipos de interacción, de las sumamente formales a las sumamente informales.

ROBERT M. MACIVER, *Society*, Nueva York, Rinehart, 1937, cap. XII, "The Primary Group and the Large-Scale Association".

Uno de los mejores tratamientos en forma de manual.

LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ, *Teoría de los agrupamientos sociales*, México, Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Sociales, 1950.

ROBERT REDFIELD, *Folk Culture of Yucatan*, Chicago, University of Chicago Press, 1941, especialmente cap. XII. [Trad. esp.: *Yucatán, una cultura de transición*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.]

Aunque todo el libro está dedicado al problema de la creciente secularización de la sociedad en Yucatán, el capítulo XII resume los resultados del estudio, indicando el grado de secularización e individualización, y sus características concomitantes.

ROBERT REDFIELD, "The Folk Society", *American Journal of Sociology*, vol. 52, enero de 1947, págs. 293-308.

Describe las principales características de una sociedad tradicional, incluso aquellas que la señalan como "primaria". Este artículo debería ser leído junto con el de Louis Wirth sobre el Consenso.

JEROME F. SCOTT y GEORGE C. HOMANS, "Reflections on the Wildcat Strikes", en *American Sociological Review*, vol. 12, junio de 1947, págs. 278-287.

Este artículo arroja luz sobre la naturaleza de la organización secundaria, al mostrar el papel de la comunicación defectuosa en el desarrollo de muchas huelgas espontáneas.

GEORG SIMMEL, *Sociología*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1939. [Trad.] Segunda Parte: "La cantidad en los grupos sociales".

W. J. H. SPROTT, *Los grupos humanos*, Buenos Aires, Paidós, 1960. [Trad.]

FREDERIC M. THRASHER, *The Gang*, Chicago, University of Chicago Press, 1936.
Es el estudio más minucioso y de primera mano, respecto de las pandillas juveniles, que jamás se haya hecho... en la cuna de las pandillas, Chicago.

T. N. WHITEHEAD, *Leadership in a Free Society*, Cambridge, Harvard University Press, 1936.

El papel de las relaciones del grupo primario en la motivación y la conducta de los trabajadores industriales. Presenta una buena argumentación en cuanto a la necesidad de tener en cuenta las relaciones informales en las grandes empresas industriales. (Véanse también las referencias del capítulo XVII, "Instituciones Económicas".)

MAX WEBER, *Essays in Sociology*, Nueva York, Oxford University Press, 1946, traducido por H. H. Gerth y C. Wright Mills, cap. VIII, "Bureaucracy".

Escaneado con CamScanner

[Véase *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.]

Una de las más notables exposiciones de la burocracia como forma de la organización social.

LOGAN WILSON, "La sociografía de los grupos", en G. Gurvitch y W. Moore (dir.), en *Sociología del siglo XX*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956. [Trad.]

LOUIS WIRTH, "Consensus and Mass Communication", en *American Sociological Review*, vol. XIII, febrero de 1948, págs. 1-15.

Un lúcido análisis del problema del consenso en una sociedad de masas. Como tal, el artículo contribuye en gran medida a la comprensión de la sociedad de masas y de las relaciones secundarias.

WILLIAM F. WHYTE, *Street Corner Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1943.

Los grupos primarios y secundarios en el sector italiano de una gran ciudad. Descripción sumamente gráfica e interpretación basada en una observación de participante.

KIMBALL YOUNG, *Sociology: A Study of Society and Culture*, Nueva York, American Book Company, 1942, cap. VII, "The Primary Community".

Un análisis, en forma de manual, del vecindario rural como comunidad primaria. Contiene referencias seleccionadas.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO XII

COMUNIDADES RURALES Y COMUNIDADES URBANAS *

Dediquémonos, ahora, a un tipo especial de grupo territorial —la comunidad—, la pertenencia al cual está determinada por el hecho de compartir una ubicación inmediata. Más tarde, en vinculación con el Estado, se hablará de grupos territoriales más amplios, y en otro punto, en relación con la familia, se estudiarán los grupos de parentesco. Pero por el momento es preciso analizar el grupo territorial local, de importancia universal en la sociedad humana.

¿QUÉ CONSTITUYE UNA COMUNIDAD?

Una tentativa de definición que abarcase todas las comunidades humanas se encontraría con el mismo dilema que surgió en el caso de los grupos primarios y secundarios. Hay, a la vez, un criterio físico (en este caso la proximidad territorial) y un criterio social. Como ninguno de los dos puede definir por sí solo a la comunidad, es preciso tenerlos en cuenta a ambos.

PROXIMIDAD TERRITORIAL

Una población no se distribuye en forma pareja dentro de una región. Siempre hay agrupamientos de residencias, y es inevitable que quienes residen dentro de uno de ellos encuentren más fácil interactuar entre sí que con los integrantes de otros agrupamientos. Puede que tengan relaciones comerciales con extraños, pero las tienen en mayor medida unos con otros. Les resulta más conveniente visitarse, practicar el culto, jugar, trabajar y chismorrear entre sí que con los extraños. Cuanto más lentos los medios de comunicación, más restringida es la zona, menos gente reside en ella y mayor es la

* Para esta edición en español, el presente capítulo se ha modificado utilizando el artículo del autor "The Origin and Growth of Urbanization in the World", en *American Journal of Sociology*, vol. LX, nº 5, marzo de 1955.

Escaneado con CamScanner

proporción de contactos primarios. Por otra parte, cuanto más rápidos los medios de interacción, mayores son las dimensiones potenciales de la comunidad y más secundaria su estructura social. Pertenecen a una determinada comunidad aquellas personas que viven más cerca de su agrupamiento central que de ningún otro semejante.

No es accidental que la gente se agrupe. La proximidad facilita el contacto, concede protección y favorece la organización e integración del grupo. Dentro del agrupamiento se crean o desarrollan esquemas de distribución espacial que sirven para simbolizar y hacer más eficiente la estructura del grupo. Entre los serente, pueblo primitivo del Amazonas, el emplazamiento de la comunidad se cambia de vez en cuando, pero cada uno de los grupos familiares tiene siempre la misma ubicación espacial con referencia a los otros (de acuerdo con sus vinculaciones de clan y fratría). En otras sociedades primitivas se ha observado el mismo empleo de la disposición espacial. Malinowski dice lo que sigue con respecto a la aldea trobriandesa:

> Pasamos el bosquecillo y nos encontramos entre dos hileras de casas, construidas en anillos concéntricos, en torno de un gran espacio abierto. Entre el anillo exterior y el interior hay una calle circular que rodea toda la aldea. El anillo exterior está compuesto de viviendas; el interior, de chozas-depósitos en las cuales el *taytu,* una variedad de ñame que constituye el alimento principal de los nativos, se guarda de una cosecha para la siguiente. Nos sorprenden en el acto la mejor terminación, la mayor complicación de las construcciones y los adornos y las decoraciones superiores que distinguen los depósitos de las viviendas... Unos y otras dan siempre hacia el centro... En el medio del espacio (central) hay un gran depósito de ñame que pertenece al jefe. Un poco más cerca del anillo, pero también en el centro, hay otro gran edificio: la vivienda del jefe.
>
> Esta disposición singularmente simétrica de la aldea es de importancia, porque representa un esquema sociológico definido. El lugar interior es el escenario de la vida pública y festiva. Una parte del mismo constituye el antiguo cementerio de los habitantes de la aldea, y en un extremo se encuentra el lugar destinado a las danzas, escenario de todas las celebraciones ceremoniales y festivas... (El anillo interior de chozas-depósitos (que rodea el espacio central) participa de su carácter casi sagrado, ya que pesa sobre aquéllas una cantidad de tabúes. La calle de entre las dos hileras es el teatro de la vida doméstica y de todos los sucesos cotidianos... El lugar central podría denominarse parte masculina de la aldea, y la calle, parte femenina.[1]

En las ciudades estadounidenses, la competencia económica y social produce esquemas típicos de segregación de grupos étnicos y estratos de clase. En una palabra: si bien la forma de la comunidad varía de una sociedad a otra, siempre hay una comunidad que utiliza en su estructura social las posibilidades de la proximidad territorial. Hay siempre un centro, un lugar donde se pueden celebrar todos los acontecimientos de interés e importancia para toda la comunidad. Allí, el aldeano, sin tener plena conciencia de ello, honra todo lo que afecta a la comunidad en su conjunto.

1 BRONISLAW MALINOWSKI, *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia,* Nueva York, Harcourt Brace, 1929, págs. 9-10. [Trad. esp. citada.]

Escaneado con CamScanner

Por último, la comunidad es siempre el centro de una región más amplia de explotación. Esta región más grande, o *hinterland,* puede estar poblada o despoblada. Si lo está, los pobladores pueden ser simplemente miembros de la comunidad o de comunidades menores. El grado de contacto disminuye en forma imperceptible a medida que la distancia y otras barreras alejan el *hinterland* de la comunidad. Cuanto mayor el agrupamiento central —si los demás elementos son iguales—, mayor tendrá que ser el *hinterland.*

PLENITUD SOCIAL

La comunidad es el más pequeño grupo territorial que puede abarcar todos los aspectos de la vida social. Aunque la familia es un grupo contiguo menor, está también más limitada en sus alcances. Por otra parte, la comunidad es un grupo local lo bastante amplio como para contener todas las principales instituciones, todos los *status* e intereses que componen una sociedad. Es el grupo local más pequeño que puede ser —y que con frecuencia es— una sociedad completa.

La comunidad no necesita —como lo necesitan el clan, la pandilla, la multitud, el mundo de los negocios o la iglesia— la existencia de otros grupos fuera de ella y más allá de ella. En muchos casos forma parte de una organización mayor, como por ejemplo, una tribu o una nación, pero no es obligatorio que así sea. Y aun en ese caso sigue siendo cierto que la mayor parte de la vida social del individuo se desarrolla dentro de la comunidad. La zona común de residencia entraña también una vida común.

A consecuencia de ello, los fines de la comunidad tienen más característica de fines últimos que los de muchos otros grupos, porque abarcan o trascienden los fines de grupos específicos dentro de ella. La comunidad no puede ser parcial, no puede identificarse con institución o grupo alguno de los que la componen, porque consiste precisamente en las vinculaciones interinstitucionales e intergrupales que dan cohesión al todo. Los fines de la comunidad son las normas a las que se adaptan las exigencias en conflicto de sus grupos componentes. Esto confiere su trascendencia a los fines de la comunidad y los torna, a la vez, más remotos, más vagos y más penetrantes que los fines del grupo específico con los cuales el individuo está por lo general en contacto más estrecho.

TIPOS DE COMUNIDADES

Para la clasificación de las comunidades se pueden emplear cuatro criterios relacionados entre sí: 1) las dimensiones de la población;

Escaneado con CamScanner

2) la amplitud, riqueza y populosidad del *hinterland*; 3) las funciones especializadas de la comunidad dentro de toda la sociedad; 4) el tipo de organización que posee la comunidad. Estos criterios permiten distinguir entre varios tipos de comunidades primitivas, entre comunidades primitivas y civilizadas, y entre comunidades rurales y urbanas.

BANDAS Y ALDEAS PRIMITIVAS

Lo que distingue al grupo local en la sociedad primitiva, en contraposición con la civilizada, es su pequeñez, su *hinterland* con escasa población y poco desarrollado, su alejamiento de otras comunidades y su organización social relativamente sencilla. La pequeñez de la comunidad y el carácter no desarrollado del *hinterland* están vinculados con la tecnología primitiva. El transporte lento limita la amplitud de la explotación; las técnicas sencillas de caza o laboreo de la tierra limitan su intensidad. En general, se ha supuesto que los pueblos recolectores, pescadores o cazadores tenían inevitablemente aldeas más pequeñas que los pastores y los agricultores, pero el cuadro está integrado por tantos otros factores, aparte de la tecnología, que las generalizaciones realizadas sobre esta única base solo son válidas en un sentido muy aproximado. Las aldeas de pescadores ubicadas cerca de aguas en las que abunde la pesca pueden tener más habitantes que las aldeas agrícolas asentadas sobre tierras infértiles. Pero si tenemos en cuenta que la tecnología empleada para la obtención de alimentos también está vinculada en general con otros factores, podemos aceptar el siguiente resumen de Linton:

> Cuando no hay dedicación al comercio y a las manufacturas, el límite superior para los grupos agrícolas parece ser de 350 a 400 miembros. Pero incluso esta cifra exige un suelo extraordinariamente bueno y técnicas agrícolas desarrolladas, y muy pocas veces se llega a tales dimensiones. Tomando el mundo en su conjunto, la dimensión media de la banda, para los pueblos agrícolas, se encuentra probablemente entre 100 y 150 personas. Los pueblos pastores con buenos transportes pueden vivir, mediante frecuentes movimientos, en unidades casi tan grandes como las de los pueblos agrícolas. Las bandas de cazadores y recolectores de alimentos son por lo general mucho más pequeñas. En regiones en las que los alimentos son escasos pueden limitarse a diez o quince individuos, en tanto que en condiciones óptimas pocas veces superan los 100 ó 150.[2]

El *hinterland* de la banda primitiva puede contener mucho espacio por persona. Se calcula que la población aborigen de California fue de solo 150.000 personas (aproximadamente 1 por cada 2,59 kilómetros cuadrados), y la de Australia, de 250.000 (aproximadamente

[2] RALPH LINTON, *The Study of Man*, Nueva York, Appleton-Century, 1936, págs. 215-216. [Trad. esp. citada.]

Escaneado con CamScanner

una persona por cada 30 kilómetros cuadrados).[3] El nomadismo permite que un grupo pequeño abarque un territorio grande. Por lo general, los pueblos nómadas no vagan sin rumbo y perpetuamente en línea recta, sino que más bien siguen un circuito regular. La comunidad se desplaza en su *hinterland,* volviendo a establecerse en distintos puntos. Esto permite que la banda pequeña explote un amplio territorio, a pesar de medios de comunicación y transporte en otro sentido malos.

Las más grandes aldeas primitivas son las que practican la agricultura en ricos valles aluviales de suelo inagotable. Pero muchas comunidades agrícolas menos afortunadas son obligadas por el estado del suelo a trasladarse cada tantos años, con lo que vienen a practicar una especie de nomadismo agrícola. Ello sucedió, por ejemplo, con los indios del valle del Amazonas y con los veddahs de Ceilán.

Debido a su aislamiento, la comunidad primitiva se basta más a sí misma que el pueblo o ciudad modernos; es más una sociedad en sí, y por tal motivo es el tipo más puro de comunidad. Las principales fuentes de contacto intercomunitario son el casamiento, el parentesco y el intercambio. Si no es mediante el casamiento, hay poco intercambio de residentes de una aldea a otra. Aunque es posible que en ocasiones ceremoniales se reúnan varias bandas o aldeas, sigue en pie la regla de que la vida se limita casi por completo a la esfera local.

Este localismo llega a tal punto, que cada banda o aldea tiende a poseer una cultura ligeramente distinta de las demás. Como el individuo sale muy pocas veces de su banda, su asimilación de la cultura deriva principalmente del contacto íntimo y constante con sus miembros. Su lealtad e intereses están unidos al grupo local, en el que se encuentran por lo general sus vínculos más estrechos, incluso los de parentesco. No es poco frecuente que los miembros de una aldea se sientan vagamente emparentados, y a menudo *lo están,* como lo subrayan en casos extremos los tabúes de "incesto en la aldea".

A medida que se desarrolla la civilización, uno de los primeros pasos es la ruptura del localismo y el aumento del contacto intercomunitario. Algunas de las cosas que por lo general faltan en la comunidad primitiva, o que solo se encuentran en ella en estado rudimentario, son las leyes, la escritura, la ciencia y un sistema especial de educación, fundamentales todos para una vida civilizada. Las instituciones de la comunidad primitiva tienen un carácter indiferenciado, están todas integradas en los mismos esquemas concretos y proporcionan a la comunidad una corporatividad orgánica de que carecen

[3] ROBERT H. LOWIE, *Introduction to Cultural Anthropology,* Nueva York, Rinehart, 2ª ed., pág. 13. La densidad actual de los Estados Unidos es más o menos de dieciocho personas por kilómetro cuadrado; la de Puerto Rico, de aproximadamente 250.

Escaneado con CamScanner

muchos pueblos y ciudades modernos. Por eso resulta más fácil estudiar las comunidades primitivas que las modernas como un todo funcional orgánico. La comunidad moderna, que es en más grande medida una parte especializada de un todo mayor, no puede ser entendida solo por sí misma. Cada uno de sus segmentos puede estar más estrechamente vinculado con segmentos similares de otras comunidades, que con segmentos disímiles de la misma comunidad. En las ciudades universitarias, por ejemplo, uno de los motivos para los conflictos entre los pobladores y la universidad es la mayor preocupación de ésta por la opinión académica de toda la nación que por las opiniones de la localidad. Del mismo modo, los suburbios de la clase media sufren debido al hecho de que la mayoría de los habitantes están interesados en la comunidad como residentes, pero no por motivos de ocupación. La banda o la aldea primitiva son en mayor medida una unidad funcional por derecho propio. Pequeñas, aisladas, no especializadas, constituyen un grupo primario en todo sentido.

LO RURAL CONTRA LO URBANO

En la sociedad moderna, una de las grandes distinciones es la que existe entre lo rural y lo urbano, entre el campo y la ciudad. Trátase de una distinción que poco tiene que ver con las comunidades primitivas recién analizadas, por cuanto la aldea o el poblado de nuestra sociedad, por pequeños que fueren, están igualmente sometidos a incontables influencias urbanas. Mientras la sociedad estrictamente primitiva es en todo sentido rural, libre de toda influencia urbana, la sociedad civilizada está siempre urbanizada en parte. La diferencia rural-urbana es, pues, una escala gradual (aunque importante), y su extremo rural no se aproxima nunca a la ruralidad absoluta. Una de las fuentes del interés que las ciudades despiertan en el sociólogo consiste en el hecho de que, una vez establecidas, tienden a ser centro de poderío e influencia a lo largo de toda la sociedad, por agrícola y rural que ésta sea.

Se ha gastado mucha tinta para tratar de definir lo "urbano". La dificultad reside en el hecho de que, como de costumbre, una condición física (en este caso, la concentración de población) tiende a engendrar un fenómeno social (el urbanismo), pero no está invariablemente correlacionada con él.

Podría creerse que todos los lugares con una elevada densidad de población son urbanos, pero ello no es cierto. Algunas aldeas agrícolas de la India, donde la tierra es tan preciada que se la usa lo menos posible para fines residenciales, tienen un número promedio

Escaneado con CamScanner

de personas por habitación tan grande como el de las ciudades populosas de la India. Pero a nadie se le ocurriría considerar urbanas a tales aldeas, nada más que por su densidad. Tienen una población absoluta demasiado pequeña y una zona habitada también pequeña. Por otra parte, una zona demasiado grande no puede ser denominada comunidad o "lugar". Nadie llamaría a Australia una "ciudad", a pesar de que la mayoría de su población vive en ciudades. La distinción demográfica entre rural y urbano no solo debe tener en cuenta la relación entre población y tierra (densidad) sino también la población absoluta y el área absoluta. Por lo tanto, el grado en que un lugar es urbano puede definirse como sigue:

$$U = f\left(\frac{P}{A}, P, A\right)$$

donde U = urbanidad, P = población y A = área. El problema de ponderar los tres factores es arbitrario, y distintos países lo resuelven en forma diferente. La práctica habitual consiste en razonar principalmente en términos de población absoluta y en hacer explícitas las suposiciones tácitas sobre densidad y área solo cuando ello resulta necesario. Así, la Oficina de Censos de Estados Unidos establece un tope inferior de población como línea divisoria entre urbano y rural. Trata a todos los lugares "incorporados", de 2.500 habitantes o más, como urbanos, sobre la base de la suposición de que un "lugar incorporado" tiene una superficie limitada, de modo que los habitantes viven muy cerca los unos de los otros. Pero es evidente que no todos los "lugares" con 2.500 o más habitantes son "incorporados"; por lo tanto, la Oficina de Censos incluye como urbanos a los lugares "no incorporados" que tienen una población considerable.[4] Dentro de la categoría urbana se establecen otras distinciones, principalmente sobre la base de la población absoluta. Así, hablamos de ciudades de 100.000 a 500.000 habitantes, de ciudades con 500.000 o más, etcétera. Sin embargo, aunque las zonas urbanas contienen inevitablemente pequeñas porciones de tierra deshabitada, se supone que la zona abarcada tiene que ser, en general, de densidad elevada y continua. Con la expansión de la población de las ciudades más allá de los límites municipales, se hace necesario volver a definir

4 En términos específicos, incluye "subdivisiones políticas 'no incorporadas', con una población de 10.000 habitantes o más y una densidad de población de 350 o más personas por kilómetro cuadrado; y en los estados de Massachussetts, Rhode Island y New Hampshire, las ciudades (municipios) que contienen un pueblo de 2500 habitantes o más, el cual constituye, ya sea por sí mismo o combinado con otros pueblos dentro de la misma ciudad, más del 50 por ciento de la población total de ésta". *Statistical Abstract of the United States,* 1946, pág. 2.

Escaneado con CamScanner

las zonas en términos no políticos: de ahí el distrito metropolitano.[5] El factor densidad queda claramente demostrado por el hecho de que en 1930 los 96 distritos metropolitanos (todos con una población de 100.000 habitantes o más) abarcaban casi la mitad de la población total del país, pero solo el 1,2 por ciento de la superficie.[6] En 1940, la ciudad de Nueva York, con 775 kilómetros cuadrados, tenía una densidad media de 9.600 habitantes por kilómetro cuadrado, es decir, más de 56 veces la densidad media de todo el país.

Pero el tope inferior de lo que se considera urbano no es uniforme de un país a otro. Varía desde 1.000 en la Argentina a 10.000 en Italia y España. Tampoco es uniforme la proporción de superficie incluida. Las ciudades de Hungría, por ejemplo, abarcan una enorme superficie agrícola. Los municipios de América latina (bastante similares a los de Nueva Inglaterra, en Estados Unidos) son confundidos a menudo con pueblos y ciudades en un sentido estricto, aunque incluyen grandes porciones de zona rural. Además, los informes estadísticos para ciudades de distintas categorías de dimensiones no están uniformados. Pero por lo general, cuanto mayor es la población de los pueblos considerados, más información existe y más posible resulta la comparación internacional.

Hablando en términos sociales, la ciudad es un modo de vida. El adjetivo "urbano" sugiere con suma claridad dicho modo de vida: indica un amplio conocimiento de las cosas y las personas, cierta tolerancia nacida de ese conocimiento y modales más o menos suaves y corteses surgidos de una variada vinculación con un medio cosmopolita. La persona urbana ha dominado el arte de la conformidad exterior, de la cortesía superficial, que oculta las motivaciones interiores y el estado de ánimo, en lugar de revelarlos. Ha aprendido a vivir vidas distintas en diferentes contextos, a aprovechar el anonimato y las amistades especiales a medida que surge la ocasión. Es el producto de un tipo especial de ambiente; el escenario urbano.

Y surge entonces la pregunta: ¿En qué medida está el modo de vida urbano limitado a la población urbana? ¿En qué medida se corresponden las definiciones física y social de lo urbano? La respuesta es que existe entre ambas una conexión causal, pero no una correspondencia punto por punto. La ciudad, como lugar en que la población se encuentra concentrada, produce inevitablemente ciertas

[5] En 1930 se lo definió diciendo que abarcaba, "además de la ciudad o ciudades centrales, todas las divisiones civiles adyacentes y contiguas que tengan una densidad no inferior a 60 habitantes por kilómetro cuadrado y también, por lo general, las divisiones civiles de menor densidad que sean *directamente* contiguas a las ciudades centrales, o que estén del todo o casi totalmente rodeadas por divisiones civiles menores con la densidad exigida". (Decimoquinto censo de Estados Unidos, *Metropolitan Districts: Population and Area*, Washington, Government Printing Office, 1932, págs. 5-6.

[6] Walter F. Willcox, *Studies in American Demography*, Ithaca, Cornell University Press, 1940, pág. 113.

Escaneado con CamScanner

características de organización social que consideramos urbanas, y depende de ellas. Por su propia naturaleza, pone a la gente en contacto con extraños, facilita la rápida difusión de noticias y modas, permite un elevado grado de individuación, estimula las invenciones, la movilidad social, la secularización, etcétera. Al mismo tiempo, depende de un complejo sistema económico que permite el rápido traspaso de bienes y servicios, una complicada división del trabajo y un alto grado de actividad racional. Pero una vez surgidas estas cosas, una vez que tenemos verdaderas ciudades, su influencia puede transmitirse muy lejos, más allá de los límites de la ciudad, y caracterizar de ese modo a personas que no habitan en las ciudades. De esta manera, las zonas rurales pueden llegar a estar altamente urbanizadas.

El hecho de que los efectos de la ciudad sean más amplios que la ciudad misma significa que no solo debemos hablar de ciudades sino de sociedades y regiones urbanizadas. Pero cuando el término "urbanizado" se usa en esta forma, su significado es ambiguo. Puede describir sencillamente el grado en que la población de la región vive en ciudades, no importa cuáles fueren sus otros rasgos sociales, o puede referirse a la difusión de actitudes urbanas en toda la población. En general, ambas cosas se corresponden, pero un país puede ser demográficamente más urbano y, a la vez, en el plano social, más rural que otro. Chile, por ejemplo, tiene en sus ciudades un mayor porcentaje de su población que Canadá,[7] pero su pueblo es menos urbano, según casi todos los índices que se empleen.

Origen de la ciudad

El problema del origen de la ciudad es más sencillo que muchos otros problemas de "orígenes", porque las primeras ciudades aparecieron en fecha lo bastante reciente como para dejar huellas. Pero el arqueólogo no está aún seguro de haber descubierto las primeras ciudades. Y tampoco, suponiendo que las haya descubierto, es capaz de proporcionarnos todo el cuadro social, porque sus pruebas se limitan a lo que puede excavar. Sin embargo, nos brinda algunos valiosos indicios.

Debido a que los testimonios arqueólogicos son fragmentarios, el papel de las ciudades en la antigüedad ha sido exagerado con frecuencia. Los arqueólogos, en especial, se sienten inclinados a llamar "ciudad" a toda población que tenga unas pocas calles y uno o dos edificios públicos. Y sin embargo, tiene importancia no confundir a un pueblo con una ciudad. Más aún, lo que importa no es solo

7 Kingsley Davis y Ana Casis, *Urbanization in Latin America*, Nueva York, Milbank Memorial Fund, 1946, pág. 3.

Escaneado con CamScanner

la aparición de unos pocos pueblos o ciudades sino también su ubicación en la sociedad total de la que formaron parte. Así, incluso aunque en algunas regiones del Mediterráneo y del Asia meridional y occidental muchos pueblos y unas pocas ciudades surgiesen antes de la era cristiana, hubo severas limitaciones tanto en lo que respecta a las dimensiones que tales ciudades pudieran alcanzar, como en lo referente a la proporción de la población total que podía vivir en ellas.

Como las ciudades no pueden existir sin absorber un excedente económico del *hinterland,* su nacimiento tuvo que aguardar a que la tecnología creciera hasta el punto en que se pudiera crear y transportar ese excedente. Hablando en términos generales, se puede convenir con el punto de vista predominante en tanto sostiene que para la existencia de comunidades establecidas fueron necesarias las diversas innovaciones tecnológicas que constituyen la cultura neolítica.[8] Pero no por ello hay que inferir que esas innovaciones, que comenzaron hace unos 8.000 ó 10.000 años, fueron suficientes para dar nacimiento a ciudades, distintas de las aldeas. Aunque la población neolítica estuvo más densamente establecida que los pueblos de cazadores o de recolectores de alimentos, se dedicaba principalmente a una ocupación –la agricultura– que exige una gran proporción de tierra por persona. Por lo tanto, la densidad de población del neolítico no era un problema de concentración en las ciudades, sino más bien una cuestión de pequeñas aldeas dispersas por la Tierra.

Los lugares más favorables para la agricultura fueron aquellos en que el clima era lo bastante seco como para resultar saludable y lo bastante caluroso como para que hubiese sol, donde la vegetación natural era lo bastante rala como para poder ser desbrozada, las lluvias no tan intensas como para arrastrar el mantillo y el suelo mismo lo bastante rico y de suficiente espesor como para no agotarse con las sucesivas cosechas. Estas condiciones las reunían con frecuencia los ricos valles aluviales de insuficientes lluvias, pero con aguas de desborde fluvial que proporcionaban irrigación.[9]

¿Qué había que agregar al complejo neolítico para posibilitar el surgimiento de las primeras ciudades? Entre los años 6000 y 4000 a. C., ciertas invenciones –como el arado tirado por bueyes y el carro de ruedas, el bote de vela, la metalurgia, la irrigación y la domesti-

8 V. Gordon Childe, *Man Makes Himself,* edición revisada, Londres, Watts, 1941, capítulos V-VI; *What Happened in History,* Londres y Nueva York, Penguin Books, 1946, primera edición en 1942, capítulos III-IV.

9 Ralph Linton, "Crops, Soils and Culture in America", en *The Maya and Their Neighbors,* Nueva York, Appleton-Century, 1940, pág. 37; Paul Kosok, "The Role of Irrigation in Ancient Peru", en *Eighth American Scientific Congress, Proceedings,* vol. II, Anthropological Series, Washington, Departamento de Estado, 1942, págs. 169-178; Kirk Bryan, "Pre-Columbian Agriculture in the Southwest as Conditioned by Periods of Alluviation", en *ibid.,* págs. 57-74.

Escaneado con CamScanner

cación de animales— facilitaron, todas juntas, una utilización más intensa y productiva de los propios elementos neolíticos. La domesticación no solo permitió el empleo de animales de carga y vehículos de ruedas sino que, además, en su aplicación a la agricultura aumentó la relación entre la producción de cosechas y el trabajo humano. A falta de la rueda, como en el caso del Nuevo Mundo, se podían usar animales de carga, o si el sistema económico estaba en otros sentidos lo bastante bien organizado como para prescindir de ellos (como ocurrió entre los incas), se podían emplear acarreadores humanos. Los valles aluviales relativamente secos presentaban pocos obstáculos para la comunicación por tierra, y los ríos ofrecían un transporte barato.

Cuando esta tecnología enriquecida se utilizó en ciertas regiones poco habituales, donde el clima, el suelo, el agua y la topografía eran más favorables (anchos valles fluviales con suelo aluvial no agotado por sucesivas cosechas, con un clima seco que reducía al mínimo la permeabilidad del suelo, con mucho sol y con agua proveniente del río mismo que contenía sedimentos para la irrigación), el resultado fue una economía lo bastante productiva como para hacer posible el *sine qua non* de la existencia urbana: la concentración, en un lugar, de personas que no producen sus propios alimentos.

Pero una economía productiva, aunque necesaria, no era suficiente: la elevada productividad por kilómetro cuadrado no significa necesariamente una elevada productividad *per capita.* En lugar de producir un excedente para los habitantes de la ciudad, los cultivadores —por lo menos teóricamente— pueden multiplicarse en la tierra hasta que terminen produciendo apenas lo suficiente para mantenerse ellos mismos. Por lo tanto, el surgimiento de pueblos y ciudades exigía, además de condiciones agrícolas altamente favorables, una forma de organización social en la cual ciertos estratos pudiesen apropiarse de parte del producto cultivado por los plantadores. Estos estratos —funcionarios religiosos y del gobierno, comerciantes y artesanos— podían vivir en ciudades, porque su dominio sobre los bienes no dependía de su presencia en la tierra como tal.

La ciudad debía ofrecer de alguna manera servicios a la población rural, o tener algún poder sobre ella. Esto lo logró por medio del intercambio de productos manufacturados (de ahí la intensa división urbana del trabajo), por medio del ofrecimiento de protección militar (con la utilización del potencial humano concentrado y de sólidas fortificaciones), mediante el ofrecimiento de servicios religiosos (proporcionados por un clero profesional) y brindando diversiones y entretenimientos. En todos los casos, la ciudad resultaba admirablemente adecuada para proporcionar tales cosas. Pero no tenía por qué atraer solamente; también podía exigir. Con una elevada concentración de habitantes, se encontraba en condiciones de atacar y dominar cualquier parte de la región rural, incluso

Escaneado con CamScanner

aunque la población de todo el *hinterland* superase en muchas veces la de la ciudad. Gracias a su complicada división del trabajo, podía equipar muy bien a sus soldados. Por consiguiente, la ciudad se encontraba en condiciones de exigir tributo al campo. O, para decirlo de otra manera, quienes pudiesen cobrar tributo a una amplia región tendían a crear una ciudad y a conquistar poder con ello.

Se dispone de documentos escritos relacionados con las primeras ciudades del Viejo y del Nuevo Mundo. Ellas, sin duda pequeñas y difíciles de distinguir de los pueblos, parecen haber surgido en los lugares más favorables, en cierta época situada entre el 6000 y el 5000 a. C. Para el Viejo Mundo hay documentos escritos por los propios habitantes; para el Nuevo, se trata de documentos escritos por europeos. De tal modo, podemos obtener una visión histórica combinada de algunas de las primeras ciudades de la humanidad. En cuanto al Nuevo Mundo, Cuzco, en los Andes, llegó a tener una población de unos 200.000 habitantes.[10] Tenochtitlán (ciudad de México), en el valle de México, tenía más o menos unas 60.000 casas y una población calculada de 300.000 habitantes cuando llegaron los españoles.[11] Los conquistadores españoles admitieron que muchas ciudades mayas eran "más grandes que Sevilla".[12] Para que existieran personas en agrupamientos tan grandes era preciso que las condiciones necesarias para la vida ciudadana fuesen avanzadas. Las descripciones de la vida en esas ciudades —con sus deportes profesionales, sus juegos de azar, sus distinciones de clase, sus templos, festividades, mercados, prostitutas y jerga— tienen todas un sabor moderno. Son testimonio de que existe un ambiente social común a todas las ciudades, en cualquier lugar y en cualquier época.

Sin embargo, si nos remontamos a las primeras ciudades, es evidente que aun las más grandes de ellas, anteriores al año 1.000 a C., eran pequeñas según las normas modernas, que incluso las ciudades pequeñas eran relativamente pocas y que el grado de urbanización, aun en las regiones más avanzadas, era muy leve. Si nos preguntamos por qué, la respuesta parece ser la siguiente: la agricultura era tan engorrosa, estática y de trabajo tan intensivo, que se necesitaban muchos cultivadores para mantener a un hombre en la ciudad. El carácter estático de la agricultura y de la economía en general era estimulado quizá por el aislamiento de los funcionarios religioso-políticos respecto de las artes prácticas y por la reducción del campesinado virtualmente a la situación de animal de carga.

10 G. P. Murdock, *Our Primitive Contemporaries,* Nueva York, MacMillan, 1936, pág. 423. [Trad. esp. citada.]

11 Edwin R. Embree, *Indians of the Americas,* Boston, Houghton Mifflin, 1939, pág. 68.

12 Franz Blom, *The Conquest of Yucatan,* Boston, Houghton Mifflin, 1936, pág. 62.

Escaneado con CamScanner

La tecnología del transporte se basaba en un trabajo tan intensivo como el de la agricultura. Solo por agua era posible transportar mercancías de grandes dimensiones para el consumo en masa, y aunque se habían inventado las velas, el bote de vela era tan ineficaz que seguía siendo necesario el remo. El carro de bueyes —con sus sólidas ruedas y su eje rígido—, el animal de carga y el acarreador humano eran los únicos medios de transporte para distancias breves, y la única excepción estaba constituida por las caravanas de camellos. El transporte a larga distancia estaba reservado en gran medida para las mercancías de elevado valor y pequeñas dimensiones —es decir, mercancías para la *élite*—, que no podían mantener a una gran población urbana. Las dimensiones de las primeras ciudades se hallaban limitadas, pues, por la proporción de alimentos, fibras y otros materiales voluminosos que podían obtenerse del *hinterland* inmediato por métodos intensivos de trabajo, importante limitación que las ciudades griegas de un periodo posterior, aun sin dejar de ser pequeñas, tuvieron que eludir antes de poder alcanzar sus dimensiones máximas.

También existían limitaciones políticas. La dificultad de las comunicaciones y del transporte y la existencia de múltiples culturas de tribus locales hacían virtualmente imposible la formación de grandes unidades nacionales. Las primeras unidades con centros urbanos fueron las ciudades-estados, y cuando se formaron los denominados "imperios", como ocurrió en Egipto, en la región sumeria y más tarde en Asiria, gran parte de la autonomía local quedó en manos de las regiones subordinadas, y el constante peligro de revueltas impidió la extensión de los *hinterland* de las ciudades a distancias muy lejanas o en forma muy eficaz. Lo sintomático de la debilidad de las primeras ciudades es que éstas no solo fuesen constantemente amenazadas— y con frecuencia conquistadas— por las ciudades vecinas sino también por bárbaros no urbanos. Cada oleada de bárbaros tendía a reconstruir los centros urbanos y a tornarse agrícola y sedentaria, solo para ser finalmente superada por nuevos invasores. Otros factores limitativos fueron la falta de una medicina científica (que hacía que la vida en la ciudad resultara mortífera), la fijación del campesino en la tierra (que reducía la migración rural-urbana), la ausencia de una manufactura en gran escala (que habría obtenido, con la concentración urbana, más ventajas de las que obtenía la artesanía), el control burocrático del campesinado (que asfixiaba el libre cambio en el *hinterland*) y el tradicionalismo y la religiosidad de todas las clases (que impedían el progreso tecnológico y económico).

Las limitaciones explican porqué descubrimos, cuando los lugares proporcionan evidencias adecuadas, que las primeras ciudades fueron pequeñas, por lo general no mayores que pueblos.

Escaneado con CamScanner

Desarrollo posterior de la ciudad

Si la urbanización quería eludir sus primeras limitaciones, tenía que hacerlo en una nueva región, más abierta a las innovaciones y a las ideas nuevas. La región que presenció un desarrollo urbano posterior y más amplio estaba situada en el mundo grecorromano de Europa y floreció aproximadamente durante el periodo que va del 600 a. C. al 400 de la era cristiana. Las herramientas y armas de hierro, la escritura alfabética, los barcos de vela mejorados, la moneda barata, las instituciones más democráticas, una colonización sistemática: todo eso tendió a aumentar la producción, a estimular el comercio y ampliar la unidad política eficaz. Los pueblos y las ciudades se hicieron más numerosos; el grado de urbanización, mayor. En el siglo v a. C., en la época de su apogeo, Atenas llegó a tener una población de entre los 120.000 y 180.000 habitantes. Siracusa y Cartago eran quizá mayores.

Las plenas posibilidades del mundo antiguo para el mantenimiento de una gran ciudad solo se realizaron con los romanos. Gracias a su capacidad para conquistar, organizar y gobernar un imperio, para dedicar al cultivo fructífero el *hinterland* inmediato, para utilizar la fuerza y el comercio a fin de atraer esclavos, bienes, alimentos y cultura hacia la capital imperial, pudieron crear en Roma la ciudad más grande que se conocería en el mundo hasta el surgimiento de Londres en el siglo xix (con la posible excepción de Constantinopla, unos siglos más tarde). Y, sin embargo, a pesar del hecho de que Roma y Constantinopla llegaron a albergar a poblaciones de varios cientos de miles de habitantes, no pudieron resistir la conquista de extranjeros mucho menos urbanizados. El eclipse de las ciudades en Europa fue notable. El comercio declinó al mínimo; cada una de las localidades quedó aislada y se tornó virtualmente autosuficiente; el sistema social se congeló en un sistema hereditario.[13] Por último, cuando pueblos y ciudades comenzaron a revivir, fueron pequeños, como lo sugieren las siguientes estimaciones: Florencia (1338), 90.000 habitantes; Venecia (1422), 190.000; Amberes (siglo xvi), 200.000; Londres (1377), 30.000;[14] Nuremberg (1450), 20.165; Francfort (1440), 8.719.[15]

13 Henri Pirenne, *Medieval Cities*, Princeton, Princeton University Press, 1939, págs. 84-85. [Ed. francesa: *Les villes du Moyen Age. Essai d'histoire économique et sociale*, Bruselas, 1927.] [Trad. esp.: *Las ciudades medievales*, Buenos Aires, Ediciones 3, 1962.]

14 Pierre Clerget, "Urbanism: A Historic, Geographic and Economic Study", en *Annual Report of the Smithsonian Institution for 1912*, Washington, D. C. Government Printing Office, 1913, pág. 656.

15 Henri Pirenne, *Economic and Social History of Medieval Europe*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1936, pág. 172. [Trad. esp.: *Historia Económica y Social de la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939.]

Escaneado con CamScanner

Sin embargo, precisamente en Europa occidental, donde las ciudades y la urbanización llegaron a su nadir durante la Edad Media, se superaron a la postre las limitaciones que caracterizaron al mundo antiguo. Las ciudades de la Mesopotamia, la India y Egipto, de Persia, Grecia y Roma, habían estado todas vinculadas a una economía principalmente agrícola, donde las artesanías desempeñaban, en el mejor de los casos, un papel secundario, y donde la ciudad seguía tratando de complementar su debilidad económica con su poderío militar para imponer su sostenimiento antes que para comprarlo honestamente. En Europa occidental, a partir del punto cero, el desarrollo de las ciudades no solo llegó a la etapa que había alcanzado el mundo antiguo sino que continuó avanzando. Y lo hizo sobre la base de mejoras en la agricultura y el transporte, la apertura de nuevas tierras y nuevas rutas comerciales y, sobre todo, la elevación de la actividad productiva, primero en una artesanía de elevada organización y finalmente en una nueva forma revolucionaria de producción: la fábrica, basada en máquinas y combustibles fósiles. La transformación alcanzada de tal modo en el siglo XIX fue la verdadera revolución urbana, porque no solo significó el surgimiento de unos pocos pueblos y ciudades dispersos sino la aparición de la auténtica urbanización, en el sentido de que una proporción considerable de la población vivía en pueblos y ciudades.

La ciudad moderna y la sociedad urbanizada

El gran ímpetu del desarrollo de las ciudades se produjo con la revolución industrial. La aplicación de la energía mecánica a las industrias textil y metalúrgica en la última parte del siglo XVIII y principios del siglo XIX aumentó enormemente el excedente económico disponible para el mantenimiento de poblaciones urbanas. La mejor manera de utilizar la nueva energía era aplicarla a grandes máquinas en grandes fábricas. Estas últimas, con su necesidad de numerosos obreros, crearon la población fabril y la ciudad fabril. Al mismo tiempo, el sistema agrícola, estimulado por un creciente mercado urbano, mejoró constantemente sus técnicas. Y la aplicación de la energía mecánica al transporte por tierra y por agua permitió que los productos agrícolas llegasen a las ciudades con rapidez y a precios bajos. El mejor transporte facilitó, además, la circulación de personas y de información. La introducción de la prensa mecánica y de la fabricación a máquina del papel hizo posible un enorme aumento en la cantidad de materiales impresos, cosa que facilitó la educación técnica, el progreso científico y nuevas innovaciones en todos los terrenos. El desarrollo de la industria de las conservas y de la refrigeración; del telégrafo, el teléfono y la radio; de los ferrocarriles eléctricos, los automóviles y los aviones: esto y muchísimos

Escaneado con CamScanner

otros inventos aumentaron en enorme proporción la cantidad y las dimensiones potenciales de las ciudades. En todas partes, la población urbana crecía con más rapidez que la rural; en todas partes, la ciudad establecía cada vez más el patrón de vida y se convertía en el principal centro de difusión, así como en el principal descendiente de la nueva era mecánica.

Con ese rápido crecimiento de las ciudades se incorporó a la vida humana algo nuevo e importante: la sociedad urbanizada. Mientras la mayor parte de la población continuara siendo rural, la forma de vida urbana no sería la única. Solo hace muy poco la población de amplias regiones empezó a vivir preponderantemente en ciudades. Solo hace muy poco penetraron profundamente en el campo las actitudes urbanas. Aunque el cambio se produce con rapidez, apenas ha comenzado. Cuando todo el mundo esté urbanizado, como parece que sin duda sucederá, la sociedad habrá sufrido una transformación de suma importancia. El cuadro I ofrece la proporción de población que vive en ciudades, en países seleccionados, y el cuadro II, el

CUADRO I

PORCENTAJE DE POBLACIÓN EN CIUDADES DE DISTINTOS PAÍSES

País	*Fecha* *	*En ciudades de más de 5.000 habitantes*	*En ciudades de más de 10.000 habitantes*
Gran Bretaña	C 1931	—	74
Japón	C 1935	64	46
Alemania	C 1933	56	—
	C 1939	—	52
Uruguay	E 1941	56	52
EE. UU.	C 1940	53	48
Argentina	E 1943	49	47
Chile	C 1940	45	41
Canadá	C 1941	43	38
Francia	C 1936	47	38
Cuba	C 1943	39	36
Suecia	C 1935	36	33
Grecia	C 1928	36	—
	C 1937	—	30
Egipto	E 1939	—	27
Panamá	C 1940	26	25
México	C 1940	28	22
Puerto Rico	C 1940	26	21
Polonia	C 1931	24	20
Venezuela	C 1936	22	18
Brasil	C 1940	21	18
Colombia	C 1938	19	15
India	C 1941	12	10

* "C" significa que la cifra ha sido tomada de un censo; "E", que se trata de una cifra estimada.

Escaneado con CamScanner

CUADRO II

PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN MUNDIAL QUE VIVE EN CIUDADES

	Ciudades de 20.000 o más habitantes	*Ciudades de 100.000 o más habitantes*
1800	2,4	1,7
1850	4,3	2,3
1900	9,2	5,5
1950	20,9	13,1

correspondiente porcentaje de la población mundial. En muchos países, más de la mitad de la población vive ahora en lugares urbanos.[16]

Se advertirá la rapidez de la urbanización en tiempos recientes si se estudia el país más urbanizado: Inglaterra. En 1801, aunque Londres había llegado casi al millón de habitantes (865.000), Inglaterra y Gales tenían menos del 10 por ciento de su población en ciudades de 100.000 o más habitantes. Para 1901, no menos del 35 por ciento de la población de Inglaterra y Gales vivía en ciudades de 100.000 o más habitantes, y el 58 por ciento habitaba ciudades de 20.000 o más. Para 1951, estas dos proporciones se habían elevado al 38,4 y al 69,3 por ciento, respectivamente.

Gran Bretaña se encontraba a la vanguardia del desarrollo urbano. Ningún otro país alcanzó hasta después de 1850 un grado de urbanización igual al que había logrado Inglaterra en 1801. De allí en adelante, el ritmo británico de urbanización comenzó a declinar con lentitud, en tanto que el de la mayoría de los otros países continuaba a un nivel elevado. Reuniendo los datos disponibles y preparando cálculos, allí donde se carecía de ellos, hemos encontrado cifras de urbanización para el mundo en su conjunto a partir de 1800, la primera fecha para la cual puede obtenerse algo que se parezca a un cálculo razonable. (Véase el cuadro II. Según él, puede observarse que la proporción ha tendido a algo más que al mero duplicarse cada medio siglo, y que para 1950 el mundo, en su conjunto, estaba considerablemente más urbanizado que Gran Bretaña en 1800.) Como es bien sabido, la población total de la Tierra ha crecido a un ritmo rapidísimo desde 1800, y llegó a 2.400.000.000 en 1950. Pero la población urbana creció con mucho mayor rapidez. En 1800 había unos 15,6 millones de personas que vivían en ciudades de 100.000 o más habitantes. Para 1950 eran 313,7 millones, o sea más de veinte veces la cifra anterior. Gran parte de este aumento provino, como es evidente, de la migración rural-urbana, cosa que representa sin duda la migración más enorme de los tiempos modernos.

16 El número exacto depende del límite de lo que se considere urbano. Si se establece un límite de 2.500 ó 3.000, muchos otros países resultarían estar fuertemente urbanizados.

Escaneado con CamScanner

En 1800 existían, al parecer, menos de 50 ciudades con 100.000 o más habitantes. Esta cantidad era menor que la correspondiente a las ciudades que integran hoy la categoría del millón de habitantes, y menor que el número de ciudades con más de 100.000 habitantes que existen corrientemente en muchos países particulares. Para 1950 había cerca de 900 ciudades con 100.000 o más habitantes, es decir, un número superior al de los pueblos y ciudades con 5.000 o más residentes en 1800.

Todavía no existen indicios de una disminución en el ritmo de urbanización del mundo en su conjunto. Si continuase el ritmo actual, para el año 2000 más de una cuarta parte de la población mundial vivirá en ciudades de 100.000 o más habitantes, y para el año 2050 lo hará más de la mitad. Para lugares de 20.000 o más habitantes, las proporciones, en las dos fechas, corresponderían más o menos al 45 y al 90 por ciento. Sean estas cifras demasiado bajas o demasiado elevadas, sugieren, sin embargo, que la especie humana avanza con rapidez hacia una existencia casi exclusivamente urbana.

Pueden plantearse dudas acerca de cómo resultará posible un grado tan extremo de urbanización mundial. ¿Quién cultivará los alimentos y las fibras necesarios para la enorme población urbana? La respuesta es que la agricultura puede resultar un modo arcaico de producción. Ya uno de los grandes factores productores de la urbanización es la industrialización más bien tardía y todavía muy incompleta de la agricultura. A medida que ésta se torna más mecanizada y racionalizada, se necesitan menos personas en el campo. En general, cuanto más urbanizado es un país, más baja es su densidad rural.[17] Si además de una agricultura industrializada, los alimentos y las fibras se producen en cantidades cada vez mayores por medio de procesos manufactureros basados en los materiales que emplean la energía solar en forma más eficiente que las plantas, no existen motivos tecnológicos para que casi toda la humanidad no pueda vivir en conurbaciones de gran tamaño.

El esquema regional de urbanización

En la Europa noroccidental y en las nuevas regiones donde han establecido y ampliado su civilización industrial los europeos del Noroeste se encuentran los niveles más altos de urbanización. Las

17 Véase Kingsley Davis e Hilda Hertz, "Urbanization and the Development of Pre-Industrial Areas", en *Economic Development and Cultural Change*, III, octubre de 1954, págs. 6-26. Véase también el trabajo del autor, "Population and the Further Spread of Industrial Society", en *Proceedings of the American Philosophical Society*, XCV, febrero de 1951, págs. 10-13.

Escaneado con CamScanner

cifras aparecen en el cuadro III.[18] Oceanía es la más urbanizada de las grandes regiones del mundo, porque sus principales componentes son Australia y Nueva Zelandia. Luego sigue América del Norte, si se la define incluyendo solo a Canadá y Estados Unidos. Las regiones menos urbanizadas son las menos afectadas por la cultura del Noroeste europeo, es decir, Asia y Africa.

CUADRO III

PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN MUNDIAL QUE VIVE EN CIUDADES, POR REGIONES

	En ciudades de 20.000 ó más habitantes	*En ciudades de 100.000 ó más habitantes*
Mundo	21	13
Oceanía	47	41
América del Norte (Canadá y EE. UU.)	42	29
Europa (exceptuada la URSS)	35	21
URSS	31	18
América del Sur	26	18
América Central y el Caribe	21	12
Asia (exceptuada la URSS)	13	8
Africa	9	5

Las cifras para las regiones mundiales son menos valiosas, a los fines del análisis, que las de países aislados. Estas últimas muestran con claridad que la urbanización ha tendido a llegar a su punto máximo allí donde la productividad económica ha sido mayor, es decir, donde la economía está industrializada y racionalizada. Esto explica por qué la urbanización se encuentra tan estrechamente vinculada con los europeos del Noroeste y su cultura, ya que éstos fueron los principales responsables de la revolución industrial. De los quince países más urbanizados del mundo, todos menos uno (el Japón) son de cultura europea, y todos menos cuatro toman su cultura de la parte Noroeste o Central de Europa.

Pero el ritmo de urbanización en los países industriales más antiguos se está haciendo más lento. Durante los veinte años que van de 1870 a 1890 se duplicó la proporción de Alemania en lo referente a grandes ciudades. Casi volvió a duplicarse en 1890 a 1910; pero de 1910 a 1940, el aumento fue solo del 36 por ciento. En Suecia, el aumento disminuyó en forma perceptible después de 1920. En Inglaterra y Gales, la urbanización más rápida se produjo entre 1811 y 1851. Contrariamente a las creencias populares, el ritmo más rápido se dio en Estados Unidos entre 1861 y 1891. Dado que, como lo

18 De KINGSLEY DAVIS e HILDA HERTZ, "The World Distribution of Urbanization", en *Bulletin of the International Statistical Institute*, XXXIII, parte IV, pág. 230.

Escaneado con CamScanner

hemos hecho notar antes, no se produjo una disminución en el ritmo de urbanización del mundo en general, ello tiene que deberse a que a medida que los países industriales más establecidos disminuían su avance, los menos desarrollados exhibían un ritmo más veloz. En rigor, los testimonios históricos con que contamos para las zonas subdesarrolladas parecen demostrar que sus índices de urbanización han ido en aumento en las décadas recientes. Así sucedió en el caso de Egipto, donde la tasa es más elevada después de 1920 que antes de esa fecha; en la India, donde la urbanización más rápida se produjo desde 1941; en México, donde el aumento comenzó en 1921, y en Grecia, donde el periodo más rápido va de 1900 a 1930. Asia, por ejemplo, solo tuvo un 22 por 100 de la población urbana del mundo en 1900, llegando en cambio al 34 por 100 en 1950; África tuvo un 1,5 por 100 en 1900, alcanzando el 3,2 por 100 en la segunda fecha indicada.

Con respecto a la urbanización, la brecha entre las naciones industriales y preindustriales empieza pues a disminuir. Al parecer, las partes menos desarrolladas del mundo, a su vez, comenzarán finalmente a avanzar en forma gradual hacia un punto de saturación. A medida que crece el grado de urbanización se hace imposible, por supuesto, que el ritmo de avance continúe. El crecimiento de la proporción urbana es posibilitado por el movimiento de población de las zonas rurales a las ciudades. A medida que la población rural se convierte en un porcentaje progresivamente más pequeño del total, las ciudades ya no pueden atraer a una población no urbana de alguna dimensión. Sin embargo, no puede decirse que en país alguno haya terminado el proceso de urbanización. Aunque existieron breves periodos durante los últimos tiempos, en Inglaterra, Estados Unidos y Japón, en que la población de las ciudades aumentó a un ritmo levemente más lento que la rural, se trató de simples interludios en el progreso existente, pero cada vez más lento, de la concentración urbana.

Crecimiento urbano en Estados Unidos

El crecimiento de las ciudades en Estados Unidos constituye un fenómeno notable. Cuando el país se lanzó a su carrera de nación independiente, en 1790, no tenía pueblos de 50.000 habitantes, y solo el 5 por 100 de la población vivía en lugares de más de 2.500 habitantes. Para 1920, más de la mitad de la población habitaba en centros urbanos, y para 1946 la proporción era de más o menos el 60 por 100 (cuadro IV). No menos del 53 por 100 de la población urbana, o sea el 30 por 100 de la población total, residía para 1930 en grandes ciudades de más de 100.000 habitantes. La mejor forma de resumir el fenómeno es la siguiente: para 1946 había en Estados

Escaneado con CamScanner

CUADRO IV
CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN URBANA EN ESTADOS UNIDOS
1790 A 1946 *

Año	*Porcentaje urbano*	*Aumento del porcentaje en el % urbano*
1790	5,1	—
1800	6,1	19,6
1810	7,3	19,7
1820	7,2	−1,4
1830	8,8	22,2
1840	10,8	22,7
1850	15,3	41,7
1860	19,8	29,4
1870	25,7	29,8
1880	28,2	9,7
1890	35,1	24,5
1900	39,7	13,1
1910	45,7	15,1
1920	51,2	12,0
1930	56,2	9,8
1940	56,5	0,5
1946 **	60,0	6,2

* PHILIP M. HAUSER y HOPE T. ELDRIDGE, "Projection of Urban Growth and Migration to Cities in the United States", en *Postwar Problems of Migration*, Milbank Memorial Fund, Nueva York, 1947, pág. 162.
** Estimado.

Unidos quince veces más población rural que en 1790, pero también había cuatrocientas veinte veces más población urbana.

Con la rápida concentración de personas en las ciudades, se produjo una disminución de la población rural-agrícola. "En 1920, la población rural-agrícola sumaba 31 millones y constituía el 29,7 por 100 de la población total. Para 1940 había descendido a un total de poco más de 30 millones, o sea al 22,9 por 100 de la población. Para fines de 1944, la población agrícola había declinado aún más, llegando a más o menos el 20 por 100 del total nacional." [19] La creciente racionalización de la agricultura ha permitido que proporciones cada vez más pequeñas de la población produzcan los alimentos para todo el resto de ella. Aun en 1870, el 53 por 100 de los trabajadores estadounidenses estaban empleados lucrativamente en la agricultura, en tanto que en 1940 lo estaba solo el 17 por 100. Es indudable que "en poco más de un siglo nuestro país ha modificado profundamente su modo de vida y se ha transformado, de población rural de frontera, en una acabada sociedad industrial urbana". [20]

19 PHILIP M. HAUSER y CONRAD TAEUBER, "The Changing Population of the United States", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. CCXXXVII, enero de 1945, pág. 17.

20 "National Resources Commitee", *Our Cities*, Washington, Government Printing Office, 1937, pág. 2.

Escaneado con CamScanner

Por el cuadro IV se advertirá que el ritmo de urbanización ha ido declinando en este país. Fue más rápido durante el periodo que va de 1840 a 1870, y desde entonces, con pequeñas fluctuaciones debidas a la situación económica, ha ido disminuyendo en forma gradual. Pero hay pocos motivos para creer que la urbanización termine pronto. Por el contrario, Estados Unidos está aún menos urbanizado que varios otros países, y las tendencias económicas y sociales fundamentales apuntan todavía hacia una mayor concentración en las ciudades. Hauser y Eldridge han hecho proyecciones de la futura población urbana, que se ofrecen en el cuadro V. Sobre la base de sus proyecciones más elevadas, consideran que el 98 por 100 de la población vivirá en lugares urbanos para el año 2000. Sobre la base de la suposición media, el porcentaje será de 78, y sobre la base de la suposición inferior, del 62 por 100.[21] En el futuro, el crecimiento urbano de Estados Unidos "avanzará sin duda a un ritmo más lento que en el pasado. El índice medio anual de crecimiento de la población urbana, de 1900 a 1930, fue de aproximadamente 3,2 por 100 (y superior en décadas anteriores), en tanto que entre 1930 y 1940 el crecimiento se hizo a un promedio de 0,8 por 100 anual". Desde 1940, la población urbana aumentó en más o menos un 0,25 por 100 anual. Los motivos para la disminución de la tasa de crecimiento residen en la disminución de la fertilidad, en una declinante tasa de corrección de la mortalidad y en la merma de la inmigración. Ello no obstante, es muy probable que la población urbana continúe creciendo con más rapidez que la rural.[22] En las granjas hay todavía más personas de las necesarias para las cosechas.

En distintas clases de ciudades, el ritmo de crecimiento urbano en Estados Unidos ha sido bastante uniforme. "Lo proporción de

CUADRO V

PROYECCIONES DE LA POBLACIÓN URBANA COMÓ PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN TOTAL 1950-2000 *

Año	*Porcentaje urbano de la población total*		
	Bajo	*Medio*	*Alto*
1950	60,1	61,2	62,2
1960	60,5	64,3	68,1
1970	60,8	67,5	74,6
1980	61,1	70,9	81,6
1990	61,4	74,5	89,4
2000	61,7	78,2	97,8

* HAUSER y ELDRIDGE, *op. cit.*, pág. 165.

21 PHILIP M. HAUSER y HOPE T. ELDRIDGE, *op. cit.*, págs. 159-173.

22 ABRAM J. JAFFE, "Population Trends and City Growth", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. CCXLII, noviembre de 1945, pág. 18.

Escaneado con CamScanner

población que vive en lugares de 100.000 o más habitantes ha aumentado casi del mismo modo que la proporción de los que residen en todos los lugares urbanos. En la mayoría de las décadas, el aumento en la proporción de la población de las grandes ciudades se ha producido a un ritmo más rápido que la proporción urbana (véase cuadro VI). La excepción más notable es la década de 1930 a 1940, en la que la proporción en las grandes ciudades disminuyó en realidad y la proporción urbana aumentó levemente." [23] En el cuadrio VI se dan proyecciones medias para la proporción de la población total que vive en ciudades de 100.000 habitantes y más, hasta el año 2.000. Según tales cálculos, "más de 67 millones de personas, o sea un 41,2 por 100 de la población total, vivirán en ciudades de esa clase de dimensiones para el año 2.000, en comparación con unos 38 millones, es decir, el 28,9 por 100, en 1940". [24]

La referencia a la descentralización urbana en Estados Unidos ha producido confusiones. Es un hecho el de que las zonas que rodean a las grandes ciudades han ido aumentando en población con mayor rapidez que las ciudades mismas. En 85 distritos metropo-

CUADRO VI

PORCENTAJE DE POBLACIÓN EN CIUDADES DE 100.000 Y MÁS HABITANTES (1820-2000 *)

Año Cifras de censo	*Porcentaje en las ciudades*	*Porcentaje de aumento en % en las ciudades*
1820	1,3	—
1830	1,6	23,1
1840	3,0	87,5
1850	5,1	70,0
1860	8,4	64,7
1870	10,7	27,4
1880	12,4	15,9
1890	15,4	24,2
1900	18,7	21,4
1910	22,1	18,2
1920	25,9	17,2
1930	29,6	14,3
1940	28,9	–2,4
Proyecciones medias		
1950	31,4	8,7
1960	33,2	5,7
1970	35,0	5,4
1980	37,0	5,7
1990	39,0	5,4
2000	41,2	5,8

* HAUSER y ELDRIDGE, *op. cit.*, págs. 170-171.

23 PHILIP M. HAUSER y HOPE T. ELDRIDGE, *op. cit.*, págs. 170-171.
24 *Ibid.*, pág. 171.

Escaneado con CamScanner

litanos, por ejemplo, las tasas medias anuales de crecimiento fueron las siguientes.[25]

	1920-30	1930-40
Ciudades centrales	1,9	0,3
Fuera de las ciudades centrales	3,9	1,3

Pero este tipo de "descentralización" es natural. A medida que las grandes aglomeraciones urbanas continúen creciendo, no acumularán sencillamente una densidad cada vez mayor en su centro, sino que más bien agregarán más personas en la periferia. La periferia representa una superficie mucho mayor, y con el mejoramiento de los transportes, los residentes urbanos pueden vivir más lejos y evitar de esa manera las desventajas de una concentración cada vez más grande en el centro. Pero esta descentralización no significa que la urbanización disminuya. Por el contrario, significa que un número cada vez mayor de personas acude a las zonas urbanas. Esto lo demuestran los siguientes promedios anuales de crecimiento de 137 zonas metropolitanas.[26]

	1890-1900	1900-10	1910-20	1920-30	1930-40
137 zonas metropolitanas	2,9	3,3	2,6	2,7	0,8
Resto de la nación	1,6	1,4	0,7	0,7	0,6

Las grandes aglomeraciones urbanas son como los montículos de arena: cuanto más se agrega en el centro, más se amplían los bordes. La llamada descentralización urbana es en verdad una adaptación por medio de la cual se logra una urbanización cada vez más grande. El crecimiento urbano continúa, y ello significa que el comercio y la industria no se trasladan al campo.

Futuras tendencias de la urbanización mundial

Las especulaciones en cuanto al futuro de la urbanización son tan riesgosas como las que se refieren a cualquier otro aspecto de la sociedad humana. Pero si se sigue la dirección de las tendencias modernas se puede llegar a la conclusión de que, con la revolución industrial y por primera vez en la historia, la urbanización empezó a alcanzar una etapa de la cual no era posible retroceder. Las ciudades de la antigüedad eran vulnerables y el grado de urbanización a que se llegaba resultaba tan escaso, que en muchas sociedades era transitorio. En la actualidad, virtualmente todas las partes del mun-

25 Jaffe, *op. cit.*, pág. 21.
26 *Idem.*

do están más urbanizadas que región alguna de la antigüedad. La urbanización se encuentra tan difundida, forma una parte tan grande de la civilización industrial y aumenta con tanta rapidez que parece improbable cualquier regreso a la ruralidad, incluso en el caso de grandes catástrofes. Por el contrario, como todas las ciudades, en cierta medida, se van haciendo anticuadas, la destrucción en masa de muchas de ellas aumentaría probablemente el ímpetu del crecimiento urbano.

El hecho de que el ritmo de urbanización mundial no haya mostrado disminución alguna desde 1800, sugiere que estamos muy lejos de la finalización de este proceso, y quizá ni siquiera en su culminación. Aunque los países industriales han mostrado una declinación en sus ritmos de crecimiento, como solo abarcan una cuarta parte de la población mundial no ha afectado la tendencia mundial. Las tres cuartas partes de la humanidad que vive en los países subdesarrollados se encuentran todavía en las primeras etapas de una urbanización que promete ser más rápida que la que se produjo anteriormente en las zonas de la cultura europea noroccidental.

No es posible contestar a la pregunta de hasta qué punto quedará urbanizado finalmente el mundo. Como se dijo antes, no existen motivos evidentes para que no llegue a ser tan urbanizado como los países actuales más urbanos, y es posible que del 85 al 90 por 100 de la población que vive en ciudades y pueblos de 5.000 habitantes o más tenga ocupaciones urbanas. Nuestro actual grado de urbanización en los países avanzados es todavía tan nuevo que no tenemos una idea clara de la medida en que una urbanización mundial tan completa afectaría a la sociedad humana. Pero lo más posible es que los efectos sean profundos.

Sin embargo, al imaginar la naturaleza y los efectos de una urbanización total en el futuro, es preciso mantenerse en guardia y no suponer que las ciudades conservarán su forma actual. La tendencia a formar gigantescos agrupamientos metropolitanos, cada vez más descentralizados, continuará sin duda, pero quizá no llegue hasta el punto de eliminar del todo el distrito comercial central, aunque pueda debilitarlo en gran medida. En la periferia es muy posible que la metrópoli y el campo —a medida que la una se expanda y el otro disminuya— se fusionen hasta que los límites de una conurbación se toque con los de otra, sin ninguna extensión de campo entre ambas. La población mundial se duplica dos veces por siglo, y al mismo tiempo se hace altamente urbanizada; y a medida que se obtienen nuevas fuentes de energía, la posibilidad de un crecimiento metropolitano centrífugo aumenta enormemente. Si el viaje de ida y vuelta al trabajo puede hacerse con la velocidad del sonido y con un costo reducido, a nadie le preocupará vivir a 300 kilómetros de su lugar de trabajo. Casi todos los progresos tecnológicos deberán contribuir, de ahora en adelante, más a la tendencia centrífuga que a la centrí-

Escaneado con CamScanner

peta. Puede suceder que la urbanización, en el sentido de dejar desierto el campo y concentrar enorme cantidad de personas en un pequeño espacio, invierta su tendencia, pero no en la dirección de devolver hombres a la agricultura, sino más bien en el sentido de distribuirlos en forma más pareja sobre la Tierra, con fines de residencia y de trabajo industrial. La "ruralidad" habrá desaparecido, dejando solamente un nuevo tipo de existencia urbana.

Las fuentes de la población urbana

Hemos visto que en todas partes del mundo se ha producido y se produce un marcado aumento en el número y dimensiones de las ciudades. Esta tendencia disminuyó un tanto durante la gran depresión económica, pero sin embargo continuó. Durante el periodo que transcurrió entre las dos guerras, en todos los países de Europa la población urbana aumentó con más rapidez que la rural.[27] En la India, el porcentaje de la población que vivía en lugares con 5.000 o más habitantes era de 9,3 por 100 en 1881 y de 12,8 por 100 en 1941. En América latina, a pesar de la falta de una fuerte industrialización, las ciudades crecen con suma rapidez, y cuanto mayor es la ciudad, con más velocidad tiende a crecer.[28] En general, la rápida urbanización es un fenómeno mundial.

Para comprender esta tendencia mundial a la urbanización, es preciso conocer la fuente de la cual obtienen las ciudades su población. Sabemos, por ejemplo, que casi sin excepción la fertilidad de los habitantes de la ciudad es inferior a la de los residentes rurales.[29] Sabemos, además, que la tasa de mortalidad es a menudo más superior en los centros urbanos que en el campo.[30] De ello se sigue que las ciudades tienen un crecimiento natural más bajo que el campo y que, por consiguiente, su crecimiento más rápido tiene que deberse solamente a la migración rural-urbana. El aflujo de los residentes

27 Dudley Kirk, *Europe's Population in the Interwar Years,* Ginebra, Liga de las Naciones, 1946, págs. 15, 29.

28 Davis y Casis, *op. cit.,* págs. 1-22.

29 A. J. Jaffe, "Urbanization and Fertility", en *American Journal of Sociology,* vol. XLVIII, julio de 1942, págs. 48-60; Kingsley Davis, "Human Fertility in India", en *ibid.,* vol. LII, noviembre de 1946, págs. 244-246; P. K. Whelpton y Clyde V. Kiser, "Trends, Determinants and Control of Human Fertility", en *Annals,* enero de 1945, págs. 113-118. Los estudios de las diferencias de fertilidad rural-urbana son numerosísimos. En *Population Index* se encontrarán abundantes citas.

30 Edgar Sydenstricker, *Health and Environment,* Nueva York, McGraw-Hill, 1933, cap. IV; Oficina de Censos de Estados Unidos, "Mortality by Marital Status by Age, Race, and Sex, Urban and Rural 1940", en *Vital Statistics - Special Reports, Selected Studies,* vol. XXIII, número 2; Davis y Casis, *op. cit.,* págs. 14-17, 24-30; Noel P. Gist y L. A. Halbert, *Urban Society,* Nueva York, Crowell, 1942, págs. 255-261.

Escaneado con CamScanner

rurales a las ciudades modernas constituye probablemente la más grande migración humana que se haya producido nunca. Ello significa que el mundo urbano está poblado, en gran medida, por personas no educadas en él, sino en un ambiente rural. Significa que, a la larga, el crecimiento urbano deberá detenerse, porque el enorme tamaño de las grandes conurbaciones les impedirá, finalmente, seguir absorbiendo suficiente cantidad de inmigrantes del agotado campo para continuar su ritmo de crecimiento. A medida que la población rural se convierta en una proporción cada vez menor de la población total, y a medida que la pauta de baja fertilidad se difunda de la ciudad a las regiones rurales, la fuente de reclutamiento para las ciudades se agotará. En ese momento las ciudades tendrán que dejar de crecer o aumentar enormemente su fertilidad.

EFECTOS SOCIALES DE LA CIUDAD

Buena cantidad de especulaciones, la mayoría de ellas irrefrenadas, se han dedicado al problema de los efectos sociales de la ciudad. Existe la sensación de que la vida urbana es algo nuevo, quizá no natural, pero dominante y productor, por lo tanto, de enormes efectos sobre la civilización.[31] Pero conceptos tales como los de no natural o anormal tienden a hacerse normativos o metafísicos, antes que científicos, cuando se aplican a la sociedad humana. Por cierto, durante algunos millones de años, después de la primera aparición de la cultura, los grupos humanos vivieron solo en un escenario rural. La mayoría de ellos siguen haciéndolo, a pesar de los progresos de la urbanización mundial. En ese sentido, las ciudades son anormales, pero muy poco menos anormales que otros numerosos sucesos culturales —como, por ejemplo, la agricultura y la metalurgia— que surgieron en los últimos milenios.

El problema de los efectos de la ciudad exige, antes de ser analizado o investigado, una cuidadosa formulación. En primer lugar resulta difícil aislar la variable ("ciudad"). En segundo término, los "efectos" son distintos según hablemos de los que viven dentro de la ciudad o de los que habitan fuera de ésta. No hace falta que la gente viva en una ciudad para ser afectada por ella. La ciudad es un centro de difusión y desarrolla características que, si bien no habrían podido surgir en ninguna otra parte, pueden extenderse hasta zonas no ciudadanas. Esto significa que el pleno efecto de la vida de la ciudad no puede medirse según las diferencias rural-urbanas de la sociedad contemporánea, porque ambos elementos de la comparación reflejan la influencia de la ciudad. Una valoración más com-

31 ELMER T. PETERSON, *Cities Are Abnormal*, Norman, University of Oklahoma Press, 1946; RALPH LINTON, *The Science of Man in the World Crisis*, Nueva York, Columbia University Press, 1945, págs. 215 y sigs.

Escaneado con CamScanner

pleta de la influencia urbana exigiría una comparación entre una ciudad moderna y una sociedad primitiva aislada. Pero esto no demostraría qué elementos de la ciudad deben ser atribuidos a la ciudad misma. Resulta demasiado sencillo, por el solo hecho de que las ciudades son tangibles, atribuirles efectos sociales que en realidad son función de otros factores.

Los que parecen ser efectos de la ciudad en una región, a menudo resultan, al analizar otra región, productos de otra cosa. Así, en Estados Unidos atribuimos con frecuencia a la ciudad efectos que en realidad se deben a lo nuevo del orden social, al aflujo de inmigrantes extranjeros, a la diversidad de los grupos, etc. Si observamos a Inglaterra, una zona más antigua y más plenamente urbanizada, descubrimos que no rigen para ella muchos de los presuntos efectos. Por ejemplo, la vinculación comúnmente supuesta entre el urbanismo y las elevadas tasas de divorcio y de delincuencia no rigen para Inglaterra lo mismo que para Estados Unidos. Y la frecuente identidad de la elevada urbanización con una fuerte industrialización no se confirma en América latina; [32] tampoco la vinculación entre alfabetismo y urbanización es totalmente confirmada por una comparación de Egipto o Chile con Noruega.

No podemos atribuir la elevación del nivel de vida, el surgimiento de la revolución industrial y el desarrollo de la ciencia a la ciudad, porque ésta es un resultado de todo ello. Pero si no nos vigilamos con cuidado, lo más probable es que lleguemos a atribuir a la ciudad los efectos de estos cambios fundamentales. Lewis Mumford culpa a las metrópolis modernas de los ciclos de los negocios, de las guerras imperialistas, de la burocracia, de las enfermedades mentales y, en rigor, de "la parálisis de todas las actividades superiores de la sociedad".[33] Si queremos evitar un razonamiento general de este tipo, será preciso encontrar alguna forma de aislar la variable estrictamente urbana. La forma más satisfactoria parece ser la de deducir las más importantes características sociales de la ciudad de su singularidad demográfica —es decir, las dimensiones y densidad de su población— y luego confrontarlas con hallazgos empíricos. Esto es lo que se hace en el apartado siguiente.

LA ESTRUCTURA SOCIAL URBANA

1) *Heterogeneidad social.* La concentración de una gran población en un área pequeña exige heterogeneidad social, por las siguientes razones: la densidad lleva a su máximo la competición en procura de espacio y de ventajas relativas, con lo que impone la bús-

[32] Davis y Casis, *op. cit.*, págs. 2-22.
[33] *The Culture of Cities*, Nueva York, Harcourt Brace, 1938, págs. 272-279. [Trad. esp.: *La cultura de las ciudades*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1945.]

Escaneado con CamScanner

queda de la especialización. La población no puede mantenerse con la agricultura, sino solo con la manufactura y el comercio, que florecen con la especialización. El hecho de que las mercancías deban ser traídas de una amplia región representa un contacto con una diversidad regional. Como la competición disminuye la tasa de natalidad y, por lo tanto, exige el continuo reclutamiento de población del campo, la diversidad de las distintas regiones se incorpora a la trama misma de la ciudad. A consecuencia de ello, la ciudad ha sido siempre más heterogénea que la comunidad rural. Ha sido el "crisol de razas, pueblos y culturas, y un muy favorable vivero para nuevos híbridos biológicos y culturales. No solo ha tolerado las diferencias individuales, sino que las ha recompensado. Ha reunido a personas venidas de los confines de la Tierra, *precisamente* porque son diferentes y, por ende, útiles las unas a las otras, y no porque fuesen homogéneas y de mentalidad similar." En verdad, "cuanto mayor es el número de individuos que participan en un proceso de interacción, mayor es la diferenciación potencial entre ellos. Los rasgos personales, las ocupaciones, la vida cultural, las ideas de los miembros de una comunidad urbana deben escalonarse, pues, entre polos más ampliamente separados que los de los habitantes rurales".[34]

2) *Asociación secundaria.* A causa de sus dimensiones, la ciudad no puede ser un grupo primario. Por el contrario, tiene que ser un grupo secundario. Las personas tienen que vincularse en forma constante, y de cerca, con desconocidos. De ahí que la reacción puramente rural a los extraños —una reacción de hostilidad o de hospitalidad— tenga que ser remplazada por la indiferencia. Aunque en la ciudad se desarrollan modales superficiales de cortesía y de conveniencia mutua, ellos son mecánicos; en general, el hombre de la ciudad trata a la multitud de desconocidos con los cuales se encuentra en contacto cotidiano como si fuesen otras tantas máquinas animadas, y no seres humanos. Su conducta para con un conocido es distinta de la que emplea con el mar de extraños que lo rodea; sin embargo, está condicionada por la presencia misma de esos extraños. Distingue, por ejemplo, entre varios grados de relación, dedica solo una pequeña porción de su tiempo a cada conocido y juzga a cada uno de ellos según los mismos patrones externos que por necesidad emplea para juzgar rápidamente a los extraños. "El mundo urbano otorga un elevado valor al reconocimiento visual." Vemos el uniforme que

34 Louis Wirth, "Urbanism as a Way of Life", en *American Journal of Sociology,* vol. XLIV, julio de 1938, págs. 10-11. [Trad. esp.: *El urbanismo como modo de vida,* Buenos Aires, Ediciones 3, 1962.] Nuestro análisis en este apartado se basa liberalmente en este estimulante artículo. Para una formulación matemática de la relación entre concentración de población y especialización, véase G. K. Zipf, *Human Behavior and the Principle of Least Effort,* Cambridge, Massachusetts, Addison-Wesley Press, 1949, cap. IX.

Escaneado con CamScanner

denota la función, pero no tenemos conciencia de las excentricidades personales que existen detrás del uniforme.[35] Juzgamos a la persona por su apariencia, por la forma en que habla y por su modo de actuar; y todo ello en un breve instante, porque como no la conocemos, como no conocemos a ningún otro que la conozca, y como además no nos interesa, no podemos hacer otra cosa.

Incluso los amigos y las relaciones solo son conocidos, comúnmente, dentro de un contexto especial, en un segmento particular de vida. Por cierto, los hombres de la ciudad "dependen de más personas que los habitantes rurales para la satisfacción de sus necesidades vitales; por lo tanto, se encuentran vinculados a un mayor número de grupos organizados, pero dependen menos de individuos determinados, y su dependencia de los demás se limita a un aspecto altamente fraccionado de la actividad de los otros".[36] Por este motivo, los contactos urbanos se describen como segmentarios. Se conocen partes de personas, no personas enteras.

3) *Tolerancia social.* Dada la diversidad de su población y la impersonalidad de sus contactos, la ciudad se caracteriza por cierta tolerancia. La gente tropieza con todos los extremos y se vuelve indiferente a ellos; extremos de pobreza y riqueza, de opinión e interés, de educación y antecedentes. La indiferencia surge en parte por necesidad, en parte por la superficialidad y brevedad de los contactos y en parte por la familiaridad. Si con frecuencia se ven rarezas y anomalías, dejan de parecernos raras y anómalas. El ciudadano se hastía, ya no se sorprende por nada. Es claro que esta tolerancia tiene sus límites; la ciudad exige cierta dosis de conformidad externa, por motivos de decencia y conveniencia. Pero los límites son más amplios que en una comunidad rural, y ejercen menos control sobre la vida privada. En verdad, la distinción entre lo público y lo privado, entre lo que se muestra y lo que se oculta, es más pronunciada en la ciudad. Ésta reglamenta la conducta pública y hace caso omiso de la privada. Su control es impersonal y general, en tanto que el del campo es personal y particular.

4) *Control secundario.* La presencia, en la ciudad, de dos mundos sociales —el mundo de los desconocidos físicamente próximos pero socialmente distantes, y el mundo de los amigos y conocidos— proporciona al individuo un doble refugio. Puede eludir el opresivo control de cualquier grupo primario cuando lo desee, nada más que con desaparecer en el mar de desconocidos. Tal es el famoso anonimato de la ciudad, que libera al habitante urbano de un estrecho control moral. Por otra parte, puede escapar de la impersonalidad e indiferencia de la ciudad, y en verdad tiene que hacerlo, convir-

[35] WIRTH, *op. cit.*, pág. 14.
[36] *Ibid.*, pág. 12.

Escaneado con CamScanner

tiéndose en parte de un grupo primario. En la familia, la "pandilla", el círculo de amistades, puede recuperar su sentido de seguridad emocional, de que es un ser humano y no una simple cifra, y eliminar con ello la intensa soledad que la ciudad impone al individuo aislado. Aunque es un grupo secundario, la ciudad es al mismo tiempo un conglomerado de grupos primarios que se entrelazan y superponen. Estos grupos ejercen un considerable control sobre la conducta, pero no tan minucioso como en una sociedad exclusivamente rural.

Como resulta posible eludir los controles primarios, la ciudad tiene que recurrir, a la larga, a controles secundarios. Debe frenar el espíritu de explotación mutua que surge de los contactos estrechos y diversos entre personas que no poseen vínculos sentimentales o personales. El policía especializado, el pesquisante de tiendas y hoteles, las numerosas organizaciones cívicas y comisiones de planeamiento, participan todos en la reglamentación de las complejas y rapaces relaciones entre los residentes urbanos. Incluso el control religioso, en la medida en que ejerce una influencia sobre la ciudad secular, lo hace en gran medida por medio de asociaciones secundarias que funcionan como entidades legales y grupos de presión. Cuanto más grande la ciudad, mayor se torna el problema del control y más complejos los agentes de reglamentación secundaria. La ciudad es, pues, el lugar en que el control legal logra su máxima aplicación cotidiana y donde las costumbres y los usos sociales por sí mismos tienen muy poca utilidad para manejar la situación.

5) *Movilidad social.* Así como la ciudad exige y promueve una gran movilidad geográfica (de personas, mercancías e ideas), así exige y promueve también una gran movilidad social. Su complicada división del trabajo, su espíritu de competición, su impersonalidad, todo tiende a acentuar el logro antes que la adscripción del *status*. Como recluta una población heterogénea cuyos orígenes son oscuros, y como la recompensa sobre la base de su singularidad, excentricidad, novedad, eficiencia e inventiva, juzga necesariamente el *status* según lo que el individuo hace y según su aspecto, antes que por sus ascendientes. Por lo tanto, la persona urbana puede elevar o disminuir su *status* en proporción considerable, durante su vida, y la competición en procura del *status* (y con ella, la inseguridad de éste) se convierte en una eterna preocupación.

Esto no significa que las desigualdades sean menores en la ciudad. Por el contrario, ellas son enormes. Significa, en cambio, que las desigualdades de la ciudad no se refieren exclusivamente a las oportunidades, sino también, y en grado cada vez mayor, a la consecución. De tal modo, se reduce la importancia del elemento puro de casta en la estratificación social. En las grandes ciudades de la India, por ejemplo, que son ciudades en crecimiento, no puede man-

tenerse el sistema de castas.[37] En la Edad Media, las ciudades en germen eran lugares donde los siervos perdían su *status* de hombres no libres.[38] Hoy, la ciudad es el lugar donde más predomina el ascenso social. La adscripción de *status* sobre la base del parentesco es un principio demasiado conservador, rígido y lento para servir a las necesidades dinámicas y oportunidades alternativas de la estructura urbana. La adscripción que queda tiende a basarse en características fácilmente observables, como las del sexo, la edad y la raza, pero incluso éstas son reconocidamente difíciles de sostener como bases estrictas para el *status* en la ciudad. Con ingenio e industriosidad, la persona urbana puede superar casi todas las definiciones categóricas de su *status*. El ejercicio de talento, la obtención de una educación, la acumulación y exhibición de riquezas: éstos son caminos para llegar a una elevada posición en todas las distintas esferas de la vida urbana. Lo característico de la ciudad es que casi todo está profesionalizado, desde los deportes y las diversiones, por una parte, hasta la política y los negocios, por la otra. El *status* gira cada vez más en torno de la ocupación, de la naturaleza y competencia de la actividad, y no en derredor del accidente del nacimiento.

Aunque las desigualdades de la ciudad, provocadas por la competencia, son grandes, y van desde lo más elevado entre lo alto hasta lo más bajo entre lo inferior, existen, sin embargo, límites, propios de la ciudad misma. Uno de ellos es el hecho de que ésta concede mayor participación y más oportunidades a los estratos inferiores. Reúne a una gran cantidad de personas ubicadas en lo bajo y, a menudo, las segrega en barrios determinados, donde la yuxtaposición espacial fortalece los intereses comunes, al crear una solidaridad de clase. A causa de ello, la estratificación de la ciudad parece sufrir una evolución particular. El anterior dominio de la clase comercial superior parece caer cada vez más en manos de una clase alta gubernamental o burocrática, lo cual engendra un nuevo sistema de estratificación, de carácter más socialista y colectivista. Que el nuevo sistema contenga o no menos desigualdad que el otro, depende de la naturaleza del sistema político. La ciudad puede, evidentemente, albergar la democracia y el totalitarismo con igual facilidad.

6) *Asociación voluntaria.* Las puras dimensiones de la población urbana, su estrecha proximidad, diversidad y fácil contacto la convierten en el marco perfecto para la asociación voluntaria. No importan cuáles sean las manías o vocaciones de una persona, su nacionalidad o religión, su edad o color: siempre le será posible encontrar a otros con una base similar de intereses. Por ese motivo, casi todos los tipos de grupo tienden a adquirir un carácter fuerte-

37 Véase cap. XIV.

38 HENRI PIRENNE, *Medieval Cities*, págs. 122-123, 126-127, 154. [Trad. esp. citada.]

Escaneado con CamScanner

mente voluntario, y la pertenencia a los mismos no depende del accidente geográfico ni del accidente del parentesco. Incluso, los grupos primarios sucumben a esta tendencia y se vuelven a la vez más voluntarios y más especializados. El galanteo queda más abierto a la elección individual; el matrimonio resulta más fácil de establecer y de disolver; la paternidad se hace más deliberada y la amistad más segmentada y efímera. Además, surgen tipos completamente nuevos de grupos, basados en intereses muy especializados. Así, la cantidad *per capita* de pertenencias a grupos es sumamente elevada en la población urbana, y dichas afiliaciones se distribuyen en una desconcertante variedad de camarillas, clubes, nacionalidades y barrios que tienen relativamente poco que ver entre sí, a no ser en un sentido económico.

"En una ciudad es típico que los intereses se hagan efectivos por medio de la representación. El individuo tiene poca importancia, pero la voz del representante se escucha con una deferencia más o menos proporcional al número de personas en cuya representación habla".[39] El grupo tiene que organizarse porque, de lo contrario, su causa muere. El énfasis puesto sobre la persecución colectiva de intereses particulares ayuda a explicar por qué la ciudad no es una auténtica comunidad. No solo no es un grupo primario, sino que ni siquiera sus habitantes la consideran un grupo. Es más bien una entidad estadística, geográfica y política menor que atrae muy poca lealtad.

7) *Individuación.* Cosa curiosa: la acumulación de masas en la ciudad tiene el efecto de acentuar la individualidad de cada persona, no de suprimirla, como sería de esperar. El carácter secundario y voluntario de la asociación urbana, la multiplicidad de las oportunidades y la movilidad social obliga al individuo a tomar sus propias decisiones y a planear su vida como una carrera. La variedad concurrente de grupos a los que puede incorporarse y de intereses que puede perseguir hace muy difícil que ningún otro tenga en la ciudad exactamente la misma personalidad social. Más aún, el espíritu competitivo de la ciudad lo enfrenta contra todos los demás; no está atado de manera inexorable a ninguna relación, ni a causa alguna en especial. Su conciencia de las diferencias existentes en los demás y su conocimiento de la relatividad humana le conceden una perspectiva sobre sí mismo, de manera que puede verse con mayor objetividad y separarse de la masa de los que lo rodean. El hecho de que deba manipular a los otros e impedir que lo manipulen lo obliga a distinguir con claridad entre él mismo y los demás. El resultado total es una especie de atomización de los individuos constituyentes. A un lado se encuentran los individuos, únicos y con una elevada

39 WIRTH, *op. cit.*, pág. 14.

Escaneado con CamScanner

conciencia de sí mismos, y al otro lado están las grandes asociaciones e instituciones de la ciudad. En el medio no hay gran cosa. El individuo se enfrenta a toda la ciudad, nunca es absorbido del todo por un grupo social.

8) *Segregación espacial.* La competición en procura de espacio en la heterogénea y dinámica ciudad conduce a una característica segregación de grupos y funciones, visible en el esquema espacial de la ciudad. Por supuesto, el centro del área urbana es monopolizado por funciones de importancia fundamental para la ciudad toda (como, por ejemplo, las finanzas y el gobierno). Gran parte de las finanzas consiste en papeleo y puede llevarse a cabo en un espacio reducido; pero como ellas controlan vastos recursos y, por lo tanto, son muy preciadas, pueden permitirse el pago de un elevado alquiler en el centro de la ciudad. Del mismo modo, las actividades comerciales que satisfacen gustos raros y costosos, y que, por lo tanto, deben buscar su limitada clientela en todos los sectores (por ejemplo, joyerías de lujo, grandes tiendas, buenos teatros, hoteles selectos) están también ubicadas en el centro. Lo mismo rige para los servicios profesionales de mucho precio (por ejemplo: las clínicas de diagnóstico, las oficinas legales, las firmas de contadores, las oficinas del gobierno, etcétera). Tales funciones no pueden dispersarse del todo en los barrios, como sucede en gran medida con los establecimientos de venta de comestibles al menudeo, las estaciones de servicio, las tintorerías, los talleres de reparación de calzado, los garajes y las farmacias. Por el contrario, tienen que estar al alcance de toda la ciudad, en el punto donde se encuentren más cerca de la mayoría de las personas. Y en ese punto, la tierra es tan costosa que los edificios se expanden hacia arriba llenando de rascacielos el centro de la ciudad.

Tan alto es el precio de las actividades en el centro de la ciudad y tan valiosa la tierra, que queda excluida la ocupación residencial del mismo, salvo en hoteles y en rascacielos de departamentos. A causa de ello, el lugar de trabajo queda cada vez más alejado del de residencia. El centro comercial y financiero tiene principalmente una población diurna; por la noche, los anteriores ocupantes duermen en otro lugar.

Como el lugar de residencia es un símbolo y un resultado de la posición social que se ocupa, surgen en la ciudad zonas residenciales segregadas cuyos habitantes se distinguen por características raciales, étnicas, religiosas, de ocupación o pecuniarias. En general, cuanto más elevado es el *status* social, más ventajosa es la residencia desde el punto de vista del espacio por persona, de la belleza arquitectónica y del paisaje, y de la ausencia de molestias tales como el humo y el ruido. Si esos lugares se encuentran cerca del punto de ocupación —próximos al centro de la ciudad—, exigen enormes gastos en ma-

Escaneado con CamScanner

teria de pagos de alquileres al contado. Si están lejos del lugar de ocupación —en los suburbios—, exigen, además del precio de compra o del pago del alquiler, una continua inversión en tiempo y dinero para gastos de transporte. Solamente las personas que gozan de un elevado *status* social pueden permitirse estos grandes costos.

La segregación espacial ofrece un medio conveniente de entender la organización social de la ciudad. Los habitantes de una zona determinada muestran propensión a tener en común no solo una situación social general sino también muchas otras características. Se ha descubierto que la fertilidad, mortalidad y migración; el delito, la delincuencia, el divorcio y el suicidio; la locura y la enfermedad; la ilegitimidad, el analfabetismo, el vicio, el pauperismo y muchos otros índices de conducta social difieren pronunciadamente de una a otra zona de la ciudad. El estudio de la organización social en términos de distribución espacial (la denominada ecología urbana) proporciona entonces un método altamente objetivo y fácilmente accesible. Por supuesto, la verdad es que ningún sector de la ciudad es absolutamente homogéneo, y que con frecuencia resulta necesario relacionar distintos índices de conducta con el individuo como unidad, antes que con toda la zona. Por consiguiente, la ecología urbana es solo uno entre muchos métodos generales de estudio sociológico. Pero sus resultados, algunos de los cuales se han utilizado en este libro, resultan útiles.[40]

LA INFLUENCIA DE LA CIUDAD SOBRE SU "HINTERLAND"

Ya se ha explicado que como los efectos de la ciudad son más amplios que la ciudad misma, no solo tenemos que hablar de habitantes de la ciudad sino también de sociedades y regiones urbanizadas; y que el grado en que toda una región está socialmente urbanizada depende, a la vez, de la proporción de la población que vive en las ciudades y del grado de difusión de características urbanas de la ciudad al campo. ¿Cómo puede determinarse esto último?

Una medida puramente física de la influencia consiste en dividir la población de una ciudad por la distancia desde ella, en analogía con la mecánica celeste y el magnetismo eléctrico. Esta forma de medir la influencia de la población ha sido analizada por John Q. Stewart y aplicada a los datos sociales por él y George K.

40 Para descripciones de la ecología urbana en Estados Unidos, véase Gist y Halbert, *op. cit.*, segunda parte; Stuart A. Queen y Lewis F. Thomas, *The City* (Nueva York, McGraw-Hill, 1939), tercera parte. Los trabajos precursores en materia de ecología urbana fueron realizados por el departamento de sociología de la Universidad de Chicago, bajo la competente inspiración de Robert E. Park, Ernest W. Burgess y Roderick D. McKenzie, *The City*, Chicago, University of Chicago Press, 1925.

Escaneado con CamScanner

Zipf.[41] Este enfoque parece perfectamente razonable porque sabemos que si todos los demás elementos son iguales, el contacto entre los individuos es mayor cuanto más cerca están unos de otros. Pero la analogía física no tiene importancia en sí misma, salvo para sugerir una hipótesis. Los seres humanos no ejercen magnetismo o atracción según su masa física, sino por medio de vías socioculturales. Por lo tanto, surge la duda de si la influencia social de las ciudades (o de cualquier otro agrupamiento de población) varía o no de acuerdo con su población dividida por la distancia al punto influido. En general, como lo sugieren varios estudios, esto tiende a ser así. De tal modo, el porcentaje de las cuentas personales de una gran tienda urbana, abiertas por personas de cada uno de los 96 pueblos y ciudades circundantes, resultó ser proporcional a la población del pueblo o de la ciudad, dividida por su distancia a la tienda. También se descubrió una relación similar en el caso de la concurrencia a la Feria Mundial de Nueva York, de la circulación de los grandes diarios, de los viajes de camiones y autos de pasajeros, de las noticias necrológicas publicadas en el *New York Times* y de los cambios de residencia (migración).[42]

La relación entre la influencia, las dimensiones y la distancia se conoce desde hace tiempo en forma general. McKenzie ha demostrado en forma concluyente que la influencia de una ciudad varía con sus dimensiones y tiende a desaparecer con la distancia. Lo ejemplificó con muchas series distintas de estadísticas. También señaló que la influencia sobre cierto punto está condicionada por la competición de otros grandes centros urbanos.[43] Pero solo en los últimos tiempos recibió amplia atención la formulación del asunto en términos matemáticos. La ventaja de una formulación matemática reside en que nos permite expresar con exactitud las relaciones generalizadas a las que, en términos teóricos, podemos esperar que se aproximarán casi todos los casos concretos de influencia urbana. Entonces, podemos dar la proporción exacta de desviación de esta norma en casos reales, con lo que planteamos un nuevo problema que explicar. De esta manera, se puede introducir orden y exactitud en el estudio de la influencia urbana. Resulta evidente, por ejemplo, que la influencia política de Washington D. C. es mayor de lo que indicarían sus dimensiones y su distancia relativas. Pero a fin de

41 Véase JOHN Q. STEWART, "Empirical Mathematical Rules Concerning the Distribution and Equilibrium of Population", en *Geographical Review*, vol. XXXVII, número 3, 1947, págs. 461-485, y G. KINGSLEY ZIPF, *Human Behavior*, Cambridge, Addison-Wesley, 1949.

42 GEORGE KINGSLEY ZIPF, "The Hypothesis of the 'Minimum Equation' as a Unifying Social Principle with Attempted Synthesis", en *American Sociological Review*, vol. XII, diciembre de 1947, págs. 641-648; JOHN Q. STEWART, *Coast, Waves and Weather*, Boston, Ginn, 1945, pág. 163.

43 R. D. MCKENZIE, *The Metropolitan Community*, Nueva York, McGraw-Hill, 1933, segunda y tercera parte. Por cortesía del editor.

Escaneado con CamScanner

saber cuánto más grande es, necesitamos una indicación exacta de la norma teórica o supuesta respecto de la cual existe una desviación.

En Estados Unidos, el "centro de población" convencional, calculado por la oficina de censos, se encuentra en tierras agrícolas de Indiana. El cálculo se efectúa según el principio del brazo de palanca, de acuerdo con el cual un hombre a una distancia de 1.000 kilómetros es el equivalente de diez hombres a 100 kilómetros. Así, cuanto mayor es la distancia, mayor es la influencia. Pero sabemos que en realidad la influencia social funciona a la inversa. Cuanto más corta es la distancia, más grande es la influencia. Por lo tanto, si se lleva a cabo una aplicación simultánea de la regla de la población dividida por la distancia, obtenemos una medida de la fuerza demográfica total que en un punto determinado ejercen todas las otras zonas. En Estados Unidos se considera que la fuerza o intensidad demográfica máxima se centra en Nueva York. Así ocurre desde hace más de un siglo. Por lo tanto, la ciudad de Nueva York es el verdadero centro de población en este país.[44]

Toda ciudad domina una región que la rodea. La fuerza demográfica que acabamos de mencionar explica por qué la domina. Traducido a términos sociales, esto significa que en un punto se concentran los esfuerzos de más personas que en cualquier otro punto de la región y que, por lo tanto, el primero tiene más peso que ningún otro lugar de dicha región. Aunque el *hinterland* contenga muchas veces más población que la ciudad, sus habitantes se hallan más dispersos; por lo tanto, pierde la ventaja de la concentración. La ciudad es la única fuerte entre los muchos débiles. Para invertir la explicación, se puede decir que, a menos de dominar, no puede contar con lo necesario para su supervivencia. De una u otra manera, por medio del intercambio o por la fuerza, tiene que obtener del resto de la población un superávit suficiente para mantener a grandes cantidades de personas en una pequeña zona. El hecho de que exista constituye una prueba de su dominación.

Al hablar de zonas urbanas se acostumbra distinguir entre la comunidad metropolitana y el *hinterland* metropolitano. La primera, que abarca los suburbios y la ciudad central, es una zona de vida común a una distancia pareja de la ciudad central; es "la zona 'edificada', en la cual servicios públicos tales como el agua corriente, la luz eléctrica, la sanidad y la energía se convierten en problemas comunes".[45] Por otra parte, el *hinterland* es la zona de intercambio bajo la dominación de una determinada ciudad. En comparación con la comunidad metropolitana, que en Estados Unidos es virtualmente sinónimo del "distrito metropolitano" de la oficina de censos, resulta difícil establecer los límites del *hinterland*. La dominación en un sentido puede no coincidir con la dominación en otro. Ello

44 STEWART, *Coast, Waves and Weather*, págs. 163-167.
45 MCKENZIE, *op. cit.*, pág. 84.

Escaneado con CamScanner

no obstante, en Estados Unidos se ha elaborado una demarcación útil de los *hinterland* metropolitanos, según distintas bases, incluso la distribución de la circulación de diarios. Si un pueblo lee una mayor cantidad de cotidianos de la ciudad "A" que de la ciudad "B", se lo puede ubicar dentro de la esfera de la primera. Al tratar a todos los pueblos de este modo, se descubre que todo el país puede dividirse en una cantidad de provincias culturales y económicas, cada una con una sola ciudad dominante como foco.[46] Como el periódico es una importante vía de comunicación, respaldada principalmente por los anunciantes que quieren conseguir clientes, no resulta sorprendente encontrar que las regiones así delimitadas coinciden bastante bien con las que se basan en el comercio al por mayor, con las ventas de productos agrícolas, con las llamadas telefónicas, los billetes de ferrocarril y ómnibus, y el recuento del tránsito de carretera.

> La ciudad cuyos periódicos tienen la más amplia circulación es casi siempre la que vende la mayor cantidad de mercancías en los distritos circundantes. Pero aunque el periódico es una empresa comercial, es también algo más que eso. Publica relatos y comentarios editoriales sobre política, deportes, "sociales", personalidades destacadas, y una multitud de noticias sobre actividades religiosas, cívicas, económicas, artísticas, y otros intereses y acontecimientos. Como lectores de un diario metropolitano, los habitantes del campo comparten estos intereses.[47]

Por supuesto, la influencia de la ciudad central no es pareja en todo su *hinterland.* Es más fuerte en los suburbios inmediatos y más débil en los límites del *hinterland.* Además, las ciudades están en cierta medida especializadas, y con respecto a su especialidad el *hinterland* puede ser más grande que de ordinario. Los Angeles domina todo el país en lo que se refiere a la industria cinematográfica, Chicago en cuanto a la industria frigorífica y Detroit en lo que respecta a los automóviles. En virtud de su particular carácter financiero, Nueva York domina todo el país de innumerables maneras; y esto concuerda perfectamente con nuestra afirmación anterior de que es el centro de población. Para Nueva York, entonces, todo el país es el *hinterland,* aunque ciudades menores se hayan forjado dominios subsidiarios propios.

Dada la dominación de la ciudad, es de esperar que muchas de sus características se difundan a la población rural, primero en las zonas más cercanas a la ciudad y luego en los lugares más remotos.[48] El proceso será más rápido cuanto más vinculada esté la ciudad a su

[46] Robert E. Park y Charles Newcomb, "Newspaper Circulation and Metropolitan Regions", en McKenzie, *op. cit.,* cap. VIII. Véase también Gist y Halbert, *op. cit.,* págs. 118-122.

[47] Stuart A. Queen y Lewis F. Thomas, *The City,* copyright 1939 por McGraw-Hill Book Co., Inc., pág. 249.

[48] Existen pruebas empíricas en Edmund de S. Brunner y J. H. Kolb, *Rural Social Trends,* Nueva York, McGraw-Hill, 1933, cap. V.

Escaneado con CamScanner

hinterland. Ambos se entrelazan en forma más estrecha aún a medida que la distancia es vencida por la velocidad. "En Estados Unidos, y en realidad en todo el mundo moderno, se está desarrollando un esquema de población que puede ser denominado regionalismo de la ciudad. Este nuevo regionalismo de la ciudad difiere del antiguo en que es un producto del contacto y la división del trabajo, antes que del simple aislamiento geográfico." [49] Las empresas comerciales nacionales consideran conveniente tener sucursales en las principales ciudades regionales. Lo mismo sucede con muchos organismos del gobierno, incluso el Federal Reserve Banking System. Una vez que una ciudad se ha establecido como centro de una región, tiende a expandirse y diversificar sus funciones, convirtiéndose en una verdadera metrópoli.

La ciudad ha continuado absorbiendo habitantes del *hinterland,* llevándose con frecuencia algo más que el crecimiento natural del campo y agotando de ese modo la población rural. (Entre 1920 y 1930, por ejemplo, declinaron en población el 41 por 100 de todos los distritos territoriales de Estados Unidos.) Pero así como ha atraído a los residentes del *hinterland,* así también la ciudad ha ampliado sus límites metropolitanos. El desplazamiento hacia las ciudades ha sido un desplazamiento hacia los suburbios, y principalmente hacia los suburbios residenciales. Si cada distrito metropolitano se considera en términos parejos, no importa cuáles sean sus dimensiones, el promedio de aumento de la población durante la década 1930-1940 resulta ser, en Estados Unidos, del 29,7 para los suburbios y del 6,5 por 100 para las ciudades centrales.[50] Más aún, las zonas rurales más cercanas a las ciudades superaron con mucho, en crecimiento de población, a las zonas más remotas. Debido de estos procesos gemelos —el desplazamiento hacia las ciudades y la expansión de éstas hacia afuera—, la comunidad metropolitana ha llegado a desempeñar un papel cada vez más grande en su región total. En una palabra, una porción cada vez mayor de la población vive en las ciudades, ejerciendo una influencia más amplia y más estrecha sobre el resto en disminución.

Futuro de la ciudad

La mayor parte de las especulaciones en cuanto al futuro de la ciudad se concentran en el embellecimiento de ésta o en la dispersión de su población. La primera es principalmente una tarea de ingeniería y arquitectura. La segunda es irrealista, porque la única dispersión que se produce es un movimiento de muchas personas y

[49] McKenzie, *op. cit.*, pág. 313.

[50] Chauncy D. Harris, "Suburbs", en *American Journal of Sociology,* vol. XLIX, julio de 1943, págs. 9-10.

Escaneado con CamScanner

algunas industrias hacia los suburbios. Cualquier dispersión en gran escala de los habitantes de la ciudad hacia el campo se produciría probablemente —si es que se produce— como resultado de algún suceso catastrófico (una guerra atómica, por ejemplo) antes que por medio de un cambio gradual. La verdad es que el mundo se está volviendo cada vez más urbanizado en lo que se refiere al lugar de residencia y a los puntos de vista. Se destacan, pues, dos grandes interrogantes. Primero: ¿en qué medida puede llegar a urbanizarse todo el mundo? Segundo: ¿cuál será el efecto sobre la sociedad humana?

Al pensar en estos interrogantes es preciso tener en cuenta que hemos venido hablando de tres cosas distintas: *a*) del crecimiento y dimensiones de determinadas ciudades; *b*) del porcentaje de la población total que vive en las ciudades, y *c*) de la difusión de las actitudes e instituciones urbanas en la población total. Las tres requieren consideración por separado.

a) Parece improbable que el crecimiento de las ciudades existentes continúe en forma indefinida. En los países avanzados de Occidente se está deteniendo el crecimiento de la población en general. Esto significa que si las ciudades existentes quieren continuar creciendo, no deberán hacerlo por el simple drenaje de los excedentes de la población rural, como lo hicieron en el pasado, sino reduciendo enérgicamente, además, dicha población rural. No solo girarán sobre los intereses sino también sobre el capital. Por consiguiente, si el crecimiento de las ciudades norteamericanas existentes no se detiene pronto, se planteará en forma aguda el segundo aspecto de nuestro problema, porque todos estaremos viviendo en las ciudades más grandes y, finalmente, solo en la ciudad de Nueva York. Pero, como se señaló antes, las ciudades centrales, a diferencia del resto de los distritos metropolitanos, ya muestran signos de detención en su crecimiento. Incluso, es posible que lleguen a perder población, mientras los distritos metropolitanos continúan creciendo. Puede suceder, entonces, que el futuro crecimiento metropolitano entrañe tal expansión de la superficie, que la densidad media de los distritos se estabilice o disminuya.

b) Incluso en las naciones industriales avanzadas, ya fuertemente urbanizadas, el porcentaje de la población que vive en las ciudades parece destinado a aumentar todavía por un tiempo. Aunque en estas naciones la tendencia se detenga finalmente, el resto del mundo, todavía rural en abrumadora proporción, tendrá por delante una enorme urbanización. Es difícil decir cuál será exactamente el punto de saturación, pero está muy dentro de las posibilidades que todo el mundo llegue a la larga al grado de urbanización alcanzado ahora solo por unas pocas naciones industriales avanzadas.

Escaneado con CamScanner

Por lo tanto, es posible que a la postre el 75 por ciento de la población mundial viva en lugares con 10.000 ó más habitantes.[51]

c) En cuanto a la difusión de las actitudes urbanas, parece probable que los países avanzados sigan progresando hasta que toda su población manifieste la mayoría de los rasgos que caracterizan a la ciudad. Cuando tal cosa suceda, esos países estarán totalmente urbanizados. Hay pocos motivos para que la misma tendencia no afecte a la larga a todas las naciones del mundo. Cuando esas zonas avancen lo suficiente como para tener numerosas ciudades, exhibirán pautas demográficas y sociales similares a las de los países más industrializados de la actualidad.[52] El interrogante principal es el de si cuando se haya llegado al punto de saturación de desarrollo de la ciudad, cuando casi toda la población haya sido urbanizada desde su nacimiento, cuando los antecedentes rurales de la mayoría de los pobladores urbanos de hoy hayan sido remplazados del todo por antecedentes urbanos, aún se podrá resolver o no el problema del orden social. El anonimato, la movilidad, la impersonalidad, la especialización y el refinamiento de la ciudad; ¿podrán convertirse en atributos de una sociedad estable, o ésta se derrumbará? ¿En qué forma puede mantenerse la devoción a un sistema común de valores y a un conjunto común de costumbres, en una población altamente alfabetizada, científicamente educada, con inclinaciones individualistas y tendencias escépticas? La respuesta no es clara. Es probable que se pueda hacer, y que se haga. Inglaterra, con su elevado grado de urbanismo, es una nación estable, en comparación con muchas naciones rurales. Pero sea como fuere, parece seguro que un mundo totalmente urbanizado será muy distinto, en una estructura social, de cualquier cosa que conozcamos en la actualidad. Una diferencia, por ejemplo, es la de que un mundo tan avanzado en el plano tecnológico como para estar totalmente urbanizado, no puede existir como una colección de naciones soberanas. Tiene que convertirse en un mundo político o destruirse en un conflicto gigantesco.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

EGON BERGEL, *Sociología Urbana,* Buenos Aires, Editorial Bibliográfica Argentina, 1959. [Trad.]

ERNEST W. BURGESS (ed.), *The Urban Community,* Chicago, University of Chicago Press, 1926.

51 Así sucedió en Inglaterra, en 1931 (Cuadro I).

52 En apariencia, esto ocurre en el Japón, la nación oriental más avanzada. Véase IRENE TAEUBER y EDWIN G. BEAL, "The Dynamics of Population in Japan", en *Demographic Studies of Selected Areas of Rapid Growth,* Nueva York, Milbank Fund, 1944, págs. 1-34.

Escaneado con CamScanner

Una colección de artículos sociológicos sobre la ciudad moderna. Literatura como ésta fue la que inspiró gran parte de las modernas investigaciones económicas y del pensamiento sociológico acerca de las ciudades. Véase en especial el capítulo de Robert E. Park, "The Urban Community as a Spatial Pattern and a Moral Order", págs. 3-20.

BERNARDO CANAL FEIJÓO, *Teoría de la ciudad argentina,* Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

PAUL H. CHOMBART DE LAUWE, *París et l'agglomération parisienne,* París, Presses Universitaires de France, 1952.

KINGSLEY DAVIS, HARRY C. BREDEMEIER y MARION J. LEVY (h.), *Modern American Society,* Nueva York, Rinehart, 1949, segunda parte, "The New Urban Environment".

Lecturas escogidas sobre el crecimiento de las ciudades y el modo de vida urbano.

CHAUNCEY D. HARRIS, "Suburbs", en *American Journal of Sociology,* vol. XLIX, julio de 1943, págs. 1-13; "The Cities of the Soviet Union", en *Geographical Review,* vol. XXXV, 1945, págs. 107-121; "A Functional Classification of Cities in the United States", en *ibid.,* vol. XXXIII, 1943, págs. 86-89.

Interesantes análisis de datos estadísticos sobre las ciudades. El de los suburbios se refiere al crecimiento de éstos en Estados Unidos según tipos funcionales, usando los datos de los censos de 1930 y 1940. Los suburbios crecieron con mayor rapidez que cualquier otro tipo de comunidad, pero los residenciales mucho más rápidamente que otros tipos de suburbios.

PETER HEINTZ, "La migración del campo a la ciudad", en *Curso de Sociología* (Cursos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1960.

JULIUS JAHN, CALVIN F. SCHMID y CLARENCE SCHRAG, "The Measurement of Ecological Segregation", en *American Sociological Review,* vol. XII, junio de 1947, págs. 293-303.

Aplicación de las técnicas matemáticas y estadísticas a la medición de la segregación residencial en las ciudades. Es necesario cierto conocimiento de los métodos estadísticos, pero el trabajo es un buen ejemplo de procedimientos cada vez más científicos en el estudio de los fenómenos sociales.

WALTER M. KOLLMORGEN, *Culture of a Contemporary Rural Community: The Old Order Amish of Lancaster County, Pennsylvania,* Washington, D. C., Departamento de Agricultura, 1941, Rural Life Studies núm. 4.

Una competente descripción de la sociedad rural de una secta religiosa peculiar. Véase también, del mismo autor, el artículo del American Journal of Sociology, *vol. XLIX, noviembre de 1934, págs. 233-241, y su capítulo en Ralph Wood (dir.),* The Pennsylvania Germans, *Princeton, Princeton University Press, 1942.*

Los Rural Life Studies *del Departamento de Agricultura ofrecen excelentes descripciones de variados tipos de comunidades rurales.*

ROBERT S. LYND y HELEN M. LYND, *Middletown,* Nueva York, Harcourt, 1929, y *Middletown in Transition,* Nueva York, Harcourt, 1937.

Precursores en el estudio sociológico del pueblo norteamericano, los Lynd escribieron dos de los análisis de comunidades más interesantes y más ampliamente aclamados que jamás se hayan publicado.

R. D. MCKENZIE, *The Metropolitan Community,* Nueva York, McGraw-Hill, 1933.

Un relato minuciosamente científico del surgimiento de la comunidad metropolitana en Estados Unidos, de la naturaleza de las regiones urbanas y la dominación urbana, y de la ecología de la ciudad. Este libro representó un mojón en el estudio de la ciudad.

Escaneado con CamScanner

HORACE MINER, *St. Denis: A. French Canadian Parish*, Chicago, University of Chicago Press, 1939.

Un estudio de lo que Robert Redfield denomina la "sociedad campesina". Comunidad aferrada a la tierra, con la parroquia como base, St. Denis tiene relaciones fuertemente familiares y primarias.

LEWIS MUMFORD, *The Culture of Cities*, Nueva York, Harcourt, 1938. [Traducción en español ya citada.]

Un análisis altamente valorativo de la ciudad moderna desde un punto de vista estético, moral y del bienestar. El autor se muestra ingenuo con referencia a los hechos económicos y sociológicos, y el valor del libro ha sido exagerado.

WILLIAM E. OGBURN y MEYER F. NIMKOFF, *Sociología*, Madrid, Aguilar, 1955. Capítulo XV. [Trad.]

ELMER T. PETERSON (dir.), *Cities Are Abnormal*, Norman, University of Oklahoma Press, 1945.

El libro no es tan malo como parecería indicarlo su título. Contiene algunos interesantes capítulos escritos por varias clases de periodistas y especialistas.

CALVIN F. SCHMID, *Social Trends in Seattle, Seattle*, University of Washington Press, 1944.

Un cuidadosísimo estudio estadístico de lo que ha venido ocurriendo en Seattle.

WARREN S. THOMPSON, *The Growth of Metropolitan Districts in the United States, 1900-1940*, Washington, *Government Printing Office*, 1948.

Este informe, publicado por la Oficina de Censos, es un análisis muy cuidadoso de las tendencias de crecimiento metropolitano a lo largo de cuatro décadas. El autor ha tenido que efectuar muchos reajustes de las estadísticas. El resultado es instructivo, aunque un tanto árido y difícil de leer.

GEORGE K. ZIPZ, "The $P^1 P^2/D$ Hypothesis: On the Intercity Movement of Persons", en *American Sociological Review*, vol. II, diciembre de 1946, págs. 677-686.

Un artículo técnico que muestra que la cantidad de personas que se trasladan entre dos ciudades cualesquiera de Estados Unidos es proporcional al producto de las poblaciones de las dos ciudades (P^1 y P^2), dividido por la distancia más breve de transporte entre ellas (D). Buen ejemplo de generalización cuantitativa.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO XIII

LA MULTITUD Y EL PÚBLICO

Al pasar de los grupos estables y organizados a los relativamente desorganizados, llegamos a algunas curiosas manifestaciones de la vida social: multitudes, públicos, turbas y masas, en todas sus diversas formas. La conducta imprevista, irracional y, a menudo, indeseada de estos grupos despierta fascinación, como objeto de estudio no solo en el científico social sino también en el lego interesado en los aspectos extraños de la vida que lo rodea.

Aunque los grupos desorganizados abarcan muchos tipos distintos, la mayoría de ellos pueden incluirse en dos categorías generales que representan extremos opuestos: la multitud y el público. Una consideración de la multitud y de sus variaciones conducirá de manera natural a un análisis del público, en un punto posterior del capítulo.

La multitud

Es sumamente difícil encontrar agregados humanos que sean meras colecciones de cuerpos físicos. Las personas que están juntas, también están siempre, en cierta medida, socialmente juntas. Aunque puedan congregarse en la forma más casual, en la calle o en una estación ferroviaria, la sola conciencia de la presencia mutua inicia un intercambio vivaz, aunque silencioso, de impresiones recíprocas. Su vestimenta, su rostro y sus movimientos revelan mucho en cuanto al *status* de cada uno. Su conducta tiene en cuenta la existencia de los otros, incluye la participación inconsciente en ciertos sentimientos y la puesta en vigor de convenciones comunes. Incluso, su aparente indiferencia recíproca es una actitud cultivada, que fácilmente se disipa en cuanto ocurre un cambio en la situación. Que estalle una bomba, que surja una pelea a puñetazos o que se produzca un acto inmoral, y la indiferencia anterior se evapora y da lugar rápidamente a una interacción abierta y concentrada. El agregado se ha convertido, de grupo pasivo y no concentrado, en multitud direccional y activa.

Escaneado con CamScanner

Lo que constituye un grupo no es solamente la dosis de interacción sino también su concentración. La gente que se encuentra en la sala de espera de una estación ferroviaria difícilmente forma una unidad social, pero una turba de linchamiento es una unidad definida. La diferencia no reside simplemente en que haya más interacción en esta última, sino en que la interacción tiene una dirección; está dirigida con mayor claridad hacia un fin común y es, por consiguiente, más acumulativa. Es una multitud concentrada, objeto principal de nuestro actual interés, en tanto que la primera es una multitud difusa o un mero agregado social. Al describir las características generales de las multitudes nos referimos a la multitud concentrada, aunque en la práctica se dé con menos frecuencia que el simple agregado.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LAS MULTITUDES

Uno de los criterios de la multitud es la *presencia física.* Se ha dicho que las dimensiones de una multitud están limitadas por las distancias a que el ojo puede ver y el oído escuchar. Sin tal presencia física, no puede haber multitud. A diferencia de una pandilla, una familia o una comunidad, su existencia cesa en el momento en que se dispersa. Como la gente puede muy pocas veces mantenerse físicamente presente durante un prolongado periodo de tiempo, ello significa que la multitud es un grupo social *temporario* y *efímero.* Es siempre una criatura del momento, sin pasado ni futuro. Además, sus dimensiones están limitadas por la necesidad de la presencia física. Cuando pasa de las 100.000 personas, tiene que estar sumamente unida para seguir siendo una multitud. El público de un importante partido de fútbol representa aproximadamente el máximo. La gente que presencia un desfile en la Quinta Avenida de Nueva York, si se extiende a lo largo de toda esa calle y está compuesta por centenares de millares de personas, difícilmente represente una multitud en el sentido estricto. Tal muchedumbre posee algunas de las características de una multitud, pero también las de un público. Las dimensiones de la multitud son igualmente indefinidas en cuanto a su límite inferior. El dicho popular de que tres forman una multitud, fija el límite muy por debajo. Cinco o seis son un límite más correcto. Pero sea como fuere, las características físicas de la multitud —sus dimensiones, su cercanía y su naturaleza temporaria— significan muy poco, a menos de que también estén presentes sus características sociales.

La multitud es *desorganizada.* Puede tener un *líder,* pero no posee división de trabajo ni sistema de *status.* Las consecuencias de estas características son de largo alcance. Significan, en primer lugar, que en grado excepcional la interacción es *incontrolada* y, por lo

tanto, espontánea, amorfa e impredictible. Significa, en segundo lugar, que todos tienen el mismo *status* en el grupo, que la multitud está compuesta de *unidades uniformes.* Fuesen cuales fueren los *status* de los individuos en el sistema social más amplio, como miembros de una multitud son iguales, porque la multitud no tiene organización que pueda utilizar las diferencias individuales. Esta situación les concede instantáneamente *anonimato,* porque su identidad social no se prolonga a la multitud. También despoja a la interacción de todas las cualidades singulares que los individuos puedan poseer como personalidades socializadas separadas, y concede a la interacción su carácter reconocidamente tosco y no refinado: los fines y sentimientos utilizados son los del *mínimo común denominador.* En otras palabras, la interacción se produce en términos de emociones generalizadas y sentimientos que poseen todos los que se encuentran por casualidad en el grupo, no importa cuál fuere su *status;* por lo tanto, recurre a normas vigentes para toda la sociedad o para todo el estrato, antes que a las normas vinculadas a determinadas posiciones, y no tiene ninguna de las calificaciones o vacilaciones que por lo general acompañan la aplicación de normas en la vida social organizada. Esto explica por qué la multitud puede ser tan *fanática,* por qué puede perseguir un fin sin contención alguna, sin tener en cuenta las consecuencias. Sus participantes han perdido aquellas partes de sí mismos que los distinguen como personalidades separadas, conservando solo la parte que los asemeja a todos los otros participantes, no importa cuán encumbrados o viles fueren. Por este motivo, además, la multitud carece de *inhibiciones.* Sus participantes no están identificados como personas distintas, sus *status* y papeles comunes han sido dejados a un lado en esa situación temporaria e inconexa, su sentido de seguridad y poder es aumentado por la presencia inmediata de otros que hacen la misma cosa, y entonces se rinden fácilmente a impulsos que de otro modo serían contenidos.

A causa de ello, cuando la multitud es excitada tiende a enfocar su atención en una sola cosa, en una *idée fixe.* Esto da expresión a impulsos que de otro modo no solo serían contenidos, sino que, en muchos casos, serían reprimidos de la conciencia. De ahí la capacidad del grupo para expresar *motivos inconscientes.* Este efecto es acentuado aún más por el bien conocido *carácter acumulativo y circular* de la interestimulación de la multitud. Debido a que los participantes de una multitud se encuentran todos en el mismo plano; como su atención está concentrada en una sola cosa; como sus impulsos inhibidos encuentran fácil liberación en la acción espontánea, la multitud es altamente sugestionable. Los participantes reaccionan, ante los gestos, posturas y gritos de los demás, en forma automática, casi animal, con una velocidad que impide la interpretación meditada o la previsión racional. En realidad, gran parte

Escaneado con CamScanner

de la reacción es de tipo imitativo, pues el individuo hace exactamente lo que hacen los demás. El efecto de tantas personas que estimulan al actor de la misma manera y desde tan cerca consiste en acentuar su reacción. Su reacción acentuada, a su vez, proporciona mayor estímulo a los otros, y la mayor reacción de éstos estimula al actor. Este carácter acumulativo de la interestimulación de la muchedumbre tiende a hacer que la conducta de la multitud ascienda a su apogeo. El apogeo es superado solo cuando se llega al agotamiento físico o cuando se cumple el fin común. El individuo, por el momento, se "pierde en el espíritu de la multitud" y se deja llevar "al último extremo". Los miembros de la multitud en su conjunto están "fuera de sí" y "no saben lo que hacen". De ello se sigue que ciertos tipos de conducta, tales como los caprichos, las manías, las locuras, los motines, los pánicos y las huidas en tropel son más característicos de las multitudes que de otros grupos. La estrecha aglomeración inicial de los individuos puede resultar opresiva. La apiñada presencia de los otros puede provocar la falta de aliento, la incomodidad, la tensión y la depresión, hasta que la multitud en su conjunto se lanza a la acción. Entonces, se produce un apresuramiento de las palpitaciones del corazón, una emoción, un júbilo y una expansión, hasta que la excitación llega a su punto culminante. A veces, la fuente de la sugestión proviene de determinado individuo o grupo de individuos, ubicados cerca del centro de la atención o que son ellos mismos ese centro. Una vez establecido el predominio de un centro, sus reacciones se comunican rápidamente a la periferia. El poder de sugestión equivale en muchos casos a una hipnosis. Los individuos son particularmente susceptibles a la exhibición de excitación en otros; tienden a responder a tales exhibiciones con la propia excitación. Pero en cuanto la multitud se pone en movimiento, no todas las sugestiones tienen efecto. Las sugestiones contrarias al foco dominante de atención y actividad se ignoran, en tanto que se aceptan las que concuerdan con él.

Para detener la formación de una multitud o turba activa, o para dispersarla después que se ha formado, es preciso a menudo desplazar su atención. Esto puede hacerse en algunos casos recordando su identidad a cada persona, recordándole su *status* cotidiano y las inhibiciones ordinarias por las cuales se rige su conducta, etc. A veces, en la vida estadounidense puede lograrse alejando el objeto de atención, como cuando se saca a un negro de la cárcel en la cual la turba de linchadores esperaba encontrarlo. En otras ocasiones, puede hacerse por medio de enérgicas medidas que remplazan la primitiva emoción de la multitud por una emoción más poderosa y desalentadora, como cuando se reprime un motín carcelario por medio de disparos de los guardias. En ocasiones, es posible dividir las opiniones del grupo y hacer que discutan unos de sus miembros con otros, en lugar de actuar. Está, por ejemplo, el famoso relato

Escaneado con CamScanner

del profesor universitario que fue convocado ante la junta de síndicos y acusado de no creer en Dios. Se salvó pidiéndoles que primero definiesen a Dios. Pero las multitudes son pocas veces tan tranquilas como una junta de síndicos, de modo que no es fácil llevarlas a un estado de ánimo favorable a la discusión.

LA FUENTE DE LA MULTITUD

Los individuos que constituyen una multitud determinada, si se trata de una multitud pura, están juntos por accidente. Esto no significa que no existan causas que expliquen su reunión, sino más bien que las causas no surgen del grupo mismo. Como no tiene organización, como es efímera, la multitud no selecciona a sus participantes. El agregado casual y no concentrado es una característica constante de la vida social, especialmente en las sociedades organizadas complejas, donde los contactos secundarios están a la orden del día. Por necesidad, los miembros de estos agregados son extraídos de todas las esferas de la vida y se encuentran en la situación solo porque para perseguir sus fines privados tienen que utilizar las comodidades comunes (tales como trenes, subterráneos, estadios, parques, restaurantes, etcétera). La mayoría de tales agregados jamás se resuelven en tipo alguno de multitud activa, pero una multitud puede surgir de ellos si aparecen las circunstancias adecuadas.

Una multitud concentrada se forma, ya sea a partir de un agregado o de una población dispersa, cuando surge algún estímulo que libera una tensión existente. Este estímulo puede ser simplemente un individuo que hace algo que otros descubren que les agradaría hacer (como, por ejemplo, bailar). Pero por lo general entraña un estímulo más violento y una tensión mayor. Una alarma de incendio, por ejemplo, puede provocar tal pánico a los ocupantes de un edificio, que los induzca a una huida en tropel. La visión de un acto inmoral o criminal puede llevar a un agregado a un alto nivel de cólera y a una acción punitiva. Las costumbres societarias y las leyes criminales no podrían existir si no tuviesen un respaldo emocional en los sentimientos del público. La violación abierta de estos sentimientos crea una tensión de la cual la acción de la turba proporciona una satisfactoria liberación. Las multitudes también ofrecen alivio a las tensiones sociales creadas por condiciones sociales consideradas injustas, a tal punto que algunos autores han considerado que la fuente primaria de las multitudes es la intranquilidad social.

TIPOS DE MULTITUD

Por lo general, se dice que la multitud surge en los intersticios de la organización social. Como no está organizada en sí misma, no

Escaneado con CamScanner

tiene una articulación elaborada con el resto del sistema social. Como no posee permanencia, no puede tener cultura o tradición propias. Y como posee cierta espontaneidad e impredictibilidad, carece prácticamente de algún grado de autocontrol. Las normas sociales parecen a menudo destinadas a impedir la formación de multitudes, o por lo menos a mantenerlas en el plano de agregados no concentrados. Así, la policía toma precauciones contra los alborotos; los oficiales de marina, precauciones contra los motines; los departamentos de incendio, precauciones contra las huidas en tropel; los bancos, precauciones contra los pánicos. Por cierto, éste es un caso en que un gramo de prevención vale un kilo de curación, porque una vez que una multitud entra en acción, es una potente máquina de destrucción, difícil de detener y difícil de orientar. En la mayoría de los pensamientos al respecto existe una corriente subterránea de desaprobación de las multitudes, y la suposición es la de que son destructivas antes que constructivas, y que convierten en bestias a hombres que, en otro sentido, son normales. Debido al mecanismo de la reacción circular, el foco de atención de la multitud se estrecha en un solo fin, perseguido con creciente intensidad e irreflexiva violencia; y ya hemos visto que el orden normativo exige cierto equilibrio de los fines. El carácter no intelectual, sino más bien principalmente emocional de la multitud, vinculado a su falta de organización y control interno, la torna incapaz de ningún logro complejo. Puede destruir con más facilidad de lo que construye, y como con frecuencia da expresión a impulsos inhibidos, muestra tendencia a ignorar o a ofender las costumbres de contención. En una palabra, parecen existir abundantes pruebas de que la multitud es con frecuencia un fenómeno social imprevisto e indeseado, un elemento anárquico en una sociedad ordenada.

Pero sería sorprendente que una fuerza tan poderosa no fuese utilizada socialmente de alguna manera. En realidad se necesita poca reflexión para advertir que la situación de la multitud es planeada constantemente y utilizada por todos los tipos de sistema social. En el capítulo anterior, por ejemplo, se señaló que habitualmente existe un área central de la comunidad en la cual se realizan reuniones de toda la comunidad. Estas reuniones tienen con frecuencia un carácter multitudinario. Especialmente es digno de mención el hecho de que la respuesta circular y la excitación aumentada de la multitud constituyen un arbitrio altamente eficaz para infundir o volver a subrayar los fines trascendentales, los valores del grupo, las normas sagradas y las ideas tradicionales según las cuales vive la comunidad. Estos fines, valores, normas e ideas no pueden ser mantenidos en la mente de los miembros de la sociedad en formas comunes, porque no son comunes, sino algo agregado a la realidad fáctica (sensorial) y que la trasciende. La religión ha incluido siempre la situación de la multitud entre sus recursos más importantes

Escaneado con CamScanner

para mantener su asidero sobre el pueblo. En algunas religiones, especialmente en las de las sociedades primitivas y en las de las sectas cristianas más vigorosas, esto resulta más claro que en otras, pero todas ellas utilizan dicho recurso. Las vocingleras reuniones de campamento y de reanimación de la fe religiosa de los rústicos bautistas, de los Holy Rollers, de los miembros de la secta de Pentecostés, etc., no son más que ejemplos extremos de comportamiento de multitud que caracterizan el periodo formativo de casi todas las sectas religiosas, desde los cristianos primitivos de Roma hasta los judíos jasídicos de los siglos XVII y XVIII. Pero incluso la iglesia más grave y establecida utiliza en cierta forma la interestimulación de la multitud y toma complicadas medidas para desarrollarla. Del mismo modo, los partidos políticos medran sobre la base de las convenciones multitudinarias; los gobiernos se basan en exhibiciones públicas y en entusiastas asambleas, y los colegios estimulan el espíritu universitario con reuniones, desfiles y cuadrillas de fanáticos del deporte. La muchedumbre excitada, aullante y a veces histérica es un elemento permanente de los grandes grupos organizados, desde la comunidad hasta la nación.

Para que no parezca que se describen aquí dos visiones irreconciliables de la multitud, digamos que las actitudes sociales son siempre relativas. La multitud activa ubicada en una situación errónea se considera como una amenaza debido a su tremenda fuerza, en tanto que en la situación correcta debido a la misma fuerza, se considera como una gran ventaja. Sin embargo, es preciso establecer ciertas reservas. La naturaleza de la multitud queda seriamente alterada cuando se la convierte en parte de la organización social. Por un lado, quedan fuertemente disminuidas su espontaneidad y su impredecibilidad, su anonimato, su transitoriedad y destructividad. Por ejemplo, la congregación religiosa es un grupo que se ha reunido antes, que vuelve a reunirse "para repetir una experiencia que proporcionó sentimientos agradables e inspirados en ocasiones anteriores".[1] Su actividad es orientada por un cuerpo de recuerdos y pautas de conducta, y manipulada por los funcionarios de la iglesia. Con frecuencia, la exhibición de una excesiva animación se considera de mal gusto; la congregación es contenida por el decoro tradicional y reducida a los límites de un público pasivo. Por otra parte, la habilidad con que es manipulada la congregación puede ser tal, que acentúe las características histéricas de la multitud mucho más allá de lo que probablemente sucedería en forma espontánea. El sacerdote puede ser un líder dominador, capaz de provocar un elevado emocionalismo. Su sermón puede estar salpicado de cánticos, inyectar un elemento rítmico en la reacción circular y conceder a los fieles una posibilidad de participar activamente en

[1] E. B. Reuter y C. W. Hart, *Introduction to Sociology*, Nueva York, McGraw-Hill, 1933, pág. 485.

Escaneado con CamScanner

la reunión. Las confesiones individuales del pecado pueden ampliar aún más la participación mutua. Es posible que los miembros de la congregación hayan sido elegidos de tal manera que se atraiga a los que poseen actitudes dotadas de una carga emocional. Sea como fuere, han llegado con una actitud de expectativa con respeto al júbilo que vendrá, con una habituación anterior a este tipo de abandono emocional de sí mismos. A medida que la oratoria inflamatoria del sacerdote llega a su apogeo, a medida que la música aumenta en ritmo y volumen, a medida que las confesiones se tornan más íntimas y fervorosas, a medida que el calor de la sala aumenta y los jadeos se tornan audibles, ciertos individuos se desploman inevitablemente bajo la tensión y se entregan a gritos salvajes y a contorsiones físicas. Éstos, a su vez, estimulan a los otros a caer en una conducta similar. Muy pronto se escuchan sollozos, gemidos, gritos, aullidos, risas histéricas, gritos de éxtasis; se observan convulsiones, estremecimientos incontrolables, revolcones y muchas otras cosas. Los fieles pueden tener visiones y alucinaciones. Pueden sacudirse y rodar por el suelo. Se ha llegado entonces a una intensidad de la histeria de la multitud, que pocas veces ocurriría, si es que ocurre alguna vez, sin un elevado grado de planificación deliberada y de manipulación de la situación. Esta adoración tan frenética puede frustrar el propósito mismo de la asociación congregacional, porque el placer de la orgía podría llegar a eclipsar todos los demás valores, incluso aquellos por los cuales se convocó la reunión. Pero la tendencia opuesta, la de convertir a la congregación en nada más que en un auditorio pasivo, también frustra probablemente este objetivo.

En vista de estas consideraciones parece claro que la primera línea de las distinciones, en la clasificación de las multitudes, es la que existe entre multitudes decididamente proporcionadas por las organización social y multitudes que surgen en forma espontánea e impredecible. Ésta es una distinción que atraviesa a las demás, porque casi todos los tipos de multitud concreta pueden tener a la vez una forma planeada y una no planeada. Las situaciones de interacción en que se reúnen las personas son infinitamente variadas. La mayoría de las mismas abarcan a personas con *status* bastante bien definidos las unas con respecto de las otras. Como tales, no son multitudes. Algunas de ellas pueden convertirse accidentalmente en multitudes, en tanto que otras engendran adrede un espíritu de multitud.

Una segunda distinción amplia es la que existe entre muchedumbres determinadas por fines comunes o de grupo y las determinadas por fines privados. En estas últimas, los fines privados deben ser tales que reúnan a los individuos. Pueden ser fines que no sean ni siquiera similares, pero que reúnan a muchos individuos en las mismas zonas limitadas, como —por ejemplo— en una calle

atestada. Pero por lo general, los fines (por lo menos, en un plano inmediato), aunque discordes y quizás opuestos, son similares. Por ejemplo, las personas que se reúnen para contemplar un incendio están todas motivadas por la curiosidad: los fines de todas son similares. Pero la multitud como unidad no es en modo alguno abarcada por este fin ni conduce a él. Cualquier persona particular contemplaría el incendio aunque no hubiera ninguna otra. En rigor, podría contemplarlo mejor si no tuviese que mirar por encima de los hombros de los demás. La multitud no es más que un producto colateral de la persecución de fines similares pero privados. No cabe duda de que la curiosidad de cada una de las personas es acentuada por la presencia de otros que también se muestran curiosos, y es posible que exista cierta emoción en encontrarse simplemente en el seno de una multitud. Pero el objetivo de cada uno no requiere a los demás ni se refiere a ellos. Existe un foco externo común, pero no un fin común. La forma en que los fines pueden ser semejantes pero separados queda ejemplificada del modo más claro en las multitudes que son verdaderos engorros: por ejemplo, cuando los miembros tratan, todos al mismo tiempo y para molestia de los demás, de comprar billetes, de aprovechar ventas excepcionalmente ventajosas o de ascender a un tren en la hora de mayor concentración del tránsito. Semejante multitud competitiva puede manifestar mala voluntad mutua o tolerancia mutua. De cualquier manera, puede hacer poco *como multitud,* salvo correr de un lado al otro. Si estalla en protesta unificada contra alguna molestia que experimenta, se convierte en algo radicalmente distinto: en una multitud con fines comunes. Si se dedica a poner en práctica algún objetivo organizándose y dividiendo su trabajo (si, digamos, decide apagar el incendio que ha estado presenciando o salvar a las víctimas de un accidente), se convierte en el acto en un grupo ordenado y deja de ser simplemente una multitud.[2]

Podemos esbozar, teniendo en cuenta estas distinciones, algunos de los tipos principales de multitud, como sigue:

MULTITUDES ARTICULADAS CON LA ESTRUCTURA SOCIAL

A) Auditorios formales: públicos de teatro, de deportes, congregaciones religiosas. Éstos tienen un foco central y fines similares, pero son de carácter pasivo.

B) Grupos expresivos planificados: multitudes de bailarines, multitudes en una fiesta, orgías religiosas. Éstas no tienen un foco muy grande, pero persiguen un fin similar, que es la actividad en sí misma y el placer que ésta proporciona. Cumplen la función de proporcionar escape y alivio a la tensión de la actividad rutinaria. La presencia de los otros, por medio de la interestimulación del grupo, constituye una ayuda definida para el cumplimiento de esta función.

2 Cf. R. M. MacIver, *Society,* Nueva York, Rinehart, 1937, págs. 188-189. [Trad. esp. citada.]

Escaneado con CamScanner

II. MULTITUDES CASUALES

A) Agregados inconvenientes: reuniones de gente que trata de compartir comodidades comunes. Por ejemplo: una cola ante una ventanilla expendedora de billetes, un grupo que trata de ascender a un ómnibus público o una cantidad de personas atrapadas en un atascamiento del tránsito. En estas multitudes, la presencia de los otros constituye un obstáculo para llegar a una meta competitiva, y la interestimulación puede adoptar la forma del antagonismo mutuo.

B) Multitudes presas de pánico: personas que huyen de un edificio incendiado, de una inundación, de una batalla o de cualquier otra catástrofe. En éstas, la interestimulación en el seno del grupo puede acentuar la sensación de pánico, aumentar el carácter irracional de la respuesta y constituir un verdadero obstáculo (a veces un obstáculo trágico) para huir del peligro común.

C) Multitudes de espectadores: grupos reunidos para presenciar un incendio u otro acontecimiento espectacular. Éstas se parecen a los auditorios antes mencionados, salvo que la situación no ha sido planeada y la actividad es en gran medida incontrolada. El foco es un suceso accidental. La interestimulación del grupo desempeña un papel relativamente pequeño, salvo en lo referente a atraer la atención de la gente hacia el suceso.

III. MULTITUDES ILEGALES

A) Turbas activas: grupos de linchadores, pandillas de saqueadores, multitudes rebeldes. El objetivo del grupo es lograr cierto propósito por la fuerza física, contrariamente a las reglas comunes de la ley y el orden. La presencia de gran cantidad de personas proporciona una sensación de anonimato, acentúa las emociones y conduce a acciones que difícilmente realizarían los individuos por sí solos. Por lo general, existe la sensación de que se está corrigiendo una injusticia y de que se están reivindicando derechos fundamentales frente a la lentitud, ineficiencia o falta de equidad del sistema legal establecido.

B) Multitudes inmorales: reuniones orgiásticas, pendencias de ebrios, celebraciones estrepitosas y destructivas. Este tipo se parece a los grupos mencionados más arriba, pero la liberación de la tensión llega hasta el punto de violar las costumbres. La interestimulación del grupo acentúa la sensación de liberación; el anonimato proporciona un sentimiento de protección ante posibles castigos; las frustraciones de la vida corriente, en especial las sexuales, proporcionan la motivación para la búsqueda del alivio total. La acción de la multitud tiende a terminar cuando se llega a un estado de saciedad.

Una clasificación como ésta no es completa ni definitiva. Lo mismo servirían otros modos de clasificación.[3] Además, cualquier multitud real puede representar más de un tipo. Las turbas de linchadores tienen a veces un carácter definidamente orgiástico, que sugiere tanto a la multitud inmoral como la turba. Sin embargo, un intento de clasificar las multitudes muestra las numerosas formas en que se manifiestan en la sociedad humana los atributos funda-

[3] Por ejemplo, HERBERT BLUMER: "Elementary Collective Groupings", en ROBERT E. PARK (dir.), *An Outline of the Principles of Sociology*, Nueva York, Barnes & Noble, 1939, págs. 233-241.

Escaneado con CamScanner

mentales de la multitud: el estrecho contacto físico, el estímulo mutuo, la duración temporaria, la interacción no organizada y el anonimato.

El público

A diferencia de la multitud, el público es un grupo disperso. Salvo en el caso de pequeñas comunidades aisladas, jamás se reúne. Su interacción debe llevarse a cabo a través de medios indirectos: mediante largas cadenas de conversaciones privadas, por medio de rumores, murmuraciones, noticias, por intermedio de la prensa, la radio, los noticiosos cinematográficos y la televisión. Estos medios indirectos permiten que el público esté compuesto por muchas más personas de las que tendría ninguna multitud. En realidad se puede imaginar un gran público mundial comparable, en amplitud de información y fuerza de cohesión, al público de una sola nación actual. Y sin embargo, a causa de sus dimensiones y dispersión, el público no puede exhibir el proceso de apiñamiento, la fuerte concentración, la intensidad emocional y la unanimidad impulsiva de la multitud. Difícilmente es un grupo activo, sino más bien un grupo que siente y piensa; de ahí la vinculación de "público" con "opinión". Toda acción por parte del públicto es realizada por medio de representantes o de actos individuales separados, tales como el de votar.

De ello se sigue que el individuo, como miembro de público, tiene más conciencia de sí mismo y de sus propios intereses, y menos conciencia del grupo, que si es miembro de una multitud. No es arrebatado por la estimulante presencia física de los otros. "En lugar de actuar en respuesta a las sugerencias y al estímulo excitado de aquellos con los cuales se encuentra en relación, actúa en respuesta al objeto que ha conquistado su atención y sobre la base de los impulsos despertados por dicho objeto." [4] Le interesa tomar decisiones acerca de problemas del momento, a la luz de sus propias predilecciones y deseos. La conducta del público, pues, es simplemente el resumen de todas las decisiones privadas adoptadas por los individuos constituyentes, y sobre cuya base actúan éstos.

Esto plantea el interrogante de cómo logra unidad el público. Si sus miembros adoptan sus propias decisiones acerca de todos los problemas, ¿cómo pueden surgir la acción al unísono? El hecho es que las decisiones deben adoptarse sobre alguna base. Incluso cuando los individuos piensan "por sí mismos", sin estímulos directos de otros, lo hacen en términos de costumbres, sentimientos y fórmulas que constituyen una parte de la cultura, y en función de informa-

[4] Blumer, *op. cit.*, pág. 243.

Escaneado con CamScanner

ciones que les son trasmitidas a través de otros. Por consiguiente, no puede existir un público sin cierto grado de cultura común, sin vías comunes de comunicación indirecta. Los dos grandes medios por los cuales puede obtenerse el respaldo del público para cualquier acción son: primero, el de recurrir a los sentimientos y tradiciones existentes; segundo, la emisión de informaciones falsas o verdaderas. A veces se dice que el público, en contraste con la multitud, es un grupo racional, pero esto es una tontería. El proceso de adoptar decisiones entraña la adaptación de la fórmula tradicional a la situación del momento, tal como se la conoce, pero la fórmula en sí misma no es necesariamente el resultado de un proceso de pensamiento lógico, ni la información es necesariamente exacta. Precisamente, mostrándose no lógicas —es decir, aceptando sentimientos y actitudes dados de antemano y seleccionando informaciones de acuerdo con los deseos antes que de acuerdo con la exactitud—, personas con distintos intereses llegan a abrigar opiniones similares, y el público se convierte en algo más que un simple concepto estadístico.

EL EFECTO DE LA OPINIÓN PÚBLICA

El efecto masivo de una decisión similar adoptada por millares o millones de personas, todas actuando en forma privada, puede ser enorme. Un desplazamiento en los gustos del público puede arruinar una industria y enriquecer otra. Una enérgica reacción pública puede iniciar una guerra o producir una revolución. Todos los gobiernos deben estimular una opinión pública favorable o correr el riesgo de ser derribados.

Existe siempre un elemento impredecible en la opinión pública. Los expertos en encuestas pueden predecir con exactitud, el día anterior a la elección, la forma en que votará la gente, pero entonces ya es demasiado tarde para que nadie utilice la predicción. Un pronóstico efectuado mucho antes de la elección y que mostrara cómo votaría la gente *si la elección se realizase al día siguiente,* sería válido no porque predeciría el resultado final de la elección real, sino porque aquilataría lo que tendría que hacer uno u otro de los bandos para influir sobre la elección final. El hecho mismo de que exista un problema ante el público indica incertidumbre. Un problema decidido ya no es problema. La atención del público se concentra solo con respecto a los problemas "vivos", problemas acerca de los cuales existe una división activa de las opiniones. En tales casos, el resultado pende de la balanza. Si una encuesta revela la tendencia del pensamiento del público, o si se hace una predicción en cuanto a la solución final, esto resulta ser nada más que otra información en la controversia que rodea al problema. Es claro que sería posible

Escaneado con CamScanner

realizar una predicción exacta de cuál sería el resultado *si dicha predicción no se hiciera* (o si no recibiese publicidad alguna), pero en cuanto se ha hecho la predicción y se la ha publicado, influirá por sí misma sobre el resultado final, con frecuencia de modo contrario al resultado en otro sentido exactamente previsto. Pero pocas veces tienen las predicciones una importancia decisiva para la solución de problemas públicos. En realidad, a cada rato se hacen predicciones, no como afirmaciones científicas, sino simplemente como recursos de propaganda para tratar de influir sobre el resultado final.

Por el hecho de que la opinión pública y la acción pública giran principalmente en torno de decisiones, vemos que la tendencia de la conducta pública no está dada automáticamente en la organización social existente. Cuando mucho, el marco de referencia existente no hace más que dictar los términos de la decisión y reducir el número de soluciones posibles. En Estados Unidos, el problema es el de qué *partido elegirá* el *presidente* siguiente. El hecho de si tendremos un presidente o un rey ya no es un problema, porque éste fue resuelto hace tiempo por la Constitución. Por otra parte, el hecho de si habrá una elección o un golpe militar tampoco es un problema, porque también esto ha sido solucionado. Resulta claro que el sistema social existente se ocupa de los aspectos fundamentales. Los problemas son en su mayoría superficiales, aunque una tendencia de resolverlos a medida que se presentan puede influir en forma gradual, y así influye, en el carácter de la organización social. Cuando un problema es dilucidado y esto se convierte en parte de la organización social, ya no se encuentra en el primer plano de la conciencia pública. En ese momento, la atención pública ha pasado a alguna otra cosa.[5]

OPINIÓN PÚBLICA Y PROPAGANDA

La opinión pública es un producto colectivo. Como tal, no es una opinión unánime ni es exactamente la opinión de una mayoría o incluso de una sola persona. Más bien es una opinión compuesta, una especie de promedio sintético constituido por todas las distintas opiniones realmente sustentadas por el público. Como es un producto colectivo, "representa a todo el público tal como es movilizado para que actúe en relación con el problema... La opinión pública avanza siempre hacia una decisión, aunque nunca sea unánime." [6]

Necesariamente, los problemas públicos tienden a ser formulados en términos dicotómicos. Por ejemplo: la guerra o la paz, la protec-

[5] Cf. A. Lawrence Lowell, *Public Opinion in War and Peace*, Cambridge, Harvard University Press, 1923, págs. 87-94.

[6] Blumer, *op. cit.*, págs. 247-248.

Escaneado con CamScanner

ción o el libre comercio, la prohibición o los bares de expendio de bebidas, la libertad o la esclavitud. Esto no significa que cada problema tenga solo dos facetas, sino simplemente que la acción pública puede movilizarse mejor y resulta más fácil encontrar un denominador común cuando existen solo dos aspectos. La fórmula más común es la del "por o contra". La gente puede ser agrupada según esté en favor o en contra del control de la natalidad, en favor o en contra del control de precios, en favor o en contra de la inmigración, etcétera. Con frecuencia, el individuo no se encuentra en ninguno de los dos bandos, en una entrega totalmente carente de reservas, pero el calor del debate público y la necesidad de la acción de masas reducen el problema a su mínimo común denominador, a la simple dicotomía. Cada grupo de presión trata de formular el problema en una forma que atraiga los sentimientos hacia sí. Si uno está "en favor del divorcio", entonces tiene que estar "en favor de la destrucción del hogar"; si está "en contra de la educación religiosa en las escuelas públicas", entonces tiene que estar "en favor del ateísmo y la decadencia moral". La solución final del problema es, a menudo, una solución que en la práctica nadie desea, pero que representa el resultado último de la lucha de los grupos de presión en conflicto, una lucha en la cual las armas de la deformación, la intimidación, la censura, la falta de información y el desatino representan papeles de importancia. Solo cuando se observa un sistema total de problemas y soluciones aparece en la conducta pública una semblanza de orden y coherencia. La solución de un problema determinado parece con frecuencia absolutamente caótica y carente de representatividad.

No todos los miembros del público están igualmente interesados en un problema dado. Los que tienen un interés real o imaginario en el asunto y están organizados para la acción, muestran el interés mayor y se esfuerzan por conquistar el respaldo de los grupos menos interesados, los cuales se colocan, así, en la posición de árbitros; su reacción es la que, por lo general, determina cuál de los dos extremos triunfará en el resultado final.[7] Sin embargo, precisamente porque no representó el papel principal en la formulación del problema y en la dirección de los debates, el llamado público pasivo, a pesar de su posición de árbitro, se encuentra en cierto modo a merced de los grupos de presión. Tiene que decidir respecto de las alternativas que se le presentan, utilizar las informaciones y los razonamientos que van apareciendo; por lo tanto, frecuentemente tiene que adoptar uno u otro de dos males. Por lo general, no establece las alternativas por sí mismo. Son casi ilimitadas las triquiñuelas por medio de las cuales las personas son llevadas a pronunciarse en favor de una situación y en contra de otra. No tiene sentido describirlas

7 BLUMER, *op. cit.*, págs. 248-249.

Escaneado con CamScanner

aquí.[8] Baste con decir que todas entrañan el control de los hechos o el de la interpretación de los mismos. Para llegar a una conclusión acerca de un problema, una persona tiene que disponer, por una parte, de lo que considera un relato exacto de la situación del momento y sus probables consecuencias, y, por la otra, de una serie de valores por medio de los cuales juzga acerca de las consecuencias. Si los publicistas pueden falsificar los hechos, conducirla a efectuar predicción errónea, subrayar algunos de sus valores en contra de otros o empujarla a vincular los hechos con determinados valores que en otro caso no consideraría pertinentes a la situación, entonces podrán influir sobre sus opiniones. La utilización de todas las tretas que se ubican en estas categorías es lo que denominamos propaganda. En otras palabras, la propaganda es el empleo de razonamientos o de hechos —en los cuales uno no cree— para persuadir a otra persona de que se pronuncie en favor de determinado tipo de acción que, de otro modo, no apoyaría. Si el propio publicista cree en el razonamiento o en los hechos, el proceso no es entonces propaganda, sino educación o adoctrinamiento.

Las formas más predominantes de propaganda en nuestra sociedad son las vinculadas con la política y el comercio. La primera es de gran importancia porque está vinculada con el ejercicio del poder. La última es de igual importancia porque está vinculada con la ventaja pecuniaria. Se trate de un grupo de presión, un gobierno, una firma comercial, una iglesia o un sindicato, existe un incentivo muy grande, en ambos casos, para que el grupo utilice todas las tretas de que dispone. Parte de la maquinaria institucional tiene la función de controlar el empleo sin inhibiciones de la propaganda, pero, dada la naturaleza del caso, jamás puede tener un éxito total.

La censura no es más que una propaganda negativa. Por medio de su utilización se trata de controlar la opinión pública impidiendo el acceso a ciertos argumentos o hechos.

CRECIENTE IMPORTANCIA DEL PÚBLICO EN LA SOCIEDAD MODERNA

Con el desarrollo de la tecnología moderna, el público, en el sentido aquí utilizado, ha asumido una creciente importancia. Ha llegado a sumar un número considerable que alcanza, con respecto a ciertos problemas, a cientos de millones de personas. Se ha exten-

[8] Véase Clyde R. Miller, *The Process of Persuasion*, Nueva York, Crown, 1946; Robert K. Merton, *Mass Persuasión*, Nueva York, Harper, 1946, y Leonard W. Doob, *Propaganda*, Nueva York, Holt, 1935.

dido en el espacio, abarcando, a veces, todo el globo. La existencia de una opinión pública tan amplia en lo que atañe a muchos problemas significa que las noticias circulan, que los pensamientos se encuentran por lo menos hasta el punto de debatir acerca de una decisión. El gigantesco estado impersonal, la gran ciudad, la enorme corporación, la gran jerarquía eclesiástica, la fábrica de producción en masa: todo esto sería imposible sin la presencia de un amplio público. Estas agencias deben tratar de obtener una acción favorable por parte de millones de personas. Solo recurriendo a ellas, por medio de las vías de la comunicación de masas, por la educación pública, el debate público, la propaganda pública y la publicidad de masas puede lograrse cierta semblanza de unidad y eficiencia. La sociedad moderna se basa principalmente en la opinión y en la conducta públicas. Es, en rigor, un agrupamiento de diferentes públicos, cuyas dimensiones y carácter varían con el problema, con el medio de comunicación y con el grado de interés y educación. La educación pública, en todas sus diversas manifestaciones, es la palestra intelectual de la sociedad moderna y ayuda en gran medida a darle a ésta su calidad dinámica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

WILLIAM ALBIG, *Public Opinion*, Nueva York, McGraw-Hill, 1939.

Un manual clásico en este terreno.

F. O. BARTLETT, *La propaganda política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941. [Trad.]

HADLEY CANTRIL, *Gauging Public Opinion*, Princeton, Princeton University Press, 1944. [Trad. esp.: *La invasión desde Marte*, Madrid, Ed. Pegaso, 1945.]

Describe en forma interesante las maneras en que la opinión pública es sometida a muestreo, analizada e interpretada. Con abundancia de ejemplos provenientes del rico acopio del autor, en cuanto a resultados de investigaciones de la opinión. Véase también del mismo autor, The Invasion from Mars, *Princeton, Princeton University Press, 1940, exposición del pánico creado por la famosa trasmisión radiofónica de Orson Welles.*

JEAN-MARIE DOMENACH, *La propaganda política*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962. [Trad.]

LESLIE E. GILL, *Publicidad y Psicología*, Buenos Aires, Psiqué, 1956. [Trad.]

ROGER GIROD, *El poder de las masas*, Barcelona, Ed. Hispano Europea, 1956. [Trad.]

V. F. C. HECKER, *The Black Death, and The Dancing Mania*, Cassell and Co., año 1888.

Notables ejemplos de la conducta de masas en la Edad Media.

HELEN MACGILL HUGHES, *News and the Human Interest Story*, Chicago, University of Chicago Press, 1940.

Fascinante análisis de la naturaleza social de las noticias, con especial referencia a la historia del interés humano en los periódicos.

RICHARD T. LAPIERE, *Collective Behavior*, Nueva York, McGraw-Hill, 1938.

Presenta, en forma breve, interesante y organizada, las características salientes de distintos tipos de públicos y multitudes. Un trabajo especialmente bueno en cuanto a los tipos de conducta recreativa y escapista.

Escaneado con CamScanner

PAUL F. LAZARSFELD, BERNARD BERELSON y HAZEL GAUDET, *The People's Choice*, Nueva York, Duell, Sloan y Pearce, 1944; reeditado, Columbia University Press, 1948. [Trad. esp.: *El pueblo elige*, Buenos Aires, Ediciones 3, 1962.]

Estudio de la conducta del público norteamericano durante una campaña de elección presidencial, basado en estudios de la conducta de los votantes, encuestas sobre la opinión, y propaganda.

GUSTAVE LEBON, *The Crowd*, Londres, Unwin, 1899. [Trad. esp.: *Psicología de las multitudes*, Buenos Aires, Albatros, 1942.]

Éste es el tratado precursor en materia de conducta de la multitud. La Piere dice acerca del mismo: "El análisis de LeBon es estimulante, pero con frecuencia místico y a menudo incoherente. Su tesis central, la de que el individuo se comporta en el grupo en forma distinta de lo que lo hace en aislamiento, es indiscutible. Pero sus explicaciones de este hecho son poco menos que hegelianas.

WALTER LIPPMANN, *Public Opinion*, Nueva York, McMillan, 1922.

Ya recomendada como obra maestra.

ROBERT K. MERTON, *Mass Persuasion: The Social Psychology of a War Bond Drive*, Nueva York, Harper, 1946.

Investigación de las técnicas y condiciones por medio de las cuales Kate Smith, la estrella radiofónica, vendió unos 39.000.000 de dólares de bonos de guerra en el trascurso de un solo día. Basado en un cuidadoso estudio de los oyentes mientras se desarrollaba la campaña.

ARTHUR F. RAPER, *The Tragedy of Lynching*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1933.

Estudio del linchamiento como fenómeno social.

BRUCE JAMES SMTH, HAROLD D. LASSWELL y RALPH D. CASEY, *Propaganda, Communication, and Public Opinion*, Princeton, Princeton University Press, 1946.

Contiene 117 páginas que analizan la profesión del analista de la opinión pública, el contenido de las comunicaciones y los efectos de las mismas. Luego, en las 264 páginas siguientes, una bibliografía anotada de 150 "destacados títulos sobre la propaganda, la comunicación y la opinión pública".

WALTER WHITE, *Rope and Faggot*, Nueva York, Knopf, 1929.

El análisis crítico de un negro sobre la conducta de los linchadores.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO XIV

CASTA, CLASE Y ESTRATIFICACIÓN

Cuando pensamos en las castas, en las clases y en la estratificación social en general, pensamos en grupos que ocupan diferentes posiciones en el orden social y que gozan de distintas dosis de prestigio. Pero es preciso hacer notar que no todas las diferencias de posición se clasifican como estratificación. Por ejemplo, nadie piensa que todos los esposos, así como todos los adolescentes o todos los abuelos, constituyan una clase social, pero en cambio se considera que forman una todos los arrendatarios agrícolas.

La diferencia entre posiciones estratificadas y no estratificadas parece girar en torno de una diferencia con respecto a la familia. Las posiciones que pueden ser combinadas en la misma familia legítima —por ejemplo las basadas en el sexo, la edad y el parentesco— no forman parte del sistema de estratificación. Por otra parte, las posiciones cuya combinación, en la misma familia legal está socialmente prohibida —por ejemplo las distintas posiciones de casta o de clase— constituyen lo que denominamos estratificación.

Con respecto a la jerarquía de clases, la familia es una unidad; sus miembros ocupan el mismo rango. Esto se debe a que una de las principales funciones de la familia es la adscripción de *status*. No podría realizar tal función si, como familia, no ocupase una sola posición en la escala. Se dice que los niños "adquieren el *status* de sus padres", con lo cual se quiere insinuar que los dos padres tienen un *status* común que trasmitir y que el niño lo recibe automáticamente como miembro de la familia. Del mismo modo, marido y esposa son considerados pares sociales. En una palabra; entre miembros de la misma familia, los antagonismos de clase se consideran inadecuados. Es por eso que todas las esposas no constituyen una clase social opuesta a todos los esposos. Sabemos que existen esposas en todos los estratos sociales y que, por lo general, una esposa está más cerca de su marido en materia de lealtad e intereses de lo que lo está con respecto a cualquier otra mujer, y por cierto que está mucho más cerca de su clase social que del sexo femenino en conjunto. Por lo tanto, resulta evidente que si bien distintos *status* pueden combinarse en la misma familia —y deben hacerlo a

Escaneado con CamScanner

fin de funcionar adecuadamente—, no pueden constituir la base de la estratificación.

Entre personas de *status* desigual en la jerarquía de clases existe, invariablemente, una prohibición formal o informal contra el matrimonio y, por lo tanto, contra la formación de lazos familiares legítimos. El casamiento de un paria y un brahmín en la India, de un negro y un blanco en Estados Unidos, de un hacendado y un peón en México, es objeto de un fuerte tabú. Pero, en cambio, se estimula el matrimonio dentro del estrato del que uno forma parte. Esto significa que los miembros de la misma clase están unidos por vínculos de familia reales y potenciales, en tanto que los miembros de distintos estratos son rechazados por la inexistencia e imposibilidad de semejantes vínculos. Por consiguiente, el sistema de *status* estratificados engendra a menudo la solidaridad de estrato, en tanto que el otro tipo de *status* no engendra por lo común la solidaridad entre quienes poseen el mismo *status.* Entre las clases sociales puede desarrollarse un conflicto abierto con mucho mayor facilidad que entre distintos grupos de edades o diferentes sexos. La "batalla de los sexos" es en cierto modo una expresión figurada, en tanto que la lucha de clases es a veces una realidad.

Esto no significa que los *status* no estratificados carezcan de un elemento discriminatorio. Por el contrario, asignamos una distinta evaluación al hombre y a la mujer, al anciano y al joven, a los casados y a los divorciados. Pero el "rango" de estos *status* no forma parte de una serie graduada, y las personas que los ocupan, como acabamos de ver, están por lo general más estrechamente identificadas (por ejemplo en la familia) con otras de distintos *status* que con quienes comparten el suyo. Además, el propio individuo no puede modificar con facilidad, con su solo esfuerzo, su *status* no estratificado.

Por otra parte, las posiciones de casta y de clase contienen un fuerte elemento discriminatorio. Las gradaciones son numerosas y se disponen en una jerarquía. Las relaciones entre los distintos grados son impersonalizadas por la exclusión de los vínculos de familia, en tanto que las relaciones dentro de la gradación a que uno pertenece se tornan más solidarias por la presencia de los lazos familiares. Por último, siempre existe la posibilidad de cambiar, mejorar o empeorar la posición de clase. Puede resultar imposible alterarla en forma muy sustancial, pero siempre es posible alguna modificación. En Estados Unidos, los negros pueden pasar muy pocas veces a la casta blanca, pero en cambio pueden elevar o reducir en gran medida su posición dentro de la casta negra. Por todos estos motivos, la preocupación por el prestigio, la emulación y el rango es mayor con respecto a los *status* estratificados que en lo referente a los no estratificados.

Escaneado con CamScanner

La distinción entre *status* estratificados y no estratificados que se acaba de dar, sirve para dos fines. Primero, separa el tema de la estratificación del tema más general del *status* y el papel (ya analizado en el capítulo IV). Segundo, sugiere el papel fundamental de la familia para entender la estratificación. Esta segunda característica se hará cada vez más clara. Pero, por el momento, deseamos explicar tan ampliamente como sea posible las causas de la estratificación en la sociedad humana.

La explicación de la estratificación [1]

Cuando se estudian las culturas del mundo se advierte que ninguna sociedad carece de clases, es decir, no está estratificada. Existen algunas comunidades primitivas tan pequeñas, que no aparecen en ellas estratos de clase y la organización social se basa casi por entero en la edad, el sexo y el parentesco; pero incluso en ellas la jefatura, la hazaña individual y la propiedad de clan o de familia introducen una estratificación incipiente. En cuanto se llega a mayores dimensiones y complejidad aparece de modo inconfundible la estratificación.

Al mismo tiempo, aunque el principio de la estratificación es universal, su manifestación concreta varía notablemente de una sociedad a otra. Por consiguiente, la tarea explicatoria exige dos líneas de análisis distintas: una, para entender las características universales de la estratificación; otra, para entender los rasgos variables. Por supuesto, las dos líneas de investigación son indispensables, pero en lo que sigue —debido a las limitaciones de espacio— se pondrá el acento en las universales.

LA NECESIDAD FUNCIONAL DE LA ESTRATIFICACIÓN

Los hombres siempre han soñado con un mundo en el cual no existiesen distinciones de rango. Pero este sueño ha tenido que vérselas con una dura realidad. Toda sociedad debe distribuir a sus individuos en las posiciones de su estructura social e inducirlos a cumplir con los deberes de dichas posiciones. Por lo tanto, tiene que resolver el problema de la motivación en dos planos: imbuir en los individuos adecuados el deseo de ocupar ciertas posiciones y, una vez ocupadas, el deseo de ejecutar los deberes vinculados a ellas.

Si los deberes relacionados con las distintas posiciones fuesen todos igualmente agradables para el organismo humano, todos igual-

[1] Esta teoría general de la estratificación está tomada en gran parte de Kingsley Davis y Wilbert E. Moore, "Some Principles of Stratification", en *American Sociological Review*, vol. X, abril de 1945, págs. 242-247.

Escaneado con CamScanner

mente importantes para la supervivencia social y todos igualmente dependientes de las mismas capacidades o talentos, no importaría quién ocupase qué posiciones, y el problema de la ubicación social quedaría reducido en gran medida. Pero en la práctica tiene mucha importancia quién ocupa qué posiciones, no solo porque algunas son más intrínsecamente agradables que otras, sino porque algunas exigen talentos o adiestramiento especiales, y unas tienen más importancia que otras. Además, es esencial que las obligaciones que impone la posición sean cumplidas con la diligencia que su importancia requiere. Resulta entonces inevitable que una sociedad tenga cierto tipo de recompensas que pueda utilizar como incentivos, y cierta forma de diversa distribución de las recompensas según las posiciones. Las recompensas y su distribución, con respecto a las posiciones sociales, se convierten de tal modo en parte del orden social; constituyen la estratificación.

Se podrá preguntar qué tipo de recompensas dispone una sociedad para distribuir a su personal y asegurar así servicios esenciales. Tiene, en primer lugar, las cosas que contribuyen al sustento y a la comodidad: los incentivos económicos. Tiene, en segundo término, las cosas que contribuyen a la fantasía y la diversión: los incentivos estéticos. Y posee, por último, las cosas que contribuyen al respeto de sí mismo y a la expansión del *ego*: los incentivos simbólicos. En cualquier sistema social, los tres tipos de recompensas, y otros, deben distribuirse desigualmente entre las diferentes posiciones.

En cierto sentido, las recompensas están "incorporadas" a la posición. Constituyen los "derechos" vinculados con la posición, más los que podrían denominarse sus acompañamientos o gajes. A menudo, los derechos y —a veces— los acompañamientos están funcionalmente relacionados con los deberes de la posición. Pero puede existir una multitud de derechos y gajes subsidiarios que no sean esenciales para la función de la posición y solo posean una vinculación indirecta y simbólica con sus deberes, a pesar de lo cual resultan de considerable importancia para inducir a la gente a obtener las posiciones y cumplir con los deberes esenciales.

Si los derechos y gajes de las distintas posiciones de una sociedad tienen que ser desiguales, entonces ella debe estar estratificada, porque tal es precisamente el significado de la estratificación. De tal manera, la desigualdad social es un arbitrio inconscientemente creado por medio del cual las sociedades se aseguran de que las posiciones más importantes sean llenadas escrupulosamente por las personas más calificadas. De ahí que toda sociedad, por simple o compleja que sea, debe diferenciar a las personas en términos tanto de prestigio como de estima, y poseer, por consiguiente, cierta proporción de desigualdad institucionalizada.

No se sigue de ello que la proporción o el tipo de desigualdad tengan que ser los mismos en todas las sociedades. Simplemente tra-

Escaneado con CamScanner

tamos de explicar el hecho universal de la estratificación, no importa cuál sea su forma particular. Los distintos tipos de estratificación son una función de otros factores, además de la amplia necesidad funcional que estamos analizando.

Las dos determinantes del rango de posición

Admitida la función general que cumple la desigualdad, se pueden especificar los dos factores que determinan el rango relativo de las distintas posiciones. En general, conceden la mayor recompensa y, por lo tanto, el rango más elevado las posiciones que *a*) tienen la mayor importancia para la sociedad y *b*) exigen el mayor adiestramiento o talento. El primer factor se refiere a la contribución funcional relativa de la posición, en comparación con otras; el segundo se refiere a la relativa escasez de personal para llenar la posición.

IMPORTANCIA FUNCIONAL DIFERENCIAL

En realidad, una sociedad no necesita recompensar las posiciones en proporción a su importancia funcional. Solo necesita conceder una recompensa suficiente para asegurarse de que sean llenadas en forma competente. En otras palabras, tiene que cuidar que las posiciones menos esenciales no compitan con éxito con las más esenciales. Si una posición puede llenarse con facilidad, no tiene por qué ser considerablemente recompensada, aunque sea importante. Por otra parte, si es importante pero difícil de llenar, la recompensa tendrá que ser lo bastante elevada como para llenarla de alguna manera. Si carece de importancia y resulta difícil conseguir quién la ocupe, es muy posible que se la deje a un lado. Por lo tanto, la importancia funcional es una causa necesaria, pero no suficiente, de que a una posición se le asigne un elevado rango.

ESCASEZ DIFERENCIAL DE PERSONAL

Prácticamente todas las posiciones, no importa cómo hayan sido adquiridas, exigen cierta habilidad o capacidad. Esto está implícito en la noción misma de posición, que exige que el ocupante debe realizar ciertas cosas por el hecho de ocuparla.

A la larga solo existen dos formas de establecer las calificaciones de una persona: por capacidad innata o por educación. Es evidente que en las actividades concretas ambos elementos son siempre necesarios; hace falta cierta capacidad si se quiere que la educación resulte efectiva, y es necesaria cierta educación para que la capacidad

Escaneado con CamScanner

pueda expresarse. Pero desde un punto de vista práctico, la escasez puede referirse a una o a otra, o a ambas a la vez. Algunas posiciones exigen un talento innato de tan alto grado, que las personas que las ocupan tienen que ser inevitablemente escasas. Pero en muchos casos el talento abunda bastante en la población, a pesar de lo cual el proceso de educación es tan prolongado, costoso y complicado, que relativamente pocos llegan a adquirir las calificaciones. La medicina moderna, por ejemplo, se encuentra dentro de los alcances de la capacidad mental de la mayoría de los individuos, pero su aprendizaje es tan agobiador y costoso que virtualmente nadie la acometería si la posición de médico no tuviese apareada una recompensa acorde con el sacrificio.

Si abunda el talento necesario para una posición y si su aprendizaje es fácil, el método para adquirir la posición puede tener muy poco que ver con sus obligaciones. En rigor, es posible que exista una relación virtualmente accidental. Pero si las habilidades exigidas son escasas debido a la rareza del talento o al costo del aprendizaje, entonces la posición, si es funcionalmente importante, tiene que tener un poder de atracción suficiente como para hacer acudir a los hombres de talento, en competencia con otras posiciones. Esto significa, en la práctica, que la posición debe tener una elevada ubicación en la escala social, debe otorgar un gran prestigio, un elevado salario, mucho tiempo libre, etcétera.

Una aparente crítica

Se podrá objetar la precedente explicación de la estratificación con el argumento de que rige para un orden competitivo, pero no para uno que no lo sea. Por ejemplo, en un sistema de castas parecería que la gente no obtiene sus posiciones por su talento o educación, sino más bien por nacimiento. Esta crítica plantea un problema fundamental y obliga a hacer un agregado a la teoría. Pero no la anula.

En primer lugar, resulta evidente que nuestro análisis se refiere al sistema de posiciones, y no a los individuos que las ocupan. Una cosa es preguntar por qué las distintas posiciones entrañan diferentes grados de prestigio, y otra muy distinta preguntar por qué determinados individuos ocupan esas posiciones. La mayor parte de la literatura referida a la estratificación ha tratado de contestar a la segunda pregunta (especialmente en relación con la facilidad o dificultad de la movilidad entre los estratos) sin abordar la primera. Pero la primera pregunta es lógicamente previa, y en el caso de un individuo o grupo determinados, concretamente previa.

En segundo término, las necesidades funcionales responsables de la estratificación no actúan con exclusión de todas las demás fun-

Escaneado con CamScanner

ciones. Hay algunas funciones adicionales, igualmente necesarias, que tienen el efecto de limitar y orientar la estratificación. Por ejemplo, la necesidad de contar con una organización social —la familia— para la reproducción y socialización de los niños exige que la estratificación se halle adaptada de alguna manera a dicha organización. La adaptación adquiere la forma de la adscripción de *status*. El niño, como se ha mencionado antes, recibe inicialmente el *status* de clase de sus padres. Incluso en un sistema altamente competitivo esto lo ayuda o le pone trabas durante el resto de su vida para la adquisición de sus *status* de adulto. En un sistema menos competitivo, como el que resulta posible en las sociedades agrícolas estables, la influencia de la posición de los padres puede tender a durar toda la vida. Aunque esto parece excluir la importancia funcional, la educación y el talento, sigue siendo cierto —como veremos más adelante, en el análisis de la casta— que siempre hace falta alguna competencia y, para la mayoría de las posiciones, cierta capacidad y educación. Por lo tanto, sigue siendo posible explicar la jerarquía general de posiciones sobre la base de la importancia funcional y de la escasez del personal. Aunque una persona de casta elevada ocupe un alto rango a causa de sus padres, el motivo de la alta evaluación de las funciones que cumple su casta en la comunidad no puede hallarse en este hecho. La baja condición de las castas de barrenderos en la India, en comparación con las sacerdotales, no puede explicarse diciendo que los hijos de los barrenderos se hacen barrenderos y los de los brahmines, brahmines. En todas las sociedades, los barrenderos tienden a poseer un *status* inferior y los sacerdotes, uno superior. De tal modo, la necesidad funcional que existe detrás de la estratificación parece tener vigencia en todo momento, a pesar de la vigencia competitiva de otras funciones.

Las principales funciones societarias y la estratificación

En la medida, pues, en que existen diferencias entre un sistema de estratificación y otro, son atribuibles a los factores que afecten a las dos determinantes de la recompensa diferencial —la importancia funcional y la escasez de personal— con respecto a los distintos tipos de posiciones. Las posiciones importantes en una sociedad pueden no ser importantes en otra, porque pueden ser diferentes las condiciones en que se desenvuelven las sociedades o distinto su grado de desarrollo interno. Pero debido a la necesidad universal de ciertas funciones en la sociedad, que exigen la organización social para su ejecución, hay una similitud subyacente entre el tipo de posiciones encumbradas, las del medio y las de la base de la escala. Por tal motivo, parece prudente, antes de analizar las variedades de sistemas concretos de estratificación, tomar algunas de las más impor-

Escaneado con CamScanner

tantes funciones de la sociedad y ver qué es lo que tiende a concederles el rango que poseen. Para tal fin elegiremos la religión, el gobierno, la actividad económica y la tecnología.

LA RELIGIÓN

Un capítulo posterior (el capítulo XIX) presenta un análisis de las funciones sociales de la religión. Trata de mostrar que la religión sirve para expresar, reforzar y racionalizar los valores comunes y los fines de grupo de la sociedad. Los fines y los valores comunes se vinculan, por medio de la creencia y el ritual, con un mundo imaginario simbolizado por objetos sagrados concretos. Este mundo, a su vez, se relaciona en forma significativa con los hechos y los problemas de la vida del individuo. Mediante la adoración de objetos sagrados y de los seres por ellos simbolizados, se ejerce un poderoso control sobre la conducta humana, orientándola según lineamientos que sostienen la estructura institucional y promueven los valores y fines últimos.

Si esta concepción de la religión es cierta, se puede entender por qué en todas las sociedades conocidas las actividades religiosas tienden a estar a cargo de personas especializadas que en general gozan de mayores recompensas que el miembro común de la sociedad. Algunas de las recompensas y privilegios especiales pueden estar destinados solo a los más altos funcionarios religiosos, pero en general hay otros que rigen para toda la clase sacerdotal, cuando ésta existe.

Hay una relación peculiar entre los deberes del funcionario religioso y los privilegios especiales de que goza. Si el mundo sobrenatural gobierna los destinos de los hombres más definitivamente que el mundo real, su representante terrenal, la persona por medio de la cual es posible comunicarse con lo sobrenatural, tiene que ser un individuo poderoso. Es el custodio de la tradición sagrada, un hábil ejecutante del ritual y un intérprete del saber y el mito. Se encuentra en tan estrecho contacto con los dioses, que se lo considera poseedor de algunas de las características de éstos. En una palabra: es en cierta medida sagrado él también; por lo tanto, está libre de las necesidades y de los controles más vulgares.

En consecuencia, no es un accidente que los funcionarios religiosos se hayan vinculado a las más altas posiciones de poder, como ocurre en los regímenes teocráticos. En verdad, contemplado desde este punto de vista, es posible preguntarse por qué no tienen *todo* el control de sus sociedades. Los factores que lo impiden son dignos de mención.

En primer lugar, la dosis de competencia técnica necesaria para la ejecución de los deberes religiosos es pequeña. Cualquiera puede afirmar que se encuentra en íntima relación con las deidades, y

Escaneado con CamScanner

nadie puede discutírselo con éxito. Por consiguiente, el factor de la escasez de personal no funciona en el sentido técnico.

Se podrá afirmar, por el contrario, que el ritual religioso es a menudo complicado, que el saber religioso es abstruso y que las funciones sacerdotales requieren tacto, cuando no inteligencia. Esto es cierto, pero las exigencias técnicas de la profesión son en su mayor parte adventicias, no se relacionan con el fin del mismo modo que la ciencia, por ejemplo se relaciona con los viajes por aire. El sacerdote jamás estará libre de la competencia vulgar, porque los criterios de si uno tiene o no auténticos contactos con lo sobrenatural no son jamás estrictamente claros. Esta competencia vulgar es la que disminuye la posición sacerdotal por debajo de lo que podría suponerse a primera vista. Por eso, el prestigio sacerdotal es más elevado en las sociedades en que la pertenencia a la profesión es rígidamente controlada por la propia comunidad de los sacerdotes, porque ese control crea una escasez artificial. La amenaza de la competencia vulgar también explica por qué, por lo menos en parte, se utilizan complicados medios para subrayar la identificación de la persona con cargo sacerdotal, tales como un atavío espectacular, una conducta anormal, una dieta especial, una residencia segregada, el celibato, una considerable disposición de tiempo libre y demás. Sin estos recursos, el sacerdote corre siempre el peligro de desacreditarse un tanto —como sucede en una sociedad secularizada— porque en un mundo de hechos inflexibles, el ritual y el conocimiento sacro por sí solos no hacen surgir cosechas ni construyen casas. Además, si no está protegido por una corporación profesional, la identificación del sacerdote con las cosas del otro mundo tiende a impedir su adquisición de los bienes de este mundo. Si no puede acumular bienes terrenales, pierde uno de los principales símbolos y puntales de su elevado *status*.

En la comparación de una sociedad con otra, parece que el sacerdote recibe el rango más elevado en el tipo medieval de orden social. En esa sociedad existe suficiente producción económica como para acumular un excedente que puede ser empleado para mantener un sacerdocio numeroso y altamente organizado. Además, el pueblo es analfabeto y, por lo tanto, crédulo en alto grado. El ejemplo más extremo es quizás el budismo del Tibet, pero también se encuentran otros en el catolicismo de la Europa feudal, el régimen incaico del Perú, el brahminismo de la India y el sacerdocio maya del Yucatán. Por otra parte, si la sociedad es tan tosca que no posee un excedente económico y tiene poca diferenciación ocupacional, de modo que cada sacerdote debe ser al mismo tiempo un cultivador o un cazador, la separación del *status* sacerdotal respecto de los otros no ha avanzado lo suficiente como para que el prestigio sacerdotal tenga mucha importancia. Cuando el sacerdote tiene un elevado prestigio en tales

Escaneado con CamScanner

circunstancias, es porque también cumple otras importantes funciones (por lo general, políticas y médicas).

En una sociedad altamente avanzada basada en una tecnología científica, el sacerdocio tiende a perder *status* porque la tradición sagrada y el sobrenaturalismo pasan a segundo plano. Los valores últimos y los fines comunes de la sociedad tienden a ser expresados en formas menos antropomórficas por funcionarios que ocupan en lo fundamental posiciones políticas, económicas o educativas antes que religiosas. Ello no obstante, es muy posible que los intelectuales exageren el grado en que el sacerdocio ha perdido prestigio en un medio presumiblemente secular. Cuando se examina de cerca el asunto, el proletariado urbano y la masa rural resultan ser sorprendentemente temerosos de Dios y apegados a los sacerdotes. Ninguna sociedad se ha secularizado tan completamente como para liquidar del todo la creencia en los fines trascendentales y en las entidades sobrenaturales. Incluso en una sociedad secularizada tiene que existir cierto sistema para la integración de los valores últimos, para su expresión ritualista y para las adaptaciones emocionales exigidas por la desilusión, la muerte y el desastre.

EL GOBIERNO

Lo mismo que la religión, el gobierno desempeña un papel singular e indispensable en la sociedad. Pero en contraste con la religión, que proporciona integración en términos de sentimientos, creencias y rituales, éste organiza la sociedad en términos de ley y autoridad. También orienta a la sociedad hacia el mundo real, antes que hacia el invisible.

Por definición, la acción política entraña autoridad. Un funcionario puede mandar porque posee autoridad, y el ciudadano debe obedecer porque está sometido a esa autoridad. Por tal motivo, la estratificación es inherente a la naturaleza de las relaciones políticas.

Tan claro es el poder encarnado en la posición política, que a veces se piensa que la desigualdad política comprende todas las desigualdades. Pero se puede demostrar que existen otras bases de estratificación, que en la práctica funcionan los siguientes controles para impedir que el poder político se torne completo: *a*) el hecho de que los ocupantes del cargo político, y en especial los que determinan la política en la cumbre, deben ser necesariamente pocos en número, en comparación con la población total; *b*) el hecho de que los gobernantes representan el interés del grupo en su conjunto antes que el de ellos mismos solamente y que, por lo tanto, se ven limitados en su conducta por reglas y costumbres destinadas a poner en vigor esa limitación de intereses; *c*) el hecho de que el ocupante del cargo político posee su autoridad en virtud de su cargo, y no de

Escaneado con CamScanner

otra cosa, y que, por ende, todo conocimiento, talento o capacidad especiales que pudiera poseer son puramente incidentales, de manera que tiene que depender de otros en materia de ayuda técnica.

En vista de estos factores limitantes, no es extraño que los gobernantes tengan a menudo menos poder y prestigio de lo que una enumeración literal de sus derechos formales permitiría suponer.

RIQUEZA, PROPIEDAD Y TRABAJO

Todas las posiciones que aseguran a su ocupante un medio de vida están, por definición, económicamente recompensadas. Por este motivo, existe un aspecto económico en aquellas posiciones (por ejemplo, políticas y religiosas), cuya principal función no es económica. Por lo tanto, a la sociedad le resulta conveniente utilizar los ingresos económicos desiguales como medio principal de controlar el acceso de personas a las posiciones y de estimularlas en el cumplimiento de sus obligaciones. La proporción de ingresos económicos se convierte entonces en uno de los principales índices del *status* social.

Pero es preciso subrayar que una posición no confiere poder y prestigio *porque* sea retribuida con un elevado ingreso. Antes bien, es retribuida con un elevado ingreso porque es funcionalmente importante y porque el personal disponible es escaso, por uno u otro motivo. Por consiguiente, es superficial y erróneo considerar los elevados ingresos como la causa del poder y del prestigio de un hombre, lo mismo que es erróneo considerar la fiebre como la causa de la enfermedad de un hombre.[2]

La fuente económica del poder y el prestigio no es principalmente la constituida por los ingresos, sino la propiedad de bienes de capital (incluso patentes, crédito y reputación profesional). Esta propiedad debe ser distinguida de la posesión de bienes de consumo, que es un índice antes que una causa de posición social. En otras palabras, la propiedad de bienes de producción es, propiamente hablando, una fuente de ingresos como otras posiciones, en tanto que los ingresos mismos se mantienen como índice. Incluso en situaciones en que los valores sociales son ampliamente comercializados y las ganancias son el método más fácil de juzgar la posición social, los ingresos no confieren prestigio a una posición tanto como inducen a la gente a competir por ella. Es cierto que un hombre que tiene elevados ingresos como resultado de una posición puede descubrir que ese dinero le resulta útil para ascender también a otra, pero

[2] El papel simbólico, antes que intrínseco, de los ingresos en la estratificación social ha sido sucintamente resumido por TALCOTT PARSONS en "An Analytical Approach to the Theory of Social Stratification", *American Journal of Sociology*, vol. XLV, mayo de 1940, págs. 841-862.

Escaneado con CamScanner

esto, una vez más, refleja el efecto de su *status* inicial, económicamente ventajoso, que ejerce su influencia por medio del dinero.

En un sistema de propiedad privada de la empresa productiva, un ingreso superior a lo que un individuo gasta puede producir la posesión de capital. Presumiblemente, esta posesión es una recompensa por la adecuada administración, primero, de las propias finanzas y, luego, de la empresa productiva. Pero a medida que la diferenciación social se vuelve altamente avanzada persistiendo, sin embargo, la institución de la herencia, surge el fenómeno de la propiedad pura y de la recompensa por la propiedad pura. En tal caso resulta difícil demostrar que la posición es funcionalmente importante o que la escasez implícita sea algo más que extrínseca y accidental. Sin duda, debe de ser por este motivo que la institución de la propiedad privada en materia de bienes productivos es tan criticada a medida que el desarrollo social avanza hacia la industrialización. Pero lo atacado es solo esa propiedad pura, es decir, estrictamente legal y carente de funciones, porque alguna forma de propiedad activa, ya sea privada o pública, resulta indispensable.

Un tipo de propiedad de bienes de producción consiste en el derecho sobre el trabajo ajeno. Los derechos más altamente concentrados y exclusivos de este tipo se encuentran en la esclavitud, pero el principio esencial sigue en pie en la servidumbre, el peonaje, la encomienda y el contrato de aprendizaje. Por supuesto, este tipo de propiedad tiene la máxima significación para la estratificación, porque entraña por fuerza una relación de desigualdad.

Pero la propiedad de bienes de capital introduce inevitablemente un elemento compulsivo incluso en la relación contractual nominalmente libre. En verdad, en ciertos sentidos la autoridad del empleador contractual es mayor que la del terrateniente feudal, ya que este último está más limitado por las reciprocidades tradicionales. Incluso la economía clásica reconocía que los competidores obtendrían resultados desiguales, pero no siguió este hecho hasta su necesaria conclusión: el control desigual de los bienes y servicios, se adquiera como se adquiriese, debe conceder ventajas desiguales a las partes de un contrato.

EJECUCIÓN TÉCNICA

La esfera exclusivamente técnica se relaciona con el descubrimiento de medios empíricos para lograr objetivos particulares, sin preocuparse por la elección entre uno y otro objetivo. La explicación de por qué las posiciones que requieren una gran habilidad técnica reciben recompensas bastante altas resulta fácil de entender, porque tales posiciones constituyen el caso más sencillo de recompensas distribuidas de tal modo que atraigan el talento e impulsen

la educación. No se puede tomar a cualquiera y convertirlo en ingeniero, ni es posible hacerlo de la noche a la mañana. Pero el motivo de que las posiciones técnicas reciban muy pocas veces —si es que alguna vez las reciben— las recompensas más elevadas, es igualmente claro: la importancia del conocimiento técnico, desde el punto de vista de la sociedad, nunca es tan grande como la de la integración de los objetivos, y ésta se produce en los planos religioso, político y económico, y no en el tecnológico. Como el plano tecnológico se ocupa solo de los medios, una posición puramente tecnológica debe subordinarse a la postre a otras posiciones religiosas, políticas o económicas.

Sin embargo, la distinción entre experto y lego en cualquier orden social es fundamental y no puede ser reducida del todo a otros términos. Un individuo debe tener acceso a la educación antes de convertirse en experto, y la educación requiere esfuerzo. Por lo tanto, no le es posible comprar o heredar simplemente la posición. El control de las vías de acceso a la educación puede ser inherente, como una especie de derecho de propiedad, a ciertas familias o clases, cosa que, en consecuencia, les confiere poder y prestigio. Semejante situación agrega una escasez artificial a la escasez natural de talentos y habilidades. Por otra parte, es posible que surja una situación contraria. Las recompensas de la posición técnica pueden ser tan grandes como para crear una situación de exceso de oferta que conduzca a una devaluación por lo menos temporaria de las recompensas. Así, la "desocupación en las profesiones cultas" puede provocar una reducción del prestigio de dichas posiciones. Estas adaptaciones y readaptaciones ocurren constantemente en las sociedades cambiantes; y siempre es bueno tener en cuenta que la eficiencia de una estructura estratificada puede ser afectada por los modos de reclutamiento para las posiciones. Pero el propio orden social impone límites a la inflación o deflación del prestigio de los expertos: un exceso de oferta tiende a reducir las recompensas y a desalentar el reclutamiento o a producir una revolución, en tanto que una oferta insuficiente tiende a aumentar las recompensas o a debilitar a la sociedad en competencia con otras sociedades.

Los sistemas particulares de estratificación exhiben una amplia gama respecto de la posición exacta de las personas técnicamente competentes. Esta gama es quizá más evidente en el grado de especialización. Una extrema división del trabajo tiende a crear muchos especialistas sin elevado prestigio, ya que el aprendizaje es breve y la capacidad innata exigida es relativamente pequeña. Por otra parte, también tiende a acentuar la elevada posición de los verdaderos expertos —hombres de ciencia, ingenieros y administradores—, ya que aumenta su autoridad con respecto a otras posiciones funcionalmente importantes. Pero la idea de un orden social tecnocrático o de un gobierno o sacerdocio de ingenieros o especialistas en cien-

Escaneado con CamScanner

cias sociales pasa por alto las limitaciones del conocimiento y las capacidades como base para la ejecución de funciones sociales. En la medida en que la estructura social es realmente especializada, en esa medida debe circunscribirse también el prestigio de la persona técnica.

MOVILIDAD E INMOVILIDAD VERTICAL

Los principios generalizados que se han sugerido están destinados a explicar la existencia de la estratificación. Pero dediquémonos ahora a otro problema: el del grado de movilidad entre los estratos. Este problema supone que la estratificación existe y simplemente plantea un interrogante adicional: el de la medida en que la ocupación de una posición dentro del sistema, por parte de una persona, es adscrita o adquirida. El problema ya ha sido analizado en lo concerniente a los *status* en general, pero no específicamente con referencia a los *status* estratificados. Si se lo aplica a la estratificación, nos lleva inmediatamente al tema de la organización de castas *versus* organización de clases abiertas.

Cuando se menciona el término "casta" se piensa en la India, no porque la India tenga el único sistema de castas existente, ni siquiera un sistema completo, sino solo porque posee el más extremo. Si el orden social indio pudiese resumirse en una sola frase, ésta sería la siguiente: es la tentativa más completa conocida en la historia humana de introducir la desigualdad heredada como principio orientador de las relaciones sociales. Tal tentativa no puede tener éxito total, lo mismo que no podría tenerlo un intento de introducir la igualdad absoluta. Por lo tanto, debemos pensar en la India como en una corporización extrema, pero aún así imperfecta, de la idea de casta.

Es posible imaginar dos sistemas sociales imposibles: uno basado totalmente en la desigualdad heredada, el otro basado totalmente en la igualdad de oportunidades. Ambos serían estratificados, pero en el primero todos los individuos tendrían exactamente el *status* que tuvieron sus padres, en tanto que en el segundo todos los individuos lograrían un *status* en todo sentido independiente de la posición de sus padres. Estos dos tipos ideales representan dos polos teóricos. Cualquier orden social concreto puede acercarse a uno u otro de estos polos, pero ninguno llega en la práctica a ninguno de los dos. El sistema indio de castas se aproxima al primero; el sistema de clases estadounidense se acerca al segundo. Todo sistema real, si se lo analiza, resultará ser mixto, basado en ambos principios en funcionamiento, aunque es posible que se apoye más firmemente en uno que en el otro. En la India existe considerable movilidad, hacia arriba y hacia abajo, en la escala social, a pesar del ideal de fijeza;

en tanto que en Estados Unidos hay considerable herencia de *status* (en especial, en cuanto a los *status* raciales negro-blanco), a pesar del ideal de la igualdad de oportunidades. Para demostrar estas afirmaciones, consideremos en detalle cada una de las dos sociedades, comenzando por la India.

EL SISTEMA DE CASTAS DE LA INDIA

Los rasgos o tendencias comunes que en conjunto distinguen a las castas indias de otros tipos de grupo son los siguientes:

1) La pertenencia a la casta es hereditaria. Al nacer, el niño adquiere el rango de sus padres.

2) Esta pertenencia heredada está fijada para toda la vida, porque, salvo si es descastado, el individuo no puede modificar su casta por esfuerzo propio alguno. No puede cambiar su *status* por medio de buenas obras, matrimonio, disimulación o cualquier otra estratagema.

3) La elección de los cónyuges es estrictamente endógama, porque debe realizarse dentro del grupo de casta.

4) El contacto con otros grupos está, además, limitado por restricciones con respecto al roce, la asociación, la participación en comidas o la ingestión de alimentos cocinados por extraños.

5) La conciencia de la pertenencia a la casta es acentuada, además, por el nombre de casta, por la identificación del individuo con su casta ante la comunidad, por su conformidad a las costumbres peculiares de aquélla y por su sometimiento al gobierno de su casta.

6) La casta puede estar —y en el pasado por lo general lo estuvo— unida por una ocupación tradicional común, aunque además, o en cambio, esté unida por la creencia en un origen tribal o racial común, por la adhesión a una secta religiosa común o por alguna otra peculiaridad común.

7) El prestigio relativo de las distintas castas en cualquier localidad está bien establecido y celosamente guardado.

Estas características representan el tipo ideal, simbolizado en el ritual indio y racionalizado en la religión india. Pero en la práctica se produce cierta modificación del sistema teórico, de resultas de lo cual no todas las castas exhiben las características mencionadas. Por ejemplo, hay algunas castas, muy pocas, que admiten nuevos miembros; hay otras cuyos miembros se casan fuera de ella; y las hay que cambian de nombre para mejorar su *status*. Sin embargo, cualquier grupo que en la India se llame casta exhibirá la mayoría de los rasgos, detallados.[3]

[3] E. A. H. Blunt, *The Caste System of Northern India*, Londres, Oxford University Press, 1931, cap. I. L. S. S. O'Malley, *Indian Caste Customs*, Cambridge University Press, 1932, cap. I.

Escaneado con CamScanner

Debido a lo incierto de la clasificación de castas, subcastas y secciones, y a causa de la confusión en los nombres, es imposible decir con exactitud cuántas castas existen en la India. En 1901, el último año en que se intentó una tabulación completa de todas, el número de castas y tribus "principales" era de dos mil trescientos setenta y ocho.[4] Algunas de ellas tenían millones de miembros; otras, un simple puñado. Las denominadas castas principales no incluían presumiblemente las subcastas. Ni siquiera puede conjeturarse cuántas de estas últimas existen, pero se puede suponer que cualquier casta que tiene centenares de miles de miembros está dividida en una gran cantidad de subcastas, y por lo común se trata de grupos endógamos que poseen la mayor parte de las características de las castas. En 1891, por ejemplo, las castas jat y ahir tenían cada una más de mil setecientas subcastas, y la kurmi aproximadamente mil quinientas.[5] En 1931, el censo registró a más de 15 millones de brahmines, pero sería erróneo considerarlos a todos miembros de una sola casta. Están divididos en un inmenso número de grupos y subgrupos. En una provincia sola se han contado doscientas grandes castas de brahmines, ninguna de las cuales permite el matrimonio con las otras. Estas castas de brahmines difieren, incluso, notablemente en materia de posición social. Algunas se encuentran en la cima de la escala social, en tanto que otras están tan bajo, que aun las personas que dependen de ellas, miembros de castas bajas, no comen en sus casas.

La casta es, o lo fue hasta hace poco, casi universal en la India. Son pocos los indios que no son miembros de alguna casta particular. Algunos grupos reformistas, como el Brahmo Samaj y el Arya Samaj, han afirmado repudiar las castas, pero tienen muy pocos partidarios. En verdad, aunque en el censo de 1931 se dejó lugar para la respuesta "ninguna", incluso los miembros de esos grupos reformistas mostraron tendencia a declarar su casta. La propaganda contra la pregunta referente a la casta en el cuestionario del censo fue muy amplia en 1931; sin embargo, en toda la India menos del 1 por ciento de los indios dejaron de declararla. La falta de declaración se debía habitualmente a ignorancia, error u hostilidad, antes que a una verdadera ausencia de casta. Incluso entre los musulmanes, cuya religión se supone que niega las castas, existen muchas. El censo de 1911 dio una lista de 94 castas musulmanas. Las distinciones de casta siguen predominando en general aun entre los seis millones de indios que han abrazado el cristianismo. En una palabra, la casta está ampliamente difundida en la India. Está presente en todas las regiones y afecta a casi todas las personas, sea cual fuere su religión.

4 *Census of India,* 1901, vol. I, parte primera, pág. 537.
5 Blunt, *op cit.,* págs. 37-38.

Escaneado con CamScanner

Tantas castas se codean en la India, que es preciso agruparlas de alguna manera. En la práctica, la gente adopta un método empírico de clasificación. La principal línea de distinción se establece entre las castas de los nacidos dos veces, o "puras" (que abarcan a todos los llamados indios de casta), y las castas de los nacidos una sola vez, o "impuras". La línea no es en modo alguno uniforme de una localidad a otra, pero de alguna manera parece estar presente en todas partes. Es la más aguda distinción de la sociedad india.

En las castas inferiores existen varios criterios de pertenencia. Por ejemplo, si una casta sufre de todas las incapacidades que siguen, está ubicada sin duda en esta clase.

1) No puede ser servida por brahmines puros.

2) No puede ser servida por barberos, aguateros, sastres, etc., que sirven a los indios de casta.

3) Están limitadas en sus contactos con los indios de casta debido al posible peligro de contaminación.

4) No puede servir agua a indios de casta.

5) No puede utilizar instalaciones públicas tales como carreteras, ferribotes, pozos o escuelas.

6) No puede entrar en templos indios.

7) No puede desvincularse de una ocupación despreciada.

Estos criterios admiten gradaciones y varían con cierta independencia. Una casta que sufre restricciones con respecto a los alimentos y al agua puede, sin embargo, ser servida por brahmines de buena posición. En Bengala hubo castas a las que el barbero servía, pero se negaba a cortarles las uñas de los pies y a concurrir a sus ceremonias de casamiento.[6] Además, "una casta puede ser intocable en un distrito y no en el vecino; y hay castas intocables con secciones tocables".[7] Sin embargo, es posible determinar aproximadamente el número de personas que se clasifican en la categoría baja. En 1931, el número llegó a los 50,2 millones, o sea el 21 por ciento de toda la población. La India parece tener una de las capas inferiores más grandes de entre todas las naciones del mundo. Esta capa inferior, la quinta parte sumergida de la población, es la que soporta la carga de la lucha por la supervivencia en un país superpoblado, subdesarrollado y empobrecido.

El acento puesto sobre la división entre castas interiores y exteriores no debe velar el hecho de que dentro de cada una de ellas existen agudas diferencias de rango. "No hay que imaginar que dentro del círculo de intocabilidad, por ejemplo, no existan subgra-

[6] *Census of India*, 1901, vol. I, primera parte, pág. 541.
[7] BLUNT, *op. cit.*, págs. 334-335.

Escaneado con CamScanner

daciones, y que todos los intocables sean iguales entre sí. Solamente en la presidencia de Madrás... existen, según se dice, no menos de ochenta subdivisiones, y los de arriba consideran intocables a sus hermanos menos afortunados. En lo más bajo de la escala se encuentran algunas clases, como los *nayadis* de Malabar, cuya sombra misma es sucia." Un discurso de Gandhi contenía la siguiente afirmación:

> Todos los distintos grados de intocables son intocables entre sí y cada grado superior considera al inferior tan impuro, como la clase más alta de los indios de casta considera al peor grado de los intocables. Además, dentro del mismo grado de intocables hay secciones, y cada una de ellas se considera diferente y distinta de todas las demás, y prohíbe la comensalidad y el casamiento cruzado.[8]

Pero como en el caso de otras sociedades, el interés público no se concentra en las gradaciones de rango en los estratos inferiores, sino más bien en las gradaciones de la cima. En este sentido, la principal distinción es la que existe entre los brahmines y las otras castas puras. Los brahmines representaban en 1931 el 8,2 por ciento del total de indios de casta. De los restantes indios de casta, un número desconocido se encontraba cerca de los brahmines, como parte de la aristocracia, en tanto que los otros, la mayor parte, constituían una amplia clase media que abarcaba muchos tipos y matices de gradación.

Imposibilidad de un sistema de castas absoluto. Aunque su forma precisa ha cambiado de tiempo en tiempo, el sistema de castas en la India ha durado unos treinta siglos. Llegó a su culminación aproximadamente para la misma época en que el sistema feudal europeo llegaba a la suya. Las invasiones musulmanas, como también los británicos, introdujeron entonces un elemento perturbador, pero no decisivo. Sin embargo, como ya se ha mencionado, el sistema de castas jamás fue perfecto. Mucho antes de los musulmanes o los ingleses, hubo en la India factores que actuaron en contra del sistema. Se trataba de factores que militan contra cualquier sistema de castas completo en cualquier sociedad, por lo que su importancia teórica hace que valga la pena analizarlos.

En primer lugar, todo sistema de estratificación debe tener ciertas normas de excelencia. La escala social debe estar vinculada a una escala de valores y, presumiblemente, basarse en ella. La cultura india, como cualquier otra, posee tales normas. Asigna un elevado valor, por ejemplo, al encierro de las mujeres, al celibato de las viudas, a la pureza de la dieta, a la pureza de la ocupación, a la propiedad de la tierra, a la libertad respecto del trabajo manual y al conocimiento de la literatura sagrada. Se sigue de ello que cualquier grupo (se trate de un grupo de casta local o aun de una

[8] B. Shiva Rao, *The Industrial Worker in India*, Londres, Allen & Unwin, 1939, págs. 81-82.

familia) que logre mejorar con respecto a cualquiera de esas normas, mejorará también su *status* social. Y es inevitable que algunos grupos trate de mejorar, porque creen en esos valores y porque de esa manera pueden elevar su *status* social. De tal modo, la escala de valores objetiva que existe detrás de la propia estratificación de castas induce a la gente a violar el principio más importante de la casta: la fijeza del *status*.

Blunt ofrece numerosos ejemplos de cambios de *status* por medio del cambio de ocupación.[9] La casta pasi practica las despreciadas ocupaciones de la caza y la avicultura. Una parte de la casta se ha dedicado al cultivo y a la venta de frutas, ocupación más honorable. Por consiguiente, esa parte se ha convertido en una nueva casta, adoptado un nuevo nombre (phansiya) y adquirido un *status* social más elevado que los pasi restantes.

> La casta kayastha, en su conjunto, goza de elevada reputación. Pero la numerosa clase de los *patwaris* (registradores de las rentas de la aldea) está compuesta casi enteramente de kayasthas, y como los *patwaris* tienen fama de ser embrollones, los kayasthas de mejor clase fingen despreciar esa ocupación. Hace unos años, muchas familias srivastava (kayastha)... se negaron a tener relaciones, ya sea connubiales o comensales, con familias *patwari;* y la *sabha* (asociación) kayastha se vio en dificultades para impedir la consiguiente formación de una subcasta "patwari".[10]

La escala india de valores subraya la observancia de ciertos tabúes y reglas morales. Las castas que amenguan la observancia de estas reglas pierden *status,* en tanto que las que la hacen más estricta lo ganan. Los biyahut o kalar "casados" son una rama especial de los kalar. Se distinguen por el hecho de que prohíben el nuevo casamiento de las viudas, pues dicen que una mujer se casa de una vez para siempre. A consecuencia de ello tienen un rango un tanto superior al de los otros kalar, que permiten que las viudas vuelvan a casarse.[11]

Como la observancia de la mayoría de las reglas es costosa, cuanto más éxito tiene la casta en el sentido económico más puede mejorar su conformidad. La competencia económica no puede ser eliminada del todo. La adquisición de riqueza jamás puede ser hecha exactamente proporcional al *status* social que uno hereda. En todos los casos existe, por supuesto cierta relación entre la herencia y la adquisición. En muchas regiones de la India anterior al régimen británico no se permitía poseer tierras a las castas intocables. Siguen teniendo obstáculos en materia de educación, ocupación, etc., y, por lo tanto, no tienen iguales oportunidades para adquirir riqueza. Pero en la medida en que existen derechos de propiedad no gober-

9 *Op. cit.*, págs. 236-238.
10 *Ibid.*, pág. 222.
11 ROBERT V. RUSSELL, *Tribes and Castes of the Central Provinces of India*, Londres, Macmillan, 1916, pág. 73.

Escaneado con CamScanner

nados por la herencia (y no todos pueden serlo), y en la medida en que hay manufactura y comercio, existe también la posibilidad de adquirir o perder fortuna y, con ella, la de ascender o descender en la escala social. En la India, incluso las ocupaciones bajas o impuras pueden en algunos casos proporcionar una buena ganancia. Por lo común, ella se invierte en la compra de tierras; las familias se convierten entonces en terratenientes, abandonan su antigua ocupación y adquieren una nueva condición en la vida. Por otra parte, algunas de las señales de *status* elevado pueden entrañar una penalidad económica. Así, por ejemplo, se dice que siempre es posible señalar qué granjas pertenecen a los brahmines y cuáles a los no brahmines, porque los primeros, hostiles al trabajo manual, deben pagar para que la labor sea realizada por otros, y esa labor es siempre inferior a la que un granjero hace por sí mismo.

Parece claro, pues, que la tentativa india de construir un sistema de absoluta desigualdad social es intrínsecamente contradictoria. La propia escala de valores o normas por las cuales un estrato se juzga mejor que otro hace que la gente trate de mejorarse con referencia a esas normas; en la medida en que lo consigue, la comunidad se ve obligada a reconocer sus logros concediéndole más o menos prestigio. Un cambio de ocupación, una modificación de la fortuna económica, una alteración en la observancia de las reglas y los tabúes morales, cualquiera o todos estos factores pueden afectar la posición del grupo ante los ojos de la comunidad en general.

Hasta aquí, la discusión se ha limitado a una contradicción interna en el principio de casta. Ahora puede demostrarse que el ideal de la desigualdad absoluta no solo es interiormente incoherente sino, además, incompatible con las necesidades fundamentales de la sociedad. Para ser practicable, el ideal requeriría un orden social completamente estático. En cuanto hay cambio social, hay también movilidad social, por dos motivos: a) Toda sociedad, simplemente por la interacción dentro de su estructura, engendra fricciones internas que inevitablemente conducen a un cambio de la estructura. b) Las condiciones externas en que vive la sociedad, y a las que debe adaptarse si quiere sobrevivir, cambian constantemente.

Por ejemplo, si quisiéramos que cada casta y subcasta realizaran su propia ocupación única y se mantuvieran en el mismo peldaño generación tras generación, sería necesaria en cada casta una tasa uniforme de remplazo de la población. Pero la noción misma de casta significa que existen distintas costumbres de casta, y algunas de estas costumbres afectarán inevitablemente la fertilidad y la mortalidad. Siendo esto así, algunas castas aumentarán en población y otras la disminuirán. Para las primeras, es preciso encontrar algunas nuevas ocupaciones porque los miembros de la casta se verían excluidos de sus empleos en las antiguas. Para las segundas, hay que encontrar remplazantes en otras castas porque, de lo contrario, no se

Escaneado con CamScanner

practicarían las ocupaciones necesarias. Las diferencias en el crecimiento natural impiden, pues, la inmovilidad absoluta.

Del mismo modo, los cambios geográficos exigen adaptaciones sociales. La sociedad india ha sido, desde su nacimiento, agrícola y pastoril. La práctica misma de estas artes introduce cambios en el ambiente físico. A medida que el campo se va poblando, los bosques son talados y las tierras erosionadas. Aparecen nuevas enfermedades y calamidades. Se hacen posibles nuevos desarrollos políticos y económicos. El sistema social debe adaptarse a estas condiciones cambiantes, y tal adaptación lleva implícita, inevitablemente, cierta dosis de movilidad social.

Ya se ha dicho lo bastante para indicar que existen siempre factores que contravienen el principio de casta, de absoluta fijeza del *status*. Es por eso que el ideal de casta no ha sido nunca puesto en práctica a la perfección. El orden social indio (anterior a la influencia occidental) realiza un extraordinario esfuerzo para ponerlo en práctica y crea un sistema de castas tan completo como puede encontrarse. Pero la teoría y la práctica son dos cosas distintas en la India, porque vemos que la absoluta fijeza del *status* hereditario no se mantiene —ni jamás se ha mantenido— perfectamente.

LA CASTA EN ESTADOS UNIDOS

Si el término "casta" se toma como concepto analítico antes que descritivo, resultará claro que toda sociedad contiene un elemento de casta. Mientras la familia individual tenga una responsabilidad fundamental por el niño, existirá el principio de la herencia del *status* de los padres, que es la esencia de la casta. En este sentido, Estados Unidos tiene decididamente un elemento de casta porque la posición del padre tiene mucho que ver con la del hijo. Pero como también funciona otro principio —la conquista de la posición, que engendra la movilidad entre los estratos—, no describiremos el orden social estadounidense como "un sistema de castas".

Pero en un segmento de su organización social, Estados Unidos tiene una corporización bastante completa del principio de casta. En el Sur, como todos saben, los negros y los blancos constituyen dos castas separadas. Casi todos los rasgos de la casta india son perceptibles en las relaciones de estos dos grupos. Se destaca entre ellos la ideología de la contaminación. Tanto en la India como en Estados Unidos este concepto mágico sirve para justificar la estructura de castas. Resulta en cierta medida contaminador sentarse al lado de un negro, tocar su mano o beber del mismo vaso. En las tiendas de cinco y diez centavos se les dice a los niños que no soplen los silbatos y las cornetas porque es posible que algún negro haya puesto la boca en el mismo instrumento. Los cuartos de baño, los

Escaneado con CamScanner

comedores, los hoteles y casi todas las otras instalaciones públicas deben ser separadas para los dos grupos.

La regla fundamental es que los negros y los blancos jamás se asociarán en relación alguna de intimidad que entrañe igualdad. Por consiguiente, la mayoría de las restricciones impuestas a los intocables en la India (de las cuales ya se ha presentado una lista) pueden equipararse aproximadamente con las que se imponen a los negros en la parte meridional de Estados Unidos. Una de las restricciones fundamentales es, por supuesto, la prohibición del matrimonio entre las dos castas. Esta prohibición indica (en Estados Unidos) que la integridad racial de la casta superior debe ser estrictamente mantenida, hasta el punto de que todas las personas de cualidades raciales mixtas deben ser ubicadas en forma inequívoca en la inferior de las dos castas. Permitir el casamiento entre ambas sería conceder a los descendientes híbridos el *status* legal de su padre, cosa que pronto socavaría la base racial del orden de castas. De ahí que el casamiento entre las dos tiene que ser estrictamente prohibido, o de lo contrario ha de abandonarse la casta racial. Treinta Estados prohíben tal matrimonio, con lo cual se alinean legalmente del lado de la casta racial.[12]

Así, en todas las esferas de la vida, los intocables estadounidenses son separados del resto de la población. La división fundamental se basa en la más evidente de las características: el color de la piel. Como este rasgo es trasmitido genéticamente de padres a hijos, satisface el primer requisito de la casta, el cual exige que la división sea estrictamente hereditaria. Solo si un negro es tan claro como para poder "pasar" por blanco, podrá abrigar la esperanza de escapar de su *status* inferiorizado, pero aun así un descubrimiento casual puede revelar el fraude y llevarlo de vuelta al sótano de su oscura ascendencia.

Estratificación de clases abiertas

La sociedad occidental moderna está identificada en su conjunto con un tipo de estratificación de clases abiertas. Este tipo nunca se aproxima al polo teórico de la igualdad absoluta, que significaría la inexistencia de estratificación alguna. Más bien supone que las desigualdades existirán, y acentúa sencillamente la igualdad de oportunidades para aprovechar aquéllas. Los estratos son "abiertos" porque, presumiblemente, los individuos pueden entrar en ellos o salir de ellos según sus méritos. Llevado a su extremo lógico, se supone que el sistema concede a todos los individuos una oportunidad igual de avanzar en la escala social. Pero, ¿qué es una "oportunidad

12 Kingsley Davis, "Intermarriage in Caste Societies, *American Anthropologist*, vol. XLIII, julio-setiembre de 1941, págs. 388-389.

Escaneado con CamScanner

igual"? Definida en términos estrictos, querría decir que todas las diferencias significativas son igualizadas desde el comienzo. Pero esta interpretación haría en todo sentido imposible explicar posteriores diferencias en materia de logro, excepto sobre la base del libre albedrío. Lo que en realidad parece querer decir es que los factores *sociales* se igualarán desde el comienzo, dejando el campo libre a las diferencias biológicas que, con esfuerzos adecuados, el individuo puede trasmutar en progreso social. De tal modo, la herencia de la fortuna está socialmente dada; el individuo no la conquista. Es cierto que tampoco heredó su elevado cociente de inteligencia, pero esto es algo sobre lo cual la sociedad no tiene control (salvo por medio de un programa concebible de eugenesia). Por lo tanto, la igualdad de oportunidades significa que las posibilidades sociales son igualizadas, concediendo de este modo a la capacidad y al esfuerzo una oportunidad sin restricciones para ser recompensados por medio del avance social.

Tal parece ser el verdadero significado de la democracia, expresado una y otra vez en las declaraciones de nuestros ideales. Pero, al igual que la idea de casta, este supuesto jamás queda plenamente corporizado en la práctica real. El motivo de ello es que en toda sociedad humana la familia es la unidad reproductiva, de modo que el *status* de los padres afecta inevitablemente el del niño. Un niño criado por padres profesionales en un hogar suburbano, enviado a una buena escuela secundaria, inscrito en una buena universidad y que recibe ayuda cuando comienza su carrera tiene una inestimable ventaja sobre el niño nacido en los barrios bajos. Su forma de hablar, su manera de vestirse, su acopio de conocimientos, su confianza en sí mismo, sus relaciones y contactos: todo ello le otorga una abrumadora ventaja en la lucha por el prestigio. Es por eso que, por ejemplo, las personas altamente distinguidas en Estados Unidos provienen en lo fundamental de las familias profesionales y del mundo de los negocios. En proporción al número de cada clase de la población, las familias profesionales contribuyen con el doble de notables que las del ámbito de los negocios, 20 veces más que las familias campesinas y 45 veces más que muchas familias de trabajadores no especializados. El sistema estadounidense, pues, tiene un elemento de casta que le impide ser enteramente abierto, a pesar del ideal democrático.[13]

Pero es preciso dejar aclarado que el hecho de que el ideal no esté perfectamente encarnado en la práctica no significa que no tenga efecto alguno sobre la estratificación. Mientras exista *alguna* oportunidad de progreso, mientras haya algunos contrapesos a la influencia de la familia, el individuo tiene esperanzas e incentivos

13 STEPHEN S. VISHER, "Scientists Starred, 1903-43", en *American Men of Science*, Baltimore, Jonhs Hopkins Press, 1947, pág. 424.

Escaneado con CamScanner

para esforzarse todo lo posible. Aunque todos saben que el hijo de un ministro tiene mejores posibilidades de llegar a ser gobernador que el hijo de un campesino, nadie puede negar que ambos tienen alguna oportunidad. En cierta medida, la presencia de la oportunidad social diferencial, lo mismo que la presencia de la cualidad biológica diferencial, da un incentivo al esfuerzo. El hijo del campesino, si trabaja con bastante intensidad, puede superar el obstáculo inicial y vencer al hijo del ministro. Cuanto menor es la oportunidad, tanto mayor será el mérito del éxito. Por lo tanto, hay que compadecer al hijo del rico porque comienza en la vida con una ventaja tal, que el hecho de que triunfe en la carrera no constituye una prueba de mérito, una prueba de que se han ejercitado las virtudes del ahorro, la abstinencia y el trabajo intenso.

Una de las anomalías de la estructura social de Estados Unidos es la coexistencia de una ideología fuertemente democrática, por una parte, y un sistema de castas birracial, por la otra. Esta anomalía ha provocado bastante tensión social y psíquica, y durante muchas décadas ha hecho de la cuestión racial uno de más grandes problemas sociales estadounidenses. Algunas de las manifestaciones más notables de esta tensión han sido el torrente de literatura referida a este asunto y el fenómeno del linchamiento.

Resumen

Nuestro análisis de la estratificación comenzó con una definición del fenómeno por considerar. Dijimos que eran estratificados los *status* que normalmente *no* podían combinarse en la misma familia. En tanto que la posibilidad de los lazos familiares tiende a mantener unidos a los miembros del mismo estrato, la imposibilidad de dichos vínculos tiende a separar a los miembros de diferentes estratos. Así, una de las reglas fundamentales de una sociedad rígidamente estratificada es la endogamia de clase, el tabú respecto del matrimonio con miembros de otros estratos. Cuanto más abierta es una sociedad, menos objeciones presenta al casamiento entre las clases.

Luego nos dedicamos a explicar la presencia universal de la estratificación en la sociedad humana. Dijimos que provenía del hecho de que toda sociedad tiene que prestar alguna atención a la importancia funcional y a la escasez de personal (en términos de talento y educación) para llenar sus posiciones. A fin de satisfacer estas exigencias, es preciso conceder recompensas diferenciales para la distintas posiciones, y estas recompensas diferenciales constituyen precisamente lo que denominamos estratificación. Afirmamos, sin embargo, que las necesidades funcionales que respaldan la estratificación no son las únicas que afronta una sociedad. También está, por ejemplo, la necesidad de una organización reproductiva, lo que

Escaneado con CamScanner

significa que la familia, con su influencia contraria al principio competitivo que respalda a la estratificación, está siempre presente.

La familia nos concedió implícitamente nuestra clave para distinguir diferentes tipos de estratificación. En un polo teórico se encuentra el tipo que podríamos llamar absolutamente cerrado; en el otro, el tipo que podríamos denominar absolutamente abierto. El primero sería aquel en el cual la herencia del *status* de los padres (y, por lo tanto, la influencia de la familia) es completa; el segundo sería aquel en el cual no existe herencia del *status* de los padres, y, por consiguiente, no hay influencia de la familia. Es evidente que ninguno de los dos polos nunca se ha realizado en la práctica. Resulta imposible eliminar toda competencia por el *status*, así como es imposible eliminar toda adscripción de *status*. En otras palabras: el papel de la familia en este asunto nunca es absoluto, pero tampoco nunca es nulo. Así, los sistemas estratificados que encontramos realmente en la sociedad humana son tipos mixtos. Tienen a la vez el elemento de casta y el elemento de clase abierta. Pero algunos de estos sistemas se aproximan más a un polo que al otro, y lo hacen mucho más en sus ideales que en la práctica. Esto no significa que no sean distintos. Hay una extrema disparidad entre el sistema de castas de la India y el de clases abiertas de Estados Unidos. Pero significa, en cambio, que la diferencia no es tan grande como podríamos imaginar teóricamente o como podrían sugerirlo sus meras ideologías.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ROMANZO ADAMS, *Interracial Marriage in Hawaii*, Nueva York, Macmillan, 1937.

¿Por qué Hawaii, un territorio de Estados Unidos, ha estado relativamente libre de prejuicios de raza? ¿Por qué ha predominado la movilidad antes que la casta? Este excelente libro afirma, sobre la base de una minuciosa investigación, que el matrimonio entre razas es el factor clave de explicación del fenómeno.

DEWEY ANDERSON y PERCY E. DAVIDSON, *Ballots and the Democratic Class Struggle*, Stanford University Press, 1943; cap. II, "Occupational Status and Political Behavior"; cap. IV, "Class Consciousness and Political Behavior".

Conclusiones sumamente interesantes extraídas del análisis estadístico de la conducta durante la votación, en relación con las características sociales y económicas de los votantes.

B. BARBER, *Social Stratification*, Nueva York, Harcourt Brace, 1957.

REINHARDT BENDIX y SEYMOUR M. LIPSET (dir.), *Class, Status and Power*, Glencoe, Free Press, 1953.

E. A. H. BLUNT, *The Caste System of Northern India*, Londres, Oxford University Press, 1931.

En muchos sentidos, la disección más lúcida y sistemática del orden de castas.

JOHN H. BURMA, "The Measurement of Negro 'Passing'", en *American Journal of Sociology*, vol. LII, julio de 1946, págs. 18-22. "How Many Negroes 'Pass'?", en *ibid.*, mayo de 1947, págs. 498-500.

Dos distintos intentos, con la utilización de diferentes tipos de estadís-

Escaneado con CamScanner

ticas, de determinar la proporción de personas que abandonan la casta negra y se incorporan a la blanca en Estados Unidos. Los resultados indican que las estimaciones anteriores han sido groseramente exageradas.

RICHARD CENTERS, *The Psychology of Social Classes, Princeton,* Princeton University Press, 1949; "Occupational Mobility of Urban Occupational Strata", *American Sociological Review*, vol. XIII, abril de 1948, págs. 197-203.

¿En qué medida posee Estados Unidos un sistema de clases abiertas? Mediante el estudio de las ocupaciones de los padres y de sus hijos, el autor demuestra cuantitativamente que en nuestro sistema social existe la movilidad vertical.

PERCY ERWIN DAVIDSON y H. DEWEY ANDERSON, *Occupational Mobility in an American Community*, Stanford University Press, 1937.

Análisis de la herencia ocupacional, de los esquemas de las carreras y de la movilidad geográfica y vertical entre los hombres de San José, California. Un buen ejemplo de investigación estadística en el terreno de la estratificación social.

ALLISON DAVIS, BURLEIGH B. GARDNER y MARY R. GARDNER, *Deep South*, Chicago, University of Chicago Press, 1941.

Análisis sociológico de las dos castas raciales en un pueblo del Sur, junto con un estudio de las clases que existen dentro de cada una de esas castas.

KINGSLEY DAVIS, HARRY C. BREDEMEIER y MARION J. LEVY (h.), *Modern American Society*, Nueva York, Rinehart, 1949; parte cuarta, "Our Class System", y quinta parte, "Race versus Democracy".

Tres capítulos de lecturas seleccionadas acerca del sistema de castas en los EE. UU., y cuatro capítulos sobre las relaciones raciales estadounidenses.

GINO GERMANI, *Estructura social de la Argentina,* Buenos Aires, Raigal, 1955, caps. XIII y XIV.

G. S. GHURYE, *Caste and Race in India*, Londres, Paul, Trench, Trubner, 1932.

Un libro general sobre el sistema de castas de la India escrito por un sociólogo indio. Especialmente bueno en lo referente a los cambios modernos.

GEORGES GURVITCH, *El concepto de clases sociales, de Marx a nuestros días,* Buenos Aires, Galatea-Nueva Visión, 1957. [Trad.]

AUGUST B. HOLLINGSHEAD, "Selected Characteristics of Classes in a Middle West Community", en *American Sociological Review*, vol. XII, agosto de 1947, págs. 385-395.

Diferencias y observaciones estadísticas de cinco clases sociales en un pueblecito del Oeste Medio. Buen ejemplo de investigación aplicada a este tema.

J. H. HUTTON, *Caste in India: Its Nature, Function, and Origins*, Cambridge, University Press, 1946.

Un tratado general sobre el sistema de castas por un hombre ampliamente familiarizado con él. Contiene un capítulo sobre "Instituciones análogas en otras partes", un glosario y una bibliografía.

JOSEPH A. KAHL, *The American Class Structure*, Nueva York, Rinehart, 1957.

KURT B. MAYER, *Clase y sociedad*, Buenos Aires, Paidós, 1961. [Trad.]

CAREY MCWILLIAMS, *Brothers under the Skin*, Boston, Little, Brown, 1943.

"El relato de cómo tratamos a nuestras minorías —india, china, japonesa, negra, mexicana—, que quieren que la democracia comience por casa, no la caridad": anuncio. Periodismo chispeante pero responsable.

C. WRIGHT MILLS, *La élite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957. [Trad.]

C. WRIGHT MILLS, *"White Collar" (Las clases medias en Norteamérica)*, Madrid, Aguilar, 1957. [Trad.]

Escaneado con CamScanner

GUNNAR MYRDAL, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, Nueva York, Harper, 1944, 2 vols.

Probablemente, el estudio más amplio y polémico sobre las relaciones negros-blancos en Norteamérica. Representa un esfuerzo de colaboración por parte de muchos eruditos norteamericanos, negros y no negros, y contiene una multitud de informaciones, hechos y cifras, junto con una amplia bibliografía en las págs. 1144-1180 del vol. II.

VANCE PACKARD, *Los buscadores de prestigio*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962. [Trad.]

DONALD PIERSON, *Negroes in Brazil*, Chicago, University of Chicago Press, 1942.

Una exposición interesante y exacta de las relaciones de razas en un país en el que la posición de los negros es fundamentalmente distinta de la que existe en Estados Unidos.

STEPHEN WINSOR REED, *The Making of Modern New Guinea*, Filadelfia, American Philosophical Society, 1943.

Un estudio esclarecedor y completo sobre la formación de una sociedad de castas. En Nueva Guinea, la estratificación todavía está formándose. La descripción de Reed sobre este proceso en la evolución de la sociedad resulta esclarecedora.

PITIRIM SOROKIN, *Social Mobility*, Nueva York, Harper, 1927. [Trad. esp.: *Estratificación y movilidad social*, México, Universidad Nacional, Instituto de Investigaciones Sociales, 1956.]

Escrito cuando Sorokin se conformaba con ser un hombre de ciencia, este amplio estudio comparativo de la movilidad social es un clásico de la literatura sociológica.

EDGAR T. THOMPSON (dir.), *Race Relations and the Race Problem*, Durham, Duke University Press, 1939.

Una colección extraordinariamente buena de ensayos científicos sobre las relaciones blancos-negros. Es preciso hacer una mención especial del capítulo del editor, "The Plantation: The Physical Basis of Traditional Race Relations"; del trabajo de Copeland sobre "The Negro as a Contrast Conception", y de la contribución de Stonequist sobre "Race Mixture and the Mulatto".

T. B. VEBLEN, *Teoría de la clase ociosa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944. [Trad.]

MAX WEBER, *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944 [Trad.], tomo I, cap. IV; tomo IV, cap. IV.

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO XV

EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

Cualquiera que dedique su atención a la familia tropieza muy pronto con una extraña paradoja. Por una parte, todas las manifestaciones del pensamiento popular revelan un interés intenso y continuo en las cuestiones de la familia. Casi todos los cuentos, películas, novelas y obras de teatro tejen su argumento en torno del amor romántico. El humorismo, la murmuración y el periodismo de masa juegan incesantemente sobre las infinitas variaciones de las relaciones del sexo y la familia. Los libros solemnes machacan constantemente sobre la importancia de la familia en el desarrollo de la personalidad y el bienestar social, asegurándonos *ad nauseam* que la familia es la más fundamental y universal de todas las instituciones. Sin embargo, por otra parte, en el mundo de la ciencia social se presenta un cuadro completamente diferente. Allí, la familia es desatendida. Mientras las instituciones económicas, políticas y educativas son estudiadas intensivamente, se dedica muy poco lugar al estudio de la familia. Esas otras ramas tienen nombres tales como "economía" o "ciencia política", pero no existe nombre alguno para la ciencia de las relaciones de familia. Lo que se llama "ciencia doméstica" es, en realidad, un estudio de la tecnología hogareña, y tiene muy poco que ver con la familia como institución social.

¿Cómo puede explicarse este contraste paradójico entre el interés popular y el desinterés científico?

Uno de los elementos es éste: las ciencias sociales dedican en especial su atención a los aspectos instrumentales de la vida social, a los aspectos deliberadamente manipulados para lograr fines aceptados. Pero los asuntos de la familia no son instrumentales, sino finales o últimos. El amor es una emoción suprema, no un medio para un fin. Las obligaciones de los padres, de los maridos y de las esposas se cuentan entre las más elevadas de la jerarquía moral. La idea de analizarlas desde un punto de vista científico parece repugnante o quizá ridícula. El motivo principal de que las relaciones de familia estén tan estrechamente identificadas con la moral es el de que entrañan el control del impulso sexual, un impulso tan anárquico, que se necesitan los sentimientos más fuertes para mante-

nerlos en línea. Por lo tanto, las pautas de familia se consideran sagradas, y el tabú las aleja de la investigación y discusión libres. El control de la natalidad no es un simple asunto tecnológico, sino un gran problema moral. Los tratamientos de la familia que se dan en la realidad son con frecuencia exhortaciones morales o discursos inspirados, antes que análisis científicos. La mayor parte de la investigación social de la familia ha tenido un fin moral inmediato —eliminar desviaciones tales como el divorcio, el abandono, la ilegitimidad y el adulterio— antes que un deseo de entender la naturaleza fundamental de las instituciones sociales. El tema ha adquirido la reputación de ser moralista o pornográfico, y, por consiguiente, es eludido por reputados expertos en ciencias sociales. Un hombre que escribe un tratado sobre la corporación industrial es considerado un individuo común, pero el que escribe un tratado sobre la familia es considerado un poco raro.

Otro aspecto que explica el olvido de la familia por parte de las ciencias sociales es el de las pequeñas dimensiones y la intimidad de la unidad familiar. La familia está tan cerca del individuo, que a veces no se la considera, en modo alguno, social. Cuando los economistas clásicos afirmaban que cada hombre persigue su propio interés por medios racionales, no querían decir que cada hombre tratase a los miembros de su propia familia simplemente como compradores y vendedores en el mercado. Por el contrario, *suponían* que el hombre económico es también un hombre de familia que cumple con sus obligaciones domésticas en un espíritu distinto del de cálculo racional. Pero no formulaban esta suposición porque sentían que la familia era más individual que social. Como los economistas, la mayoría de los expertos en ciencias sociales han dado simplemente por supuesta la familia, en lugar de estudiarla. Han relegado su estudio a la biología, a la medicina y a la psiquiatría. La decreciente importancia de la familia como unidad económica y política y su ascenso como tema emocional han contribuido a este resultado. Toda familia dada está vinculada con el resto de la sociedad solo en un sentido limitado. Su esfera de influencia, como familia, es pequeña. Por otra parte, un gobierno puede ampliar su autoridad a todos los rincones de la sociedad, y una firma comercial puede vender su producto a todo el mundo y extraer sus materiales de él. En ese sentido, la familia parece carecer de importancia social. Solo la pauta de las relaciones de familia y el efecto de esta pauta en millones de hogares influyen sobre la sociedad total.

Parece claro que las cualidades mismas que han convertido los asuntos de familia en un tema de extremo interés popular, las han convertido también en un tema abandonado por las ciencias sociales. Pero nada ilustra más claramente lo inadecuado de las ciencias sociales tradicionales como medio de entender toda una sociedad. En ningún estudio de la sociedad humana como un todo es posible

Escaneado con CamScanner

omitir el matrimonio y la familia. La fascinación que ofrecen al pensamiento popular y su identificación con la moral atestiguan su importancia social, aunque no se trate del tipo de importancia que se preste a ser entendido por la ciencia social racionalista. Solo en la antropología social, donde el estudio de la sociedad primitiva reveló la profunda influencia del parentesco, y en la sociología, donde la tentativa de ver la sociedad como una totalidad ha hecho ineludible el análisis del matrimonio y la familia, han recibido atención los grupos y las instituciones familiares.

Este capítulo ofrece una exposición condensada de la familia con respecto al orden social. No se dedica a los "problemas" de la familia (habitualmente definidos en términos de problemas morales del momento) ni a las anormalidades y desviaciones referente a la correcta conducta familiar, sino al sistema normal y aceptado de relaciones familiares. Lo normal y regular exige explicación, lo mismo que lo anormal e irregular. Por consiguiente, el análisis tratará, primero, sobre las funciones de la familia; luego, acerca del tipo de estructura (organización de la familia) que se ha desarrollado para cumplir esas funciones; a continuación, las fuerzas necesarias para respaldar esta estructura, y, por último, se estudiarán los cambios históricos producidos en la organización familiar que han acompañado el desarrollo de la sociedad moderna, y algunas de las tensiones incluidas en el moderno sistema de familia.

Funciones sociales de la familia

Ya se ha señalado que una sociedad, en competición con otras sociedades y con la naturaleza, solo puede sobrevivir si sus miembros, por medio de sus actividades, cumplen ciertas funciones sociales. Estas funciones no serán ejecutadas, a no ser que las actividades estén organizadas. Por lo tanto, toda sociedad existente poseerá una estructura institucional a través de la cual se realizan sus funciones, y toda parte especial de la estructura estará adaptada a la ejecución de determinadas funciones. En el caso de la familia tenemos un complejo institucional adaptado a la satisfacción de las necesidades societarias en lo que se refiere al continuo remplazo de los miembros de la sociedad. Este remplazo tiene varios aspectos. Entraña la reproducción física de nuevos individuos, el alimento y la manutención de los individuos durante la infancia y la niñez, y la ubicación de estos individuos en el sistema de posiciones sociales. Podemos, pues, caracterizar las principales funciones sociales de la familia como clasificadas en cuatro divisiones estrechamente vinculadas entre sí: reproducción, manutención, ubicación y socialización de los jóvenes. Estas divisiones tienen muchas ramificaciones y pueden ser subdivididas en una multitud de funciones subsidiarias, pero, sin embargo,

Escaneado con CamScanner

no abarcan todas las funciones que cumple la familia. Como cualquier otro grupo organizado, se verá que la familia cumple en cualquier sociedad, por lo menos en parte, otras determinadas funciones sociales, como la producción económica, el cuidado de los ancianos, el control político y la protección física. Pero su papel en la ejecución de estas otras funciones es, por lo común, un subproducto de su papel primario de reproducción; por lo general, otras instituciones están mejor adaptadas que la familia para la satisfacción de las otras grandes necesidades de la sociedad. Otras instituciones también contribuyen al cumplimiento de las funciones de la familia. Los sistemas educativos formales, por ejemplo, pueden compartir con la familia una gran parte del proceso de socialización y ubicación. Por último, la familia ayuda a satisfacer las necesidades de los individuos que la componen. Ya hemos visto que un sistema social debe satisfacer en cierta forma las necesidades orgánicas de sus miembros, no solo para la supervivencia de éstos, sino también para darles motivaciones tales que los induzcan a realizar las actividades necesarias para la satisfacción de las necesidades de la sociedad. La familia, como cualquier otro complejo institucional, cumple entonces funciones individuales al ayudar a satisfacer las necesidades orgánicas y adquiridas de las personas de la sociedad. De tal modo, contribuye a la satisfacción sexual del individuo, a su seguridad psíquica, a su afecto, a su orientación, etc. Sus funciones individuales son un corolario de sus funciones societarias. Desde el punto de vista sociológico nos interesan principalmente las funciones sociales; por consiguiente, subrayamos las cuatro mencionadas —reproducción, manutención, ubicación y socialización— como funciones centrales con las cuales la familia está relacionada siempre y en todas partes. Puede existir una gran variación, de sociedad en sociedad, en el modo y en el grado exacto de satisfacción de estas funciones, pero las cuatro citadas parecen ser las que exigen universalmente una organización familiar.

Lo interesante en cuanto a estas cuatro funciones no es que solo sean universalmente jurisdicción de la familia, sino que la combinación de ellas tiene ciertas inferencias estructurales. Para verlo así, solo debemos advertir que no existe ninguna vinculación necesaria entre las cuatro funciones. La procreación puede ser cumplida por personas que no tienen nada que ver con la posterior socialización del niño, posibilidad demostrada por el predominio de la adopción, que en algunos pueblos llega a una frecuencia extrema. Del mismo modo, el costo económico de la crianza de los niños puede ser soportado por personas que no sean los progenitores o los socializadores, como sucede cuando los niños son ubicados en hogares adoptivos por cuenta de una institución de obra social. Es claro que existe una estrecha vinculación entre la socialización y la adscripción de *status*, pero no se trata de una vinculación necesaria. Todas estas funciones,

Escaneado con CamScanner

entonces, podrían ser realizadas independientemente las unas de las otras. El hecho de que no sean cumplidas por separado, sino por uno y el mismo grupo, significa que éste, sea cual fuere su nombre, debe tener una estructura peculiar e inconfundible. En primer lugar tiene que ser un grupo biológico, porque la reproducción exige que existan relaciones sexuales entre dos personas y relaciones biológicas entre todos los miembros del grupo. En segundo lugar tiene que ser un grupo que trabaje, con solidaridad económica y división de trabajo entre sus miembros, porque el cuidado y mantenimiento de los niños así lo exigen. En tercer lugar, tiene que ser un grupo cuyos miembros iniciales y posteriores tengan un *status* de clase similar, con sentimientos y ventajas de clase comunes, porque la adscripción del *status* y la educación para el *status* exigen esa homogeneidad. En cuarto término, debe ser un grupo íntimo, que posea una habitación común y que perdure largo tiempo, porque el periodo reproductivo humano y el periodo de dependencia de los hijos son prolongados y pueden llegar a ocupar, juntos, cuarenta años de la vida de los padres. Después de la amplia etapa de procreación y cuidado de los niños, el grupo se fragmenta en parte por el alejamiento de los descendientes para fundar grupos propios similares; pero, entre tanto, la interconexión biológica entre los miembros, el trabajo cooperativo, el *status* de clase común, la larga e íntima convivencia y las penas y satisfacciones compartidas deben haber aumentado la solidaridad primaria y profundizado los vínculos sentimentales, hasta que el grupo se convierte en uno de los más fundamentales para la vida de sus miembros y para la sociedad de la cual constituye una parte tan esencial.

Así, del análisis puro de las funciones concurrentes podemos deducir el tipo de grupo que las ejecuta. El que acabamos de describir es, en todo sentido, el familiar. No podría ser ningún otro tipo de grupo y cumplir a la vez esta combinación peculiar de funciones principales como su tarea societaria fundamental.

Estructura de la familia

La primera característica de la estructura de la familia que es preciso tener en cuenta es su constitución biológica. Esto no significa que la familia esté determinada por el instinto o que sea en cierta manera más "natural" que otros grupos institucionales. Significa, simplemente, que sus miembros están vinculados entre sí por medio del proceso de reproducción, y que esta relación sirve como base para la definición social del grupo y para la asignación de derechos y deberes entre los miembros. Podemos denominar consanguinidad al hecho de la interconexión biológica, y parentesco, el reconocimiento social de esa interconexión. La familia es un grupo de personas

Escaneado con CamScanner

cuyas relaciones mutuas se basan en la consanguinidad y que, por lo tanto, son parientes unas de otras.

Es claro que la familia no es el único grupo de parentesco. Como los seres humanos representan una especie híbrida, están todos biológicamente relacionados entre sí, y la sociedad puede utilizar la consanguinidad para fines de organización social, en un grado que va más allá de la familia. De tal modo, el clan y la familia extensa son también grupos de parentesco. Lo que distingue a la familia es la intimidad de la vinculación biológica. Sus miembros están más estrechamente vinculados entre sí, por medio del proceso de reproducción, de lo que lo están los de cualquier otro grupo. El marido y la esposa se vinculan biológicamente a través de las relaciones sexuales y la reproducción conjunta; padre e hijo se relacionan por medio de la filiación directa, y los hermanos se relacionan a través de los padres comunes. Estrictamente definida, pues, la familia está compuesta de padres e hijos. Es el grupo de parentesco más pequeño. Su capacidad de expansión está más limitada que la de cualquier otro grupo de parentesco.

Esto no significa que toda familia sea en la práctica un grupo biológico. Existen algunos matrimonios que jamás tienen hijos y que, sin embargo, constituyen una familia parcial. Existen muchos niños adoptados que, no obstante, son miembros de la familia adoptiva. "En algunas partes de Melanesia, por ejemplo, la familia a la cual pertenece el niño no está determinada por el acto fisiológico del nacimiento, sino que depende de la ejecución de algún acto social; en una isla, el hombre que paga a la partera se convierte en el padre del niño, y su esposa se convierte en la madre; en otra, el padre es el hombre que planta una hoja de palmera hifena ante la puerta de la casa.[1] Existen sociedades en las cuales aparentemente el papel fisiológico del hombre en la reproducción no es entendido, de modo que nuestra noción de la vinculación biológica entre padres e hijos no forma parte de la ideología cultural. Hay otras sociedades en las cuales la relación es entendida, pero se le asigna poca o ninguna importancia, y el esposo simplemente considera suyo todo hijo que dé a luz su esposa.

Por carácter consanguíneo de la familia se entiende que en todas las sociedades, si no existen condiciones extremadamente inseguras e individuos aberrantes, predomina la suposición de que los miembros de la familia están relacionados entre sí por medio del proceso de reproducción. Siempre y en todas partes, por ejemplo, se espera de la pareja de casados que tengan hijos, y se desalienta la reproducción de hijos fuera del matrimonio. En muchas culturas, el matrimonio no es considerado pleno y permanente hasta después del nacimiento de un hijo. Lo que es más, siempre y en todas

1 W. H. R. Rivers, *Social Organization*, Nueva York, Knopf, 1942, pág. 52.

partes se espera que el esposo tenga relaciones sexuales con su esposa. Se podrá permitir que otros hombres también tengan relaciones con ella, pero el derecho del esposo siempre es considerado el principal, y jamás es puesto en duda. Los niños que nazcan o se adopten son considerados como suyos, y tiene un interés socialmente definido en ellos. Los mitos y las creencias religiosas relativos a la gestación del niño en el cuerpo de la madre incluyen al padre como vinculado de alguna manera al proceso, aunque los niños deriven fisiológicamente de otro hombre. De tal modo, existe siempre un sentido en el cual la familia es considerada como un grupo de parentesco basado en la vinculación a través del nacimiento.

En realidad, las aparentes excepciones a este principio lo confirman. En la adopción, por ejemplo, el adoptado es tratado *como si* estuviese realmente vinculado a los adoptadores, suposición que entraña la existencia anterior del parentesco como base de la organización de la familia. Incluso la relación por afinidad respalda el principio; porque aunque la pareja de casados puede no tener antepasados comunes (en muchas sociedades, por el contrario, se exige que estén estrechamente vinculados), sus componentes están, sin embargo, vinculados por el nacimiento de sus hijos comunes.

Contrariamente a la creencia de los eruditos anteriores, que hablaban de la "promiscuidad primitiva" y del "comunismo sexual", la familia inmediata es, en todas las partes y en todas las épocas, destacada y socialmente reconocida. Puede que no sea tan claramente destacada como lo es en nuestra cultura, pero de cualquier manera se la reconoce. En su estructura están incluidas tres relaciones fundamentales, que son siempre socialmente definidas; las relaciones maritales, las paternales y las fraternales. Estas son complicadas por otros dos factores biológicos que las atraviesan: la edad y el sexo. Las relaciones entre padres e hijos y entre hermanos y hermanas se definen de modo diferente, según el sexo y la edad relativos de las partes interesadas. Teniendo en cuenta las complicaciones que introducen la edad y el sexo, existen en la familia inmediata (como se menciona en el capítulo VI) por lo menos quince relaciones biológicas distintas que pueden ser socialmente reconocidas.. De tal modo, incluso este pequeño grupo, por simple que pueda parecer, ofrece complejas posibilidades para la formación de instituciones. Algunas de las diferencias más profundas entre una sociedad y otra residen en el tipo y número de usos que se hace de estas relaciones elementales.

Todo individuo normal se convierte en miembro de dos distintos grupos de familia. Esto se debe a que participa en dos clases de nacimientos. Primero, cuando nace él mismo, y segundo cuando procrea a otro individuo. A la primera de estas familias podemos denominarla la familia de orientación, porque en ella se socializa el sujeto y se vincula, por medio de sus padres, al resto de la organiza-

Escaneado con CamScanner

ción social. A la segunda podemos denominarla familia de procreación, porque allí ese sujeto tiene hijos propios. El sujeto es el único eslabón de enlace —el único miembro superpuesto— entre esas dos familias. Es necesario mirar con los ojos de un participante (sujeto) y de tal modo mantener separados estos dos grupos familiares, porque las vinculaciones entre ellos son de considerable importancia. Por ejemplo, el alejamiento del sujeto respecto de su familia de orientación para la formación de una nueva familia ofrece posibilidades de tensiones y conflictos. Las sociedades difieren grandemente en cuanto a las forma en que se cumple la transición.

Es evidente que el amplio universo del parentesco está compuesto de familias entrelazadas. El eslabón de enlace exige siempre tres relaciones básicas —matrimonio, paternidad y maternidad, y condición de hermano o hermana—, y las unidades familiares son las células con las cuales se construye el todo más amplio. Por lo tanto, para entender el parentesco en general es esencial entender la familia inmediata.

El principio de legitimidad

La estructura de la familia humana no está arraigada en la biología, sino en los usos sociales y las costumbres. Es por eso que su forma exacta varía de modo significativo de una cultura a la otra. Como las funciones de la familia se centran en la reproducción, la organización institucional debe usar principios biológicos, y éstos imponen ciertos límites al alcance de la variación cultural. Las costumbres no pueden exigir que los hombres queden embarazados o que las mujeres tengan cincuenta hijos cada una. Pero dentro de ciertos límites, la organización cultural puede subrayar y suprimir, agregar y eliminar, orientar y controlar, hasta haber creado un sistema familiar, funcional y estructuralmente vinculado con el resto del orden social. Sin un sistema institucional para la ejecución de las funciones de la familia, estas funciones no serían realizadas. Ya hemos visto que el hombre, como especie, solo puede sobrevivir en un medio cultural. No hay nada relacionado con la familia, incluso las relaciones sexuales y el cuidado del niño recién nacido, que no tenga que ser aprendido. No hay nada a su respecto que no incluya una definición social y derechos y obligaciones mutuos. Por lo tanto, es necesario examinar algunas de las costumbres fundamentales que respaldan la estructura de la familia, y que son tan ubicuas como la familia misma. La primera de ellas está representada por lo que podemos denominar principio de legitimidad.

El vínculo débil, en el grupo familiar, es el lazo padre-hijo. No existe una asociación necesaria ni medio fácil de identificación entre ambos, como los que existen entre madre e hijo. En los grupos

Escaneado con CamScanner

reproductivos de los monos, el padre no es retenido por algún interés en sus hijos, sino por su interés en la hembra. Entre los seres humanos se crea un vínculo entre el padre y sus hijos mediante una compleja serie de usos sociales, costumbres y leyes. Del mismo modo se crea una relación duradera entre aquél y la madre. La relación de la madre con el hijo también está socialmente regulada, pero en este caso el vínculo se establece y se mantiene con mayor facilidad.

A la definición social de la paternidad podemos denominarla, siguiendo a Malinowski,[2] "principio de legitimidad", o sea la regla social universal que afirma que "ningún niño debe ser traído al mundo sin un hombre –un solo hombre–, que asume el papel de padre sociológico, es decir, el papel de guardián y protector, el vínculo masculino entre el niño y el resto de la comunidad".[3]

Sin esta regla general, de la cual son subsidiarias muchas otras, no existiría familia alguna; por lo tanto, es tan universal y fundamental como la propia institución de la familia. Predomina, no importa cuáles sean las otras condiciones vigentes. Los niños podrán ser una carga o un bien, las relaciones prenupciales y extramaritales podrán estar prohibidas o sancionadas, pero sigue en pie la regla de que un padre es indispensable para el pleno *status* social del niño y de su madre. Porque, de lo contrario, el niño es ilegítimo y la madre es tenida en poca estima.

Es evidente que el principio de legitimidad incluye en cierta medida el control de las relaciones sexuales, ya que las relaciones entre los sexos son una condición necesaria de la procreación. Pero todas las comunidades establecen distinciones entre los distintos vínculos del proceso procreativo. La mayoría de las sociedades, por ejemplo, disocian el coito y la paternidad. "Hablando en términos generales, puede decirse que la libertad de las relaciones sexuales, si bien no universalmente, es en general predominante en las sociedades humanas. La libertad de concepción fuera del matrimonio, sin embargo, no se permite jamás, o por lo menos se la permite en muy pocas comunidades y en circunstancias muy excepcionales." [4]

Y si se la permite, es muy probable que la interrumpa el aborto o que la progenie resultante sea eliminada por medio del infanticidio. En las sociedades en que las relaciones sexuales prenupciales son consideradas como perfectamente legítimas, el matrimonio constituye,

2 BRONISLAW MALINOWSKI, "Kinship", en *Encyclopedia Britannica,* 14ª edición, pág. 406; "Parenthood-the Basis of Social Structure", en V. F. CALVERTON y S. D. SCHMALHAUSEN, *The New Generation,* Nueva York, Macauley, 1930, págs. 134-146; *Sex and Repression in Savage Society,* Londres, Harcourt, Brace, 1927, págs. 212-214.

3 MALINOWSKI, "Parenthood-The Basis of Social Structure", *loc. cit.,* pág. 137. Cf. KINGSLEY DAVIS, "The Forms of Illegitimacy", *Social Forces,* vol. XVIII, octubre de 1939, págs. 77-89, e "Illegitimacy and the Social Structure", en *American Journal of Sociology,* vol. XLV, setiembre de 1939, págs. 215-233.

4 MALINOWSKI, "Parenthood", en *loc. cit.,* pág. 138.

Escaneado con CamScanner

sin embargo, una *conditio sine qua non* para los hijos legítimos. Las personas que en tales sociedades tienen relaciones sexuales libres, evitan el embarazo o la paternidad por uno u otro medio, o bien se casan cuando se produce el embarazo. La libertad de las relaciones sexuales, por lo tanto, *no es* idéntica a la libertad de paternidad. "El matrimonio no puede ser definido como la licencia en las relaciones sexuales, sino más bien como la licencia en la paternidad." [5] Los primeros antropólogos, que se mostraban tan interesados en el problema de si las relaciones sexuales extramaritales se permitían o no en las tribus que estudiaban, habrían hecho mejor en formular la pregunta más profunda de si se permitía o no la paternidad en las personas no casadas. Una respuesta positiva a la segunda pregunta habría desquiciado nuestra noción de la organización social, mucho más que una respuesta positiva a la primera pregunta.

El tabú del incesto

Existen varias formas en que puede violarse el principio de legitimidad. La transgresión es simple cuando tanto el hombre como la mujer no están casados, porque al casarse posteriormente entre sí pueden legitimizar su progenie ilícita. Pero si alguno de los dos está casado, la ilegitimidad es adúltera y puede ser definida como carente de importancia o como excepcionalmente mala, según la importancia que la cultura asigne a la paternidad fisiológica en contraposición a la paternidad sociológica. Si las dos partes tienen estrecho parentesco entre sí (son miembros de la misma familia), la ilegitimidad es incestuosa y en todas partes (salvo en el antiguo Egipto y en ciertos linajes reales) se la considera como algo horrible.[6] Es evidente que si una sociedad desea tener una institución familiar, debe condenar la ilegitimidad, pero ¿por qué la ilegitimidad incestuosa, o simplemente las relaciones sexuales incestuosas, es objeto de condenación tan especial? ¿Por qué, en otras palabras, existen los tabúes del incesto? Nadie puede pretender una comprensión científica de la familia, o por cierto de la sociedad, sin una respuesta a esta pregunta.

La familia es un grupo *organizado*. Sus miembros ocupan una serie definida de *status* recíprocos, interactúan según pautas definidas de conducta y están motivados por actitudes y sentimientos recíprocos. Sin esta organización institucional, no podría cumplirse la ejecución, por parte de la familia, de las cuatro funciones principales mencio-

[5] *Ibid.*, pág. 140.

[6] Para un análisis de las causas y los géneros de ilegitimidad, véase Davis, "The Forms of Illegitimacy", *loc. cit.*

Escaneado con CamScanner

nadas más arriba. El puro apareamiento animal por sí solo no produciría una nueva generación, ni siquiera en el sentido físico y, mucho menos, en el sentido social. A través de la organización institucional el impulso sexual es canalizado hacia la tarea de crear una nueva generación, y los procreadores son hechos responsables por el bienestar y la socialización de los hijos. A través de esta organización se proporciona a la progenie un medio pacífico y protegido, en el cual puede llegar tranquilamente a la madurez y desde el cual es lanzada a la competición de la sociedad más amplia. Si los diferentes *status* y relaciones de la familia se confundiesen, se perderían la organización y la eficiencia funcional de la familia. Los tabúes del incesto limitan las relaciones y los sentimientos sexuales a las parejas de los casados, excluyendo estas cosas de las relaciones entre padres e hijos, entre hermana y hermano. De este modo se impide la confusión y se mantiene la organización familiar. Por consiguiente, los tabúes del incesto existen porque son esenciales para la estructura de la familia y forman parte de ella.

Supóngase que se permitiese a hermanos y hermanas violar los tabúes del incesto. Considérese, en primer lugar, el efecto de la rivalidad sexual que se desarrollaría entre hermanos y entre hermanas. Por ejemplo, si hubiese una sola hermana y dos hermanos en la familia, los celos sexuales destruirían probablemente las actitudes fraternales que se supone deben predominar; la situación de conflicto que se produciría no sería lo suficientemente pacífica para una socialización satisfactoria. Como los hermanos y hermanas son por lo general criados en el mismo hogar, tal rivalidad se vería estimulada desde muy temprano y resultaría sumamente intensa. Además, como el número y la distribución por sexos de hermanos y hermanas en diferentes familias son imposibles de controlar, no se podría elaborar ninguna pauta institucional uniforme de modo que los celos fuesen un apoyo en lugar de una amenaza. Considérese, luego, la confusión que resultaría cuando naciesen hijos de tales relaciones hermano-hermana. El hermano no solo sería el "padre" de su hijo, sino también su "tío"; la hermana no solo sería la "madre" de su hijo, sino también su "tía". Además, surgiría una familia dentro de una familia, un crecimiento canceroso que desquiciaría el grupo primitivo y conduciría a una concentración extrema de cada familia dentro de sí misma.

Si se permitiesen las relaciones sexuales entre padres e hijos, surgiría casi con seguridad, la rivalidad sexual entre madre e hija y entre padre e hijo, y esta rivalidad sería incompatible con los sentimientos necesarios entre ambos. Si nacieran hijos, la confusión de los *status* sería mayúscula. El hijo incestuoso de una unión padre-hija, por ejemplo, sería hermano de su propia madre, es decir, hijo de su propia hermana; hijastro de su propia abuela; posiblemente, hermano de su propio tío, y, seguramente, nieto de su propio padre.

Escaneado con CamScanner

Esta confusión de generaciones sería contraria a las relaciones autoritarias tan esenciales para el cumplimiento de los deberes paternales. Además, la hija que recibiese atenciones de su padre se encontraría en una posición débil. En tanto que las relaciones sexuales connotan por lo común una igualdad de *status* entre las partes, el incesto padre-hija colocaría a la hija en una posición de subordinación. Mientras ella fuese todavía inmatura, el padre podría utilizar su poder para aprovecharse de ella.[7]

Su posición respecto del padre es de dependencia y sumisión. Por lo general, las relaciones sexuales legítimas llevan implícita cierta dosis de reciprocidad. El sexo se intercambia por algo igualmente valioso, no se dilapida ni se arrebata por la fuerza. De la mujer se espera que use su atractivo para obtener ciertos fines legítimos, tales como reconocimiento, posición y un esposo. La familia la respalda y la ayuda a realizar una transacción respetable. El monopolio del padre y su resentimiento celoso respecto de los extraños pondrían en peligro las oportunidades de la muchacha. La niña debe ser protegida de la agresión paternal durante su inmadurez y debe permitírsele que use su *status* de mujer sobre la base de algo semejante a términos equitativos. Pero tal protección no es fácil, porque es sumamente fuerte la tentación que ofrece un miembro joven y atrayente del sexo opuesto en la misma casa. Solo los tabúes más estrictos pueden refrenar al padre en los pensamientos y en los hechos. El tabú sobre el incesto es una de las costumbres más fuertes que existen.

Cuando pensamos en las funciones de la familia, en su estructura peculiar y en sus sentimientos y papeles recíprocos, entendemos por qué la prohibición del incesto es absolutamente indispensable para su existencia como parte de la organización social. Como ninguna sociedad puede funcionar sin una unidad reproductiva eficiente, descubrimos que los tabúes del incesto se imponen en todas partes y su violación es considerada con tan profundo horror, que algunos observadores, erróneamente, lo han considerado instintivo.[8]

7 Esto es lo que sucede en casos reales, en los cuales las hijas tienen con frecuencia menos de diez años de edad. Véase JACOB A. GOLDBERG y ROSAMOND W. GOLDBERG, *Girls on City Streets,* Nueva York, American Social Hygiene Association, 1935, págs. 185-217. SVEND RIEMER no habla acerca de la edad de las hijas en los casos presentados ante tribunales suecos, pero analiza las historias de vida y los motivos de los padres transgresores; la utilización, por el padre, de su poder superior y autoridad es harto evidente en los casos descritos. "A Research Note on Incest", en *American Journal of Sociology,* XLV, enero 1940, págs. 566-575.

8 Un análisis más amplio del tabú del incesto se encontrará en BRENDA SELIGMAN, "Incest and Descent: Their Influence on Social Organization", *Journal of the Royal Anthropological Institute,* LIX, enero-junio de 1929, págs. 231-272. RED FORTUNE, "Incest", *Encyclopedia of the Social Sciences;* y BRONISLAW MALINOWSKI, *Sex and Repression in Savage Society,* Londres, Paul, Trench Trubner, 1927.

Escaneado con CamScanner

Trasmisión familiar

Cada familia inmediata es creada por el matrimonio, perfeccionada por el nacimiento de los hijos y terminada por la muerte o por otro matrimonio. De tal modo, es un grupo duradero que persiste a través de los principales cambios que afectan a las personas que lo componen, y es responsable de dichos cambios. Pero no es un grupo permanente, porque siempre dura menos de lo que dura una vida.

La impermanencia de la familia no impide cierta continuidad entre las familias de generaciones sucesivas. Necesariamente, cada individuo lleva a su familia de procreación las cosas que ha adquirido en su familia de orientación y las trasmite a sus propios descendientes. Entre las cosas trasmitidas se encuentran las siguientes: la propia versión peculiar de la familia respecto de la herencia cultural general; sus propios modales, actitudes e historia; su propia afiliación a grupos más amplios, tales como el clan, la secta, la clase y la nación; y su propiedad. Los componentes superpuestos de familias sucesivas equivalen también, de tal modo, a una superposición cultural.

No todo se trasmite. En primer lugar, cada nueva familia de procreación no representa un recrudecimiento de una familia de orientación, sino una fusión de dos, porque el esposo y la esposa (por la ley del incesto), provienen necesariamente de dos casas distintas. En segundo lugar, en la medida en que existe movilidad social y cambio social, cada nueva generación es distinta de la antigua. Entre la antigua y la nueva generación, en rigor, puede existir conflicto y extrañamiento.[9] Sin embargo, se trasmite lo suficiente como para crear una continuidad reconocible. La trasmisión de la herencia cultural general y de la propia cultura de la familia se denominan *socialización;* la trasmisión de la afiliación a grupos sociales más amplios, *descendencia;* la trasmisión de propiedad, *herencia;* y la trasmisión de *status, sucesión*. Necesariamente, estas formas de tramisión están mutuamente interrelacionadas y se superponen, pero tratarlas por separado ayuda a esclarecer las funciones de la familia en la sociedad.

LA FAMILIA Y LA SOCIALIZACIÓN

El tema de la socialización ya ha sido encarado en el capítulo VIII. En el presente contexto nuestro interés se concentra simplemente en el papel peculiar de la familia en este proceso. La familia

[9] Véase Kingsley Davis, "The Sociology of Parent-Youth Conflict", en *American Sociological Review,* vol. V, agosto de 1940, págs. 523-535.

Escaneado con CamScanner

tiene varias características que le conceden una importancia estratégica en la socialización:

1) La familia es la primera que recibe al niño. Éste nace en la familia como un elemento socialmente virgen, más plástico de lo que jamás volverá a serlo. Los pasos iniciales de la socialización, entonces, comienzan en el hogar. Aparecen luego otras instituciones que deben trabajar sobre el terreno ya proporcionado por la familia.

2) La familia es el factor más persistente en la vida del niño. Se abandonan amigos con facilidad, se cambia de maestros todos los años, los compañeros de juego se olvidan muy pronto, pero los padres mantienen su estrecho contacto con el niño a lo largo de la primera parte de su vida. Por este motivo, la influencia de la familia es profunda y perdurable.

3) La familia es un grupo primario. Posee una espontaneidad y una libertad que provienen de la habituación mutua completa dentro de un pequeño círculo. Proporciona un sentido de identificación mutua como "nosotros", que no es simplemente producto de la socialización sino también un agente catalizador de la misma. Cuanto más existe el sentimiento de "nosotros", menos son las barreras para la trasmisión de actitudes y sentimientos.

4) La familia está vinculada con la satisfacción de todas las necesiddaes del niño, desde las más materiales, como el alimento y la bebida, hasta las más espirituales, como la seguridad y el afecto. La dependencia del niño respecto de la familia para la satisfacción de sus necesidades es más completa en el momento del nacimiento, y ya disminuyendo en forma gradual —con distintas velocidades en diferentes sociedades—, hasta que se llega a cierto mínimo. Pero tomando en cuenta *todas* las necesidades del niño, podemos decir que ningún otro grupo puede rivalizar seriamente con la familia.

5) La familia proporciona ambos tipos de relaciones —la autoritaria (entre padres e hijos) y la igualitaria (de los hijos entre sí)—, dentro de los cuales puede producirse la socialización. En este sentido difiere de los grupos de juego y las camarillas, que son casi puramente igualitarios. Cada tipo de relación proporciona un elemento único y necesario en la socialización. Y el hecho de que la familia proporcione ambos en un pequeño círculo le confiere una integridad especial en cuanto al desempeño de esta función.

6) La comunidad general identifica a los miembros de la familia entre sí. La primera identificación del niño es con su familia, y determina muchas otras formas de pertenencia. El niño, por así decirlo, es ubicado por primera vez en su familia con el fin de incorporarlo a la estructura social. La identificación con la familia per-

Escaneado con CamScanner

siste a lo largo de toda la vida. Puede ser modificada por el surgimiento de una fidelidad superior, en competencia con la anterior, cuando el niño se casa y funda una familia propia, pero para entonces el proceso de socialización ya ha quedado virtualmente completado.

La consideración de estas contribuciones peculiares nos permite entender el destacado papel de la familia en la socialización. El hecho de que sea la primera institución, la más persistente, la más íntima y la más completa que trata con el niño, explica por qué es tan esencial para la formación de la personalidad. Proporciona un sentimiento de seguridad que los psiquiatras afirman ser esencial para la salud mental. Concede una constancia de actitud emocional y de respuesta social, una confianza respecto de la futura regularidad. Por eso desempeña un papel tan importante en el equilibrio y desequilibrio mental.

Como la socialización está íntimamente vinculada a todo lo que el niño hace en la vida, podemos entender por qué la familia ocupa un puesto clave en la organización social. Entendemos por qué todas las sociedades conceden a los padres considerable autoridad sobre el niño, y por qué la familia es una base universal de adscripción de *status*, de solidaridad económica y de fidelidad sentimental.

LA DESCENDENCIA Y EL CLAN

Cuando la identidad con una determinada familia le concede a uno afiliación en un grupo más amplio, el proceso se denomina descendencia.[10] Todos los grupos de parentesco adquieren sus miembros principalmente de esta manera, y uno de los más destacados es el clan. Teóricamente, el clan es un cuerpo organizado de personas emparentadas descendientes del mismo antepasado, aunque en la práctica muchos clanes se vuelven tan amplios que su antepasado común es mítico o ha sido olvidado. Como el clan representa la expansión de la familia inmediata, como en teoría fija su descendencia a partir de una pareja primitiva, sus miembros tendrían prohibido al principio el casamiento entre sí, por el tabú del incesto. Podría esperarse que cuando las dimensiones del clan crecieron, este tabú se extendió correspondientemente, de modo que incluso los clanes muy antiguos y populosos no permitirían que sus miembros se casaran entre sí, por distante que fuera el parentesco real. Esta suposición es respaldada por los hechos, porque una característica casi universal del clan es la exogamia. Además, la terminología del parentesco vinculada con los sistemas de clan revela la misma ten-

10 W. H. R. Rivers, *Social Organization*, Nueva York, Knopf., 1924, pág. 86.

Escaneado con CamScanner

dencia. A menudo, el sujeto debe llamar "padre" al hermano de su padre, no "tío". Y como llama con este término al hermano de su padre y con el de "madre" a la hermana de su madre, entonces los hijos de estas personas, que pertenecen al mismo clan que él, reciben el nombre de "hermanos" y "hermanas", y no de primos. Además de llamar a los miembros del clan con los mismos términos de parentesco que se usan para los miembros de la familia inmediata, el sujeto tiende también a tratarlos, en cierta medida, como miembros de la familia. Por ejemplo, se le prohíbe tener relaciones sexuales o casarse con sus "hermanas" de clasificación.

Como es exógamo, el clan no puede contar sus miembros a través de ambos padres, sino solo a través de uno. El sujeto es miembro del clan de su padre o del de su madre, pero no de ambos. Si la descendencia se fija a través del padre, el clan es patrilineal; si a través de la madre, matrilineal. En ambos casos es importante hacer notar que el clan trasciende a la familia inmediata. En tanto que la familia es necesariamente un grupo pequeño e impermanente, el clan es indefinidamente expansible y presumiblemente inmortal.

En China existen clanes de los cuales se dice que contienen hasta 200.000 ó 300.000 miembros.[11] Por consiguiente, los clanes pueden ejecutar muchas funciones que no son accesibles a la familia inmediata, como por ejemplo la protección militar contra los extraños, la reglamentación política y jurídica, la acumulación de grandes reservas de capital, el desarrollo de la especialización económica y la organización de actividades religiosas.

Además de trascender a la familia inmediata en tamaño y duración, el clan se encuentra parcialmente en conflicto con ella. Esposo y esposa, por ser de clanes diferentes, poseen inevitablemente una fidelidad dividida. En un sistema de clanes matrilineales, por ejemplo, los hijos del padre serán miembros del clan de su esposa. Los hijos de su hermana serán miembros de su propio clan, y puede que él les tenga más fidelidad a ellos que a sus propios hijos.[12] Además, el clan tiende a usurpar algunas de las funciones de la familia inmediata. Jamás usurpa la función de la reproducción, porque la exogamia del clan lo impide, pero sí se entremete en las funciones económica, educativa y de adscripción de *status*. En las sociedades con clanes muy desarrollados, la familia inmediata (aunque siempre necesaria) es con frecuencia débil.

Existen clanes en muchos lugares del mundo. Aparecen en las tribus sumamente primitivas de la Australia aborigen, así como en la civilización altamente desarrollada de China. Las sociedades primitivas basadas en la caza y la recolección de alimentos pueden tener

11 RALPH LINTON, *The Study of Man*, Nueva York, D. Appleton-Century, 1936, pág. 201. [Trad. esp. citada.]

12 BRONISLAW MALINOWSKI, *Crime and Custom in Savage Society*, Londres, Kegan Paul, 1932, págs. 100-111. [Trad. esp. citada.]

Escaneado con CamScanner

clanes matrilineales o patrilineales, lo mismo que ciertos pueblos agrícolas, tales como los trobriandeses y los zuñi, pero en las civilizaciones más desarrolladas (como en las de la antigua China, Grecia, Roma y la India), los clanes tienden a ser patrilineales. En la sociedad estadounidense no existen clanes, hablando en términos estrictos, pero sí poderosas líneas de familia tales como las de los Rockefeller, los Du Pont, los Roosevelt, los Lowell, los Cabot y los Adams.[13] Además, los apellidos tienen una descendencia patrilineal y conceden a cada persona una identificación con sus antepasados masculinos. Hasta tal punto influye esto sobre el pensamiento, que a menudo hablamos de la herencia de rasgos exclusivamente en términos de antepasados masculinos. Un joven llamado Boone, por ejemplo, puede decir con orgullo que ha heredado el espíritu de pionero de su antepasado Daniel, haciendo caso omiso de todas las mujeres que entre tanto se han casado con miembros de la familia Boone y que contribuyeron con un abrumador porcentaje a la actual herencia de los Boone. Del mismo modo, los nazis trataron de demostrar que el presidente Franklin D. Roosevelt era judío porque descendía, según afirmaban, de un holandés de varios siglos atrás llamado Rosenfeld. Incluso, si la afirmación fuese cierta, no se deduciría de ello que el presidente tuviese "sangre" judía en su cuerpo, porque la gran cantidad de mujeres no judías que ingresaron en la línea por casamiento la habrían diluido desde hacía mucho tiempo, convirtiendo virtualmente en nada la presunta "sangre" judía.

Existen varios tipos de sistemas de clan, algunos débiles y otros fuertes, algunos con numerosos clanes y otros con solo dos. Cuando están bien desarrollados, los clanes pueden dominar toda la pauta de la organización social, incorporando a su trama casi todas las instituciones principales. Tienden a aparecer en una sociedad estable, rural, y a desaparecer cuando surgen el urbanismo y el industrialismo. Han representado un enorme papel en la historia de la sociedad humana, e incluso en la actualidad millones de personas viven en sociedades de clan, y muchas más en sociedades con una tendencia hacia el clan. Pero el clan no puede por sí mismo cumplir la función de la reproducción. Eso solo puede hacerlo la familia, y a través de ésta se determina la afiliación de clan del individuo.

HERENCIA DE LA PROPIEDAD

En cuanto a la propiedad que posee el clan (tierras, edificios y quizá ganado), no surge el problema de la herencia porque, teóricamente, el clan jamás desaparece. Los miembros sobrevivientes, continúan como grupo, dirigiendo las posesiones del clan. Pero la

13 Véase FERDINAND LUNDBERG, *America's 60 Families*, Nueva York, 1937.

Escaneado con CamScanner

propiedad de familia o la individual plantean el problema de la herencia en forma aguda. Cuando la familia es fragmentada por la muerte, esa propiedad debe ser recibida por uno o más de los miembros supervivientes. Solo las sociedades más individualistas (por ejemplo, los actuales países de habla inglesa) permiten que los dueños de propiedades las leguen a los que no son parientes, y aun en este caso se trata de un derecho restringido. La herencia, por lo general, es una institución de parentesco que refleja la pauta dominante de la organización de la familia en la sociedad. Por natural que esto pueda parecer, crea —sin embargo— una inquietante fuente de conflicto, ya que cada individuo puede procrear muchos hijos, y entonces la herencia es un problema de uno contra varios. Surge constantemente la necesidad de "dividir la propiedad" según algún arbitrio, y hasta ahora no se ha encontrado arbitrio alguno que sea totalmente justo para todas las partes interesadas.

El testador se encuentra en una posición singular. Estando vivo, desea controlar su propiedad después de la muerte. Semejante control, por cierto, le concede poder mientras vive. Por ejemplo, puede amenazar a los jóvenes con desheredarlos si contrarían sus deseos. Sin embargo, como tendrá que morir, debe depender de otros (personas vivas) para que cumplan sus deseos. Pero el interés de estos otros no es siempre su propio interés. La comunidad muestra inclinación a respetar el deseo de los muertos, pero no si dicho deseo perjudica a los vivos. Contempla con suspicacia los caprichos nacidos de pendencias minúsculas, de deseos extravagantes y de esfuerzos para aherrojar a los herederos a perpetuidad. Tiene también un gran respeto por las exigencias de parentesco, y a menudo considera al propietario más como representante de la familia que como propietario único. Para la protección del Estado, de la Iglesia y de la familia, se muestra generalmente partidaria de cierta uniformación de las usanzas con respecto a la herencia. Los beneficiarios, por su parte, se encuentran a menudo en la embarazosa posición de ser parientes cercanos y, al mismo tiempo, competidores por la herencia. Si la comunidad puede uniformar sus usanzas al respecto, se evitarán indignos conflictos entre ellos; pero las discriminaciones incluidas en cualquier sistema, por uniforme que éste sea, son grandes.

En la mayoría de las sociedades civilizadas, el testamento no es completamente libre ni completamente automático. Se permite al testador ejercer una elección con respecto a parte de su riqueza, pero la otra parte debe dividirse, según reglas definidas, entre determinados parientes. En general existe, por ejemplo, una *legítima*, es decir, "un derecho legalmente ejercitable de las viudas y de los hijos, por lo menos a una parte de los bienes del esposo o padre muerto".[14]

14 G. D. H. Cole, "Inheritance", en *Encyclopedia of the Social Sciences*, pág. 36.

Escaneado con CamScanner

La ley de los antiguos códigos españoles (trasplantada a la mayoría de los países latinoamericanos) ejemplifica este compromiso. Los bienes son, por lo común, divididos en tres partes *des*iguales: la primera y mayor (la *legítima*) es para los hijos legítimos u otros parientes cercanos, y no puede ser legada a nadie más; la segunda (la *mejora*) es una porción extra que debe ser entregada a ciertos hijos, con frecuencia a uno o más de los varones, a veces al mayor; y la tercera queda disponible para el legado libre, a menudo en beneficio de la Iglesia.[15] La porción extra representa, por lo general, la tierra y los edificios de los cuales la familia obtiene su sustento.

"En todos los países campesinos existe todavía una fuerte tendencia a pensar que por lo menos los bienes raíces pertenecen a la familia antes que al individuo. Ellos constituyen el medio de vida de la familia, del cual ningún miembro puede ser excluido, a no ser por positiva mala conducta".[16] Pero en la nueva generación no existirá normalmente una nueva familia, sino varias. A éstas puede resultarles imposible vivir de la propiedad de la familia y, sin embargo, si la propiedad se divide, puede perder su eficiencia. No obstante, los herederos pueden mantener la propiedad en común y tratar de ampliarla. Esta costumbre se aproxima a la del sistema de familia extensa, popular en la India y en algunos países eslavos. Sin embargo, en culturas más individualistas, la herencia equitativa conduce rápidamente a la división de la propiedad (*gavelkind* * o herencia divisible). Una alternativa de esto es la costumbre de la herencia indivisible, según la cual uno solo de los hijos recibe la propiedad de la familia. Este hijo puede ser el mayor (primogenitura) o el menor (ultimogenitura o *Borough English* **), o puede ser elegido por el padre según su capacidad. Cada una de estas usanzas, encontradas en diversas localidades, ha tenido sus ventajas y sus desventajas. La herencia por el hijo mayor ha significado que éste probablemente sería maduro en el momento de la muerte de su padre y que podría conceder el máximo de ayuda a sus hermanos menores, quienes eventualmente debían abandonar la propiedad. Pero si el padre vivía hasta una vejez avanzada, los hijos mayores (a menos que se les garantizase algo) habrían partido hacía mucho tiempo y solo quedarían los jóvenes para hacerse cargo de la propiedad de la familia. Sea como fuere, la teoría indicaba que los que que-

15 Kingsley Davis, "Changing Concepts of Marriage", en Howard Becker y Reuben Hill (dir.), *Marriage and the Family,* Nueva York, D. C. Heath, 1942, pág. 103. Véase también Salvador Minguijon Adrian, *Historia del derecho español,* segunda edición, Barcelona-Buenos Aires, editorial Labor, S. A., 1933, págs. 158-167.

16 G. D. H. Cole, *op. cit.*, pág 36.

* *Gavelkind,* posesión de la tierra, especialmente en Kent, que implica la división equitativa de las propiedades entre los hijos del extinto. (*N. del T.*)

** *Borough English,* forma de posesión, en algunas partes de Inglaterra, según la cual las tierras y propiedades pasan a poder del hijo menor. (*N. del T.*)

Escaneado con CamScanner

daban despojados de una posibilidad de heredar los bienes raíces recibían, por lo menos, porciones de los bienes muebles: las hijas, dotes para su casamiento; los hijos, dinero para su educación. El sistema ha tendido a depositar demasiada responsabilidad en un hijo o a despojar a los otros hijos de gran parte de seguridad. Ha funcionado mejor en una sociedad en expansión, donde los hijos que no heredaban podían encontrar muchas oportunidades lejos del hogar. El sistema de primogenitura llenó, entre la aristocracia británica, los puestos de los servicios públicos, del clero y del ejército con brillantes hijos menores.

El problema de la herencia entre los hijos llega a su forma más aguda cuando por un motivo o por otro la propiedad es indivisible. Puede serlo debido a su carácter físico. No es fácil desmontar una casa y distribuirla cuarto por cuarto. Una granja puede ser ineficiente si se reducen sus dimensiones más allá de cierto punto. En la actualidad, en la India —por ejemplo— la subdivisión de las tierras agrícolas por los herederos ha llegado a un grado extremo, a tal punto que la propiedad media es demasiado pequeña no solo para un cultivo eficiente sino también para la adecuada manutención de una familia.[17] En Francia ha sido preciso actuar judicialmente contra el *morcellement*. Pero la propiedad puede ser indivisible por otros motivos: el deseo de mantener intacta una finca y, de tal modo, conservar el poder correspondiente. Este deseo es el que ha hecho surgir, en muchas aristocracias, recursos destinados a mantener intacta la propiedad. Uno de dichos recursos es la herencia por un heredero, tal como se menciona más arriba. Pero ni siquiera este arbitrio garantiza la perpetuidad, a menos que se imponga una restricción de venta o de división de la propiedad a los herederos. Tal restricción, denominada *entail* en inglés y *mayorazgo* en castellano, era anteriormente muy común en Europa y fue llevada a ciertas colonias del Nuevo Mundo.

> Los reyes de España estimularon el trasplante de este sistema del Viejo Mundo al Nuevo [...]. Se creó una cantidad de mayorazgos entre los poseedores de grandes propiedades en Chile, y de tal modo las fincas quedaron protegidas contra la subdivisión. Aunque el número de estos mayorazgos no era grande, representaban un poder y una influencia que iban mucho más allá de su fuerza numérica. No solo mantuvieron intacta una cantidad de grandes propiedades sino que establecieron un sistema que fue seguido por la mayoría de las haciendas chilenas. Surgió la costumbre de mantener las propiedades indivisas de una generación a la otra, y de trasmitirlas indivisas al hijo mayor. Esta práctica fortaleció mucho el sistema de las grandes propiedades, tendiendo a concentrar aún más la tierra en manos de pocas personas. Hizo más permanentes las propiedades basadas en concesiones de tierra a los primeros colonos [...]. El mayorazgo formal de propiedades comenzó en Chile cerca de fines del siglo XVII y continuó durante varias décadas, después de conquistada la independencia. Sobre-

17 G. T. Garratt, *An Indian Commentary*, Nueva York, Cape and Smith, sin fecha, págs. 27-33.

Escaneado con CamScanner

vivió más tiempo en Chile que en ninguna de las otras colonias españolas o, incluso, en la propia España. El gobierno más democrático establecido en España en 1812 trajo consigo la abolición de esas instituciones oligárquicas en el país, y los ecos de esta acción se sintieron en América en la aplicación de medidas que condujeron al mismo fin. En México, los mayorazgos fueron finalmente abolidos en 1823. Después de sobrevivir en Chile hasta mediados del siglo XIX, fueron definitivamente derogados por las leyes de 1852 y 1857. Ni siquiera entonces cesó la costumbre de mantener intactas las grandes propiedades, sino que continuó caracterizando la agricultura chilena durante muchos años y ejerciendo una poderosa influencia en toda la vida de la nación.[18]

Puede verse que tanto en las economías industriales como en las agrarias, cuando los instrumentos de producción son de propiedad privada, la herencia se convierte en una base importante de la distinción de clase, especialmente si es del tipo indivisible. Pero a medida que los bienes de familia se hicieron más fluidos, en la sociedad industrial urbanizada de las naciones modernas, a medida que fueron constituyéndose de dinero, acciones y capital vendible, se tornó más fácil dividir la herencia. En la actualidad, en Estados Unidos, en caso de muerte sin testamento, los hijos —tanto varones como mujeres— se reparten por igual la herencia.[19] Pero en economías estatales (como, por ejemplo, la de la Rusia soviética, donde la propiedad solo rige para los bienes de consumo), la herencia de la propiedad no sirve como base para una distinción de clases. En rigor, la trasmisión de propiedad a la muerte del dueño ha sido considerada siempre por la comunidad en general, como un momento conveniente para intervenir en la propiedad privada. En la Edad Media, tanto la Iglesia como el señor feudal se interesaban en dicha trasmisión y se las arreglaban, de una u otra manera, para beneficiarse a expensas de los herederos.[20] En los tiempos modernos, el estado se apodera de una parte cada vez mayor por medio de los impuestos progresivos.

SUCESIÓN

No solo las posesiones se trasmiten según lineamientos de parentesco sino también determinados cargos y *status*. Denominamos sucesión a esta adscripción de cargos. Los reyes británicos, por ejemplo, se suceden de acuerdo con el principio de primogenitura, en tanto que los primeros ministros británicos logran su posición según

18 GEORGE MCCUTCHEN MCBRIDE, *Chile: Land and Society*, Nueva York, American Geographical Society, 1936, págs. 111-112.

19 CHESTER G. VERNIER, *American Family Laws*, Stanford, Stanford University Press, 1936, vol. IV, págs. 113-116.

20 GEORGE C. HOMANS, *English Villagers of the Thirteenth Century*, Cambridge, Harvard University Press, 1941, capíts. VIII, IX y XI, ofrece una brillante descripción de las costumbres inglesas medievales con respecto a la herencia.

Escaneado con CamScanner

el principio de la elección. La sucesión de distintos tipos de *status* —político, ocupacional, religioso y de clase— según la línea de filiación, es una antigua solución al problema de adaptar cada nueva generación a la organización social. Ya la hemos encarado bajo el título de *status* adscritos, de modo que aquí no hace falta decir nada más al respecto, salvo que a veces surge, en la sucesión del cargo, el mismo conflicto de "uno contra varios" que aparece en la herencia de propiedad. Si un cargo como el de rey o caudillo está limitado a una persona por vez, el sistema de sucesión debe discriminar entre los hijos del difunto, de acuerdo con cierto principio. La historia de muchas monarquías está teñida por la sangre de hermanos asesinados por hermanos, porque el principio no era claro o no había sido aceptado. La mayoría de los *status* heredados no exigen discriminación entre hermanos y hermanas; sin embargo, existe un sentido en el cual incluso estos *status* son afectados por la dificultad de "uno contra varios". Los *status* generales de clase y de ocupación no pueden estar siempre abiertos a todos los hijos de todas las personas que ocupan dichos *status,* porque el número de hijos puede ser demasiado elevado. Supongamos, por ejemplo, que las ocupaciones fuesen hereditarias, pero que la tasa de natalidad para los sacerdotes fuese el doble de la necesaria para mantener la proporción de aquéllos en la población. La sociedad llegaría a tener más pastores de los que pudiese utilizar, o algunos hijos de pastores tendrían que encontrar otras ocupaciones. Es evidente que la sucesión de parentesco exige, si se quiere que funcione, una sociedad muy estable y un equilibrio parejo de nacimientos y muertes en todos los estratos, o bien un método de discriminación entre los hijos. Un régimen de cambio rápido, que acentúe el *status* adquirido, deja muy poco juego a la sucesión. Tal régimen concederá necesariamente al niño ventajas y desventajas según el puesto que ocupe su familia en la jerarquía de clase, pero se trata principalmente de ventajas o desventajas con referencia a la competición posterior. No garantizan completamente su *status* final.

La gran transición

Nuestro análisis se ha ocupado de las características universales de la familia. Solo incidentalmente ha mencionado variaciones en torno de estos universales. Pero ahora, las variaciones mismas deben recibir nuestra atención, porque la forma de la familia difiere en gran medida en las distintas culturas.

Tan numerosas son las posibles variaciones de la organización de la familia, que el espacio no nos permite tratarlas todas. A continuación, sigue un esbozo de los principales puntos de variación, clasificados según tres relaciones fundamentales de la familia:

Escaneado con CamScanner

GRUPOS PRINCIPALES

I. *Relaciones maritales*

A. Número de cónyuges:
Monogamia
Poliginia
Poliandria

B. Tipo de cónyuges:
Matrimonio
Concubinato

C. Grado de autoridad:
Igualitarias
Patriarcales
Matriarcales

D. Fortaleza del vínculo:
Temporario
Débil (divorcio fácil)
Inquebrantable (no existe el divorcio)

E. Posibilidad de nuevo matrimonio:
No hay nuevo matrimonio después de la muerte o el divorcio
Nuevo matrimonio permitido
Nuevo matrimonio exigido

F. Edad en el momento del matrimonio:
Temprana (matrimonio de niños)
Tardía

G. Elección del cónyuge:
Quién determina la elección
Elección libre por los jóvenes (galanteo)
Elección controlada por los padres.
Bases de la elección (endogamia y exogamia)
Parentesco
Casta
Clase
Región
Religión

H. Intercambio al producirse el matrimonio:
Precio del novio
Precio de la novia
Intercambio igual

I. Residencia después del matrimonio:
Matrilocal
Patrilocal
Independiente

II. *Padres-hijos*

A. Número de hijos nacidos:
Alta fertilidad
Baja fertilidad

B. Grado de autoridad de los padres

C. Duración de la autoridad de los padres:
Hasta la muerte de los padres
Hasta el retiro de los padres
Hasta una época determinada (Por ejemplo, pubertad o matrimonio del hijo)

D. Tenencia del hijo:
A la muerte de alguno de los padres
Al producirse el divorcio de los padres
Después de un nacimiento ilegítimo

E. Formas de encarar la ilegitimidad:
Tipos de ilegitimidad reconocida
Asignación de responsabilidad
Posibilidad de legitimación

F. Tipo de descendencia:
Matrilineal
Patrilineal

G. Tipos de herencia:
Testamentaria
No testamentaria

III. *Hermanos y hermanas*

A. Fortaleza del vínculo

B. Proporción de la herencia:
Herencia igual
Primogenitura
Ultimogenitura
Limitaciones por el sexo con respecto a la herencia

C. Duración de la residencia común

D. Tipos de obligaciones mutuas

Escaneado con CamScanner

No se pretende que esta lista sea exhaustiva, sino simplemente ilustrativa. Muestra cuán complejo puede ser cualquier tratamiento completo de las instituciones familiares en las diferentes culturas.

¿No existe ninguna forma, podrá preguntar el lector, de reducir a algún esquema las variaciones de la organización de la familia? ¿No existe ningún factor clave que determine todos los demás y que, una vez entendido, nos permita entender la configuración total en cada caso? Por desgracia, la respuesta debe ser negativa. Semejante clave no existe. Pero un factor se acerca mucho al cumplimiento de esa exigencia. No aparece en la lista precedente porque se refiere a una esfera más amplia que la familia inmediata, pero desempeña un papel fundamental en la determinación de la naturaleza de la familia inmediata. Este factor es la relación de la familia de procreación con las dos familias de orientación, o, en otras palabras, la relación de la familia formada por matrimonio con las primitivas familias del esposo y de la esposa. La importancia de este factor puede entenderse si se consideran dos tipos polares, aquel en el cual la familia de orientación domina por completo a la familia de procreación, y aquel en el cual ese dominio falta en absoluto. A la primera, la denominamos sociedad familista y a la segunda, sociedad no familista (o individualista).

Si la familia inmediata es controlada por la familia más amplia —es decir, si la sociedad es familista—, surge de ello una cantidad de consecuencias. Con referencia a los posibles puntos de variación enumerados más arriba podemos decir, por ejemplo, que es muy probable que ocurra el apareamiento plural (ya sea en la forma de poliginia o concubinato) porque, en una sociedad dominada por el parentesco, cualquier forma de aumentar la familia contribuye al propio prestigio y poder. También podemos decir que la autoridad dentro del sistema de parentesco no será probablemente igualitaria, porque es indudable que existe un gran poder de la antigua generación sobre la más joven, y con frecuencia, un gran poder del esposo sobre la esposa. Además, es probable que la edad en el momento del matrimonio sea muy temprana y que la elección marital resulte determinada por los padres antes que por los propios jóvenes. Esto significa que el amor romántico queda eliminado como base del matrimonio. Los intercambios económicos vinculados con el matrimonio suelen ser complejos, y abarcan no solo una amplia gama de bienes y servicios sino también un amplio círculo de parientes. La pareja de recién casados tenderá a vivir con los padres antes que en una casa separada, porque el hogar conjunto facilita el control paternal. Tenderá a procrear una gran cantidad de hijos, porque en un régimen familista estático predomina una alta tasa de mortalidad y, por lo tanto, debe predominar también una elevada fertilidad. Aunque las costumbres estimulen la creación de una numerosa progenie, esto no significa necesariamente que las familias sean gran-

Escaneado con CamScanner

des. La mortalidad en el primer año de vida arrebatará entre una 3ª y una 5ª parte de los niños nacidos, y una elevada mortalidad infantil se llevará a otros más. En rigor, la familia individual puede ser una unidad pequeña y débil, en tanto que el clan es el grupo de importancia suprema. En este caso, la herencia no es importante porque la propiedad de clan es, por lo general, inalienable; pero incluso si no existe sistema de clan, lo probable es que la herencia se produzca estrictamente según lineamientos de parentesco. Sea como fuere, el vínculo entre hermanos y hermanas será probablemente muy fuerte, ya que aquéllos deben mantener unido el grupo de parentesco después de la muerte de los padres. Al mismo tiempo, a fin de mantener unida la propiedad de la línea familiar, puede que exista una herencia desigual entre un hijo o hija y otro. El énfasis de todas las instituciones, en verdad, recae sobre la perpetuación del clan o la línea familiar. Como la familia individual es solo una célula de este grupo mayor, su independencia es grandemente disminuida por las exigencias del parentesco extenso.

Es evidente que la relación de la familia inmediata con los parientes del grupo extenso ofrece una clave para la comprensión de la organización familiar. Nos permite clasificar las sociedades en dos amplios tipos, cada uno con pautas características. Históricamente, uno de estos tipos —el familista— ha predominado en mucho mayor medida que el otro. Esto se debe a que los seres humanos han vivido por lo general en pequeñas aldeas o bandas aisladas. Tales comunidades eran cimentadas por una larga asociación y se convertían en intrincados grupos primarios, en los que el conocimiento mutuo, la opinión uniforme, las ubicuas murmuraciones y las antiguas tradiciones concedían un carácter fijo a la cultura. El *status* era en gran medida adscrito sobre la base del parentesco, la edad y el sexo. Los parientes del grupo extenso se mantenían unidos, los ancianos controlaban el matrimonio y la primera etapa de la vida familiar de los jóvenes. Mientras la comunidad local reinó suprema, mientras la caza o la agricultura fueron la ocupación principal, y la rusticidad el principal atributo, predominó el familismo. Pero cuando comenzó a evolucionar la nación moderna, atrayendo a millones de forasteros a un medio común, estimulando una tecnología dinámica, una estructura móvil de clases, una compleja división del trabajo y un urbanismo dominante, el parentesco comenzó a perder su importancia como base de la organización social. Las funciones política, protectora y económica del clan pasaron a otras instituciones; el hogar perdió su papel como unidad productiva, y a la familia le quedó muy poco, como no fuesen las funciones esenciales. El matrimonio se convirtió cada vez más en un asunto privado que iba más allá del control de los padres, y cada nueva unidad familiar tendió a independizarse de sus predecesoras. Con la declinación de la mortalidad declinó también la fertilidad. La familia

Escaneado con CamScanner

pequeña, que ocupaba su pequeño espacio de vivienda y que se movía como unidad libre, se convirtió en la pauta dominante. Este sistema de pequeñas familias se originó en la civilización industrial de Occidente y se difunde ahora, junto con otros rasgos del industrialismo, al resto del mundo. Parece probable que a la postre todo el género humano tenga una organización familiar más o menos similar a la que se encuentra en la actualidad en Estados Unidos.

La familia india

Como un ejemplo del sistema familista, tomemos la familia india tal como la encontraron los británicos en el siglo XVIII. En esa época, la India era un país exclusivamente agrícola y artesanal. La población vivía en aldeas virtualmente autosuficientes y arraigadas en la tradición. Las tres instituciones principales eran la aldea misma, la familia extensa y la casta, todas ellas estrechamente entrelazadas. La familia extensa estaba compuesta de hombres que tenían un antepasado masculino común, de descendientes femeninas todavía no casadas y de mujeres que ingresaban en el grupo por matrimonio. Todas estas personas podían vivir en un hogar común o en varios hogares, uno cerca del otro. En todo caso, mientras la familia extensa se mantenía unida, se esperaba de sus miembros que contribuyesen al mantenimiento del conjunto y que recibiesen de él una parte del producto total.

En la concepción india del matrimonio se prestaba muy poca atención a los deseos de los jóvenes. El matrimonio se consideraba obligatorio. Los padres estaban moralmente obligados a encontrar cónyuges para sus hijos, y éstos a aceptar la elección paternal. Incluidos dentro de un complicado sistema de creencias religiosas, de restricciones de castas y de controles comunales, los padres ejercían un extremo esfuerzo para casar a los hijos. En verdad, frecuentemente los casaban de edad muy temprana, en la infancia o la niñez, y el matrimonio se consumaba en cuanto la muchacha llegaba a la pubertad. El contrato de matrimonio era considerado como un acuerdo entre dos familias extensas, antes que entre los dos jóvenes.[21]

En tales circunstancias no había lugar para el amor romántico como base de la selección marital. En rigor no había lugar para el galanteo, porque los jóvenes jamás se veían antes del matrimonio. El ideal indio de casamiento no tenía en cuenta los gustos o las inclinaciones individuales; más bien les temía. Manú reconocía la selección por elección mutua (*Gandharva*) como posible forma de casamiento, pero la ubicaba muy abajo en la lista de preferencias

21 La descripción de la familia india que se da aquí ha sido tomada principalmente del capítulo del autor que figura en Becker y Hill (dir.), *op. cit.*, págs. 93-100. En ese capítulo se encontrarán citas de otros trabajos.

Escaneado con CamScanner

y la consideraba altamente indeseable.[22] Una mujer india dijo: "Aunque los misioneros visitantes solían hablarme del amor antes del matrimonio, yo tenía mucho cuidado en no prestar atención a afirmaciones tan poco sopesadas. Me aferraba a la sentencia de mi madre: «El verdadero amor es el *resultado* del casamiento»".[23] En lugar de ser atraídas por las cualidades personales del futuro cónyuge, cada una de las partes tenía simplemente un ideal de lo que debía ser ese cónyuge, y las emociones experimentadas hacia el compañero ideal se expresaban como un deber natural hacia el compañero real. De esta manera, el sistema social indio controlaba el impulso individual y subordinaba la elección marital a los fines del grupo.

Dado que el matrimonio se consideraba obligatorio, era también universal. Todos se casaban a edad temprana. "Todos los que hacen regalos a un brahmín que sigue siendo dueño de casa pero que no se ha casado –o que los aceptan de él–, van al infierno." [24] El matrimonio también se consideraba indisoluble. Era un sacramento, una unión indestructible y secreta. Tan indestructible, en realidad, que un segundo casamiento (por lo menos para la esposa) resultaba aborrecible, y la suerte de la viuda condenada al celibato era notoria. La devoción marital recibía su expresión suprema en el rito del *sate* (o *suttee*), por el cual la viuda se unía a su esposo en la muerte, arrojándose a la pira funeraria. Pero en los casos comunes, la viuda se mantenía simplemente célibe. Como el matrimonio se producía a una edad temprana, había muchas viudas niñas condenadas a pasar el resto de sus vidas sin esposo. Esas mujeres se quedaban con la familia del esposo muerto, en las que eran muy poco más que criadas. Su situación se aliviaba si habían tenido hijos, especialmente varones, pero en el mejor de los casos era infortunada.

La poliginia y el concubinato estaban permitidos, pero no se producían con frecuencia. También existían la prostitución religiosa y secular. Estas instituciones permitían que el hombre –pero no la mujer común– eludiera la rigurosa limitación del matrimonio indisoluble.

La pareja de casados iba a vivir con la familia del esposo. En verdad, al completarse los esponsales, la joven iba a menudo a la casa de su esposo mucho antes de haber llegado a la pubertad. Allí se encontraba al servicio de las mujeres más viejas. Con frecuencia volvía a su propio hogar (habitualmente situado en otra aldea) para tener su primer hijo, pero en todo otro sentido era, para toda la vida, miembro de la familia de su esposo. Además, los indios habían

22 RABINDRANATH TAGORE, "The Indian Ideal of Marriage", en *The Book of Marriage*, Hermann Keyserling (dir.), Nueva York, Blue Ribbon Books, 1920, pág. 104.

23 DHAN GOPAL MUKERJI, *Visit India with Me*, Nueva York, Dutton, 1929, pág. 189.

24 TAGORE, *op. cit.*, pág. 101.

tomado de los musulmanes la costumbre de recluir a sus mujeres (*purdah*). Las mujeres de la casa, por lo menos en las castas superiores y especialmente en el noroeste de la India, permanecían en la *zenana,* o aposentos femeninos. El acceso a estas habitaciones, por lo general situadas en la parte trasera de la casa, estaba prohibido para todo hombre que no fuera el esposo y, en condiciones adecuadas, sus parientes masculinos más cercanos. Algunas mujeres se jactaban de que ni siquiera el ojo del Sol les había visto la cara.[25]

La residencia patrilocal hacía factible el casamiento entre niños, porque al ir a vivir a la casa de la familia del esposo los jóvenes recién casados se ahorraban la necesidad de instalar un hogar separado o de depender de los ingresos del novio. De tal modo, no existía objeción económica alguna al casamiento entre niños. Y cuando se recuerda que la pequeña esposa llevaba consigo una considerable dote y era tratada como una criada no pagada, se advierte que tales casamientos poseían un incentivo económico. La regla de la residencia también ayuda a explicar la "baja" posición de las mujeres indias. Como las hijas estaban destinadas a abandonar el hogar a temprana edad, no se las valoraba tan altamente como a los miembros masculinos permanentes. Las nueras, jóvenes extrañas de otro hogar, eran igualmente tenidas en menos. Se las consideraba pertenecientes a un orden inferior que el de los hombres de la casa. El orgullo por su hijo se convertía en el único consuelo de su vida, pero su principal deber seguía siendo la atención de su esposo.

De la joven esposa se esperaba que diese hijos tan pronto como hubiese pasado de la pubertad. La religión india exigía que todos los hombres tuviesen por lo menos un hijo y un nieto para perpetuar la línea familiar, porque solo ellos podían ejecutar la ceremonia esencial para su salvación después de la muerte. Sin esa ceremonia del *sraddha,* las sucesivas reencarnaciones del muerto impedirían su tránsito al cielo. Como la mortalidad entre los indios era muy elevada (el promedio de la esperanza de vida era de menos de treinta años), cada hombre deseaba tener la mayor cantidad posible de descendientes a fin de contar con la seguridad de tener por lo menos un hijo y un nieto vivos en el momento de su muerte. De tal modo, la tasa de natalidad india era sumamente elevada y, debido a ello, la población crecía con rapidez cada vez que las circunstancias lo permitían.

La carencia de hijos, considerada como una gran calamidad, era achacada a la mujer y atribuida a una vida pecadora en la reencarnación anterior. Pero la desgracia era la falta de hijos varones, no de hijas. Si el recién nacido era una niña, ello daba motivo a duelo e invectivas, y era una suerte si la muerte la reclamaba.[26]

25 Frieda H. Das, *Purdah,* Nueva York, Vanguard, 1932, págs. 102-103.
26 Das, *op. cit.,* pág. 53.

Escaneado con CamScanner

La descendencia patrilineal era la base de la familia extensa india. Los niños eran identificados en nombre y fidelidad con la línea familiar de su padre. La propiedad descendía en forma patrilineal, pero como los bienes raíces no pertenecían a los individuos, sino a la familia extensa como unidad, no surgía el problema de la herencia tal como lo entendemos nosotros.

Cuando un individuo moría, la propiedad seguía perteneciendo a la familia. Todos los niños varones adquirían en el momento del nacimiento "un interés creado en la propiedad ancestral, se convertían en codueños junto con su padre, hermanos varones y otros parientes masculinos".[27] Los hombres representaban a la familia en el *panchayat* (consejo de casta), dirigían los asuntos económicos de la familia y trataban con el mundo exterior. Su dominio era reforzado por la reclusión de las mujeres y por una mayor libertad y educación.

Esta descripción de la familia india, altamente integrada, jamás era del todo cierta en la práctica. Siempre existían variaciones regionales y de casta. Además, rige más convenientemente para la India de hace dos siglos que para la actual. Algunas de las características descritas han desaparecido en la práctica, otras se han vuelto subrepticias, y otras solo florecen en los hogares ortodoxos. La dominación británica llevó a la India algo más que un nuevo control; llevó una forma de vida ampliamente distinta. El cambio se logró en parte por la educación, pero en lo fundamental por la modificación de la organización social general de la cual depende la vida de familia. El familismo indio estaba mejor adaptado para una sociedad agrícola, en la cual la movilidad era leve; la especialización, simple; el *status*, fijo; la ciencia, rudimentaria, y las costumbres, inmutables. Exigía que el parentesco fuese una base principal para la adscripción de *status*, y como el parentesco es independiente de los logros personales, requería una sociedad estática. De tal modo, la descripción sirve para pintar el género de orden social representado por el familismo, aunque no debe inferirse de ello que todos los sistemas familistas son como el de la India. El orden social de la India es único en muchos sentidos, pero existe una semejanza fundamental de su organización de familia con la de otras civilizaciones agrícolas (como la de la antigua China y el antiguo Japón). El contraste entre esos sistemas de familia y el del moderno Estados Unidos es, sin duda, grande.

La familia moderna

La sociedad moderna, caracterizada por una complicada tecnología industrial, un elevado grado de urbanización y una gran pro-

27 L. S. S. O'Malley, *India's Social Heritage*, Oxford, Clarendon Press, 1934, pág. 123.

Escaneado con CamScanner

porción de capacidad geográfica y social, se ha apartado de los vínculos del parentesco extenso. El único grupo efectivo de parentesco es ahora la familia inmediata, e incluso esta unidad ha perdido tamaño y funciones. Es cierto que la familia inmediata ha ganado importancia al liberarse del control del parentesco extenso, pero en otros sentidos ha declinado en importancia.

La producción fabril ha destruido el sistema de actividades complementarias dentro del hogar, al sustituirlo por una nueva división del trabajo integrado fuera del hogar. La demanda de personal técnicamente adiestrado ha hecho que la escuela se haga cargo, cada vez en mayor escala, de la función de la educación y de la ubicación de *status*. El urbanismo no solo afectó los aspectos exteriores (como, por ejemplo, las dimensiones del hogar), sino también las partes esenciales de la vida de familia. Obligó a los individuos a colaborar con innumerables personas con las que no tienen parentesco. Los estimuló, además, a incorporarse a grupos especiales de interés arrancándolos, así, de la familia, no especializada y heterogénea y con sus amplias diferencias de sexo y edad. Sustituyó los controles informales de la pequeña comunidad por los controles legales, y sometió a la familia, con su arcaica combinación de intimidad y convencionalismo, a dos tipos de competición: la de las asociaciones impersonales que persiguen intereses particulares en una forma racional, y la de las intimidades no convencionalizadas que no implican obligaciones a largo plazo. La ciudad anónima ha convertido, de tal modo, los negocios, la recreación, las relaciones sexuales y, en rigor, casi todas las actividades en posible competidores de la familia. La movilidad social ha calado aun más profundamente. En la medida en que los individuos mejoran su *status* de clase en virtud de sus propias consecuciones antes que por el nacimiento, la familia pierde una función intrínseca (la adscripción de *status*). En una sociedad completamente abierta, en la que todas las posiciones verticales fueran llenadas nada más que por el logro individual, difícilmente podría haber una organización familiar. Cada miembro de la familia tendería a encontrarse en un estrato social distinto del de los otros, y los sentimientos de envidia así introducidos en el círculo de la familia resultarían incompatibles con los sentimientos familiares.

La tendencia de la sociedad moderna a apartarse de los vínculos del parentesco extenso y a reducir el tamaño y las funciones de la familia inmediata, ha ido más lejos en la Norteamérica urbana de clase media que en ninguna otra parte. Como la clase media urbana, debido a su tamaño y a su dominio económico, establece la pauta familiar para el resto de los Estados Unidos, y como la familia de las otras clases y —por cierto— de todo el mundo parece dirigirse hacia esa norma, en ella reside la clave de la futura famila. Encontramos que la unidad familiar ha sido reducida a su mínimo común denominador: pareja de casados e hijos. El aspecto familiar

Escaneado con CamScanner

de la cultura estadounidense se ha concentrado en la pareja, y eventualmente uno o dos hijos entran en el círculo encantado. Pero incluso esta unidad familiar, la más pequeña posible, ha exhibido una tendencia a la inestabilidad. La tasa de divorcios ascendió a una cifra vertiginosa. Las mujeres han llegado más cerca de conseguir la igualdad con los hombres, y los niños la emancipación de los padres, que en ninguna otra nación de ninguna otra época. Se ha difundido la idea de la dicha personal inmediata como objetivo primario del matrimonio; incluso los cursos universitarios sobre el matrimonio se anuncian como una "guía para la felicidad". El romanticismo de masas —la deificación del galanteo romántico— ha llegado a su pináculo, como lo atestigua la preocupación de las películas y la literatura popular por las peripecias del amor adolescente. El ideal de la vivienda separada (habitación, departamento o casa), tan privada para cada pareja como pueden permitirlo las paredes y las instalaciones separadas, ha adquirido una nueva intensidad. El uso de los anticonceptivos se ha vuelto cada vez más efectivo, y el número de niños nacidos durante un matrimonio es cada vez más reducido. La ceremonia y la religión han perdido casi toda conexión con el hogar como entidad, y el conflicto ideológico ha reducido la uniformidad y la certeza de las costumbres familiares. La individuación de los miembros de la familia ha llegado en apariencia a un punto más allá del cual no puede avanzar.

La mayoría de los llamados problemas de la familia de la actualidad no se deben a la perversidad de la naturaleza humana, sino a nuestro nuevo tipo de organización familiar. A fin de entender esto, consideremos tres de tales problemas: el divorcio, la declinante tasa de natalidad y el conflicto entre padres e hijos.

DIVORCIO

Después de la Segunda Guerra Mundial, la tasa de divorcios ascendió en Estados Unidos a su pico más alto, y aproximadamente uno de cada tres matrimonios terminaron en un divorcio durante ese periodo. Ésta no fue necesariamente la más elevada tasa de divorcios del mundo (la de Egipto es superior), pero fue una de las más altas. En una cultura que pone tanto énfasis en el casamiento y en la felicidad marital como la estadounidense, esta tendencia al divorcio podría parecer extraña. Pero en la práctica, ese mismo énfasis que se pone en la dicha marital es la principal explicación de la elevada tasa de divorcios. En primer lugar, las costumbres puritanas estadounidenses tratan de limitar la expresión sexual al matrimonio. En segundo lugar, el galanteo libre y abierto hace del apego personal la base principal de la elección del cónyuge. Las dos cosas juntas dan nacimiento al complejo romántico, en el cual

la fuerza del deseo sexual reprimido y los caprichos del sentimiento personal se combinan para provocar una dosis máxima de irracionalidad. En muchos sectores se espera de las partes que permanezcan "técnicamente vírgenes" hasta el momento del casamiento. A causa de ello, la intimidad no consumada del "manoseo" y el "besuqueo" durante el noviazgo crea una tan grande tensión sexual, que el matrimonio como medio de satisfacción parece abrumadoramente deseable. Pero una vez producido el casamiento, la saciedad sexual y la rutina de la vida desgastan el halo romántico. Entonces, la pareja descubre si se quiere de veras o no. Si resulta que no se quiere, el matrimonio no tiene excusas para continuar porque, en primer lugar, se realizó sobre la base de sentimientos personales. La comunidad circundante, en el ambiente urbano, ya no obliga a la pareja a continuar con un matrimonio no deseado. La ley estadounidense de divorcios continúa significando que una de las partes (la culpable) no quiere el divorcio y que la otra (la inocente) solo lo desea como forma de eludir un mal mayor, pero en la práctica no funciona de esa manera. Supuestamente concedidos por una ofensa intolerable de una de las partes contra la otra, en la actualidad la mayoría de los divorcios ocurren sobre la base del consentimiento mutuo. El supuesto "motivo' para el divorcio no es más que una ficción legal conveniente.

Pero, ¿por qué enfatizamos la dicha marital? La respuesta es que en el matrimonio moderno no existe nada más que subrayar. El casamiento ha perdido hasta tal punto sus vinculaciones con el resto del orden social, que se ha convertido en un mero vehículo para la satisfacción sexual y el compañerismo. Fuera de esta esfera no tiene significación alguna que pueda proporcionarle estabilidad. Ya no es una sociedad económica, una alianza política, un asunto comunal y un sacramento religioso. Un divorcio ya no obstaculiza seriamente las principales actividades de una persona. Con vista al compañerismo, un nuevo casamiento puede servir mejor que el antiguo; por lo menos, vale la pena intentarlo.

El punto de vista sociológico popular es que la fábrica, la ciudad, la escuela, las asociaciones especializadas, etc., se han hecho cargo de la mayor parte de las llamadas funciones institucionales de la familia, pero que las funciones afectivas —la satisfacción sexual y el compañerismo— siguen en pie. Un texto reciente sobre la familia ejemplifica ese punto de vista. Intitulado *The Family: From Institution to Companionship*, expresa como sigue su tesis principal:

La tesis fundamental de este libro es la de que la familia ha operado en los tiempos históricos una transición: de institución, con la conducta familiar controlada por las costumbres, la opinión pública y la ley, a un compañerismo

Escaneado con CamScanner

en el cual la conducta familiar surge del afecto mutuo y del consenso de sus miembros.[28]

El que esto escribe está en desacuerdo con esa formulación, por dos motivos. Primero, la teoría afirma que la costumbre, la opinión pública y la ley están dejando de controlar la conducta de familia. Pero esto es sociológicamente imposible. El matrimonio y las relaciones familiares están definidas socialmente. Son instituciones. (Hay una diferencia, incluso, entre el matrimonio moderno y una *liaison*.) Por lo tanto, es imposible que la familia exista sin un control normativo. Si la familia moderna acentúa el compañerismo, no es porque las costumbres ya no tengan nada que ver con ella, sino porque éstas han cambiado. Ahora tenemos un sistema normativo diferente con respecto a la familia, y un marco social distinto en el cual se aplica el sistema. En segundo término, la teoría que se discute entraña la hipótesis de que las funciones institucionales pueden desaparecer (y la familia, de tal modo, dejar de ser una institución), pero que las denominadas funciones afectivas siguen siendo tan fuertes como siempre. Pero el afecto no se basa en la nada. Si el matrimonio no envuelve de alguna manera a los participantes en actividades comunes —funciones—, aparte de las relaciones sexuales, no puede abrigar la esperanza de producir un compañerismo satisfactorio ni de lograr estabilidad alguna. En una palabra, cuando se pierden todas las funciones sociales de la familia, también se pierde el afecto dentro de ella y, en rigor, la familia misma.[29] No se puede conservar lo uno sin lo otro. La inestabilidad del matrimonio moderno muestra con claridad que se está volviendo deficiente como fuente de seguridad emocional.

A la familia le queda una función claramente institucional e imposible de ser desplazada hacia ninguna otra institución sin un cambio revolucionario en la sociedad. Se trata de la procreación y la crianza de hijos. El énfasis que se pone actualmente en el compañerismo y la felicidad en el matrimonio ha perdido de vista la principal función social de éste. Si los matrimonios no tuvieran por objetivo el de tener hijos, no tendrían finalidad alguna, porque el compañerismo se podría obtener sin las formalidades del casamiento.

En realidad, la principal preocupación por el divorcio en la cultura estadounidense es una preocupación por los hijos. En el sistema de familia pequeña el hijo de padres divorciados no tiene adónde ir, a no ser con un padre o con el otro. En contraste con

28 Ernest W. Burgess y Harvey J. Locke, Nueva York, American Book, 1945, págs. 26-27.

29 Un más amplio análisis de este punto se encontrará en el trabajo del autor, "Reproductive Institutions and the Pressure for Population", en *Sociological Review* (británica), vol. XXIX, julio de 1937, págs. 289-306.

Escaneado con CamScanner

una cultura con sistema de familia extensa, la estadounidense no puede proporcionar un medio doméstico estable que continúe luego del divorcio. Por consiguiente, éste es más grave para el niño entre la estadounidense que en la mayoría de las demás culturas.[30]

Convertida para el estadounidense en la única unidad importante de parentesco, la familia pequeña exhibe una extraordinaria concentración emocional en su seno. Sus miembros, que viven apartados de otros parientes y rodeados por conocidos temporarios o por extraños, solo pueden basarse en sí mismos para compartir los sentimientos de solidaridad familiar. La intensidad resultante llega a ser, a veces, sumamente grande, si no asfixiante. Por consiguiente, toda discordia marital no solo afecta en forma aguda a los cónyuges sino también a los hijos, sometiéndolos a la división de lealtades y a la inseguridad emocional. Además, el principio igualitario en el matrimonio torna problemática la tenencia del hijo. En una sociedad en que existen clanes hay muy pocos problemas en cuanto a la custodia y residencia del hijo, pero en la sociedad estadounidense el tribunal debe decidir la custodia en cada caso de divorcio. Se supone que el bienestar del niño es la base principal de la decisión del tribunal, pero los criterios de "bienestar" no están uniformados. A veces, el niño es obligado a dividir su tiempo entre dos hogares diferentes, con las consiguientes tensiones sobre su personalidad. Sea como fuere, luego del divorcio es el único vínculo que existe entre los anteriores cónyuges; por lo tanto, se convierte con frecuencia en el único instrumento a través del cual aquéllos pueden expresar su resentimiento mutuo. Un estudio del hijo de divorciados en Nebraska demostró que "a menudo, el hijo que divide su tiempo entre los dos padres es utilizado como arma por uno de ellos o por ambos"; que "en unos pocos casos los jóvenes afirmaron que habían proporcinado información para un padre contra el otro"; que la situación concedía "al padre una oportunidad de saber cómo gastaba su ex esposa el dinero que le pasaba para alimentos, «con quién salía», etcétera"; que "del mismo modo, la madre puede interrogar al niño cuando vuelve al «hogar» después de haber estado con su padre", y que en algunos casos, "el niño es sobornado a fin de obtener esas informaciones", con lo cual sus propios padres le enseñan a "mentir, espiar y sobornar".[31]

Es una suerte que en los Estados Unidos, la mayoría de los divorcios se concedan a parejas que no tienen hijos. No solo ha ido declinando la tasa de natalidad, sino que los divorcios se producen cada vez más en los primeros años del matrimonio. El divorcio modal

[30] Este análisis del divorcio en relación con el niño está tomado del artículo del autor, "Children of Divorced Parents: A Sociological and Statistical Analysis", en *Law and Contemporary Problems,* verano de 1944, págs. 700-720.

[31] T. Earl Sullenger y DeLene Brownlee, *Children of Divorce,* Omaha, Municipal University, 1934, pág. 9.

Escaneado con CamScanner

ocurre ahora en el tercer año del matrimonio. De modo que el aumento de la tasa de divorcios no ha significado un aumento correspondiente de los niños afectados. Aproximadamente dos tercios de las parejas divorciadas no tienen hijos, y la mayoría del tercio restante tiene un solo hijo. Por consiguiente, parece justificada la conclusión de que es exagerada buena parte de la alarma pública por la creciente tasa de divorcios. De cualquier manera, parecería que un problema mucho mayor, en especial por lo que se refiere a los niños, es la separación no legal y el abandono, pero, como se carece casi por completo de estadísticas, estos problemas no reciben mucha atención.

LA TASA DE NATALIDAD DECLINANTE

La prueba de que la familia urbana de la clase media es funcionalmente inadecuada está contenida en la baja tasa de natalidad. Durante los cinco años que precedieron al censo de 1940, las ciudades estadounidenses remplazaban su población, por medio de nacimientos, solo en la proporción del 74 por 100. Esto significa que con la misma fertilidad y mortalidad, a menos de que recibiesen ayuda desde el exterior, hubieran perdido a la postre el 26 por 100 de su población por cada generación. Desde el periodo mencionado, la tasa de natalidad urbana ha aumentado, pero muy pocos esperan que sea a la larga lo bastante elevada como para remplazar a la población urbana. No solo esta tasa de natalidad urbana es baja en su conjunto, sino que la clase media tiene menos hijos que los estratos inferiores de la escala social. Esta fertilidad diferencial inversa, aunque acostumbrada para los estadounidenses, es socialmente anómala porque significa que personas mejor ubicadas en la sociedad, y por lo tanto presumiblemente tenidas en más alta estima, no tienen una participación proporcional en la crianza de la generación siguiente.

CONFLICTO PADRES-HIJOS

La familia urbana moderna es también acosada por un grado extraordinario de conflicto entre los padres y los hijos adolescentes. El conflicto se debe esencialmente a la competición de otras instituciones con respecto al cuidado de los niños; a la rapidez del cambio social, que hace que los padres resulten anticuados; a la falta de una definición clara y un reconocimiento ceremonial del cambio de autoridad a medida que el hijo se aproxima a la madurez, y a los usos sociales y costumbres en conflicto que gobiernan la conducta del adolescente. Una vez más el responsable es el sistema social estadounidense porque en muchas otras culturas la adolescencia no es una

Escaneado con CamScanner

época de conflicto. La tensión en la cultura de los EE. UU. es síntoma de la inestabilidad carente de funciones de la familia moderna pequeña.[32]

Conclusión

En lo que se ha dicho aquí sobre la familia estadounidense, el foco de nuestra atención ha sido la familia urbana de la clase media. La familia campesina y la familia negra son variaciones que requieren una interpretación por separado. Pero resulta claro que tenemos un nuevo tipo de sistema de familia, diferente con mucho de los sistemas familistas de las sociedades agrícolas estables. También resulta claro que ambos tipos de sistemas poseen ciertas semejanzas fundamentales. La familia inmediata tiene básicamente la misma estructura, dondequiera se la encuentre, y sigue ejecutando las mismas funciones esenciales. Pero el sistema de familia pequeña de la sociedad en EE. UU. ha visto debilitada su estructura por una creciente falta de integración con el resto del orden social. Por lo tanto, el matrimonio se vuelve cada vez más inestable y las funciones esenciales se ejecutan solo en forma inadecuada. Es posible que eventualmente aparezca un nuevo género de integración, pero es difícil predecir con exactitud qué forma adoptará.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

American Journal of Sociology, vol. LIII, mayo de 1948, págs. 417-495.

Toda esta entrega está dedicada a artículos sobre "La familia norteamericana". Se destacan los trabajos sobre pautas regionales, pautas étnicas, cambio social y tendencias de la investigación. Muchos de los artículos son mediocres, pero algunos resultan interesantes.

Nels Anderson, *Desert Saints: The Mormon Frontier in Utah*, Chicago, University of Chicago Press, 1942, cap. XV, "Social Implications of Polygamy".

Informado análisis del desarrollo y objetivos de la poliginia de los mormones.

John S. Bradway (dir.), "Alimony", en *Law and Contemporary Problems*, vol. VI, primavera de 1939, págs. 183-320.

Todo un volumen de una excelente revista dedicado al aspecto más mercenario del matrimonio.

John S. Bradway (dir.), "Children of Divorced Parents", en *Law and Contemporary Problems*, vol. X, verano de 1944, págs. 697-866.

Con mucho, el análisis más completo y diversificado de este tema con que se cuenta.

Alfred Cahen, *Statistical Analysis of American Divorce*, Nueva York, Columbia University Press, 1932.

32 Véase Kingsley Davis, "The Sociology of Parent-Youth Conflict", en *American Sociological Review*, vol. V, agosto de 1940, págs. 523-535.

Escaneado con CamScanner

Estados Unidos tiene estadísticas de divorcio más mediocres que cualquier nación civilizada. He aquí un máximo de información, arrancado de las pocas estadísticas de que disponemos.

ARTHUR W. CALHOUN, *A Social History of the American Family*, Nueva York, Barnes and Noble, 1945.

Publicada por primera vez en 1917-19, esta historia en tres volúmenes de la familia norteamericana, desde la época colonial hasta el presente, es la obra normativa y, con mucho, la mejor sobre el tema. Aquí, las debilidades domésticas de nuestros antepasados, junto con sus singulares leyes y extravagantes ideas, se relatan con fiel atención al detalle.

LEONARD S. COTTRELL (h.), en "The Present Status and Future Orientation of Research on the Family", en *American Sociological Review*, vol. XIII, abril de 1948, págs. 123-136.

Una evaluación de la investigación actual, con sugerencias para trabajos futuros.

KINGSLEY DAVIS, HARRY C. BREDEMEIER y MARION J. LEVY (h.), *Modern American Society*, Nueva York, Rinehart, 1949, novena parte, "Modern Marriage and the Family".

Lecturas seleccionadas sobre "Organización de la familia norteamericana", "Galanteo y selección del cónyuge", "Relaciones entre padres e hijos" y "Divorcio".

JOHN D. DURAND, "Married Women in the Labor Force", en *American Journal of Sociology*, vol. LII, noviembre de 1946, págs. 217-223.

Un artículo sumamente competente sobre la extensión, tendencias y significación del empleo de mujeres casadas en la fuerza del trabajo de Estados Unidos. El autor, que ha trabajado para la Oficina de Censos, es una autoridad sobre fuerza de trabajo. Todo el número del Journal *trata varios aspectos de la vida familiar.*

MORRIS FISHBEIN y ERNEST W. BURGESS (dir.), *Successful Marriage*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1947.

Un simposio colectivo sobre todos los aspectos, desde "Relaciones sexuales premaritales" hasta "¿Va usted a tener un hijo?". Uno de los mejores ejemplos de este tipo de literatura.

E. FRANKLIN FRAZIER, *The Negro Family in the United States*, Chicago, University of Chicago Press, 1939.

La historia y sociología más definitivas de la familia negra que se hayan publicado hasta ahora, por un distinguido sociólogo negro. No solo se explican con lenguaje claro las características especiales de la familia negra sino que, por medio de la historia de la familia, se nos proporciona una visión extraordinaria y valiosa del negro en Norteamérica.

PAUL C. GLICK, "The Family Cycle", *American Sociological Review*, vol. XII, abril de 1947, págs. 164-174.

Un artículo excepcionalmente esclarecedor sobre los aspectos cuantitativos de las distintas etapas del ciclo de la familia, por un funcionario de la Oficina de Censos. Muestra la duración media de cada etapa, la edad promedio en el momento del primer matrimonio, la edad promedio en el momento del nacimiento del primer hijo, la edad promedio del padre cuando se casa el hijo mayor, la edad de la esposa cuando muere el esposo, etcétera.

WILLYSTINE GOODSELL, *A History of Marriage and the Family*, Nueva York, Macmillan, 1935.

Una historia más general que la de Calhoun; abarca el desarrollo de la familia a través de la civilización occidental.

MARGARET JARMAN HAGOOD, *Mothers of the South*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1939.

Casi tan fascinante como El camino del tabaco, *este estudio de las mu-*

Escaneado con CamScanner

jeres de los arrendatarios campesinos blancos, realizado por una conocida socióloga, abrirá los ojos a cualquiera que no sea la mujer de un arrendatario campesino blanco.

PETER HEINTZ, *Curso de Sociología*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1960. Capítulo sobre "La familia moderna".

ALFRED C. KINSEY, WARDELL B. POMEROY y CLYDE E. MARTIN, *Sexual Behavior in the Human Male*, Filadelfia, Saunders, 1948. [Trad. esp.: *Conducta sexual del varón*, México, Ed. Interamericana, 1949.]

Este es el famoso "Informe Kinsey", el primer volumen de una serie sobre la vida sexual de los norteamericanos. Dirigida por un biólogo, la investigación está encaminada a descubrir los hechos sobre la conducta sexual real, independientemente de lo que digan las costumbres acerca de cuáles deberían ser los hechos. Puede contarse con que el interés del lector por el sexo lo conducirá a través de estadísticas un tanto pesadas.

RALPH LINTON, *Estudio del Hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945. [Trad.] Cap. X "La familia" y cap. XI "El matrimonio".

BRONISLAW MALINOWSKI, *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1929. [Trad. esp. citada.]

Vendido como pornografía en la Sexta Avenida, éste es en realidad uno de los más grandes libros de Malinowski. Analiza en detalle las interrelaciones entre sexo, parentesco, moral y organización social.

LEÓN C. MARSHALL y GEOFFREY MAY, *The Divorce Court*, vol. I, *Maryland;* vol. II, *Ohio*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1932, 1933.

Aquí, un economista y un estudioso de la ley combinan sus esfuerzos en un estudio estadístico de los casos presentados en los tribunales de divorcio de dos Estados en el transcurso de un año. El resultado es el mejor análisis empírico de los juicios de divorcio, en la literatura norteamericana.

T. PARSONS y R. F. BALES, *Family, Socialization and Interaction Process*, Glencoe, Free Press, 1955.

ROBERT PRIGENT (dir.), *Renouveau des idées sur la famille*, Paris, Presses Universitaires de France, 1954.

J. P. RÉBORA, *La familia chilena y la familia argentina*, La Plata, Universidad Nacional, 1938.

I. SCHAPERA, *Married Life in an African Tribe*, Nueva York, Sheridan House, 1941.

Una detallada e íntima descripción del galanteo, el matrimonio y las costumbres de familia entre los kgatla del protectorado de Bechuanalandia. Incluye los cambios producidos bajo el contacto europeo.

LEO W. SIMMONS, *The Role of the Aged in Primitive Society*, New Haven, Yale University Press, 1945.

Variaciones y similitudes en la adaptación de los ancianos en distintos tipos de sociedades.

WILLARD WALLER, *The Family: A Dynamic Interpretation*, Nueva York, Cordon, 1938, segunda parte, "Courtship Interaction"; tercera parte, "Marriage Interaction"; cuarta parte, "Parenthood"; quinta parte, "Family Disorganization".

Luego de un comienzo lento, se convierte en uno de los textos más interesantes que jamás se hayan escrito. La íntima interacción durante el galanteo, el matrimonio, el divorcio y la paternidad es analizada con rara penetración por alguien cuyas gafas no *tenían un tinte rosado.*

Escaneado con CamScanner